FELIU

SAN

VICENTE DE PAU

6608
159

COMISION

DE MONUMENTOS

DE

GRANADA

SAN VICENTE DE PAUL

Y

SU MISION SOCIAL.

Comisión Provincial de Monumentos - GRANADA
BIBLIOTECA
Sala 03
Estante 2
Número 1
R. 316

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS.

R.193

SAN
VICENTE DE PAUL

Y SU MISIÓN SOCIAL

POR

ARTURO LOTH,

Antiguo discípulo de la Escuela de las Cartas.

INTRODUCCION POR LUIS VEUILLOT.

APÉNDICES POR A. BAUDON.

P. B. Y L. B.—E. CARTIER—AUGUSTO ROUSSELL.

OBRA TRADUCIDA Y ANOTADA

POR

B. FELIÚ Y PÉREZ.

Socio de las Conferencias de Barcelona.

CON APÉNDICES REFERENTES Á LA OBRA DE SAN VICENTE EN ESPAÑA.

COMISION PROVINCIAL DE MONUMENTOS GRANADA BIBLIOTECA

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA.

BARCELONA.
IMPRENTA DE JAIME JEPÚS ROVIRALTA,
CALLE DEL NOTARIADO, NÚM. 9.
1887.

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL - GRANADA

SAN VICENTE DE PAUL EN EL TRIBUNAL DE DIOS.

PINTURA DE M. CHARLES LEMEIRE, SIGLO DIEZ Y NUEVE.

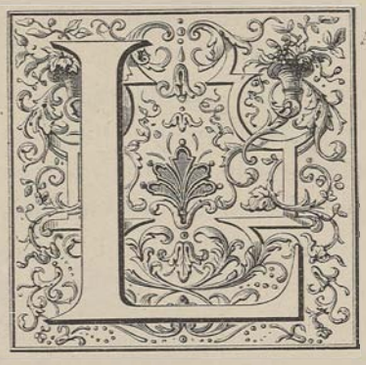
San Vicente está arrodillado; el Angel de la Guarda presenta á Jesucristo un libro abierto, donde están escritos los méritos del Santo. La Fe, principio de todas las virtudes, la Esperanza, la Caridad, la Castidad, la Fortaleza, personificadas, forman el cortejo de San Vicente.

Imp. Lemercier & Cie Paris

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN.

I.



Las antífonas que se cantan en las primeras vísperas de San Vicente de Paul son el retrato y á la vez el elogio más exacto que puedan formarse de este héroe de la Caridad:

Los menesterosos y los pobres buscan aguas y no las hay: la lengua de ellos secóse de sed. Yo el Señor, los oiré, yo el Dios de Israel, no los desampararé (1).

Yo suscitaré un sacerdote fiel que obrará según mi corazón y según mis deseos.

Sus labios serán los depositarios de la ciencia, y los pueblos esperarán de su boca el conocimiento de la ley; porque él es el ángel del Señor de los ejércitos.

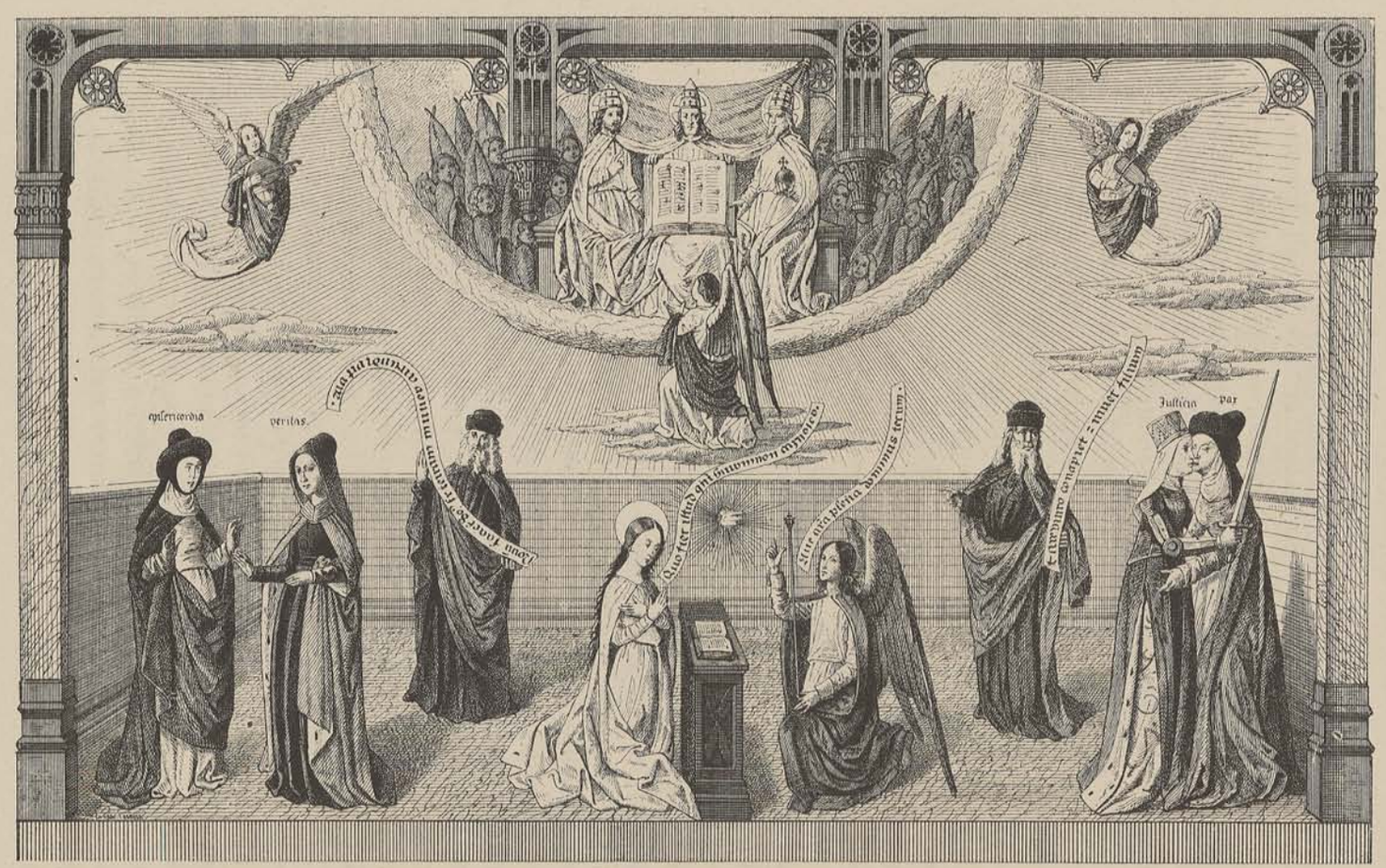
Yo levantaré para él una casa estable, y marchará todos los días delante de mi Cristo.

Y saciaré el alma de los sacerdotes con *otras* pingüísimas carnes, y mi pueblo será colmado de mis bienes, dice el Señor. (Jer. cap. XXXI, v. 14.)

He aquí el secreto de esa virtud asombrosa, de ese maravilloso destino, de esas obras incomparables con las que Vicente de Paul

(1) Egeni et pauperes quærunt aquas, et non sunt: lingua eorum siti aruit. Ego Dominus exaudiam eos, Deus Israel non derelinquam eos. (Is. cap. XLI, v. 17.)

triunfa y triunfará siempre de la instintiva aversión que nutre el mundo contra ese título de *santo*, que condena el espíritu del mundo. De bueno ó de mal grado, San Vicente de Paul ha de figurar en las apoteosis con que pretenden honrar los hombres á cuantos en su opinión, fundada ó infundada, han merecido el reconocimiento y la veneración de las gentes. Por ello han de pasar indispensable é inevitablemente. Mal que les pese, han de colocarle en primer término, han de apellidarle con su nombre de santo, han de pintarle con sus hábitos talares, en cuanto se trate de rendir homenaje á la bondad, á la solicitud, al amor del prójimo, al sacrificio de sí mismo. Y ese nombre de santo, y esos hábitos sacerdotales harán hundirse todo lo demás en las sombras, ya que no en el ridículo. ¿Qué acciones, qué virtudes humanas podrán sostener tal paralelo? Con decir he ahí al Santo, queda dicho todo; en el acto, la inteligencia más adocenada adquiere en cierto modo la medida de los abismos que existen entre la beneficencia y la caridad, entre el hombre de bien y el hombre de Dios. En tiempo del Directorio hallaron los jefes del Museo en sus almacenes una estatua de San Vicente de Paul, que los iconoclastas del 93 no habían osado destruir, y asaltóles una idea verdaderamente singular: la de exponerla al público en una galería de los *hombres útiles* con estas palabras al pie: «Vicente de Paul, *filántropo francés.*» Puesta en práctica, no tardaron en arrepentirse, y retirar su inscripción, pues se les hizo ver que, en fuerza de ser necia, degeneraba en sediciosa. ¡San Vicente de Paul filántropo! Precisamente nació para confusión eterna de esos hombres, que pretenden servir á la Humanidad por propia inspiración, por sólo el impulso de su buen carácter, sin orar á Dios, sin conocerle, sin entregarse á él por la fe y por el sufrimiento. Vicente de Paul ha amado á los hombres, porque ha conocido y amado á Dios, queriendo servir á él únicamente. El ha sido un «sacerdote fiel», suscitado por Dios; un «ángel del Señor», como dice la Iglesia, tomando tales rasgos de la Escritura; y porque ha tenido esos grandes y divinos caracteres, hizo grandes y divinas cosas, de las cuales la mayoría de los hombres no conocen sino una parte, precisamente la de menor valía.



LA SANTÍSIMA TRINIDAD DECRETANDO LA ENCARNACIÓN DEL VERBO.

Miniatura de la *Leyenda dorada*, manuscrito francés del siglo XIV en la Biblioteca Nacional. En el cielo, las tres divinas personas, congregadas bajo un mismo dosel, celebran consejo; un ángel espera la soberana decisión. Sobre la tierra se ve á María arrodillada; el ángel la anuncia el decreto divino, mientras que el sol de justicia desciende hacia ella. A cada lado, los profetas Isaías y Jeremías, que anunciaron la Encarnación; á la izquierda encuéntranse la Misericordia y la Verdad; á la derecha se abrazan la Paz y la Justicia.—Esta miniatura es la expresión de las palabras de San Juan: «Dios es caridad... y de tal manera amó el mundo, que dió á su hijo unigénito para rescatarle.»

Jamás llegará á escribirse por entero la vida de San Vicente. Abelly, obispo de Rodez, su contemporáneo, recogió memorias exactas y preciosas; mas es preciso, como últimamente lo practicó el señor abate Maynard, completarlas y aclararlas con la historia de los hombres y de las cosas, en las cuales anduvo mezclado el santo, lo cual vale tanto como decir que ha de conocerse cuanto hubo de importante en la primera mitad del siglo XVII, en cuyo período desempeñó papel tan transcendental Vicente de Paul. Por una prolongada conspiración de los libros contra la verdad, conspiración que hasta en la Iglesia halló cómplices involuntarios, ha permanecido sobrado largo tiempo un tanto velada cierta parte de la historia nacional. La política, las letras, la intriga no han llegado á producir personaje alguno, siquiera sea de la más insignificante talla, cuyas más vulgares aventuras no nos sean conocidas hasta en sus más pequeños detalles. Nada ó casi nada se sabe en cambio de tantos espíritus nobles y vigorosos consagrados á Dios, que han ejercido por la Ciencia, por la Fe y por la Caridad una influencia preponderante sobre la marcha de la civilización. En torno de San Vicente de Paul se agrupan los Berulios, los Condren, los Bourdoise, los Olier, los Alain de Solmeniac, los Benigne Joly, los Claudio Bernard, los Michel, los Nobletz y cien otros dignos de cuenta, cuyos nombres jamás se han pronunciado; sacerdotes, laicos, mujeres admirables, que lucharon heróicamente, por sacar á la Francia del abismo de irreligión y de desorden, en que la habían sumergido las guerras civiles, todos los cuales lograron el triunfo en aquella sublime empresa, y prepararon así los incomparables esplendores del gran reinado. Tales son los orígenes del siglo de Luis XIV. Fundáronse los oratorios, nacieron los seminarios, reformóse el clero secular y regular, y organizáronse las más grandes y las más bellas obras, para la instrucción religiosa del pueblo y la asistencia de los pobres, sobre una base indestructible; la unidad de creencia, fatalmente quebrantada, se hubiera restablecido, si de buena voluntad lo hubiesen querido los hombres de Estado; elevóse el nivel de la moralidad pública en todas partes, y la Francia, tranquila en el interior, grande y gloriosa en el exterior, inauguró esa pacífica cruzada de las misiones extranjeras, que ha con-

JESUCRISTO PROMULGA LA LEY DE CARIDAD.

Se ha concluído la cena. Judas ha salido para consumar su traición; su taburete está vacío y caído. En aquel momento es cuando Jesús dirige como testamento estas palabras á sus discípulos: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos á otros, como yo os he amado.»—Sacado de los *Evangelios* de Overbeck. (París y Dusseldorf, Schulgen.)

tinuado después constantemente, y que es la única primacía que hoy le resta, de tantas como en otro tiempo la decoraron.

Esto es lo que se ve en la historia de San Vicente de Paul. El hombre apostólico enviado por Dios, para hacer correr las fuentes

EL BAUTISMO.

Un religioso bautiza al recién nacido que le presenta la comadrona; dos clérigos sostienen, el uno la pátera con sal, el otro una vela encendida. Más abajo una joven y un joven coronado de laurel (tal vez Laura y Patrarca, amigo del pintor).—Fresco atribuido á Giotto, lo mismo que los seis siguientes, en la iglesia de la Incoronata, de Nápoles, siglo XIV.

de agua viva, para «robustecer el alma de los sacerdotes», para distribuir á los pobres el pan del alma y el pan del cuerpo. San Vicente de Paul ha sido ó el motor, ó uno de los principales y más útiles agentes del renacimiento religioso y social de la Francia en

LA CONFIRMACIÓN.

El obispo hace la señal de la cruz sobre la frente del niño presentado por su madre. La venda que ciñe la cabeza de otro niño, indica que ha recibido el santo sacramento.

LA EXTREMAUNCIÓN.

La mujer del moribundo le incorpora para ayudarle á recibir el último sacramento; sus dos hijos oran para que se cure.

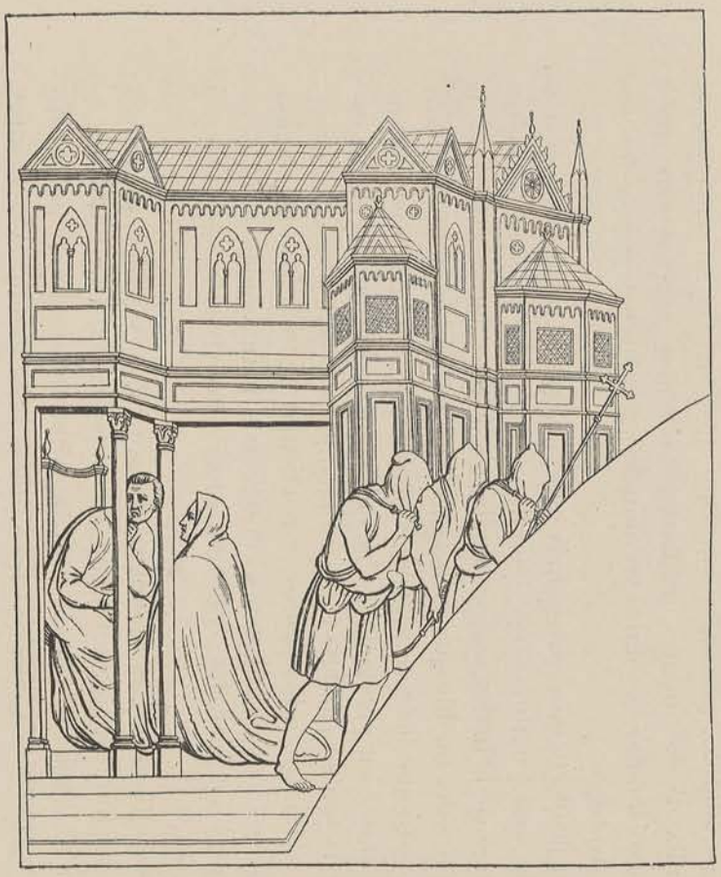
El Bautismo, la Confirmación y la Extremaunción señalan las grandes fases de la vida cristiana: el nacimiento, el crecimiento y la plena madurez. Son los signos de creación nueva, de fuerza para las luchas del alma, de salvaguardia para entrar en la vida de la gloria.—«Antes de la última separación, dice Gœthe en sus *Memorias*, es el hombre, por decirlo así, ungido todo entero, para entrar en su nuevo reino: en los pies, en las manos, en todo el cuerpo viene á ser como embalsamado de bendiciones.»

el siglo XVII. La gloria de los Institutos de caridad, la de las misiones en el interior, le pertenecen por derecho propio; también le corresponde una parte principal en la reforma del clero secular, obra por excelencia. Por lo demás, en todas partes se deja ver su mano, su consejo, su ejemplo. Nadie ha trabajado con más éxito por la reconciliación de los protestantes, ni con más celo por la desaparición del jansenismo; nadie en su tiempo ha hecho más en bien de la sociedad, porque nadie ha difundido tan ámpliamente el buen olor de Jesucristo.

Su vocación era emplearse en todo, por cuanto la Iglesia sufría en todas partes; en los pueblos y en los sacerdotes. La guerra del protestantismo había causado estragos, que parecían imposibles de reparar. Pocos años antes habíanse encontrado hasta veintiocho diócesis sin obispo, y treinta y cinco en que había cesado la administración de los Santos Sacramentos. Los protestantes habían saqueado, asolado é incendiado ciento cincuenta catedrales y abadías, con un gran número de iglesias parroquiales y conventos: trescientas sólo en Beauce, quinientas en sólo las diócesis de Ures, de Biviers, de Nimes y de Mende. Tras de semejantes estragos, habian venido otros desórdenes mucho más espantosos. En la mayor parte de las diócesis habíanse abandonado los estudios, y se había relajado la disciplina, donde no había completamente desaparecido.

¿Cómo poner la mano para remediar tamaños males? La empresa parecía imposible; y no lo hubiera sido en realidad, á no haber contado la sociedad con los alientos invencibles de los santos en el servicio de Dios.

Los trabajos múltiples y oscuros á la vez en que había consumido Vicente de Paul los primeros años de su vida, habían tenido por teatro las miserias todas y también todas las grandezas de este mundo, sin que ni las unas hubiesen endurecido su corazón, ni las otras le hubiesen tentado, y sin que tantas fatigas ni tan larga instabilidad le hiciesen desear el reposo. Comprendía que todo ello había de servirle únicamente de base para mayores empresas. Mas había llegado el momento en que debía emplearse en obras duraderas, para las cuales le había preparado la Providencia por ca-



LA PENITENCIA.

Un sacerdote, sentado en el confesionario, oye la confesión de una mujer arrodillada, en tanto que tres penitentes se alejan aplicándose una ruda disciplina.

LA EUCARISTÍA.

Un religioso distribuye el pan eucarístico. La piedad, la humildad y la caridad están representadas en los rasgos de la persona que le recibe.

La penitencia, remedio del alma pecadora, y la eucaristía, alimento del alma purificada, corresponden á necesidades diarias. «El Catolicismo conmueve al mundo para levantarle hacia el cielo, el sacerdote es su palanca y la presencia real su punto de apoyo.» (Gervet, *El Dogma generador.*)—«Cuando habéis recibido el cuerpo adorable de Jesucristo, ¿no sentís, decía Vicente de Paul á sus sacerdotes, no sentís arder el fuego divino en vuestro pecho?

minos especiales y desde largo tiempo, ya llenándole de experiencia, de valor y de caridad; ya acumulando en derredor de él, por un designio que se mostraba bien patente, los materiales de algún gran edificio que debía ser levantado en provecho de las almas y de la gloria de Dios.

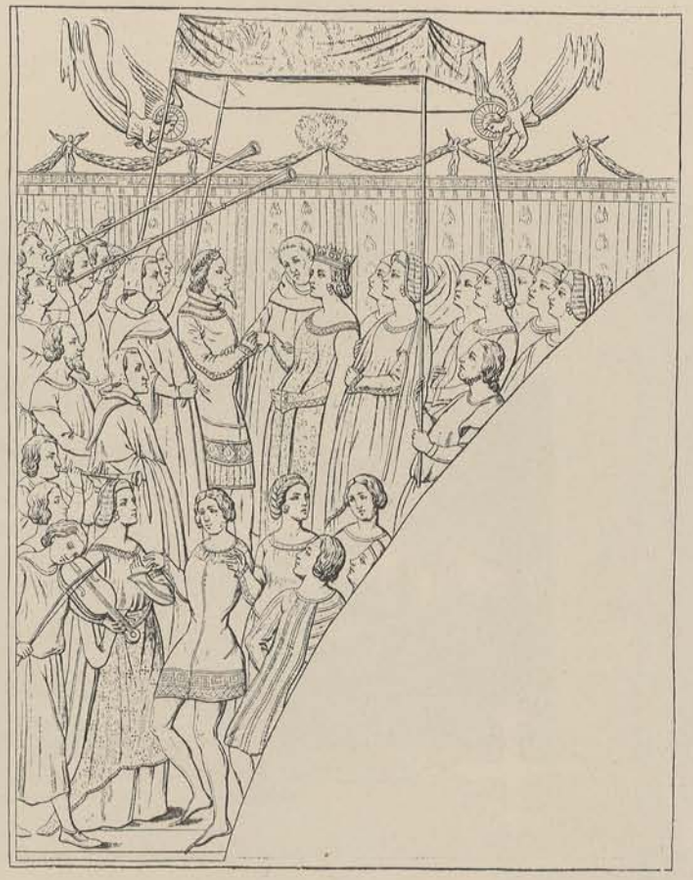
Vicente gozaba de una estimación universal. Conocíanle y le amaban todos los buenos sacerdotes, y todos los hombres dedicados en París y en Francia á hacer bien á los demás; y él por su parte conocía por un largo estudio y con gran amargura de su alma cuantas llagas materiales y morales necesitaban curación en el mundo entero. Su corazón era suficientemente grande para emprenderlo todo, su confianza en Dios suficientemente firme para esperarlo todo, y su humildad bastante acrisolada para impulsarle á buscar sin descanso el alivio de las necesidades. Empero, si se le hubiera revelado la mitad tan sólo de lo que iba á hacer, antes de dormirse en la paz de su Salvador y coronado de la magnificencia de sus obras, no hubiera querido creerlo, ó por lo menos se hubiese afligido, pensando que Dios prolongaría su vida mucho más allá de los límites ordinarios haciéndole esperar más que á los otros hombres la única recompensa por la cual se imponía tan rudos trabajos.

Su proyecto más caro y más profundamente meditado era el de formar una comunidad de sacerdotes, á la cual daba en su mente tres fines principales, correspondientes á otros tantos males de la religión y del pueblo que principalmente le habían afligido: el primero, para que los congregados trabajasen en su propia perfección, esforzándose en practicar las virtudes que Jesucristo se dignó enseñarnos con su palabra y con su ejemplo; el segundo, para predicar el Evangelio á los pobres, y particularmente á los del campo, que son los más abandonados; el tercero, para ayudar á los eclesiásticos á adquirir los conocimientos y las virtudes necesarias á su estado.

Para ello necesitaba hombres de sacrificio, y vinieron en efecto en un número que sobrepujó sus esperanzas. Por la gracia de la Cruz ha llegado á ser el sacrificio voluntario uno de los instintos del corazón del hombre. En Francia hase manifestado siempre

EL ORDEN.

El soberano Pontífice, que representa á Clemente V, protector del pintor, asistido por dos arzobispos y por dos cartujos, se dispone á ungir las manos de un diácono, tras el cual se hallan en fila otros ordenados; dos grupos de religiosos cantan alrededor de un atril los himnos de la ceremonia sagrada.



EL MATRIMONIO.

Un religioso celebra el casamiento de un príncipe y de una princesa; más abajo, tres caballeros, acompañados de sus damas, empiezan una danza al son del clarinete y del violín. El religioso que precede al caballero de luenga barba, recuerda los retratos del Dante, el amigo más amado de Giotto.

El orden, carácter del sacerdocio divino, y el matrimonio, santificación de los esposos, consagran estados y son sacramentos sociales. «Así, dice Gœthe en sus *Memorias*, un círculo brillante de ceremonias santas, cuya belleza excede á toda otra belleza, une estrechamente, por apartadas que se hallen una de otra, la cuna y la tumba del cristiano.»

LA FE.

Fresco de Giotto en la *Arena*, de Padua, siglo XIV.—La Fe se halla de pie y de frente, hollando á sus pies las estatuas despedazadas de falsas divinidades y de los libros cabalísticos; pende de su cintura la llave de San Pedro; sobre el rollo que tiene en la mano izquierda están trazadas las primeras palabras del símbolo de los Apóstoles.—«La Fe, dice San Agustín, es un amor que cree.»

LA ESPERANZA

Fresco de Giotto en la *Arena*, de Padua, siglo XIV.—Desprendida de su velo y de su manto, para estar más alerta, la Esperanza tiene alas; y graciosamente lanzada en el aire, en el espacio, sin tocar la tierra más que con la punta del pie, parece abrazar la corona celestial que le presentan. «La Esperanza, dice San Agustín, es un amor que aguarda.»

este instinto más poderoso, más fácil de despertar, más eficaz que en otros puntos (1). Al través de miserias sin número, desenvolvióse magníficamente en aquella primera mitad del siglo XVII, cuyos principios no lo dejaban ciertamente adivinar. Mas Vicente y otros lo habían presentido, y lo pusieron á prueba. Los furores y los desórdenes de la guerra civil, las intemperancias de la política y de la literatura, habían dejado, no obstante sus funestas consecuencias, cierto fondo de fe en las almas, á la cual eran debidas frecuentes transformaciones, y con ellas rehabilitaciones inesperadas y victoriosas. El pueblo permanecía cristiano enmedio de su ignorancia y de su miseria. La corrupción de las clases ilustradas no era la corrupción filosófica, de que somos víctimas hoy, y que tan radicalmente malea las almas, que aun las convertidas permanecen tibias y pegadas á la tierra como si fueran incapaces de desprendimiento; pudiendo decirse que su conversión no parece otra cosa que una especulación sobre la muerte y como un procedimiento contra la justicia de Dios. En el siglo XVII se admiraban sacrificios heróicos, ilustres penitencias. Se vió con frecuencia despojarse los señores de sus bienes, desprenderse de sí mismos y darse por entero á Jesucristo, para servirle en la persona de los pobres. Del propio modo que estos nobles vendían sus patrimonios y quebraban su espada, nobles damas, jóvenes, ricas y de ilustre nacimiento, abandonaban el mundo en gran número, se desprendían de sus atavíos y, llevando en sus bellas manos su fortuna, se ofrecían como siervas de los pobres, haciendo voto de obediencia al pobre sacerdote Vicente, que al principio de su vida había apacentado puercos. Esto era el renacimiento de la vigorosa fe de la Edad Media. Los santos lo cosecharon, y la Francia ha vivido á sus expensas durante dos siglos, y vive todavía.

En esta mies fué Vicente el más humilde y el más laborioso obrero, tocándole la parte mayor y la más duradera. Su comunidad, formada en 1625, erigida después en Congregación de la Misión, fué siete años después su principal instrumento.

(1) Nos parece demasiado absoluta la afirmación, aun cuando sea el eminente Veuillot quien la estampe.—(Nota del T.)

Muchos lectores de nuestra época, aun entre los cristianos, desconocen bastante lo que es una congregación religiosa. Para explicarlo bien, sería necesario trazar la historia entera de una de ellas, y esto equivaldría á escribir la historia de muchos siglos y de muchos pueblos. Una congregación fundada por un hombre como San Vicente de Paul, como San Ignacio, es este mismo hombre, este mismo santo; pero inmortal, investido de un poder que le permite ir á todas partes al mismo tiempo, obrar y permanecer al propio tiempo en todas partes. En el espacio de algunos años habíase difundido la Congregación de la Misión en muchos puntos de la Francia, en no pocos países de Europa y más allá de los mares: los hijos de San Vicente trabajaban en Italia, en Polonia, en Irlanda, en Escocia, entre los berberiscos, en Madagascar; mejor dicho, San Vicente trabajaba en ellos en persona; porque el espíritu y el corazón de sus misioneros eran en todas partes su espíritu y su corazón. Cada uno de aquellos hombres escogidos y formados por él era su imitador fiel, y le obedecía como él mismo obedecía á Jesucristo, despreciando todas las fatigas de todos los sufrimientos, sin excluir la muerte. El fruto de aquel trabajo era en todas partes tal cual él lo había deseado: primero, la santificación de los obreros evangélicos; después la santificación y el consuelo de los pobres, y por último el ejemplo y la santificación del clero, el cual recibía de los enviados de Vicente las lecciones y los socorros que necesitaba, y que se inflamaba con el fuego de su celo.

En todas aquellas misiones el trabajo era inmenso y el peligro grande. En unos puntos había que afrontar la guerra; en otros las persecuciones y los vejámenes; acá la peste, allá el exceso de las privaciones y de las fatigas, siendo la menos ruda de todas la dureza del clima. El espíritu y el corazón de Vicente lo soportaban todo, y lo resistían todo. A medida que el campo de la Misión se extendía más y más, y la muerte poblaba como decía él, su pequeña comunidad del cielo, iban presentándose en mayor número los novicios en la casa de San Lázaro. *Pro patribus tuis nati sunt tibi filii* (1). La caridad sufragaba el consumo de hombres como cu-

(1) Ps. 4, v. 17.

LA CARIDAD.

CUADRO DE ANDRÉS DEL SARTO, EN EL MUSEO DEL LOUVRE; SIGLO XVI.

Una mujer sentada en un paisaje sostiene dos niños en sus brazos; amamanta al de la derecha y acaricia al de la izquierda; á sus pies duerme un tercer niño. En un cartelillo medio desplegado que hay en el suelo se lee: «Andreas Sartus Horentinus me pinxit MDXVIII.» *Sartus*, palabra latina que significa *remendado*, sobrenombre dado al artista por alusión á la profesión de sastre que ejercía su padre.

En Francia pintó el artista este famoso cuadro, que, por ser representación exclusiva de la caridad maternal, resulta incompleto. «El Arte, dice el señor Grimonard, deja un vacío inmenso cuando, para representar la Caridad, prescinde de toda huella del amor divino.»

Imp. Lemercier & Cie Paris

bría el gasto de dinero. Este último era aterrador. Todos los desgraciados de París habían aprendido el camino de San Lázaro. Un día acudió allí una nación entera.

Se sabe en qué desolación inexplicable se halló sumida la Lorena con aquellas guerras que fueron uno de los oprobios ó, por mejor decir, uno de los pies forzados de la política de Richelieu. Vicente adoptó á aquel desgraciado pueblo que se moría de hambre. Envióle misioneros, y con ellos limosnas que se elevaron á seiscien-

CARIDAD PARA CON LOS NIÑOS ABANDONADOS.

Retrato del emperador Constantino, el primero que dió un edicto en favor de los niños abandonados. Copia de una medalla del tiempo.—En el reverso, el Emperador, sentado sobre una coraza, entrega el globo á su hijo Crispo, vencedor de la flota de Licinio; una pantera, que figura al enemigo vencido, encorva la cabeza en señal de sumisión.

tas mil libras por lo menos, suma enorme para aquel tiempo, sin contar una inmensa cantidad de vestidos y de objetos útiles.

Durante la Fronda (1) repitió iguales esfuerzos en favor de la Picardía y de la Champaña, reducidas al mismo triste estado por las combinaciones de los príncipes y de los parlamentos. En aquella guerra civil, que para muchos constituía como un entretenimiento, á juzgar por las Memorias, todo se ponía á sangre y fuego. Los soldados de la Fronda nada dejaban que envidiar á las bandas de extranjeros que habían devastado la Lorena. Mataban á los hombres, destruían las casas, saqueaban las iglesias y dejaban, al retirarse, sin pan á los vivos y sin sepultura á los muertos. El

(1) La Fronda, partido político que suscitó una larga guerra civil en Francia, durante la minoría de Luis XIV.—*N. del T.*

CARIDAD PARA CON LOS ESCLAVOS.

Sarcófago del siglo v, encontrado en Salona y publicado en las *Memorias de la Sociedad de los anticuarios de Francia,* por M. Alberto Dumont.
En opinión de M. Edmundo Le Blant, este bajo relieve representa:
en el centro, al Buen Pastor, inspirador de la caridad, y á cada lado al marido y á la mujer, rodeados de esclavos libertados por ellos.

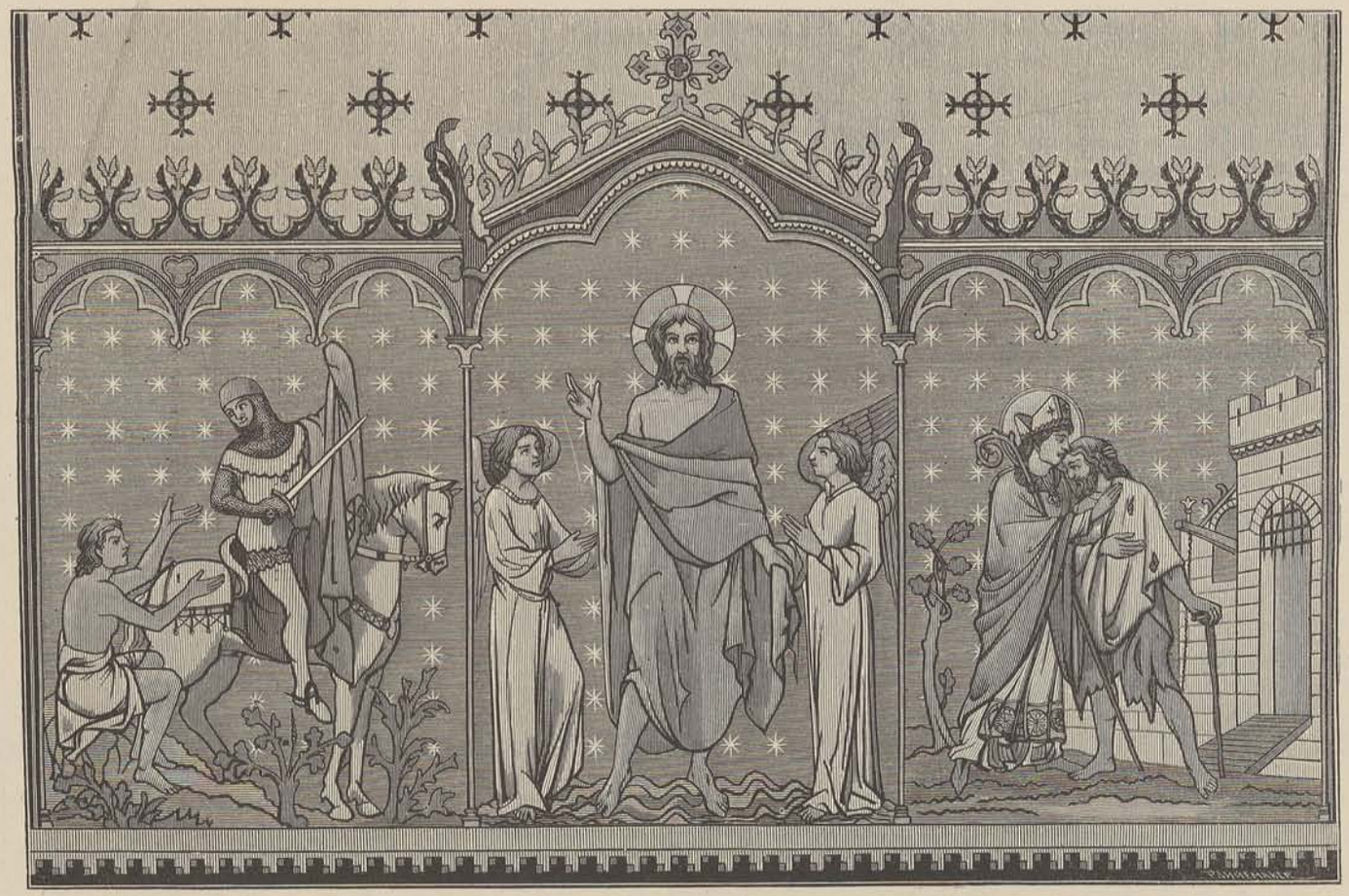
hambre y la peste sentaban sus reales, donde habían ellos puesto su planta.

El socorro que reclamaba la Francia no impedía á Vicente pensar en los sufrimientos de los cristianos en los países berberiscos. Sus enviados, entre los cuales muchos de ellos sufrieron la prisión y el tormento, y perdieron la vida, establecieron el culto religioso en los presidios, administrando en ellos los sacramentos y rescatando en Túnez, en Argel y en Viserta cerca de mil doscientos esclavos, cuyo precio ascendió á más de un millón doscientas mil libras (1).

¿Qué desgraciado recurrió á él infructuosamente en París, ni qué infortunado vergonzante se ocultaba á sus investigaciones? No contento con sus larguezas para con los pobres, recibía en el vasto edificio de San Lázaro, con la hospitalidad más amplia, y aun podría decirse más temeraria, á cuantos querían retirarse allí para pensar en Dios, fuesen ordenandos, sacerdotes ó laicos. Desde 1635 hasta su muerte acogió de este modo más de veinte mil personas, que representan unas ochocientas por año. ¡Nadie podrá calcular las almas confortadas, vivificadas y redimidas por el doble torrente de limosnas espirituales y materiales, que brotó por espacio de sesenta años de sus manos y de su corazón!

Verdad es que los pobres labriegos parecía que tenían el privilegio de enternecer más su corazón; mas también lo es que á nadie olvidaba, y que nunca se cansó del infortunio por mucho tiempo que durase. La nobleza arruinada le fué tan deudora como la gente del campo. Numerosas señoritas de la nobleza, que corrían grave peligro de perderse bajo el peso de la necesidad, fueron acogidas por él, y colocadas después honrosamente. Por espacio de largos años alimentó á los emigrados loreneses que habían venido á buscar un asilo en París, y que sin él, no hubieran encontrado más que la muerte. Para ellos especialmente estableció una Sociedad de laicos caritativos, cuya dirección dió al barón de Renty, y de la cual en nuestros días han tomado modelo esas Conferencias de

(1) La libra, antigua moneda francesa, se dividía en sueldos y dineros; representaba un peso de plata de algo menos de cinco gramos, y su valor era algo menos que el franco actual.—*N. del T.*



CARIDAD DE SAN MARTÍN Y DE LOS OBISPOS.

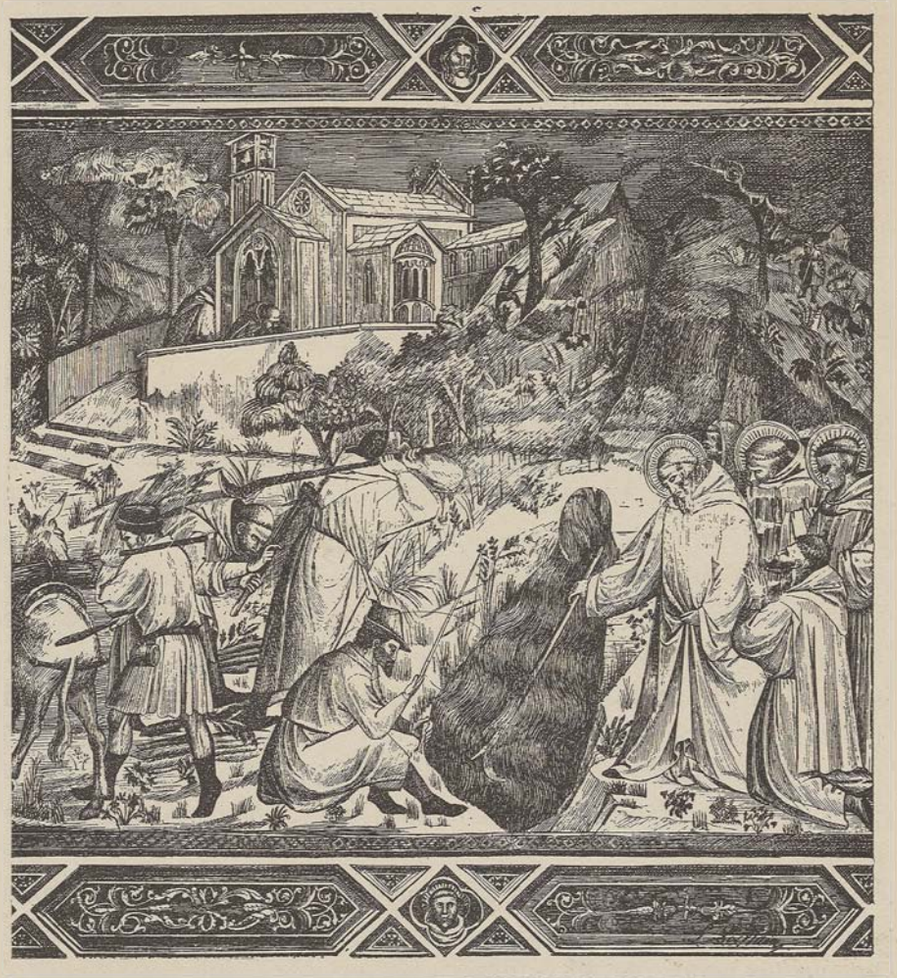
Fresco pintado, copiando los cartones de Viollet-le-Duc, en Nuestra Señora de París, siglo XIX.—Á la izquierda se ve á San Martín dando la mitad de su manto á un pobre; en el centro, Jesucristo, manantial y modelo de la caridad, se aparece á San Martín revestido del manto dado al pobre; á la derecha, San Martín, obispo, está abrazando á un leproso en la puerta de Amiens.—En los primeros siglos cristianos las casas episcopales eran verdaderos establecimientos de caridad, donde los niños recibían la instrucción, los pobres la limosna y los peregrinos la hospitalidad.

San Vicente de Paul, que en corto tiempo se han hecho tan numerosas y tan populares, que su solo nombre es su más acabado elogio.

En 1634, la señorita Le-Gras, una de las santas mujeres dirigidas por Vicente de Paul, y tres ó cuatro doncellas cristianas que vivían con ella, hicieron voto en manos del Santo «de servir á los pobres por todo el resto de su vida, como lo habían comenzado ya á practicar». Esta fué la Congregación de las Hermanas de la Caridad, que bien pronto se difundieron por Francia, y que suprimidas por la Revolución llenan hoy la Francia y el mundo entero. Mediante el Instituto de las Hermanas de la Caridad, ha preparado San Vicente la singular maravilla del apostolado de las mujeres, convertido en nuestro siglo en una de las más preciosas fuerzas de la Religión. Esta creación, completamente nueva, y calificada de temeraria por muchos claros espíritus, atestigua el profundo conocimiento que Vicente de Paul tenía del corazón humano, y los frutos admirables que pueden esperarse de él, cuando se sabe cultivar en su seno el amor de Dios. Mas esa ciencia suprema y sublime no la poseía como quiera, sino en elevado grado. Decíanle que las Hermanas de la Caridad corrían más peligros que las demás religiosas hasta entonces conocidas; á ello respondía que, si fuera necesario, tendrían más virtudes, y para conseguirlo les dió unos reglamentos cuyas prescripciones, tan admirablemente cumplidas como profundamente meditadas, han producido los milagros de que el mundo entero, lleno de agradecimiento, es testigo desde hace dos siglos. ¡Qué libro de tan profunda y consoladora filosofía podría componerse, eslabonando con un corto comentario histórico las reglas dadas por los santos á las Órdenes que han fundado! Allí se vería como en un solo cuadro todo lo que hay de sabiduría y de majestad en el hombre, mediante la gracia de Dios.

Algunos años después, el hombre de Dios recibió lleno de angustia una distinción que fué por todo extremo útil á la Iglesia. Luis XIII le había dicho desde su lecho de muerte que, si recobraba la salud, no nombraría obispo alguno que no hubiera pasado tres años en compañía de nuestro santo. Ana de Austria, participando de las opiniones del rey difunto, le nombró miembro del

Consejo de Conciencia, al que consultaba sobre los asuntos eclesiásticos. En ese cargo, como en todas partes, fué Vicente un *sa-*



CARIDAD DE SAN BENITO Y DE LOS MONJES.

Fresco de Spinello de Arezzo, en la Basílica de *San Miniato*, en Florencia; siglo XIV.—Habiendo dejado caer un godo en el lago el azadón con que cavaba la tierra, el Santo lo saca milagrosamente; á poca distancia se hallan entregados á las faenas de la agricultura sus religiosos. San Benito preludia por la caridad la misión caritativa de sus monjes. «Misioneros y trabajadores á la vez, han propagado la paz y la fe, la luz y la vida, la libertad y la caridad, la ciencia y el arte... han sido los padres nutricios de todas las naciones modernas.» (Montalembert, *Los Monjes de Occidente*, II, págs. 72 y 74.)

cerdote fiel. Nunca dió parecer contra su conciencia, y más de una vez se atrevió á dar alguno que no se le pedía. Su inflencia en el

Consejo, sus observaciones y su tesón ayudaron poderosamente á la reforma del clero: todo lo hizo por Dios, nada por sí mismo.

En 1648 fundó definitivamente la obra de los Niños Expósitos. «La posteridad, ha dicho un obispo del siglo XVIII, se quedará asombrada, como se asombraron nuestros padres, de ver en un solo hombre el Ministro Universal de la Providencia, que ha sabido atender á todas las miserias de todas las especies, de todas las edades, de todos los tiempos.» La plaga de los niños expósitos era, sin duda, la más aterradora y la más inconcebible de aquella época, en otros conceptos tan culta y tan brillante. En tiempo del palacio Rambouillet y de Voiture, se exponían, ó más bien se arrojaban en las calles de París, en los rincones de las casas, los niños que nacían del vicio ó simplemente de la miseria... «Allí morían unos sin bautismo, otros eran extrangulados para servir en operaciones mágicas ó en baños sanguinarios que el furor de vivir ha inventado algunas veces.» Era un milagro que un niño abandonado conservara la vida. Vicente tuvo la osadía de encargarse de aquella familia. Para ello pudo contar, como de ordinario, con recursos muy valiosos, con la caridad y celo activo de las mujeres cristianas.

Preciso es pasar en silencio otras obras, cuya enumeración nos llevaría demasiado lejos. Recordemos, sin embargo, el hospital de los arrabales de San Lorenzo, fundado con aquel bello orden, con aquella dulce caridad, con aquel gran respeto por la libertad de los pobres, que brillan en estos momentos en las casas de las Hermanitas. De todas partes vinieron las gentes á contemplar aquella nueva creación del buen sacerdote, y tan grande fué la admiración, que quisieron hacer extensivo el beneficio á todos los indigentes de París. De allí dimanó la fundación de la Salpêtrière, en la que Vicente tomó parte muy principal. Pero contra su intención, la libertad de los pobres no fué allí tan respetada como lo había sido en el Hospicio del arrabal. En sentir de nuestro Vicente, era preciso aguardar á que se presentaran ellos por sí mismos á pedir la hospitalidad. Si tenía ó no razón el Santo en odiar la imposición respecto á los pobres, lo demuestra bien el que los prisioneros de Bicêtre y de la Salpetriere no conocen á Dios y están llenos de

CARIDAD PARA CON LOS IGNORANTES Y LOS INFIELES.

Fresco de Simón Memmi, en la iglesia de *Santa María Novella*, en Florencia, siglo xv.—Tres dominicos predican la palabra de Dios: el uno habla con autoridad, teniendo en su mano el bastón de mando; el segundo persuade por su elocuencia; el tercero, por el testimonio de los Libros Santos. Los perros eran el emblema de los dominicos, los cuales arrojaban á los lobos fuera del redil cristiano. Mientras los príncipes reprimían con las armas los desórdenes de los albigenses, los religiosos de Santo Domingo los combatían por la cruzada pacífica de la oración y de la enseñanza.

rabia contra el orden social; por el contrario, los huéspedes de las *Hermanitas*, en cuyas casas se han puesto en práctica los designios de San Vicente, ruegan á Dios por sus bienhechores.

El alto renombre de Vicente de Paul llamó la atención de los jansenistas, entonces nacientes y dotados ya de aquella energía astuta é inquieta que les ha caracterizado siempre. Duvergier de Auranne, abad de Saint-Cyran, su jefe, era compatriota del Padre de los Pobres (1). Propúsose seducirle, imaginándose, en su vanidad de doctor y de hombre culto, que daría pronto cuenta de aquel hombre tan sencillo, y que aquella importante conquista le costaría poco trabajo. Otras había realizado que parecían más difíciles. San Vicente de Paul le sondeó desde el primer día, y no consintió en volverle á ver, sino para intentar caritativamente traerle al buen camino. Cuando perdió la esperanza de ello, cosa que no tardó mucho tiempo, sólo pensó en sus deberes para con la Iglesia, amenazada de una herejía muy sutil y peligrosa. Por todas partes denunció, y en todos los tonos puso al descubierto á aquellos herejes, disfrazados todavía bajo las apariencias del celo; movió en fin, la alarma contra ellos y procuró hacerlos condenar.

Cuando se ve nacer una herejía, se puede afirmar que estaba preparado el terreno para recibirla. Toda falsa doctrina es la fórmula filosófica de los vicios dominantes de la época en que estalla. Enmedio de las perturbaciones políticas y de las guerras civiles, entre el espíritu de la Liga y el espíritu del Protestantismo, que aun vivía y que aun se combatía, era necesaria una herejía para uso de los políticos que querían pensar y vivir como protestantes, sin separarse abiertamente del Catolicismo, cuyo triunfo era abrumador para ellos. En un principio alcanzó un éxito alarmante. Las doctrinas jansenistas penetraron bien pronto en la Sorbona, donde los bachilleres las sostuvieron en sus tesis, á despecho de las correcciones de los censores. Vicente de Paul vió el peligro, y no se dió punto de reposo hasta que hubo alcanzado el remedio. Habló de ello en el Consejo, suplicando á la Regente y al cardenal Mazarino que

(1) Esto no lo han demostrado los franceses. V. el Apéndice primero del traductor de esta obra.

CARIDAD DE SAN LORENZO Y DE LOS DIÁCONOS

PINTURA AL FRESCO, DE FRA ANGÉLICO, EN LA CAPILLA PAULINA, EN EL VATICANO. SIGLO XV.

En la primitiva Iglesia, los diáconos distribuían las limosnas depositadas en manos del obispo; á su cargo estaban los pobres, las viudas, los huérfanos, los enfermos y los presos.—«El Santo, que está revestido de Jesucristo, lleva escritas con letras de oro sobre el pectoral de su dalmática estas palabras IHESVS+CRISTVS. Los pobres, los cojos y los ciegos, que él llamaba los tesoros de la Iglesia, le rodean. Fra Angélico ha sabido dar poesía al sufrimiento y á las deformaciones del cuerpo, por medio de la exacta representación de los movimientos y de la viveza incomparable de la expresión. El ciego que está á la derecha, andando á tientas con su palo, es una obra maestra, en la cual parece haberse inspirado Rafael cuando pintó su admirable cuadro del Mágico cegado por San Pablo delante del procónsul Sergio. No pueden expresarse mejor la vida y el movimiento.»

Fra Angélico daba más importancia á la limosna que á las obras maestras del Arte, como dice el papa Nicolás V en el epitafio que compuso para perpetuar la memoria del célebre pintor de Fiésole:

Non mihi sit laudi, quod eram velut alter Apelles,
Sed quod lucra tuis omnia, Christe, dabam.
Altera nam terris opera exstant, altera cœlo;
Urbs me Joannem flos tulit Etruriæ.

«No se me alabe por haber sido otro Apeles, sino por haber dado á vuestros pobres ¡oh Cristo! todo cuanto gané. Las obras de mi pincel son para la tierra; las limosnas, en cambio, suben al cielo. En la ciudad flor de la Etruria, vi por vez primera la luz del día, y se me impuso el nombre de Juan.»

(Véase E. Cartier, *Vida de Fra Angélico de Fiésole*, 1 vol. in-8. París, Poussielgue.)

Imp. Lemercier & Cie Paris.

CARIDAD PARA CON LOS CAUTIVOS.

Rescate de cautivos en las prisiones de Argel, cuadro de Granet, en el castillo de Fontainebleau, siglo XIX.—En una sala subterránea unos mercaderes argelinos, sentados delante de una mesa, pesan en la balanza el dinero que los Padres de la Redención acaban de entregar por el rescate de unos cautivos, cuyas cadenas rompen. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced para la redención de los cautivos, rescató por sí solo más de cuatrocientos de aquellos desgraciados.

no concedieran beneficios ni cargos á los eclesiásticos que fueran sospechosos de pertenecer á la secta; denunció al Nuncio y al Canciller los conventos donde llegaba á introducirse; hizo publicar libros para refutar los del error. Mas el verdadero remedio estaba en Roma, y allí fué donde lo solicitó de un modo particular; y á fin de hablar con más crédito ante la Santa Sede, suplicó, instó, importunó á los obispos de Francia, para que firmasen una carta dirigida al Papa, en la cual se exponían y refutaban las proposiciones jansenistas. El resultado de todas aquellas diligencias fué la Constitución de Inocencio X.

Los jansenistas no perdonaron á Vicente de Paul. Esta fué la única enemistad que llegó á provocar contra sí en el curso de su tan larga y aprovechada vida. Por una especie de derogación de la conducta ordinaria de su Providencia, Dios ha querido que este gran servidor y ministro de su misericordia escapara á las persecuciones que experimentan casi siempre los santos. Pero al abrirle así universalmente los corazones, para sacar fruto de ellos, no ha permitido, sin embargo, que se le pudiera acusar de haber contemporizado con el error, y que faltaran á su gloria la injuria y el odio de los enemigos de la Iglesia.

Sería superfluo insistir sobre la fe, sobre la piedad, sobre las virtudes cristianas y sacerdotales de San Vicente de Paul: por otra parte, es imposible formar de ellas un cuadro compendiado. Abelly ha llenado con ellas sus dos volúmenes, y sin embargo no ha consignado sino lo que estaba á la vista de todo el mundo. Lo que la modestia del Santo ha cubierto con un velo conocido de Dios solo, llenaría aún muchas más páginas. Cuando se estudia esta maravilla, parece que todo se debilita, se rebaja ó desaparece ante el radiante brillo de tantas virtudes; y enmedio de sus asombrosas obras, aparece el hombre de Dios, digno de admiración como nadie. ¡Cuánta dulzura, cuánta perseverancia en el trabajo, cuánta paciencia en el dolor! Su vida, en apariencia tan pacífica y tan exclusivamente dedicada al prójimo, fué por muchos conceptos un prolongado martirio, en el cual el hombre interior y el hombre de carne sufrieron por igual. Experimentó ¡quién lo creyera! tentaciones violentas contra la fe; sufrió casi toda su vida la prueba de

CARIDAD PARA CON LOS POBRES.

Retrato del papa León X, por Rafael, en el palacio Pitti, en Florencia, siglo XVI.—León X aprueba solemnemente el establecimiento de los Montes de Piedad, combatidos por los judíos y los usureros. Esta institución, hoy degenerada entre nosotros, prestaba sobre prendas, pero sin interés: los Hermanos Menores fueron los más ardientes propagadores de ella.

las enfermedades. De consiguiente, las numerosas obras, que parecían ser tan sólo el efecto natural de una organización como

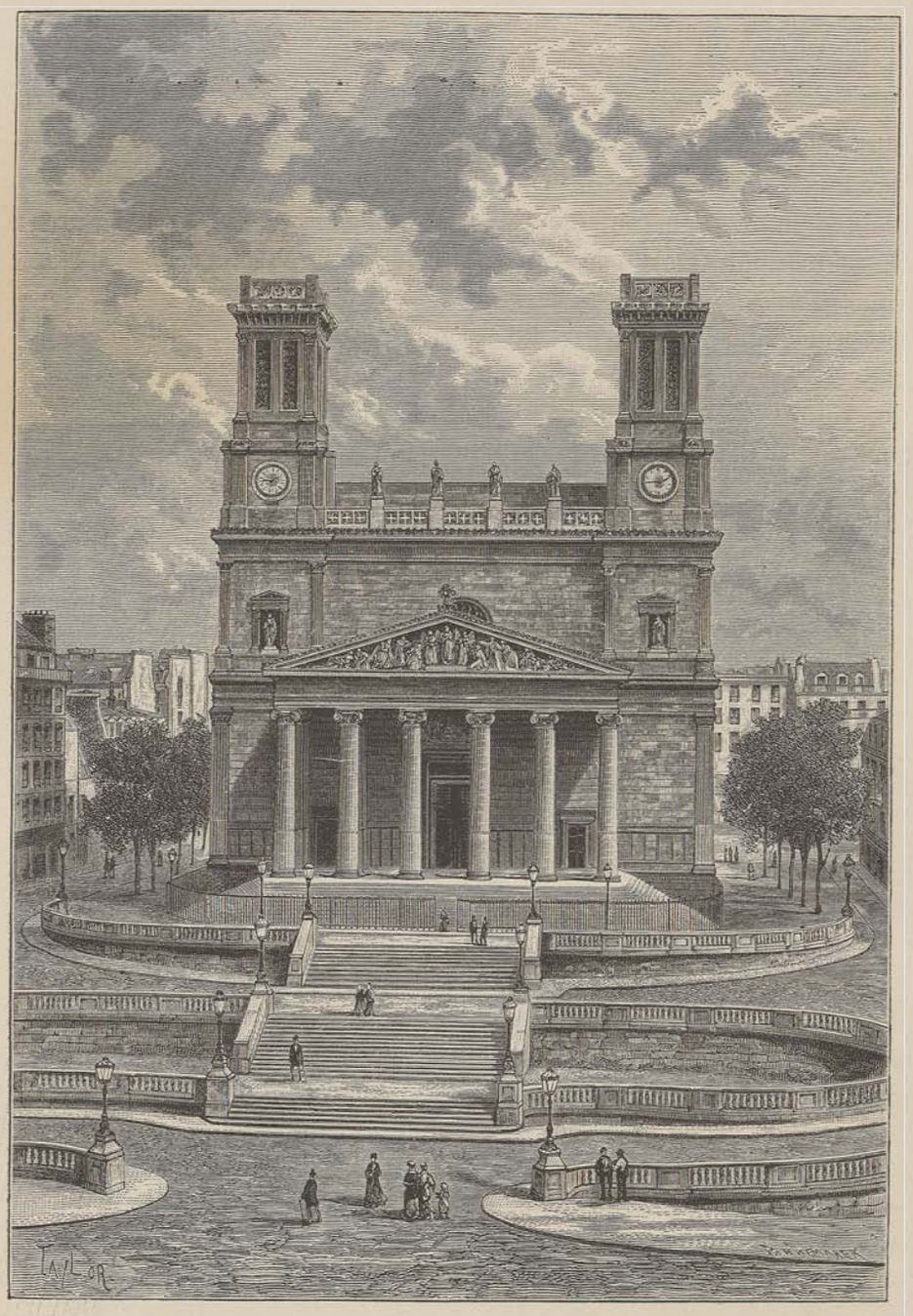
formada exprofeso, para obrar en la plenitud serena de su libertad y de su fuerza, eran una victoria continua de la voluntad en un combate incesante contra la carne y contra el espíritu.

Imposible sería poner de relieve de un modo acabado su desprendimiento de todos los bienes de este mundo, ó más bien, del horror que le inspiraban. Desde luego puede creerse que ningún otro recuerdo hubiese querido grabar de un modo más indeleble en sus dos Congregaciones que su amor por la santa pobreza. Con mucha frecuencia les hablaba de ella, siempre con aquella elocuencia tan peculiar del Santo.

«La mayor gloria de Dios, dice Abelly, y el cumplimiento de su santísima voluntad, fueron la exclusiva aspiración de aquel buen servidor de Dios en todos sus designios y en todas sus empresas; á ello tendían todos sus pensamientos, todos sus deseos y todas sus intenciones; á ello, en fin, se esforzaba en conducir á los demás con sus avisos, sus consejos y sus exhortaciones y como fruto de la asistencia espiritual y temporal que les dispensaba; nada más pretendía en todo y por todo, sino que el nombre de Dios fuese santificado, su reino aumentado y su voluntad cumplida en la tierra como en el cielo: he aquí las miras de su espíritu y los deseos incesantes de su corazón.»

Hemos bosquejado el carácter de San Vicente de Paul; dejemos explicar á un obispo el misterio de su vida. De ello sacaremos inmediatamente algunas lecciones aplicables á nuestro tiempo.

«Si consideramos la multitud innumerable de pobres cuya subsistencia aseguró San Vicente; las familias abatidas que rehabilitó; las provincias enteras que socorrió, dentro y fuera del reino; los hospitales que mantuvo, las dos nuevas Congregaciones, consagradas á la instrucción ó al servicio de los pobres, que formó, fundó, instaló y difundió por toda la Francia, por casi toda la Europa y aun más allá de los mares, ¿no se diría que tantas maravillas sólo pueden ser la obra de la magnificencia de un rey? Diríase con mucha razón, y sin embargo no se diría bastante; porque los reyes tienen límites para su imperio, mientras que la caridad no los reconoce. La de San Vicente de Paul ha traspasado las fronteras de este vasto reino, como es muy sabido. ¿Y qué se



IGLESIA DE SAN VICENTE DE PAUL, EN PARÍS.

Siglo XIX.—Esta iglesia tiene parecido con las basílicas italianas de los primeros siglos cristianos.—Los frescos del interior, pintados por Hipólito Flandrin, recuerdan la misión de de la Iglesia, simbolizada por la enseñanza de San Pedro y San Pablo. De esa enseñanza, como de manantial fecundo, brotan pueblos de mártires, de doctores, de vírgenes, de penitentes. El artista ha representado esas muchedumbres ilustres dirigiéndose al santuario del templo, adonde van á *dar testimonio* sobre las gradas de un altar elevado á la Caridad, personificada en la gran figura de San Vicente de Paul.

dirá, cuando se vea que todo ello se hizo como de nada por un hombre que nada tenía, que no pensaba en ello, y que sin poseer nada, daba siempre y constantemente, hacía fundaciones, sin agotar jamás los manantiales de donde sacaba aquellos recursos? No es esto todo: cuanto más se analiza, menos se profundiza el prodigio. Hay cosas sorprendentes, pero que al fin pasan; aquí todo sorprende y todo subsiste: nada sucumbe, sino que, enmedio de los quebrantos y de las ruinas del mundo, todo se sostiene, todo se agranda, todo se multiplica. ¿Cuál es, pues, esa mano invisible que obra tan grandes cosas, y que las mantiene en el orden con que han sido hechas? No es, en verdad, la mano de la ambición, la cual, para elevarse, comienza por destruirlo todo; no es la mano de la vanidad, cuyas obras estériles empiezan por ser transitorias y acaban por desaparecer; es la mano de la divina caridad, la que por ministerio del humilde Vicente ha obrado todas esas maravillas, y la que por sí sola, á pesar de la decadencia de los siglos, sabrá mantenerlas en pie. No os admiraréis de ello, cuando sepáis que se trata de un hombre verdaderamente animado por la caridad. San Juan nos lo enseña. El que permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios permanece en él: *qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo* (Joann, C. VIV). Si este hombre está en Dios, y Dios está en él, está en el manantial de todo bien, manantial necesariamente universal é inagotable; universal, porque corre por todas partes; inagotable, porque mana siempre; y tal fué la caridad en que vivió abrasado San Vicente: un manantial universal de bienes para todos los pobres. Dios que le destinaba á socorrer todas las necesidades, había hecho de su corazón como un canal por donde corrían en abundancia las aguas que habían de regar las tierras más áridas y empobrecidas: la caridad había puesto en sus manos primero los corazones de todos, y después los tesoros de todos.

II

En los siglos de fe se distinguían dos situaciones bien diferentes en la pobreza. Había en ella la miseria, que era un mal, pero un

mal accidental que curaba la caridad; y la pobreza propiamente dicha, que era un estado normal, perfectamente aceptable á los ojos de la caridad misma, y perfectamente aceptado de los que se encontraban en él por la voluntad de Dios. La miseria era resignada: la pobreza se mostraba contenta. Por la asistencia cristiana y por el trabajo se ascendía de la miseria á la pobreza, como se pasa hoy de la pobreza á la comodidad. Se llamaba espontáneamente comodidad lo que hoy se denomina pobreza y aun miseria. Todoel que poseía

CARIDAD EN LAS CALAMIDADES PÚBLICAS.

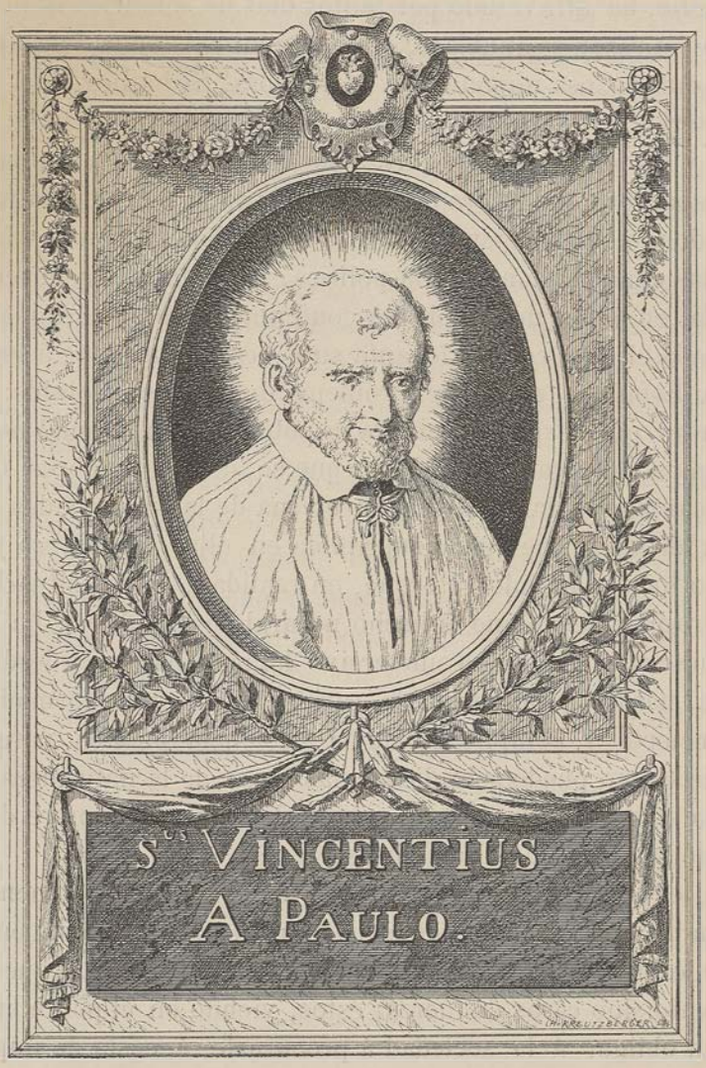
Durante la peste de 1576, en Milán, San Carlos Borromeo visita á los enfermos en sus casas ó en los lazaretos, reanimando su valor y llevando á su lado sacerdotes y religiosos. Copia del grabado de Abraham Brose, siglo XVII.

las herramientas del trabajo y salud se consideraba satisfecho, vivía gozoso entre sus iguales, y dormía tranquilo bajo la protección de la Providencia, después de haberla pedido lleno de fe el pan de cada día. La caridad se aplicaba á mantener, ó á restablecer al menos, el equilibrio de lo estrictamente necesario entre una penuria tolerable y la absoluta carencia. Materialmente nada más se proponía: tampoco se la pedía más. Su acción consistía sobre todo en suplir la ausencia de los bienes temporales con la abundancia de los bienes espirituales, que son la fe, el amor, la esperanza; es decir, la paz y la alegría en el seno de las privaciones y de la humildad. Sin menospreciar la parte corporal, se consagraba San Vicente, con preferencia, á la limosna espiritual. Mostraba gran

compasión hacia los pobres que no conocían á Dios; por eso socorría con la limosna á los que se hallaban faltos de lo necesario, mas siempre se esforzaba en comunicar á todos las luces de la buena doctrina, sin proponerse jamás enriquecer á ninguno. A los que conocían á Dios y se ganaban la vida, aunque fuese muy ruda y modestamente, no sólo no los compadecía, sino que los envidiaba, porque les era más fácil vivir sin pecar y adquirir los bienes eternos. Cuando los había puesto en semejantes condiciones, daba por terminada su obra; cuando los encontraba en ese estado, consideraba que nada tenía que hacer. A pesar de los ofrecimientos de sus poderosos amigos, siempre rehusó mejorar la suerte de su cristiana y casi indigente familia. Una palabra hubiese bastado para lograrlo, sin ocasionar á nadie el más leve perjuicio, y sin sacar un céntimo del tesoro de los pobres. Prefirió para sus parientes la pobreza, como la había preferido para sí mismo y para su Congregación.

¿Se le podrá acusar de dureza de corazón? ¿Se dirá que tomaba fácilmente su partido en los sufrimientos humanos aquel hombre, que sirvió á los pobres toda su vida; que quiso ser pobre para servirlos mejor; que se echaba en cara á los setenta y siete años el pan que comía, temeroso de no haberlo merecido bastante de sus señores los pobres; que un día, por haber hecho involuntariamente esperar en la puerta á los pobres que aguardaban su limosna, corrió á excusarse ante ellos de rodillas? No; nadie amó más, ni respetó más á los pobres; pues, para decirlo de una vez, los desgraciados eran para él la representación de Jesucristo padeciendo. Mas él sabía que se puede ser pobre y no sufrir, y que hay una pobreza, no solamente deseable desde el punto de vista de la fe, sino también por las solas luces de la razón. Conforme con la opinión de cuantos el mundo ha reconocido como sabios y como santos, afirmaba que la pobreza, mediante los socorros y las luces del Evangelio, es el estado terrestre más vecino del Reino de los Cielos, el más naturalmente inocente, el menos expuesto á las tentaciones del orgullo y de la sensualidad; por consiguiente, el estado en que el hombre tiene más probabilidades de vivir en la gracia de Dios, única felicidad y único objeto de la vida. Bendecía á la Providencia, que por medio de invencibles y eternas leyes ha dispuesto

que la mayor parte de las almas hicieran el tiempo de su prueba aquí abajo abroqueladas tras del antemural santo y fuerte de la



SAN VICENTE DE PAUL.

Copia de una acuarela de la época de su canonización. En el dibujo original, el corazón que se ve en la parte media superior del cuadro está pintado con la sangre misma del corazón del Santo. Esta reliquia pertenece al Sr. E. Cartier de Solesmes.

pobreza. *Ad quem autem respiciam, nisi ad pauperculum et contritum spiritu et trementem sermones meos!* (Is. c. LXVI, v. 2).

La sociedad moderna rechaza esas máximas, con cuyo auxilio la antigua sociedad, sólidamente cimentada por la sabiduría del Evangelio, ha atravesado por tantos días de sombríos infortunios, sin que su razón se anublase, y sin que su existencia fuese por ello amenazada. ¡Cosa imponente y aterradora! Se ha llegado á desviar las miserias indescriptibles que en otro tiempo caían sobre la pobreza; y sin embargo la pobreza se ha convertido en una plaga más espantosa que lo era en otros tiempos la más acerba miseria. Y allí donde era suficiente remedio la caridad, se ven hoy fracasar todas las combinaciones de la política. En lugar de la miseria resignada, en lugar de la pobreza contenta, la hidra formidable denominada el *pauperismo* levanta su cabeza, y propone á los hombres de Estado el siguiente problema dos veces insoluble: Cómo se logrará que acepte el hombre la pobreza, con la cual no están conformes la mayor parte de los que se declaran pobres; ó cómo ha de cambiarse la constitución eterna de las sociedades humanas en términos que quede suprimida en ellas la pobreza y enriquecido todo el mundo. Porque, en realidad, en esa situación nos encontramos: desde que el hecho natural de la pobreza ha llegado á trocarse en el fenómeno subversivo del pauperismo, y desde que la ciencia, natural también, de la caridad se ha transformado en el arte incierto y complicado de la asistencia pública, parece que la sociedad no puede sobrellevar las leyes de la naturaleza, y que le resta sólo la alternativa de perecer bajo la pesadumbre de ellas, ó de morir al tratar de sacudirlas.

Tal es la plaga. Los economistas y los socialistas tienen la pretensión de curarla. Aquéllos consideran al pobre como un enemigo, y le quieren secuestrar en pretendidas casas de caridad que no son realmente sino casas de fuerza; éstos, viendo en el pobre un amo, quieren obligar á la sociedad á procurarle, á costa de imposibles sacrificios, los goces imposibles que los cortesanos de su orgullo le han enseñado á desear. Públicamente discutidas entre empíricos, ambiciosos y sectarios, estas utopias, á la vez criminales y frivolas, ha ido el mal agravándose. De ello no han resultado, de una y otra parte, sino resentimientos amarguísimos, ó soluciones que en unos puntos se trata de imponer por la fuerza, y en otros por las

revoluciones, y siempre con desenlace lleno de tinieblas. Mas cuando un pueblo ha perdido el Evangelio, no hay fuerza que le obligue á sufrir sin murmurar las fatigas del trabajo y á la vez las privaciones de la pobreza; como no hay revolución que obligue á la tierra á cubrirse de espigas, sin haber sembrado la semilla y sin haberla previamente trabajado.

El sistema de las reclusiones de caridad (inaplicable en Francia, mientras permanezca católica) triunfa en Inglaterra, donde es un principio activo y seguro de su ruina. Cuando llegue la hora de la revolución, esas guaridas, donde la sociedad inglesa nutre á sus pobres, vomitarán sobre ella bestias feroces. El sistema de la igualdad de las fortunas y de los goces sin trabajo está en vigor en la Nueva Zelanda: allí se muere la gente de hambre, cuando no queda un hombre para comérselo.

Entre esas soluciones utópicas del problema de la miseria hay las puerilidades de los filántropos, y las especulaciones de los empresarios de beneficencia. ¡Gentes de bien que no pueden desprenderse de sus comodidades, y que tienen su apego al humo de la gloria! No se avendrían seguramente, como San Vicente de Paul, á habitar toda su vida una habitación sin fuego; jamás dirían lo que el Santo enseñaba á sus discípulos: «que valdría más ser arrojado sobre carbones encendidos, que realizar un acto encaminado á alcanzar las alabanzas de los hombres.» Por el contrario, se dan mucha prisa por lograr que se les extienda el título de bienhechores del género humano, y por acumular sobre sus personas las distinciones y los premios de su aparente virtud, con todo lo cual acaban por proporcionarse una suculenta mesa á costa del caldo de los pobres. No hay en esto exageración de ningún género, pues no se ve, ciertamente, que estén muy satisfechos los pobres de dejarse morir mientras ven engordar á sus expensas á semejantes parásitos.

Justificaremos esta conclusión considerando por un momento dos puntos de trascendentales consecuencias para la sociedad entera, á saber: lo que reclaman la dignidad de los pobres y sus intereses.

Al través del brillo falaz de su celo caritativo, vemos que los economistas y los socialistas profesan un menosprecio profundo á

los pobres, y que ningún interés muestran los primeros por su libertad ni los segundos por su dignidad; y ora cuando ellos los rebajan hasta el abismo, ora cuando los titulan señores del mundo, no consideran en ellos otra cosa que la bestia temible y potente, de la cual debe deshacerse una política hábil por el resorte de la fuerza cuando ha dejado de ser utilizable para su provecho. Se estudian sus flaquezas y sus pasiones, de un lado para quebrantarlos, de otro para reducirlos: ¿quién los ama? Los que saben que tienen un alma, y se cuidan de su porvenir eterno; pero ¿dónde los encontraremos?

Los pobres no son naturalmente amables. El mismo San Vicente de Paul nos da prueba de ello en aquellas palabras que dirigía á sus sacerdotes: «No debo yo considerar á los pobres ni según su exterior, ni según lo que muestran los alcances de su espíritu; por cuanto muy frecuentemente ni siquiera presentan la figura ni el carácter de personas razonables; tan groseros y terrenales son.» «Empero, añadía, dad vuelta á la medalla, y por las luces de la fe veréis que en la persona de esos pobres se nos representa al Hijo de Dios, que voluntariamente se sujetó á la pobreza, y que durante su pasión ni tenía siquiera la figura de hombre, y que pasaba por loco ante los gentiles, y por piedra de escándalo ante los judíos; y con todo esto él mismo se califica de evangelista de los pobres: *evangelizare pauperibus misit me*. ¡Oh Dios mío! cuán bella cosa es ver á los pobres á los ojos de Dios y ante la estimación que Jesucristo ha hecho de ellos.»

Por lo que toca al Santo, tanta era su consideración para con ellos, que no temía afirmar que los que hayan amado á los pobres durante su vida, habiendo amado á Jesucristo mismo, no tendrán que temer sus juicios. Así lo decía á las personas á quienes veía asaltadas por los terrores de la muerte, y de ello sacaba ocasión para excitarlas al amor de los pobres. Cuando al recitar las letanías del Santo Nombre de Jesús, pronunciaba aquellas palabras *Jesu, pater pauperum*, su corazón se sentía más conmovido, y su voz dejaba transparentar el enternecimiento. Hasta el último día de su vida no pudo oir hablar de un desgraciado, sin lanzar hondos suspiros, y sin que inmediatamente se vieran dibujados el dolor y la

IGLESIA DE LA CUNA DE SAN VICENTE DE PAUL.

Edificada sobre el emplazamiento de la casa donde nació el Santo, en Pouy, cerca de Dax.—Siglo XIX. Estado actual.

compasión en aquel rostro venerable, que jamás pudieron alterar las desgracias personales más sensibles y más imprevistas. Aquello era amar á los pobres.

Mas para amarlos con aquel ardor y con aquella constancia, es preciso «considerarlos en Dios y en la estimación que Jesús les profesó»; ciencia difícil, desconocida de los filántropos, despreciada de los socialistas, que no enseña la Economía política y que no se adquiere en las oficinas; ¡ciencia, sin embargo, necesaria é indispensable! Porque saber que los pobres tienen debilidades y pasiones, es bien poca cosa, aun cuando sólo nos propongamos dominarlos ó seducirlos. Ese dominio no durará más que un día, produciendo en ellos una irritación invencible; esa seducción será pasajera, y estimulará sus apetitos y su afán de goces. Nada realmente se habrá alcanzado; nada se habrá ganado, si no se sabe, además, que en ellos hay un alma, si no se sabe hablar á esas almas, atrayéndolas á Jesucristo. Jesucristo es su derecho, por más que en las tinieblas que los envuelven no sepan reclamarlo; y como es su derecho, es también su necesidad.

Esas almas tienen necesidad de Jesucristo, y esa necesidad es invencible; sea cualquiera la luz que se les dé, no puede faltarles aquella soberana luz; sea cualquiera el consuelo que se les proponga, ha de dárseles aquel divino consuelo; sea cualquiera la promesa que se les haga, les es indispensable aquella inefable promesa; sea cualquiera la gloria donde se pretenda colocarlos, es indispensable ofrecerles aquella gloria inenarrable. Todo les falta, porque les falta Dios; es, pues, preciso darles á Dios. Los progresos de la instrucción y de las artes, de la libertad y del bienestar, nada de esto reemplazará á Dios; mucho menos podrá reemplazarle el temor de los hombres. Mientras Dios no habite en esas almas, serán cada día más bajas, más iracundas, más celosas, más rebeldes. Les falta un freno suficientemente enérgico para contenerlas; pero, al mismo tiempo, bastante noble y bastante dulce, para que consientan en la imposición: ese freno es Dios. Les hace falta un bien, cuya posesión les glorifique en la humildad, y les reanime en las privaciones: no hay otro bien que Dios.

Y bien, ¿quién les dará á conocer á Dios, y quien les hará amarle sino los que le conocen y le aman? ¿Quién les persuadirá de su dignidad de criaturas de Dios, sino los que confiesan y veneran esa dignidad con tan profundo convencimiento, que se hacen sus servi-

dores y esclavos? ¿Quién sabrá dignificarlos hasta tal punto, sin exaltar su orgullo, y al propio tiempo predicarles el desprendimiento, la abnegación, el desprecio de los bienes del mundo, sin excitar sus sospechas? Los funcionarios más preponderantes y los escritores más hábiles discurrirían sin fruto sobre este capítulo esencial; el don de convencer en semejante materia está reservado á los hombres que no tienen fortuna que defender, ni salario que ganar, y que para hacerse dignos de predicar la abnegación han dado el ejemplo del sacrificio.

Pero hay todavía más. Esos hombres de sacrificio, que son los únicos que pueden poner á Dios en el alma del pobre, son también los únicos que pueden poner el pan en sus manos. Con el sacrificio de sí mismos no han adquirido tan sólo el don de predicar eficazmente la abnegación á los que de todo carecen; Dios les ha hecho otra gracia no menos rara y preciosa: la gracia de abrir en todas partes los manantiales de la limosna, fecunda, amplia é inagotablemente, para subvenir á todas las necesidades.

Mucho se ha murmurado de la limosna en estos últimos tiempos. Los socialistas hallan que envilece á quien la recibe; los economistas, que empobrece al que la da; los políticos temen que no sea instrumento de conspiración, y quisieran que se purificara pasando por su tamiz; la filantropía estima que podría hacérsela más útil al comercio, sustituyéndola por las loterías de beneficencia y por las diversiones de caridad; porque también se han inventado diversiones de caridad, que corren parejas con las reclusiones de caridad. Los católicos creen con San Vicente de Paul, y San Vicente de Paul cree con todos los Padres de la Iglesia, que la limosna es una semilla fecunda que produce el ciento por uno. «Un tesoro enterrado no germina en la tierra, decía un orador sagrado, pero germina en la mano del pobre. Con él se alcanzan tierras y castillos, que la caridad regala y que la Providencia sostiene; de él dimanan virtudes, talentos y posiciones, con los cuales recompensa Dios en los hijos las limosnas de los padres; de esa limosna brotan dones mucho más grandes que todo eso: brotan la redención de nuestros pecados, el germen de nuestra eterna bienaventuranza, la prenda de nuestra salvación.» Cualquiera que sea el concepto que nos

formemos sobre este particular, es preciso convenir en que la limosna en las manos de San Vicente de Paul ha realizado extrañas é inexplicables maravillas. Mientras esperamos que la ciencia venga á reemplazar la limosna por otra cosa mejor, que parezca á los economistas más prudente, á los socialistas más honrosa, á los filántropos más galante y á los políticos más regular, preciso es convenir en que por ahora, después de tantas disertaciones, es la limosna cristiana, y sólo la limosna cristiana, como lo ha sido siempre, la que sostiene el peso del pauperismo, á pesar de las trabas que la debilitan; la que con el óbolo de miles de corazones y de millones de ofrendas sigue atendiendo á todas las necesidades.

Si repentinamente se cansaran esos corazones, y si tales ofrendas cesaran; si tantos sofismas absurdos é ingratos pudieran secar las fuentes de la limosna, ¿qué sucedería en Francia? ¿Se haría desalojar los cuarteles á los soldados, para alojar en ellos el sobrante de los pobres, ó se desalojarían los depósitos de mendicidad para alojar en ellos el sobrante de los soldados? (1)

¿Qué impuesto bastaría para alimentar esas bandadas de hambrientos que surgirían por todas partes? ¿Qué ejércitos serían suficientes para contenerlos? Después de la destrucción de los conventos en Inglaterra, bajo el reinado de Isabel, multitudes faltas de recursos y de abrigo se dieron á recorrer las campiñas. Ensayáronse diferentes medios para neutralizar el azote de su miseria, y los mejores que se encontraron fueron la violencia y el cañón. He aquí la última palabra de la ciencia temporal en materia de asistencia pública. Si la limosna faltase, sería preciso recurrir nuevamente á ese procedimiento, y á él se acudiría por una necesidad fatal, aceptada sin escrúpulo. Es poco costoso tratar así á hombres que se ha resuelto dejar morir de hambre, y que, por otra parte, están decididos á vivir, ó á vender cara su vida.

La limosna vale más sin duda alguna; mas la limosna ni es abundante, ni es fecunda, ni se perpetúa sino con ciertas condicio-

(1) Este precioso dilema, que plantea el ingenioso y claro talento de Luis Veuillot, es del todo aplicable á cualquiera de los países civilizados, lo mismo que á la Francia. Si se mata la caridad en absoluto, ó nos ahogará el pauperismo, ó sucumbiremos bajo la revolución. (N. del T.)

EL RELICARIO DEL CORAZÓN DE SAN VICENTE DE PAUL
EN LA CATEDRAL DE LIÓN.

Siglo XIX.—Este relicario, que ha sustituido al que había hecho construir la duquesa de Aiguillón á la muerte del Santo, es un donativo del cardenal de Bonald.

nes. La piedad es la que hace los grandes dones, y la que los renueva; y no los hace sino á la santidad, y el don más grande y el más fecundo de todos, el don de sí mismo, es un don especial de la santi-

dad misma. Quitad á Vicente de Paul su santidad; dejadle solamente su bondad, su valor, su alta inteligencia, tales como las tuvo; supongamos que un hombre pueda poseer con aquel brillo tantas cualidades de corazón y de espíritu, y continuar siendo modesto y desinteresado, sin ser santo; á pesar de todas esas cualidades, á pesar de todas esas virtudes, si Vicente de Paul no fuera santo, no sería más que un buen hombre, que podría hacer buenas cosas, pero ninguna grande ni duradera. Podrá distribuir en sus barrios algunas raciones de sopa, algunas prendas viejas de vestir, podrá dar algunos consejos de honradez, distribuir algunos libritos, instituir tal vez (esto ya es mucho) una junta de beneficencia, donde el ridículo, la intriga y la comilona se entronizarán al cabo de poco tiempo. Admitamos que todo esto pueda sostenerlo, mientras tenga vida y alientos. Que renuncie, empero, á ir más allá, y sobre todo que renuncie á la esperanza de continuar esa beneficencia mezquina más alla de su muerte. Nadie le dará millones, para alimentar á la Lorena, y millones después para apagar el hambre de la Picardía y de la Champagna, y más millones para la Isla de Francia, y nuevos millones para rescatar los esclavos de los países berberiscos, y cantidades enormes y constantes para los niños expósitos, para el Hospicio de San Lorenzo, para los pobres de París, para cientos de otras, no conocidas; y todo esto durante cincuenta años, y por espacio de dos siglos después de su muerte.

Nadie se despojará, seguramente, de lo suyo por satisfacer las buenas ideas de un filántropo que jamás se impone el sacrificio de abandonar sus propios intereses; pero sí se despojará de lo suyo é irá más alla todavía, para asociarse á la caridad y á los méritos de un santo, que atraviesa el mundo perfectamente penetrado de la bondad, de la dulzura y de la abnegación del Hijo de Dios; á ese héroe se le da todo, y cuando se le ha dado todo, se ve que todavía no se ha hecho bastante, y se deja todo por seguirle. Con ese primer sacrificio se llega á merecer el santo contagio del sacrificio supremo. Entonces se acercan á ese hombre los que están tocados de la santa vocación, y postrándose á sus pies, saben decirle: «Aquí me tenéis; ya no tengo patria, ni familia, ni voluntad propia. Soy de Dios por vos; disponed de mí según la voluntad de Dios. Ponedme

al servicio de los pobres, de los forzados, de los esclavos; enviadme al martirio.» Esto dicen, y esto cumplen, y cuando la muerte le ha hecho desaparecer de la tierra, por espacio de muchos siglos, y de todos los rincones del globo y de todas las clases sociales, vienen todavía á renovar ese ofrecimiento sobre su tumba hombres santos y vírgenes puras.

Eso es una locura, dicen algunos sabios, cuyas ideas, muy encontradas con aquel modo de obrar, gozan de gran crédito en nuestra época, que pasa por tan serena y por tan bien ordenada. ¡Locura es, en efecto; la locura de la cruz! Mas esa locura restaura la dignidad de los pobres, los nutre, los consuela, y mantiene en el pueblo los restos de su buen sentido y de su virtud. Demos gracias á Dios, por no haber permitido que esta locura se torne en sabiduría humana, y felicitémonos de tener veinte mil Hermanas de la Caridad y cincuenta mil otras religiosas, hijas, nietas, biznietas de San Vicente de Paul, de quien viene esa posteridad angelical; locas de la cruz, esparcidas por los hospitales, por las cárceles, por los arrabales y por las campiñas, para servir á los pobres sin más salario que la esperanza de Dios. Las esperanzas y las provisiones de la pobreza están allí mejor que las maravillas de la industria, y el orden social está más protegido por esos humildes conventos, que por la fuerza, la extensión y el número de los cuarteles.

Si los pobres vieran hoy con la frecuencia de otros tiempos que un señor vende su patrimonio, para distribuirles el dinero y transformar su última casa en hospital, convirtiéndose en el más asiduo enfermero, este rasgo de locura valdría más que todas las publicaciones sabias, para combatir el socialismo. En defecto de esos grandes ejemplos, que no pueden brotar de una sociedad educada en el amor de las riquezas y en la ignorancia de Dios, la locura que animó á San Vicente de Paul nos da todavía Congregaciones religiosas de hombres y de mujeres, de sacerdotes, de monjes, de Hermanos de las Escuelas; esa locura ha creado recientemente en el Maine los Hermanos del Trabajo manual; forma en la Bretaña los Hermanos trabajadores; multiplica las Hijas de la Caridad, las Hijas de la Providencia, las Hermanas de San José, las Hospitalarias; y las últimas en aparecer, las Hermanitas de los pobres, florecen en

el campo bendito de la Santa Caridad, semejantes á lo más robusto y más bello de cuanto en él se ha producido. ¡Gran Dios! ¿qué les quedaría á los pobres, si no tuvieran todo esto, y qué no tendrían derecho á reclamar de la sociedad, si todo esto llegara á desaparecer?

Mas todo esto es el fruto exclusivo del Evangelio, y si en ello se quiere meditar, se comprenderán aquellas palabras del Apóstol de las Naciones, que la Iglesia lee al pueblo el día mismo de la fiesta de San Vicente de Paul: «Si nuestro Evangelio aun está encubierto: en aquellos que se pierden, está encubierto» (II, *Cor.*, cap. IV, v. 3).

LUIS VEUILLOT.

EL PELÍCANO.
Símbolo de Jesucristo en su pasión.

SAN
VICENTE DE PAUL

I.

LA VOCACIÓN.

EL HOMBRE Y LA OBRA.

El siglo XVI y el protestantismo en Francia.—Estragos causados por las guerras de religión.—Cambios en la sociedad.—Acrecentamiento de la miseria.—La obra nueva de la caridad.—San Vicente de Paul.—Su misión.—Nacimiento y primeros años.—Educación.

A época en que apareció San Vicente de Paul fué testigo de profundas agitaciones políticas y religiosas. El siglo diez y seis había presenciado la mayor revolución de cuantas se habían consumado en la sociedad desde la fundación del Cristianismo. Habíase difundido en el mundo un espíritu nuevo, como consecuencia de la Reforma, y aquella novedad en las ideas iba á transformarlo todo. Hasta entonces no había conocido la Europa civilizada más que una fe y una ley. La sociedad cristiana, fundada por la Iglesia, y penetrada de su espíritu, formaba como una gran familia, cuyos miembros todos reconocían la autoridad única del Padre común, el Pontífice Romano, por encima de opuestos intereses, y á pesar de sus disentimientos políticos.

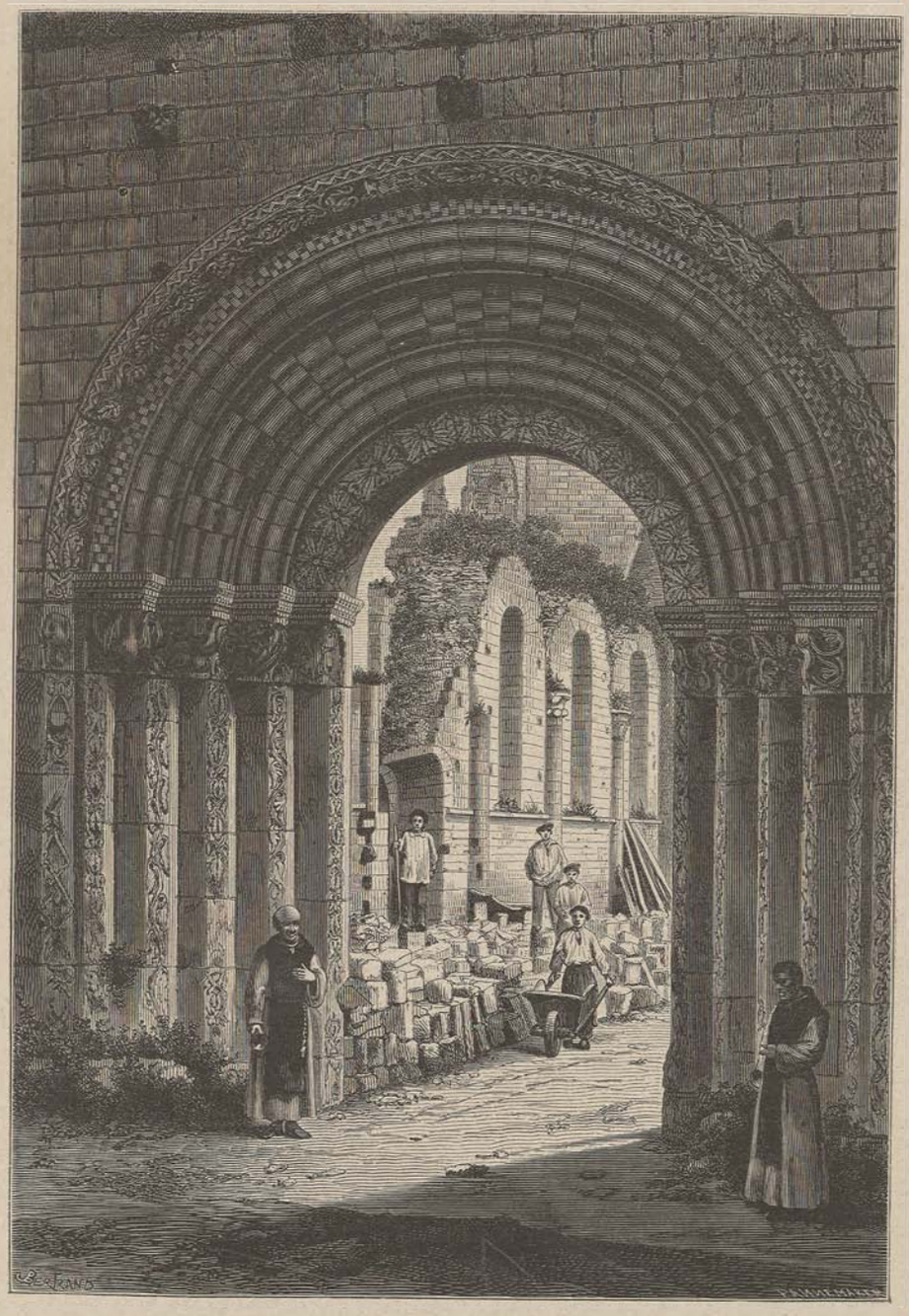
La Iglesia era á la sazón la vida del mundo; el evangelio su ley. En adelante quedaba rota la unidad religiosa, y en lugar de aquel admirable concierto venía á entronizarse la confusión en el mundo. Empero no era solamente la Iglesia la que debía perder

su imperio sobre las naciones, ni la fe su autoridad sobre las almas; pues al propio tiempo que Lutero conmovía el antiguo edificio del Cristianismo, sacudía también los tronos desde sus cimientos. El mismo espíritu que se rebelaba contra Roma, se revolvía también contra toda autoridad. Destruída la unidad religiosa, nacía de hecho una nueva causa de guerra entre las naciones, y de discordia civil entre los miembros de cada nacionalidad. De consiguiente brotaban de la Reforma, como de su fuente madre, dos grandes males hasta entonces desconocidos: las guerras de religión y las revoluciones; y como consecuencia de las primeras, un tercero, que es la plaga de las sociedades modernas: el pauperismo. La herejía aportaba tras de sí los frutos naturales.

En la época de San Vicente de Paul aun no había producido todas sus consecuencias; mas no por eso eran insignificantes ni el malestar de los espíritus, ni la enfermedad social. El gusto por la novedad, la ligereza de las costumbres y el espíritu de oposición eran los propagadores de la herejía. La Francia era víctima de los furores de la facción protestante que aspiraba á dominar el Estado. Interminables guerras civiles, suscitadas por las disensiones religiosas, desolaban el reino; la miseria se había desarrollado terriblemente en medio de las luchas de los partidos y de la desolación de las provincias. Acrecentó más todavía las calamidades públicas el advenimiento de Enrique IV, pues entonces la nación experimentó las violencias de los partidos. La antigua fe francesa luchaba contra la invasión del protestantismo; mas el país sufría tanto con aquellas discordias intestinas, como con una invasión extranjera. Así es que, apenas se terminaba la lucha religiosa, se veía renacer por otro lado y con distinto aspecto, la guerra civil. Podía decirse que tras de la Liga se presentaba la Fronda (1).

Otras causas concurrían además á acrecentar la miseria y á disminuir los recursos de la caridad. Han de figurar como tales la política, el desenvolvimiento de las artes y de la civilización, y muy particularmente el desbordamiento del lujo. La transformación de

(1) La Fronda ó la Honda era una de las facciones que durante la minoría de Luis XIV trabajaron más contra el Cardenal Mazarino, y aun promovieron una larga guerra civil. (Nota del T.)



RUINAS DE LA ABADÍA DE FONTGOMBAUD (INDRE):

Saqueada y quemada durante las guerras religiosas del siglo diez y seis. Monumento histórico de comienzos del siglo doce.—Los hugonotes, al destruir á centenares los monasterios, habian agotado otros tantos manantiales de caridad.—Fontgombaud, después de haber pertenecido en el siglo diez y ocho á los sacerdotes de S. Vicente de Paul, vino de nuevo á manos de los hijos de S. Benito, los Trapenses, quienes dirigen en dicho monasterio una colonia penitenciaria de jóvenes detenidos.

la vieja sociedad de la Edad Media en la naciente sociedad moderna creaba aspiraciones nuevas, é imponía á la Iglesia la necesidad de obras también nuevas. Si era en realidad un bien la constitución de la unidad nacional, realizada sobre las ruínas del feudalismo por Felipe Augusto y por San Luis, por Carlos VII, por Luis XI y Francisco I; es indudable asímismo que semejante obra había exigido profundas innovaciones en los pueblos. Con la centralización del poder y la aglomeración de las gentes en las grandes ciudades, habíanse modificado las condiciones de la industria, del trabajo y aún de la existencia del hombre, produciéndose, en consecuencia, hondas perturbaciones sociales. De ello nacía por do quiera, pero singularmente en los grandes centros, un aumento de la indigencia, que contrastaba con el bienestar y con las comodidades de la vida con que brindaba la civilización. Tocaba también á las artes su participación en esta metamórfosis social, por ser un hecho comprobado que, si las costumbres se suavizan á medida que las artes se perfeccionan, las necesidades toman incremento con la delicadeza y el refinamiento de la civilización. El ejemplo de Italia, la influencia de su literatura y de sus artistas habían desarrollado en Francia las aficiones dispendiosas, el amor á los placeres, el imperio de las vanidades mundanas. Al propio tiempo, con el descubrimiento del Nuevo Mundo, habíanse esparcido con abundancia el oro y la plata; con ellos se había acrecentado la riqueza general, pero también se había elevado el precio de todas las cosas. Con la abundancia de dinero el comercio se había desarrollado á expensas de la agricultura y de los oficios; de modo que al aumento de la fortuna y del lujo en las clases acomodadas, correspondía un empobrecimiento de las clases inferiores. Sin negar, pues, que hasta entonces hubiese habido pobres en la sociedad, es cosa digna de mención que en el siglo XVI se presentaba la pobreza en Europa á la par que el oro de las Américas, rodeando á la civilización de Grecia y Roma, y formando el séquito de la Reforma de Lutero.

Hé aquí, pues, el nuevo mal que venía sobre la sociedad cristiana: la existencia de clases indigentes que, sobre hallarse desprovistas de los medios ordinarios de subsistencia, carecían, por decirlo así, de vocación para la miseria. La Edad Media había visto

ENRIQUE AKATCHIAU, MENDIGO DE PROFESIÓN.

Nacido en Nivelles (Bélgica). De un cuadro de D. Teniers, en el Museo de Montpellier; siglo diez y siete.

OTRO MENDIGO DE PROFESIÓN.

De un cuadro de D. Teniers, en el Museo de Montpellier, siglo diez y siete. Los mendigos formaban en tiempo de S. Vicente una clase numerosa.

grandes males, y sin embargo no había conocido aquel tan perturbador. Sólo un conjunto de circunstancias extraordinarias podía atraer sobre el siglo XVI una plaga tan trascendental. Por entonces estaba en sus principios; más tarde había de venir su desarrollo. Por esto no debemos extrañarnos de no encontrar hasta esa época la multitud de institutos consagrados á la asistencia pública, que más tarde han multiplicado las crecientes necesidades de la población. Injuriaríamos á la Iglesia, si queriendo alabar inoportunamente á uno de sus santos, atribuyésemos á Vicente de Paul la invención de la caridad; eso sería desconocer su origen divino y las innumerables obras que constituyen la gloria de los siglos cristianos. La caridad no es nueva en la Iglesia, y no hay necesidad de buscar el principio de esa virtud en un solo hombre, ni hacerla depender de él; pues nació con el Evangelio, y tiene por autor á Jesucristo. Aunque San Vicente de Paul se presente como uno de los modelos más perfectos, no es más que el continuador de esos hombres admirables que han llenado los anales de la Iglesia con sus bellas obras, los cuales no hubieran sido santos, sino los hubiera adornado ante todo la virtud de la caridad.

Había, empero, en esta época una obra nueva que hacer. Vicente de Paul fué el instrumento de que la providencia se valió para tan elevada misión. Así como la Iglesia había tenido sucesivamente sus apóstoles y sus confesores de la fe, sus doctores, sus fundadores de órdenes religiosas, sus héroes de la castidad y de la humildad; un San Estéban, un San Dionisio y un San Benito, un San Agustín y un Santo Tomás de Aquino, una Santa Inés, una Santa Teresa de Jesús, un San Francisco de Asís, un San Ignacio de Loyola; así tuvo también en Vicente de Paul su héroe de la caridad. Faltábale al mundo este beneficio y á la Iglesia este honor, y Dios se los concedió.

Tal es la fecundidad del cristianismo que produce siempre los hombres extraordinarios que reclaman las necesidades de cada tiempo. Sentía la sociedad moderna la necesidad de que viniese el santo de la caridad, y en efecto apareció; y mostróse de tal modo, que desde luego reconoció todo el mundo por su acción bienhechora que era el enviado de Dios.

Diríase que Vicente de Paul poseyó el instinto de las nuevas necesidades, y que se penetró profundamente de la misión que le correspondía. Sin los preliminares de los grandes proyectos, sin proponerse realizar tal ó cual gran empresa, fué el gran organizador de la caridad en los tiempos modernos. Siendo el simple servidor de los pobres, y tratando de remediar tan solo las miserias que le conmovían de cerca, trabajó sin saberlo por el presente y por el porvenir. A no dudarlo, su obra es una de las más fecundas de cuantas se han realizado en la Iglesia. San Vicente de Paul ha creado, por decirlo así, un oficio público de la caridad, estableciendo institutos que suplen á la acción individual; ha fundado ó inspirado nuevas congregaciones religiosas, cuya regla es el ejercicio de la caridad; ha difundido, en fin, por el mundo, un espíritu nuevo de celo y de empresa para el alivio de los desgraciados.

El autor de estas maravillas no pudo consagrarse á tan grande obra, sin atender al propio tiempo á muchas otras cosas no menos trascendentales. La caridad le condujo al apostolado. En su tiempo corrían parejas las miserias del alma y las del cuerpo. Por un lado habían amontonado los hugonotes las ruinas morales de un extremo al otro de Francia; por otro, los errores del protestantismo habían destruido en muchos puntos hasta la misma fe y las prácticas religiosas. Una parte de Francia había perdido el cristianismo, y necesitaba nuevos apóstoles y nueva predicación. Vicente de Paul acudió á esta necesidad. Así como fundó una congregación especial para el servicio de los pobres, estableció otra para la evangelización de los ignorantes: junto á la Hermana de la Caridad colocó al Misionero.

El clero participaba del triste estado de la religión. Aun cuando poseía siempre grandes virtudes en su seno, habíase infiltrado en él alguna relajación. El soplo infecto del renacimiento y de la Reforma habíase dejado sentir sobre la Iglesia. La primera condición para retrotraer el pueblo á la fe, había de ser la regeneración del sacerdocio. Persuadido San Vicente de que todo lo demás dependía del buen estado del clero, trabajó ardorosamente por conseguirlo, empleando el mismo espíritu de celo y de caridad que hacía extensivo á todas sus empresas. Tan activo se mostró en

RETRATO DE SAN VICENTE DE PAUL.

HELIO-GRABADO DE AMAND-DURAND, SEGÚN EL GRABADO DE VAN SCHUPPEN, EL CUAL REPRODUJO EL CUADRO DE SIMÓN FRANÇOIS. SIGLO DIEZ Y SIETE.

Vincentius a Paulo presbyter congregationis Missionis
institutor, et primus superior generalis plenus dierum
et meritorum obdormiuit in domino an. dom. 1660 die
27. sept. ætatis suæ an. 85 congregationis creatæ 35.
magnâ sanctitatis suæ relictâ opinione
Simon François Turonen. Pinxit ad vivum
Pet. Van. Schuppen. Sculpebat 1665.

preservarle del contagio del error, como ardiente en conducirle al espíritu de piedad y á la disciplina eclesiástica.

Se ve, por lo tanto, que fué tan vasta la acción de nuestro héroe, que abarcó por entero el campo de la Iglesia y de la sociedad. Nadie hizo más en tiempo alguno que San Vicente de Paul: Fué un organizador de la caridad, al propio tiempo que un apóstol de la fe, y un reformador del santuario. Por lo mismo ejerció sobre su siglo la más decisiva de las influencias.

RETRATO DEL PAPA CLEMENTE VIII.

Empero cuando se pregunta, cómo pudo hacer un hombre por sí solo, lo que difícilmente hubiera podido realizar todo un gobierno; cuando se le ve auxiliar á multitud de desgraciados, de los cuales es verdadera providencia, mantener establecimientos, en donde toda necesidad halla socorro, fundar dos congregaciones para la asistencia é instrucción de los pobres, alimentar en tiempos de hambre provincias enteras; cuando después se ve á ese mismo hombre pasar de los ejercicios de la caridad á los negocios generales de la religión y del estado; ocuparse, ora en reformar el sacerdocio, ora en defender la integridad de la doctrina, ora en organizar misiones apartadas; y al mismo tiempo intervenir en los consejos del reino, y participar de la gobernación del país; causa verdadero asombro descubrir que aquel gran proveedor de los pobres, aquel alto intendente de la caridad, aquel celador de la fe, apóstol y político al mismo tiempo, haya sido un hombre de ínfima condición, y que todas sus admirables obras se hayan hecho, como si dijéramos, de nada. Tal es el más prodigioso milagro de la virtud de San Vicente de Paul, la señal más brillante de su extraordinaria vocación.

Pobre por nacimiento, pobre por estado y por elección, Vicente de Paul, nada tenía según el mundo que pudiera disponerle para las vastas empresas. No era más que un simple sacerdote, sin familia, sin fortuna. Si es verdad que su inteligencia igualaba á su bondad, y que mostraba ese gran sentido práctico que distingue á los hombres superiores; es también cierto que no se hallaba dotado de las cualidades brillantes que se necesitan para seducir al

CASA DONDE NACIÓ S. VICENTE DE PAUL EN POUY (LANDAS).

Transportada en el siglo diez y nueve á alguna distancia de su emplazamiento primitivo. Estado actual.

mundo. Su exterior humilde, aunque lleno de nobleza y de gravedad, no prevenía en su favor. No parecía en fin destinado á grandes cosas, ni él tampoco se creyó jamás llamado á ellas. Cuando nos sentimos aptos para hacer algún bien, y las circunstancias se presentan favorables, es lo natural que nos atribuyamos una ú otra misión; mas Vicente de Paul nunca tuvo de sí mismo una idea elevada. Penetrado del amor á los pobres, y del celo por la salvación de las almas, abandonóse por entero á los designios de Dios, y con la

mayor sencillez del mundo, y como sin pensar en ello, realizó las más grandes cosas. Tanta era su humildad, que no se hubiera permitido concebir ningún proyecto importante. Por lo demás, hay de notable en su vida, que jamás parecía obrar por sí mismo. Algunos quisieran hacer de él un hombre de grandes empresas, para mejor alabarle, ó una especie de instigador potente, capaz de remover cuanto hubiese en su derredor: no era tal, ciertamente, nuestro humilde santo. Sin más regla que la manifestación de la voluntad de Dios, dispuesto siempre á seguir el consejo de los demás, desconfiado de sí mismo hasta el exceso, nada hizo, como si dijéramos, sino por tanteos. Muchas de sus creaciones fueron simples ensayos; en muchas otras se contentó con secundar los designios que se le iban revelando. En todas las obras mostróse más bien ejecutor que inventor, pudiendo decirse que el carácter de ellas fué el de ser inspirado por las circunstancias. Su papel consistió en responder admirablemente á las miras de Dios, llegando, á fuerza de tener caridad, á poseer el genio de la virtud, *ingenium charitatis*. Vicente de Paul es, pues, tan grande sólo por haber sido ante todas las cosas el hombre de la Providencia.

Dios ha querido servirse de este modesto obrero, para que se viese á las claras que la obra era enteramente de su divina mano, y para patentizar que nada verdaderamente bueno y grande se consuma en la tierra para felicidad de los hombres sino venido de Él y de sus santos. Dios es en efecto caridad, y sólo Él ha podido formar el corazón de un Vicente de Paul; solo Él era capaz de inspirar á un hombre aquella ardiente abnegación, aquella compasión activa, aquel amor generoso que causan todavía la admiración del mundo. Toda caridad viene de Él, y en Él halla su divino modelo; y si ese gran Dios, en su infinito amor para con los hombres, no hubiese hecho desde luego al mundo el don incomparablemente magnífico de su Hijo, jamás hubiera conocido el mundo ni la caridad ni á San Vicente de Paul. Todos los siglos juntos del paganismo no habían tenido eficacia para producir una sola obra, ni para realizar un acto de caridad. Fué preciso que Jesucristo mismo viniera á enseñar á los hombres á amarse los unos á los otros, amando primero á su Dios y Señor. Tales son el valor y el origen

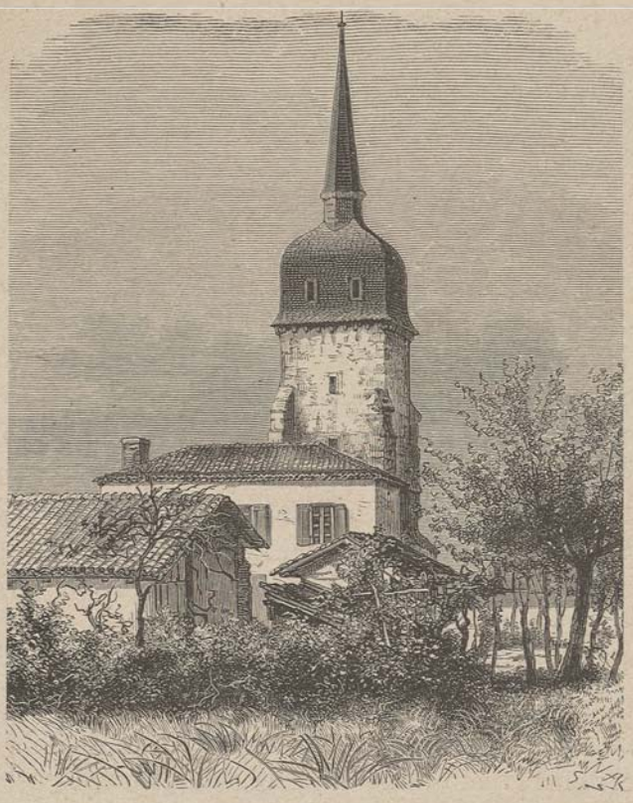
de esa virtud nueva de la caridad, de la que ni aun el nombre conocía la antigüedad pagana, y que forma la gloria de los siglos cristianos.

Vicente de Paul mostró cuánto puede un hombre verdaderamente animado del amor de Dios y del prójimo, en el cual se resume toda la ley cristiana. Por ese amor hizo resplandecer la bienhechora acción de la Iglesia en el mundo; porque el espíritu que le abrasaba es el espíritu de Jesucristo. Y como puso de un modo excelente en práctica el gran precepto del Evangelio, mereció ser contado en el número de los más insignes bienhechores del género humano. Todos los siglos le quedan obligados, y más en particular el gran siglo de Luis XIV, grande entre todos los otros (1), no sólo por haber sido el siglo de las artes y de las letras, y por haber visto, con el desenvolvimiento de todas las glorias de la paz y de la guerra, la restauración del sacerdocio, el despertar de la piedad y la reforma de las costumbres; sino más principalmente por haber sido el siglo de los grandes sacrificios y de las grandes empresas en beneficio de los desgraciados: el siglo de la caridad, el siglo de San Vicente de Paul.

El hombre admirable que había de ser el principal autor del renacimiento religioso y social del siglo XVII, fué para la Francia católica como la recompensa de su celo en defender la fe contra las tentativas de la herejía. Nacía San Vicente de Paul el año mismo en que se firmaba la *Liga* ó *Santa Unión* de los católicos, bajo la dirección del gran Guisa, y en medio de la indignación causada por la falsa paz de Beaulieu. Concedióse á Francia un santo, después de haberla concedido un héroe: mas lo que éste no había alcanzado por las armas, iba á lograrlo aquél por la caridad. La situación del reino era deplorable. Los novadores del siglo XVI habían venido, espada en mano, á reformar la Iglesia sobre el modelo apostólico, como ellos decían, pretendiendo remediar con la violencia

(1) Respetamos la opinión del autor en calificar con tales encomios el siglo de Luis XIV, aunque estamos lejos de seguirle en todos ellos. La figura de San Vicente de Paul lo llena todo, y ella sola bastaría para dar gloria á Francia. Del reinado de Luis XIV habría que recordar las regalías y su conducta soberbia con Roma, en el orden político; y en el orden moral, el espectáculo desmoralizador de su corte, y el realismo que informó el renacimiento del arte en aquella época de grandeza material para Francia.—(Nota del T.)

los abusos del catolicismo. La desolación de las provincias y la ruina de las familias, mostraban de un extremo á otro de Francia los efectos de tan extrañas predicaciones. Ninguna provincia había sufrido más los estragos de los hugonotes que los estados de Bearn, y aquella parte de la Gascuña, cuna de Vicente de Paul,



VISTA DE LA IGLESIA DE POUY.

En ella fué bautizado S. Vicente y también recibió su primera comunión.

donde se había conquistado antes sangrienta celebridad Montgomery, uno de los héroes de aquellas depredaciones.

Vino, pues, Vicente al mundo, en medio de los horrores de la guerra civil, el 24 de Abril de 1576, en Pouy, cerca de Dax, al pie de los Pirineos. Era el tercer hijo de una modesta familia de campesinos, que poseían por único patrimonio una tierrecilla, y á quie-

nes Dios, por añadidura de riqueza, concedió otros tres hijos. Llamábase su padre Juan de Paul, y su madre Beltrana de Moras. Para que no se viera en su nombre signo alguno de nobleza, Vicente de Paul se hizo llamar siempre señor Vicente. Juan, su padre, vivía tan sólo de su trabajo, y del beneficio de su pequeña propiedad. Ayudábanle sus hijos, cada cual segun su edad, y á Vicente correspondió la tarea humilde de apacentar el ganado. Más tarde, cuando su reputación llegue á su apogeo, y sus obras adquieran el mayor renombre, Vicente mostrará complacencia especial en recordar que no fué más que el hijo de un pobre campesino, y que en su infancia había guardado animales de labor. ¡Glorioso origen, que tanto mérito añade á las acciones de este buen pastor de los pobres!

Su alcurnia, sin embargo, no tenía verdadera bajeza, pues aquellas humildes familias rurales, tan fecundas en hijos como en sencillas virtudes y en excelentes ejemplos, constituían la verdadera fuerza de Francia, y su riqueza permanente, en medio de las calamidades de la guerra. En ellas reinaban las buenas costumbres juntamente con los hábitos del trabajo y las prácticas cristianas. En la granja de su padre halló Vicente la educación más conveniente para su misión. De su familia recibió esa fe vigorosa y sencilla, inspiradora de las grandes obras, y de su suelo natal el sentido práctico, tan útil para realizarlas. Casi al mismo tiempo había producido Gascuña á Enrique IV, y á Vicente de Paul; parecido el primero á su modesto compatriota por su buen corazón, y por su delicadeza de espíritu, y considerado como el más popular de los reyes; el segundo como el más popular de los santos.

Sábese de la infancia de Vicente una cosa tan sólo; que la caridad fué su primera virtud. Refiérese que, siendo todavía casi un niño le enviaba al molino su padre á buscar harina para el consumo de la familia, y que si encontraba en el camino á algun anciano ó á alguna pobre mujer les repartía puñados de ella: «De lo cual, dice Avelly, no se mostraba disgustado su padre, que era un hombre de bien.» En una ocasión hizo todavía más Vicente: entregó á un pobre todo su pequeño tesoro, consistente en treinta cuartos, que había llegado á reunir á fuerza de trabajo y de economías.

Otro en su lugar se hubiera quedado alguna reserva; pero Vicente había nacido para las grandes cosas.

Su piedad era á la vez el sostén de su caridad. Sobre el territorio mismo de Pouy se elevaba un célebre santuario, donde se veneraba desde antigüedad remota una milagrosa estátua de la

MOLINO DE POUY (LANDAS).—ESTADO ACTUAL.

Al regresar de este molino, daba Vicente á los pobres algunos puñados de harina que llevaba á su casa, imitando así la caridad de sus padres.

Virgen. Era la capilla de Nuestra Señora de Buglose, lugar de peregrinación para todos los pueblos de las Landas y de los Pirineos. Los protestantes la habían incendiado, mas la destrucción de la capilla había acrecentado la fe de los habitantes. En medio de las ruinas de Buglose se veía á Vicente hacer su oración, encendiéndose en el amor á Aquélla que es en el Cielo la Reina de los Angeles, y en la tierra el consuelo de los afligidos. Una vieja encina servíale de oratorio; el joven pastor había preparado en su tronco entreabierto un altarcito rústico. Todavía vive aquella encina, y la piedad de los fieles arranca sus hojas, para transportarlas tan lejos como el nombre de San Vicente de Paul.

Vicente siguió apacentando los ganados hasta la edad de doce años. Empero desde edad muy temprana había descubierto tan felices cualidades de espíritu y tan bellas dotes de corazón, que su

padre había concebido la ambición, quizás un tanto interesada, de dedicarle á los estudios para verle un día hombre de Iglesia, como él decia.

Los medios de educación abundaban afortunadamente en aquella época, pues la Iglesia, atenta siempre á todas las necesidades, había difundido en derredor de ella los centros de instrucción. En casi todas las aldeas existía la escuela de la parroquia, y en las ciudades constituían los conventos como otros tantos colegios, donde la juventud se formaba en la ciencia y en la piedad. Un labrador podía pretender para su hijo la educación del noble, y no existía cargo público ni en la Iglesia ni en el Estado que no estuviese abierto á los alcances del mérito (1). Fuera de las Universidades, ofrecíanse mil casas de enseñanza á los jóvenes estudiosos á la sombra del claustro y de la Iglesia parroquial: para las clases elevadas abríase el colegio de los Jesuitas; para las menos acomodadas el convento de los Mínimos ó de los Franciscanos. Dax, la ciudad más próxima á Pouy, poseía muchos de estos conventos abiertos á la enseñanza. Juan condujo allí á su hijo y le colocó en el convento de los Franciscanos, que se encargaron de la instrucción del niño por sesenta libras al año. Poco era en verdad, aún en aquellos tiempos, para pensión de un año; mas era mucho para el corto peculio de los pobres aldeanos de Pouy. Para cubrir aquellos gastos se sometieron generosamente á las privaciones, y su hijo, apreciando en todo su valor sus grandes sacrificios, hizo tan rápidos progresos en los estudios, que en sólo cuatro años, se elevó á la categoría de maestro de sus condiscípulos. Sus profesores se mostraban grandemente complacidos de Vicente, le encomiaban de continuo, y todo el mundo fijaba con admiración sus ojos en su aire de sabiduría y de bondad. El Sr. de Commet, abogado de la Audiencia de Dax, y al mismo tiempo juez de la parroquia de Pouy, le escogió para preceptor de sus dos hijos. Vicente contaba

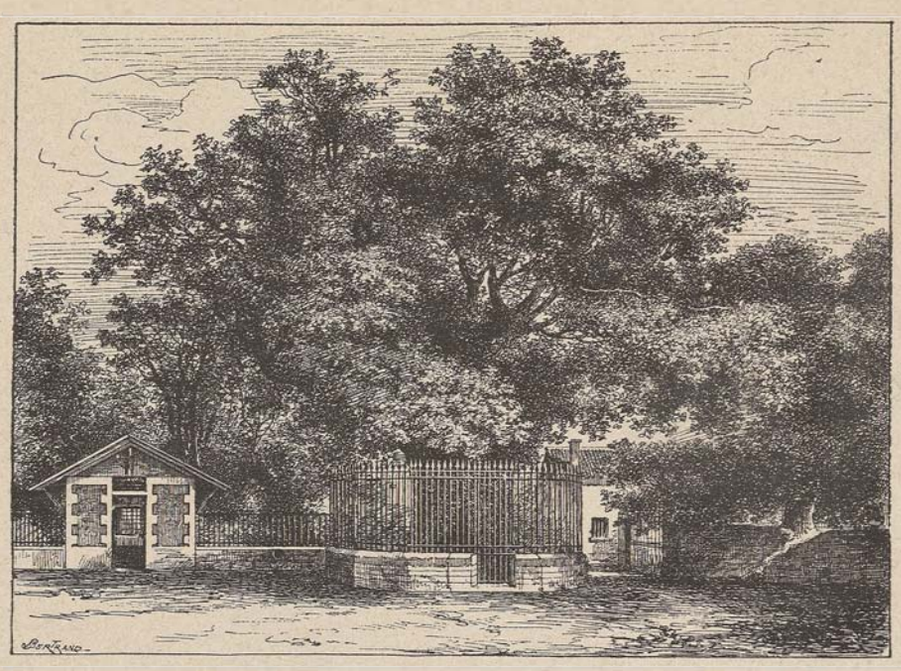
(1) En los tiempos que corremos, despues de arrancar la fe de los hijos del pueblo, se les ha condenado á luchar toda su vida con las tristezas de su condición, cerrando la puerta á toda aspiración noble á los que sientan oscilar en su frente la llama del genio. La desaparición de las órdenes monásticas ha sido la mayor de las desgracias para esa clase que hoy trabaja sin esperanzas de mejoramiento.—(Nota del T.)

UNA LIMOSNA DE S. VICENTE.

Mientras Vicente guarda su rebaño, encuentra á un pobre y le entrega todo su dinero, consistente en treinta cuartos acumulados á fuerza de trabajo y economía.—Cuadro del siglo diez y ocho conservado en la capilla de las Hijas de la Caridad en París.

diez y seis años, y no obstante aceptó este cargo honorífico, porque además de permitirle continuar sus estudios, libraba de todo sacrificio á sus padres.

En el Sr. de Commet halló mucho más que un bienhechor ordinario, por cuanto la cristiana casa de aquel digno abogado era una de aquellas donde reinaban aún las tradiciones de piedad, de bene-



LA ENCINA DE S. VICENTE EN POUY.

Siendo muy niño Vicente de Paul, cobijábase á la sombra de esta encina, para guardar su rebaño.—La duquesa de Augulema fué recibida aquí en 1823.

volencia y de cortesanía. Bien pronto fué tratado como hijo el jóven preceptor, porque á todos imponía respeto y las más tiernas simpatías. Tan querido como considerado en esta familia, á la que edificaba con sus virtudes, siendo alternativamente profesor y discípulo, pasó con ella Vicente cuatro ó cinco años, que consagró todavía al estudio. Entretanto, robustecíase su espíritu, y su sabiduría prematura hacía concebir de él las más bellas esperanzas. El Sr. de Commet creyó que virtud tan acrisolada y talento tan precoz pertenecían de derecho á Dios, lo cual prueba que en aque-

llos tiempos se amaba de corazón á la Iglesia. Era común, en efecto, el ver á un noble generoso, á un buen protector de la juventud, sufragar espléndidamente los gastos de la carrera eclesiástica á los estudiantes más inteligentes y de modesta posición, como lo hizo entonces el Sr. de Commet. Aconsejado por éste, á quien consideraba como á su segundo padre, y sintiéndose por otra parte con vocación para el estado eclesiástico, decidióse por fin á emprender definitivamente la carrera.

LA PREPARACIÓN.

Vicente termina sus estudios teológicos y recibe los sagrados órdenes.—Su viaje á Burdeos.—Su cautiverio en Túnez.—Va á Roma.—Su misión cerca de Enrique IV.—El Juez de Sore.—Vicente en el palacio de la reina Margarita.—Comienzos de su vocación.—El hospital de la Caridad.—La tentación.

El 20 de Diciembre de 1596 recibía la tonsura y los órdenes menores Vicente de Paul de manos de Monseñor Salvat Diharse, Obispo de Tarbes, en la Iglesia colegial de Bidachen, cerca de Bayona, con dimisorias del cabildo de Dax, sede entonces vacante. Una vez consagrado á la Iglesia, abandona el piadoso joven su familia y su país, y parte, sin saber á donde va, pero entregado en manos de Dios, que le conduce por caminos desconocidos al cumplimiento de una misión sublime.

Con el precio de un par de bueyes vendidos por su padre, emprendió su viaje, para reanudar sus estudios teológicos. En un principio se sintió atraido á la Universidad de Zaragoza; mas en vez de encontrar allí la ciencia, sólo tropezó con la controversia. En aquella célebre escuela oyó Vicente querellarse á los profesores entre sí sobre las cuestiones de «la ciencia media» y los «decretos determinantes» y tomó la resolución de abandonarla (1). No podía satisfacerse su alma serena y apacible con aquel género de discusiones, pues recordaba con el autor de la Imitación aquel consejo práctico: «¿De qué sirven las investigaciones sutiles sobre las cosas ocultas y oscuras, cuya ignorancia no se nos imputará como pecado en el día del juicio?... ¿Y qué nos interesan los *géneros* y las *especies?*... Vicente no permaneció en Zaragoza sino muy corto tiempo, durante el cual tuvo ocasión de aprender «que hay mu-

(1) Véanse acerca del particular los Apéndices con que adicionamos esta obra. (Nota del T.)

chas cosas cuyo conocimiento importa poco ó nada á nuestra alma» (1).

Penetróse de la hinchazón de la ciencia y de la vanidad de las disputas, y poco á poco fué adquiriendo aquella perspicacia que andando el tiempo le ayudó á desenmascarar al jansenismo, del cual fué el más terrible adversario. Por tales caminos conducía Dios la educación de su humilde servidor. Bien pronto iba á llevarle á la escuela de las más duras miserias, para familiarizar con la piedad su corazón, como formaba su espíritu para la verdad.

Debemos calcular que no permaneció ni un solo curso en Zaragoza, pues habiéndose dirigido á su Universidad á principios de 1597, se le vió en el mismo año en la de Tolosa, y consta que siguió sus estudios universitarios durante siete años, pues su diploma de Bachiller fué expedido en 1604.

Durante su viaje y estancia en Aragón agotó en breve el escaso caudal de que le habían provisto sus padres, y para continuar sus estudios teológicos en Tolosa, le fué indispensable dedicarse á dar lecciones, á fin de no imponer á los suyos nuevos sacrificios. En los meses de vacaciones adquiría los recursos indispensables para sostenerse durante el curso académico, y entonces el discípulo se convertía en maestro. Establecido á la sazón en Buzet, para dirigir la educación de los dos hijos del señor del pueblo, vióse pronto rodeado de numerosos jóvenes de alta posición, en términos que llegó á ser el preceptor de lo más florido de la juventud de la provincia de Tolosa. ¡Homenaje brillante que rendía al hijo de un campesino aquella nobleza, tan pagada de sus títulos y de su prestigio!

Imposible hubiera sido á su padre soportar los gastos de la educación, que hubiera deseado para su tercer hijo; mas su cariño para con él era tan grande, que al morir le dió una prueba suprema de su predilección. Respetando en lo justo los derechos de primogenitura, hizo en favor de Vicente cuanto estuvo de su parte, imponiendo á su heredero la carga de atender al complemento

(1) Permítanos el autor que afirmemos que eso lo tenía el Santo muy aprendido antes de pasar por Zaragoza.—(Nota del T.)

de la educación eclesiástica de su hermano. En casi todas las familias del antiguo régimen, el padre solía disponer en su testamento para el bienestar de sus hijos, que al recaer la herencia en el primogénito, se trasmitieran también con ella las cargas de la paternidad; de esta manera la sucesión del padre podía considerarse como una sustitución del jefe de familia. Vicente hubiera podido aprovecharse de las ventajas consignadas, más no fué así: después de haber llorado á su excelente padre, escribió á su familia que no se proponía en modo alguno utilizar los derechos del testamento paterno; que su madre y sus hermanos no se preocupasen por él, pues en adelante no quería serles gravoso. En efecto, había alcanzado los recursos necesarios para bastarse á sí mismo.

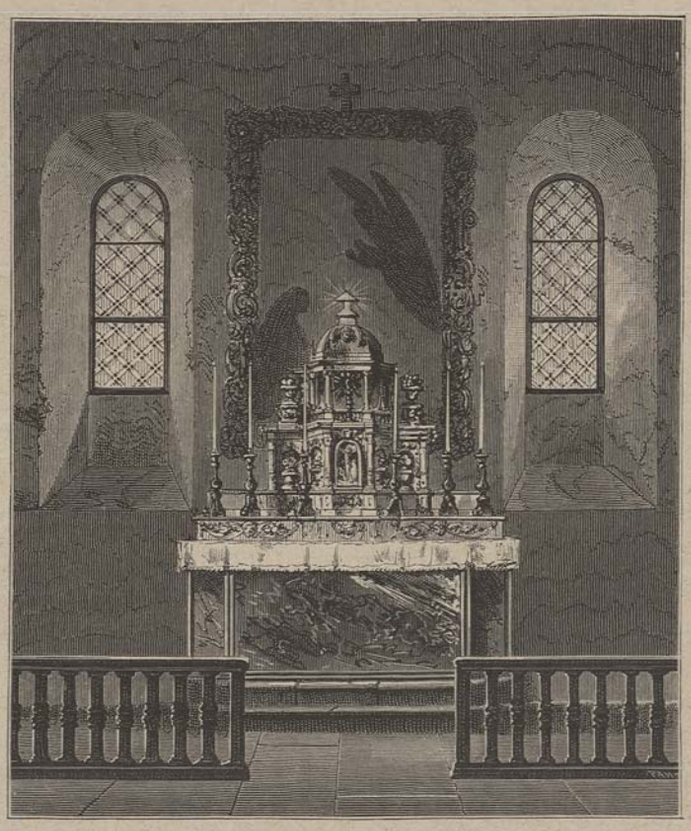
Dos años después de recibidos los órdenes menores, Vicente confirmado por Dios en su vocación, recibía el subdiaconato en Tarbes el 20 de Setiembre de 1598 de manos del mismo Obispo que le había tonsurado. Tres meses después ascendió al diaconato, y en 13 de Setiembre de 1599 se le concedieron las dimisorias para el sacerdocio; pero no las utilizó durante ese año, queriendo sin duda prepararse mejor para su ordenación. Su profunda humildad le mantenía alejado momentáneamente del honor incomparablemente grande y temible del sacerdocio.

Mas al fin llegó el día solemne. El humilde Vicente recibía el poder de consagrar el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, é iba á ofrecer el augusto sacrificio del altar. Con verdadera oportunidad pueden aplicarse á él aquellas hermosas palabras:

«¡Quién podrá expresar los sentimientos en que rebosaba su alma! Sabía que siendo Jesucristo víctima y sacerdote á la vez, no es dado al hombre ser partícipe de su sacrificio, sin tomar parte también en su inmolación. Por lo mismo consideró la ordenación como un sacrificio, del cual él era la hostia: y cuando oyó al Obispo dirigirle la solemne amonestación: *agnoscite quod agitis, imitamini, quod tractatis,* pudo decir para sí que conocía las inexorables exigencias del dón que se le confiaba, y que llamado á celebrar los misterios de la muerte del Señor, se figuraba morir y ser sepultado como Él!»

En 13 de Setiembre de 1600 fué ordenado Vicente de sacerdo-

te. Los piadosos lectores desearán saber el día y el lugar en que por vez primera celebró el incruento sacrificio este gran servidor de Dios. Á este propósito citaremos un pasaje de Abelly: «Se le oyó decir que tenía tan grande aprensión de la majestad de este acto,



VISTA INTERIOR DE LA CAPILLA DE CHATEAU-L'ÉVÊQUE (DORDONA).

S. Vicente de Paul fué ordenado de sacerdote en ella el 23 de Setiembre del año 1600 por Monseñor Bourdeille, Obispo de Perigueux.—Estado actual.

verdaderamente divino, que se ponía á temblar, cuando pensaba en él; y que por no tener el valor de celebrarlo públicamente, escogió con preferencia para ello una capilla retirada, sin más asistencia que la de un sacerdote y un acólito.» Cerca de Buzet, y al otro lado del Tarn, muestra todavía la tradición el sendero por donde se dirigía Vicente de Paul á la capillita de Nuestra Señora de Gracia,

edificada sobre lo alto de una montaña, en las espesuras de un bosque. Allí fué, sin duda, donde á la vista de Dios solo, fué á ofrecer el augusto sacrificio la primera vez, y á ocultar á las miradas de los hombres su santa y admirable emoción.

En este mismo año, ó al siguiente, sus superiores eclesiásticos le nombraban por recomendación del Sr. de Commet, cura de Thilh; mas como fué necesario disputar la plaza á un competidor que la había impetrado de la corte de Roma, retiróse humildemente de allí. El hombre de paz, tenía tanto horror al pleito de la prebenda, como á las disputas de escuela. Esa circunstancia le movió á dedicarse nuevamente al estudio, con la intención de alcanzar los grados académicos, y no contando con otros medios de subsistencia, continuó dedicándose á su modesta enseñanza de Buzet, que se había convertido en pensionado de los hijos de la nobleza en aquella comarca. Terminado su curso de teología, recibió el diploma de Bachiller en esta Facultad. Mediante este título adquiría Vicente el derecho de explicar el segundo libro del «Maestro de las sentencias,» lo cual equivalía al segundo grado de la enseñanza. Poco le hubiera costado obtener luego el título de Doctor, pero sin duda le retrajo de ello su profunda humildad, porque ciertamente le hacían digno de la borla diez y seis años de estudios; «no era empero, dice Abelly, del número de los que se dejan hinchar por la poca ciencia que sospechan poseer.» Si más tarde le acusaron por despecho sus detractores de ignorancia, con el designio evidente de atenuar la autoridad de su palabra, es porque olvidaban que aquel hombre sencillo de corazón había prolongado su carrera y sus estudios por espacio de tantos años, durante los cuales había revelado siempre aquella rara penetración y aquel juicio claro, con que brilló en las controversias.

Dios Nuestro Señor empezó desde entonces á descubrir de un modo más decisivo su acción sobre nuestro Santo. Sabido es que, cuando escoge un instrumento para sus designios, tiene cuidado de formarlo por sí mismo, sometiéndole ante todo á la prueba, y purificándole en la adversidad. Las altas vocaciones jamás están exentas del aprendizaje del sacrificio, y las grandes acciones no dejan de pasar por el crisol del sufrimiento; es un hecho asímismo que los

comienzos de las empresas inspiradas por el cielo llevan como señal distintiva el dolor y la lucha. ¿Cómo, pues, hubiera realizado Vicente de Paul tan grandes cosas, sin haberse preparado por el perfecto sacrificio de sí mismo, por el desprendimiento completo en manos de la Providencia, y por la experiencia de las aflicciones y de las contrariedades de la vida?

Llegó pues, para él, el tiempo de la prueba. Por razones que se

CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE GRACIA

En Buzet (Alto Garona). La tradición refiere que S. Vicente de Paul celebró en ella su primera misa.—Muéstrase todavía el sendero por donde conducía, siendo preceptor, á sus discípulos hasta el humilde santuario.—Estado actual.

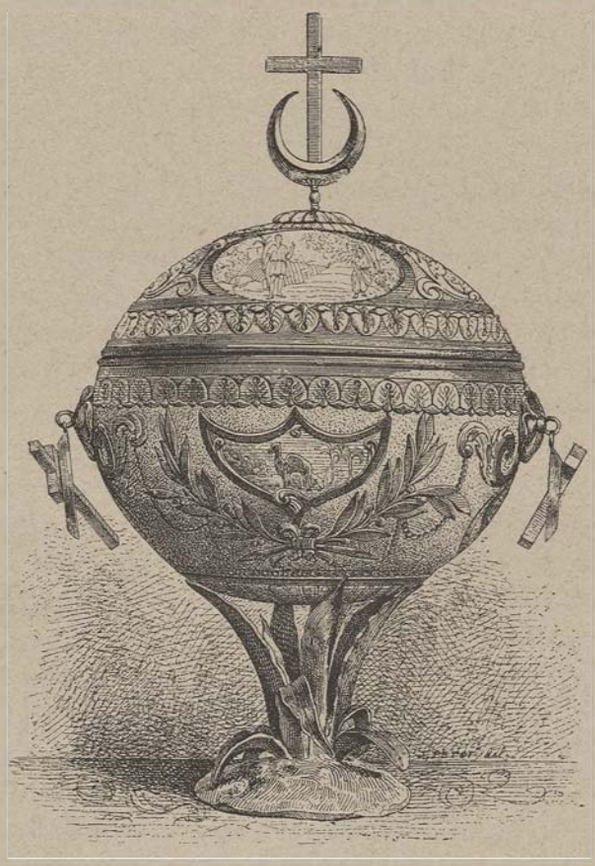
ignoran, pues fué siempre nuestro héroe en extremo reservado sobre sus propios asuntos, hubo de ir de Tolosa á Burdeos á principios de 1605. En una carta de aquella época tan sólo reveló que había emprendido este viaje por un asunto que requería grandes gastos, y que no podía descubrir sin verdadera temeridad. Conjetúrase, por declaraciones del señor de Saint-Martín, amigo suyo, que Vicente había ido á Burdeos para celebrar una entrevista con el duque de Epernón, quien quería alcanzarle un obispado. Sea como quiera, Dios le desvió bruscamente del camino de los honores y de la fortuna, por no ser ciertamente el suyo. Apenas de regreso á Tolosa, púsose en camino para Marsella, con el fin de arreglar con un deudor suyo las cuentas de una herencia que le había correspondi-

do. Después de una transacción de las más desinteresadas, disponíase á volver por tierra, cuando un noble del Langüedoc, compañero suyo de fonda, le indujo á regresar con él por mar hasta Narbona. Para convencerle, le hizo ver que el viaje era más corto y de menos gastos. Vicente consintió al fin. Dejémosle referir la continuación, tomándola de una carta, que escribió dos años después al señor de Commet; carta notable por la tierna sencillez del relato, y por la gracia inimitable del estilo (1):

«Hallándome á punto de partir por tierra, indújome un sujeto noble con quien estaba yo alojado, á que me embarcase con él hasta Narbona, en vista del favorable tiempo que hacía; hícelo así por ganar tiempo y economizarme gastos, ó por mejor decir, por no quedarme allí, y perderlo todo. El viento nos fué tan favorable que pudimos aquel día haber arribado á Narbona, distante hasta unas cincuenta leguas, si Dios no hubiera permitido que tres bergantines turcos, que costeaban el golfo de León, para atrapar las barcas que venían de Beaucaria, donde había uno de los más bellos mercados de la cristiandad, no nos hubieran dado caza, y atacado con tanta fiereza, que, después de muertos dos ó tres de los nuestros, y heridos todos los demás, incluso yo, de un flechazo que me servirá de almanaque para toda mi vida, nos vimos forzados á rendirnos á aquellos enemigos traidores, más crueles que los tigres. La primera explosión de su rabia, fué descuartizar en cien mil pedazos á golpes de hacha á nuestro piloto, por haber matado á uno de sus principales, ó por haber dado muerte los nuestros á cuatro ó cinco forzados de su tripulación. Hecho esto, nos cargaron de cadenas, después de habernos curado groseramente, y prosiguieron su rumbo, cometiendo mil depredaciones, si bien dando libertad á los que se les entregaban sin oponer resistencia, después de haberles robado. Cargados por último de botín, al cabo de ocho días tomaron el rumbo de Berbería, cueva y guarida entonces de ladrones vagabundos del Gran Turco; y una vez llegados allí nos sacaron á la

(1) Hemos procurado traducir con la posible fidelidad el texto de la carta, para conservar su carácter; mas la circunstancia de estar redactada en el francés de la época, hace muy difícil, ó más bien imposible, el darle todo el sabor del original.—(Nota del T.)

venta, no sin declaración formal de haber hecho nuestra captura en un navío español, porque sin este embuste nos hubiera puesto en libertad el Cónsul que allí tiene el Rey para mantener libre el comercio á los franceses. Para proceder á nuestra venta, empezaron



HUEVO DE AVESTRUZ ESCULPIDO

En memoria del cautiverio de San Vicente de Paul en Túnez. El Santo está representado cantando *el Salce Regina* delante de la mujer de su señor. Museo de la Misión en París, siglo diez y nueve

por despojarnos completamente de nuestros vestidos, y por prestarnos á cada uno un par de calzones, una chaqueta de lino y un gorro; paseáronnos después por la ciudad de Túnez, á donde nos habían llevado, para conseguir vendernos. Después de habernos obligado á dar cinco ó seis vueltas por la ciudad con la cadena al

cuello, nos condujeron á la embarcación, á fin de que los mercaderes viniesen á ver quién podía comer, y quién no, de entre nosotros, para probarles que nuestras llagas no eran mortales. Hecho así, nos condujeron de nuevo á la plaza, donde nos vinieron á visitar los mercaderes, como se acude á la compra de un caballo ó un buey, haciéndonos abrir la boca, para reconocer nuestros dientes, palpando nuestras costillas, sondando nuestras llagas, y haciéndonos caminar al paso, al trote y á la carrera: después nos obligaban á cargarnos con pesos, á luchar unos con otros, para probar nuestra fuerza; y en fin, nos sometían á mil otras brutalidades.

»Yo fuí vendido á un pescador, que bien pronto se vió precisado á desprenderse de mí, por serle muy contraria la mar; vendióme después el pescador á un viejo médico, gran extractor de quintas esencias, hombre muy humano y tratable, el cual, según me decía, había trabajado cincuenta años por el descubrimiento de la *piedra filosofal*, vanamente en cuanto á la piedra, pero con gran suerte en otra especie de trasmutación de los metales (1). En fe de ello, yo le he visto muchas veces fundir juntos plata y oro en partes iguales, formar con ellos laminitas, y después formar una capa de cierto polvo, después otra de láminas, encima otra de polvo en un crisol ó vaso de fundir, de los empleados por los joyeros, mantenerlo al fuego por espacio de veinticuatro horas, después destapar, y encontrar que la plata se había convertido en oro; también le he visto hacer más; congelar ó fijar el mercurio en plata fina, que después vendía para dar limosna á los pobres. Mi ocupación consistía en activar el fuego de diez ó doce hornillos, en lo cual, gracias á Dios, hallaba yo más placer que mortificación. Mi amo me amaba entrañablemente, y encontraba mucho gusto en hablarme de la Alquimia, y más todavía de su ley, á la cual procuraba atraerme con

(1) En tiempo de San Vicente no había llegado la Química á constituir un cuerpo de doctrina, cual la vemos hoy, y en lugar de la ciencia admirable que hoy estudia el hombre con tanto provecho, cultivábase la *Alquimia*, arte que hasta el siglo VIII había sido rodeado de misterios. Su objeto era descubrir dos cosas: *la panacea universal*, medicina aplicable á todas las enfermedades, y capaz de prolongar indefinidamente la existencia; y la *piedra filosofal*, ó procedimiento para transformar en oro y plata los metales innobles. Por lo visto, San Vicente cayó en manos de un médico alquimista, y hubo de ayudarle en su singular tarea de buscar lo que no podía encontrar.—(Nota del T.)

todos sus esfuerzos, prometiéndome abundancia de riquezas y toda su sabiduría. Dios me concedió constantemente una confianza firme en la libertad, gracias á las continuas plegarias que yo elevaba á la Virgen María, á cuya intercesión creo firmemente que debo el haber sido libertado.

»Estuve pues, en poder de aquel viejo, desde el mes de setiembre de 1605 hasta el de Agosto próximo, en cuya época fué prendido él, y conducido al Gran Sultán, para trabajar en provecho de este señor; mas en vano, porque murió de tristeza por los caminos. Dejóme en herencia á un sobrino suyo, quién me revendió luego de muerto su tío, por haber oído decir que monseñor Breve, embajador del Rey en Turquía, traía poderes del Gran Turco, para rescatar á los cristianos. Compróme un renegado de Niza de Saboya, y me condujo á su finca (temat), así se llama la propiedad que se posee como arrendatario del Gran Señor: el pueblo nada tiene; todo es del Sultán. La finca de este hombre estaba situada en la montaña, donde el país es extraordinariamente cálido y desierto. Una de sus tres mujeres, que era cristiana griega, aunque cismática, tenía bellas cualidades y me apreciaba mucho, y más tarde, también me mostró su afecto una mujer turca que sirvió de instrumento á la inmensa misericordia de Dios, para apartar á su marido de la apostasía, devolverle al regazo de la Iglesia, y librarme de su esclavitud. Mostró curiosidad por saber nuestras costumbres, y diariamente venía á verme á las tierras en que yo estaba cavando, y por último, me pidió que cantase alabanzas á mi Dios. Vínome naturalmente á la memoria el *Quomodo cantabimus in terra aliena* del cautiverio de Babilonia, y con lágrimas en los ojos comencé á cantar el salmo *Super flumina Babilonis*, después la *Salve Regina*, y muchas otras cosas que le produjeron tanto placer como maravilla grande. No dejó de decir por la noche á su marido que había cometido un grande error en abandonar su religión, que á ella le parecía muy buena, después del relato que yo le había hecho de nuestro Dios, y de algunas alabanzas que yo le había cantado en su presencia; añadiendo que había encontrado en tales cosas un placer tan divino, que no creía fuese el paraíso de sus padres y el que ella esperaba un día, tan glorioso, ni tan abundante en regocijo,

LA HUÍDA A EGIPTO.

Miniatura encargada por S. Vicente de Paul durante la guerra de Lorena á Federico Brentel, pintor de Strasburgo, para ofrecerla á un miembro de la familia de los Commet.—Tiene las dimensiones del original.—La leyenda que lleva al pie; «amad á Dios y á vuestro prójimo» resume la doctrina de la caridad. Facilitada por Benjamín Fillón de Saint-Cyr (Vendée).

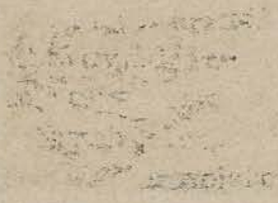
Hé aquí la carta de remisión que acompaña á esta miniatura.

«Muy señor mío:»

Os envio por medio del señor de Touscl[illegible] que se traslada á Acqs, el cuadrito que encargué, para dedicároslo, al Sr. [illegible]ntel. El presente es de poco valor, mas yo abrigo la esperanza de que al[illegible]n dia le tendréis de mayor precio, ofrecido por persona de tan largo tiempo obligada para con vuestra familia. No os olvidéis, cuando le tengáis á vuestra vis[illegible] de encomendar en vuestras oraciones al más humilde de vuestros servidores,

VICENTE DE PAUL.

De Paris á 16 de Agosto de 1636.



imp. Lemercier & Cie Paris

como el placer que había sentido, oyéndome alabar á mi Dios; concluyendo por afirmar que en aquello había alguna maravilla. Esta mujer, cual otra burra de Balaham, consiguió con sus reflexiones que su marido me dijera al día siguiente que carecía de facilidades para que escapáramos á Francia, pero que buscaría un expediente tal, que dentro de poco sería Dios alabado. Este corto plazo se prolongó hasta diez meses, durante los cuales me entretuvo con vanas, pero al fin cumplidas esperanzas: en efecto, al cabo de ese tiempo, huimos en un pequeño esquife, y el 28 de junio arribamos á Aguas-Muertas, y poco después á Aviñón, en donde el Ilustrísimo Vice-legado del Papa recibió públicamente la abjuración del renegado, quien, con lágrimas en los ojos y lleno de santa emoción, reconoció sus errores en la Iglesia de San Pedro, para honor de Dios y edificación de los espectadores.

»El referido señor nos retuvo á ambos allí para conducirnos á Roma, á donde se trasladó en cuanto su sucesor vino á reemplazarle. Prometió al penitente hacerle entrar en el austero convento de los *Fate-ben-Fratelli*, al que se había ofrecido por voto, y á mí me ofreció proveerme de algún buen beneficio.»

Este relato tan modesto es, según hace notar un historiador, cuanto ha podido saberse por San Vicente de Paul de su cautiverio de dos años entre los berberiscos, y aún esto sin que haya estado en su mano hacerlo desaparecer. Empero, en esa corta descripción, en la cual ha omitido cuanto pudiera ceder en alabanza suya, se adivina fácilmente lo demás. ¡Con qué resignación acepta aquella esclavitud, sin más esperanza de libertad que la asistencia de Dios y de la Virgen María! ¡Con qué paciencia se entrega á los duros trabajos que le impone su nuevo señor! Primicias son de su caridad el celo con que procura sostener la paciencia y la resignación en sus compañeros de servidumbre; y principio son de su apostolado aquella narración que hace de su Dios á la mujer de su amo, y aquel canto de los salmos inspirados de la cautividad de Babilonia. Dios permitió que pasara Vicente por esta dura esclavitud, para que conociese por experiencia las miserias de los cristianos cautivos, y los peligros que resultaban para la fe de la domina-

ción musulmana. Esto le moverá más tarde á enviar á Túnez y á Argel á sus primeros misioneros, y por ese medio los discípulos del que fué esclavo de los infieles abrirán las playas berberiscas á las flotas de Luis XIV y á la civilización cristiana.

Vicente no soñaba todavía en extender su celo á tan lejanos países. Libertado de la cautividad, veíase precisado á proveer á su propia subsistencia. La necesidad, el honor de su familia y de sus amigos le forzaron á buscar la protección del Vice-legado, á quien había encontrado en Aviñón. Si por entonces, y aún algo más tarde, se deja ver en las cartas dirigidas por el pobre sacerdote á su bienhechor Commet el deseo de alcanzar un beneficio eclesiástico, se debe á la circunstancia de que, hallándose cargado de deudas y sin medios de subsistir, no quería ser gravoso á sus parientes. Posible es que en esta solicitud crea alguno adivinar algo del hombre, algo que sorprende en aquel héroe de la caridad. Vicente de Paul no había llegado todavía á ese grado eminente de virtud, en que el hombre, desprendido de todas las cosas, se olvida de sí propio, hasta el punto de no vivir sino para Dios. Restábale todavía un paso más en la perfección, para elevarse por completo sobre sí mismo, y arribar á la santidad que es el precio del esfuerzo, la victoria de la gracia sobre la naturaleza.

Mas en realidad de verdad, la preocupación que mostraba Vicente por lograr un beneficio, que por otra parte podía con perfecto derecho solicitar, nada tenía que no fuese conforme con la voluntad de Dios. Mientras esperaba que la recomendación de su amigo, conocedor de su virtud y su saber, le facilitase una colocación honrosa en Francia, continuaba tranquilamente sus estudios en Roma, dejando obrar á la Providencia.

Embellecida por la munificencia de los papas, ilustrada por el genio de las artes, ofrecía al mundo Roma las maravillas de una civilización rejuvenecida de la bella antigüedad. El humilde sacerdote no las llegó á admirar, abismado como estaba en los recuerdos cristianos: «Yo me vi muy consolado, decía, al encontrarme en aquella ciudad, señora de la cristiandad, mansión del Jefe de la Iglesia militante, donde reposan los cuerpos de San Pedro y de San Pablo, y de tantos otros mártires y santos personajes, que en

otro tiempo derramaron su sangre, y emplearon su vida en honor de Jesucristo; por feliz me tenía en caminar sobre la tierra hollada por tan numerosos santos, y á tanto llegaba mi consuelo, que me hacía derramar lágrimas.» Mas Vicente, que no tenía ojos, sino para

ENRIQUE IV REY DE FRANCIA.

De una medalla de 1606, Biblioteca nacional.—San Vicente, á su regreso de Roma, encargado de una misión importante y confidencial para con este Príncipe, celebró con él muchas conferencias privadas. Afirmaba después el santo de este rey que, haciéndose hijo de de la Iglesia, se había convertido en padre de la Francia.

contemplar el sepulcro de los Apóstoles y el Coliseo, no fué uno de esos Aristarcos rígidos, que censuran á los papas por haber hecho brillar en la ciudad eterna la luz de las artes junto á la antorcha de la fe; el lujo de la corte romana, que había escandalizado á los pretendidos reformadores, no le impidió ser un creyente sumiso de la infalibilidad pontificia, á pesar de las preocupaciones galicanas de su siglo. Hermanábanse en él la más severa virtud con

un excelente sentido práctico, que le preservaba de toda exageración; y al propio tiempo un respeto á la autoridad que no le consentía caer en el vicio de la crítica.

No obstante sus deseos de ser colocado, la Providencia le dispuso de otro modo las cosas, para desprenderle más y más de sí mismo, sin permitirle alcanzar lo que se proponía. A consecuencia de muchos contratiempos, la benevolencia del legado apostólico Montorio resultó inútil, y Vicente no pudo obtener el beneficio que su protector solicitaba para él. Dios se encargó de hacerle volver á Francia por otros motivos.

Gestionaba á la sazón Enrique IV en la ciudad de Roma la realización de algunos trascendentales proyectos. Arbitro de la Europa por su ascendiente y sus victorias, ya que no concibió el plan de la paz perpetua y de la República europea soñada por Sully, formó al menos el proyecto de una reorganización de los Estados con el abatimiento de la casa de Austria, cuyo poder era entonces incontrastable en Alemania y en España. Habían de entrar en primera línea en la liga contra el Austria los príncipes de Italia, el duque de Saboya, los venecianos, el gran duque de Toscana y el Papa. Del ejemplo del Jefe de la Iglesia pendía sobre todo la resolución de los otros príncipes italianos. Para ganar á Paulo V, sostenía en Roma el rey de Francia muchos embajadores. La reputación de San Vicente de Paul llegó á oídos de ellos, y se conjetura que en el curso de las negociaciones le encomendaron una misión de confianza para el rey. Lo cierto es que el humilde sacerdote abandonó á Roma en aquella época, encargado de un mensaje que le obligó á presentarse á Enrique IV.

Se sabe que habiendo llegado á París á principios de 1609, se personó en la corte; pero ni él ha hablado de ello, ni la historia se ha ocupado de la índole de la misión suya para con el rey. El ojo perspicaz de éste, tan sagaz conocedor de los hombres, descubrió seguramente en el humilde mensajero, compatriota suyo, un espíritu superior, y una virtud poco común. Nada le hubiera costado á Vicente de Paul aprovechar tan feliz coyuntura, para ganarse la protección del Soberano. ¿Y quién sabe, si quién se contentaba con un mediano beneficio, hubiera conseguido desde luego de Enri-

VISTA INTERIOR DE LA ENFERMERÍA DEL HOSPITAL DE LA CARIDAD EN PARÍS.

Tomada de un grabado de Abraham Bosse, siglo XVII.—Cada día se presentaba fijamente allí Vicente á visitar, servir y exhortar á los pobres enfermos de la Caridad.—Este hospital estaba servido por los hermanos de San Juan de Dios, llamados hacía poco á Francia por María de Médicis.—Allí fué donde Vicente encontró por primera vez al señor de Berulio.—Los grabados de Abraham Bosse ofrecen la representación exacta de los trajes del tiempo de S. Vicente.

que IV las mercedes de que había querido colmar á Berulio y á Francisco de Sales?

Vicente estimaba á aquel rey justo y bueno; pero se limitó á llenar su misión, y desapareció. Lejos de seguir frecuentando la corte, para conseguir su medro, corrió á ocultar su existencia en una modesta habitación, que se había escogido en el arrabal Saint-Germain, junto al hospital de la Caridad, con el designio de hacer una vida completamente sacerdotal.

Esta vecindad le proporcionó los medios de dar un nuevo paso en la misión más elevada, que Dios le había confiado para con los pobres. Dábase allí constantemente á la oración y al estudio, cual en Tolosa y en Roma; pero añadía á estas prácticas la visita diaria á los enfermos, compartiendo alegremente con los religiosos hospitalarios su ministerio y sus cuidados. La Providencia le había conducido allí expresamente, para que conociera su verdadera vocación. Sin embargo, era preciso que antes acabaran de purificar al servidor de Dios pruebas de nuevo género.

La calumnia vino desde luego á combatir aquella virtud irreprensible. Su compañero de habitación que era el juez de la pequeña ciudad de Sore, le acusó un día de haberle robado cuatrocientos escudos, y llegó á denunciarle á la justicia. Vicente mismo ha referido esta penosa aventura sin entrar visiblemente en escena. Atento á aprovecharse de todas las ocasiones de crecer en la virtud, consideró el contratiempo como lección útil, para soportar humildemente las correcciones injustas, y andando el tiempo lo proponía á sus hermanos como ejemplo práctico. «Si el defecto que se nos echa en cara, les decía, no existe en nosotros, consideremos que en cambio tenemos muchos otros, por los cuales debemos amar la confusión, y recibirle sin justificarnos, y sobre todo sin indignarnos ni encolerizarnos contra nuestro acusador.» Y añadía: «He conocido una persona que, acusada por su compañero de haberle robado algún dinero, le contestó dulcemente que no era cierto; mas viendo que el otro insistía en acusarle, volvióse del otro lado, y elevó su corazón á Dios, diciendo: que haré, Dios mío, Vos sabéis la verdad!; y fiando entonces su causa al Señor, resolvióse á no contestar de nuevo á aquellas acusaciones, que por cierto se lle-

varon muy lejos, hasta el punto de dirigirle un monitorio judicial por ladrón, acompañado de la correspondiente notificación. Sucedió, empero, por permisión de Dios que, al cabo de seis años, el que había perdido su dinero, hallándose á más de veintiseis leguas de aquí, encontrase al ladrón que le había robado. ¡Ved una muestra del cuidado que la Providencia tiene de los que se abandonan en sus manos! Reconociendo entonces aquel hombre el error que había cometido en acalorarse contra su inocente amigo, y en calumniarle después, le escribió una carta pidiéndole perdón, asegurándole que sentía el más profundo pesar, y que estaba dispuesto, en expiación de su falta, á presentarse ante él para recibir la absolución de rodillas.»

Vicente, aunque humilde, modesto y desinteresado, fué una vez más sacado de su oscuridad, y conducido en medio de un mundo brillante, á quien debía conocer, como conocía ya el de la pobreza. En el arrabal Saint-Germain, no lejos de la morada del caritativo sacerdote, tenía su corte la reina Margarita. La esposa divorciada del rey de Navarra, no era ya la mujer fastuosa y ligera de la corte de los últimos Valois, á quien Catalina de Médicis había dado por mujer al joven príncipe de Beárn. Desde que había sido declarado nulo su matrimonio con Enrique IV, según las leyes de la Iglesia, vivía aquella señora entregada á la piedad, y procurando borrar con toda clase de buenas obras los años licenciosos de su juventud. La corte de aquella amable princesa, siempre bella y rodeada de simpatías, no era tan sólo el punto de reunión de las gentes de talento, que concurrían allí al ejemplo de Ramús, á «socratizar un poco,» á rimar en compañía de Ronsard al estilo de la Grecia; sino que se abría también para las personas caritativas y devotas, á quienes Margarita de Valois gustaba de recibir. Hizo la casualidad que su secretario Dufresne, hombre sensato y virtuoso, trabase amistad con Vicente de Paul, y habiéndole dado á conocer á la reina, quiso ésta nombrarle su limosnero ordinario. Más tarde, dió el referido señor de nuestro santo el siguiente testimonio: «es el señor Vicente muy humilde, caritativo y prudente, hace bien á todos y á nadie es molesto; siempre circunspecto en sus palabras, sabe escuchar pacientemente á los demás sin interrumpirlos nunca; diariamente

acude con toda diligencia á visitar, servir y exhortar á los pobres enfermos de la Caridad.»

Un incidente extraordinario acaecido durante su permanencia en la corte de la reina Margarita, tuvo sobre la vida del santo una influencia decisiva. El nos va probar que la virtud de la caridad, admiración de los hombres, no procede de nosotros, sino que su principio está en los Cielos. Para amar en los pobres á nuestros hermanos, es indispensable conocer al Padre común, á Jesucristo su Hijo, muerto por todos, y al Espíritu Santo, de quien procede todo amor. «¡Oh Dios mío! exclamaba S. Vicente de Paul, ¡cuán hermoso es fijar la mente en los pobres, si los consideramos en Dios y en la estimación que Jesucristo ha hecho de ellos! Mas si los miramos según los sentimientos de la carne y del espíritu mundano, ¡cuán despreciables nos parecerán.!» Sin la fe no puede haber caridad. Por el contrario, si ella anida en nosotros, no sólo ilumina nuestros espíritus, sino que enfervoriza nuestros corazones, y les comunica ese ardiente amor de Dios y del prójimo que es el complemento de la ley. Sin ella la caridad no es más que vana filantropía, más fecunda en palabras que en acciones. He aquí porqué Dios, queriendo hacer más firme y más perfecta la fe de su servidor, la sometió á la más ruda de las pruebas.

Figuraba entre los personajes de la corte cierto doctor, sabio controversista, á quien la reina había llamado, para emplearle en su palacio, movida de su ciencia y de su piedad. Para aceptar este cargo, hubo de abandonar la canongía lectoral que desempeñaba en su diócesis; «y como ya no predicaba, ni se dedicaba al catecismo, dice el santo, vióse asaltado en el reposo de que gozaba de una tentación violenta contra la fe; lo cual nos enseña cuán peligroso es el vivir en la ociosidad, sea corporal, sea espiritual; pues, así como una tierra, por buena que ella sea, en cuanto se la deja de trabajar, luego produce cardos y espinas, del mismo modo nuestra alma no puede mantenerse largo tiempo en el reposo y en la ociosidad, sin sentir algunas pasiones ó tentaciones que la induzcan al mal. Viéndose, pues, el tal doctor en tan penoso estado, dirigióse á mí para declararme que se hallaba agitado de violentas tentaciones contra la fe, y que le acudían horribles pensamientos de blasfemia contra Jesu-

cristo, y aún de desesperación; hasta el punto de sentirse impelido á precipitarse de una ventana. A tal extremo vióse reducido, que fué preciso al fin eximirle de hacer su rezo, de celebrar la santa misa y aún de orar; pues tan sólo con intentar recitar el *Pater*

LA MUERTE DE BERNARDO LLAMADO EL POBRE SACERDOTE.

De una estampa de aquel tiempo en la Biblioteca nacional.—Claudio Bernardo fué uno de los apóstoles de la caridad en el siglo XVII.—Muerto en 1641, fué enterrado en la Iglesia de la Caridad en París, á donde cada día había asistido para servir á los enfermos, á ejemplo de S. Vicente.

noster parecíale ver mil espectros que le turbaban en gran manera, y su imaginación estaba tan llena de aridez, y tan agotado su espíritu, á fuerza de practicar actos de desagravio de semejantes tentaciones, que le era imposible el practicar ninguno.

Una tierna compasión impulsó á Vicente de Paul á librar á costa suya á aquel desgraciado de su situación. Viéndole reducido á tan

COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS - GRANADA - BIBLIOTECA

lastimoso estado, y temiendo con razón que sucumbiese al fin á la violencia de aquellas tentaciones de infidelidad y de blasfemia, ofrecióse á Dios, según se ha sabido después, para tomar sobre sí la prueba del pobre doctor, «imitando en este punto, dice M. de Saint-Germain, su confidente, la caridad de Jesucristo, que cargó con nuestras enfermedades, para curarnos de ellas, y satisfizo por las penas que habíamos merecido. Dios, añade aquel escritor, quiso, en los secretos de su Providencia, aceptar el ofrecimiento caritativo de Vicente, y escuchando su súplica, libró por completo al enfermo de su tentación, devolvió la calma á su espíritu, iluminó su fe oscurecida y perturbada, y le concedió sentimientos de religión y de gratitud para con Nuestro Señor Jesucristo, llenándole de mayor ternura y devoción que jamás había sentido. Pero al mismo tiempo, ¡oh, conducta admirable de la divina sabiduría! Dios permitió que esta misma tentación pasara al espíritu de Vicente, quien desde luego se sintió vivamente asaltado de ella.» Ni la oración, ni las mortificaciones le pudieron librar de este terrible mal.

Abandonado de Dios, como Job en medio de las ruinas de su fortuna y de su casa, atacado por el infierno, atormentado en lo más profundo de su espíritu por las más terribles dudas, Vicente extremando su resistencia, escribió el Credo sobre un papel que aplicó sobre su corazón, é hizo con Dios el pacto de santa familiaridad de que cuantas veces llevara su mano sobre el papel, lo tuviera por desagravio de la tentación. Su segundo remedio fué poner su fe en acción con nuevos bríos, combatiendo la tentación por ella misma; es decir, practicando lo contrario de lo que ella le sugería; aplicándose por el sentimiento de la fe á honrar y servir á Jesucristo, honrando y sirviendo á los pobres, cual recomienda el Divino Maestro. Por lo mismo, concedióle Dios la gracia de demostrar al mundo con su ejemplo que fe y caridad son una misma cosa (1). No obstante, hubo de pasar tres ó cuatro años en tan rudo ejercicio, y como persistiera todavía la tentación, «imaginó un día, según re-

(1) «Fe y caridad son una misma cosa en el sentido de que no puede darse caridad verdadera sin fe, ni fe sin caridad: *Fides sine operibus mortua est*, según la doctrina del Apóstol. En tal sentido se hace la afirmación del texto, como revela lo dicho en la pág. 40, porque de otro modo no sería correctamente teológica. Los condenados y los mismos demonios creen y sin embargo no aman. (N. del T.)

fiere el testigo íntimo de su vida, tomar una resolución firme é irrevocable: la de honrar mucho más á Jesucristo, é imitarle con más perfección que hasta entonces, consagrando toda su vida al servicio de los pobres.» En el instante mismo, por un efecto maravilloso de la gracia, desvanecióse la tentación, inundó su alma la luz celestial, y Vicente de Paul, admirablemente confirmado en su fe, recibió con la abundancia de las divinas lumbres la plenitud del espíritu de caridad, como tendremos ocasión de ver en el capítulo siguiente.

EL APOSTOLADO DE LA CARIDAD.

Las primicias del siglo diez y siete.—Vicente de Paul y el P. Berulio.—Vicente es nombrado párroco de Clichy.—Sus primeros trabajos.—Su entrada en la casa de Gondi.—Los pobres de las campiñas.—Primera misión en Foleville.—Vicente abandona París, y toma posesión del curato de Chatillón.—Reforma de la parroquia.—Insignes conversiones.—Origen de las cofradías de caridad.—Vicente vuelve á la familia de Gondi.

Antes de recibir aquella maravillosa gracia de lo alto, que le confirmó en su vocación, no era Vicente de Paul todavía el hombre de acción que admira la posteridad. Humilde hasta la más absoluta abnegación de sí mismo, en extremo reservado en toda su conducta, y no creyéndose capaz de bien alguno, distaba mucho de emprender cosas de importancia. En la época en que entraba en la casa de la reina Margarita, habíanle preocupado de un modo particular los suyos, según escribía á su madre, mostrando por lo mismo gran empeño en alcanzar un decoroso retiro, para pasar á su lado el resto de sus días. Con tal intención aceptó en 10 de Junio de 1610, un nombramiento en la abadía de San Leonardo de Chaumes del orden del Cister, en la diócesis de Saintes. Sus obligaciones se limitaban á las de un beneficiado ordinario. Dios dispuso entonces las cosas de otro modo.

Al llegar aquí nos ocurre una reflexión. El nombre de S. Vicente de Paul, evoca tan grandes recuerdos, y son por otra parte de tal importancia sus obras, que cuesta trabajo verle de otro modo que rodeado de la aureola resplandeciente de los héroes. Por lo mismo, causa admiración, al asistir á los comienzos de sus obras, el no hallar en él cosa alguna maravillosa ó extraordinaria. Mas es preciso familiarizarse con el tipo de un Vicente de Paul modesto y sencillo como el que más, nada inclinado á los grandes proyectos y á las altas aspiraciones, y el menos llamado, al parecer, á ser hombre de acción. Por su propia voluntad no hubiera pasado de la categoría de uno de esos santos sacerdotes ignorados, que hacen el bien en derredor de ellos sin ser conocidos en el mundo. Débese á un designio particular de la Providencia, y á una correspondencia maravillosa de Vicente de Paul á la gracia, el que un hombre humilde y pequeño como él haya llegado á ser el héroe de una epopeya de las más ilustres, cuyas proezas y maravillas fueron de todo en todo beneficios para la humanidad.

Algunos meses después de habérsele concedido el beneficio en la abadía de S. Leonardo de Chaumes, abandonó Vicente la corte de Margarita de Valois, abrumado bajo el peso de la tentación. Parecíale sin duda demasiado elevado su título de limosnero de la reina, ó quizás demasiado bullicioso su género de vida en la corte. En su consecuencia, buscó un retiro más sosegado. Desde su llegada á París, habíase entregado el humilde sacerdote á la dirección del P. Berulio, quien pasaba por el director más experimentado de las almas, y por modelo acabado de la perfección sacerdotal. Cuéntase que estos dos santos personajes, llamados uno y otro á ejercer tan grande influencia en la Iglesia, se habían hallado por casualidad, como en otro tiempo Domingo y Francisco de Asís, en el hospital de la Caridad, á donde concurrían con el objeto de visitar á los enfermos; mas sin conocerse recíprocamente. El P. Berulio, que de común acuerdo con Mad. Acaria, había ya introducido en Francia á las admirables hijas de Sta. Teresa, cuya influencia tan decisiva había de ser sobre la alta sociedad, se ocupaba entonces en proveer también á Francia del Oratorio de S. Felipe Neri, muy floreciente ya en Italia. A su lado se retiró Vicente de Paul, no precisamente con

la intención de afiliarse en la congregación de sacerdotes que el P. Berulio comenzaba á formar en derredor suyo, sino para encontrar bajo la dirección de tan ilustre maestro la calma de espíritu, y al propio tiempo la fortaleza contra la terrible tentación de duda que le aquejaba: asimismo buscaba en aquel retiro el reposo necesario para dedicarse á la oración y al estudio.

Admirable beneficio de Dios para con la Francia! Tras una serie de herejías y de guerras, que tan á prueba pusieron la fe de aquel pueblo, levántase una generación nueva de santos, para reparar los males del protestantismo. Congréganse aquellos hombres suscitados por Dios, y forman el designio común de restaurar la piedad. Francisco de Sales abre el camino de la renovación religiosa al P. Berulio, quien á su vez dirige los pasos de Vicente de Paul, y ambos dan la mano al Señor Olier, al venerable Eudes, al P. Bourdoise. Bien pronto los PP. Jesuitas, llamados por Enrique IV, se hacen los maestros de la juventud, y á la par dan principio á la educación de las señoritas las religiosas Ursulinas. Tras de ellas extiéndense las carmelitas y los sacerdotes del Oratorio; fúndase también el Instituto de la Visitación, y no tardan en aparecer la Misión, las Hijas de la Caridad, los Seminarios. Bellos principios ciertamente de regeneración! ¡Dulce aurora de ese gran siglo que empieza por la santidad y acaba coronado de gloria!

No cabiéndole ya duda alguna de la obra á que estaba predestinado y por más que aparentemente pareciese su destino unir su porvenir al señor de Berulio, pasó Vicente de Paul cerca de dos años en el Oratorio, sin mostrar interés en agregarse al nuevo instituto. El señor de Berulio por otra parte no se había esforzado en retener á un discípulo, á quien creía llamado á vocación particular. La virtud eminente del santo sacerdote había hecho afirmar á su piadoso director que Dios quería servirse de él, para prestar á su Iglesia un servicio eminente, instituyendo una congregación nueva de sacerdotes, cuyos frutos y bendiciones habían de ser abundantes.

Grande necesidad sentía el pueblo de las campiñas en aquella época del apostolado del sacerdote. Antes empero de fundar con ese fin el ministerio rural, que fué bien pronto una de sus principa-

les obras, fué llamado Vicente de Paul á conocer de cerca las miserias y las necesidades espirituales de los campesinos. Vacante el curato de Clichy en los alrededores de París, por haber ingresado en el Oratorio el P. Bourgoing que había de ilustrarlo con el brillo de

EL CARDENAL BERULIO.

Fundador del Oratorio en Francia, amigo y director de S. Vicente de Paul.—Monumento que se conserva en Juilly. Escultura de Jaime Sarazin, siglo diez y siete.—El bajorelieve representa á Jonás lanzado por la ballena, símbolo de la resurrección.

sus talentos y de su piedad, el señor de Berulio le propuso para aquel cargo. Instado por su director, decidióse Vicente, después de algunas vacilaciones á aceptarlo, y bien pronto pudo verse de cuánto era capaz su admirable celo sacerdotal. Como era hombre de piedad consumada y de profunda sabiduría, y como su espíritu iba ya vigorizado por la experiencia, mostróse desde luego acabado

modelo de padre de las almas. Sin hacer otra cosa que consagrarse á los deberes ordinarios de su cargo, los llenó con una santidad tan grande y con tan fervoroso celo, que en poco tiempo redujo á los más ignorantes y á los más tibios á las prácticas religiosas. Su palabra profunda, penetrante, llena de unción, conmovía los corazones en las pláticas elevadas y familiares á la vez, que con carácter instructivo dirigía á sus feligreses; por otra parte su ejemplo arrastraba con más eficacia todavía que sus enseñanzas. En medio de su pequeña feligresía era el verdadero tipo del buen pastor. «Veíasele, dice uno de sus primeros biógrafos, visitar á los enfermos, consolar á los afligidos, socorrer á los pobres, sosegar las discordias, apaciguar las enemistades, consolidar la paz y la concordia en las familias, confortar á los débiles, alentar á los buenos, reprender con santa firmeza á los que no lo eran, y hacerse todo para todos, con el fin de ganarlos á Jesucristo.» Una vez que hubo de ausentarse, vióse precisado su vicario á llamarle muy luego, pues todo el mundo sentía la necesidad de su presencia. Su ejemplar conducta fué la edificación de los párrocos vecinos, como no podía menos de suceder, y todos se esforzaban en ser fieles imitadores de su perfección admirable. A toda la comarca se difundió por consiguiente la provechosa influencia de sus virtudes. El mismo celo que le impulsó á restaurar la fe en su parroquia, le movió á reedificar la iglesia del pueblo que amenazaba ruina, logrando sin tener dinero, dejarla por completo reparada. Había, pues, hecho en Clichy todo el bien que podía pedírsele. Testigo de ello el P. Berulio, le llamó á una obra de trascendencia mayor; y como Vicente de Paul no sabía hacer su propia voluntad, mostróse dócil á los consejos del que miraba como superior suyo, familiarizándose con aquella santa indiferencia, que caracteriza al *vir obediens* de los Santos Libros, y con aquella perfecta sumisión que había de facilitarle tan brillantes victorias sobre sí mismo y sobre el mundo. Consideróse obligado por la santa obediencia, y con la misma resignación con que lo había aceptado, se separó del curato de Clichy.

Sin embargo, la separación de su querido rebaño no estuvo exenta de gran tristeza para el tierno pastor. Hallábase feliz entre aquellas buenas gentes, cuyo corazón había logrado tan perfecta-

mente encaminar, que solía decirse de ellas que vivían como ángeles. Mucho tiempo después del suceso, expresaba cándidamente él mismo la felicidad que le embargaba entre sus feligreses. « ¡Ah! me decía yo, ¡cuán dichoso eres en tener un pueblo tan bueno! Ni el Papa mismo me aventaja en felicidad.» Preguntóme un día el primer cardenal de Retz:—¿Cómo os va señor mío?—Monseñor, le contesté, me siento tan extraordinariamente complacido, qué no puedo expresarlo con palabras.—¿Y por qué?—Porque tengo un pueblo tan excelente y tan sumiso á cuanto le recomiendo, que suelo decirme á mí mismo, que ni el Papa ni vos, Monseñor, sois tan felices como yo.» Compréndese, pues, que se desgarrase el corazón del bondadoso Vicente, cuando llegó la hora de partir. «Tristemente me alejé de mi iglesita de Clichy, escribía á un amigo suyo; bañados en lágrimas mis ojos, bendije á aquellos hombres y á aquellas mujeres que me rodeaban para despedirme, y á quienes había amado. También estaban allí mis pobres, los cuales me partían el corazón.»

A no dudarlo, cuando volviera por última vez sus ojos, para contemplar el campanario de su Iglesia reedificada, debió sentir el humilde cura de Clichy no pequeñas angustias, considerando que iba á trocar aquel tranquilo retiro por el bullicio del gran mundo. Mas al fin hubo de recoger su pequeño mobiliario y trasladarse á París, dirigiéndose á casa del P. Berulio. Por consejo de éste, había aceptado el cargo de preceptor de los hijos de Miser Felipe Manuel de Gondi, conde de Joigny, general entonces de las galeras del rey, y de D.ª Francisca Margarita de Silly su esposa.

La familia de Gondi era una de las primeras de la capital, tanto por su rango, como por los cargos que desempeñaba. Felipe Manuel, hijo de Antonio de Gondi, mariscal de Francia, emparentado con los tres primeros Gondis que se sucedieron, de 1570 á 1622 en la sede episcopal de París, tenía en aquella época dos hijos; Pedro, que más tarde fué duque de Retz y par de Francia, y heredó á su padre, y Enrique que murió en la flor de sus años á consecuencia de la caída de un caballo. Un tercero, Juan Francisco de Paula, vino al mundo á últimos del año 1614: era el futuro y celebérrimo cardenal de Retz, á quien no faltó quizá para hacerse digno de la

IGLESIA DE CLICHY-LA-GARENNE. (CERCA DE PARÍS).

Reedificada por S. Vicente de Paul. En ella se ve todavía el púlpito, desde el cual instruía á su pueblo, y el antiguo crucifijo de madera, de que se servía en sus predicaciones.—Estado actual.

púrpura romana, sino el haber tenido edad suficiente, para aprovecharse de las lecciones del tiempo.

Se admirará tal vez el lector de que tan prudente y sabio director como el P. Berulio, fundador del Oratorio, sacase á Vicente de Paul de su curato, cuando en él hacía tanto bien, para trasladarle á una casa particular. «Mas téngase en cuenta, observa un ilustre escritor, que no era de escasa importancia en aquel tiempo el educar á tan elevados magnates, señores de un considerable número de vasallos, sobre los cuales ejercían el poderoso influjo de su autoridad y de su ejemplo, y que estaban destinados á llenar las más altas funciones en la Iglesia y en el Estado.» Por otra parte, el P. Berulio llamaba al santo cura de Clichy con esta colocación á un campo más vasto de acción de lo que parece.

La casa de Gondí, en la cual entraba Vicente de Paul, ofrecía como muchas de la grandeza en el siglo XVII una dichosa alianza entre la religión y la riqueza. En ella reinaba la piedad en medio del fausto, siendo Dios su señor principal. No obstante, el santo que había vivido en la corte de Margarita de Valois, conocía por experiencia los peligros á que nos pueden conducir la disipación, la holganza y el ruido de una casa aristocrática. «Resolvióse, dice uno de sus antiguos biógrafos, al entrar en la del general de las galeras, adoptar como sistema de conducta la sencillez y la prudencia, siguiendo un plan invariable, y propio á mantenerle en perfecta libertad de espíritu. Propúsose no presentarse nunca ante los señores de Gondí, sin que le llamaran préviamente, ni mezclarse por su propia iniciativa en otros asuntos que en los directamente relacionados con su misión de preceptor. Fuera del tiempo consagrado á la educación de sus discípulos ó á obras de caridad, no abandonaba su cuarto. Para él era una verdadera celda, en la que había sabido crearse una soledad profunda en medio de la multitud de gentes que circulaban en aquel brillante palacio.» Pensaba Vicente, en conformidad con las máximas del piadoso autor de la Imitación, que para conducirse en las ocasiones más peligrosas, sin tener nada que temer, es preciso mantenerse en el aislamiento y en el silencio, cuando no hay necesidad de salir al exterior ó de hablar. La caridad, empero, le sacaba con frecuencia de su retiro,

unas veces porque le llamaban fuera de casa en servicio del prójimo, otras veces porque ejercía su ministerio de paz y de santificación entre las gentes de la casa ó entre los aldeanos establecidos en

RUINAS DEL CASTILLO DE FOLLEVILLE (SOMME.) SIGLO XV.

Siendo preceptor de los hijos de Gondi, acompañó muchas veces á este castillo á aquellos señores, dueños de él.—Hacía Vicente sus excursiones por las campiñas inmediatas, instruyendo á los pobres y socorriéndolos de mil maneras.

los vastos dominios del señor de Joigny. Por lo demás, para conducirse en esta casa según el espíritu de Dios, se había impuesto como regla, conforme lo dió á conocer él mismo, aunque sin descubrirse, el considerar y honrar en la persona del dueño, la de Nuestro Señor, en la de la señora de la casa, la de la Santa Virgen; y en la de los oficiales, servidores, domésticos y demás gentes que afluían allá como á los discípulos y á las turbas que rodeaban á Nuestro Señor. Asegura él, «que habiéndole mantenido esta consideración constantemente en una gran modes-

tia y circunspección en todas sus palabras, se había granjeado el afecto de aquellos señores y de todos los criados, facilitándole el medio de alcanzar notable fruto en aquella familia.» Su celo por la salvación de las almas, que su doble cargo de limosnero y de preceptor le proporcionaba tantas ocasiones de ejercitar, se inspiraba siempre en la prudencia, poniendo en juego sus pretensiones para con el señor Gondí y las personas de palacio con una santa libertad armonizada con una hábil discreción aun en los asuntos que demandaban mayor dosis de resolución.

Un día hallábase el general de las galeras comprometido, según la detestable costumbre de aquel tiempo, en un lance de honor; y como hubiese asistido, cual solía siempre hacerlo, á la santa misa antes de ir á batirse, Vicente esperó á que se hallara solo, y arrojándose á sus pies, le dijo: «Permitid, Monseñor, que con toda humildad os diga una palabra: sé de buena tinta que tenéis el propósito de ir á batiros en duelo. Mas yo os declaro de parte de mi Salvador, á quien acabo de mostraros, y á quien vos acabáis de adorar que, si no abandonáis ese mal propósito, ejercerá su justicia sobre vos y sobre toda vuestra posteridad.» Dicho esto, retiróse el limosnero con su alma profundamente angustiada, y dejando al señor de Gondí abandonado á su conciencia y á la gracia; ésta completó en el acto los efectos de aquellas enérgicas palabras. Todo es providencial en lo que acontece á S. Vicente de Paul. Esta circunstancia encendió en él aquel santo celo contra el furor de los duelos, que trascendió más tarde al real consejo, con gran provecho para la Francia.

En realidad de verdad, su ocupación principal en el seno de aquella familia no fué tanto la educación de los hijos, como la dirección de la madre. La esposa del general de las galeras, señora de una virtud superior, que había de ser la más celosa protectora de las primeras obras del santo, se había puesto bajo su dirección, por haber hallado en él la más elevada piedad unida á la más amable sabiduría. Entre aquellas dos almas, poseídas del mismo amor de Dios, llegó á ser íntimo el trato, y con él acrecentóse en ambos el celo por el bien del prójimo. Bajo las inspiraciones de su director, entregábase aquella noble dama á los diversos ejercicios de la caridad; visitaba piadosamente á los enfermos y los servía con sus pro-

RETRATO DEL SEÑOR DE GONDÍ, GENERAL DE LAS GALERAS DE FRANCIA.

Según un grabado de Cl. Duflós, siglo XVII.—Después de haber contribuído magnánimamente á la fundación de la Misión el señor de Gondi, y habiendo enviudado, abandonó el mundo para vestir el hábito del Oratorio, en cuyo estado murió dos años después de San Vicente.

pias manos. Cuidaba la piadosa castellana de que en la administración de sus dominios se hiciera justicia á todo el mundo; y al efecto procuraba cumplir las cargas de personas de probidad, empleándose ella misma en alejar los pleitos, y en componer las diferencias entre sus vasallos. Bondadosa para con todos y llena de caridad para con todas las miserias, desplegaba una solicitud particular para con los huérfanos y las viudas. En todas las regiones adonde alcanzaba su poder, se mostraba tan activa en servir los intereses de las almas y la gloria de Dios, como en procurar el alivio de las necesidades temporales. Vicente de Paul era el alma de todas estas buenas obras, la inspiración de todas estas santas empresas, que la piedad del señor de Gondí aprobaba y fomentaba. Por su parte el sabio director no desaprovechaba ocasión alguna de ejercitar su ministerio para con los pobres y los enfermos, á quienes consolaba, y para con los pueblos, á quienes instruía. Su ejemplo y sus lecciones habían convertido al apostolado más activo la piedad, las riquezas y la autoridad de la noble casa de Gondí. Numerosas familias señoriales de aquel tiempo, sin poseer un Vicente de Paul, empleaban asímismo su influencia en provecho de sus súbditos, y ejercían su noble soberanía cristiana de tal modo, que mantenían el espíritu de la religión y del respeto en las clases inferiores, lo cual constituía una de las más grandes fuerzas sociales del pasado.

Por lo que en otras épocas de su vida hemos visto, puede afirmarse que cada una de las circunstancias decisivas de la vida del santo fué precedida de una prueba; así tambien aconteció en la ocasión presente. La enfermedad vino á herirle, antes que emprendiera con la señora de Gondí la tan importante obra de las misiones en los campos, impidiendo realizarla. Al fin Dios devolvió la salud á su servidor predestinado, quedándole de su enfermedad una dolorosa hinchazón en las piernas, renovada de vez en cuando por las cicatrices de su cautiverio en Túnez, y que fué en adelante, según su expresión, el reloj de su vida.

A principios de 1617 había ido Vicente de Paul con los citados señores á sus tierras de Folleville en Picardía, cuando un día vinieron apresuradamente de la vecina aldea de Gannes, á suplicarle que acudiera allí á toda prisa, para asistir á un labrador gravemen-

te enfermo, que reclamaba los auxilios de un sacerdote. Pasaba el moribundo á los ojos de las gentes por un buen cristiano; mas el santo le exigió una confesión general, en la que descubrió un alma cargada de pecados ocultos desde hacía largo tiempo. Tres días so-

LA IGLESIA DE FOLLEVILLE.

Monumento histórico tal cual se representa en el *Viaje á la antigua Francia* del señor Barón Taylor. Existe todavía el púlpito, desde el cual instruía al pueblo S. Vicente.

brevivió todavía, y durante ellos no cesó de manifestar públicamente el enfermo su miseria, y á la señora de Gondi que fué á verle, le dijo á voces delante de todos sus convecinos: «¡Ah! señora, yo me hubiese condenado, sino hubiera hecho una confesión general, á causa de los numerosos y graves pecados, de los cuales no

me había atrevido á confesarme.» Todos los existentes prorrumpieron en alabanzas á Dios al oir esto; mas la piadosa señora, volviéndose á su limosnero, le dijo: «¡Ah! señor Vicente, ¿qué es lo que acabamos de oir? ¿No es de temer que lo mismo suceda á la mayor parte de estas pobres gentes? Si este enfermo que pasaba por hombre de bien, se hallaba en estado de condenación, ¿qué les sucederá á los otros, que viven en peor estado? ¡Dios mío, cuántas almas se pierden! ¿Cómo podremos remediarlo?» «Entonces, añade el santo, hablando de esto en una de sus conferencias, considerando el peligro en que estaban todas aquellas pobres almas, propúsome la señora para remediar tamaña desgracia, dirigirlas una instrucción sobre la manera de hacer una buena confesión general, y sobre la necesidad que tenían de hacerla, por lo menos, una vez en su vida.» Así se hizo en efecto, y «Dios miró con tan buenos ojos la confianza y la buena fe de aquella señora (porque el número y enormidad de mis pecados hubieran estorbado el fruto de esta acción) que bendijo abundantemente mi discurso.»

«Lo pronuncié, dice el santo, el 25 de Enero día consagrado por la Iglesia á la conversión de S. Pablo, y escogido adrede por la señora de Gondí; memorable fué en verdad, por haber tenido en él su comienzo la obra de la Misión.»

El santo nada decía sin duda en sus sermones sobre el asunto de la confesión general, que no fuese la misma sencillez, pero Dios hablaba por él. La elocuencia ha conmovido frecuentemente las masas y provocado resoluciones instantáneas, pero no ha fundado nada. Un sencillo discurso de nuestro santo, inspirado por el sentimiento de la caridad, sentó los fundamentos de una nueva congregación en la Iglesia, que al mismo tiempo es uno de los institutos más útiles á la sociedad cristiana. Sobre estas primicias de la predicación de Vicente de Paul derramó Dios amplias bendiciones, presagio de las gracias que habían de acompañar á todas sus empresas. El país en masa acudió al confesonario; las aldeas vecinas quisieron también escuchar al santo, y el concurso era siempre numeroso, hasta el punto de que Vicente no podía atender á todos con la ayuda de un solo sacerdote. La señora de Gondí hizo suplicar á los jesuitas de Amiens que vinieran en su ayuda á predicar, catequizar y

VISTA DE LA IGLESIA DE GANNES. (OISE.)

Monumento del siglo XVI.—La conversión de un aldeano moribundo, lograda por San Vicente en esta parroquia, inspiró á la señora de Gondí el proyecto de fundar la congregación de la Misión.—Unos días después predicaba S. Vicente en Folleville el primer sermón de la Misión.

confesar á todas aquellas buenas gentes. «Tal fué, dice Vicente, el primer sermón de la Misión, y el éxito que Dios le concedió el día de la Conversión de S. Pablo: no lo hizo Nuestro Señor sin designio en día semejante.» El aniversario de esta fecha fué sagrado para nuestro héroe, quien, treinta y ocho años más tarde invitaba á los sacerdotes de S. Lázaro á celebrar la memoria del sermón de Folleville con una comunión de acción de gracias, por haber hecho Dios nacer á su compañía en aquel día y en aquella primera Misión.

La sensación que producían sus primeras predicaciones, el aprecio particular en que le tenía la casa de Gondí, el afecto extraordinario que le profesaba la señora de aquel ilustre general, comenzaban á alarmar la humildad del buen sacerdote. Por otra parte, iban creciendo ya en edad sus discípulos, y Vicente, que se tenía por un escolar adocenado, pensaba que á aquellos dos jóvenes ilustres, llamados á figurar en la corte, les era necesario un maestro más brillante que el antiguo pastor de Pouy. El gran mundo, en fin, y la estancia en París, á quien hacian más tumultuoso que de ordinario las agitaciones precursoras de la Fronda, no podían convenir por más tiempo á su alma apacible; sentíase impulsado por el espíritu de Dios á retirarse á alguna provincia apartada, para consagrarse enteramente al servicio y á la instrucción de las pobres gentes del campo. El P. Berulio no desaprobó su proyecto, y hasta le indicó como digna de su celo la pequeña ciudad de Chatillón, parroquia largo tiempo hacía abandonada á manos de beneficiados, los cuales se contentaban, para evitar la declaración de vacante, con cobrar los emolumentos, y con hacerse suplir por sacerdotes disipados ó negligentes en sus deberes. Los canónigos de Lyón, patronos de la parroquia, resueltos á poner fin á semejante abuso, se habían dirigido á los padres del Oratorio, para que enviasen un buen sacerdote. Este ministerio convenía al celo apostólico de Vicente de Paul.

Bajo pretexto de hacer un corto viaje, abandonó, sin decir nada la casa de Gondí, y partió para Chatillón. Allí encontró la casa parroquial arruinada, despojada la Iglesia, la población mitad católica, mitad calvinista, tan apartada de la vida cristiana como entre-

gada á las más bajas pasiones. Inmediatamente puso el buen cura manos á la obra. Conociendo que la herejía y la ausencia de sacerdotes habían ocasionado los males, comenzó por excitar á los capellanes de la parroquia á llevar una vida regular, alcanzando de ellos que se reunieran en comunidad; restableció la enseñanza del catecismo, las instrucciones doctrinales y el servicio religioso. Con su dulce caridad y su paciencia ganó muy luego el corazón de los habitantes, los cuales le veneraban mucho y amaban más. Dos veces al día visitaba una parte de su rebaño, y el resto lo pasaba en la Iglesia. Ningún día dejaba de predicar. Al principio la curiosidad le atrajo auditorio; mas bien pronto causaron impresión profunda en aquellas almas extraviadas la unción persuasiva de su palabra, y la elocuencia verdaderamente apostólica de sus predicaciones. Dulce para el pecador, lleno de compasión para con las debilidades humanas, hablaba el santo del pecado con un fuego, que penetraba los corazones más endurecidos. La multitud acudía con avidez á escuchar á aquel predicador, tan diferente de otros sacerdotes cuya conducta predicaba más bien el vicio que la virtud; á aquel cura que no era un mercenario, ni traficaba con las cosas santas, á aquel pastor verdaderamente dulce y humilde de corazón, que visitaba á los enfermos, consolaba á los pobres é instruía á los pequeñuelos. Con la influencia de su palabra, vigorizada con su ejemplo, convirtiéronse numerosos pecadores, y los herejes mismos tornaron á la fe. Los desórdenes habían cesado; á los escándalos públicos había sucedido la celebración de los Santos oficios, y en lugar de los placeres, dábase la gente á los ejercicios de caridad. El libertinaje, el juego y los duelos habían cedido su lugar á la piedad y á las buenas costumbres. En el espacio de pocos meses, Vicente de Paul, ayudado de un buen sacerdote, que se le había agregado, renovó en Chatillón las maravillas de Clichy. Su celo no se limitaba á la parroquia. A él acudían las gentes de todos los países circunvecinos, á los cuales se había extendido la fama de su reputación, y nadie permanecia insensible á la vista de aquel hombre de Dios, en quien la santidad corría parejas con la bondad más apacible; nadie podía resistirse á la palabra de aquel apóstol, cuya elocuencia, sin más galas que el santo evangelio de Jesucristo, era superior á la de los oradores más

preclaros y más conocedores de la retórica. En Chatillón, como en Clichy, su predicación principal, su obra predilecta era la caridad.

Por la caridad atraía á Dios al mayor número de pecadores, y por la caridad encaminaba los corazones de sus conversos. Dos señoritas distinguidas, célebres en la ciudad por sus galanteos, fueron las primeras en renunciar á sus hábitos mundanos, para abrazar el servicio de los pobres. La palabra del santo había tocado el fondo de su alma; su admirable ejemplo indujo á muchas otras á cambiar de vida, y á consagrarse á los desgraciados; aconteciendo que aquel buen cura convertía á casi todos los libertinos en los auxiliares más celosos de su ministerio de caridad. Había allí cierto caballero, hombre cortesano, famoso duelista, que pasaba por tipo del buen tono y del perfecto hidalgo; era el conde de Rougemont. Atrájole la curiosidad á ver un hombre, de quien hablaba todo el mundo, y al punto cayó en las redes, pues el santo logró de él al poco rato que hiciese una confesión general; la gracia hizo lo demás. Entonces aquel noble vendió sus tierras de Rougemont, y distribuyó el dinero entre los monasterios y los pobres. «Dióse, dice un contemporáneo, á los más heroicos ejercicios de la vida cristiana. El castillo de Chardes, donde tenía su morada, vino á ser un hospicio común para los religiosos, y un hospital para todos los pobres sanos ó enfermos, donde eran asistidos con increible caridad tanto corporal como espiritualmente..... no había pobre en sus posesiones, á quien no fuese á visitar y á servir por sí mismo, ó á quien no hiciera visitar y servir por sus criados, cuando tenía necesidad de ausentarse.» El P. Desmoulins del Oratorio que es quien ha revelado esto, añade: «á aquel buen señor causábale hastío en cierto modo el ser dueño de aquel patrimonio, por más que parecía más bien el arrendatario, y á pesar de que lo utilizaba tan sólo en beneficio de los pobres. Apropósito de esto, díjome un día con lágrimas en los ojos: Ojalá me dejaran obrar con libertad. ¿Porqué se me ha de tratar como señor, y he de poseer tantos bienes? En este estado de violencia me tiene, decía él, el señor Vicente, que por ahora me gobierna; si me dejara rienda suelta, yo os aseguro, padre mío, que antes de un mes, el conde de Rougemont no sería dueño de un palmo de terreno. Admirábase de que un cristiano pudiera retener

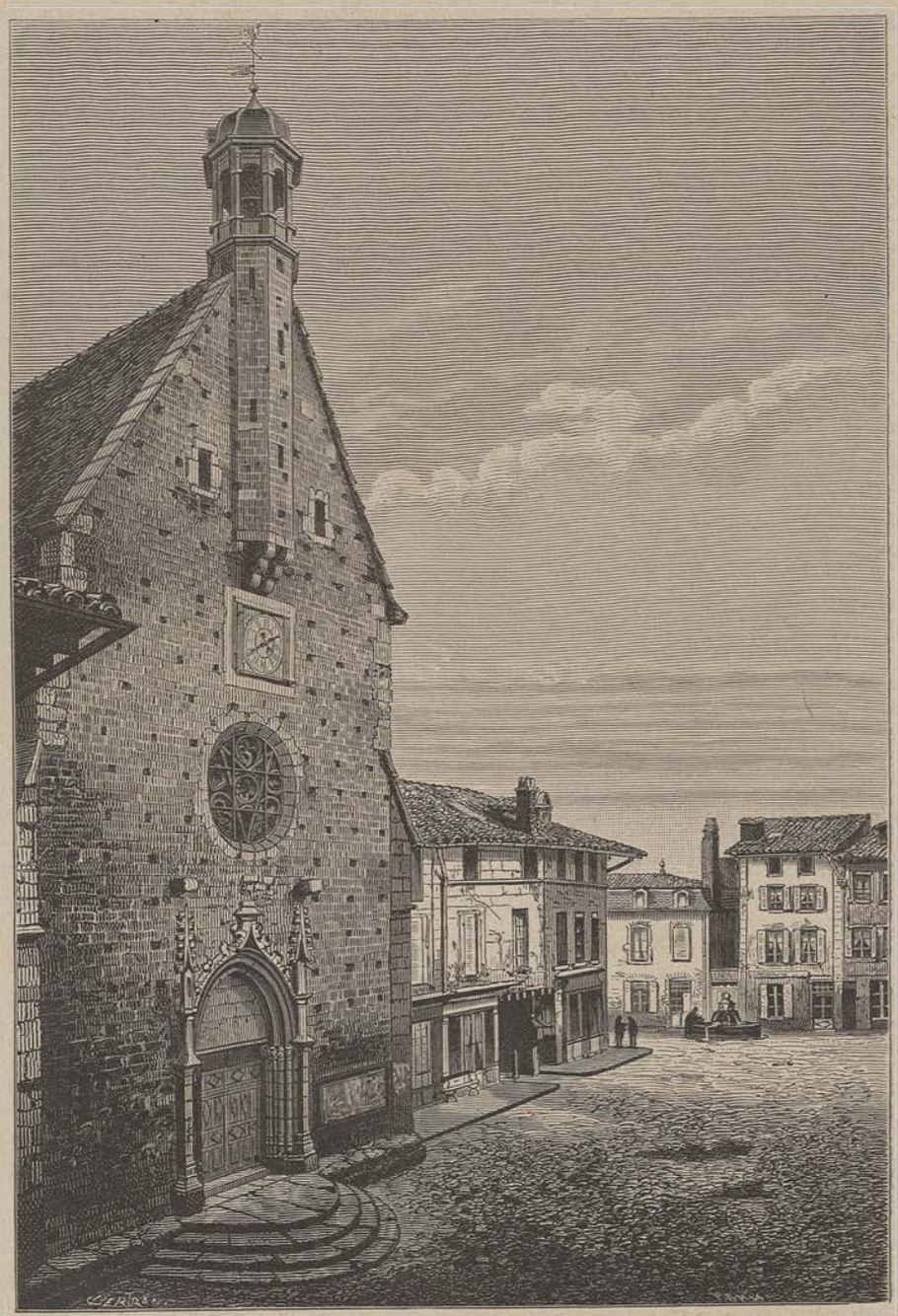
nada como propio, viendo tan pobre sobre la tierra al Hijo de Dios.»

«Aquel caballero converso había llegado en poco tiempo al más alto grado de virtud, y para lograrlo, había seguido el consejo del Evangelio: « Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes, distribúyelo entre los pobres y sígueme.» Así lo había practicado en efecto el conde de Rougemont; mas habiendo renunciado á todo y aún á sí mismo, aún ligaba al antiguo duelista una afición con el mundo: su espada.» Testigo el santo de sus extraordinarios progresos en la piedad, refiere el siguiente suceso de que se acordaba con frecuencia. Yendo de viaje un día el conde, y embebido su pensamiento en Dios durante la jornada, como tenía de costumbre, púsose á examinar, si después de tanto tiempo como hacía que había renunciado á todo, le quedaba todavía alguna afición especial, ó si la había adquirido. Pasó mentalmente la vista por sus negocios, sus alianzas, su reputación, sus entretenimientos grandes ó pequeños, y después de dar á todo mil vueltas, fijóse por último en su espada.—¿Porqué la llevas todavía?—se dijo á sí mismo.—¡Mas cómo abandonar esta querida espada, que en tantas ocasiones te ha prestado su servicio, y á la cual debes después de Dios el haber escapado de mil y mil peligros! Si alguno te atacara, serías irremisiblemente perdido, sin su auxilio: mas también puede suceder que seas objeto de alguna burla, y si llevas ceñida una espada, no podrás resistir al deseo de servirte de ella y nuevamente ofenderás á Dios. ¡Pues que haré, en tal caso, Dios mio! ¡qué haré! ¡Es posible que este instrumento de mi deshonor y de mis pecados sea capaz todavía de esclavizar mi corazón!—No encuentro que en el mundo me embarace ya otra cosa que esta espada. En este momento, viendo detante de sí una enorme piedra bajóse del caballo, y empuñando aquella espada, la descargó sobre ella hasta que el acero saltó en pedazos, y montando después en el caballo, se retiró.» No de otro modo había quebrado el célebre Rolando en Roncesvalles su *Durandal*, por no verla caer en manos de los Sarracenos. Empero la caridad es más grande, más heroica que la poesía, pues por dar todo á Dios y á los pobres, quiebra su espada el conde de Rougemont, para romper todo cautiverio de su corazón sobre la tierra.

Este desprendimiento, este heroísmo, era la obra del cura de

Chatillón, el primero en dar el ejemplo. Todas las conversiones que lograba se convertían en nuevos manantiales de recursos en favor de los pobres. Como su corazón era todo afecto, todo caridad, hacía el corazón de los demás semejante al suyo, sin que nada se le resistiera. En poco tiempo logró la conversión de un joven y rico protestante, el señor Beynier, cuyo huésped había sido, por carecer de casa parroquial en Chatillón... También de este joven pudo referir más tarde que «su caridad era tan grande, que á fuerza de dar á las iglesias y á los pobres llegó á empobrecerse él mismo.» Un sobrino de este converso, atraído á la religión igualmente por el santo cura párroco, fué durante más de cuarenta años el continuador de las obras de San Vicente de Paul en Chatillón.

La principal de estas obras fué el establecimiento de una asociación de las siervas de los pobres, modelo de cofradías de la caridad, que cubrieron bien pronto Francia, y de la cual nació el admirable instituto de las Hijas de San Vicente de Paul. En esto, como en todo lo demás, no fué el santo más que el instrumento de la Providencia. Tenía por máxima que era preciso dejarla obrar primero, y no hacer intervenir sino lo más tarde posible su acción personal con la de Dios, persuadido de que cuanto menos haya del hombre en los negocios, más habrá de Dios. Por lo mismo, temía prevenir á Dios, por decirlo así, con el afán de formar proyectos, ó de tomar la iniciativa en una obra cualquiera; mas Dios tenía cuidado de descubrirle su voluntad, y de llevarle como por la mano de una empresa á la otra, recompensando la humildad de su servidor con dar á las obras más insignificantes por sus comienzos el más poderoso desarrollo. Comenzaron las hermandades de la caridad en Chatillón, á la manera que las misiones en Folleville; como por accidente y de la manera más sencilla. Iba un día de fiesta el buen cura á subir al púlpito, cuando una de las jóvenes á quienes había vuelto á la práctica de la virtud, la señora de la Chasaigne, se acercó á suplicarle que recomendase en su sermón á una familia reducida á la miseria y presa de las enfermedades, que habitaba á media legua de la ciudad. El predicador cambió repentinamente de materia, y se puso hablar de la asistencia y de los consuelos que debemos prodigar á los pobres, y en especial á los



IGLESIA Y PLAZA DE CHATILLÓN-LES-DOMBES. (AIN).

San Vicente fué párroco de ella, y allí estableció la primera de las *Cofradías de Caridad* que tan numerosas fueron en adelante. Habitaba la casa de tres pisos que se ve representada en el fondo de la plaza á la derecha de la fuentecita.—Estado actual, según una fotografía sacada por encargo del señor cura de Chatillón-les Dombes.

enfermos. Tan tiernas y tan persuasivas fueron sus palabras que al salir de la Iglesia, muchas personas se apresuraban á llevar á aquellas pobres gentes toda clase de provisiones; y cuando se dirigió él mismo á la choza, después de las vísperas, vióse dulcemente sorprendido, al encontrar tan gran número de sus feligreses ocupados en practicar sus consejos. Mas á la vista de los que iban y venían en grupos con tan caritativos propósitos, pensaba para sí el tierno pastor: «Grande caridad están ejerciendo estas gentes, pero hace falta regularizarla, porque esos pobres enfermos recibirán por el pronto exceso de provisiones, de las cuales una buena porción se averiarán ó se perderán, y dentro de poco se encontrarán sumidos en la misma miseria.» Con aquel sentido práctico que caracteriza sus obras, discurrió inmediatamente los medios de poner orden en la asistencia de los enfermos, á fin de que en lo sucesivo pudieran ser socorridos mientras durase la enfermedad. Hizo partícipes de sus proyectos á algunas de las señoras más celosas y mejor acomodadas de la parroquia, reuniólas después en asociación, y les dió un reglamento que hizo aprobar por la autoridad eclesiástica; así comenzó la cofradía de la caridad para la asistencia corporal y espiritual de los enfermos. Esta primera asociación fué la providencia de la ciudad, salvándola alternativamente del hambre y de la peste. Había prometido el santo á las hermanas asociadas que si permanecían fieles á sus deberes, antes les faltarían los pobres que los recursos. Cuarenta años después, escribía á Vicente de Paul uno de sus primeros convertidos de Chatillón «que la asociación de la caridad de las siervas de los pobres se mantenía vigorosa;» y un testigo ocular añadía que sería difícil, tal vez imposible, referir todos los bienes producidos por la congregación y enumerar todas las conversiones de que había sido origen, y todos los socorros entregados por ella á los pobres.»

Seis meses apenas necesitó San Vicente de Paul para restaurar la piedad y las buenas costumbres de Chatillón-les-Dombes, y para cimentar una asociación caritativa, que al poco tiempo había de difundirse por todo el reino. Su celo no se contentaba ya con entretener el bien ya logrado; de esto podía encargarse otro en su lugar. Mas no por eso pensaba el humilde párroco en abando-

nar la feligresía que la Providencia le había confiado, y en la cual hallaba mucho en qué ocuparse todavía para gloria de Dios y salvación de las almas. Empero como había ido á ella por espíritu de obediencia, se separó también por iguales móviles.

Los señores de Gondí, sobre todo, no habían podido resignarse con la ausencia del preceptor de sus hijos. Á la primera noticia de su traslado á Chatillón, habíale dirigido la duquesa una carta enternecedora y suplicante, en nombre de la caridad que había tenido para con su alma, y en nombre del bien que hacían juntos. Muchas veces había renovado después sus instancias, poniendo por intercesor al P. Berulio; mas Vicente de Paul creía de su deber permanecer en Chatillón. Lejos de desalentarse con las primeras negativas de su antiguo director, redobló la piadosa señora sus instancias para con él, al objeto de comprometerle á entrar de nuevo en su casa. Al fin le envió al señor de Fresne con cartas de su esposo, de sus hijos, de sus parientes, de su cuñado el cardenal de Retz, obispo de París, por fin del P. Berulio, y ella misma le escribió de un modo más apremiante que nunca. Conmovido por estas instancias, excitado con las palabras de su amigo, Vicente que no buscaba en todo más que las órdenes de la Providencia «confesó que comenzaba á dudar de si quería Dios servirse por más tiempo de él en aquel país.» La opinión del P. Bence, superior del Oratorio de Lyón, á quien debía el curato de Chatillón, le decidió á regresar á París.

Sencilla y conmovedora fué también esta vez la despedida. «Cuando la Providencia, dijo á sus amados feligreses, me condujo á Chatillón, creía que nunca os habría de abandonar. Mas ya que al parecer ordena otra cosa, respetemos sus designios vosotros y yo, y dejémonos conducir por sus santas determinaciones. Alejado de vosotros, lo mismo que mientras he permanecido aquí, os tendré siempre presentes en mis oraciones; por vuestra parte no os olvidéis de este miserable pecador.» Al oir estas palabras corrieron lágrimas de todos los ojos, y de todas las partes se oía sollozar. Bien pronto cundió la consternación por la ciudad ante la nueva de que el santo va á partir. «Todo lo perdemos, pues perdemos al hombre de Dios, y con él perdemos á nuestro padre.» Tal era el grito gene-

ral entre los católicos, al cual contestaban los protestantes: «Perdéis en efecto, vuestro sostén y la piedra fundamental de vuestra religión.» Vicente sentía como en otras ocasiones de un modo particular dejar á sus pobres; antes de partir les distribuyó sus pocos haberes, sus provisiones, su ropa blanca, sus vestidos, absolutamente todo, hasta su sombrero, que después, llenos de veneración hacia el santo, aspiraron todos á poseer, disputándoselo como una reliquia á un viejo que lo había recibido. Acompañóle en su despedida el público dolor, derramando lágrimas todo el mundo, incluso el mismo buen cura párroco. El pueblo gritaba ¡misericordia! dicen los testigos oculares «como si la ciudad hubiera sido asaltada».—«Hijos míos,—respondía el amado pastor bendiciéndoles por última vez,—os recomiendo á la gracia de Dios.»

A su llegada á París el 25 de Diciembre de 1617, Vicente de Paul conferenció inmediatamente con el P. Berulio y convinieron en que al día siguiente ingresaría de nuevo en la casa de Gondí.

LA ABOLICIÓN DEL DUELO.

Medalla acuñada con ocasión del edicto de 1662 contra los duelos. Este edicto es posterior á la muerte de San Vicente de Paul; pero él lo había reclamado hacía mucho tiempo, y el recuerdo de sus instancias debió pesar en la resolución del joven rey Luis XIV.

II.

LAS OBRAS.

LAS COFRADÍAS DE LA CARIDAD.

Organización y desarrollo de la Cofradía de la caridad.—Los dominios del señor de Gondi.—Primera idea de la Congregación de la Misión.—Vicente de Paul llega á ser limosnero real de las galeras y superior de las religiosas de la Visitación.—San Francisco de Sales.—El claustro y el mundo en el siglo XVII.—San Vicente en Marsella.—Su ministerio para con los forzados.—Reglamento de la mendicidad en Macón.—Viaje á Guyena.—Última visita de Vicente á sus padres.

DESPRENDIDO de todo, hasta del bien que hacía, Vicente de Paul había abandonado á Chatillón, por seguir la voluntad de Dios que le llamaba á París. Simple instrumento entregado en manos de la Providencia, dejábase dirigir por ella, sin querer nada ni emprender nada por sí mismo; así es que en toda ocasión se halló dispuesto á realizar una tras otra las obras de caridad para las cuales le había suscitado la divina misericordia. En Folleville y en Chatillón había echado como de paso los fundamentos de dos institutos que iban á desarrollarse maravillosamente. De ellos, el de las misiones no llegó á organizarse, hasta que se hubo establecido el otro instituto que Vicente de Paul debía crear algunos años más tarde; empero, las cofradías de la caridad habían recibido desde el primer día de la sabiduría y previsión de su fundador su constitución definitiva.

Nada más sencillo ni más admirable á la vez, que esta primera institución del santo. Reglamentar la limosna, y asegurar la continuación de ella es todo el problema de la asistencia de los pobres. Vicente de Paul lo resolvió en sus cofradías de la caridad, las cuales reemplazarían á la administración pública y á cualquier otra obra de beneficencia, si en todas partes funcionaran conforme al espíritu y á las reglas de su santo fundador. La iniciativa particular es el principio de ellas; la asociación asegura su ejercicio y su duración. La cofradía dirigiéndose al rico y al pobre, los aproxima y los une con el lazo de la caridad, haciendo desaparecer la distinción que establece la sociedad entre el uno y el otro, puesto que convierte al rico en proveedor del pobre; en una palabra no hay en ella ricos ni pobres, sino hermanos que mutuamente se auxilian, en conformidad con la ley del Santo Evangelio. El amor del prójimo, fundado en Jesucristo, es quien realiza esta maravilla vanamente soñada por el socialismo.

Vicente de Paul comenzó por afiliar á las mujeres en el servicio de los pobres. La asociación de señoras de Chatillón-les-Dombes fué el origen de las cofradías de la caridad; las cofradías de hombres fueron instituidas más tarde. La organización de unas y otras es, en medio de su sencillez, una invención maravillosa. He aquí sus bases principales. Donde quiera que hay pobres, las personas acomodadas forman asociación para asistirlos y servirlos; al efecto la cofradía tiene establecidas sus reglas, tanto para la asistencia de los necesitados, como para el funcionamiento de los directores encargados de la observancia de las reglas, y del alistamiento de los asociados. Cada uno de los miembros inscritos atiende con lo supérfluo de su casa á las necesidades de los pobres, y consagra por turno sus ocios al servicio de aquellos. De este modo tienen los pobres en la cofradía una familia que los ama, y una renta que cubre sus necesidades. Todo el genio de San Vicente de Paul, caracterizado por su buen sentido y su bondad, se ve retratado en la institución de las cofradías aludidas, para las cuales reconocía, no obstante su grande humildad, que no había tenido modelo; y es admirable en verdad el que, desde el primer momento, diera con los medios de sacar el mejor partido de las limosnas y de la buena voluntad de las

personas caritativas: los reglamentos de la primera cofradía son los mismos que han venido sirviendo á todas las demás con las leves modificaciones impuestas por los lugares y por las circunstancias. Vicente de Paul lo había previsto todo y reglamentado todo, hasta la manera de aderezar la comida, y de servir la mesa á los pobres.

OBRA DE MISERICORDIA: VISITAR A LOS ENFERMOS.

De un cuadro de Abraham Bosse, siglo XVII.
San Vicente acudia á los hospitales para visitar á los enfermos, y constantemente hizo practicar esta obra á las señoras de las cofradías de la caridad, y también á las Hijas del mismo nombre.

Ostenten en buen hora con arrogancia otras ciudades famosas sus títulos de privilegio, y los monumentos de su antigua independencia. Chatillón-les-Dombes, la modesta ciudad de Vicente de Paul, puede presentar al mundo mejores títulos que orgullosos testimonios de libertad; posee la primera de esas admirables cartas de la caridad que hubieran podido hacer de cada ciudad y de cada aldea como una sola casa, y de todo el estado como una gran familia.

Hé aquí el preámbulo de ella:

Fac-símile de la conclusion del *Reglamento de la Cofradía de Caridad de Chatillón-les-Dombes (Ain).*
Este reglamento está escrito todo entero de mano de San Vicente.

Au nõ du pere et du filz et du st Esprit Le huitiesme de decembre
jour de l'immaculée Conception de la vierge Mere de Dieu, l'an mil
six cens dix sept dans la Chapelle de l'hospital de la ville de
Chatillõ les dombes, le peuple estant assemblé, Nous
vincens Depaul pbre & Curé Indigne de ladicte ville, avons esté
comme Monsieur de la faye grand vicaire de Monseigneur
l'archevesque de Lyon, nostre tres digne prelat, a approuvé
les articles & reglemens cy dessus contenus, dressés pour l'action
et establissement de la Confrairie de la Charité en ladicte
ville & au dedans de ladicte Chapelle, Au moyen de quoy Nous
Curé susdit, en vertu de ladicte approbaõ, avons ce jourd'huy
erigé et estably ladicte Confrairie en ladicte Chapelle, ayant
premierement faict scavoir au peuple, en quoy ladicte Confrairie
consiste, & quelle est sa fin, qui est, d'assister les pauvres malades
de ladicte ville spirituellement et corporellement, Et ayant admonesté
ceux qui voudroyent en estre saprocher, & de donner leur nõ ce sont
pntes Fransoisse Bachet / Charlotte de brie
Florence Somard fille femme de monsieur le Chatelain Gaspard
Denise Renia / femme du Sire Claude Bourchon / Suger
Philiberte Mulge / femme de Philibert de Sigouvrer /
Catherine Patissier / veufve de feu : Lienne Burdilliat
Jehanne Perrin / fille de Guy Perrin /
Florence Somard, fille de feu Mre Daniel Somard /
Benoiste Prost / fille de Emmond Prost /
Thoyne Sucey veufve de feu Pontus Sucheron / qui est pntee
pour estre garde de pauvres /

«Como quiera que la caridad para con el prójimo sea un carácter infalible de los verdaderos hijos de Dios, y que uno de los actos principales de ella sea visitar y alimentar á los pobres enfermos, en su consecuencia algunas piadosas señoritas y algunas virtuosas vecinas de la ciudad de Chatillon-les-Dombes, diócesis de Lyon, deseosas de alcanzar de la misericordia de Dios el ser contadas entre sus verdaderas hijas, han convenido todas en asistir espiritual y corporalmente á todos aquellos desgraciados, que en muchas ocasiones han experimentado sufrimientos mas bien por falta de orden en aliviarlos que de personas caritativas. Mas como es de temer que una vez comenzada esta obra perezca al poco tiempo, si no media algun compromiso y lazo espiritual para mantenerla, han dispuesto congregarse en un cuerpo que pueda ser erigido en congregacion con los reglamentos abajo escritos; entendiéndose, no obstante, que han de alcanzar para todo el beneplácito de Monseñor el arzobispo, su ilustrísimo prelado, á quien queda esta obra enteramente sometida.

La susodicha congregación se llama: «Cofradía de la Caridad,» á imitacion del hospital de la Caridad de Roma, y las personas de que principalmente se compondrá se llamarán siervas de los pobres ó de la caridad.

LECTURA DEL FAC-SÍMILE DEL FRENTE (1).

En el nombre del Padre, y del Hijo y del Santo Espíritu, el ocho de Diciembre dia de La inmaculada Concepcion (2) de la Virgen Madre de Dios, el año mil seiscientos diez y siete, en la capilla del hospital de la caridad de Chatillon-les-Dombes, hallándose congregado el pueblo, Nos Vicente de Depaul sacerdote y cura indigno de la dicha ciudad, hemos manifestado como monsieur de La Faye vicario mayor de monseñor el arzobispo de Lyon, nuestro dignísimo prelado, ha aprobado los artículos y reglamentos arriba contenidos, encaminados á Laereccion y establecimiento de la Congregacion de la caridad en dicha ciudad y dentro de Ladicha capilla, Por medio de lo cual Nos Cura susodicho, en virtud de Ladicha aprobacion habemos hoy erigido y establecido Ladicha Cofradía en la dicha capilla, habiendo hecho primeramente saber al pueblo en que consiste Ladicha Congregacion, y cuál es su fin, que es, de asistir á los pobres enfermos, de Ladicha ciudad espiritual y corporalmente. Y habiendo amonestado á los que quisieran ingresar en ella y dar su nombre, se han presentado: Francisca

(1) Hemos procurado conservar en lo posible la ortografía y el sabor propio de la época al presente documento; mas la traducción, de suyo difícil, le hace necesariamente perder bastante de su originalidad. (N. del T.)

(2) Esta expresión es notable dos siglos y medio antes de la definición del dogma y prueba los sentimientos de piedad de Vicente para con la Santísima Virgen.

Bachet, Carlota de Brie, Gaspara de Puget, Florencia Gomard, mujer del señor Castellano; Dionisia Renier, mujer del señor Claudio Bouchon; Filiberta Mulger, mujer de Filiberto de Sigonieres; Catalina Patissier, viuda del difunto Elienor Burdilliat; Juana Perrier (?), hija del difunto Perrier (?); Florencia Gomard, hija del difunto M. Daniel Gomard; Benita Prost, hija de Edmond Prost; Tomasa Guay, viuda del difunto Pontin Guichenon, la cual se ha presentado para ser enfermera de Pobres.»

Por perfecto que fuese el reglamento de la caridad de Chatillón, para Vicente de Paul no pasaba de ser un proyecto que debía someterse á la experiencia. Aquel gran espíritu, tan humilde en todas sus concepciones, quería que aún las mejores cosas se sometieran á la prueba, antes de darlas por aceptables; porque, según decía él con su prudencia consumada, «lo que parece muy bello especulativamente, es con frecuencia inaplicable en la práctica;» pero el ensayo de Chatillón, llegó á ser al poco tiempo una institución admirable. Todavía continuaba allí Vicente de Paul de párroco, cuando Bourg y las otras poblaciones comarcanas habían adoptado la cofradía de la caridad. Animado por la experiencia, convirtióse él mismo en el propagandista más activo de su obra, y solía decir aquel hombre de Dios, que no era preciso anticiparse á la Providencia; pero que cuando ella le había mostrado el camino, la seguía á paso de jigante.

Su regreso á la casa de Gondí sirvió providencialmente para la propagación de las cofradías. Con el concurso de sus generosos patronos, las estableció en pocos años en Villepreux, en Joigny, en Montmirail y en más de treinta pueblos, dependientes del señorío del general de las galeras. Completó la institución, organizando también cofradías de hombres; estos habían de ocuparse en los pobres sanos, mientras que las mujeres habían de cuidar de los enfermos. Folleville, donde comenzaron las misiones, vió también la primera cofradía de hombres, verdadero origen de la Sociedad de San Vicente de Paul, que con sólo acudir á los reglamentos dados por su santo patrono á la asociación de aquel pueblo, tuvo bastante para quedar constituída. Tan cierto es, que no hay quizá como asegura alguno, una sola obra de caridad de aquellos tiempos que no se remonte á San Vicente, como á su autor y á su ori-

gen! Las dos asociaciones de hombres y de mujeres, aunque separadas entre sí, habían sido creadas para funcionar armónicamente; á veces se reunían bajo una administración común, pero siempre anduvo separado el ministerio entre los pobres sanos y los pobres enfermos. Vicente de Paul, extendió la cofradía al patronato de los jóvenes aprendices, cuyo objeto era reunirlos, para hacerlos trabajar en común en alguna manufactura, bajo la dirección de un eclesiástico y bajo la enseñanza de un maestro obrero.

Las cofradías establecidas en un principio por Vicente, para atender á la miseria desatendida de los campos, pasaron de las aldeas á las ciudades á petición de muchas señoras de calidad, que habían experimentado sus beneficios durante la expedición veraniega. De etapa en etapa, aquella institución tan beneficiosa para los pobres acabó por ganar todo el reino. Viviendo aún su fundador, había pasado á Lorena, á Saboya, á Italia, á Polonia, á todas las regiones adonde habían ido los hijos de Vicente de Paul para evangelizar á los pobres.

Nuevamente encargado del empleo de limosnero y de preceptor, que tan vasto campo ofrecía á su celo, en razón de los numerosos lugares y vasallos sobre los cuales reinaba la poderosa casa de Gondí, Vicente de Paul había emprendido también sus amadas misiones rurales, y desde entonces las dos obras de la misión y de la cofradía, tan perfectamente unidas la una á la otra, se desenvolvieron á la par. La vida toda de aquel hombre de Dios se empleaba en evangelizar y socorrer á los pobres, y sus discípulos extendían la influencia de su corazón, propagando la acción del fundador allí donde él no podía llegar. Con el doble ministerio de la enseñanza y de la asistencia, realizaban él y los suyos á la vez el bien de las almas y el de los cuerpos, resultando que la misión se completaba con las cofradías; de este modo Francia y Europa misma, contemplaron aquel nuevo género de apostolado de la caridad, que llevaba á los pobres simultáneamente el pan material y la palabra de Dios. «¡Cosa prodigiosa! dice el último historiador de San Vicente de Paul, todas estas cofradías subsistieron no solamente durante la vida del santo, sino también después y aun llegaron hasta la Revolución, siendo por lo tanto incalculable la multitud de pobres que de-

bieron á su caritativa industria el bienestar corporal y espiritual en toda Europa y aún en las misiones de Ultramar, siendo de notar que ninguna de ellas contó jamás con otros recursos que los fondos, inagotables ciertamente, de la Providencia Divina. Una cuestación general en la parroquia el día de su inauguración, unos cuantos muebles, algunas varas de lienzo recogidas de la caridad pública, constituían el principal depósito; las colectas de los domingos y días de fiesta, la asistencia de Dios sobre todo, y la caridad de los fieles hacían lo demás; y lo cierto es que fueron tan abundantes y seguros los ingresos, que nunca faltó á los enfermos lo necesario.»

Con los recursos que hallaba en la casa de Gondí, Vicente de Paul había logrado ya echar los fundamentos de dos grandes obras. La soberanía de este ilustre familia, que se extendía á muchas provincias, le facilitaba una jurisdicción de caridad que ejercía valiéndose de algunos sacerdotes y religiosos en las diócesis de París, de Beauvais, de Soissons, de Sens y de Chartres. La señora de Gondí aunque débil y con frecuencia enferma, le secundaba con un celo admirable; preparábale el camino con sus beneficios, y para completar su obra, volvía de nuevo cuando él se había retirado. Cuanto más de cerca contemplaba Vicente de Paul las necesidades de las pobres gentes del campo, más redoblaba su ardor en favor de las misiones. Un hereje de Montmirail, cuya conversión buscaba el santo, le había contestado: «Vos me habéis dicho que la Iglesia de Roma es guiada por el Espíritu Santo; mas yo no lo puedo creer porque de una parte, se ve á los católicos de los campos abandonados á pastores viciosos é ignorantes, sin recibir instrucción alguna de sus deberes, y sin que la mayor parte sepan, ni siquiera lo que es la religión cristiana; y de otra, se ven las ciudades llenas de sacerdotes y de monjas que no hacen nada: no me sería difícil hallar en París diez mil de ellos que dejan á estas pobres gentes en su espantosa ignorancia, causa de su perdición. ¡Y vos intentaréis persuadirme que esto lo inspire el Espíritu Santo! Jamás lo creeré.» Vicente le probó que exageraba el mal por la ignorancia del bien; pero al mismo tiempo sintió la fuerza de la objeción, y haciendo un llamamiento á la abnegación de muchos sacerdotes, púsose á evangelizar con nuevo celo á la cabeza de ellos, las villas y las aldeas. Montmi-

rail y todas las parroquias vecinas escucharon sus predicaciones, y las masas volvieron en tropel á los senderos de la fe. Entonces fué cuando vino á él el hereje, para decirle: «ahora es cuando veo que el Espíritu Santo guía á la Iglesia romana, puesto que hay quien se cuida de la instrucción y de la salvación de los pobres aldeanos; dispuesto estoy á entrar en ella, cuando vos me queráis recibir.»

OBRA DE MISERICORDIA: VISITAR Á LOS ENCARCELADOS.

Cuadro de Abraham Bosse, siglo XVII.
San Vicente visitaba y consolaba á los prisioneros de la Conserjería y del Chatelet; los forzados experimentaron los efectos de su caridad en París, en Marsella y en Burdeos.

Desde este momento concibió el espíritu del santo el instituto de la Misión. La objeción del hereje y su conversión repentina le hicieron comprender la necesidad de una congregación especialmente consagrada al apostolado de los campos. Á este recuerdo refería él mismo su fundación. «¡Oh, señores!—decía á sus sacerdotes para hacerles comprender mejor su vocación,—¡qué felicidad para nosotros los misioneros el demostrar la intervención del Espíritu Santo sobre su Iglesia, trabajando, como lo hacemos, por la instrucción y

la santificación de los pobres!» Aun pasaron cuatro años, antes que Vicente de Paul llegase á fundar canónicamente la congregación de los sacerdotes de la Misión.

Las ocupaciones del santo se sucedían unas á otras con celo siempre creciente. Cuando entraba en París, iba en busca de los enfermos de los hospitales, atendía á los mendigos de las calles, socorría en su domicilio á los pobres vergonzantes postrados en el lecho del dolor, y en tales obras de caridad buscaba el descanso tras de las fatigas del campo. Como si esto no fuera bastante, se buscó luego un nuevo ministerio, aprovechando el cargo de que estaba investido el señor de Gondí. Su gran corazón le arrastraba en socorro de todas las miserias; quiso ver á los criminales colocados bajo la autoridad del general de las galeras.

Los horrores que presenció en los calabozos de la Consergería le movieron á compasión. Allí se encerraba á los condenados, antes de enviarlos á los puertos de mar, dejándolos envueltos largo tiempo en la podredumbre y corroídos por la miseria, extenuados por la melancolía y el sufrimiento, y completamente abandonados en sus cuerpos y en sus almas. Estas prisiones eran un infierno de desesperación y de blasfemias. Vicente de Paul enteró de esta miseria al general de Gondí, haciéndole presente que tales infelices galeotes le pertenecían, y que en tanto se les conducía á las galeras, era un deber de caridad hacer que se tuviera algún cuidado de ellos. Siempre ingenioso en subvenir á las necesidades que le salían al paso, alquiló, con ayuda del general, una gran casa en el arrabal Saint-Honoré, y la hizo preparar rápidamente, para alojar á aquellos desgraciados.

Convirtióse á la vez en el amigo é intendente de los penados; suavizó su triste condición, atendió á sus necesidades, les instruyó, les consoló, é hizo de aquellos criminales hombres arrepentidos y dóciles. En todo París se hablaba de aquella maravillosa transformación. Vicente de Paul siempre modesto, siempre bueno, sólo se había preocupado en atender á una necesidad urgente; empero aquel acto de caridad para con miserables que eran el desecho de la sociedad, se convirtió también en una obra. El arzobispo de París, Enrique de Gondí, se interesó en ella, considerándola no sólo

como empresa de humanidad y de religión, sino como asunto de familia. Por otra parte, el general de las galeras, viendo cuan afortunado había sido el ensayo, quiso aplicarlo á todos los presidios; y Luis XIII, rey cristiano, celoso por las cosas de la religión, nombrando á Vicente de Paul limosnero general de todas las galeras de Francia, puso bajo su jurisdicción toda aquella población reprobada que se había conquistado con su ternura.

Casi al mismo tiempo alcanzó otro honor de diferente especie. A fines del año precedente, 1618, Francisco de Sales, en unión con el presidente Favre, había acompañado en calidad de embajador al cardenal de Saboya, quien venía á pedir para su hermano mayor el príncipe del Piamonte y heredero del ducado de Saboya, la mano de la princesa Cristina de Suecia. Los padres del Oratorio, del cual seguía considerándose Vicente de Paul como discípulo por su grande adhesión al P. Berulio, pusieron al humilde sacerdote en relaciones con el santo obispo de Ginebra. En este siglo incomparable era posible el encuentro de hombres semejantes. Con sólo verse, conociéronse bien pronto, dotados como estaban ambos de profundo discernimiento de las almas. Francisco de Sales era como Vicente, un grande apóstol, un gran bienhechor de los pueblos. Como Vicente de Paul aliviaba á los desgraciados, y al mismo tiempo predicaba á los ignorantes. Célebres eran sus misiones en el Chablais. Asímismo mostraba especial predilección por los pobres, por los pequeños y por los desamparados; cuidaba de los prisioneros y buscaba á los pecadores. Su caridad corría parejas con su sabiduría. El doctor de la Iglesia, era también el padre de los pobres. La expresión de pureza angelical y de dulzura inalterable de que era retrato el noble rostro de Francisco de Sales, hacia los encantos de los que acudían á él, atraídos por su fama. De todos los personajes eminentes en piedad y en saber, que iban en busca del obispo de Ginebra, nadie se sintió más atraído hacia él, que su émulo en santidad y en obras, el humilde y grande Vicente de Paul. Lleno de admiración á la vista del ilustre obispo, decía que su dulzura, su modestia y su majestad, eran el vivo retrato del Hijo de Dios conversando entre los hombres, y que no conocía á nadie tan capaz como él de ganar para Dios todos los corazones. Fran-

ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL GRANADA

cisco de Sales por su parte veneraba en él al más santo y al más caritativo de los sacerdotes, y á todo el mundo aseguraba que no veía persona alguna que en más alto grado poseyera la religión, la prudencia y los talentos necesarios, para dirigir las almas por los caminos de la más alta perfección.

Ocho años hacía ya que el dulce obispo de Ginebra había fundado por modo maravilloso en unión con la señora de Chantal, la orden de las religiosas de la Visitación, que crecía en la Iglesia como planta de delicioso aroma, y comenzaba á embalsamar al mundo con sus virtudes. Con mucho trabajo acababa de establecer en París una casa de la orden la reverenda madre de Chantal. Habían acudido en considerable número á consagrar á Dios su existencia en aquella morada de paz y de santo fervor muchas viudas y doncellas. Necesitaban aquellas nuevas esposas de Jesucristo un guía que cuidara de su virtud, un piadoso director que mantuviera fervoroso el espíritu en la observancia de las reglas de su santa comunidad. Su bienaventurado padre lo quería «hombre de gran virtud y de grande caridad, y perfecto en tan alto grado, que fuese capaz de perfeccionar las almas que Dios llamaba á la más alta perfección.» ¿En quién mejor que en Vicente de Paul hubiera podido pensar desde luego? Él fué el escogido, efectivamente, entre todos por Francisco de Sales para su amada congregación naciente. Empero semejante elección aterró tanto más la humildad de Vicente de Paul, cuanto más honrada salía con ello su santidad; así es que en un principio se resistió á aceptar la dirección de aquellas almas superiores, estimándolas demasiado perfectas para él, en términos que para decidirle, fueron necesarias las instancias del santo obispo de Ginebra y el mandato expreso del arzobispo de París.

Con tal padre espiritual, las hijas de San Francisco de Sales nada tenían que envidiar á sus hermanas carmelitas, las cuales venían siendo dirigidas desde hacía algunos años por el P. Berulio. Desde entonces iba á establecerse entre las dos casas del Carmelo y de la Visitación una emulación santa de virtudes. Cada una presentaba sus atractivos: brillaba la una por su mayor fuerza y energía; por su dulzura y amabilidad la otra. Las señoras del gran mundo, las hijas de la más alta nobleza se encaminaban á porfía, las

unas en busca de las santas austeridades del Carmelo, las otras de la tierna devoción de la Visitación. Podía decirse que el mundo se precipitaba en el claustro, y que entre los dos existía un cambio recíproco y admirable de vocación y de oraciones; lo que el claustro arrebataba al mundo en títulos, en nobleza, en hermosura, se lo devolvía en virtudes y en ejemplos. En esta comunicación precisamente ha de buscarse la verdadera causa de las grandezas del siglo XVII. Compenetrándose ambas sociedades, establecían á manera de un lazo común de elevadas virtudes, de donde se derivaban el buen sentido, la energía de los caracteres, la nobleza del espíritu, la fuerza y la belleza de la raza. Hay más todavía; los nuevos focos de oración y de mortificaciones, abiertos á la vista del mundo, constituyeron uno de los más fecundos alimentos del genio de aquellos hermosos tiempos. La política, la literatura, las artes, el espíritu general, todo tiene su fuente en el claustro en aquella época. Las mujeres admirables que suscitó Dios al lado de los Franciscos de Sales, de los Berulio y de los Vicentes de Paul, para restaurar la vida religiosa en Francia, y de las cuales apenas conoce los nombres la historia profana, fueron las verdaderas fundadoras de las glorias del siglo de Luis XIV; en ellas hemos de saludar al genio de los Richelieu, de los Bossuet, de los Fenelón y de los Racine, el arte de los Felipe de Champaigne y de los Lessueur, la gracia de una Sevigné, el amable raciocinio de una Maintenont, la cortesanía de una sociedad elegante y espiritual, la política cristiana de Luis XIII y de María de Médicis, de Ana de Austria y de Luis XIV. Si hubo en el gran siglo un genio, un arte y un gobierno cristianos, fué porque la sociedad se hallaba en contacto con lo más encumbrado de un mundo superior de oraciones y de penitencia, que la inspiraba y la vivificaba por todas partes.

Para Vicente de Paul, colocado á la cabeza de las religiosas de la Visitación por elección de su venerado fundador, el nuevo honor no fué sino una carga nueva de conciencia. Por eso á pesar de ser ya tan santo y tan mortificado, redobló el fervor y las austeridades. «Desde hacía largo tiempo, dice uno de sus historiadores, tenía la costumbre de llevar un rudo cilicio y de ceñirse con cadenas de hierro armadas de puntas, de dormir poco, y siempre sobre

la paja, de disciplinarse hasta brotar la sangre y de ser extraordinariamente sobrio: aumentó sus ayunos, sus vigilias, sus maceraciones, y en todas las cosas se redujo á lo más extrictamente necesario.» Copió del santo obispo de Ginebra la dulzura incomparable. Observando, al compararse con él, que tenía cierto aire de rudeza, último vestigio de una naturaleza propensa á la cólera, pidió con vivas instancias á Nuestro Señor Jesucristo que cambiase aquel carácter seco y le diese un espíritu dulce y benigno. Tan perfectamente escuchada fué la plegaria que le hacía dirigir á Dios su humildad, si en este particular necesitaba ser escuchado, que su dulzura y su afabilidad llegaron á ser tan célebres como su caridad. Á él también se aplicó lo que de San Francisco de Sales se decía: que era difícil hallar un hombre, cuya virtud se manifestara al exterior con rasgos de mayor atractivo, y que fuese más capaz de ganar á Dios todos los corazones.

Durante toda su vida continuó siendo Vicente de Paul superior de la comunidad de París, á la que dirigió por espacio de treinta y ocho años por las vías de la perfección, siendo él mismo el ejemplar más perfecto de la vida religiosa. San Francisco de Sales había podido morir en paz, poco después de haber legado á sus muy amadas hijas en Jesucristo un guía tan dulce y tan sabio como aquél.

Por la misma época en que Vicente había sido encargado por el gran obispo de Ginebra de la dirección de las Damas de la Visitación, recibía del superior general de los Mínimos, en consideración á su insigne piedad y á los servicios por él prestados á los hijos de San Francisco de Paula, cartas de asociación, en virtud de las cuales se le hacía partícipe de todas las oraciones y buenas obras de la orden.

Como superior de las religiosas de la Visitación y como limosnero general de las galeras, se ve que el santo abrazaba en su ministerio los dos extremos del bien y del mal; es decir, que por un extraño contraste tenía á la vez bajo su jurisdicción lo más escogido de las almas y el desecho de la sociedad, sin que desatendiese una carga por acudir á la otra, y sin que ninguna de las dos le impidiera dedicarse á sus tareas apostólicas para con los pobres del campo y de la ciudad. Nadie tuvo más cargos y ocupaciones

SAN VICENTE, SUPERIOR DE LA VISITACIÓN.

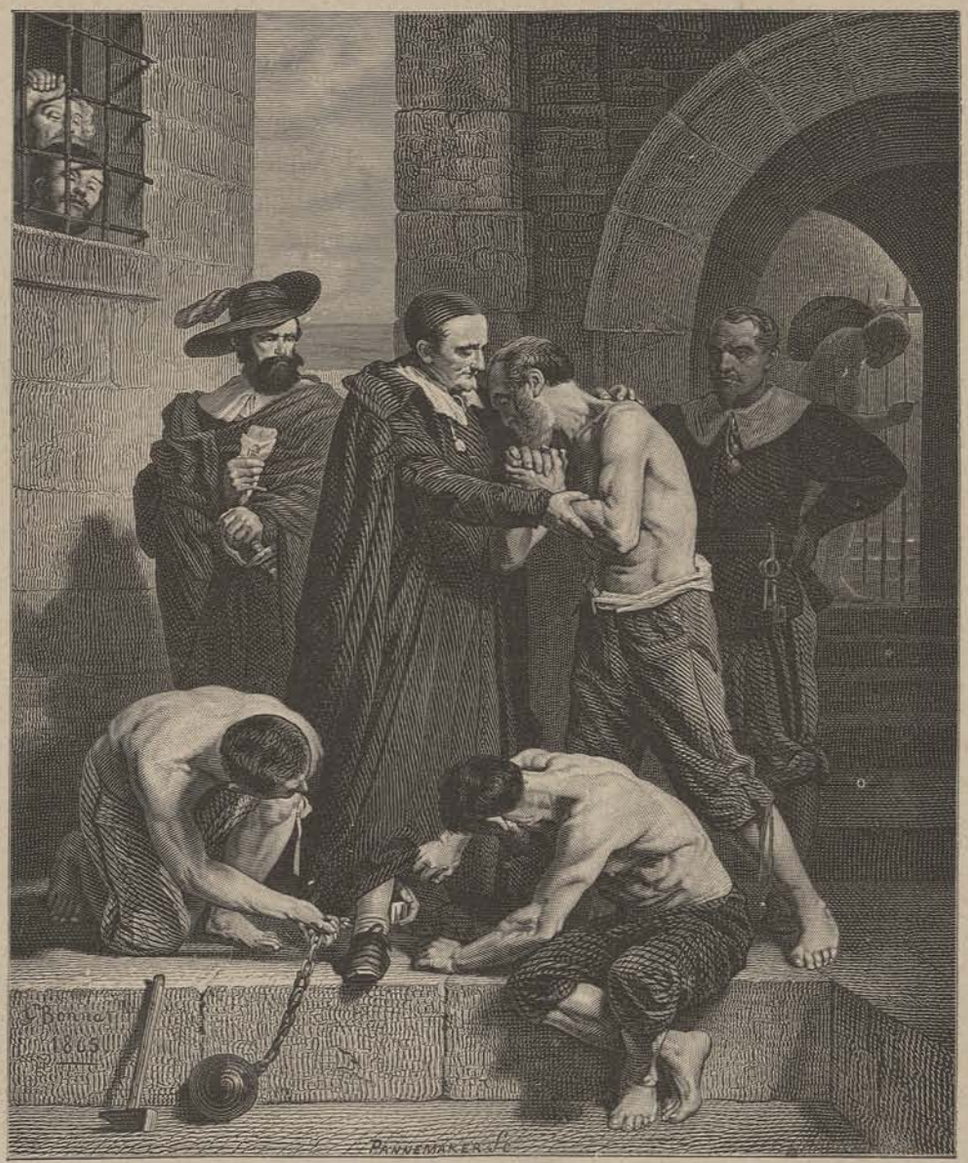
Cuadro de J. Restov, en la Iglesia de Santa Margarita en Paris, siglo XVIII.

San Francisco de Sales hace la presentación de San Vicente de Paul á las religiosas de la orden que acababa de fundar, y le instituye su superior. La reina María de Médicis preside la ceremonia.

que él, y nadie supo realizar más cosas. Con razón se ha hecho notar que su manera de distribuir y emplear el tiempo, es una de las más grandes maravillas de su maravillosa existencia.

Una vez se vió libre de sus otras ocupaciones, el limosnero general de las galeras se apresuró á dejar á París para visitar á los desgraciados puestos al cuidado de su ardiente caridad.

Por el mes de Julio de 1622 llegaba á Marsella: en aquella época se hallaban los confinados allí reunidos en mayor número que nunca. Diez y siete años antes había sido aquella ciudad para Vicente de Paul ocasión de un duro cautiverio en Berberia; esta vez encontró en ella un cautiverio voluntario. Para mejor conocer por sí mismo las necesidades de aquellos miserables forzados, y á fin de eludir los honores que le correspondían, se había presentado sin revelar su dignidad, y visitaba las galeras como un extranjero ordinario, según la cristiana costumbre de aquellos tiempos. Lo que su corazón sintió á la vista de tanta abyección y de tantos sufrimientos, lo contó él mismo á un sacerdote de su congregación, que por exceso de celo empleaba en sus predicaciones á los campesinos palabras demasiado ásperas; para mostrarle que, si quería alcanzar el apetecido fruto de aquellas pobres gentes, debía obrar y hablar con espíritu de dulzura, que es el verdadero espíritu de Jesucristo, le dijo: «Vi, cuando llegué, un espectáculo el más lastimoso que puede imaginarse, de criminales doblemente miserables, más oprimidos por el peso insoportable de sus pecados, que por el de sus cadenas, y abrumados además de miserias y de penas, ante las cuales olvidaban el cuidado y el pensamiento de su salvación; todo les inducía á la blasfemia y á la desesperación. Aquello era una verdadera imagen del infierno, en donde no se oía hablar de Dios, sino para renegar de él y deshonrarle, y donde la mala disposición de aquellos miserables encadenados hacía todos sus sufrimientos inútiles é infructuosos. Movido, pues, de un sentimiento de compasión para con aquellos pobres forzados, impúseme el deber de consolarlos y asistirlos lo mejor que me fuese posible, y sobre todo de emplear cuanto la caridad me sugiriese, para dulcificar sus espíritus, y por este medio hacerlos susceptibles del bien que deseaba yo proporcionar á sus almas; al efecto escuchaba sus quejas con pacien-



SAN VICENTE DE PAUL SE DEJA ENCADENAR EN SUSTITUCIÓN DE UN GALEOTE

EN EL PRESIDIO DE MARSELLA.

Movido de piedad para con aquel hombre, más desgraciado que culpable, Vicente se ofrece por él y lo devuelve á su familia desolada.

Cuadro de M. Bonnat en la Iglesia de San Nicolás de los Campos, en París, siglo XIX, según el grabado publicado por los señores Goupil y Compañía, en París.

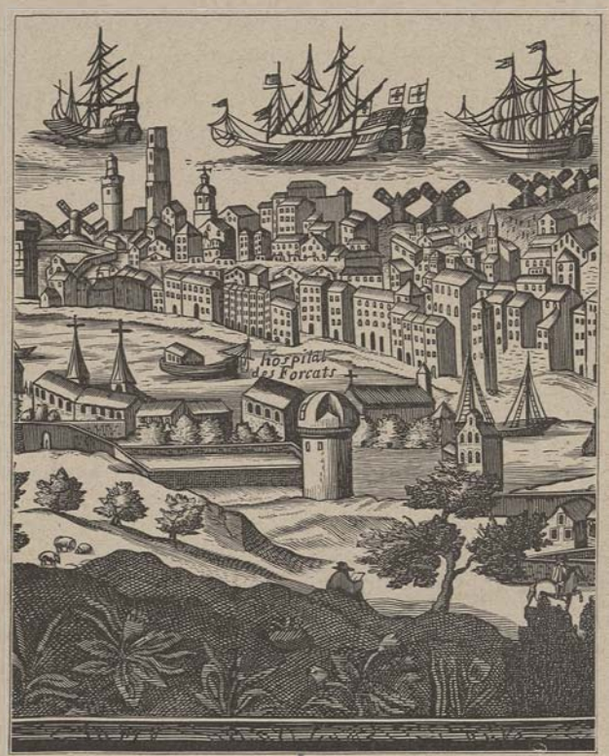
cia, los compadecía en sus penas y en sus trabajos, sostenía sus cadenas para hacerlas más ligeras, y hacía valer cuanto podía mis súplicas y gestiones para con los carceleros y empleados, á fin de que fuesen tratados con más humanidad, insinuándome por tales medios en sus corazones para ganarlos más fácilmente á Dios.»

En una de sus visitas echó de ver el limosnero á un forzado todavía joven, á quien acababan de conducir á la galera. Entregábase el infortunado á la más violenta desesperación, al recordar la miseria y la deshonra en que dejaba á su mujer y á sus hijos. Supo Vicente por él que era más desgraciado que culpable, y movido á compasión, lloraba con él su cautiverio y besaba tiernamente sus cadenas, exhortándole á la paciencia; mas la desesperación del condenado redoblaba. Vicente había dado todo su corazón y todas sus lágrimas al desgraciado; no tenía que darle ya sino á sí mismo. Entonces, sin vacilar por un momento, y aprovechándose de que no le veían, suelta las cadenas del galeote, se pone en su lugar y le deja libre (1). «Vedle ahí,—exclama Maury en su panegírico del santo,—confundido con los presidiarios, cargado de cadenas, con un remo en la mano, bajo las apariencias humillantes de una víctima de las leyes, ¡víctima de la caridad! ¡Cuán grande es, cuán augusto en su abyección!—¡Cadenas honoríficas, sagrados trofeos de la caridad, vosotras debierais estar suspendidas de las bóvedas de este templo como uno de los más bellos monumentos de la gloria del cristianismo! Vosotras adornaríais dignamente los altares de Vicente de Paul, dando á la sociedad testimonio de los ciudadanos que le debe la religión de Jesucristo: la vista de esas cadenas, justamente reverenciadas como objeto de culto público, ayudaría de siglo en siglo á nuestro ministerio á formar corazones dispuestos al sacrificio».

Este incomparable heroísmo no era sin embargo nuevo. «Conocemos muchos entre nosotros, escribía el Papa San Clemente, que se han dejado encadenar para rescatar á sus hermanos y que se han entregado á la esclavitud para alimentarlos con el precio de su libertad.» Algo más tarde San Paulino de Nola se vendió por res-

(1) Este tiernísimo episodio está presentado con poca verosimilitud. Algún biógrafo del Santo supone que San Vicente, en vez de romper las cadenas del galeote á hurtadillas, cosa menos que probable, acudió al alcaide, y logró de él una sustitución. (Nota del T.)

catar de la esclavitud al hijo de una pobre viuda. En la orden de la Merced para la redención de los cautivos, á los tres votos ordinarios de pobreza, de obediencia y de castidad, se añadía el cuarto por el cual los religiosos se obligaban á empeñar hasta su persona por libertar á los esclavos cristianos. Imitador de estos magnáni-



HOSPITAL DE LOS FORZADOS EN MARSELLA.

Trozo de un plano de esta ciudad conservado en la Biblioteca nacional, siglo XVII.

mos ejemplos, Vicente de Paul se presentaba como nuevo modelo del heroísmo de la caridad.

Aunque el vigilante de los forzados hallaba completo su número con la piadosa sustitución, el nuevo galeote fué pronto reconocido. Mas era el fraude demasiado noble, para ser imputado como crimen á su autor, y para que desde luego no se concediera el indulto al reo favorecido. Reinstalado en sus funciones, el limosnero general de

las galeras se entregó con nuevos grados de autoridad al alivio corporal y espiritual de los forzados. Hizo cesar los malos tratamientos que se añadían á su suplicio, y suavizó cuanto estuvo en sus manos su penosa situación. Auxiliado por los limosneros ó capellanes ordinarios, se consagraba de un modo especial á inspirar la fe á aquellos criminales, con el fin de aligerar su desgracia mediante la resignación cristiana. Después de ganar sus corazones á fuerza de ternura y de solicitud, los atrajo tan por completo á la religión que, en breve tiempo, el presidio de Marsella, lo mismo que los calabozos de la Consergería, llegaron á ser un lugar de edificación.

Entregado en cuerpo y alma á aquella obra, como á las demás, á que le conducía la acción de la Providencia, sólo pensaba Vicente de Paul en llevar adelante su misión para con los presidiarios; empero el traslado de las galeras le obligó á regresar á París con el general Gondi. Habiéndose detenido en Macón durante el viaje, encontró la ciudad llena de repugnantes mendigos, embrutecidos por la embriaguez y por el libertinaje, y tan ignorantes de la religión como desprovistos de lo necesario para su subsistencia. Su número tenía alarmados á los habitantes, en terminos que no se atrevían á reprenderlos, por el temor de que promovieran una sedición. Vicente tuvo compasión de ellos, y se propuso buscar un remedio á su deplorable estado. «Como verdadero imitador del buen Samaritano, dice su primer historiador, considerando á todos aquellos pobres como á otros tantos caminantes, á quienes el enemigo de su salvación había despojado y maltratado peligrosamente, resolvió suspender su marcha, y detenerse unos días en Macón, para ver si lograba vendar sus llagas y prestarles ó facilitarles alguna asistencia.» Nadie creía posible poner orden en aquella turba vagabunda; y cuando se supo el proyecto del extranjero, y se le vió andar á vueltas con aquella tropa desarrapada, todo el mundo le señalaba con el dedo por las calles, en la creencia de que nunca lograría sacar partido de ella. Ante todo, fué á encontrar al Obispo y á los magistrados de Macón, y les pidió su asentimiento para un proyecto de reglamentación, en virtud del cual se dividirían los pobres de la ciudad en dos clases, mendigos y vergonzantes, y cuyo objeto sería la asistencia de los unos y de los otros. Los mendigos

habían de congregarse todos los domingos en la Iglesia, para oir la Santa Misa y la instrucción doctrinal, recibiendo después dinero, pan, vestidos y leña en razón de sus necesidades, pero, imponiéndoles la prohibición de mendigar durante la semana, so pena de quedar borrados de las listas de distribución. Los pobres vergonzantes serían socorridos á domicilio. En cuanto á los transeuntes, se disponía que tuvieran un albergue para pasar la noche, y que al día siguiente se les entregara algún dinero para su marcha. Para poner en práctica este reglamento, estableció Vicente, á imitación de las Cofradías de la Caridad, dos asociaciones; una de hombres, otra de mujeres, cada una para los pobres de su sexo, distribuyendo á sus miembros diferentes empleos según su aptitud y circunstancias. Los unos estaban exclusivamente encargados de los enfermos, los otros de los sanos; estos habían de instruir y encaminar á los indigentes, aquellos tenían la incumbencia de investigar las necesidades de los pobres vergonzantes. Por invitación del santo, se alistaron en la asociación el Obispo, el Deán de la catedral, los principales funcionarios eclesiásticos y civiles, las principales señoras de la ciudad y un gran número de sus vecinos.

Comprometíanse los miembros de las dos cofradías á reunirse una vez por semana, para tratar de los asuntos de la obra, á visitar dos veces á los pobres vergonzantes del distrito, especialmente á los enfermos, á proveer á sus necesidades espirituales y temporales, y, en caso de muerte, á su sepultura. Había hablado con tal unción el santo extranjero de los beneficios de semejante institución para la ciudad, y de la facilidad de subvenir á los gastos de la caridad con sólo privarse de lo superfluo de cada día, que todos los habitantes se apresuraron á contribuir á ellos. Con los donativos de cada uno se formó el primer fondo de la asociación; las colectas semanales de los miembros de las cofradías habían de asegurar la continuación de la obra. En menos de tres semanas se había puesto en ejecución el plan de Vicente de Paul, y cambiádose el aspecto de la ciudad. Ya no existían mendigos por las calles, y trescientos pobres recibían alojamiento, alimentos, visitas, instrucción y consuelo de la caridad pública.

Consumada su obra, Vicente se dispuso á partir; mas no bien

COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS - GRANADA - BIBLIOTECA

fué conocida su intención, el llanto general y los testimonios de particular afecto fueron tales, que obligaron al santo á ausentarse secretamente, para eludir una ovación pública de reconocimiento y de admiración. Entonces se supo, en medio de los ayes de despedida, que aquel padre de los pobres y bienhechor de la ciudad dormía sobre la paja. Los padres del Oratorio, que le habían tenido hospedado en Macón, habían sorprendido su secreto.

La admirable fecundidad de las obras de San Vicente de Paul, es el signo providencial de su misión. El acto de caridad que realizó en Macón, como de paso, por decirlo así, fructificó maravillosamente. Bien pronto se extendieron sus efectos á lo lejos, y unos cincuenta años más tarde la asamblea del clero de Francia exhortaba á todos los obispos del reino á establecer en sus diócesis cofradías basadas en el plan de la de Macón. Es que la caridad de Vicente de Paul se distinguía por ser tan ingeniosa como ardiente, de lo cual resultaba que su espíritu práctico servía milagrosamente á su corazón. Con un celo incomparable por la gloria de Dios y por el bien del prójimo adunaba un raro genio de organización, que aseguraba á todas sus empresas la permanencia y el desarrollo.

Apenas había regresado á París, cuando partió para Burdeos, donde se hallaban reunidas numerosas galeras con ocasión de la guerra contra los calvinistas. La paz de Montpellier le proporcionó ocasión favorable para reanudar las misiones comenzadas en Marsella. Con el apoyo del cardenal de Sourdis, cuya piedad, caridad y celo por la Iglesia le hicieron comparar á San Carlos Borromeo, el fruto obtenido fué tan maravilloso como la primera vez.

La capital de la Guyena no dista mucho del país natal de Vicente. En Pouy vivían aún su anciana madre, sus hermanos y sus hermanas, á quienes no había visto hacía veinticuatro años. Vicente desconfiaba de su corazón, y sabía además que las obras de Dios son incompatibles con los lazos de familia, y que el perfecto discípulo del Evangelio no tiene ya ni padre ni madre, sino que todos los hombres son hermanos en Jesucristo, y que se debe todo á todos. Sin embargo, se decidió á visitar á su familia. ¡Quién podía mejor que aquel gran corazón poner en concordancia la naturaleza con el Evangelio! Volvió en efecto á ver á los suyos, pero aprovechando

la visita para fortificarlos en la fe, y para hacerles amar su humilde condición. Cumpliendo como hijo entrañable, prodigó sus obsequios

NUESTRA SEÑORA DE BUGLOSE (LANDAS).

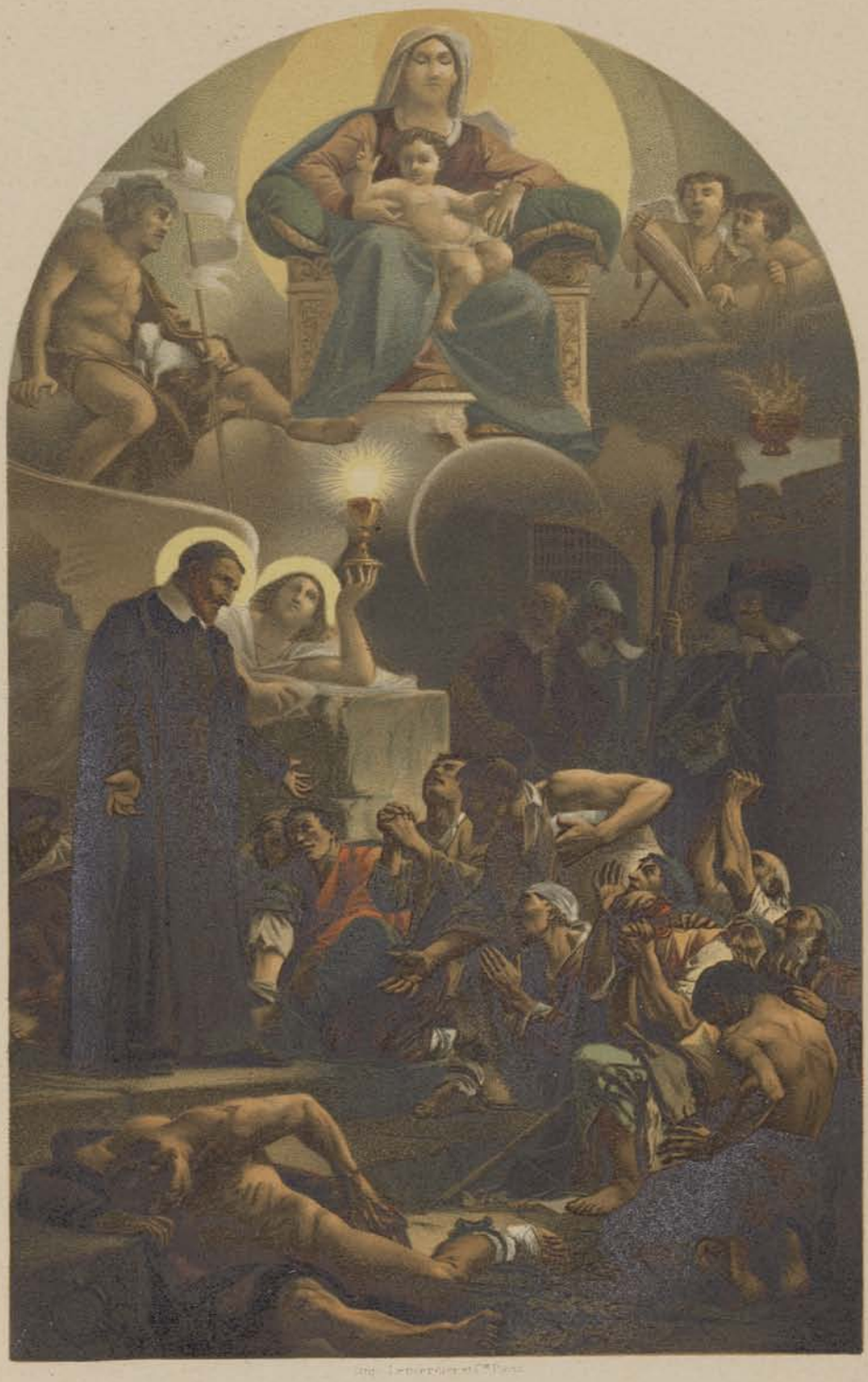
Célebre estatua ante la cual, siendo joven pastor, gustaba de orar Vicente de Paul. A los pies de esta estatua, objeto de frecuentes peregrinaciones, dirigió San Vicente á su familia el último adiós en 1623.

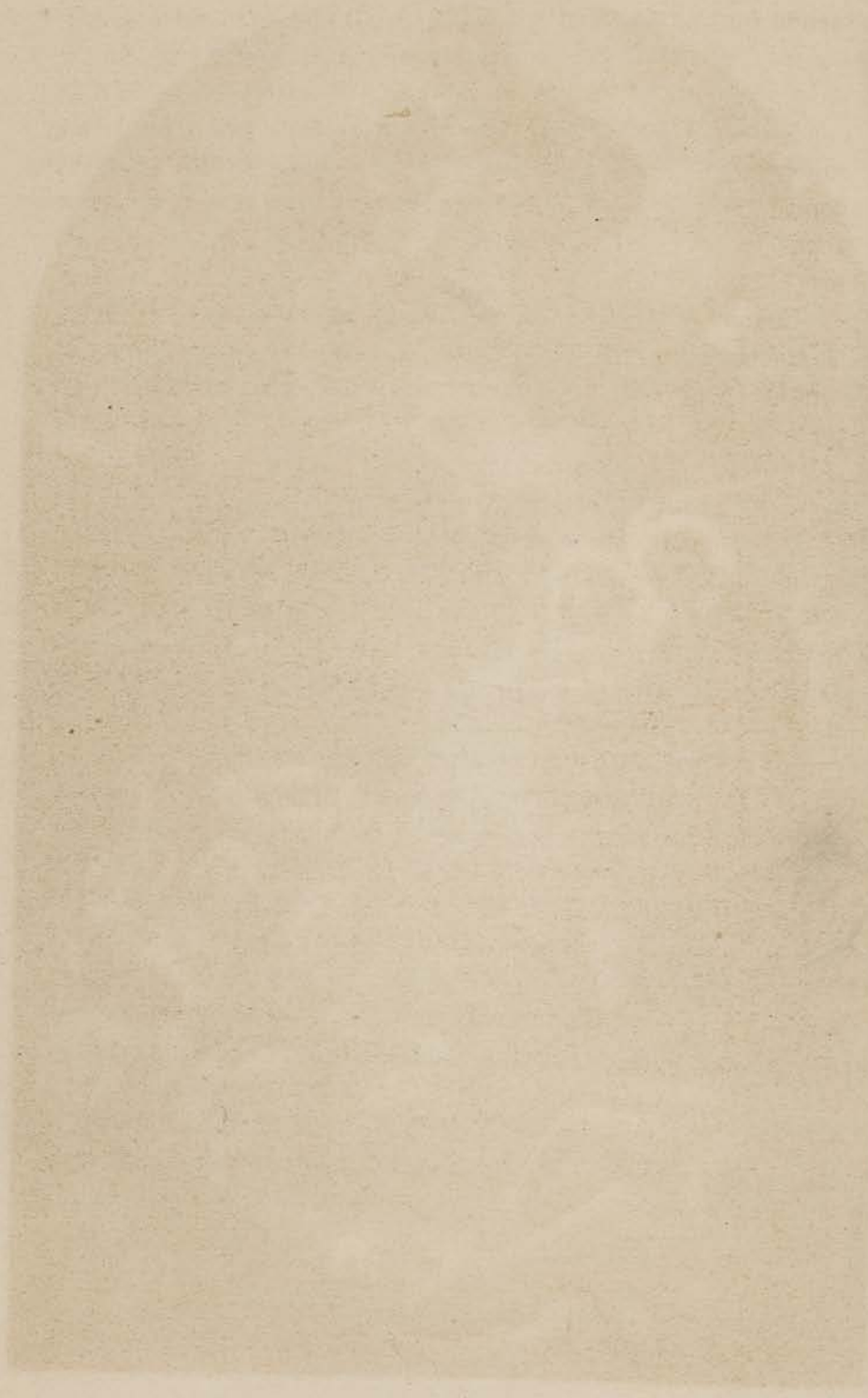
y caricias á su tierna madre, y para dar ejemplo de buen sacerdote renovó en la Iglesia de la aldea las promesas del Santo Bautismo: acompañado después de todos sus parientes, trasladóse en peregrinación á la capillita de Nuestra Señora de Buglose, adonde acudía

SAN VICENTE LIMOSNERO GENERAL DE TODAS LAS GALERAS
DE FRANCIA.

CUADRO DE MR. LECONTE DEL NOUY, EN LA IGLESIA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD
EN PARÍS, SIGLO XIX.

Cerca de San Vicente se ve el cáliz eucarístico símbolo de fe y foco de caridad.





siendo joven pastor con tanta frecuencia á honrar á la Santísima Virgen. Allí celebró una misa solemne con edificación de todo el país, y después de una modesta comida en la cual por última vez se congregó toda la familia, bendijo á todos y les recomendó que no salieran del estado modesto en el que les había colocado la Providencia. Si más tarde le instan á que procure por el bienestar de los suyos, contesta: «Ellos son felices en la condición de trabajadores, una de las más inocentes y más cómodas para la salvación.»

Cuando llegó la hora de partir, la naturaleza no dejó de hacer su oficio, como lo decía mucho tiempo después á sus hermanos en religión: «El día de mi salida tuve tanta pena en abandonar á mis pobres parientes, que no hice otra cosa que llorar todo el camino casi sin interrupción. A mis lágrimas siguió el pensamiento de ayudarles y de mejorar su estado; de dar á éste tal cosa á aquél tal otra. Mi espíritu enternecido quería distribuirles no sólo lo que tenía, sino también lo que no tenía.» Por espacio de tres meses preocupóle el deseo de mejorar la suerte de sus hermanos y de sus hermanas; pero «Dios,—continua el santo,—arrancó de mi pecho tales ternezas para con mis parientes, y aún cuando después se han visto precisados á pedir limosna y todavía la piden, me ha hecho la gracia de dejarlos en manos de la Providencia, y de considerarlos más dichosos que si vivieran bien acomodados... Pidamos á Dios por nuestros parientes, y si nos es posible servirlos con caridad, hagámoslo; pero sostengámonos con tesón contra la naturaleza que, siendo como es de suyo inclinada siempre hacia este lado, nos desviará si puede, de la escuela de Jesucristo.»

Para ser el perfecto servidor de Jesucristo y de sus hermanos, era preciso que Vicente de Paul, que había renunciado ya á todo y aún á sí mismo, se desprendiera también de su familia. Su viaje al país natal le sirvió para aquel supremo desprendimiento, el más penoso para la naturaleza. Desde entonces libre de toda clase de trabas, no teniendo ya familia, ni patria según la naturaleza, sino abrazando á todos los hombres en su corazón y en sus tareas apostólicas, el gran trabajador del campo de la caridad puso la mano en el arado, y no volvió más la cabeza conforme al consejo del Evangelio.

LA CONGREGACIÓN DE LA MISIÓN.

Fundación de la Misión.—La señora de Gondi.—Vicente de Paul es nombrado superior del colegio de los Buenos-Niños.—Los fundadores de órdenes.—Objeto de la congregación de la Misión.—La evangelización de los pobres.—Establecimiento en S. Lázaro.—Primeros trabajos de los misioneros.—Espíritu y reglas de la Congregación.

Los felices resultados de las primeras misiones de Vicente de Paul habían inspirado desde luego á la señora de Gondi el pensamiento de acrecentarlas y perpetuarlas por medio de una fundación, destinada á sostener muchos sacerdotes consagrados especialmente á este ministerio apostólico. En 1617 había asegurado por testamento dieciseis mil libras, para hacer predicar periódicamente misiones en sus dominios, encargando de la ejecución de su designio á nuestro santo, como primer autor. Habíase al efecto dirigido Vicente en un principio á los que juzgaba más capaces de llenar las intenciones de la piadosa donante; pero Dios le reservaba esta obra. Después de haber rehusado aceptarla los Padres Jesuitas, los del Oratorio y muchas otras comunidades religiosas, la señora de Gondi opinó que era inútil buscar otro ejecutor de sus proyectos que el escogido por la Providencia misma. Por otra parte, ¿no estaba completamente fundada la obra, cuyo fruto se proponía ella asegurar? ¿No existía ya la pequeña sociedad de eclesiásticos que deseaba sostener para las misiones aquella protectora? ¿No la constituían Vicente de Paul y los virtuosos sacerdotes sus amigos, que anualmente le ayudaban en sus predicaciones? No había pues, que buscar nada, ya que el apóstol de los pobres había creado á su manera y como sin pensar en ello, la obra que intentaba establecer su piadosa cooperadora. La Congregación de la Misión había nacido, sin saberlo el mismo fundador, el día en que Vicente de Paul había emprendido la evangelización de los campos con la ayuda de unos cuantos buenos sacerdotes. Aquello no pasaba de un ensayo, y sin embargo, era una institución.

Así nacen las cosas de Dios. Pequeñas en sus comienzos, casi

inadvertidas de los hombres bien pronto toman cuerpo y llegan á ser la admiración del mundo. «La compañía, decía el santo, dió principio sin intención ninguna de nuestra parte, y se ha multiplicado por la sola intervención de Dios, y siempre ha sido llamada de orden de nuestros superiores, sin que hayamos contribuido con otra cosa que con nuestra obediencia.» Cuando la señora de Gondí pensó en establecerla, sólo hacían falta una casa y la aprobación de la autoridad eclesiástica. Puso en conocimiento de su marido sus designios, y desde luego quiso también compartir con ella el título de bienhechor del nuevo instituto. El arzobispo de París, Juan Francisco de Gondí, hermano del general de las galeras, no se contentó con aprobar una institución tan útil para su diócesis, sino que queriendo por su parte contribuir también á ella, ofreció para alojamiento de los sacerdotes misioneros el colegio de los Buenos-Niños, que era de su dependencia, y donde hacía largo tiempo no ingresaban estudiantes. Ambos esposos y el prelado, después de conferenciar sobre los medios de realizar con el mejor éxito tan santo proyecto, resolvieron hablar de él mancomunadamente á Vicente de Paul, para imponerse á su humildad. Al principio se excusó, mas por orden del arzobispo aceptó las proposiciones de los piadosos fundadores: eran éstas ser nombrado rector del colegio de los Buenos-Niños, juntamente con la dirección de los sacerdotes que allí se retirasen, y de las misiones en las cuales fuesen aquellos empleados; y por último la de escoger él mismo los sacerdotes más idóneos para aquel ministerio. El 1.° de Marzo de 1624, á cuya sazón contaba Vicente de Paul cuarenta y ocho años de edad, recibía de manos del arzobispo sus credenciales de rector del colegio; y al día siguiente, no pudiendo residir allí, porque se le obligaba á permanecer en la casa de Gondí, entregaba el nombramiento de procurador firmado con el título de licenciado en derecho canónico, á Antonio Portail, su primer discípulo, quien en 6 del mismo mes, tomaba en nombre suyo posesión de la casa.

De este modo se fundaba la obra de la Misión, nacida al calor de la caridad, que Vicente de Paul sentía por los pobres y los ignorantes; así daba principio el hombre de Dios con un solo discípulo á la gran familia de misioneros, destinada á difundirse por toda la

RETRATO DE LA SEÑORA DE GONDÍ.

De un grabado de Cl. Duflós, siglo XVII.—Asociada por espacio de muchos años á las caritativas obras de S. Vicente, fundó la señora de Gondi, de común acuerdo con su marido, la obra de la Misión, cuyo proyecto había sido la primera en concebir.

Francia y por el mundo entero. Cosa á todas luces admirable es el nacimiento y propagación de estas familias religiosas, que sin cesar ha producido la divina fecundidad de la Iglesia. Emanadas de un hombre, han ido multiplicándose siempre á través de las edades y han cubierto el mundo con sus obras. ¿Quien será capaz de contar las que han ido apareciendo desde las antiguas órdenes de San Agustín, de S. Basilio y de S. Benito hasta nuestras congregaciones nacidas ayer? Ninguna de ellas ha perecido. Las más nobles familias de la tierra se han extinguido; las más famosas órdenes de caballería, las más poderosas corporaciones han desaparecido sin dejar otra cosa que un recuerdo en la historia; empero, las familias de los santos, que son las más antiguas y las más modestas, viven todavía. Todas han atravesado los siglos, salvándose de las vicisitudes de las cosas humanas y al paso que sería imposible dar con un descendiente de Clovis, con uno de los pares de Carlo-Magno, ó con un caballero del Espíritu Santo, ó con algún resto de la potente liga anseática, el humilde hijo de S. Benito vive hoy en constante oración como doce siglos atrás, y los discípulos de S. Vicente de Paul se volverán á encontrar en los extremos del mundo, cuando haya perecido todo lo que era de su tiempo. ¿Qué prueba podrá darse más brillante de la divinidad de la Iglesia, que la permanencia de las instituciones y de las obras que ha creado? La santidad es fecunda en proporción de sus perfecciones. En el orden natural la potencia productora del hombre se agota con él, y no trasciende más allá de su posteridad. En el orden sobrenatural la fecundidad es inagotable; las familias religiosas se reproducen por sí mismas de una manera perpetua, por la virtud de su primer autor, y este milagro de propagación se renueva cada vez que viene un hombre bastante poderoso en Dios, para producir con su santidad una nueva raza de hijos escogidos de la Iglesia.

San Vicente de Paul es uno de los más insignes fundadores de órdenes religiosas con que se honra el cristianismo. Este hombre, que representa en el mundo la caridad, ha sido grande entre los grandes por el corazón. Como amó mucho, hizo mucho, multiplicándose á sí mismo por la comunicación de su vida y de su corazón á una posteridad, en la cual revive perpetuamente; y poseyó el

4 Septembre 1626
8

Fac-simile del contrato celebrado el 4 de Setiembre de 1626 entre San Vicente y sus tres primeros compañeros, ante dos notarios del Chatelet, para la institución de una compañía de sacerdotes dedicada á instruir y á catequizar á la pobre gente de los campos.—Archivos de la Misión en París.

Nous Vincent de Paul pbre & principal du College des bons enfans fondé à Paris Joignant la Porte S. Victor — faisons foy à Tous qu'il appartiendra: que selon la fondation faicte par Monseigneur Philippe Emmanuel de Gondy Conte de Joigny — General des Galeres de France, & de feu Dame Françoise Marguerite de Silly Baronne de Montmirail & d'autres lieux son Espouse: pour — l'entretien de quelques Ecclesiastiques quy se lient & vniffent ensembles pour s'employer en maniere de miffion, à catechiser, prescher, & — faire faire confession generale au pauure peuple des champs, selon qu'il est porté par le contract de fondation, passé pardeuant Iean du Puis — & Nicolas le Boucher Notaires & gardenottes du Roy au Chastelet de Paris le dixseptiesme Auril mil six vingt cincq. Ladicte fondation — approuuee & autorisee par Monseigneur l'illustrissime & Reuerendissime Iean François de Gondy Archeuesque de Paris du vingt quatriesme — dudit mois mil six Cent vingt six, par lequel contract il nous est donné pouuoir de faire choix de tels Ecclesiastiques que nous trouuerrons propres à l'employ — de ce bon oeuure. Nous en vertu de ce que dessus, apres auoir fait preuue vn temps asser notable de la vertu & suffisance de Francois du Coudray pbre — du diocese d'Amyens, de Mr Antoine Portail prestre du diocese d'Arles, & de Me Iean de la Salle aussy pbre dudit diocese d'Amyens: auons iceux choisy, éleu, — aggrege, & associé; choisissons, élisons, aggregeons & associons a nous & audit oeuure, pour ensemblement viure en maniere de congregation compagnie — ou confrairie; & nous employer au salut dudit pauure peuple des champs, conformément à ladite fondation. le tout selon la priere que lesdits du Coudray, Portail, & la Salle nous en ont faict, auec promesse d'obseruer ladite fondation & le réglement particulier quy selon iceluy sera dressé: & d'obeir tant — a nous qu'à nos successeurs Superieurs, comme estant sous nostre direction, conduite & iurisdiction. Ce que nous susnommez, du Coudray, Portail, & de — la Salle aggreons, promettons & nous soumettons garder inuiolablement. En Foy dequoy nous auons reciproquement signé la presence de nostre propre — main; & faict mettre le certificat des Notaires. Faict a Paris au College des bons Enfans ce quatriesme iour de Septembre mil six cent vingt six.

Vincent De Paul &c &c — Du Coudray — Portail — Lasalle

TRADUCCIÓN DEL MANUSCRITO

4 Setiembre 1626

8

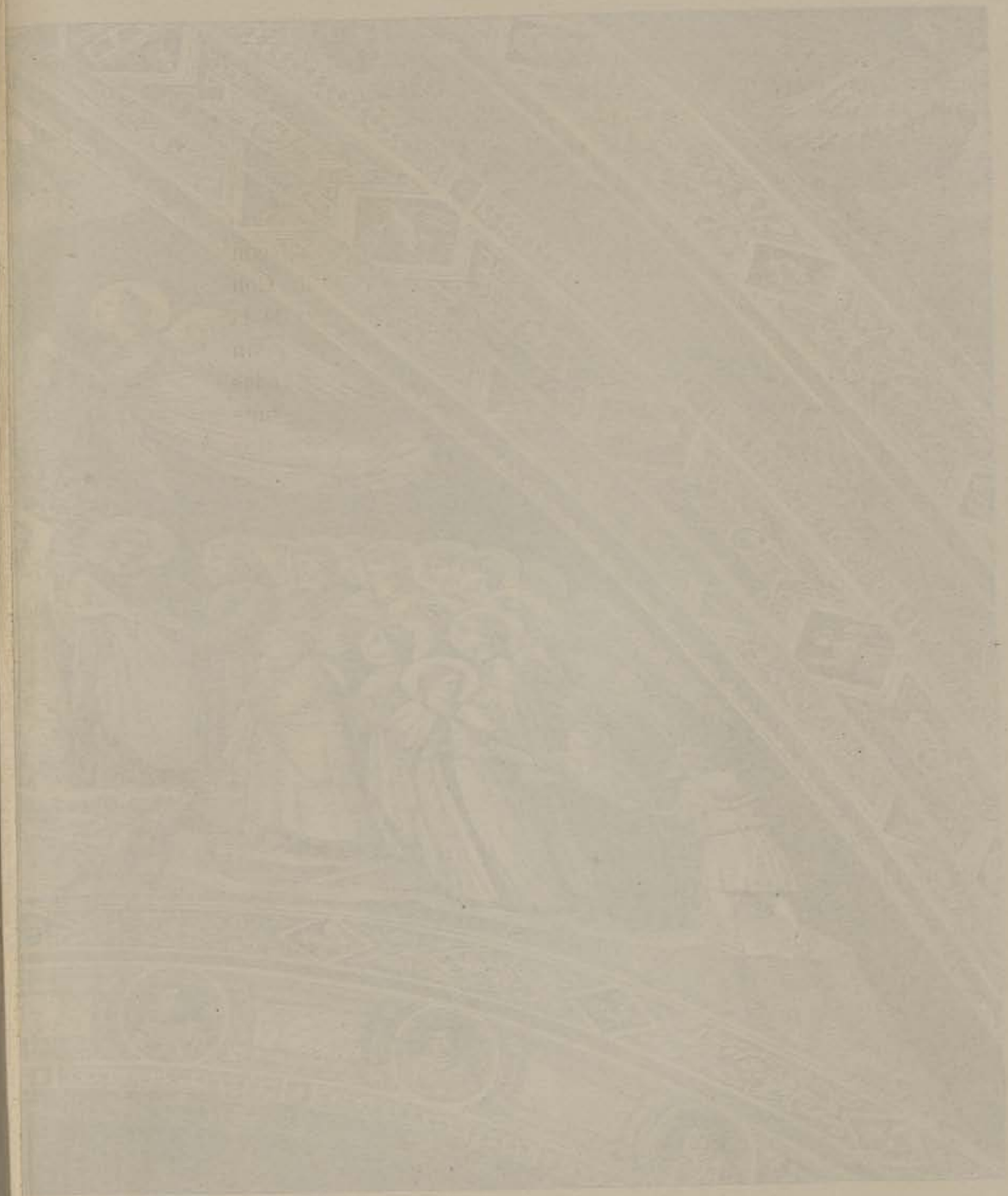
Nos, Vicente de Paul, presbítero, rector del colegio de los Buenos-Niños fundado en París junto á la Puerta de S. Víctor, hacemos saber á todos los interesados en ello: que según la fundación hecha por monseñor Felipe Manuel de Gondí, Conde de Joigny, General de las Galeras de Francia, y de la difunta señora Francisca Margarita de Silly, Baronesa de Montmirail y de otros lugares su Esposa: para el sostenimiento de algunos Eclesiásticos que en él se afilien y congreguen para emplearse á manera de misión en catequizar, predicar y exhortar á hacer confesión general al pobre pueblo de los campos, según consta en el contrato de fundación, pasado por ante Juan del Puis y Nicolás le Boucher Notarios y guarda sellos del Rey en el Chatelet (1) de París el diez y siete de Abril de mil seiscientos veinticinco. La dicha fundación aprobada y autorizada por Monseñor el Ilustrísimo y Reverendísimo Juan Francisco de Gondí, Arzobispo de París en veinticuatro del dicho mes del año mil seiscientos veintiseis, por cuyo contrato se nos da poder para escoger aquellos Eclesiásticos que sean idóneos para el desempeño de esta buena obra. Nos, en virtud de lo antedicho, después de haber probado suficientemente la virtud y suficiencia de Francisco del Condray, presbítero de la diócesis de Amyens, del señor Antonio Portail, sacerdote de la diócesis de Arlés y del señor Juan de la Salle también presbítero de la dicha diócesis de Amyens. Los hemos escogido, elegido, agregado y asociado; escogemos pues, elegimos, agregamos y asociamos á los dichos á nos y á la referida obra para vivir en comunidad á manera de congregación, compañía ó hermandad; y emplearnos en la salvación del dicho pueblo de los campos en conformidad con la dicha fundación, el todo según la petición que los referidos del Coudray, Portail y la Salle nos han hecho, con promesa de observar la dicha fundación y el reglamento particular que al efecto se redactará; y de obedecer tanto á nos como á los superiores nuestros sucesores, por estar bajo nuestra dirección, guía y jurisdicción. Todo lo cual nos aceptamos y prometemos y nos sometemos á guardar inviolablemente por nuestra parte. En fe de lo cual hemos recíprocamente firmado la presente de nuestra propia mano; y hecho extender el certificado á los Notarios. Hecho en París en el colegio de los Buenos-Niños el cuarto día de Setiembre de mil seiscientos veintiseis.

VICENTE DEPAUL DEL COUDRAY PORTAIL LA SALLE

(1) El Chatelet, antiguo Tribunal de París. (Nota del T.)

genio del bien juntamente con las cualidades de espíritu y las virtudes propias de su misión bienhechora entre los hombres. Tan duro consigo mismo como suave con los demás, y tan mortificado cuanto caritativo, ni conoció el egoísmo ni el amor propio, ni aquella vanidad, que impiden al común de los hombres elevarse sobre sí mismos. Desde muy temprano había domeñado su cuerpo con rigores continuos, y su espíritu con una absoluta humildad. Con aquel perfecto desprendimiento de sí mismo, que es el colmo de la perfección cristiana, se había dado por entero á los demás; y sin más pasión que un ardiente amor á Jesucristo, su modelo en todas las cosas, libre de todo deseo y de toda vanidad, pudo aplicarse únicamente á procurar la gloria de Dios y el bien del prójimo. Sus obras fueron innumerables. Para prosperar en tantas empresas como tuvo entre manos á la vez, y en los negocios tan múltiples y difíciles en que hubo de intervenir, poseía una rectitud y una firmeza de espíritu incomparables, una inteligencia elevada, una seguridad de apreciación extraordinaria, una consumada prudencia y un buen sentido tan grande, como la ternura y la generosidad de su alma. Era el hombre de acción por excelencia. Ha habido fundadores de órdenes más grandes quizá por el genio, y de una santidad más resplandeciente; nadie le ha aventajado por el número de las obras, ni por la excelencia de las virtudes, ni por el fuego de su caridad.

Aunque encargado del colegio de los Buenos-Niños, Vicente de Paul había permanecido en la casa de Gondí, retenido por el afecto de los generosos donadores hacia él, y por su reconocimiento para con ellos; pero estaba cercano el momento en que iba á quedar en libertad para dar cumplimiento á sus grandes trabajos. El conde y la condesa de Joigny completaban su obra mediante un contrato de fundación extendido en diez y siete de Abril de mil seiscientos veinticinco, con Vicente de Paul. Los dos nobles esposos decían en él: «Que habiéndoles concedido Dios desde hacía algunos años el deseo de hacer honrar su santo nombre así en sus propiedades como en otras regiones, habían considerado que, siendo del agrado de su divina bondad proveer por su misericordia infinita á las necesidades espirituales de los que habitan en las ciudades por gran número de doctores y religiosos que les prediquen, catequicen, exciten y conser-



LA POBREZA, PRIMER VOTO DE LA RELIGIÓN.

Fresco de Giotto, en la basílica de Assise, del siglo décimocuarto.—Jesucristo consagra el casamiento de *Santa Pobreza* con San Francisco, mientras que en el cielo los ángeles ofrecen al Dios Padre los palacios y los ricos vestidos, á los cuales Francisco acaba de renunciar. Pálida y enflaquecida, la Pobreza camina enmedio de las espinas y sobre las piedras agudas de un camino áspero y difícil, pero las rosas y los lirios florecen alrededor de su cabeza; sus vestidos están rotos, pero su blancura no está oscurecida. Un perro ladra cerca de ella. Los niños de la calle la injurian, pero los coros de los ángeles le forman su cortejo. A la derecha, un ángel de la justicia aparta los avaros y los curas degenerados que acarician los sacos de oro; á la izquierda, un ángel de la misericordia arrastra hacia los puros goces de la pobreza voluntaria al joven rico que reparte sus bienes á los pobres.

ven en ellos el espíritu de devoción, sólo resta hacer igual obra en favor del pobre pueblo de los campos que queda como abandonado. Al efecto les había parecido el más oportuno remedio la piadosa asociación de algunos sacerdotes de doctrina, piedad y capacidad reconocidas, que quisieran de buen grado renunciar tanto á las comodidades que ofrecen las dichas ciudades como á todos los beneficios, cargos y dignidades de la Iglesia, para dedicarse con el beneplácito de los prelados, cada cual del suyo diocesano, entera y exclusivamente á la salvación del pobre pueblo, yendo de aldea en aldea á expensas del fondo común á predicar, instruir, exhortar y catequizar á las pobres gentes, induciéndolas á hacer una buena confesión general de toda su vida pasada, sin recibir por ello retribución alguna, á fin de distribuir gratuitamente los dones recibidos también gratuitamente de la mano liberal de Dios.» Con tal objeto «en reconocimiento de los beneficios y gracias que han recibido y reciben diariamente de la Majestad Divina; para contribuir al ardiente deseo que ella tiene de la salvación de las pobres almas, y honrar el misterio de la Encarnación, la vida y muerte de Jesucristo; por amor á su Santísima Madre y por llegar á merecer la gracia de vivir el resto de sus días tan perfectamente, que puedan esperar con toda su familia alcanzar la gloria eterna» los dos esposos dan «al Señor Vicente de Paul, sacerdote de la diócesis de Acqs la suma de 45.000 libras, que habrá de ser empleada en tierras ó en renta constituida, con el fin de que escoja en el tiempo de un año tantos sacerdotes de doctrina, de piedad y de buenas costumbres, cuantos pueda sostener la fundación, los cuales han de trabajar en esta obra bajo su dirección durante su vida. Los referidos eclesiásticos, se dice en el contrato, vivirán en comunidad bajo la obediencia del dicho señor de Paul, y de sus superiores en lo venidero después de su fallecimiento, bajo el nombre de Compañía, Congregación ó Hermandad de los padres ó sacerdotes de la Misión.»

Tal es el acta de fundación de la ilustre Congregación de San Vicente de Paul; no lleva otro nombre que el que le habían dado sus generosos patronos, y sus reglas fueron basadas en los medios propuestos en las cláusulas mismas del contrato, para asegurar el fin de la obra. Testigos de los trabajos de su antiguo limosnero, los

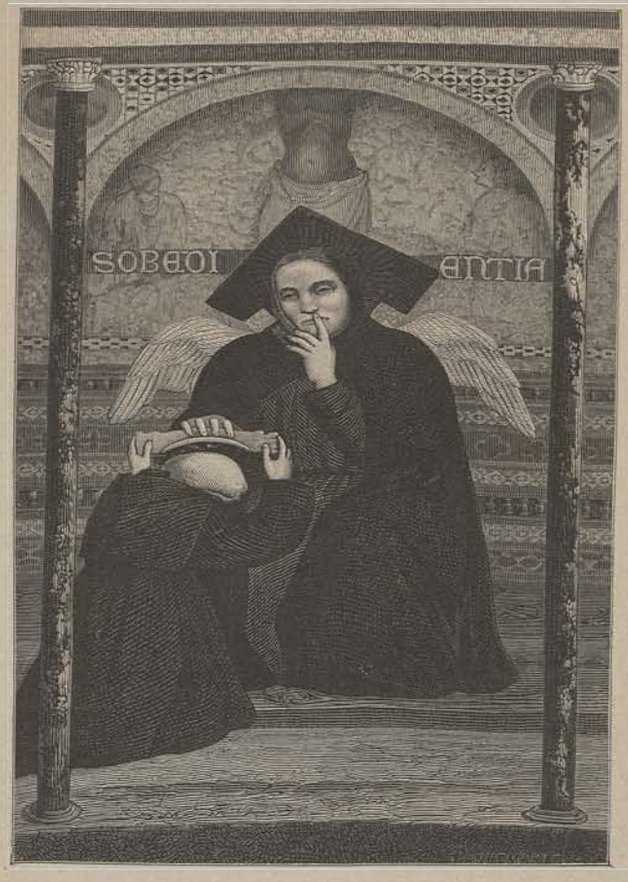
piadosos fundadores no habían necesitado, para trazar el plan general de la Misión, sino inspirarse en sus acciones y en su espíritu. Ese mismo plan fué el consagrado por él en las reglas, que mucho tiempo después dió á su congregación.

Tal contrato, donde resplandecen una munificencia admirable y una piedad más admirable aún, fué el testamento de la señora de Gondi. Su deseo más ardiente había sido la fundación de los sacerdotes de la Misión, como que había visto por experiencia el bien, que de ella podía reportar la salvación y la santificación de las pobres gentes de los campos. Terminada su obra «parecíale que nada podía desear en esta vida, y, semejante á otra Mónica, podía muy bien decir en su corazón, que nada le quedaba por hacer sobre la tierra, por haber Dios puesto el colmo á sus deseos.» Dos meses después, esta noble y santa mujer, cuya vida había tenido tanto de común con la del gran servidor de Dios, y cuyas obras eran en parte obras suyas, se dormía en la paz del Señor, ayudándole á bien morir su santo amigo.

Este acontecimiento dejaba en libertad á Vicente de Paul. Cumplidos los últimos deberes con la piadosa condesa de Joigny, dirigióse inmediatamente á Provenza á dar la triste nueva al conde, y á prestarle sus consuelos. Dios había preparado todo, para que en adelante se diera por completo á la congregación que acababa de nacer de él. Poco después de obtenido el permiso del señor á Gondí, de separarse de su casa, á pesar de los deseos manifestados por la piadosa testadora, de verle á ella unido para siempre, el general de las galeras renunciaba por su parte al mundo, á la fortuna, á sus dignidades, y entraba en el Oratorio. En aquel mismo tiempo un príncipe de Conti daba el ejemplo de pasar diariamente dos horas en oración, y un Montmorency cambiaba la espada de condestable de Francia por el sayal de San Francisco.

Enteramente desligado del mundo Vicente de Paul, se retiró al colegio de los Buenos-Niños, para comenzar allí una nueva vida apostólica, y obligarse de un modo expreso á trabajar en su propia perfección y por la salvación de los pueblos, practicando las virtudes enseñadas por Jesucristo, y de las cuales nos ha dejado el ejemplo. «Allí fué, dice Abelly, donde echó los primeros fundamentos de

la Congregación de la misión, completamente dedicada, como la de los primeros discípulos del Salvador, á seguir á aquel grande y pri-



LA OBEDIENCIA, SEGUNDO VOTO DE RELIGIÓN.

Parte de un fresco de Giotto en la basílica de Asis, siglo XIII —La Obediencia está sentada en un trono, para demostrar que no obra por presión; tiene el dedo en la boca para enseñar que el silencio y la discreción son virtudes obligatorias en la profesión religiosa; sus alas demuestran que no está unida á la tierra. Un religioso encorva su cuello bajo el yugo que le impone.

mer misionero venido del cielo, y á trabajar en la misma obra, en que se empleó aquél durante el tiempo de su vida mortal.»

Toda la aspiración del Instituto de la Misión se compendia en la imitación de Jesucristo, á quien Vicente de Paul tenía por única regla

de conducta y que fué quien le inspiró muy temprano el designio de consagrarse á los pobres. Cuando al fin de su vida, forzado por la edad, ilustrado por la experiencia y por los consejos que su humildad le hacía buscar en todas partes, se decidió á dar reglas á su congregación, dijo á los suyos en el discurso que con tal motivo les dirigió, exponiéndoles las razones que habían de tener en cuenta para la observancia inviolable de aquéllas: «otro motivo hay para esto, y es que las reglas son casi todas sacadas del Evangelio, como todos veis, y que todas ellas tienden á conformar vuestra vida á la que Nuestro Señor llevó en la tierra; pues se dice que este Divino Salvador vino, y fué enviado por su Padre, para evangelizar á los pobres: *Pauperibus evangelizare misit me;* para anunciar el Evangelio á los pobres como, por la gracia de Dios, se propone hacerlo la pequeña compañía, la cual tiene grandes motivos para humillarse y confundirse, de que no haya habido otra que yo sepa, que se haya propuesto, como fin particular y principal, anunciar el Evangelio á los pobres, y de ellos á los más abandonados. Tal es nuestro fin, señores y hermanos míos; sí, nuestra herencia son los pobres. ¡Qué felicidad hacer aquello mismo, para lo cual dijo Nuestro Señor que había venido del cielo á la tierra, y mediante lo cual esperamos con su gracia, ir de la tierra al cielo! Hacer esto es continuar la obra del Hijo de Dios, que iba voluntariamente á los lugares del campo para buscar á los pobres. Oblíganos nuestro Instituto á servir y á ayudar á los pobres, á quienes hemos de reconocer por señores y dueños nuestros. ¡Oh pobres, pero bienaventuradas reglas, que nos obligan á ir á los pueblos pequeños con exclusión de las grandes ciudades, para hacer lo mismo que ha hecho Jesucristo! Contemplad, yo os lo ruego, la dicha de los que las observan en conformar así su vida y todas sus acciones con las del Hijo de Dios.»

La nueva Congregación, cuya conformidad con la misión divina de Jesucristo mismo procuraba demostrar Vicente de Paul, era una invención particular de la caridad del santo. Otros antes que él habían ejercido individualmente el mismo ministerio respecto al pobre pueblo de los campos; por ejemplo en aquellos mismos momentos la Congregación de la Doctrina cristiana fundada desde 1592 por el Venerable César de Bus, suscitaba en el Langüedoc en la

Provenza y el Delfinado, hombres de buena voluntad que, sin más lazo espiritual que el celibato, se dedicaban á los niños y á los ignorantes, congregándolos los domingos en su derredor, para informarlos en la fe y en la práctica de las buenas costumbres. Pero aunque siempre haya habido en el decurso de los siglos hombres apostólicos, cuya vocación era ocuparse particularmente en la instrucción de las gentes sencillas é ignorantes; aunque la Iglesia, siempre fecunda en virtudes y en obras, realizara plenamente para con los pobres lo mismo que para con los ricos el ministerio evangélico de que la invistiera su Divino Fundador, no contaba todavía en la diversidad de sus órdenes religiosas y de sus funciones, institución especial para la enseñanza de la religión al sencillo pueblo de los campos. El inmenso amor de Vicente de Paul hacia los pobres le impulsaba, en razón de las necesidades nuevas de la época, á dotar á la Iglesia de este nuevo apostolado. De todas las obras de la caridad, ¿quién lo duda? es la primera la evangelización de los pobres, y el Salvador la dió como signo especial de su misión sobre la tierra. En efecto, lo que hay más pobre, si así puede decirse, en el pobre, y lo que en el enfermo hay más enfermo, es con frecuencia su alma, su pobre alma privada de Dios, herida por la ignorancia y el vicio, y desamparada del rico, que se cuida de la limosna del pan para el cuerpo ó que proporciona remedios para las enfermedades temporales. Esa alma, pobre de Jesucristo, hambrienta de verdad, maltratada por los males del pecado, es la que con preferencia á todo ha de sustentar y curar la caridad, comunicándole el don precioso de la fe, la vida del amor. Así lo hace Vicente de Paul.

Unido al señor Portail, el primero y más fiel compañero de sus trabajos, da comienzo á la Misión en el colegio de los Buenos-Niños. A ellos se agrega un tercer sacerdote, y los tres caminan de pueblo en pueblo, catequizando, exhortando, confesando, visitando á los pobres y á los enfermos con sencillez, humildad y caridad, sin pedir ni recibir cosa alguna de nadie. Como no tenían recursos para sostener criados que guardasen el colegio durante su ausencia, dejaban las llaves á alguno de los vecinos, según cuenta Abelly, cuando tenían que ausentarse para la Misión.

Nadie hubiera pensado entonces que de tan modestos principios

hubieran surgido los progresos que se realizaron después, y que aquellos pobres sacerdotes, trabajando por pueblos y aldeas desconocidas y abandonadas, fueran el fundamento del gran edificio, que Dios quiso elevar en su Iglesia. Para el humilde Vicente, aquella prosperidad maravillosa de un instituto, tan pequeño en su origen, y tan extendido antes de morir él, era motivo de grande admiración y de hacimiento de gracias. «Íbamos,—decía él más tarde á sus hermanos—cuando nos enviaban nuestros señores los obispos á evangelizar á los pobres con toda bondad y sencillez, como lo había practicado Nuestro Señor: á esto se reducía nuestra labor: Dios hacía por su parte lo que había previsto de toda eternidad, y ciertamente derramó algunas bendiciones sobre nuestros trabajos; visto lo cual por otros buenos eclesiásticos, uniéronse á nosotros y pudieron ser agregados; esto no fué de una vez, sino en diferentes tiempos. ¡Oh Salvador mío! ¿Quién hubiera jamás pensado que llegara esta obra al estado presente? Si alguno me lo hubiese asegurado en otro tiempo, hubiera creído que se mofaba de mí; y no obstante, por allí quería Dios dar comienzo á la compañía. ¡Y bien; llamaréis vosotros obra humana á aquélla en la cual jamás hubiera pensado hombre alguno! Bien seguro es que ni el pobre señor Portail, ni yo pensábamos en tal cosa; por el contrario discurríamos bien remotamente de ello.»

Un acrecentamiento tan extraordinario era á las claras el efecto de la bendición divina, porque Vicente de Paul, discreto en todas sus empresas, reservado en todas las cosas, nada hizo por sí propio para difundir y sostener su Instituto. Tal era su confianza en Dios, y tan perfecta su resignación con la divina voluntad, que hubiera tenido como una falta de respeto para con la Providencia toda solicitud, toda acción inspirada por miras humanas. Nunca consintió en hacer diligencia alguna, ni permitió que la hiciesen otros, para adquirir establecimientos ó beneficios en favor de su Congregación. Alguna vez le aconsejaban que se estableciese en las grandes ciudades, para proporcionarle buenos compañeros: «nosotros no podemos,—contestaba él—hacer esfuerzo alguno para establecernos en este ni en otro lugar, si hemos de mantenernos sujetos á las miras de Dios y á las costumbres de la compañía; porque hasta el presente su providencia es la que nos ha llamado á los lugares, donde nos encontramos,

sin que por nuestra parte lo hayamos solicitado directa ni indirectamente: y á no dudarlo esta resignación en Dios, que así nos trae sometidos á su soberana dependencia, ha de serle muy agradable, tanto más, cuanto que destruye los impulsos puramente humanos

LA MISIÓN DE LOS APÓSTOLES.

Fac-simile de un grabado de la primera edición de las *Constituciones de la Misión*, publicadas en vida de S. Vicente.

que bajo pretexto de celo y de gloria de Dios nos inducen muchas veces á emprender cosas que no inspira él, ni tampoco bendice. El sabe lo que nos es conveniente, y nos lo dará, cuando sea tiempo oportuno, si nos entregamos á él como verdaderos niños en manos de tan buen padre.»

Para mantener la Misión en una absoluta dependencia de las miras divinas, Vicente hubiera escogido la proposición que le fuera menos

ventajosa entre otras que se le hicieran; y cuando se le presentaban dos sujetos, sentíase inclinado á dar la preferencia al que era de nacimiento más humilde, de condición más pobre, de espíritu y de ciencia inferiores, para que nunca hubiera en la elección cosa que no fuera perfectamente pura y desinteresada. Á tal punto había llegado á poner en práctica este criterio, que había dado como regla á los suyos, aplicándola él constantemente, de no atraer jamás á la Congregación á persona alguna, ni por promesas ni por servicios, ni aún recurriendo á piadosos consejos. «Á Dios toca—decía él,—atraer á los hombres á ella, y darles la primera inspiración.... dejemos obrar á Dios y mantengámonos humildemente sometidos á las órdenes de su providencia. Por su misericordia así lo hemos practicado en la Compañía hasta el presente, y podemos asegurar que nada hay en ella que no haya Dios dispuesto de antemano sin que nosotros hayamos ido en busca de los hombres, ni de los bienes, ni de los establecimientos. En el nombre de Dios, mantengámonos en ese mismo espíritu, y dejemos que obre Él. Sigamos, os lo suplico, sus órdenes sin prevenirlas, y creedme; si la Compañía no se aparta de esta senda, Dios la bendecirá.» Jamás se olvidó en efecto esa norma de atribuir constantemente á Dios todo el bien que realizaba. «Tengamos confianza, repetía con frecuencia á sus hermanos, y no como quiera, sino perfecta y absoluta, y vivamos seguros de que habiendo comenzado Él su obra en nosotros, Él la terminará; porque yo os pregunto, ¿quién es el que ha establecido la Compañía? ¿quién es el que nos ha dedicado á las misiones, á los ejercicios de ordenandos, á las conferencias, á los retiros? ¿soy yo por ventura? No ciertamente. ¿Lo es el señor Portail, con quien Dios me unió desde un principio? En manera alguna, porque no pensábamos nosotros en ello, ni habíamos formado resolución alguna sobre el particular. ¿Quién es, pues, el autor de todo esto? Es Dios, es su providencia paternal y su pura bondad, pues que nosotros no somos más que ruines operarios y pobres ignorantes; sin que haya entre nosotros sino pocos ó ninguno que sea noble, poderoso, sabio ó capaz de cosa alguna. Dios, es pues, quien ha hecho todo esto, valiéndose de las personas que ha tenido á bien, para que todo ceda en honra suya.»

Semejante espíritu, verdaderamente sobrenatural, de dependen-

cia, de abnegación y de humildad, fué siempre desde los principios

LA REINA DE AUSTRIA OFRECE SUS HIJOS Á LA VIRGEN.

De un grabado de Claudio Mellan, siglo XVII.

Ana de Austria favoreció, como Luis XIII, á la Congregación de la Misión, llamó á S. Vicente al consejo de la regencia, y muchas veces obró en conformidad con su parecer.

de la Misión el que informó á San Vicente y á sus hermanos; y el mismo que dió á su Instituto por fundamento. «Esta ruin Compañía,

—decía él,—que es la última de todas, no debe tener otro fundamento que la humildad, como si fuera su propia virtud; de otro modo, jamás haremos cosa que valga nada, ni dentro ni fuera de nosotros; ni podremos esperar progreso alguno, ni provecho de nuestros prójimos sin la humildad.» Cierto día calificaba ante él á la Compañía de santa Congregación un sacerdote recién ingresado en ella: detúvole incontinenti el venerable superior, y le dijo: «caballero, cuando hablamos nosotros de la Compañía, no debemos servirnos de ese término, ni de otros equivalentes y encomiásticos; sino que hemos de servirnos de estos otros: la pobre compañía, la pequeña compañía ú otros parecidos. Con ello imitaremos al Hijo de Dios, el cual llamaba á la compañía de sus apóstoles y discípulos pequeño rebaño, pequeña compañía. ¡Oh cuán de veras deseo yo que Dios Nuestro Señor se sirva conceder á esta ruin congregación la gracia de cimentarse bien en la humildad, de hacer en ella su morada, y de mantenerse siempre firme y asegurada en esa virtud!»; y para completar la lección añadía: «Creedme, señores míos, nunca seremos aptos para llevar á cabo la obra de Dios, sin que estemos poseídos de profunda humildad, y de un entero menosprecio de nosotros mismos. Si la Congregación de la Misión no es humilde, si no se persuade de que nada digno puede hacer, y de que es más propia para estropearlo todo, que para llevarlo á feliz término, nunca realizará grandes cosas; mas si se forma y vive en ese buen espíritu, entonces se hará idónea para los designios de Dios, por cuanto de hombres así informados se sirve Nuestro Señor, para consumar los grandes y verdaderos bienes.»

Vicente de Paul había comenzado la Misión con un solo compañero; dos años después se les agregaron otros dos sacerdotes, Francisco de Coudray y Juan de la Salle, conforme apuntamos en otro lugar; ambos fueron asociados por el acta notarial de 4 de Setiembre de 1626, estampada en la página 96, mientras llegaba el caso de obligarse todos canónicamente. La pequeña compañía se formaba con beneplácito del arzobispo de París, quien la había aprobado y confirmado después de un año de existencia, bajo las cláusulas y condiciones consignadas en el contrato de fundación. Bien pronto se presentaron otros cuatro compañeros, y á la aprobación de la

autoridad eclesiástica se agregó la aprobación real. Las Letras patentes del 1.° de Mayo de 1627 hacen saber que el rey «considerando como las más principales las obras de tamaña piedad y caridad, y debidamente informado de los grandes frutos que tales eclesiásticos habian recogido en todos los lugares adonde habían ido á misionar, así de la diócesis de París como de otras, les permite formar congregación «imponiéndoles la carga—añade el piadoso monarca—de rogar á Dios por Nos y por nuestros sucesores, y al mismo tiempo

SEPULCRO DEL CARDENAL DE RICHELIEU.

En la Iglesia de la Sorbona en París. El gran ministro está sostenido por la Religión, en tanto que la Ciencia, á sus pies, llora su pérdida. Grupo de mármol esculpido por Girardón, siglo XVII.—Richelieu, fué uno de los más celosos protectores de la Misión.

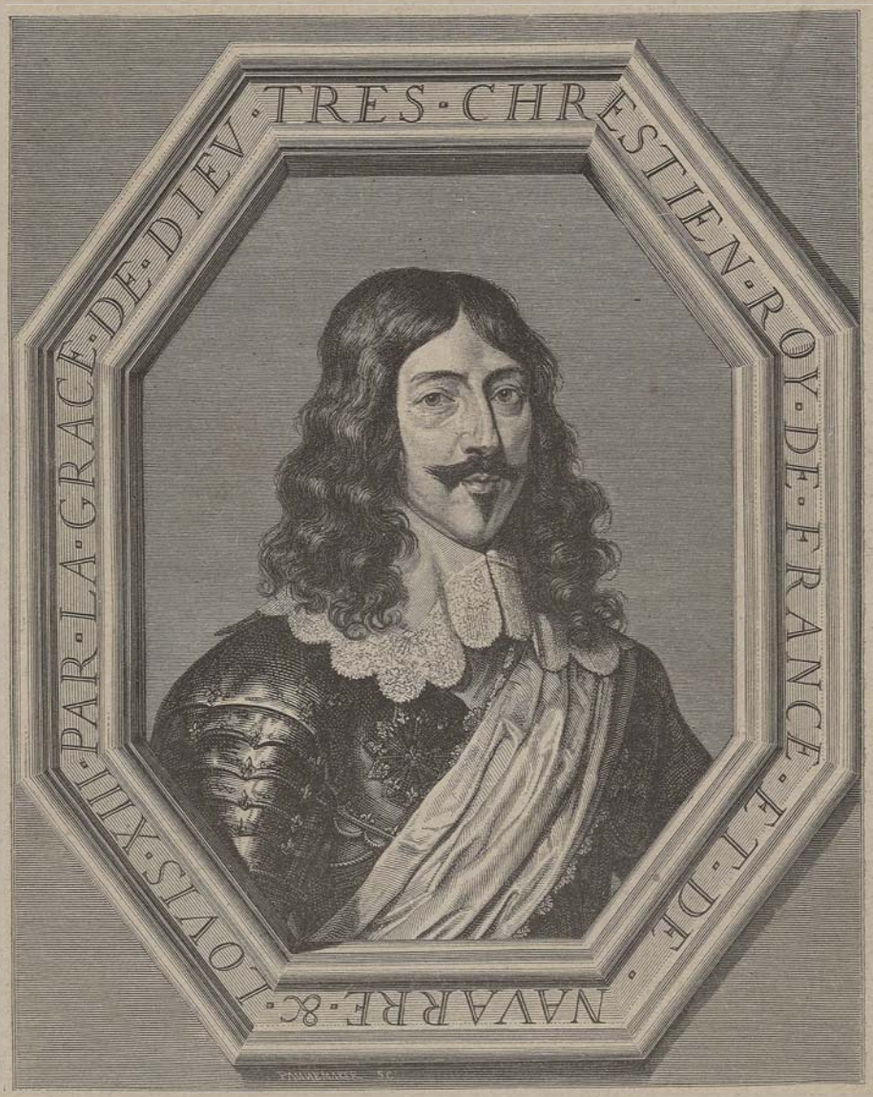
por la paz y tranquilidad de la Iglesia y del Estado», y les autoriza para recibir cuantos legados y donativos se les puedan hacer, á fin de que mediante ellos se dediquen más fácilmente á la instrucción gratuita de nuestros pobres súbditos.» ¡Felices tiempos para la Iglesia y para el Estado aquellos, que veían á la vez á un Luis XIII y á un Vicente de Paul, y que ofrecían tal alianza de la religión y del gobierno!

Así formada la Compañía, fué unido á la Misión el colegio de los Buenos-Niños, y Vicente se desprendió de su título personal, para tomar de nuevo posesión en nombre de la comunidad. No podía em-

pero faltar el crisol de la prueba al Instituto naciente. Tanto en el Parlamento como entre los párrocos de París se suscitaron oposiciones contra de ella, y en su consecuencia, intervino el rey, y ordenó la revisión de las cédulas y del contrato de fundación. Al fin todo se venció, y Urbano VIII por bula del 12 de Enero de 1632, erigió la Compañía en Congregación bajo el nombre de Sacerdotes de la Misión, instituyendo á Vicente por superior general.

Por este tiempo el pequeño rebaño de apóstoles habíase esparcido por los campos, inflamado en aquel santo ardor que su jefe le había comunicado. El celo de los misioneros se encendía más y más con las fatigas del trabajo. Á todas partes acudían, con Vicente á su cabeza, en cuanto les llamaban las necesidades de las parroquias más abandonadas, multiplicándose y corriendo de pueblo en pueblo y de una diócesis á otra. De 1625 á 1652, Vicente y sus primeros colaboradores dieron más de ciento cuarenta misiones. Mientras permanecía alejado de la capital, sostenía correspondencia con aquellos de los suyos que residían en París en el Colegio de los Buenos-Niños, para recomendarles la regla y el estudio, y para excitar su celo. He aquí una muestra de la sencillez y humildad con que escribía á Beauvais, director, en ausencia suya, de la pequeña comunidad: «¿Cómo sigue la compañía. Están todos contentos y bien dispuestos? ¿Se observan los pequeños reglamentos? ¿Se estudia, y se ejercita cada cual en las controversias? ¿Observa usted en ellas el orden prescrito? Yo os suplico, señor mío, que se trabaje en esto con mucho esmero. Dios ha querido servirse de este miserable (habla de sí mismo) para la conversión de tres personas desde que salí de París; mas he de reconocer que la dulzura, la humildad y la paciencia en el trato con estos pobres extraviados es como el alma de este bien. Dos días he necesitado para convertir á uno; los otros dos no me han costado tanto tiempo. Os he querido decir esto para confusión mía, á fin de que la Compañía vea que si plugo á Dios servirse del más ignorante y del más miserable de nuestra gente, con más eficacia se servirá todavía de cada uno de los otros.»

De año en año aumentaba el número de los obreros evangélicos. Los departamentos estrechos y ruinosos del colegio de los Buenos-Niños no bastaban ya para cobijar á la nueva Congregación,



RETRATO DE LUIS XIII, REY DE FRANCIA.

Según el grabado de Morin, siglo XVII.—Luis XIII favoreció el establecimiento y la propagación de la Compañía fundada por S. Vicente, confió á sus sacerdotes el encargo de dar misiones en el ejército y fundó una renta anual de 12,000 libras para la inclusa. En sus últimos momentos quiso que le asistiera San Vicente de Paul.

ni la renta dejada por los Gondi para mantenerla. La Providencia se encargó de atender á la necesidad. La antigua leprosería de San

COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS - BIBLIOTECA - GRANADA

Lázaro se había convertido, desde el siglo XVI, en una casa de canónigos regulares, á cuya cabeza había un prior nombrado por el arzobispo de París. Enriquecida por los reyes en el trascurso del tiempo, y favorecida con numerosos privilegios por los Soberanos Pontífices, formaba una especie de señorío eclesiástico con ejercicio de alta, baja y media justicia. Poseía vastos edificios y rentas de consideración. En 1632, á consecuencia de los altercados habidos con sus religiosos, el prior Adriano Le-Bon pensó en retirarse y en permutar su beneficio; mas como el antiguo hospital ya no recibía leprosos, Le-Bon, hombre de bien y de probidad, quiso antes de abandonar á San Lázaro consagrarlo á otro destino. Dirigióse después de maduro consejo á Vicente de Paul, y ofrecióselo para su Sociedad de misioneros, cuyos trabajos había oído encomiar. Ante semejante proposición, Vicente, que tenía de sí mismo y de su Compañía concepto tan humilde, quedóse sobrecogido.

«¿Cómo, señor mío, le dijo Le-Bon, tiembla usted? Verdad es padre mío, replicó el santo, que la proposición de usted me espanta, y que me parece tan superior á nuestra condición que ni me atrevo á pensar en ella. Somos pobres sacerdotes que vivimos en medio de la mayor sencillez, sin otro designio que servir á las pobres gentes de los campos. Muy obligados os quedamos, padre mío, por vuestra buena voluntad, y con toda humildad os damos las gracias por ello; pero permitidnos que no aceptemos vuestro ofrecimiento.» Admirado con la negativa, pero confirmado en su resolución á vista de tanta humildad y desinterés, le dió Le-Bon seis meses para reflexionar. Al cabo de ellos volvió, encontrando á Vicente más resuelto todavía á rehusar. «Mirad,—le decía el santo,—cuán pequeño es nuestro número; apenas hemos nacido, y esta pobre y estrecha casa es suficiente para nuestra pequeñez; temo la resonancia que tendría este asunto, y además nosotros no merecemos tamaño favor. Dejadnos en la oscuridad y en el silencio, que tanto nos conviene.» Un año de instancias no hubiera bastado á vencer sus resistencias, sin la intervención de su confesor y consejero el célebre doctor Andrés Duval, quien le impuso por deber el aceptar. Extendióse un contrato el 7 de Enero de 1632 (1), entre el prior y los

(1) Sería más bien de 1633. (Nota del T.).

religiosos de San Lázaro de una parte, y Vicente de Paul de la otra para la cesión y anexión del priorato, mediante ciertas condiciones

RETRATO DE ANDRÉS DUVAL

Doctor de la Soborna, decano de la Facultad de teología, según un grabado del tiempo.—Andrés Duval, amigo y consejero de S. Vicente de Paul, le decidió á aceptar para su Congregación naciente el priorato de S. Lázaro, que por modestia rehusaba.

y reservas, á la Compañía de los Sacerdotes de la Misión. El acta hace constar que no siendo ya la enfermedad de la lepra tan fre-

cuente como en otros tiempos, hasta el punto de no haber un solo leproso en San Lázaro, había parecido conforme á la intención de los donadores aplicar las rentas del priorato al alivio espiritual del pobre pueblo de los campos, alejado de las ciudades y herido de la lepra del pecado. De este modo, San Lázaro fué á su vez unido á la Misión mediante una sustitución piadosa, que fué ratificada por las autoridades eclesiástica y civil.

Entraba en las miras de la Providencia que la modesta comunidad recibiese por el establecimiento cómodo y estable en aquella casa un incremento, que la humildad de Vicente de Paul había hasta entonces rehuido. Los trabajos de la Misión estaban destinados á extenderse tanto como el celo de este grande apóstol, y San Lázaro se iba á convertir en centro de obras considerables, que en modo alguno hubieran tenido cabida en el modesto y pobre colegio de los Buenos-Niños. Desde ese momento, San Lázaro es sinónimo de la Misión, y en su consecuencia los sacerdotes de la Congregación se llamaron indiferentemente los *lazaristas* ó los misioneros.

No dejaron, sin embargo, de sobrevenir algunas dificultades. Á punto estuvo de desposeerlos jurídicamente de aquella casa, que les aseguraba un bienestar cómodo y ventajas apreciables para el bien, un pleito de reivindicación entablado por los canónigos de San Víctor. Vicente de Paul tan indiferente en esta ocasión como en todas las demás, tan sólo sentía ansiedad en la pérdida de tan rica posesión, porque dejaba sin alojamiento y sin asistencia á algunos pobres enajenados, recogidos por el antiguo prior, y de los cuales se había constituido tutor desde su entrada en ella. Mientras se ventilaba el pleito, Vicente, arrodillado en la Santa Capilla, pedía á Dios no su buen éxito, sino el de la justicia, y sobre todo una perfecta sumisión á las órdenes de la Providencia. Se le hizo al fin justicia, y San Lázaro quedó en manos del padre de los pobres.

Para ocurrir á las nuevas dificultades que pudieran presentarse, el antiguo prior y Vicente extendieron un nuevo concordato, en el cual se hacían constar las aprobaciones del rey, del preboste de los comerciantes y de los regidores, y la decisión del parlamento. El arzobispo mismo confirmó por nueva carta el acta de unión precedentemente aprobada y por último, aunque la transferencia hecha

por Adriano Le-Bon en favor de Vicente no reclamase la aprobación de Roma, no obstante, por un efecto de la singular deferencia que siempre tuvo Vicente para con el Soberano Pontífice, quiso también que recayese la aprobación de la Santa Sede. Alejandro VII, recientemente coronado, confirmó definitivamente el 18 de Abril de 1655, la unión de San Lázaro á la Congregación de la Misión, la cual fué nuevamente sancionada por Letras Patentes de Marzo de 1660 y por cartas de instalación de Octubre de 1675, promulgadas no obstante un edicto anterior, que concedía á la órden de los caballeros de San Lázaro de Jerusalén todas las leproserías, encomiendas, capellanías y hospitales del reino.

Vicente no había dado desde luego reglas á su Instituto. La bula del 12 de Enero de 1632, que le constituía superior, le confería también el poder de dar los reglamentos necesarios para el buen orden de la Congregación. Vivió ésta largo tiempo bajo la forma que había recibido en su origen y con el espíritu que le comunicaba su santo fundador. Sólo hácia el fin de su vida, se decidió Vicente tras de larga experiencia, y después de aconsejarse de los hombres más doctos é ilustrados, á dejar á su familia una ley escrita. Tales reglas no eran otra cosa que las prácticas hasta entonces observadas en la Compañía; y por eso podía decir el humilde legislador que se habían hecho por sí mismas, teniendo á Dios y al tiempo por autores. Mas en realidad brotaban de él inspiradas por su grande caridad, por su alta sabiduría, por su admirable espíritu apostólico y por su constante participación en la vida de Jesucristo. Las leyes fueron lo que fué el fundador.

SELLO DE S. VICENTE DE PAUL.

Conservado en el museo de las reliquias de la Misión en Paris.—Jesucristo está representado en el acto de enviar á sus apóstoles á evangelizar á los pobres.

Hizo la distribución de ellas á la comunidad el venerado superior el viernes 17 de Mayo de 1658, después de pronunciar un discurso memorable sobre los orígenes de la Compañía y sobre las reglas, que tan tardíamente le daba. Cada uno recibió de ellas un ejemplar de manos de San Vicente, acompañado de algunas afectuosas palabras. Toda la comunidad arrodillada á sus piés, le pedía

su bendición. Semejante á un antiguo patriarca, el santo anciano, sostenido por dos de sus hijos, pronunció arrodillado esta plegaria:

«¡Señor! Vos que sois la ley eterna é inmutable; que gobernáis por vuestra sabiduría infinita todo el universo; Vos de quien emanan como de vivo manantial los destinos de las criaturas, y todas las leyes y todas las reglas de bien vivir: ¡Señor! Bendecid si os place á aquellos á quienes habéis dado estas reglas, y que las han recibido como procedentes de Vos! ¡Dadles, oh Señor, la gracia necesaria para observarlas perpetua é inviolablemente hasta el fin de su vida! Animado por esta confianza, y en vuestro nombre, aunque miserable pecador, pronunciaré las palabras de la bendición que voy á dar á la Compañía: «*Benedictio Domini.....*» Largo tiempo había deseado aquel día el bondadoso padre; los dos años últimos de su vida empleó en explicar las reglas que había tenido el gozo de dejar á los suyos. Siempre causarán admiración aquellas conferencias de familia, aquellas pláticas paternales del anciano, en las que se hermanaban tan profundo razonamiento y tan amable sencillez, y que encubrían tan verdadera elocuencia, unida con la exterioridad más familiar.

Tal cual fué constituida por San Vicente de Paul la Congregación de la Misión, es una Compañía de sacerdotes y de hermanos, ligados por votos sencillos en su forma, pero solemnes en sus efectos, y sometidos á un superior general vitalicio. Así la quiso su sabio fundador con el beneplácito de la Santa Sede á fin de que participase en todo lo posible de la vida religiosa, conservando sin embargo el estado secular en lo que exigía el cumplimiento de las diversas funciones del Instituto. Tras de largas reflexiones y de negociaciones con Roma, todavía más largas, fijóse San Vicente en la idea, que según él era inspirada por Dios, de «instituir su Compañía en el estado religioso, mediante los votos simples, y de dejarla, no obstante, en cuanto á sus aplicaciones, en el clero secular mediante la obediencia á los obispos.» En tal forma, del todo conveniente á su fin, se ha engrandecido la Congregación de la Misión, y ha producido todo el bien que estaba llamada á hacer en la Iglesia por la formación del clero, y por la predicación del Evangelio á los pobres, á los ignorantes y á los infieles.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

La señorita Le-Gras y Vicente de Paul.—Primeras relaciones.—Primeras obras.—Institución de las Hijas de la Caridad, siervas de los pobres.—Una nueva religiosa.—Conferencias.—Reglas.—El palacio de Rambouillet y el Hospital general.—Las Damas de la Caridad.—La señora Goussault.—Concurso de las Hijas y de las Damas de la Caridad.—Sus obras múltiples.—La viuda en la primitiva Iglesia y la Dama de Caridad en la sociedad moderna.

Esa humilde joven que va sola por las calles con los ojos castamente bajos, la frente cubierta con toca virginal y cruzadas las manos en anchas mangas de traje tosco y azulado, con un rosario pendiente de la cintura y una cruz sobre su corazón, es la Hermana de la Caridad (1). Viene de visitar á un padre de familia sin trabajo, á un pobre anciano abandonado; á cambio del pesado paquete de provisiones que ha dejado en la buhardilla, se lleva consigo el regocijo del alma, y los impulsos de un nuevo celo que irradia sobre su rostro angelical. Otras veces apresura su paso hacia la sala de asilo, en que la espera una pequeña tropa de revoltosos niños; ó bien hacia la escuela que dejó hace pocos instantes, para consolar la agonía de un pobre obrero. El mundo entero la conoce, siendo su dominio la humanidad en todas sus edades, en todos sus paises, en todos sus sufrimientos. Ella reina sobre todo por el imperio de la caridad. El impío se calla en su presencia, el turco la venera, el salvaje siente nacer á su vista sentimientos desconocidos. Es el honor de nuestra edad y la gloria más pura de nuestra civilización.

Esta heroína modesta que admira la tierra, es la maravilla de San Vicente de Paul, la obra maestra de la Caridad. Dios hizo á

(1) Se entiende que es la Hermana *francesa*, pues los españoles estamos acostumbrados á ver á las Hijas de S. Vicente con el antiguo y primitivo tocado, y cubiertas con el manto ó velo negro, que tambien usan, ó por lo menos han usado, las Hermanas austriacas, napolitanas, piamontesas, polacas, portuguesas, etc. Tampoco han adoptado nuestras Hermanas la costumbre de ir solas por las calles. Véanse acerca de la Congregación española de las Hijas de la Caridad los Apéndices al fin de la obra. (Nota del T.)

Francia el presente de ella por mano de una noble mujer, que en medio de su misericordia, se dignó enviar á su servidor.

En aquella época tan fecunda en grandes cosas, interviene la mujer en la mayor parte de las empresas del hombre, y al lado de los más santos personajes muéstrase la compañera de sus obras. Tres mujeres, ilustres entre todas, después de haber pasado por el estado conyugal, fueron en los comienzos de aquel siglo las coadjutoras de los hombres de Dios que fundaron en Francia nuevas familias religiosas. Renovóse entonces el espectáculo de las santas Clara, Escolástica y Brígida. Del propio modo que Dios puso al lado de Francisco de Sales á la señora de Chantal, para ser la madre de las Hijas de la Visitación, y así como había unido la señora Acarie al P. Berulio para el establecimiento de las Carmelitas, así deparó la señorita Le-Gras á Vicente de Paul.

Fué hija de Luis de Marillac y de Margarita Le-Camús, y nieta del ilustre canciller Marillac; casóse á los veintidós años con Antonio Le-Gras, primer secretario de la reina María de Médicis, y quedó viuda á los treinta y cuatro años con un hijo. Esta noble mujer, dotada de las cualidades de espíritu más simpáticas y de los encantos todos de la belleza, se había consagrado por entero á Jesucristo en los pobres, á pesar de su escasa robustez corporal. Desde luego se echó de ver en ella que «Dios la enviaba á su siglo, para probar que ni la debilidad del sexo, ni la delicadeza del temperamento, ni los deberes mismos de la sociedad, pueden ser impedimento para llegar un alma al grado más alto de la cristiana perfección.» Para dirigirla por tales caminos, había tenido en un principio á Juan Pedro Camús, el amigo de San Francisco de Sales. Empero el obispo de Belley, obligado como estaba á residir la mayor parte del tiempo en su diócesis, no podía dedicar asíduamente sus cuidados á aquella alma de virtudes tan elevadas, y escogióle por director á aquel mismo sacerdote que San Francisco de Sales había señalado por superior á sus hijas espirituales. Vicente conoció á la señora Le-Gras, poco tiempo después de haberse instalado en el colegio de los Buenos-Niños.

Del encuentro de aquellas dos almas, del todo encendidas en el amor de Jesucristo, había de estallar un nuevo foco de ardiente ca-

ridad. En efecto, Luisa Le-Gras, aleccionada en la escuela de San Vicente, sintió bien pronto arder su pecho en fogoso celo por las obras á las cuales aplicaba aquél su actividad. Mas el sabio director

RETRATO DE PEDRO CAMÚS, OBISPO DE BELLEY

Según un grabado de su tiempo.—Pedro Camús fué quien exhortó á la señora Le-Gras, cuyo director había sido hasta entonces, á ponerse bajo la guía de Vicente de Paul.

la encaminaba gradualmente á una vocación más sublime todavía. Al adunar la ternura más piadosa y la más perfecta caridad con el concurso de aquellos dos corazones incomparables, había querido Dios suscitar en el mundo una nueva raza de vírgenes engendrada

por el más puro sacrificio de la mujer y por el más esforzado heroísmo del hombre; después de haber dado un padre á los pobres, quiso asímismo proporcionarles una madre.

Inflamada en los ardores del amor divino, la santa viuda buscaba algún nuevo cebo para fomentarlo más y más; alguna vocación desconocida todavía, que le permitiera aplicarse, como lo hacía su director, al servicio de los pobres. El primer cuidado de Vicente de Paul fué instruirla en el modo de renunciar absolutamente á sí misma en manos de Jesucristo, siguiendo su máxima constante de referirlo todo á él; mas á fin de mejor honrar la bondad de Nuestro Señor para con los pequeños y con los desgraciados, y para imitarle en las fatigas, viajes y contradicciones, que aquel divino Redentor había sobrellevado durante su vida, la convidó á emprender la visita de las hermandades de la caridad, ya establecidas en gran número de pueblos como resultado de las misiones. Por espacio de muchos años la *señorita Le-Gras*, como se la llamaba según la costumbre de la época, recorrió las diócesis de Beauvais, de París, de Senlís, de Soissons, de Meaux, de Chalons y de Chartres, en las cuales habían trabajado Vicente de Paul y sus misioneros. En conformidad con la regla que le había trazado su director, viajaba en compañía de piadosas mujeres conocidas suyas, sin dejarse distraer, y sin interrumpir jamás sus ejercicios habituales de piedad; en sus expediciones caritativas había de vestirse y alimentarse pobremente, á imitación del Salvador de los hombres, y emplear siempre los medios de locomoción acomodados á las circunstancias que le rodeasen. «Id, le había dicho el enviado de Dios, id en nombre de Nuestro Señor; yo pido á su divina bondad que os acompañe, que sea vuestro consuelo en el camino, vuestra sombra contra los ardores del sol, vuestra protección contra la lluvia y el frío, vuestro blando lecho en el cansancio, vuestra fuerza en el trabajo; y por fin que os traiga con buena salud y llena de buenas obras.» Mientras estuvo ausente, Vicente de Paul guiaba con sus consejos y sostenía con su aliento á la piadosa mensajera de su caridad, con el sentido práctico tan exquisito que le distinguía, sazonándolo siempre de dulzura y de bondad persuasiva.

Con este ministerio completamente desconocido hasta entonces,

daba principio aquella mujer á sus tareas en la nueva milicia de caridad, que estaba llamada á conducir por las vías del más sublime sacrificio.

LA SEÑORITA LE-GRAS RECIBIENDO LA SAGRADA COMUNIÓN

con sus dos tíos Miguel de Marillac, guarda-sellos y Luis de Marillac, mariscal de Francia. —Fac-símile de un grabado de la *Imitación de Jesucristo*, traducida por Miguel de Marillac, edición de 1631.—«Comulgad con frecuencia, decía Vicente de Paul á la señorita Le-Gras; la Eucaristía es el oráculo de los pensamientos de caridad.»

Al mismo tiempo que la inducía á obrar con diligencia, dábala Vicente de Paul como medida de su celo una regla, que después ha

RETRATO DE LA SEÑORITA LE-GRAS.

PRIMERA SUPERIORA DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD.

HELIOGRABADO DE AMAND-DURÁN, SEGÚN EL GRABADO DE CHANGE, SIGLO XVII.

La señorita Le-Gras, de nombre Luisa de Marillac, era sobrina del canciller Miguel de Marillac y del mariscal Luis de Marillac, ambos víctimas de la venganza de Richelieu, después de la jornada de las Dupas. Contrajo matrimonio con Antonio Le-Gras, secretario primero de la reina María de Médicis.—En aquella época era preciso ser mujer por lo menos de un barón ó de un caballero para merecer el título de *señora* (madame); como Luisa se había desposado con un hidalgo, no podía titularse más que *señorita*.

G. Du Change dealp.

Mademoiselle le Gras fondatrice et premiere Superieure de la Compagnie des filles de la charité Servantes des pauvres malades tres renommée pour ses rares Vertus Specialement pour son détachement du monde, et sa ferverite devotion, son admirable charité, et sa profonde humilité, Vraye Mere des affligez animée d'un grand Zele pour le Soulagement Spirituel et Corporel du prochain, ayant esté longtemps employée par Monsieur Vincent de Paul a Establir les Confrairies de la charité et les Ecoles des petites filles, et diriger les Retraites Spirituelles des Dames, est decedée a Paris le 15. Mars 1660. agée de 68. ans.

sido norma de conducta para sus hijas. — Sea Dios bendito, la escribía al regreso de un viaje á Beauvais, porque habéis vuelto con buena salud.—Procurad por lo tanto conservarla por amor de Nuestro Señor y de sus pobres miembros, y tened cuidado de no hacer demasiado; es una astucia del demonio para engañar á las buenas almas, el excitarlas á hacer más de lo que pueden, para lograr que después no puedan hacer nada; y el espíritu de Dios invita dulcemente á hacer el bien que razonablemente puede hacerse, á fin de verificarlo con perseverancia y largo tiempo; si, pues, así lo hacéis, obraréis según el espíritu de Dios.»

Llena del celo de San Vicente de Paul, cumplía maravillosamente la señorita Le-Gras las obligaciones de su nuevo empleo. Cuando llegaba á los puntos en que se hallaban establecidas las hermandades, la piadosa visitadora congregaba á las mujeres que formaban parte de ellas, para comunicar las instrucciones y los estímulos del santo fundador. Velaba por la buena administración de la hermandad, y les enseñaba á cuidar á los enfermos; por sí misma distribuía á estos ropas, dinero, medicinas. Mas á imitación de su director, mostrábase más solícita todavía de la salud de las almas que de la de los cuerpos, y se ocupaba con preferencia de las necesidades espirituales de los pobres. Previa la autorización de los párrocos, reunía á las jóvenes de la feligresía, para enseñarlas el catecismo, daba saludables consejos á las maestras de escuela, y procuraba proveer de ellas á los pueblos que no las tenían. No había fatiga que la detuviese, ni miseria que la causara repugnancia. No obstante su estado valetudinario atendía á numerosos trabajos y, con recursos de poca monta, tenía habilidad para hacer un bien inmenso.

Una vez de regreso en París, durante el invierno, consagrábase con igual ardor á las mismas obras de piedad y de caridad, siendo la cooperadora asidua de Vicente de Paul. Con él fundó en su parroquia de San Nicolás de Chardonnet una hermandad de caridad, que inauguró con un acto de heroísmo: hallábase atacada de la peste una pobre joven, y fué á visitarla muchas veces con exposición de su vida. Ocupado entonces Vicente en otros puntos, se dirigió á ella por escrito no tanto para felicitarla por su conducta, como para animarla en sus buenas obras. «No temáis la decía: Nuestro

Señor quiere servirse de vos para algo, que redundará en gloria suya; opino que os conservará para tales destinos.»

El santo profetizaba. Faltábale á la Iglesia una gloria, y la señorita Le-Gras iba á proporcionársela en compañía de Vicente de Paul. Al rehabilitar el cristianismo á la mujer, la había convertido en uno de sus más eficaces auxiliares, en uno de sus más bellos ornamentos. Desde los primeros tiempos participa la diaconisa del apostolado, interviene la viuda en el ministerio eclesiástico, y brilla al lado del mártir la virgen, esposa de Cristo. Mas en medio de la admirable difusión de la virginidad, y no obstante la multiplicidad de las órdenes religiosas de mujeres, no poseía aún la Iglesia la Hermana de la caridad. Virgen sin clausura, religiosa en medio del mundo, modelo de la vida contemplativa en el seno de la vida más activa, esposa de Jesucristo y servidora de los pobres á la vez, la Hermana de la caridad es la última y la más maravillosa invención del genio cristiano. Así quiso en un principio á sus religiosas de la Visitación San Francisco de Sales, inspirado por las necesidades del siglo. Lo que el ilustre obispo de Ginebra no había hecho más que concebir, había de ejecutarlo nuestro humilde sacerdote.

Desde que Vicente de Paul había establecido la primera hermandad de la Caridad en Chatillón-les-Dombes, habíanse fundado otras en gran número al principio en los campos, después en las ciudades y aún en París. Alteróse, sin embargo, el espíritu de la primera institución, á medida que se extendieron por todas partes; de las señoras alistadas en ellas las unas se cansaban de servir á los pobres, las otras hallaban impedimentos para dedicar sus asiduos y personales cuidados de reglamento á los necesitados; así es que al cabo de algún tiempo amortiguóse el ardor de los primeros días, reduciéndose la asistencia de los pobres enfermos, sobre todo en las ciudades, á una simple limosna enviada á domicilio, comunmente por manos mercenarias. Todo el celo de la señorita Le-Gras era insuficiente, para mantener en todas partes la cristiana solicitud á la altura de las necesidades de la indigencia. Con tal motivo expresaba al santo director la necesidad de tener criadas buenas y piadosas, instruidas en el cuidado de los enfermos, y en preparar los alimentos

á los convalecientes y á los ancianos. Dios proveyó á aquella reclamación tan atendible.

Había encontrado un día San Vicente en una de las misiones de Villepreux á una pobre joven, que había aprendido á leer con ayuda de algún conocido en los pequeños ratos de ocio, que le dejaba su ocupación de guardar vacas: por un sentimiento de piedad se dedicó á su vez ella á instruir á los niños de la aldea. Oyendo decir que en París se dedicaban algunas personas á la asistencia de los enfermos, ofrecióse al misionero para prestar semejante servicio.

Habituado á ver en todo la mano de la Providencia, acogió Vitente á aquella piadosa doncella, y la puso á la disposición de la señorita Le-Gras quien, después de prepararla, la envió á la parroquia de San Nicolás del Chardonet, donde murió de la peste. Tal fué el origen del Instituto de las Hijas de la Caridad. Una joven labriega, cuyo nombre sólo conoce Dios, fué por decirlo así la instigadora. Tras de ella presentáronse otras jóvenes de buena voluntad, que fueron aleccionadas sucesivamente en la escuela de la señorita Le-Gras para aquel nuevo oficio de caridad. Como ni la formación era bastante completa, ni bastante vigoroso el lazo que unía entre sí á la directora y á sus discípulas, para que los resultados de la incipiente institución fuesen satisfactorios y duraderos, la señorita Le-Gras propuso á su director que hiciera de aquellos ensayos una obra completa. Preparada ella misma por larga experiencia, manifestábase á las claras que Dios le había dado el medio de conocer los males y las necesidades de los pobres, y para poder iniciar á las demás en la práctica de las obras de misericordia. Después de haber reflexionado por largo tiempo delante de Dios, según su costumbre, confióle el santo cuatro piadosas jóvenes, para que las educase en el ministerio de asistir á los enfermos, y al propio tiempo para que las iniciase en los ejercicios de la vida espiritual; parecíale imposible el perserverar largo tiempo en una vocación tan penosa, y el vencer las repugnancias de la naturaleza, sin un gran fondo de virtud, y sobre todo sin una unión continua con Dios. El 29 de Noviembre de 1633, reuniéronse las cuatro siervas de los pobres en la casa de la señorita Le-Gras; desde aquella fecha data, pues, la formación de la heroica falange de las Hermanas de la caridad, en

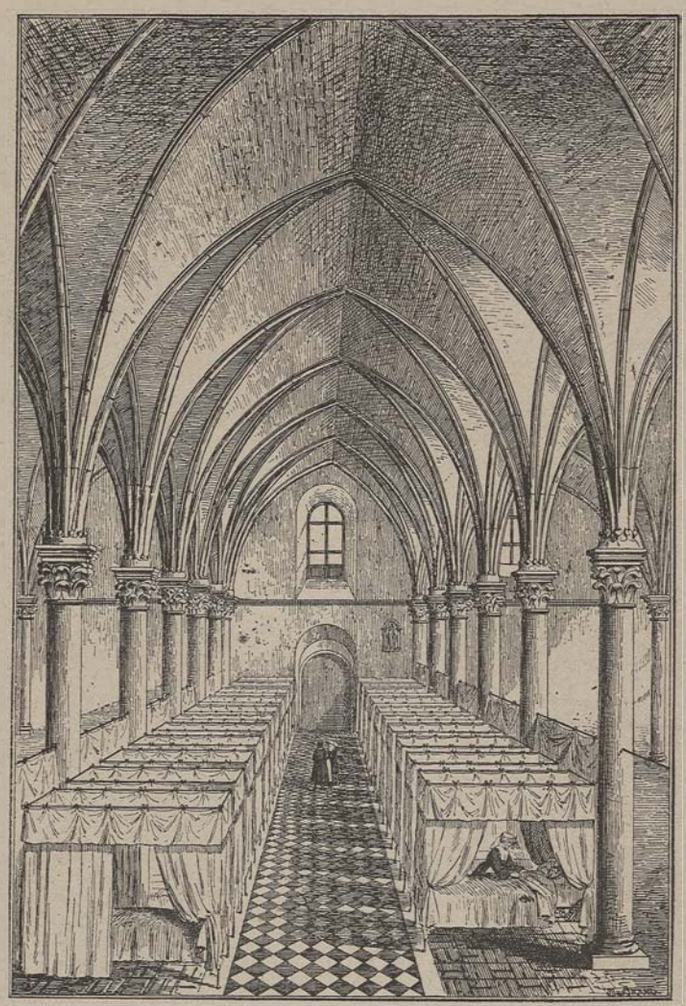
el humilde noviciado de la enfermería y de la abnegación más admirable.

Bien pronto fué desarrollándose la pequeña comunidad. Como estaba dotada de maravillosas dotes para la instrucción, la señorita Le-Gras informaba á sus discípulas en el gran arte de la caridad, en el cual no es posible ser maestro, sin haberse primero ejercitado grandemente; y como empezaba por practicar ella misma lo que enseñaba, comunicaba por modo maravilloso su ciencia á las demás. Al cabo de algunos meses, habían terminado ya el aprendizaje de su piadosa profesión las primeras jóvenes encomendadas á sus cuidados.

Las necesidades de los pobres las reclamaban á las congregaciones dirigidas por la señorita Le-Gras, y todas las parroquias de la capital impetraban sus oficios. Al propio tiempo, numerosas otras jóvenes, atraídas por el ejemplo de las primeras é impulsadas por la vocación, vinieron á engrosar el noviciado de San Nicolás. Los designios de Dios eran bien manifiestos; su misericordiosa providencia quería ver coronada por el mejor éxito una obra inspirada por la más sublime piedad. Á vista de ello, la señorita Le-Gras reconoció cual era su verdadera vocación; faltábale tan sólo afianzarla con voto irrevocable. Lejos de oponerse entonces á un proyecto, que hasta entonces había ido aplazando, animóla Vicente de Paul á realizarlo, y el veinticinco de Marzo de 1634, fiesta de la Anunciación de la Santísima Virgen, la santa viuda se consagraba públicamente á Dios para el servicio de los pobres.

¡Día de bendición! día de gloria para la Iglesia y de júbilo para los pobres aquel en que, consagrándose á Dios en la vida religiosa, se convertía una mujer en madre de esa angelical compañía de las Hijas de la Caridad, más numerosa hoy que la posteridad de las más ilustres razas, y más gloriosa en los anales del mundo que los ejércitos triunfadores! Multiplícanse hasta cientos y millares las nuevas vírgenes, y á las jóvenes campesinas vienen á unirse las descendientes de las más nobles familias. Desde la casa de San Nicolás se esparcen por todas las parroquias de París, empezando por San Sulpicio á donde las llamó el venerable Olier; pasan después desde París á Angers, á Sedán, á Mans, á Nantes, á cien poblacio-

nes de Francia, á muchos reinos y por fin, á toda la tierra. Siervas de los pobres, hermanas de todos los desgraciados, llegan á ser



VISTA INTERIOR DEL HOSPITAL DE SAN JUAN, EN ANGERS.

Primer establecimiento de las Hijas de la Caridad en las provincias; fueron allí instaladas en Diciembre de 1639, por la señora Le-Gras.—San Juan de Angers, transformado recientemente en museo, era uno de los tres hospitales construidos por Enrique II, rey de Inglaterra, en expiación del asesinato de Santo Tomás de Cantorbery.

también los ángeles custodios de la infancia, las madres de los huérfanos, las hijas de los ancianos, las maestras de la juventud,

SAN VICENTE PRESENTA LAS PRIMERAS HIJAS DE LA CARIDAD

Á LA REINA ANA DE AUSTRIA.

CUADRO DE FRAY ANDRÉS, RELIGIOSO DOMINICO, EN LA IGLESIA DE SANTA MARGARITA EN PARÍS, SIGLO XVIII.

Á la derecha se ve sentada á Doña Ana de Austria. San Vicente de pie, á su lado, presenta á la reina una religiosa arrodillada,—tal vez la señorita Le-Gras,—la cual tiene en su mano un libro abierto, las *Constituciones de las Hijas de la Caridad.*

Imp. Lemercier & Cie Paris

las protectoras de los locos y de los presidiarios. Infinito es el campo de su caridad, sin que halle su vocación límite alguno en toda la extensión de las aflicciones humanas. Vicente de Paul las ha conformado para todas las miserias, para todos los infortunios: ni la escuela con todas sus incomodidades, ni el hospital con todos sus horrores agotan su solicitud; y lo mismo acuden á los estragos de la peste que al fragor de los campos de batalla; ni los rigores del clima, ni lo enorme de las distancias son parte á acobardar su corazón.

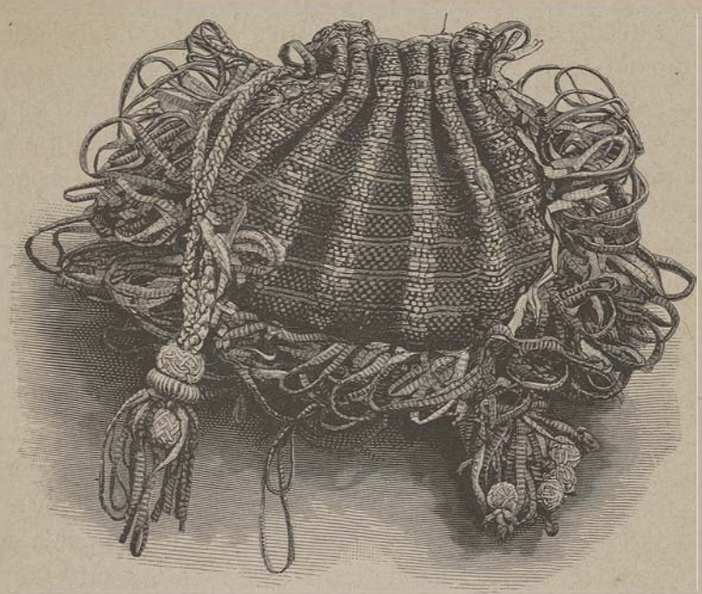
En los primeros tiempos, la humilde compañía de las hermanas grises, como las llamó el pueblo en un principio, no tenía otro establecimiento que la casa de la señorita Le-Gras. En ella se preparaban para sus lecciones, antes de ir al servicio de las hermandades de las parroquias y de los hospitales. Las ganancias de su trabajo, las limosnas de las señoras protectoras, y sobre todo la renta que habían asegurado á la naciente comunidad el rey y la reina, así como la duquesa de Aiguillón, bastaban para cubrir todas las atenciones. Vicente dirigía todo con sus consejos, y lo animaba todo con su espíritu. Habíase trasladado la pequeña comunidad desde París á la Chapelle, por las ventajas que la superiora encontraba allí para amoldar á sus discípulas á la vida sencilla y laboriosa de los campos; mas con el objeto de no apartarse de su director, vino la señora Le-Gras á instalarse con sus hijas frente á S. Lázaro. Á consecuencia de esto, estableciόse una comunicación más íntima entre S. Vicente y las Hijas de la Caridad. El santo mismo las instruía, aleccionándolas en la vida espiritual, y en la práctica de las virtudes de su caritativo instituto, por medio de pláticas sencillas y piadosas. Célebres son las conferencias dadas á las Hermanas; ellas constituyen todavía como la Biblia de las Hijas de la Caridad. El método adoptado por aquel buen padre era verdaderamente familiar. Reducíase á indicar con alguna antelación el asunto de que había de tratar, y llegado el día de la conferencia, interrogaba sencillamente á las Hermanas sobre el resultado de sus meditaciones; exponíanlo con toda humildad, y después de escuchar sus opiniones, hacía el resumen de ellas, las desenvolvía y añadía la suya propia. Mas en medio de aquella sencillez en las formas ¡cuán sólida elocuencia se descubría,

y cuánto atractivo se revelaba en aquella palabra paternal, dulce y vigorosa á la vez, al par que llena de un espíritu apostólico de piedad y de benignidad!

El asunto de su preferencia en las pláticas era la excelencia de la vocación de las Siervas de los pobres, y el amor que habían de profesar á semejante vocación. «Hijas mías, les decía, cuánto debéis amar vuestra condición, pues que os proporciona todos los días y á todas las horas la ocasión de practicar las obras de caridad, que son los medios de que Dios se ha servido para santificar á muchas almas! ¿No se ejercitó en el servicio de los pobres en el Hospital general de París un San Luis con humildad ejemplarísima, contribuyendo en gran manera á su propia santificación? ¿No han considerado todos los santos como buena obra esa misma ocupación, y buscádola con todo afán? Humillaos, pues, hijas mías, cuando os ejercitéis en esa misma caridad, y pensad á menudo que Dios os ha hecho una gracia superior á vuestros méritos..... Vuestro principal cuidado, después de amar á Dios y desear haceros agradables á su Divina Majestad, debe ser el servir á los pobres enfermos con gran dulzura y cordialidad, compadeciendo sus males, y escuchando sus lamentos, como debe hacerlo una buena madre, puesto que ellos os miran como tales, como personas enviadas para su asistencia. De consiguiente, vosotras estáis destinadas á representar la bondad de Dios para con los pobres enfermos; y como esta soberana bondad se comporta con los afligidos de un modo dulce y caritativo, es preciso también que vosotras tratéis á los pobres enfermos con dulzura, compasión y amor, porque son vuestros señores y vuestros maestros, y también los míos. ¡Oh! ¡cuán grandes señores del cielo son los pobres enfermos! Ellos nos abrirán las puertas de aquellas moradas, como se dice en el Evangelio. De ahí nace vuestra obligación de servirlos con respeto como á vuestros dueños, y con devoción como á representantes de la persona de Nuestro Señor.»

Este servicio de los pobres forma la vocación principal de las Hijas de la Caridad hasta tal punto, que San Vicente quería que lo dejasen todo por ellos, aun los ejercicios de piedad; «porque es dejar á Dios por Dios,» según repetía frecuentemente. Veamos como entendía, sin embargo, este oficio de las Hermanas. «Algo es, herma-

nas mías, les decía, asistir á los pobres en cuanto al cuerpo; mas á la verdad no ha sido el designio de Dios, al fundar vuestra compañía, el que solamente atendáis al cuerpo, por cuanto no han de faltar personas que se cuiden de eso; la intención de Nuestro Señor es que asistáis el alma de los pobres enfermos. ¡He ahí vuestra bella vocación! Cómo! abandonar todo cuanto se posee en el



LA BOLSA DE LA SEÑORITA LE-GRAS

conservada en el museo de la Misión en París. Dícese que de esta bolsa se servía, para hacer las colectas en las juntas de las señoras.

mundo, padre, madre, hermanos, hermanas, parientes, amigos; los bienes si los hay, nuestro país: y ¿para qué? Para servir á los pobres, para instruirlos, para ayudarles á ir al Paraíso. ¿Hay nada más hermoso y más apreciable? Si nos fuera dado contemplar el alma de una Hija de la Caridad así formada, la veríamos resplandecer como un sol, sin que nos fuera posible mirar su belleza, sin quedar ofuscados. Entregaos, pues, á Dios para salud de los pobres, á quienes prestáis vuestro servicios.» Tales eran las lecciones del santo. Al mismo tiempo que enseñaba á las jóvenes de toda

condición, que venían á ponerse bajo las enseñanzas de la señorita Le-Gras, la divina ciencia de la caridad, velaba tambien para que cumpliesen con exactitud sus diversas funciones en los hospitales y demás establecimientos las Hermanas; intervenía al propio tiempo en la administración de la compañía, y dirigía las fundaciones nuevas. Á medida que los establecimientos de las Hermanas iban multiplicándose, se multiplicaba el celo de Vicente de Paul tanto sobre los de la ciudad, como sobre los más apartados. Cuando habían de salir las Hermanas de la casa de París, para dirigirse á las provincias, á donde las llamaba la administración pública, las reunía con ternura especial, á fin de dar á la pequeña colonia los últimos consejos y la última bendición, como amoroso padre. Por su parte, la señora Le-Gras, sostenía relaciones contínuas con él, lo mismo cuando estaba ausente, que mientras residía en París, para atender á las necesidades de la comunidad. Con aquel don prodigioso de actividad, acompañada del temperamento moral más apacible, que parecía multiplicar para él el tiempo, con aquella singular presencia de espíritu, que le permitía la gestión franca de los más complicados y variadísimos negocios, Vicente de Paul atendía á todo: la maravillosa propagación de las Hijas de la caridad, como la de los sacerdotes de la Misión, lejos de agotar su celo, eran para él un aliciente nuevo.

No obstante, hacía trece ó catorce años que la compañía existía ya, sin que tuviera constitución regular; y esto preocupaba sobremanera á la señora Le-Gras, por considerarlo perjudicial á la consolidación de la obra; también pensaba en ello Vicente de Paul. Por indicación de ella, presentó una instancia al arzobispo de París, para alcanzar que erigiese en congregacion á la comunidad. Diez años se invirtieron en procedimientos y formalidades. Extravióse el expediente en el Parlamento, y fué necesario elevar segunda instancia, que ocasionó nueva demora, hasta que el famoso cardenal de Retz, entonces arzobispo de París, erigió realmente en 18 de Enero de 1655 en congregación á las Hijas de la Caridad, aprobó sus reglamentos y encomendó la dirección del instituto á Vicente de Paul y á sus sucesores, los superiores generales de la Congregación de la Misión. Dos años después, Luis XIII, con la piedad de un monarca deseoso de «aprobar con su autoridad todas las buenas

LA CASTIDAD, TERCER VOTO DE LA RELIGIÓN.

Fresco de Giotto, en la basílica de Assise, del siglo décimocuarto.—«La *Santa Castidad*, así nombrada en este fresco, está encerrada en una alta torre ó inespugnable torrecilla de un castillo fuertemente almenado; dos ángeles vienen á visitarla llevándola un libro y un ramo de flores. Abajo de la torre, pero en el amurallado del castillo, se ve la Santa Fuerza y la Santa Pureza; ellas presentan, ésta un estandarte y aquélla un otro objeto á un joven que fuera de la fortaleza es bautizado por un ángel. A la izquierda, San Francisco acoge tres jóvenes que vienen á abrazar la Castidad evangélica; del lado opuesto, la Penitencia, uniendo las alas de un ángel al hábito monástico, hace huir de delante de él el demonio del amor, al cual va á juntarse, en el infierno abierto delante de él, el demonio de la inmundicia.» (Gerduard de Saint-Laurent, *Guía del Arte cristiano.)*

RETRATO DE LA SEÑORA DUQUESA DE AIGUILLÓN

Sobrina del cardenal de Richelieu, según un cuadro conservado en la Misión de Roma, siglo XVII.—Fundadora de la Misión en Roma, del hospital de los galeotes en Marsella, miembro de la asociación de las Damas de la caridad, la señora duquesa secundó generosamente á S. Vicente de Paul en todas sus empresas.

obras y todos los establecimientos de su reino para gloria de Dios,» y rindiendo particular homenaje á la nueva congregación «cuyos

comienzos habían sido tan llenos en bendiciones y cuyos progresos habían sido tan abundantes en caridad» la concedía Letras patentes que la Santa Sede, á instancias de la piadosa D.ª Ana de Austria, confirmaba el 8 de Junio de 1668 con su autoridad apostólica.

Entre tanto había dejado ya San Vicente de existir. Mientras se esperaba la suprema consagración de Roma, había dado vida el Santo á la angelical familia, de la cual era padre, con las reglas inmortales de que la dotó.

Aquellos sencillos estatutos redactados con la mira de hacer bien á los pobres, pueden considerarse como verdaderos monumentes de la grandeza humana; porque no hay constitución política tan bienhechora como ellos, ni leyes humanas que honren más al espíritu y al corazón del hombre. Las reglas de la Hermana de la Caridad aseguran de un modo perpetuo á los desgraciados, á los pequeñuelos y á los desvalidos, unas amigas solícitas, unas servidoras humildes, en las vírgenes y en las viudas que los patrocinan por amor de Jesucristo. Esas reglas son á la vez un imán que solicita á las almas generosas, y una salvaguardia que las mantiene en el fervor de su vocación.

Dedicadas por su estado á cuidar á los enfermos é instruir á los niños; esparcidas por el mundo en razón de sus empleos, no son las Hijas de la Caridad religiosas propiamente hablando; no tienen ordinariamente por monasterio, como lo quiere su institución, sino las casas de los enfermos, y por celda otra cosa que una habitación alquilada; sírveles de capilla la iglesia de la parroquia, de claustro las calles de la ciudad ó las salas de los hospitales; su clausura es la obediencia, sus rejas el temor de Dios y su velo la santa modestia. Aunque forzadas á vivir más al exterior que las Carmelitas y las Clarisas, están obligadas á llevar una vida tan virtuosa, tan pura y tan edificante, como las verdaderas religiosas en su convento. No hacen votos solemnes, ni siquiera votos simples á perpetuidad, sino que cada año, con vocación siempre creciente, renuevan por sí mismas su santo compromiso. Sin necesidad de juramento irrevocable, las mantienen en la pobreza, en la castidad y en la obediencia perpetuas, prescripciones y consejos de una sabiduría incomparable. San Vicente no les prescribió las extraordinarias pe-

nitencias del claustro, á fin de que conservaran su salud para el desempeño de su ministerio. Sus mortificaciones consisten en levantarse á las cuatro, y en consagrar todo el día á Dios y al prójimo; en vivir en la más perfecta sumisión y con la mayor sobriedad; en prestar á los enfermos los servicios más bajos y más repulsivos, en velarlos por la noche, en afrontar las epidemias infecciosas en los hospitales; y por último en soportar la ingratitud. Siendo su principal empleo servir á los pobres enfermos, cumplen este deber con tanta cordialidad, respeto y devoción, como si sirvieran á Jesucristo, aun tratándose de los más enojosos y repugnantes; por último para honrar la pobreza de Nuestro Señor Jesucristo, viven ellas mismas pobremente. Aunque afables para con todo el mundo, no tienen amistad con nadie, ni familiaridades entre sí, ni relaciones particulares con sus hermanos de la Misión, ni con sus confesores autorizados. Ponen todos los medios, para colocar su castidad al abrigo no sólo de toda mancha, sino hasta de toda sospecha, y su norma principal es el horror al mundo, el desprecio de sí mismas y de las cosas de la tierra, el perfecto desapego de los lugares, de los empleos y de las personas. Para fortalecerse en el cumplimiento de sus deberes, practican la confesión y comunión cada domingo al menos, tienen meditación y oración, y examen de conciencia á horas determinadas, rezan el santo rosario y oyen misa diariamente.

Estas reglas venían siendo ya practicadas veintiocho años antes de ser escritas. Conforme siempre con su máxima de abandonar todas las cosas en manos de la Providencia y de tomar en todo á Jesucristo por modelo, había querido S. Vicente que de las Hijas de la Caridad y de los Sacerdotes de la Misión se dijera lo mismo que de Nuestro Señor Jesucristo; á saber, que comenzó á hacer y después á enseñar. Al revés de las constituciones humanas, tan frágiles é ineficaces, el Evangelio, que ha cambiado el mundo, no fué promulgado sino después de haber sido puesto en práctica; y del propio modo las órdenes religiosas que han atravesado los siglos, no han formulado sus estatutos, hasta que la experiencia los había comprobado. Siempre se procedió en la Iglesia del mismo modo; á la ley escrita precedió la práctica, y á eso se debe que mientras las

invenciones precipitadas de la sabiduría humana no han tenido más que una época propia, las instituciones de aquélla, lo propio que sus obras, son inmortales.

Sólo ella puede, por la misma razón, promulgar sus leyes con aquella majestad y con aquella autoridad, que comunican la seguridad del porvenir y la importancia de la obra. ¡Qué grandeza, por ejemplo, en S. Vicente de Paul, cuando desde el pie del altar entrega á la asamblea devota de las Hijas de la Caridad las reglas destinadas á perpetuar su existencia! ¡Qué solemnidad en aquella escena de familia sin testigos y sin aparato alguno! ¡Cuán sublime sencillez en el discurso de aquel padre, al hablar á sus hijas! ¡Cuánta majestad en aquel legislador que invoca á Jesucristo, y que lleno de confusión por la alteza de su carácter y por su indignidad, cae de rodillas, besa la tierra, y se niega á levantarse, para dar su bendición á sus hijas también prosternadas!

La compañía de las Siervas de los pobres, denominadas también á veces las Hermanas del perolito, por alusión sin duda á su humilde ministerio, había nacido de las cofradías de la caridad, y de ella nació casi al mismo tiempo otra nueva institución. Después de haber provisto á los pobres de criadas, Vicente les buscó altas administradoras, encargadas de sostener el tesoro de las buenas obras, y de proveer á las necesidades comunes de la indigencia. Á las Hijas de la Caridad se agregaron entonces las Damas de la Caridad.

¿Quién no admirará en esto la acción bienhechora de S. Vicente de Paul, ó más bien, del cristianismo? Bien puede decirse que las mujeres han hecho la Francia del siglo diecisiete. Su influencia predomina en las letras y en la política; mas á no dudarlo, la historia, demasiado frívola en esta parte, no ha sabido ver más que aquellas mujeres, á quienes han hecho célebres el brillo de su talento ó sus mundanas aventuras; empero apenas ha penetrado en los claustros del Carmelo y de la Visitación, desde los cuales irradiaban los fulgores de su genio y de su santidad tantas mujeres eminentes; y tampoco ha llegado á fijar su consideración en aquellas otras mujeres admirables, que rodearon á los más santos personajes de aquella época. Y no obstante, las damas más obsequiadas y colmadas de adulación en los círculos literarios, las he-

roínas más encomiadas en los salones, brillaron tan sólo de un modo pasajero, en tanto que las olvidadas por la literatura, viven todavía. Viven, por ejemplo, aquellas santas fundadoras de órdenes cuyo espíritu, siempre fecundo, produce sin cesar nuevas generaciones de vírgenes; viven aquellas grandes bienhechoras de los pobres, cuyas fundaciones han resistido á la acción del tiempo; y en tanto que las Preciosas del palacio de Rambouillet no pasaron de personajes de comedia, y las reinas de salón no han dejado tras de sí más que memorias de galanteos nada edificantes, las Gondí, las Le-Gras, las Goussault, las Miramión, las Lamoignón, las Aiguillón, las Lestang, las Pollalión, y cien otras de sus contemporáneas, asociadas al gran Vicente de Paul, han creado, sostenido y enriquecido obras, á expensas de las cuales viven aún los pobres.

La asociación de las Damas de caridad vino á poner en movimiento todo el celo y toda la piedad de la mujer cristiana, mostrándola en toda su grandeza. Es digna de mención en aquella época, una joven viuda, muy solicitada por sus gracias y por sus riquezas, la que había sido esposa del presidente Goussault. Mientras brillaban otras en los salones, reinando por su lujo y por sus gracias sobre numerosos admiradores, formó ella el proyecto de consagrar su vida al servicio de los desgraciados. Desde luego dió noticia de ello á S. Vicente, sin cuyo concurso parecía que no era posible realizar empresa alguna de caridad, manifestándole su designio de emplearse en el hospital general. Hasta veinticinco mil pobres, ó enfermos, ó heridos pertenecientes á todos los países y á todas las religiones pasaban todos los años por aquel gran establecimiento; su número y lo defectuoso de la administración, hacían insuficientes los socorros temporales y espirituales que en él se recibían.

En sus asiduas visitas al citado establecimiento, había comprendido la señora Goussault que allí se podría hacer un gran bien, mejorando la condición de los enfermos, é introduciendo mejor orden en el servicio. Á pesar de lo útil de semejante reforma, rehusó en un principio mezclarse en ella S. Vicente, por deferencia á los directores eclesiásticos y laicos del establecimiento, y por respeto á las religiosas de S. Agustín, nuevamente restablecidas en el ser-

vicio del hospital. Decía con tal motivo que hay males que es preciso sobrellevar, sobre todo, cuando el remedio puede traerlos mayores. Por otra parte, no le convenía meter la hoz en miés ajena, y pensaba que los directores y los administradores del hospital, cuyo celo y sabiduría apreciaba perfectamente, aplicarían, andando el tiempo, los remedios convenientes para cortar los abusos que se hubieran ido introduciendo. Dominada, sin embargo, por su idea, la señora Goussault repetía sus instancias á S. Vicente, y por fin, no logrando que se decidiera á acometer aquella nueva obra, alcanzó del arzobispo de París que le comprometiera á tomar parte en sus proyectos, y á fundar, de concierto con ella, una asociación de señoras dedicadas al cuidado particular de los enfermos en el Hospital general. Acabáronse entonces las vacilaciones del Santo, y desde luego convocó á casa de la presidenta á muchas señoras de calidad, para organizar la institución; y así como había empleado gran prudencia para esperar, desenvolvió no menor actividad para llevar á cabo la empresa. En la primera asamblea celebrada al efecto dirigió tan apremiantes exhortaciones á las señoras allí presentes, que todas quisieron inscribirse desde luego. Figuraban entre ellas la señora de Ville-Savin; la de Sainctoc, aquella á quien Voiture había dedicado su traducción del *Rolando Furioso*, las de Mecq y Pollalión y muchas otras de alta alcurnia. Más numerosa fué todavía la segunda reunión; á ella concurrieron la del canciller Aligre, las señoras de Beaufort, de Lestang, de Traversais, la princesa de Conti, María Fouquet, madre del célebre superintendente de hacienda, que al saber la desgracia de su hijo, exclamaba: «¡Os doy gracias, Dios mío! Siempre os había suplicado la salvación de mi hijo; vos le habéis conducido á ella.» Bien pronto se alistaron entre las Damas de Caridad lo más encumbrado de la nobleza y de la magistratura; las duquesas de Nemours, del Perche, de Aiguillón, de Lesdiguieres, de Noailles, la princesa de Gonzaga, las Lamoignón, las Nesmond y otras. La misma corte formó su sociedad de caridad, para la cual formó su reglamento Vicente de Paul. Al cabo de pocas semanas había puesto manos á la obra la junta de las señoras, y contaba más de cien asociadas. La señora Goussault fué elegida presidenta.

Todas aquellas señoras iban animadas de perfecto celo; era sin embargo preciso reglamentarlo, para hacerlo más provechoso.

RETRATO DE LA SEÑORA MIRAMIÓN.

De un grabado de Edelink, siglo XVII.—Esta señora vivió por espacio de muchos años con las Hijas de la Caridad; fué una de las más celosas cooperadoras en todas las empresas de S. Vicente de Paul, y la fundadora de las religiosas de Santa Genoveva, dedicadas á la instrucción de las niñas pobres de los campos y al cuidado de los enfermos. Mad. de Sevigné la llamaba una «Madre de la Iglesia.»

Vicente de Paul, nombrado director perpetuo de la compañía, la organizó con aquel buen sentido práctico y con aquel tino, que se

dejaba ver en todas sus cosas. He aquí las principales reglas á que debían atenerse las asociadas. En sus visitas al hospital general habían de ofrecerse con toda discreción, á servir á los enfermos á una con las religiosas, para tener parte en los méritos de sus obras; se les recomendaba presentarse allí vestidas con sencillez, á fin de no entristecer á los pobres con el contraste entre la miseria y el lujo. Habían de practicar el bien á la vista de todo el mundo, para difundir el santo ejemplo, y estimular á las demás á las buenas obras; habían de atender con preferencia á la salud de las almas de los enfermos, y después á la del cuerpo. Debían dirigirse á los desgraciados con mucha benevolencia y humildad, y proporcionarles pequeños agasajos, que la casa no podía suministrarles, á fin de ganar más fácilmente su corazón. Para encaminarlas en su apostolado para con los enfermos, S. Vicente les redactó un librito que contenía las principales verdades cristianas, de las cuales habían de hacer continuo uso, y con ello se evitaba que en la instrucción de los pobres mostrasen una impertinente sabiduría, y tratasen de hablar de sí mismas más bien que de las cosas de Dios.

Merced á tales consejos, las Damas de Caridad vieron abrirse pronto para ellas las salas del hospital y el corazón de los enfermos. Entraban en ellas con las manos llenas de toda clase de provisiones, y á la hora de la comida ceñíanse con un delantal blanco, y pasaban de cama en cama, ofreciendo á cada enfermo lo que deseaba, ayudándoles á comer y prodigando á todos palabras de amistad y consuelo. Terminaba la visita como había comenzado, con una oración en la capilla. S. Vicente había dividido á las Damas en dos clases; una consagrada al servicio, otra á la instrucción de los enfermos. Desde un principio fueron sus auxiliares las Hijas de la Caridad, instaladas por la señorita Le-Gras en una casa alquilada cerca del hospital general. Corrían á cargo de éstas las pequeñas golosinas del desayuno y de la merienda; y tanto ellas como las Damas de la Caridad rivalizaban en celo constituyendo entre unas y otras una santa comunidad de obras y de buenos ejemplos, que transformó el hospital general. «¡Cuán felices sois, hijas mías, decía S. Vicente á las Hijas de la Caridad con haberos dado Dios tan grande y santo empleo! Las grandes señoras del mundo se consi-

deran dichosas, cuando pueden dedicar una parte del tiempo á

LA ORACIÓN DE LOS HUÉRFANOS.

Una hermana de la caridad enseña á rezar á unos niños.—Pintura de Natoire en la capilla de la Inclusa del vestíbulo de Nuestra Señora en París; siglo XVIII.—No lejos de este hospicio, hoy destruido, se elevaba la iglesia de S. Juan, en cuya puerta fué abandonado D'Alambert.

este establecimiento y vosotras en particular, nuestras hermañas de S. Sulpicio, sois testigos del celo y del fervor con que sirven á

los pobres esas buenas princesas, esas grandes señoras á quienes soléis acompañar.»

Bien pronto se hizo extensiva la acción de las Damas de Caridad más allá del hospital general, y Vicente de Paul que veía acrecentarse su número, excitaba más y más su fervoroso entusiasmo en las frecuentes reuniones que celebraban; henchido todo él del amor divino, sabía penetrar del mismo fervor los corazones de todos. Un día al salir de una de aquellas piadosas reuniones, dirigiéndose la presidenta de Lamoignón á la duquesa de Mantua, la dijo: «¿No es verdad, amiga mía, que á imitación de los discípulos de Emaux, podemos decir que nuestros corazones sentían los ardores del amor divino, mientras nos dirigía su palabra el padre Vicente? En cuanto á mí, añadía humildemente, aunque soy muy poco sensible en las cosas que se refieren á Dios, os confieso que tengo todo mi corazón embalsamado de la conmovedora plática, que acaba de dirigirnos ese santo hombre.—No hay que admirarse de ello, replicó María de Gonzaga; es el ángel del Señor que lleva en sus labios los carbones encendidos del amor divino que arde en su corazón.—Muy cierto es eso, añadió una tercera, y por eso le es fácil hacernos partícipes de los incendios de ese mismo amor.»

De tal temple eran las discípulas que formaban el ejemplo y la palabra de Vicente de Paul. A aquellas elevadas señoras las convirtió en siervas de los pobres y en ministros solícitos de su caridad, como lo había logrado con las sencillas jóvenes del campo. Con aquellos nuevos auxiliares, iba el santo á emprender nuevas obras sugeridas por la Providencia, para el bien de los hombres y honor de la Iglesia. Mas al formar aquella compañía de señoras, que se acrecentó aún después de muerto el Santo, no estableció tan sólo un mundo nuevo de caridad (de tan brillantes resultados para el reinado de Luis XIV) en frente de la sociedad galante y literata de los salones; sino que fundó al propio tiempo para los siglos venideros el apostolado de la mujer, una de las más preciosas fuerzas de la religion, y uno de los más fecundos instrumentos del bien para la sociedad. La Dama de la caridad es actualmente lo que la viuda fué en la primitiva Iglesia: auxiliar del sacerdote, tesorera de los pobres, colaboradora de las Hermanas de la caridad y de las Hermanitas

de los pobres, que lo mismo promueve una colecta á domicilio, que en la Iglesia, que en cualquier punto donde exista la necesidad; ella pertenece á todas las buenas obras, asiste al huérfano y á la mujer abandonados en el lecho del dolor; visita la bohardilla del pobre y

LA DAMA DE CARIDAD Y LA HERMANA DE CARIDAD.

De un cuadro de Dumenil, siglo XVIII.—La primera tiene en su mano un papel que sin duda es una súplica en favor de alguna familia indigente. Una Hermana de la caridad espera la respuesta; lleva una de aquellas marmitas que valió á las Hermanas el nombre de Hermanas del pucherito.

la celda del prisionero; difunde la limosna el buen ejemplo y la oración; consuela, alivia las penas, acompaña á la Hermana de la caridad y prepara el camino al sacerdote. S. Vicente hizo una institución de ese oficio, que en todos los tiempos ejercieron en la Iglesia las mujeres más virtuosas. Desde entonces enardecida santamente la mujer con sus lecciones, desempeñó ese nuevo papel, que la asocia activamente al ministerio de la caridad y de la fe en el

seno de las naciones cristianas. La institución existe y es una de esas fuerzas latentes que sostienen á nuestra desequilibrada sociedad; para producir todos sus frutos, sólo le falta contar en su seno mayor número de obreras de buena voluntad.

EL HOSPITAL.

La caridad en los primeros siglos de la Iglesia.—Instituciones hospitalarias de la Edad media.—Antigüedad del Cristianismo.—El hospital en los tiempos modernos.—Papel de San Vicente de Paul.—Diversas fundaciones del santo.—El hospital del Nombre de Jesús.—El hospital general.—La Magdalena.—El hospital de los forzados en Marsella.—El hospital de Santa Reina.—La casa de S. Lázaro.—Rasgos de caridad de S. Vicente de Paul.

El cristianismo primitivo había realizado la perfección de la caridad. Los bienes eran comunes entre los primitivos fieles por efecto de la participación en la misma fe. La santa igualdad en Dios, la verdadera fraternidad en Jesucristo hacían á todos los miembros de la comunidad cristiana solidarios los unos de los otros. «La multitud de los creyentes, dicen las actas de los apóstoles, no eran más que un corazón y un alma..... no había pobres entre ellos, porque á cada uno se le daba según sus necesidades.» Sin embargo, aquello no era el comunismo, porque en realidad había ricos y pobres; «empero los ricos, según la frase de Lactancio, merecían más este título por hacer servir su riqueza en las obras de justicia y de misericordia, que por la abundancia de sus bienes; y los que parecían pobres eran ricos, no obstante, por cuanto de nada carecían y se hallában exentos de toda codicia.» La hospitalidad y la asistencia recíproca eran la regla del discípulo del evangelio. «Acordaos, había dicho San Pablo, de ejercer la hospitalidad y de hacer partícipes de vuestros bienes á los demás.» Desde los primeros tiempos fué or-

ganizada la caridad en la Iglesia: bien sabido es que al lado de los doce apóstoles, ocupados en el ministerio de la palabra, se veía á los siete diáconos con S. Esteban á la cabeza, encargados de la distribución de las limosnas y del alimento de los pobres. Durante los tres primeros siglos, el obispo, padre de la familia cristiana y curador nato de los pobres, era el centro de la caridad, y de él partían las limosnas distribuidas por los diáconos y las viudas. Cada cual depositaba en el tesoro común de la Iglesia lo superfluo de sus haberes con tanto más desprendimiento, cuanto más mortificado era su espíritu, y más amor sentía hacia sus prójimos necesitados. Con razón podía decir entonces Tertuliano: «Estas ofrendas piadosas no se consumen en banquetes, se emplean en dar sepultura á los muertos, en mantener á los pobres, á los niños huérfanos y á los ancianos, á quienes su edad retiene sujetos en su casa, y en prestar alivio á los que han padecido naufragio. También se destinan á dar alimento á los que por su carácter de cristianos, han sido condenados á las minas, ó abandonados en islas desiertas, ó encerrados en los calabozos.» Cada iglesia alimentaba á sus pobres, recogía á los niños abandonados, á los enfermos, á los esclavos y á los ancianos, y éstos eran los tesoros de los cristianos que San Lorenzo mostraba al prefecto de Roma, cuando le prendieron para martirizarle.

En aquellos primeros siglos la caridad era del todo individual. La iglesia vigilaba sobre las necesidades generales, pero cada cual atendía por su parte á sus hermanos pobres. Antes del gran Constantino pudo decirse que la casa de todo cristiano era una casa de caridad, y que todo cristiano á su vez era un ministro activo de las diversas obras de misericordia. No había entonces establecimientos especiales para los indigentes y los enfermos, porque todos aquellos á quienes unía la misma fe se consideraban como miembros de la misma familia, sintiéndose unidos entre sí por la misma santa dilección. Los pobres eran visitados y socorridos en su casa por los diáconos en nombre de la Iglesia, y también por sus hermanos más afortunados que ellos, ó bien se les recibía en las casas particulares, donde participaban del fraternal convite.

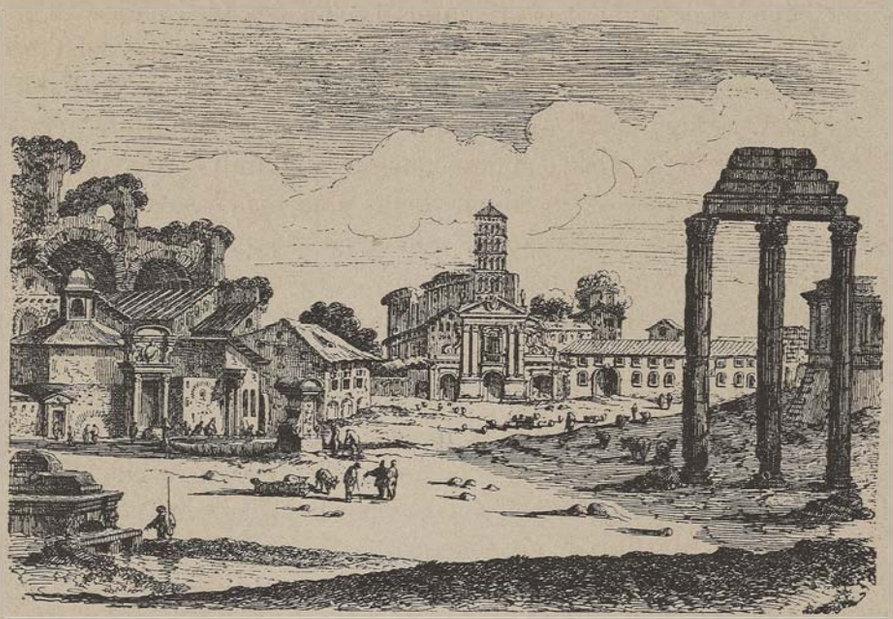
Las primeras obras establecidas por Vicente de Paul venían á

ser un retorno á la práctica de los tiempos primitivos. Había instituido las Cofradías de la Caridad, la Compañía de las Siervas de los pobres y de las Damas de caridad, para la asistencia á domicilio, que es el modo más conforme al espíritu evangélico de practicar la beneficencia; porque la visita del pobre además de ser muy saludable al rico es igualmente provechosa al pobre mismo. Entre otras ventajas tiene la de aproximar las clases entre sí, la de excitar más vivamente la compasión por la vista y contacto con la miseria, y la de hacer más dulce para el desgraciado la caridad personal. Además, no divide á la familia como el hospital, y permite extender á los otros miembros de la casa el bien hecho á los enfermos. Semejante participación directa en las buenas obras tiene el doble carácter de la limosna y del apostolado, y completa, en conformidad con la ley perfecta de misericordia, la asistencia corporal y el socorro espiritual. Preferíala S. Vicente de Paul á las instituciones públicas de beneficencia, porque en ellas descárgase cada cual de los deberes personales de la caridad mediante una contribución más ó menos voluntaria. A dar ese carácter á las diversas obras, en que ponía su mano, tendía constantemente el santo.

Después de haber triunfado el cristianismo en tiempo de Constantino, la evolución social, nacida de este grande hecho, trajo consigo una organización nueva de la caridad. Al ministerio de los diáconos sucedió el establecimiento de casas de socorro, apropiadas á las diversas edades y á cada necesidad particular, en términos que cada especie de infortunio encontró su especial remedio. La primitiva asistencia, suficiente en los primeros tiempos, no podía abarcar ya todas las necesidades, porque la comunidad cristiana, una vez pasada la época lastimosa de las persecuciones, había llegado á extenderse por todos los dominios del imperio romano. Habíase, pues, multiplicado la pobreza en el seno de la iglesia, y fué preciso aplicar nuevos medios de socorro, ya para suplir la acción individual, con fundaciones capaces de asegurar de un modo permanente el sostenimiento de los pobres, ya para atender al alivio de todas las necesidades.

A esta época se remonta la fundación de los hospitales. Diéronseles diversos nombres, y todas las formas que demandaba la nece-

sidad de cada tiempo; unas veces eran una casa especial para los ancianos y para los huérfanos, otras para los niños expósitos y para los enfermos; ya eran un hospicio para los viajeros, ya un asilo para las vírgenes y las viudas; ó bien una casa de refugio para los mendigos, para los convalecientes ó para los incurables. Es decir, que la caridad de la iglesia había inventado de una vez, cuanto en este



VISTA DEL FORO ROMANO EN EL SIGLO DIEZ Y SIETE.

Copia de un grabado de Israel Silvestre.—En medio de este gran Forum abandonaban los romanos á los niños de que no querían encargarse.—Allí perecían de frío ó de hambre, siendo devorados por los perros; ó bien eran recogidos por empresarios de mendicidad.—Aristóteles y Platón enseñaban que los niños nacidos con alguna deformidad no merecían vivir.

género podía necesitarse. Todas estas fundaciones tenían su principio en la casa del obispo, que era siempre el primer hospicio; después se desarrollaron á la sombra de las iglesias y de los monasterios. Jerusalén, Constantinopla y Roma, eran los puntos desde donde se difundían las casas de caridad á todo el mundo cristiano. Después del concilio de Nicea, que prescribió se estableciera en cada ciudad una casa abierta á los extranjeros y á los transeuntes, siguieron S. Basilio el Grande, apellidado por sus contemporáneos

el Predicador de la limosna; después S. Gerónimo con Santa Paula y Santa Melania, S. Juan Crisóstomo, á quien los literatos conocen con el sobrenombre de Pico de oro, y los pobres con el de Juan el limosnero; después S. Macario y otros, todos los cuales fundaron hospitales célebres en el mundo entero, para dar abrigo y socorro á los extranjeros, á los enfermos, á los indigentes y á los leprosos. A imitación de ellos edificaron también otros edificios análogos los emperadores cristianos Teodosio y Justiniano. El occidente no tardó en imitar el ejemplo del oriente. A orillas del Tíber levantóse el magnífico hospital de Santa Fabiola, la hija de Fabio, que no tiene igual en el mundo sino en el que por el mismo tiempo construyó S. Pamaquio, el descendiente de Camilo. Roma, la ciudad de los papas, llegó á contar tantas diaconías ó sean centros de limosnas y casas hospitalarias, como cuarteles encierra.

Pasadas las invasiones del siglo v, que todo lo destruyen, elévanse de nuevo aquellos asilos de la misericordia cristiana, y se multiplican por todas partes. Cada iglesia, cada abadía se convierte en un hospicio y á la vez en una escuela, de modo que cada orden religiosa es una orden hospitalaria. Sacerdotes y seglares rivalizaban en santo celo por el bienestar de los desgraciados, y las fundaciones de caridad inspiradas ora por la piedad, ora por el arrepentimiento constituían en beneficio de los pobres centros mejor garantizados que los modernos presupuestos. No importa que la miseria fuese en ocasiones abrumadora, pues los recursos aportados crecían en las mismas proporciones. En todos los tiempos hubo en la puerta de las iglesias y de los monasterios distribución periódica de dinero y de víveres; y numerosos señores sostenían junto á sus fortalezas capellanías encargadas de facilitar socorros á los transeuntes pobres y á los vasallos necesitados. Toda la Europa cristiana cubrióse de hospitales, y entre ellos descollaba el incomparable hospital romano del Espíritu-Santo, gloria del gran papa Inocencio III. En la Edad media, Francia sola llegó á tener hasta veinte mil, á los cuales la piedad de nuestros padres les había dado el dulce nombre de Casas de Dios (1). A su servicio es-

(1) Entre nosotros siempre se han denominado *santo hospital* tales establecimientos, por tener su origen en el espíritu verdaderamente santo de caridad.—(N. del T.)

taban comunidades y cofradías; los reyes mismos, tales como un Luis el Bondadoso, un Roberto el Piadoso, un Luis séptimo, cuidaban á los enfermos. S. Luis inauguró el hospital de Compiegne, conduciendo en sus brazos al primer enfermo, siguiéndole sus hijos y sus barones cargados cada uno con el suyo. Ninguna cosa se consideraba más elevada en aquella época que los establecimientos benéficos. Con los nombres de enfermería, leprosería, casa de caridad, se atendía á todas las aflicciones; ó mejor dicho, para todo había un hospital. La solicitud de los religiosos y del clero y la compasión de los fieles suplían á la administración pública; el estado no contribuía al servicio de los pobres sino por la esplendidez de los reyes.

Mas la Reforma vino con sus guerras de religión á destruir aquel hermoso conjunto de instituciones hospitalarias, que ofrecían en todos los puntos de Francia un refugio á los extranjeros y transeuntes en todas sus necesidades y desgracias. Con la destrucción de las abadías y de las iglesias, llevada á cabo por el furor de los hugonotes, desaparecieron gran número de aquellos establecimientos de caridad que constituían el amparo de los pobres. Las consecuencias de tantos desastres dejábanse sentir en las ciudades y en los campos, y la mendicidad y la indigencia se habían multiplicado por todas partes. Habíanse introducido además no pocos abusos en la administración de los hospicios, cuyos empleados desviaban las rentas de su legítimo destino; y las congregaciones de diversa índole, encargadas del servicio de las enfermerías olvidaban con frecuencia su verdadera misión. Mucho había por lo tanto que hacer en orden á la caridad, y Vicente de Paul aparecía con verdadera oportunidad en pos de S. Juan de Dios y de San Camilo de Lélis, los cuales acababan de fundar, el uno en España y el otro en Italia, órdenes religiosas para la asistencia de los enfermos. Imposible era ya atenerse á la iniciativa particular y á las antiguas prácticas dadas las nuevas necesidades. Imponíase el hospital como la reforma más adecuada para la asistencia de los pobres, como el fundamento de las Instituciones de caridad en los tiempos modernos; empero le hacía falta en cierto modo un legislador. Si semejante centralización de la caridad había de ofre-

cer para la acción católica y para el bien espiritual de los enfermos los inconvenientes del régimen administrativo, S. Vicente había atendido á ello, creando un orden especial de religiosas que eran las más apropósito para el servicio de los hospitales, y difundiendo entre las personas seglares la piadosa práctica de la visita á los enfermos. Ya sabemos que él mismo había hecho su aprendizaje en el Hospital de la caridad, edificado no hacía mucho tiempo por María de Médicis para los Hermanos de S. Juan de Dios; y que allí habia encontrado al Padre Berulio. Como continuador de sus ejemplos, dejó el santo en él al admirable Claudio Bernard, llamado el «pobre sacerdote,» uno de los más grandes amigos de los pobres.

Por consiguiente al mismo tiempo que suscitó en derredor de él por la eficacia de su celo y de su ejemplo un movimiento inmenso de caridad individual, y á la vez que en todas sus obras imprimió un vuelo vigoroso á la asociación libre y á la acción privada, trabajó también con más asiduidad que nadie en el desarrollo y en la organización de los establecimientos hospitalarios.

Su primera creación en este género fué la de los Niños Expósitos. No existía una sola casa para ellos en todo el mundo pagano, en el cual no había piedad ni siquiera para la más conmovedora de las miserias, cual es la triste suerte de los niños privados de madre. Las antiguas legislaciones eran duras para con los menores, y particularmente para con los niños. Como si no bastaran las inhumanas facultades, que autorizaban al padre para matar ó vender sus hijos, existían ciertas estúpidas supersticiones, que imponían el sacrificio de los recien nacidos, y á esto se agregaban las consecuencias abominables de la deshonestidad del culto, y de las fiestas públicas. A la aparición del cristianismo eran prácticas corrientes de Roma el abandono de los niños, el aborto y el infanticidio. Lactancio, dirigiéndose á Constantino, le decía: «¿Quién podrá creer que es permitido aplastar á los niños recien nacidos? Eso es la más grande de las impiedades..... y ¿qué pensaremos de aquellos que, movidos de una falsa ternura prefieren exponerlos? No son á la verdad más inocentes aquellos padres que arrojan el fruto de sus entrañas, para que sirvan de presa á los perros, y que los entregan en cuanto está en sus manos á una muerte más terrible que la que ellos mismos le

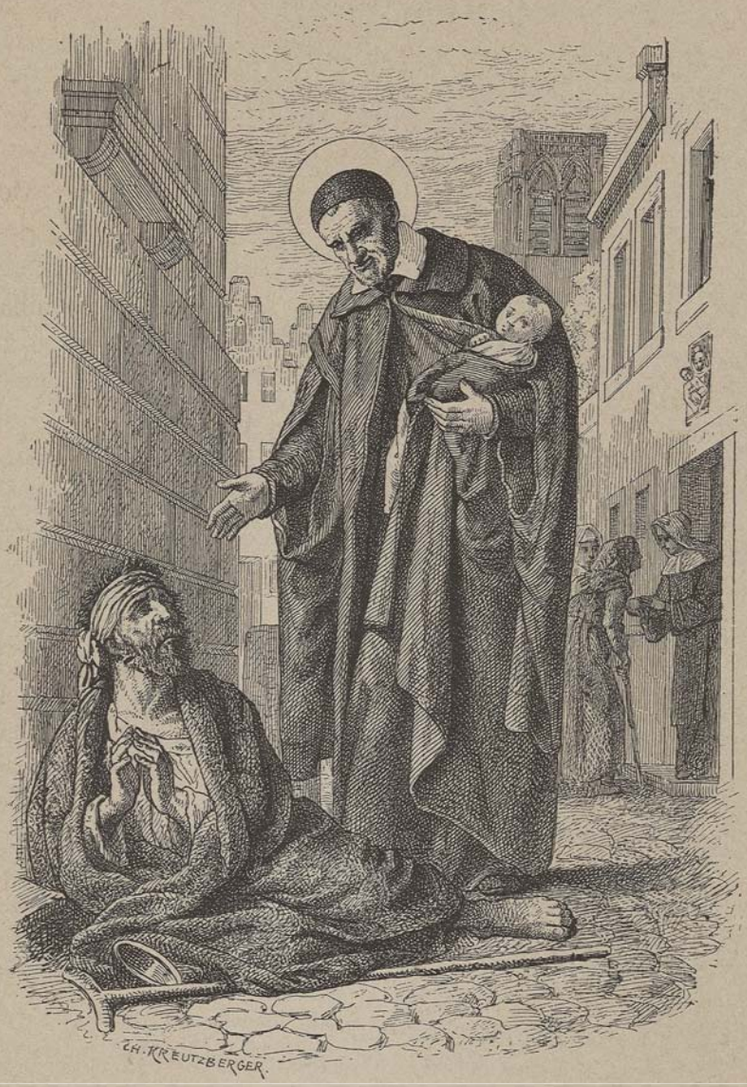
JESUCRISTO MODELO DE LA CARIDAD PARA CON LOS NIÑOS.

Cuadro de Hesse, siglo XIX.—«Dejad á los niños venir á mí, decía Jesús..... porque si no os volviereis é hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.... Y el que recibiere á un niño tal, á mí me recibe.» (S. Mateo XVIII, v. 3 y 5.)

hubieran dado, ahogándolos en su casa. Como quiera que se mire esta conducta de los padres, resalta en ella el sello de la más extremada barbarie. Si los matan, no permiten á los demás que ejerzan su piedad; si los exponen, y esas infelices criaturas son recogidas por extranjeros, quedan condenados á la esclavitud ó á la prostitución.» Una palabra del Evangelio cambió aquella barbarie. «Dejad venir á mí á los niños» había dicho Jesús, y el primer emperador cristiano quiso poner en acción aquellas divinas palabras, promulgando una ley cristiana que castigaba el infanticidio, y prohibía la exposición de los niños. La protección de la Iglesia amparó á los recien nacidos, y hasta en sus concilios se ocupó nuestra Santa Madre de la suerte de ellos, confiándolos á la ternura de sus vírgenes y á las entrañas de caridad de sus hijos. En adelante llevábanse los niños á las iglesias, que venían á constituir su primera cuna, y en ellas encontraban asilo seguro los huérfanos y los abandonados, porque las madres cristianas proveían á las necesidades de los pequeñuelos por medio de instituciones especiales.

En los tiempos de S. Vicente de Paul la miseria y el desarreglo de costumbres habían acrecentado el número de aquellas inocentes víctimas. Sobre ellas pesaba el estigma del nacimiento ilegítimo, y la compasión pública se desviaba de ellos. Según las estadísticas del lugarteniente del Castillo, no bajaba en París anualmente de tres á cuatrocientos el número de los niños expósitos. La policía se encargaba de recogerlos, y los hacía conducir á una casa llamada *la Cuna,* donde se les cuidaba de un modo puramente mercenario, que constituía un baldón para la Francia cristiana.

Vió un día S. Vicente á las puertas de la ciudad un mendigo ocupado en deformar los miembros de uno de aquellos recien nacidos, con el designio de explotar su deformidad. Dirigióse á él lleno de indignación y le gritó: «bárbaro, me habíais engañado: de lejos os había tomado por un hombre,» y arrancándole su víctima se la llevó en sus brazos, atravesó París implorando la piedad de los transeuntes, y seguido de la multitud, le condujo á la cuna de San Leandro. Una mujer viuda con sólo dos criadas administraban la casa. Los niños, demasiado numerosos, estaban mal atendidos y mal alimentados; la mayor parte morían en la primera edad, al-

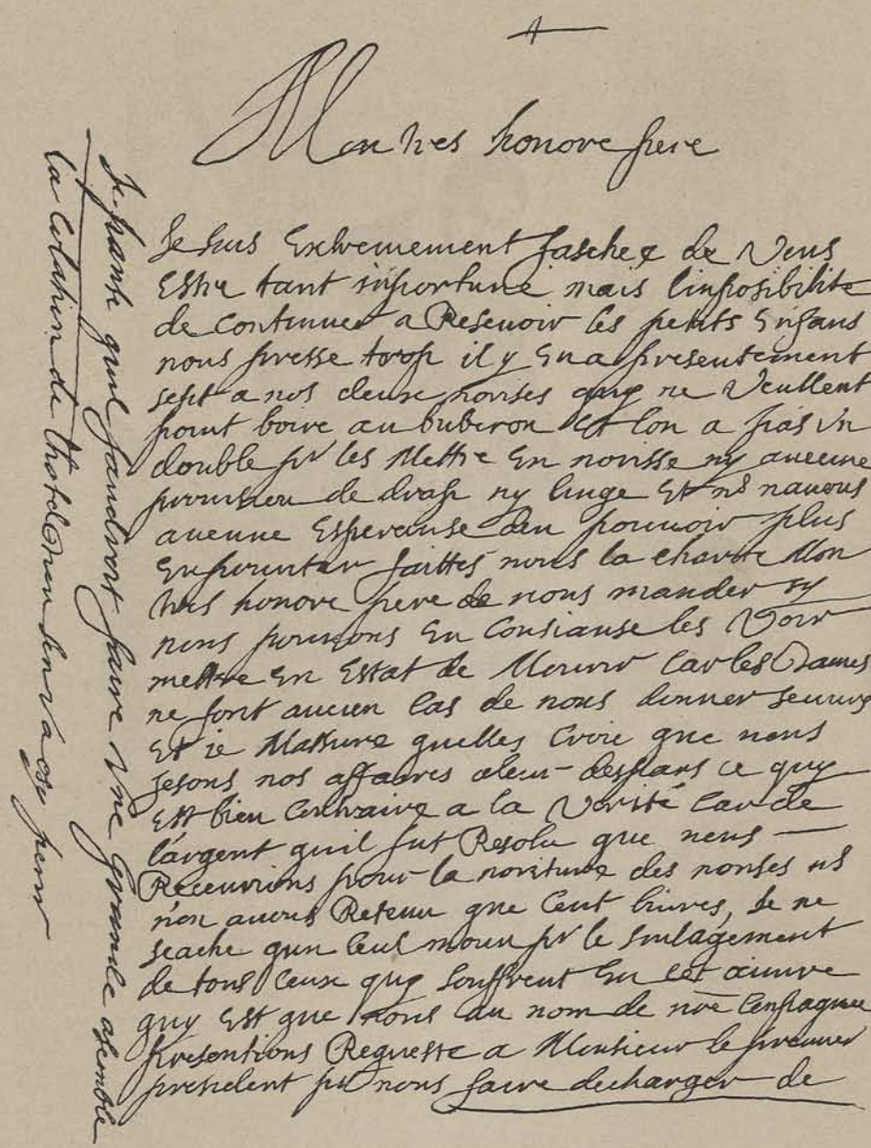


S. VICENTE Y EL MENDIGO.

San Vicente arranca un niño de las manos de un mendigo que le dislocaba sus miembros: «bárbaro, le gritó, me habéis engañado; de lejos os había tenido por un hombre.» (Véase pág. 152).—Grabado que publicó la *sociedad de Dusseldorf, para la propagación de las buenas imágenes.*—(Paris, Schulger.)

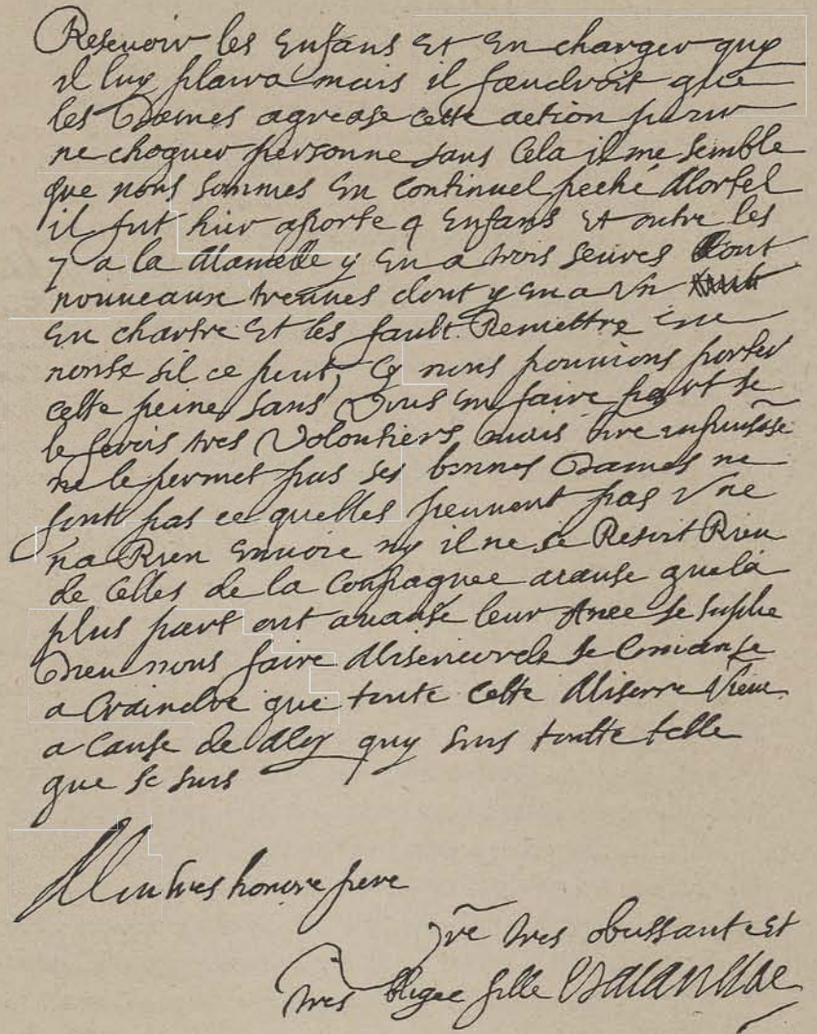
gunos sin recibir las aguas del Bautismo. Con frecuencia servían para indignos tráficos, pues la codicia de las criadas los entregaba

Fac-simile de una carta de la señorita Le-Gras á San Vicente de Paul.



Mi muy respetable padre:

Siento muy de veras el ser tan importuna con V., empero la imposibilidad de continuar recibiendo á los niños, nos abruma ya por completo. Hay al presente siete en manos de nuestras dos nodrizas que no quieren tomar el biberón, y no tenemos una dobla para entregarlos á otras nodrizas; carecemos



de provisiones, de trapos y ropas, y no hay esperanza alguna de podérnos los procurar. Hacednos la caridad, mi muy respetable padre, de decirnos si podemos, en conciencia, verlos llegar á punto de morir, por cuanto las Damas no hacen caso alguno de nosotras para socorrernos; y me aseguran que están en la creencia de que nos mantenemos á expensas suyas, cosa bien contraria á la verdad, porque del dinero que resolvieron entregarnos para el sostenimiento de las nodrizas, no hemos retenido más que cien libras. Sólo veo un medio para aliviar á cuantos padecen en esta obra, y es que nosotras,

en nombre de nuestra Compañía, presentemos instancia al señor presidente *para que se nos descargue* de la obligación de recibir á los niños, encomendándolos á quien le agrade: pero sería necesario que las señoras se avinieran á esta resolución, para no chocar con nadie; si así no se hace, me parece que nos hallamos en continuo pecado mortal. Ayer trajeron cuatro niños, y además de los siete que hay en lactancia, hay tres que carecen de ella, uno de ellos enfermo del vientre, y es indispensable ponerlos en manos de nodriza, si es posible. Si pudiéramos sobrellevar estos trabajos sin daros noticia de ellos, lo haría muy gustosa, empero la impotencia de nuestros recursos no nos lo permite. Esas buenas señoras no hacen lo que pueden, pues ninguna ha enviado nada, ni tampoco se recibe cosa alguna de las de la Compañía, por haber adelantado la mayor parte de ellas su anualidad. Suplico á Dios Nuestro Señor, que tenga misericordia de nosotras; empiezo á temer que todas estas miserias vienen por culpa mía, que soy toda, tal cual soy:

Mi muy reverendo padre,

Vuestra muy obediente y muy obligada hija,

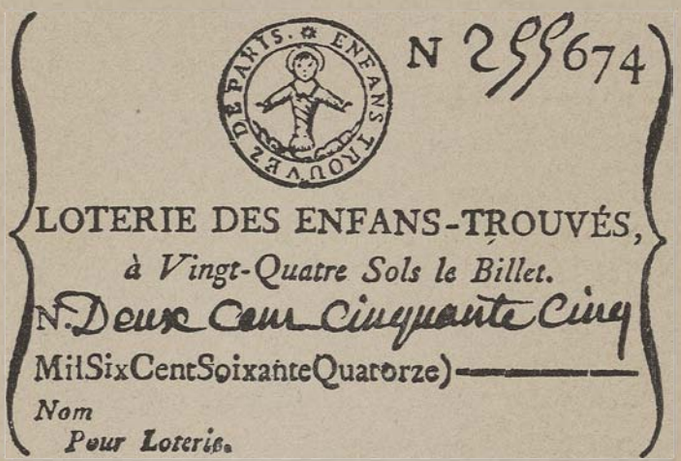
L. MARILLAC.

Opino que convendría celebrar una gran asamblea. La colación del hospital general está también á punto de perecer.

por algunas monedas á los titiriteros y á los mendigos, que acudían según decían ellas, á reclamarlos, y que después se servían de ellos para sus innobles profesiones; otras veces iban á manos de especuladores que los introducían en las familias, para turbar el orden de las sucesiones y aún á empresarios del libertinaje. Cuando aquellos pobres seres no eran objeto de tal odioso comercio, pasaban á manos de nodrizas criminales, cuya industria consistía en hacerlos morir prontamente. S. Vicente adivinó luego semejantes horrores, y su corazón quedó profundamente impresionado. No obstante supo dominarse aún en medio de aquellos tiernos impulsos, y nada quiso emprender, hasta adquirir conocimiento de lo que convenía hacer, para remediar aquellos males. Encargó á muchas señoras que estudiasen el servicio interior de la Cuna, y vinieron á contarle que aquellos niños eran más desgraciados que los pequeños inocentes degollados por Herodes. A todos hubiera querido S. Vicente tomarlos bajo su protección, mas hubo de limitra el número, y adoptó hasta una docena de ellos sacados á la

suerte. Después de bendecir á los escogidos de la Providencia, dióles por madre á la señora Le-Gras y á sus Hijas de la Caridad.

Con esto se daba principio á una nueva obra, la predilecta del gran S. Vicente de Paul. Acontecía esto en 1638. Á medida que aumentaban los recursos, acudía el buen padre á la Cuna, y se llevaba en brazos algunos otros infortunados pequeñuelos. Su amor hacia aquella familia adoptiva no tenía límites. De noche, en lo más riguroso del invierno, á las horas del crimen y del desenfreno, veíasele en ocasiones recorriendo las calles, para recoger aquellas



BILLETE DE LOTERÍA PARA LOS NIÑOS EXPÓSITOS.

Fac-símile de un billete del siglo XVII, conservado en la Biblioteca Real de Bruselas.

infelices criaturas abandonadas, que la Providencia ponía en su camino. ¡Con qué ternura recogía á la inocente víctima de la miseria ó del pecado, á la vista tal vez de la desgraciada madre que acechaba su paso! ¡con qué suave caridad le daba el calor de su corazón y la reanimaba con sus caricias! Jamás tuvo niño alguno mantillas más suaves que aquel manteo, reliquia inmortal de su caridad, con el cual envolvía sus cuerpecitos ateridos de frío. Refiérese que en una de sus expediciones nocturnas dió con unos ladrones armados que quisieron al principio despojarle; mas al oir el nombre de Vicente de Paul, cayeron de rodillas y le pidieron su bendición. Hé aquí algunos otros rasgos. Llevaban las Hermanas

SAN VICENTE INSTITUYE LA OBRA DE LOS NIÑOS EXPÓSITOS.

VIDRIERA DE M. CAUDIUS LAGNER PARA LA CAPILLA DEL HOSPITAL DE TOURCOING (NORTE), SIGLO XIX.

San Vicente conjura á las Damas que no abandonen á los niños expósitos: «dejad, les dice, dejad de ser sus madres, para convertiros al presente en sus jueces; su vida y su muerte están en vuestras manos. Voy á tomar su palabra y su defensa: es tiempo de pronunciar su sentencia. Vivirán, si continuáis dispensándoles vuestros caritativos cuidados; perecerán por el contrario infaliblemente, si vosotras los abandonáis.

Imp. Lemercier & Cie. Paris

S. VICENTE DE PAUL, PADRE DE LOS NIÑOS ABANDONADOS.

Grupo en mármol blanco en la Iglesia de S. Sulpicio en Paris. Escultura de M. Cavuchette, siglo XIX.

un diario de la casa: en él escribieron un día: «El pobre D. Vicente está transido de frío; en este momento llega con un niño; da lástima verle..... Dios mío, Dios mío, es menester tener muy duro el corazón para abandonar así á una criaturita!» En otro número se decía lo siguiente: «El aire es muy penetrante; ha venido á vernos don Vicente, y al momento ha ido á ver á sus amados pequeñuelos: maravilla escuchar sus dulces palabras: las criaturitas le escuchan como á un padre. Le he visto derramar lágrimas. Ha muerto uno de nuestros niños y ha exclamado: «He aquí un ángel, pero ¡cuán duro es no volverle á ver más!»

Por espacio de muchos años continuó designando la suerte por falta de recursos, los niños de la Cuna que debían recibirse en la casa de S. Víctor. Mas Vicente de Paul sufría en su corazón con tal procedimiento, pues él quería recogerlos á todos, salvarlos á todos. Por desgracia, el número de los abandonados iba creciendo, á medida que aumentaba el número de los adoptados. Por fin, decidióse el buen padre á imponer la nueva carga á sus Damas de la caridad. Congrególas en asamblea general y les expuso con tal viveza, cuán agradable sería á Dios la obra de los niños expósitos, y cuán saludable para ellas, que desde luego se comprometieron todas á poner manos á la obra. No era esto bastante: logró interesar también en ello á la misma reina. Acaeció por entonces que después de veinte años de oraciones y de esperanzas, la piadosa Ana de Austria acababa de dar un heredero á la corona de Francia. Para atraer las bendiciones del cielo sobre el futuro vástago, Luis XIII había puesto su persona y sus estados bajo la protección de la Santísima Virgen, y para cumplir su voto, iba la reina á edificar el bello templo de Val-de-Gracia á Jesús en su cuna: *Jesu nascenti Virginique matri.* ¿Qué momento más propicio podía darse, para interesar el corazón de la nueva madre, en favor de los desgraciados recien nacidos de la calle? Por mediación de la reina llegó Vicente á hacerse oir también del rey, y en dos veces concedió Luis XIII hasta 12.000 libras de renta á los pobres niños expósitos de París, «imitando la piedad y la caridad de Nuestro Señor y Padre, que son virtudes verdaderamente reales,» decía este monarca, que fué también un verdadero padre.

VISTA DE LA ISLA «S. BARTOLOMÉ» EN ROMA.—ESTADO ACTUAL.

Esta isla se llamaba antiguamente la isla *Tiberina;* encerraba un templo de Esculapio, en cuyas cercanías exponían los paganos de Roma sus esclavos enfermos ó incurables que perecían allí abandonados.

Empero las necesidades de la institución no cesaban de ir en aumento. Tan grande era el número de los niños acogidos, que llegó á ser el gasto de cuarenta mil libras. En vista de ello, las Damas de la caridad querían renunciar á la empresa. S. Vicente, que en aquellos momentos alimentaba á toda la Lorena, buscaba ó tomaba á préstamo dinero para su amada familia, al paso que la señora Le-Gras y sus hijas trabajaban con sus manos y lo daban todo para el sostenimiento de la casa. Á pesar de todo, la obra amenazaba caer. Entonces el hombre de Dios reunió en junta á las señoras, para resolver si había llegado el instante de abandonar ó de proseguir la empresa. «Libres sois, señoras mías, les dijo, en tomar una ú otra resolución..... mas antes de tomarla dignaos reflexionar en lo que habéis hecho y en lo que vais á hacer. Con vuestros caritativos cuidados habéis conservado hasta hoy la vida á un grandísimo número de niños que sin tal socorro la hubieran perdido para el tiempo, y tal vez para la eternidad. Estos inocentes, al aprender á hablar, han aprendido también á conocer y á servir á Dios, y los hay entre ellos algunos que comienzan ya á trabajar y á ponerse en estado de no ser gravosos á nadie. ¿No es verdad que tan bellos comienzos son presagio de más bella continuación todavía?» Aun vacilaba el auditorio, después de escuchar todas las razones que militaban en favor de la institución. Entonces el santo arrancó de su corazón el último argumento con la siguiente peroración tan elocuente como patética: «Ea, señoras mías, la compasión y la caridad os han hecho adoptar á esas criaturitas por hijos vuestros. Vosotras habéis sido sus madres, según la gracia, cuando los han abandonado sus madres según la naturaleza: ved ahora si estáis en el caso de abandonarlas. Cesad de ser sus madres para convertiros un momento en sus jueces: en vuestras manos están su vida y su muerte. Yo tomaré su representación y su defensa: es tiempo de pronunciar la sentencia, y de saber si renunciáis ya á tener misericordia para con ellos. Vivirán, si continuáis dispensándoles vuestros caritativos cuidados; morirán, por el contrario, perecerán irremisiblemente, si vosotras los abandonáis. La experiencia no os permite vacilar sobre este punto.»

Bajo la influencia de las exhortaciones del santo corrieron

abundantes las lágrimas, púsose en movimiento la caridad y la obra se salvó. Por el pronto, dió Luis XIII el castillo de Bicetre, para alojar allí á los niños expósitos; después se les transportó á una casa más higiénica del arrabal de S. Lázaro. Encargáronse de su educación doce Hijas de la Caridad, y para alimentar á los recién nacidos, se les entregaba á nodrizas del campo. Después del destete volvían los pequeños al asilo, para enseñarles á hablar y á orar, en tanto que los mayores aprendían, bajo la dirección de las Hermanas, á ejecutar algún trabajo manual, hasta que llegaban á la edad de tomar estado.

Tal fué el primer hospicio de los niños expósitos. Vicente de Paul había realizado maravillosamente la palabra del profeta: que si se encontraban madres bastante desnaturalizadas para olvidar y abandonar á sus propios hijos, la Providencia Divina se cuidaría de ellos y les proporcionaría mejores madres. Durante su vida sostuvo con sus consejos y con sus beneficios la obra fundada por él; haciendo el oficio de padre nutricio, visitaba con frecuencia á sus pequeñuelos, animando la solicitud de las Hermanas, excitando el celo de las señoras, y aportando las limosnas de la generosidad pública. Su solicitud se hacía extensiva también á las nodrizas del campo, pues las había colocado bajo el patronato de las cofradías de caridad; las hacía visitar en su propia casa por las Hermanas de la caridad, dependientes de la señora Le-Gras, ó por algunas señoras mensajeras de su ternura.

Para continuar la obra de Vicente de Paul, fué necesaria toda la intervención de un Luis XIV. Muerto el santo, tomó el rey á su cargo aquella grande empresa, y edificó el hospital de los Niños Expósitos. Tan sabiamente establecida quedaba la institución con los reglamentos de su imponderable fundador, que pasó desde la corte á todas las provincias con la misma organización. Tenía por complemento de su previsora sabiduría el torno, ingeniosa invención de la caridad cristiana, donde se recibía á los niños expósitos sin ver á la madre, sin conocer el secreto de la falta ó de la desgracia, y con el cual se evitaba que el temor de una revelación trajera en pos de sí un crimen.

No bastaba aquel cúmulo de obras para satisfacer al corazón de

Vicente: á la par que las necesidades de la infancia pesaban también sobre la sociedad las de la ancianidad indigente y desvalida. Nuestro santo sabía proveer á todo. Su corazón no sabía permanecer indiferente ante ningún infortunio, ni su genio organizador podía dejar ningún sufrimiento, sin enseñar á socorrerlo. Dios le presentó ocasión de trabajar también por los ancianos. Cierto piadoso noble de París, lleno de confianza en la caridad inagotable y llena de inventiva del gran intendente de los pobres, se le presentó un día para cumunicarle el designio de consagrar una considerable suma á cualquier obra de piedad, imponiendo por cláusula única el guardar sigilo sobre el nombre del bienhechor. Con su ordinaria prudencia, el santo se tomó tiempo para pensarlo; y después de haber reflexionado en presencia de Dios acerca del mejor empleo, que podía darse á la referida suma, no vaciló en emprender una nueva obra, no obstante ser ya viejo, achacoso y abrumado de negocios. Concibió el proyecto de fundar un hospital que sirviese de retiro á los pobres artesanos, reducidos por los achaques de la edad al estado de mendigos, considerando practicar por tal medio una doble obra de caridad; la de atender á la vez á las necesidades corporales y á las espirituales de aquellos desgraciados. Agradó la idea al donador, y la aceptó, sin otra condición que la de colocar la administración espiritual y temporal de la nueva fundación en manos del superior general de la Congregación de la Misión. Inmediatamente compró el santo dos casas y un gran terreno colindante en el arrabal de S. Lorenzo. Adquirió las camas, ropas y utensilios propios de un hospital, estableció una capillita, y con el dinero sobrante constituyó una renta anual, para sostener el establecimiento. Terminada la instalación, recibió en el local hasta cuarenta pobres ancianos, veinte hombres y veinte mujeres, y los colocó en compartimientos, que aunque separados uno de otro, estaban de tal modo dispuestos, que todos los asilados pudieran oir la misma misa, asistir á la misma lectura y recibir la misma comida desde sus departamentos respectivos, sin verse ni hablarse. Á fin de tenerlos ocupados según sus escasas fuerzas y aptitudes, hizo preparar talleres y herramientas convenientes para las diversas profesiones, queriendo que el trabajo reinara en la nueva casa. Por último, estableció para el servicio de

ella algunas Hijas de la Caridad, y les dió para limosnero un sacerdote de la Misión, siendo él el primero en dirigir á los pobres viejos, y en instruirlos, recomendándoles la unión entre todos, la piedad y el reconocimiento para con Dios. Hacíales ver que los había sacado el Señor de una extrema necesidad, y les había procurado un retiro apacible y dulce para su indigencia, así como ventajoso para su salvación.

La nueva casa de los ancianos se denominó Hospital del Nom-

GALERIO MAXIMIANO EMPERADOR ROMANO (292-311).

Copia de una medalla de su tiempo.—Para librar á Roma de los desgraciados y de los pobres, Galerio ordenó un día colocarlos en lanchas y sumergirlos en el Tíber.—Las tres diosas simbolizan los tres metales: oro, plata y bronce. (W. Fœhner, *Les Médaillons de l' empire romain.*)

bre de Jesús. Bien pronto empezaron las gentes á visitarlo, y la vista de aquel establecimiento tan bien reglamentado hizo pensar en la miseria y en el desorden de los mendigos, de que París estaba por entonces infestado. Sus calles ocultaban gran número de madrigueras y garitos infectos, donde se reunían de día y de noche miles de pobres, de vagabundos y de malhechores. Los patios de *los Milagros*, poblados de horribles truanes, eran verdaderas escuelas del crimen, inaccesibles á la policía. Todo el mundo se condolía de una plaga que deshonraba á la capital del reino cristianísimo, y amenazaba la seguridad pública. «Nadie podía discernir, decía Flechier, los pobres reales de los libertinos, ni se sabía al dar la limosna, si servía para alivio de la miseria ó para entretener la holgazanería. Veíanse tropas errantes de mendigos, sin religión y sin disciplina, que pedían con más obstinación que humildad, y que ro-

baban con frecuencia lo que no podían obtener, atrayendo las miradas del público con enfermedades simuladas, y perturbando la devoción de los fieles hasta en el interior de las iglesias. Las gentes habían de pasar por tales desórdenes, por creerlos imposibles de corregir; y en verdad necesitábase no poca sabiduría, para encontrar los medios de extinción, firmeza grande para vencer los obstáculos, recursos superiores para allegar los fondos y una piedad á toda prueba, para establecer un orden y una disciplina saludables entre aquellos hombres del todo emancipados.»

Lo que no había alcanzado el poder de Richelieu mismo, para combatir un mal de tales alcances, lo emprendió la caridad de su piadosa sobrina la duquesa de Aiguillón. Admirada del orden encantador que reinaba en el hospital del Nombre de Jesús, concibió el proyecto de un vasto hospital para encerrar en él los cuarenta mil mendigos y vagabundos de la capital. Lo había así manifestado á la reina y á muchas Damas de la caridad, quienes lo habían desde luego aprobado. Celebrada la primera junta de señoras bajo su presidencia, comunicó sus designios al venerable superior de la Misión, rogándole que las ayudase á realizarlos. «Dios, decía ella, que visiblemente estaba con él, y que había bendecido todas sus empresas bendeciría del mismo modo la nueva obra, si quería ocuparse en ella, y la haría triunfar al través de las dificultades en que habían fracasado los esfuerzos de potentes ministros y aún de los reyes.» San Vicente se inspiró como de ordinario en la prudencia, antes de comprometerse en asunto de tal importancia; pero el celo de las señoras precipitó la empresa. La reina hizo donación de los vastos edificios y de los jardines de la Salpêtrière; la duquesa de Aiguillón entregó cincuenta mil libras, y Mazarino, á petición de ella, ciento cincuenta mil. Con estas donaciones quedó fundada la obra, y el nuevo establecimiento recibió el nombre de Hospital general.

Movidas de su entusiasmo, querían las señoras hacerlo todo de una vez, y sin la suficiente premeditación. «Las obras de Dios, les decía el santo, se consuman poco á poco; tienen sus comienzos y sus progresos. Pues, ¿qué debemos hacer, respondían ellas? Proceder con suavidad, orar mucho y obrar de común acuerdo.» Hubieran querido aquellas buenas señoras que á los mendigos se les con-

LA HOSPITALIDAD.

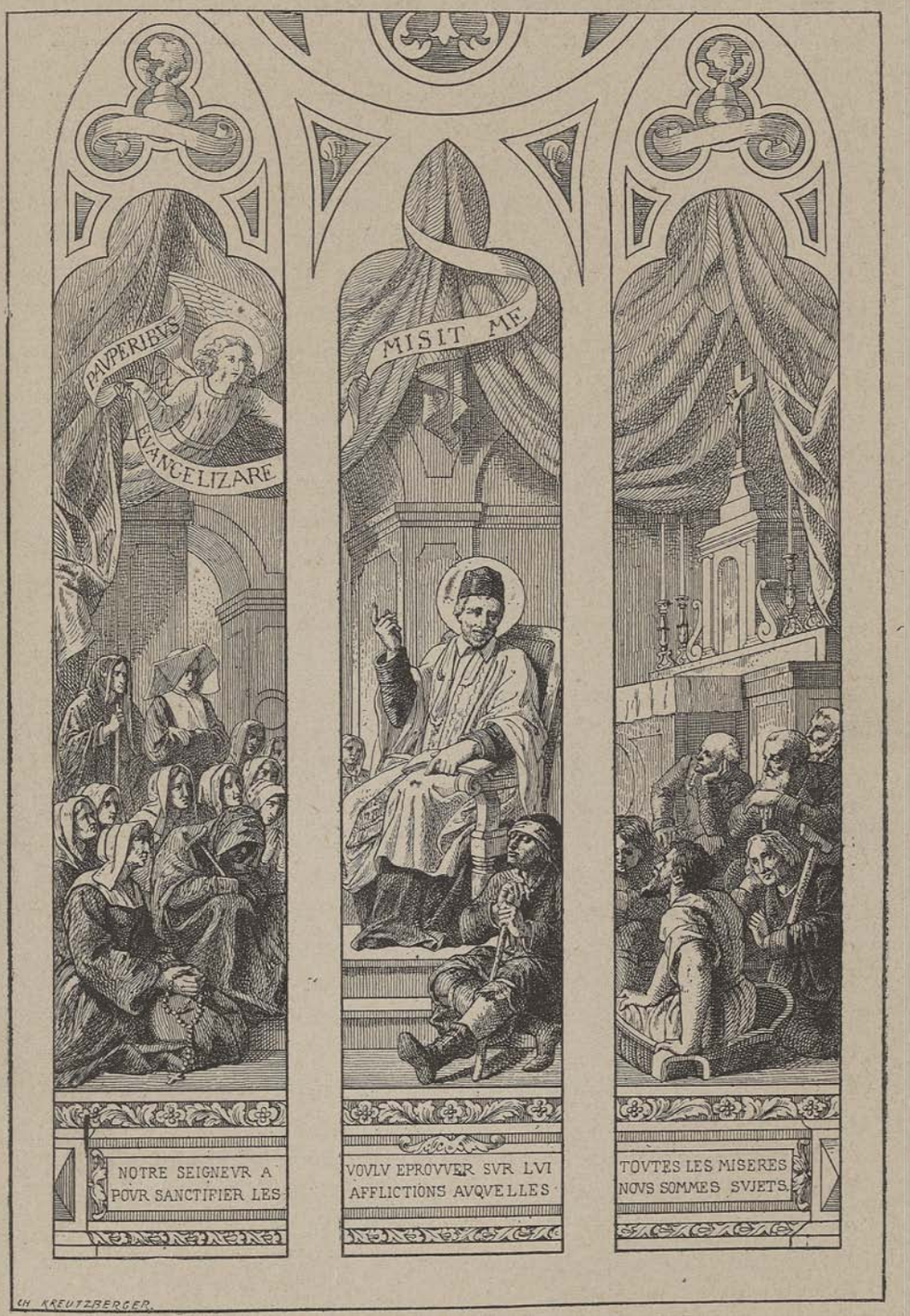
Jesucristo en traje de peregrino recibe la hospitalidad de dos religiosos dominicos — Fresco de Fra-Angélico en el museo de S. Marcos en Florencia, siglo xv.—Á Jesucristo mismo quería honrar S. Vicente, acogiendo á los pobres en S. Lázaro y en los hospitales.

dujera á viva fuerza para recogerlos en el nuevo hospital; mas el espíritu de mansedumbre del buen sacerdote rechazaba tal proce-

dimiento. «En mi sentir, les decía S. Vicente, no debe hacerse por ahora más que un ensayo, y tomar hasta ciento ó doscientos pobres, y aún esos de entre los que voluntariamente quieran irse presentando, sin hacer violencia á ninguno. El buen trato y el contento de esos pocos atraerán á los demás, y por tal medio irá aumentando el número en proporción de los recursos que la Providencia irá deparando. Procediendo así, estamos seguros de no extraviar ni entorpecer el buen propósito; mientras que adoptando la precipitación y la violencia como norma, podríamos oponer un estorbo á los designios de Dios. Si la obra es suya, llegará á feliz término y subsistirá; empero si es tan sólo de la industria humana, ni se desenvolverá con perfección ni durará mucho tiempo»

Detuvieron algún tanto en efecto la marcha de la obra, alguno que otro obstáculo. Por el pronto, el parlamento, temeroso de ver amotinados á los mendigos, hizo al principio alguna oposición; pero sus miembros más eminentes acabaron por tomar parte en la empresa, como lo verificó entre otros el presidente Pomponne de Bellievre, y tras de él su sucesor Lamoignón, viniendo por último á resolver todas las dificultades un edicto de Luis XIV, autorizando el hospital.

A imitación de los magistrados de Florencia, que viendo á su ciudad rica y poderosa, habían resuelto por decreto público edificar á la gloria de Dios un templo «de la más grande y espléndida magnificencia», el joven monarca, llevado de su reconocimiento por la protección visible del cielo y el buen éxito en sus combates, decidía por razones de exclusiva caridad, levantar en beneficio de los pobres mendigos, como miembros vivos de Jesucristo, el asilo más magnífico que jamás se hubiera visto. Tal era el célebre edicto de 1656, que echó los fundamentos del nuevo Hospital general, dotándole de un modo regio para siglos, con el concurso de las limosnas particulares. Los nuevos edificios fueron elevándose con rapidez; y apenas se hubieron terminado, la historia, la poesía y la elocuencia las celebraron á porfía, como una de las más grandes obras del siglo. «Encaminad vuestros pasos poco lejos de la ciudad, exclamaba Bossuet, y veréis esa nueva ciudad que se ha edificado para los pobres, el asilo de todos los miserables, la caja de



SAN VICENTE PREDICA EN EL HOSPITAL DEL NOMBRE DE JESÚS,

Vidriera de Cladius Lavergne, para la capilla del hospital de Tourcoing, siglo XIX. — El santo está instruyendo á los ancianos pobres acogidos en aquel hospital, fundado bajo sus auspicios y diligencia.

crédito del cielo, el banco donde á todos nos es dado asegurar nuestros bienes, y multiplicarlos con celestial usura. Ninguna otra puede rivalizar con esa ciudad; no, ni aun la soberbia Babilonia, ni aquellas tan renombradas ciudades, que levantaron los conquistadores. En ella se procura borrar de la pobreza toda la repulsión que inspira la holgazanería, y formar á los pobres según el espíritu del evangelio. Allí se educa á los niños, se acoge á las familias, se instruye á los ignorantes, para que reciban los santos sacramentos.»

El edicto en que se ordenaba el establecimiento de un Hospital general, para acoger á los pobres mendigos de la ciudad y de los arrabales, prohibía al mismo tiempo la mendicidad. «Para suprimir la mendicidad, dice Bossuet en su *Política sagrada*, es preciso hallar remedios contra la indigencia.» En efecto, el remedio se había encontrado en aquella ocasión, por cuanto los pobres á quienes se prohibía la vagancia por las calles y la industria de la mendicidad, encontraban en el hospital un alojamiento, y los medios de vivir y de emplear el tiempo. Ni la política debía dar más, ni la caridad podía obrar mejor. Cuando se iba á inaugurar el Hospital general y también la Salpêtriére, la *Grande* y la *Pequeña piedad*, Bicetre y otras dependencias, destinadas á los pobres, escribía lo siguiente nuestro santo: «Van á suprimir la mendicidad de París y á congregar á todos los pobres en lugares idóneos para entretenerlos, instruirlos y ocuparlos. Gran designio es éste, y muy difícil en verdad, y, sin embargo, está ya muy adelantado, y tiene la aprobación de todo el mundo. Muchas son las personas que le hacen cuantiosos donativos, y otras dedican á él sus servicios..... el rey y el parlamento lo han apoyado vigorosamente, y sin darme noticia de ello han destinado al servicio de los pobres á los Padres de nuestra Congregación y á las Hijas de la Caridad, con el beneplácito del señor arzobispo de París. No obstante, no nos hemos resuelto todavía á comprometernos en esos cargos, por no conocer suficientemente, si es la voluntad de nuestro buen Dios; mas si llegamos á aceptarlos será tan sólo al principio, con el objeto de hacer un ensayo.» El rey había nombrado, en efecto, director espiritual del hospital, al superior de la Misión, y director temporal al presidente del Parlamento de París. ¿Y quién otro, en verdad, merecía se-

mejante cargo, que quien había suministrado su modelo y redactado sus reglamentos? Sin embargo, no convino por muchas razones á Vicente de Paul ni á su congregación aceptarlo; mas se hizo sustituir por uno de los sacerdotes más celosos de la conferencia de S. Lázaro, el docto y piadoso Abelly, dejándole por cooperado-

LA PUERTA DE S. BERNARDO EN PARÍS.

Copia de un grabado de Meriand, siglo XVII.—Cerca de esta puerta, hoy destruida, se elevaba á orillas del Sena una antigua torre que S. Vicente de Paul, con permiso del rey Luis XIII, había transformado en hospital para los forzados de tránsito en París.

ras á las Damas de la caridad, á fin de que con su concurso y sus limosnas ayudasen eficazmente, como en efecto lo hicieron, al sostenimiento de la casa. Tan perfectamente cimentada quedó la institución del hospital creado por la duquesa de Aiguillón, y dirigido por S. Vicente de Paul, que no solamente quedó libre París de la mendicidad, por haberse dado acogida en él hasta veinte mil pobres por año, sino que sirvió de modelo á las principales ciudades del reino, las cuales por encargo de Luis XIV adoptaron el propio sistema.

Todas las cosas se encaminaban hacia la caridad en aquel noble

siglo de S. Vicente de Paul. Jamás se habían visto nacer á la vez tantas instituciones de beneficencia y tantas obras de piedad; jamás se había visto tan gran número de personas distinguidas por su nacimiento y por su mérito, hacer un uso más digno de sus riquezas. Efecto fué de la virtud de nuestro santo el haber suscitado ó atraído hacia su persona á tantas almas generosas, poseídas como él de la más ardiente solicitud. Rivalizaba entre todas con la admirable señora de Miramión, aquella gran duquesa de Aiguillón, que sólo fué grande, según frase de Flechier, para servir á Dios con nobleza, y que sólo fué rica, para asistir liberalmente á los pobres de Jesucristo.

Después de la misión de S. Vicente en Marsella, de que en otra parte hicimos mérito, había concebido el santo á una con Felipe de Gondí, el general de las galeras, el proyecto de fundar un hospital para los forzados, á quienes la enfermedad hacía más odiosa la reclusión en el presidio. Cuando Richelieu, vencedor en la jornada de las Dupas, se vió investido á la vez del poder civil y del de la marina, el antiguo limosnero general de las galeras interesó la piedad y la política del cardenal en pro de su pensamiento; mas el omnipotente ministro murió, sin haber logrado terminar aquella obra; á la duquesa su sobrina tocóle llevarla á feliz término con los bienes que le había legado, y con ayuda del santo director.

No era la miseria de los mendigos y de los forzados, la única que reclamaba una asistencia particular. Desde el comienzo de sus empresas, había habido entre las mujeres que rodearon á S. Vicente de Paul como una emulación piadosa en aplicarse á las diversas industrias de la caridad. Una de ellas, la señora de Pollalión, después de haber mostrado extraordinaria actividad en las juntas de constitución en París, había acompañado á la señora Le-Gras en sus expediciones rurales, vestida de sirvienta, para ayudarla á instruir y atender á los pobres. Posteriormente tuvo la inspiración de consagrarse de un modo particular á las pobres doncellas extraviadas y arrepentidas, y á las que su juventud, unida, á la indigencia y al abandono de su familia, exponían á seguro peligro. Como no bastara su fortuna para semejante piadosa empresa, se la veía ir á pie por las calles, recogiendo limosnas entre sus amigas y perso-

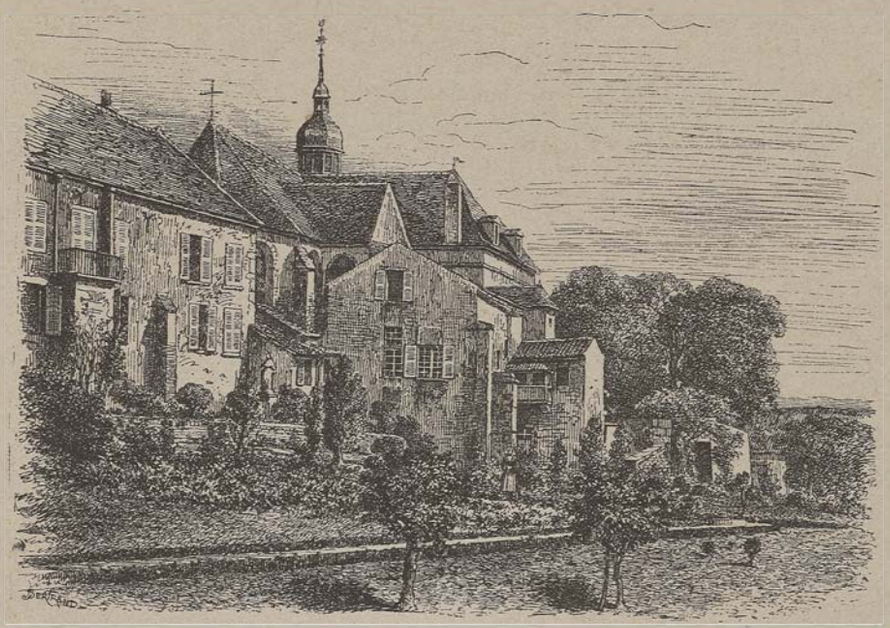
VISTA DEL HOSPICIO DE LA SALPÈTRIÉRE, EN PARÍS.

Copia del dibujo de Rigaud, siglo XVII.—S. Vicente fué el alma de esta grande fundación, destinada á servir de asilo á los ancianos de ambos sexos. Ana de Austria hizo donación de los edificios y de los jardines, la duquesa de Aiguillón dió cincuenta mil libras, y Mazarino, á petición suya, ciento cincuenta mil. En alabanza de la Salpêtriére pronunció Bossuet el famoso panegírico de S. Pablo, reputado por su obra maestra.

nas generosas. Tampoco esta buena obra, ni ninguna otra pareció posible sin el concurso del buen señor Vicente; y también se llevó á feliz término con su ayuda. El Hospital de la piedad, del que era entonces superior, ofrecía un asilo perfectamente indicado para aquellas desgraciadas jóvenes. En un principio reunió allí la referida señora hasta unas cuarenta, manteniéndolas á sus expensas. Esto fué el punto de partida de una obra mucho más importante, que pronto se tornó en congregación religiosa, y á cuyo éxito contribuyó el venerable padre. Al propio tiempo la señora Miramión, inspirada asímismo por Vicente de Paul, alcanzaba de la policía algunas de las jóvenes perdidas, á quienes querían encarcelar para escarmiento de las otras; alquilaba una casa para ellas en el arrabal de San Antonio, y fundaba una escuela de virtud, de la que salían aquellas infortunadas criaturas no sólo arrepentidas, sino con medios honrosos de existencia. Vicente había ya contribuido más directamente todavía á una institución del mismo género, iniciada por un rico tabernero de París, Roberto de Mortry, y realizada por la marquesa de Maignelay. Esta piadosa dama, una de las más generosas tesoreras de Vicente de Paul, mereció por su desprendimiento ser llamada la fundadora de la nueva casa de retiro de la Magdalena, establecida cerca del Temple. Empero su generosidad no era suficiente para mantener la obra. En vida de S. Francisco de Sales se le había rogado que confiase el cuidado de aquella casa á las Hijas de Santa María, por parecer las más idóneas para dirigir á aquellas pecadoras penitentes. «Más tarde tal vez, había respondido el santo obispo; aun no es tiempo.» La sazón llegó con San Vicente de Paul. Siendo superior de las hermanas de la Visitación, no vaciló en imponerlas una obra capaz de atemorizarlas por el pronto; por supuesto, después de haber consultado largamente el asunto y de haberlo encomendado á Dios, según costumbre. Bajo la influencia de sus consejos, fuéronse desvaneciendo las dificultades de tamaña empresa, y la casa de las Penitentes de la Magdalena llegó á ser una verdadera comunidad de religiosas, á la que siguieron otras semejantes en Ruan y en Burdeos. A fines de su vida había concebido el proyecto de un gran hospital, destinado á las mujeres y á las jóvenes abandonadas, y también

á las que habían adquirido alguna enfermedad por su vida licenciosa. Sorprendióle la muerte demasiado pronto; mas no por eso cayó en olvido su pensamiento.

¿En qué más podía pensar el santo varón, después de ocuparse



EL HOSPITAL DE ALISIA-SANTA-REINA, EN BORGOÑA.

Estado actual tomado de una fotografía.—Este hospital fué fundado por consejo de S. Vicente, quien le colocó desde luego bajo el patronato de la reina Ana de Austria.

del bienestar de los ancianos y de los enfermos, de los mendigos y de los presidiarios, de los niños expósitos y de las mujeres de mala vida? No era bastante todo esto para su asombrosa caridad: también tuvo presentes á los peregrinos, y á los transeuntes enfermos y necesitados, objeto de tan tierna compasión en la edad media. Alisia, la villa de Borgoña, que disputa á Alesia el honor de haber servido de último baluarte á la independencia de los galos, poseía aguas termales y una tumba ilustre, á donde anualmente concurrían gran número de enfermos y peregrinos. Un hombre acomodado de París, llamado Noyers, que había ido con su mujer en

busca de la salud al sepulcro de Santa Reina, la gloriosa virgen y mártir de la Borgoña, quedó profundamente conmovido, cuando vió allí tantas personas, reducidas, después de las fatigas del viaje, á tenderse en el suelo, ó á buscar alojamiento en las casas de campo, y lo que era peor, á la carencia hasta de los consuelos espirituales de la peregrinación. Este piadoso extranjero había resuelto, en compañía de un sacerdote de la Doctrina cristiana, y de muchas otras personas caritativas, ir á establecerse en Santa Reina, para auxiliar allí á todos aquellos transeuntes. Parecióles al principio su proyecto muy superior á sus recursos, porque había necesidad de construir y dotar una hostería cristiana. Ante tal necesidad, Noyers y algunos de sus consocios recurrieron al gran intendente de los negocios de la Providencia, á Vicente de Paul, quien alabó el designio, si bien lo encontró difícil. Reuniéronse todos en S. Lázaro, y consultaron á Dios, practicando al efecto unos días de retiro espiritual. Al fin, el santo anciano los reunió nuevamente, y les declaró que su designio era cosa del cielo, y que era preciso emprenderlo. ¿Mas cómo hacerlo con recursos insuficientes? ¿Había de comenzarse desde luego? En medio de la deliberación, exclamó nuestro santo: «Incontinenti: ¡bendito sea Dios! Él quiere indudablemente esta obra. Tened confianza en su bondad; esperadlo todo de su providencia; poned resueltamente manos á la obra, y echad los cimientos de un hospital, sin preocuparos de otra cosa que del buen servicio de los pobres. Dios hará lo demás.» Edificóse en efecto, el hospital de Santa Reina, y todavía subsiste. Vicente de Paul llevó á la nueva obra sus oraciones, sus limosnas y sus Hijas de la Caridad; procuróle además la protección de la reina regente, y rentas suficientes para que el establecimiento pudiera anualmente recibir, además de tres ó cuatrocientos enfermos, más de veinte mil peregrinos y extranjeros.

S. Lázaro reunía todas las obras hospitalarias de la época, emprendidas con el concurso de su venerable superior. No era tan sólo la casa madre de la Misión, ni un seminario para la congregación, ni un lugar de ejercicios espirituales para los eclesiásticos y para las personas del mundo; era además un asilo para todos los géneros de aflicción y á manera de una escuela universal de caridad.

Leprosos arrojados del mundo, enfermos sin familia, infelices locos que eran carga de sus parientes, jóvenes libertinos arrancados de la ignominia de la prisión, y conducidos á la escuela del arrepentimiento, mendigos recogidos en la calle; en una palabra, allí se congregaban todos los infortunios y todas las miserias de la vida. A todos aquellos desgraciados recibía Vicente con la mayor ternura;

OBRA DE MISERICORDIA: DAR POSADA AL PEREGRINO.

Copia de Abraham Bosse, siglo XVII.—S. Vicente ejerció hasta su muerte la más amplia hospitalidad. Sacerdotes y laicos, ricos y pobres eran recibidos en S. Lázaro, y cuando faltaba alojamiento, cedíales el santo hasta su propia habitación.

empero su amor particular tenía por objeto á los más desdichados de todos, á los locos. «Bendigamos á Dios, señores y hermanos míos, decía á los de su congregación, y démosle gracias por habernos dedicado á cuidar á estas pobres gentes, privadas de razón y de guía; porque sirviéndolos á ellos, tenemos ocasión de ver y palpar cuán grandes y variadas son las miserias humanas, y á su vista nos encontraremos más dispuestos á trabajar en provecho de nuestros

prójimos, y nos consagraremos con tanto mayor celo á cumplir nuestras respectivas funciones, cuanto mayor experiencia tengamos de lo que es el sufrimiento. Por tal razón, yo suplico á los que están empleados en cuidar de estos desgraciados que tengan particular esmero en atenderlos, y á la Compañía que los encomiende á Dios con frecuencia, y que aprecie en mucho la ocasión que ellos le presentan de ejercitar la caridad y la paciencia para con tan pobres gentes; si así no lo hiciéremos, nos exponemos á los castigos de Dios. Sí: debemos esperar que caiga la maldición sobre la casa de S. Lázaro, si se desatiende el justo cuidado que debemos tener de ellos. Ante todo recomiendo que se les alimente bien; por lo menos tan bien como á la comunidad. Gustoso me privaría de mis alimentos para que á ellos no les faltasen.»

Aquel buen padre, que durante la noche iba recogiendo por las calles á los niños abandonados, también se hacía reclutador de los hospitales. En los últimos años de su vida, cuando le agobiaban los negocios y la edad, y las enfermedades le traían ya abrumado, sirvióse á veces de un coche que la duquesa de Aiguillón le había obligado á aceptar. Aquella era la famosa carroza del señor Vicente, tan conocida de todo París, y convertida por la caridad del santo en lo que alguno llamó coche público, pues si topaba con algún pobre ó con algún enfermo, le hacía subir á su lado, y le conducía á domicilio ó al Hospital general. Un día había recogido á una pobre mujer tendida en tierra y abandonada por los transeuntes; al poco rato perdió el conocimiento la infeliz, y S. Vicente ayudó desde luego á bajarla del coche, la hizo traer un cordial, y una vez repuesta, dió dinero á algunos hombres, para que la condujesen al hospital, entregándoles una carta de recomendación. Otra vez, atraído por los gritos desgarradores de un niño herido en una mano, bajóse del coche, se informó de su estado, le condujo á un cirujano y una vez hecha la cura, le llevó al seno de su familia. En otra ocasión, al entrar en S. Lázaro, donde le aguardaban siempre grupos de desgraciados, encontró á algunas ancianas á quienes prometió limosna; mas la multitud de negocios urgentes que le asaltaron le hicieron olvidar su promesa. Pasado un rato, vino el hermano portero á advertirle que le esperaban, y entonces volvió inmediatamente el

EL RESPETO DE S. VICENTE DE PAUL PARA CON LOS POBRES.

El santo se postra de rodillas en la puerta de S. Lázaro, ante varias pobres á quienes habia prometido limosna, y les pide perdón por haberlas hecho esperar.—Composición y dibujo de M. Gaillard, en Paris: siglo XIX.

santo á donde estaban los pobres, y postrándose de rodillas, con la mayor humildad les pidió perdón por haberles olvidado, y les entregó su limosna. Estos y otros rasgos parecidos se repetían diariamente. No contento con socorrer á los pobres, quería honrarlos, y había tomado la costumbre de hacer sentar dos de ellos á su lado en la mesa todos los días, y era tal su respeto para con esos miembros vivos de Jesucristo, que quería que sus sacerdotes los considerasen como á sus maestros y señores, y así los llamaba él mismo.

Dado enteramente á los pobres, sólo para ellos vivía y trabajaba. Su caridad se difundía desde S. Lázaro á la ciudad entera. Allá concurrían todas las necesidades y también salían de dicha casa todos los socorros; así es que aquella casa podía llamarse á la vez hospital, granero de abundancia, penitenciaría, refugio, gracias á la inagotable solicitud del amoroso padre para con las miserias espirituales y corporales de la humanidad. Venía á ser como un compendio de la gran historia de la caridad en la Iglesia, y el resumen de todas las fundaciones del santo, así como también un modelo para todas las instituciones de beneficencia.

EL COLLAR DE LOS NIÑOS EXPÓSITOS DE PARÍS.

Este collar se les coloca á los niños á su entrada en el hospicio.—La medallita que le acompaña lleva en una cara la efigie de S. Vicente de Paul, y en la otra un número de orden.

III.

LA ACCIÓN.

LAS MISIONES.

San Vicente de Paul misionero.—Organización de las misiones rurales —Virtudes y cualidades de los misioneros.—La predicación según el santo.—Su conducta para con los herejes y los infieles.—Los imitadores de Vicente de Paul.—Frutos del nuevo apostolado.—Misiones en la corte y en el ejército.—Las misiones en el extranjero: en Italia, en Berbería, en Irlanda, en las Hébridas, en Polonia, en Madagascar.

NTE las ruinas y largas perturbaciones que habían ocasionado la Reforma y las guerras del siglo XVI, se hacía indispensable evangelizar de nuevo la Francia. En los campos, sobre todo, el daño espiritual era extraordinario, según dijimos en otro capítulo; la fe había desaparecido con las prácticas religiosas, y la perversidad de las costumbres había reemplazado á la sencilla honestidad de otros tiempos. Las misiones que Vicente de Paul había tan humildemente comenzado, para lograr la salvación de algunos aldeanos, fueron uno de los principales instrumentos de la restauración religiosa de aquel siglo. Con la congregación de la misión hízose extensivo el nuevo apostolado á una multitud de aldeas. Por espacio de quince años fué Vicente de Paul su más diligente propagador. Convencido por experiencia de la necesidad suma que tenían las

gentes del campo de ser instruidas en lo necesario para su salvación, dedicóse con celo siempre ardiente á tan santo ministerio. En su insaciable caridad, hubiera querido abrazar las necesidades de todas las almas, y multiplicarse en todos los lugares á la vez en términos, que cuando se veía obligado á regresar á París, parecíale, al aproximarse á la ciudad, que sus puertas debían caer sobre él y aplastarle. «Tú te vas, se decía á sí mismo, y no reparas que otros pueblos esperan de ti el mismo socorro. Si no te hubieras encontrado allá, es verosímil que tales y cuales personas se hubieran perdido y condenado, por morir en el estado en que tú las encontraste. Empero, si has encontrado tales y cuales pecados en aquella parroquia, ¿no hay razón para pensar que se cometen iguales abominaciones en la parroquia vecina, donde esperan la misión aquellas pobres gentes? ¡Y sin embargo, tú te marchas! Tú las abandonas. Si mueren sumidos en sus pecados, tú serás en cierto modo causa de su perdición, y debes temer que Dios te castigue por ello.» Así se estimulaba á dar las misiones aquel infatigable apóstol, y con iguales razones invitaba á los demás á tomar parte en ellas, sintiendo un inmenso deseo de salvar á tantas pobres almas abandonadas. Cuéntanse por centenares las que dió personalmente, siendo mucho más numerosas las que dirigió ó inspiró.

Después de haber tomado posesión de S. Lázaro en 1632, aunque imposibilitado con frecuencia por multitud de negocios de dedicarse á su amado ministerio de los campos, atendió á las innumerables misiones que daban los sacerdotes de su congregación en toda la extensión del reino, y en ellas como en todas sus creaciones resplandeció su genio verdaderamente práctico.

En cada misión el sistema adoptado consistía ante todo en obtener la licencia del obispo diocesano y el consentimiento del cura de la parroquia, tras de lo cual seguía la presentación de un sacerdote destinado á preparar el camino. El primer domingo anunciaba á los habitantes la próxima llegada de los misioneros, les recordaba los principales deberes del cristiano y las faltas opuestas, abría los corazones á la penitencia, y los disponía para una buena confesión. Algunos días después llegaban los otros enviados en número de tres, por lo menos. Habíanse estos preparado antes de su partida

con el retiro y la oración, llevando además la bendición del superior y sus instrucciones particulares. «Cartujos en la casa, apósto-

CABEZA DE LA VIRGEN DE MARCHAIS (PICARDIA).

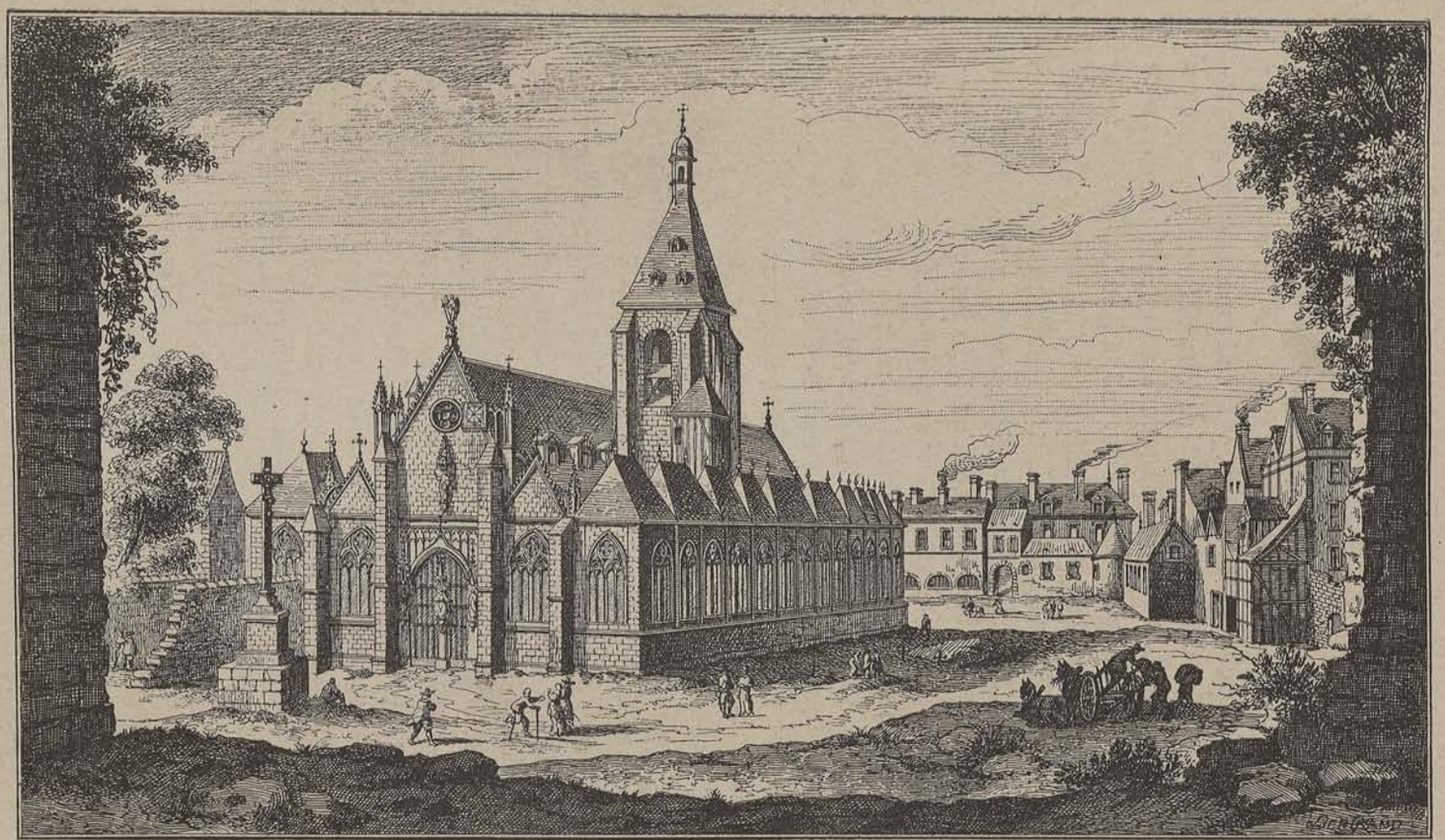
Escultura del siglo XIV conservada en el museo de la Misión en París.—Un protestante á quien el santo quería convertir, le había dicho públicamente que no reconocía virtud alguna en semejante imagen; S. Vicente le hizo contestar por medio de un niño del catecismo que las imágenes no tenían en sí mismas ninguna virtud; pero que servían para recordarnos á Dios, á la Santísima Virgen y á los santos. Oído ésto, hizo el protestante su abjuración.

les en los campos,» tales eran los predicadores que Vicente de Paul enviaba al pueblo de las aldeas para convertirlo. La primera diligencia de los misioneros, después de haber recibido las órdenes y los consejos del cura párroco, era atender á los pobres y á los

niños, sin abandonar en medio de sus trabajos la observancia del reglamento de la congregación. Venían después los ejercicios de la santa misión, que eran en número de tres: un sermón muy de madrugada, para dejar libres á los pobres jornaleros en sus faenas; una explicación elemental del catecismo después del mediodía para los niños, y una enseñanza doctrinal extensa por la noche para toda la parroquia. La materia ordinaria de las predicaciones eran la penitencia, el fin último del hombre, la muerte, el juicio, los vicios y los defectos más comunes de los campesinos, la oración, la frecuencia de los sacramentos, la devoción á la santísima Virgen, las virtudes cristianas, etc. Para las explicaciones doctrinales reservaban los principales dogmas y misterios de la religión, así como los mandamientos, el símbolo y los sacramentos.

Duraba la misión quince días al menos, y á veces hasta tres y cuatro semanas, para dar tiempo á los buenos resultados. Durante todo ese tiempo se oían las confesiones, y al final de todo se preparaba también á los niños. La comunión general del último día, á la cual eran admitidos los niños de la primera comunión, se verificaba con toda la preparación y solemnidad propias de tal acto, y al día siguiente por la mañana se terminaban los ejercicios con una misa de acción de gracias. Durante su estancia en la población visitaban los sacerdotes á los enfermos, especialmente á los pobres, con particular cuidado de sus almas; también visitaban á los maestros y maestras de escuela, dándoles consejos para encaminar á la juventud á las buenas costumbres y á la piedad; daban conferencias espirituales á los sacerdotes de las cercanías sobre los deberes de su estado, intervenían en arreglar las diferencias de las familias, en restablecer la paz, y por fin, instituían la cofradía de caridad. Terminada la misión iba uno de ellos á dar cuenta de todo al prelado, y los demás regresaban á la comunidad para prepararse en el retiro á nuevos trabajos.

Tal era el plan de campaña de la pacífica milicia de los soldados de Dios, con la cual reconquistó Vicente, pueblo por pueblo, una parte de Francia al Evangelio. Para realizar tan santa conquista, formaba aquel gran celador de la fe misioneros á su imagen, enseñándoles las virtudes del apostolado. Ante todo les comunicaba



VISTA DE LA ANTIGUA IGLESIA DE S. SULPICIO EN PARÍS.

Copia de un grabado de Meriand, siglo XVII.—Esta iglesia, emplazada donde existe la actual del mismo nombre, formaba como el centro del arrabal de S. Germán, donde no se veía entonces más que depravación y latrocinios. Una misión predicada en S. Germán por los sacerdotes de la conferencia de S. Lázaro, bajo la dirección de S. Vicente de Paul, transformó completamente este arrabal.

un ardiente amor á los pobres, un santo celo por su vocación. «¡Oh, Dios mío! les decía entre otras cosas, desgraciados de nosotros si somos tibios en servir y en socorrer á los pobres! Porque después de haber sido llamados por el Señor, y de habernos entregado nosotros á él con ese fin, descansa en cierto modo su Divina Majestad en nosotros..... juzgad si no hay razón para temblar, si llegamos á flaquear en este punto, y si á causa de la edad, ó bien bajo pretexto de alguna enfermedad ó indisposición, llegamos á degenerar de nuestro primer fervor. En cuanto á mí, no obstante mis años, no me tengo por excusado de la obligación de trabajar en servicio de los pobres; ¿porque quién me lo podría impedir? Si no puedo predicar todos los días, predicaré tan sólo dos veces por semana; si no tengo bastante fuerza para hacerme oir en las grandes iglesias, hablaré en las pequeñas, y si ni aún para esto me alcanzase la voz, nadie me impediría hablar sencilla y familiarmente á esas buenas gentes, como lo hago en la actualidad, haciéndolas aproximarse y colocarse en derredor de mí, como lo estáis vosotros.»

En la humildad y en la perfecta negación de sí mismos habían de aprender los misioneros á convertirse, á imitación de Jesucristo, en evangelistas de los pobres. Vicente de Paul les predicaba sin cesar la dulzura y la paciencia para con los demás, recomendándoles para consigo mismo la confianza en Dios, el abandono en manos de la Providencia, el desapego de las cosas terrenales, la santa indiferencia para con los empleos, los lugares, las personas, la continua mortificación de cuerpo y de espíritu; en una palabra, todas las virtudes cristianas y apostólicas. Quería, ante todo, en sus misioneros hombres de fe, de oración y de virtud, por cuanto los quería exclusivamente ocupados en el ministerio de las almas. La ciencia no era á sus ojos su negocio, por más que procurase que fueran sólidamente intruidos en la teología y en las materias de controversia. A uno de sus primeros colegas, muy versado en las lenguas orientales, el señor de Condray, que se hallaba en Roma para asuntos de la misión, escribióle con el objeto de desviarle de trabajos eruditos de lingüística que se le encargaban: «No penséis en ellos, señor mío, os lo ruego con encarecimiento: semejantes obras alimentan la curiosidad de los sabios, pero de

nada sirven para la salvación del pobre pueblo, al que la Providencia nos ha destinado. Os basta hallaros en condiciones de defender la divinidad de Nuestro Señor en este reino, cuando seáis á ello llamado. Hay actualmente en Francia pobres que os tienden las manos, y que de la manera más tierna os están diciendo: «Ay

LA CASA DE LA MISIÓN EN ROMA.

Fué fundada en 1642 por la señora duquesa de Aiguillón, quien la hizo muchas y ricas donaciones. Dueño de Roma después de la invasión de 1870, el gobierno piamontés se apoderó de una parte de este monumento de la caridad francesa, para instalar en ella las oficinas de la Cámara de diputados italianos.

«de mí, caballero, vos habéis sido escogido por Dios para contribuir «á nuestra salvación; tened, por lo tanto, piedad de nosotros, ayu- «dadnos á salir del triste estado en que nos encontramos. Largo «tiempo hace gemimos en el pecado, en la ignorancia y en las ti- «nieblas: para salir de tal miseria, no tenemos necesidad ni de ver- «siones siríacas, ni de versiones latinas. Vuestro celo y la humilde

«jerga de nuestras montañas serán suficientes para librarnos de «nuestros males. Sin eso, corremos el peligro de perdernos.» Con ese mismo pensamiento prohibía Vicente de Paul á sus sacerdotes componer, y sobre todo publicar obras, porque no quería que salieran de la modesta condición de la Compañía, ni que viniera cosa alguna á distraerlos de su función principal.

Del mismo modo que desdeñaba para los suyos las vanas ventajas de la ciencia, menospreciaba también los artificios de la elocuencia humana. Aquel gran servidor de Dios, lleno como estaba de un espíritu verdaderamente apostólico, quería que sus misioneros se formasen para la oratoria, más bien en la oración que en el estudio de la retórica. «La oración, decía él, es un gran libro para el predicador: de ella sacará las verdades divinas en el Verbo eterno, manantial de aquélla, para esparcirla después entre las gentes; por medio de la oración adquirirá la habilidad de tocar los corazones y convertir las almas.» El perfecto misionero no debía tener otro modelo para hablar al pueblo que Jesucristo, el cual se servía de un lenguaje sencillo y al alcance de todo el mundo, y explicaba las verdades del evangelio por comparaciones familiares. «No temáis, decía, anunciar á los pueblos las verdades cristianas con la sencillez del Evangelio y de los primeros obreros de la Iglesia..... La reputación de la Compañía debe estar basada en Jesucristo, y la manera de alcanzarla, es conformarse á él y no á los grandes predicadores....: no los tenemos, á la verdad..... y si aspiramos á instruir al pobre pueblo, para salvarle, y no para hacer valer nuestras personas y para recomendarnos, no nos falta talento suficiente para ello; cuanta más sencillez y caridad empleáremos en nuestro ministerio, mayor gracia de Dios alcanzaremos para el buen éxito. Es preciso predicar á Jesucristo y las virtudes, como lo han hecho los Apóstoles.» También quería el Santo la sencillez del discurso hasta en la voz y en el accionado del predicador; proscribía no menos el tono de declamación, que la sutileza de los conceptos y el empeño en buscar efectos. Él era el modelo de aquella elocuencia del todo apostólica inspirada en el Evangelio y penetrada del amor de las almas. Hablaba humildemente, con ingenua naturalidad; pero al propio tiempo con fuerza y unción, y con tales

cualidades alcanzaba con más seguridad la verdadera elocuencia, que procurando presentar con delicada composición pensamientos bellos, ó levantando pomposamente la voz. A fin de mantener á su congregación en las sabias prácticas del púlpito, compuso un método familiar y sencillo, que denominaba su pequeño método, el cual es, como todos los reglamentos en que puso su mano, una obra maestra de buen sentido. Así enseñaba Vicente de Paul á sus hermanos las virtudes que forman los apóstoles, y las cualidades que distinguen á los buenos predicadores.

Formados en esta escuela, llevaban á todas las misiones su espíritu y sus ejemplos, pudiendo asegurarse que el Santo hablaba en ellos, que su fe inspiraba sus discursos, y que su caridad llenaba sus corazones. Cuanto más se desarrollaba la congregación de S. Lázaro, más se multiplicaban las misiones, y cada nueva misión se convertía en un nuevo centro de predicación. Toul tuvo la primera, y la Lorena sintió bien pronto sus preciosos beneficios; seguidamente se constituyeron en muchas otras ciudades. El cardenal de Richelieu fundó en la de su nombre la casa-misión, para dejar de este modo un monumento de su piedad, y demostrar la estimación que le inspiraba nuestro Santo. Por su parte, la duquesa de Aiguillón, cuyas liberalidades eran inagotables, había también establecido antes que él otra misión de cuatro sacerdotes en la ciudad de su título ducal, y los obispos solicitaban por todas partes la presencia de sacerdotes de S. Lázaro, mientras que algunos generosos bienhechores, entre ellos el ilustre comendador Sillery y Santiago de Chordón, contribuían á su establecimiento. Luis XIII los protegía tanto como los estimaba. Dueño de Montpellier, como consecuencia de una victoria que ponía á raya las maquinaciones de los calvinistas, después de haber concedido la paz á los sectarios sublevados, y con el objeto de alcanzar la total pacificación, hizo predicar en la ciudad una misión á los hijos de san Vicente de Paul. Más tarde, apenas hubo alcanzado el piadoso rey la soberanía de Sedán, completamente infestada de la herejía, hizo dar también á sus expensas otras misiones, y con los restos de sus donaciones reales, se llegó á fundar allí una casa de sacerdotes de la congregación. En todas las diócesis hacíanse acreedores los mi-

sioneros á los elogios que el grande obispo de Meaux prodigaba á los que había establecido en Crecy el rey Luis XIII como nueva demostración de su benevolencia para con las misiones. «En cuanto á Nos, Santísimo Padre, escribía Bossuet á Clemente XII, conservamos del venerable Vicente de Paul un recuerdo tanto más caro y más duradero, cuanto le vemos todavía vivo en su congregación y en nuestra diócesis. Vivimos con sus discípulos, nuestros hermanos en el sacerdocio; con ellos trabajamos, regocijándonos en el Señor de verles alimentar la grey á Nos confiada con su doctrina y sus ejemplos, empleando un celo incesante é infatigable.» (1).

De año en año veía el buen padre ensancharse la pequeña compañía, cuyos destinos había tan humildemente confiado á la Providencia. Vanamente se empeñaba en que participara de ella tan sólo el pobre pueblo de los campos: el voto del clero y de las poblaciones forzaba su humildad, y veíase precisado á enviar sus sacerdotes, para multiplicar sus obras, á las principales ciudades; entre ellas á Troyes, Agén, Treguier, Metz, Narbona, Amiens, Noyón, Saintes. De tales centros partía después la organización anual de las misiones de los campos. S. Lázaro enviaba apóstoles hasta los límites del reino, y con preferencia á los países más infestados de la herejía. Ascendieron á más de setecientas las misiones ordenadas directamente por su venerable superior, y á miles las que dieron otras casas establecidas en más de veinticinco diócesis. Durante cuarenta años fué evangelizada Francia desde Amiens hasta Marsella, y desde Sedán á Treguier, bajo la dirección del Santo, quien no solamente formaba sin cesar nuevos obreros evangélicos, sino que los seguía adonde quiera que fuesen con sus consejos y exhortaciones. Ellos á su vez le ponían al corriente de sus trabajos, del éxito de sus misiones, y de las necesidades que iban encontrando. Retenido en París por la multitud de sus ocupaciones, cada día más numerosas, envidiaba la felicidad de sus hijos, y aspiraba á tomar parte en unos trabajos que ya no correspondían á su edad. A uno de ellos le decía que hubiese querido ir á las montañas de

(1) Estas frases son de la carta dirigida por Bossuet al Papa Clemente XII, impetrando la canonización de Vicente de Paul. (N. del T.)

LUIS XIII CONCEDE LA PAZ Á LOS SUBLEVADOS PROTESTANTES

DELANTE DE MONTPELLIER.

Copia de un grabado de C. N. Cochin, siglo XVII.—Luego de tomada la ciudad, quiso Luis XIII que se predicara en ella una misión por los sacerdotes de S. Vicente. (Véase pág. 189). Estos mismos sacerdotes fueron bien pronto llamados á todos los puntos del reino.—Los trajes, imitados de la antigüedad, que se atribuyen aquí á los personajes, atestiguan la influencia del renacimiento pagano del siglo XVI.

GRANADA · ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL ·

la Loceria, para trabajar allí hasta su último suspiro. «¡Cuán grande es mi confusión, escribía á otro, al verme tan inútil en el mundo en comparación de vosotros!..... os lo aseguro, señor mío, no puedo contenerme; os debo confesar ingenuamente que al pensar en ello, siento cada vez nuevos y vehementes deseos de poder ir, á pesar de mis pequeños achaques, á concluir mi vida entre esas breñas, ó trabajando en alguna aldea; y me parece que sería muy dichoso si pluguiese á Dios concederme semejante gracia.» Un año antes, haciéndose superior á algunos accesos de fiebre y á sus 77 años, había dado la misión de Rouil con el ardor de sus primeros años, y aun quería emprenderla en otros puntos; de modo que hasta su último suspiro fué siempre en la Compañía el promovedor de la obra de las misiones.

El impulso de ellas estaba dado, y encendido además el celo apostólico de los suyos. Una santa emulación iba difundiéndose en todas partes, y en muchas diócesis formábanse, á ejemplo de la congregación, compañías de misioneros, en tanto que otras comunidades solicitaban afiliarse á la de S. Lázaro para trabajar también en sus obras. Un discípulo de Vicente de Paul, Luis Calón, de los más celosos por las misiones, trabajó unas veces por sí solo, otras en unión con los lazaristas, en las diócesis de París, de Rouén, de Meaux, de Chartres y de Senlís. Murió en Vernón, extenuado de trabajos y de penitencias, y disputado por los hijos de S. Francisco al amor y al reconocimiento de S. Vicente de Paul. También Olier, gran servidor de la Iglesia, había principiado su carrera en las misiones, después de haber sido discípulo de S. Vicente; más tarde llegó á ser fundador de la compañía de S. Sulpicio, en la cual alcanzó muy ópimos frutos, que acostumbraba á referir á su maestro.

Esparcidos en la Auvernia y en el Langüedoc, predicaron con frecuencia los misioneros de S. Lázaro en las cercanías de los lugares evangelizados por el heroico Francisco de Regis, aquel santo tan semejante á S. Vicente de Paul. Á imitación del fundador de la Misión, el gran apóstol del Velay y del Vivarais, habíase consagrado de un modo particular á la instrucción de las gentes del campo, prefiriendo tambien los países asolados por la herejía; y lo propio que él unía á la enseñanza la asistencia de los pobres; émulo

de su caridad, parecía haber adoptado su método de predicación y su elocuencia á la vez sencilla y vigorosa; y para imitarle del todo, así como Vicente de Paul establecía en sus misiones la cofradía de la caridad, instituía él en todas partes la cofradía del Santísimo Sacramento.

Al mismo tiempo dábase la mano con los hijos de Vicente otro amigo de los pobres, otro santo completamente abrasado también del amor de Dios. Miguel Nobletz, predicador de palabra inflamada, atraía hacia sí á los pueblos de la Baja Bretaña, sumidos en la ignorancia y en la rudeza, y desprovistos con frecuencia de socorros espirituales. Según el espíritu de Vicente de Paul, no descuidaba las necesidades corporales, al ocuparse de las necesidades del alma; á imitación suya, hacía ejercitarse á piadosas viudas en recoger limosnas para los pobres, y en visitarlos, y él mismo mendigaba de puerta en puerta, para sustentarlos. Después de cuarenta años de vida tan apostólica, tuvo también Miguel el gozo de dejar discípulos continuadores de sus trabajos, y sometidos á una regla, con la cual dejó preparado el camino al padre Maugnoir.

Del norte al mediodía y del oriente al ocaso, manifestábase como una explosión de apostolado. Los prodigios de la predicación del español S. Vicente Ferrer (1) habíanse renovado para Francia con mayor número de obreros y superabundancia de fruto. S. Vicente se regocijaba en ver propagada su obra de las misiones por medio de los suyos ó de los otros, y era el primero en saludar en el padre Eudes, primer apóstol de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, un émulo de sus trabajos. Acababa éste de fundar una congregación de misioneros, y evangelizaba con maravillosa bendición la Normandía y la Bretaña. También se había presentado en París, donde el padre de las misiones pudo admirar el ardor y la santidad de su palabra apostólica. El Santo aplaudía los felices resultados conseguidos por todos, y poco antes de su muerte expresaba con humildad sus complacencias á uno de sus her-

(1) Alude el autor á las apostólicas fatigas de este insigne santo á fines del siglo XIV. Después de haber recorrido gran parte de los reinos y provincias de España en 1397, entró en Francia y recogió abundantísima miés con sus predicaciones y milagros en el Langüedoc, la Provenza y el Delfinado.—(N. del T.)

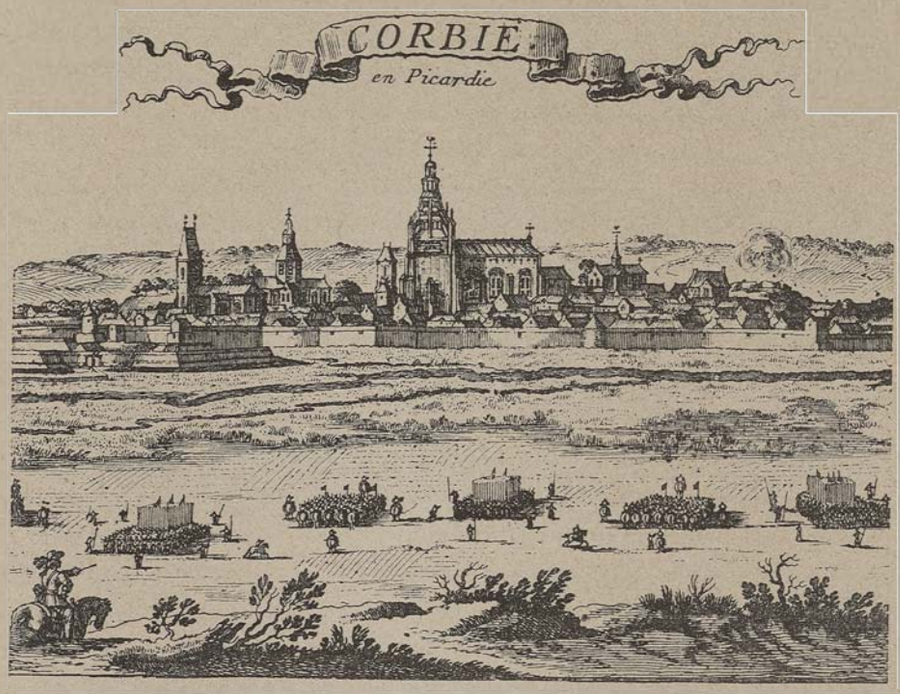
manos en Polonia: «Tenemos, le decía, el consuelo de ver que nuestras modestas funciones han parecido á otros tan bellas y tan útiles, que los han estimulado á consagrarse también á ellas, como nosotros, y con más gracias que nosotros..... motivo hay en ello para alabar á Dios, por el celo que excita en muchos, para la propagación de su gloria y salud de las almas.»

Abundante fué el fruto de todas las misiones promovidas por la prodigiosa actividad del Santo, confirmándose aquello de que donde abundó el pecado sobreabundó la gracia. «¡Quién podrá concebir, exclama el antiguo historiador del Santo, la magnitud, la extensión y la multiplicidad de los bienes que se han recabado para la gloria de Dios y utilidad de su Iglesia! ¡Quién podrá enumerar las personas sumidas en la ignorancia criminal de cuanto necesitan para salvarse, que han sido instruidas en las verdades de nuestra santa fe! ¡Cuántos otros encenagados toda su vida en la culpa, han sido sacados de su tristísimo estado mediante la confesión general! ¡Cuántos sacrilegios cometidos en la recepción de los Santos Sacramentos han sido reparados! ¡Cuántas enemistades y odios inveterados han desaparecido, y cuántas usuras han cesado! ¡Cuántos concubinatos y cuántos otros escándalos han desaparecido! Y en cambio, ¡cuántos ejercicios de religión y cuántas prácticas de caridad se han establecido! ¡Cuántas buenas obras y virtudes se han puesto en vigor en puntos donde ni siquiera se las conocía! Por último, ¡cuántas almas santificadas y redimidas, que ahora glorifican á Dios en el cielo, las cuales, sin el socorro de las misiones, hubieran tal vez perseverado hasta la muerte en sus pecados, y al presente blasfemarían y maldecirían de Dios con los demonios en el infierno! Sólo Èl conoce la extensión y el número de todos los bienes, que la gracia ha operado por el ministerio de sus servidores en esos empleos apostólicos, beneficios que revelará en el día de su mayor gloria.»

Otro alcance más general tuvieron todavía las misiones de la primera mitad del siglo XVII; el de conservar la Francia para el Catolicismo. La herejía con todas sus consecuencias había tan profundamente invadido las poblaciones, que se hubiera quizás apoderado del reino cristianísimo á favor de la indiferencia reli-

giosa y del desenfreno, si las innumerables misiones emprendidas por todos los puntos de la nación no hubiesen reanimado la verdadera fe y las virtudes cristianas. Este beneficio, á expensas del cual vive todavía hoy la Francia católica, debe en primer término atribuirse á S. Vicente de Paul.

Las circunstancias, que para el Santo eran otras tantas órdenes



VISTA PARCIAL DE LA CIUDAD DE CORBIA, EN PICARDIA

Sitiada por el ejército francés (1636). Grabado de Perelle, siglo XVII —Habiéndose declarado la peste en el ejército, dedicáronse los misioneros enviados por S. Vicente á cuidar de los apestados, y muchos de ellos fueron víctimas del contagio.

de la Providencia, obligaron á extender el círculo de las misiones rurales ,para las que había sido principalmente instituida, la congregación de S. Lázaro. También el ejército recibió los socorros espirituales de sus discípulos. Corría el año 1636. Avanzaba el enemigo sobre la capital, á la sazón en que las tropas se hallaban prestando

sus servicios en otra parte. Richelieu acudió allá precipitadamente para reanimar el valor de la población, la cual en medio de su espanto, sólo pudo oponer al peligro un ejército improvisado compuesto de milicias. Entonces la casa de S. Lázaro vióse convertida en plaza de armas. Escusado es decir que todo era agitación en ella; sólo S. Vicente permanecía tranquilo. No obstante, Luis XIII pensando que la religión de los soldados sería la mejor garantía del éxito de sus armas, pide á Vicente de Paul misioneros para su ejército. Desde luego envió el santo quince de ellos, provistos de un reglamento acomodado á aquella nueva vida de campaña, y á los pocos días de su presentación acudían á miles los soldados á recibir los Santos Sacramentos. La peste vino á acrecentar su celo, y á dar más eficacia á sus predicaciones. Aquel ejército de reclutas se convirtió en un ejército de penitentes, con el cual pudo el rey rechazar al español, hizo capitular á Corbia, y puso en apuros á Flandes.

Dos años después quiso también Luis XIII que se diera segunda misión. Repugnaba, empero, á Vicente de Paul, emplear sus sacerdotes en aquel ministerio, pues temía que la sencillez de sus maneras y la rudeza de sus discursos no fuesen un motivo de escándalo para los espíritus ilustrados. Los cortesanos ridiculizaron al principio efectivamente el desconocimiento de ciertas costumbres de la gran sociedad; mas á fuerza de oir aquella palabra sin aliños, pero apostólica, contra los vicios del mundo, aquella elocuencia desnuda, inspirada en el Evangelio, hubieron de cambiar de conducta. Las mujeres abandonaron sus atavíos inmodestos, y abrazaron el servicio de los pobres, y la corte de S. Germán se convirtió en una cofradía de caridad. Complacido con tales resultados, decía el piadoso monarca que «así debían trabajar los sacerdotes, si querían alcanzar verdaderos frutos, y que en todas partes lo proclamaría en honra de los miembros de la congregación de S. Lázaro.»

El 10 de Febrero siguiente poníase el rey con su reino de un modo particular bajo la protección de la Santísima Virgen, y Francia, mediante un acto público, se declaraba reino de María.

Algunos años después, todavía se dió otra misión en San Ger-

mán, por haberlo así querido la reina doña Ana de Austria; y aunque destinada principalmente á los numerosos obreros que trabajaban entonces en el castillo, fué también provechosa para la corte, pues en realidad se dieron á la vez muchas misiones en aquella mansión. A la par que se predicaba á los obreros, dábanse conferencias de piedad también á las hijas de la reina, y ella misma acudía con su séquito á los sermones de la noche. Hasta el mismo Delfín,

PARTE DE LA CAMPIÑA ROMANA.

De un grabado de Israel Silvestre, siglo XVII.—Le-Bretón y los primeros misioneros enviados á Roma por San Vicente de Paul, iban al anochecer á evangelizar á los pastores en sus cabañas, y después pasaban la noche sobre algunas pieles de oveja, y en ocasiones en el duro suelo.

que apenas contaba tres años, participaba de la misión, porque su augusta madre había querido que se le enseñara la doctrina. Singular coincidencia! En virtud de aquella disposición, un discípulo del antiguo pastorcillo se convertía en preceptor de aquel que más tarde habían de llamar los franceses Luis el Grande.

Hasta los mismos forzados á quienes, como es sabido, profesó tierna caridad el antiguo limosnero de las galeras, tuvieron parte en su apostolado. En cuanto se terminó en Marsella el hospita

edificado por la duquesa de Aiguillón, pensó dicha señora en establecer en él, para instrucción y consuelo de aquellos desgraciados enfermos, á los Hijos de Vicente de Paul. Y en efecto, fundóse una casa dotada con catorce mil libras para las misiones, que habían de dar á los forzados cada cinco años en los diferentes puertos del reino, donde se hallaran las galeras. El éxito de la primera fué prodigioso. Ella nos hace recordar al obispo de Marsella, Monseñor Gaut, bienhechor del hospital, quien rivalizó con los apóstoles en la misión del presidio, y sucumbió heróicamente, víctima de una epidemia, dejando así á la ciudad el renombre de un fiel imitador de la caridad del santo para con los galeotes.

El santo fundador de la Misión, no obstante su retraimiento de las grandes empresas, hubo de abarcar otras nuevas por la fuerza de las circunstancias. Luego de tomar posesión de la casa de San Lázaro, vióse en la precisión de enviar á Roma para asuntos de la Congregación á varios de sus sacerdotes. Por orden suya, aquellos primeros negociadores, convirtiéronse á la vez en misioneros. Dirigíanse por la tarde á esperar en su cabaña á los pastores de la campiña romana, para darles á su vez el pasto espiritual. Teniendo en cuenta las penalidades de aquellas pobres gentes, abandonadas á sí mismas en el desierto por espacio de largos meses, había recomendado San Vicente á sus hermanos que fueran para aquellas ovejas descarriadas el buen pastor del Evangelio. Allí tuvieron principio las misiones extranjeras; su primer obrero Le-Bretón, tuvo la gloria de sucumbir á la fatiga de ellas. Bien pronto se propagaron á las provincias limítrofes de Roma y aún á los confines de Italia, cuando la benevolencia particular de Urbano VIII, testigo de los resultados provechosos de aquella predicación, permitió á San Vicente establecer á sus hermanos en el centro del catolicismo. Las larguezas de la duquesa de Aiguillón habían hecho de la casa de Monte-Citorio otro San Lázaro, donde tenían su asiento las mismas obras de caridad para los pobres, y de piedad para los eclesiásticos, y donde se mantenía encendido el divino fuego del apostolado. En un período de veinte años diéronse de Nápoles á Turín, más de doscientas misiones. También allí bendecía Dios los designios de su fiel servidor, y los trabajos de aquellos á quienes

había encomendado su dirección. En Italia no habían de luchar sólo los misioneros contra el desorden de las costumbres y contra la blasfemia, muy difundida entre las gentes del pueblo, sino que tro-

RETRATO DE ESTEBAN BLATIRÓN

Sacerdote de la Misión, y primer superior de la casa de Génova, víctima de su caridad durante la peste de 1657. Copia de una pintura en cuero conservada en la misión de Génova, siglo XVII.—El cardenal Durazzo llamaba á Blatirón «uno de los primeros misioneros del mundo,» y San Vicente decía de él que «era un gran servidor de Dios.»

pezaban también con los odios de familia y con las rivalidades de clases, que dificultaban mucho su ministerio. En todas partes lo-

graban como fruto de su palabra la reconciliación de los enemistados, y ponían además un freno al libertinaje. Como huella de su paso y recuerdo de sus misiones, dejaban siempre la cofradía de la caridad y las conferencias eclesiásticas, cuya utilidad habian procurado demostrar á los curas párrocos.

Desde Roma, los sacerdotes de la Misión, llamados por el cardenal Durazzo, llegaron hasta Génova, donde fundaron otra casa, que bien pronto fué magníficamente dotada por la generosidad del marqués de Brignole-Sale. En pocos años cambiaron allí la faz de la diócesis. Habiendo estallado la peste, mostraron que su fogosa caridad estaba á prueba de todo peligro, pues llegaron á perder á casi todos los suyos, el primero el heroico Blatirón, superior de la casa; en cambio ganaron á Jesucristo innumerables almas. De Génova pasaron los misioneros á la isla de Córcega, que dependía de la soberbia república de los Dux. El senado genovés mismo los había llamado allá, para trabajar en compañía de otros sacerdotes y de otros religiosos en la regeneración de los habitantes de la isla. Verdadero milagro de sus trabajos fué el ver cesar la impiedad, el concubinato, el robo y las venganzas á la voz de los predicadores que, como premio de su empresa, se llevaron consigo el agradecimiento público. No menos fructíferas fueron las misiones del Piamonte; sólo cuatro sacerdotes pudo enviar á ellas Vicente de Paul; mas aquellos buenos obreros evangélicos, cuyo celo se multiplicaba con el trabajo, pudieron contar al fin de sus tareas las maravillas de la Divina Misericordia sobre un pueblo, que se apresuraba á aprovecharse de la gracia.

En Italia, como en Francia, Vicente de Paul continuaba siendo el alma de todas las misiones que se hacían por orden suya. Desde la casa de San Lázaro, que apenas abandonó en los veinte últimos años de su vida, no se contentaba con dirigir á sus enviados con maravillosa actividad y sabiduría, sino que se anticipaba á ellos con el santo fuego de sus deseos: «¡Cuán feliz es, decía á los suyos, la condición de un misionero, que no tiene más límites en sus trabajos por Jesucristo que la tierra entera! ¿Porqué, pues, hemos de limitarnos á un punto, si Dios nos ha dado tan vasta extensión para ejercitar nuestro celo?»

ARISTÓTELES, CÉLEBRE FILÓSOFO PAGANO.

Copia de un dibujo de Rafael, conservado en la Academia de Bellas Artes de Venecia, siglo XVI.

Aristóteles enseñaba que el esclavo era una herramienta animal.

Entre las comarcas infieles, ninguna como la Berbería tenía el privilegio de excitar profundamente la caridad del santo. Desde

su cautiverio en Túnez, acordábase incesantemente de los millares de pobres cristianos encadenados allí, y expuestos á la apostasía por la violencia de los malos tratamientos; sin embargo, durante cuarenta años, no había podido hacer otra cosa que rogar por ellos. La Europa cristiana, que á la voz de la iglesia había abolido la esclavitud en sus dominios, se había visto impotente para libertar al hombre más allá de sus fronteras. Las Cruzadas habían contenido, más no destruido la dominación de Mahoma, y con ella reaparecía la horrible institución del paganismo. La Iglesia no cesaba de combatirla con sus armas espirituales, recomendando el rescate de los cautivos como una de las obras más santas de la misericordia cristiana en conformidad con la doctrina de San Pablo: «acordaos de los que se hallan prisioneros, como si lo estuvierias vosotros.» Los espantosos sufrimientos de la esclavitud habían suscitado admirables ejemplos de generosidad. Entre otros podremos recordar á San Juan de Mata, San Pedro Nolasco, San Raimundo de Peñafort y San Félix de Valois, los cuales, después de haber vendido todos sus bienes, se habían hecho mendigos y aún esclavos, por redimir á sus semejantes, y cuyo sacrificio fué la base de dos institutos monásticos.

No obstante, la caridad de los religiosos de la Merced y de la Redención era insuficiente para rescatar á los desgraciados cristianos que caían bajo el yugo de los sarracenos de África. Hacía siglos asolaban los corsarios berberiscos las costas del Mediterráneo, dando caza á los barcos, y capturando á los navegantes; Túnez, Argel y Trípoli, eran los almacenes ó depósitos de sus piraterías, y desde dichos centros se lanzaban en busca de su presa. El gran cardenal Jiménez de Cisneros, regente de Castilla, les había amenazado un instante; pero después de la expedición desgraciada de Carlos V contra aquellas guaridas de la piratería, ningún príncipe se había atrevido ya á nuevas empresas (1), y los estados cristia-

(1) El autor, por lo visto, no ha repasado en la Historia de España las gloriosas é inolvidables empresas de aquellas dos nobles figuras españolas; el cardenal Cisneros y el emperador Carlos I. Lo que llama simple *amenaza* del regente de Castilla es bien sabido que fué la conquista de Orán; y lo que califica de *desgraciada expedición* del emperador, dice la historia que fué la conquista de Túnez, bendecida por muchos miles de cautivos cristianos que vieron rotas sus cadenas por el rey de España. En San Juan de los Reyes de Toledo cuelgan todavía no pocas que certifican la importancia de aquellas expediciones. (Nota del T.)

nos, sin exceptuar la Francia misma, humillada con la funesta alianza de Francisco I con el sultán, no lograban ya proteger su comercio más que por tratados siempre violados y con tributos humillantes. En tiempo de San Vicente de Paul, la piratería, más poderosa que nunca, amontonaba de veinte á treinta mil víctimas por año en las mazmorras de las costas africanas. Allí había visto el santo durante

JESUCRISTO TRAE LA LIBERTAD Á LOS ESCLAVOS.

Grupo en mármol, esculpido por S. A. R. el conde de Siracusa, para la nueva capilla de la cofradía de los artistas en el cementerio de Nápoles, siglo XIX.

su esclavitud desgraciados cautivos de toda condición y edad, hombres y mujeres, franceses, italianos, españoles, portugueses, griegos, flamencos, alemanes, suecos, sacados á la venta como bestias; los unos después de haber sido comprados por un amo sin entrañas, sólo dejaban las cadenas para ser empleados en los más duros trabajos;

los otros servían en las galeras á los piratas; todos horriblemente maltratados, sufrían los abrasadores rayos del sol ó los rigores del frío, teniendo por compañeras el hambre y la fatiga. «Si hay alguna servidumbre, decía Bossuet, capaz de pintar á nuestros ojos la extrema miseria del cautiverio horrible del hombre, bajo la tiranía del demonio, es el estado de un cristiano cautivo bajo la tiranía de los mahometanos, porque allí sufren violencia igual el cuerpo y el espíritu, y el mismo peligro corre la vida que la salvación eterna.» El corazón compasivo de San Vicente se esforzaba en acomodar los trabajos de su congregación á las necesidades de aquellos desgraciados. Al lado de los Padres de la Merced y de los Trinitarios, que después de redimir á los cautivos, se retiraban en seguida, era muy urgente crear además una obra destinada al alivio de los que allí se quedaban. Con el concurso de la generosa duquesa de Aiguillón, y á favor de los tratados que permitían á los reyes de Francia sostener consulados en todas las ciudades marítimas del imperio de la Puerta, y á los cónsules tener un capellán para el servicio religioso de su casa, Vicente, animado por el piadoso Luis XIII, encontró el medio de organizar la nueva obra: esta fué la Misión agregada á la Redención.

Encomiando á los de su congregación los servicios de las otras órdenes religiosas, instituidas para libertar á los cautivos, decíales el santo: «¿No es esto excelente y santo, señores y hermanos míos? Sin embargo, me parece que es todavía más meritoria la acción de los que no solamente van á Berbería, con el objeto de contribuir al rescate de aquellos pobres cristianos, sino que además de esto permanecen allí, para dedicarse en todo tiempo á un oficio tan caritativo, y para asistir á todas horas corporal y espiritualmente á los míseros esclavos y en fin, para prestarles toda clase de asistencia y consuelo en sus más grandes aflicciones y miserias: ¡oh mis hermanos, considerad bien la magnitud de semejante obra! La conocéis bien? ¿Hay acaso nada más parecido á lo que ha hecho Nuestro Señor, al descender sobre la tierra, para librar á los hombres de la cautividad del pecado, é instruirlos con sus palabras y con sus ejemplos?»

Desde entonces, pues, juntáronse en las playas berberiscas San

Juan de Mata y San Pedro Nolasco con San Vicente de Paul, (1) para el alivio espiritual y corporal de los cristianos cautivos. Durante

CRUZ DE LA MISIÓN DE ÁFRICA

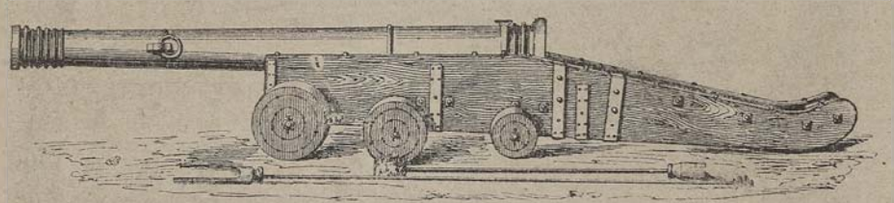
Dada por San Vicente á los misioneros que envió á Berberia, (1645).—Museo de las reliquias de la Congregación de la Misión en París.—Al enviar misioneros al África, tenia por objeto San Vicente la asistencia espiritual de los cautivos; sin embargo llegó á rescatar hasta 1200 de aquellos infortunados.

(1) Se entiende que alude el autor á los institutos respectivos, pués es bien sabido que la órden de la Merced habia sido fundada en 1218 por S. Pedro Nolasco y S. Raimundo de Peñafort en Barcelona; desde cuya fecha aquella insigne religión española venía dedicándose á la obra admirable de redimir cautivos. (Nota del T.)

los últimos quince años de su vida consagró Vicente más de un millón de libras al rescate de los esclavos, y libró hasta mil doscientos; pero ¿quien podrá contar el número de los desgraciados á quienes sus sacerdotes consolaron y sostuvieron en la fe? Como siempre comenzó la nueva obra por un ensayo. Partió el primero el heróico Luis Guerín acompañado del hermano Francisco Grancillón, á quien estaba reservado después de cincuenta años de trabajos un glorioso martirio. Llegaron el 22 de Noviembre de 1615 á Túnez, tierra dos veces santificada por la muerte de San Luis y por el cautiverio de San Vicente de Paul. Las misiones, tanto como las armas, dieron á Francia como un derecho de conquista sobre aquel país, por su prolongada influencia. Apóstoles del evangelio, obreros de la civilización y representantes de Francia, abrieron los misioneros el camino á las flotas de Luis XIV y de Carlos X, y prepararon á la Berbería á convertirse en tierra francesa. Al cabo de dos años de trabajos entre los desgraciados cautivos, obtuvo Luis Guerín del bey de Túnez el permiso de hacer venir otros sacerdotes á su lado, y bien pronto se les incorporó Le-Vacher; ambos hicieron admirar el heroismo de su caridad en medio de la peste. El contagio hizo sucumbir al primero de los dos, y Juan Le-Vacher, que quedó solo, hubo de reemplazarle en su cargo, al que se agregó el de cónsul de Francia por haber este sucumbido también en la epidemia; confirmado más tarde en el cargo de cónsul en propiedad por el rey, pagaba con su vida á la boca de un cañón el bombardeo de Argel, dirigido por Duquesne. De este modo aquel bienhechor de sus compatriotas y martir de la fe, coronó la más noble vida con la más gloriosa muerte.

No obstante aquel fracaso, Vicente enviaba otros misioneros á Argel, y al propio tiempo hacía nombrar en las ciudades marítimas cónsules animados como los anteriores del espíritu de propaganda católica, á fin de hacer más eficaz la acción de sus sacerdotes. Con aquella maravillosa sabiduría que resplandecía en todas sus obras, trazaba desde París á sus enviados la línea de conducta que habían de seguir entre los infieles, y sus deberes para con los cautivos, exhortándolos además á la constancia, para cuando llegasen las persecuciones de los musulmanes. Para consolidar el establecimiento de la Misión, hizo edificar en Argel con ayuda de la duquesa de Aigui-

llón un hospital para los cautivos enfermos. Los beneficios que dispensó su ternura á los esclavos cristianos y, que después de su muerte continuaron derramando sus hijos, hicieron más tolerables aquellos lugares de desolación y de tristeza. «Ciertamente, dice el testigo de su vida, aun cuando no hubiera hecho otra cosa que establecer y conservar el ejercicio público de la religión católica, en una tierra bárbara donde desde hace tantos años se mantiene á la vista precisamente de las más crueles persecuciones, no sería pequeña gloria para Nuestro Señor Jesucristo, quien quiso servirse de la intervención de su fiel servidor, para erigir como un trofeo á su santísimo nombre en aquellos reinos infieles. En ellos hizo triunfar la caridad cristiana, cuando parecía que había de ser proscrito todo sentimiento de humanidad, y cuando se veían imperar la injusticia y la violencia con toda suerte de impunidad.»



EL CONSULAR

Cañón tomado por las tropas francesas en el sitio de Argel en 1830 y conservado en el Hotel de los Inválidos en Paris. Durante el bombardeo dirigido por Duquesne en 1683 contra Argel, Juan Le Vacher, sacerdote de la Misión y cónsul francés, fué preso por orden del bey Baba-Hassan, y atado á la boca de este cañón.

Otras nuevas comarcas se abrían por entonces al celo infatigable del santo. En 1646, el papa Inocencio X le encargaba que enviase sacerdotes de su congregación á Irlanda, para contrarrestar la ignorancia demasiado común de los católicos de aquel país, y neutralizar las empresas de los herejes anglicanos: Vicente se apresuró á obedecer al Vicario de Jesucristo, y como regla fundamental de conducta impuso á sus misioneros la unión perfecta entre ellos y la obediencia incondicional al Soberano Pontífice, para servir de ejemplo á aquel clero inducido á la rebelión por la política inglesa. Con verdadera oportunidad llegaron los hijos de Vicente, pues for-

tificaron en su fe al clero y al pueblo, antes que la sanguinaria tiranía de Cromwell la hubiera puesto tan gloriosamente á prueba. Á ellos cupo la gloria de hallarse en medio de los horrores del sitio y de la peste, prestando sus socorros á la población de Limerick, último baluarte de los Estuardos. «¡Ah! exclamaba en su reconocimiento el obispo de aquella desgraciada ciudad, por feliz puede darse Vicente de Paul, aún cuando no hubiera hecho por la gloria de Dios más que el bien prodigado á estas pobres gentes.»

CASA CENTRAL DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD EN VARSOVIA.

Esta casa fué inaugurada en 1652 por tres Hermanas francesas que S. Vicente había enviado allá á petición de la reina de Polonia María de Gonzaga.—Estado actual.

Todavía se hallaban los misioneros en Irlanda, cuando el santo hacía pasar otros dos al archipiélago de las Hébridas, favorecido por las limosnas de Lamoignón y de Herse. Aquellas innumerables islas de clima duro y suelo estéril se hallaban desprovistas de sacerdotes desde el cisma de Inglaterra, y sus desgraciados habitantes habían olvidado absolutamente todos los fundamentos de su antigua fe, hasta el bautismo. Nada detuvo al animoso Dermot-

Guy, para acudir en socorro de ellos; ni la persecución, ni la desnudez, ni los accidentes del terreno. A la voz del intrépido misio-

VISTA DE LA IGLESIA Y DE LA CASA DE SANTA CRUZ EN VARSOVIA.

Fundada en 1651, por el rey Juan Casimiro de Polonia, para sacerdotes de la Misión. La cripta que hay bajo la iglesia sirve desde hace dos siglos de sepultura á los misioneros y á las hijas de la Caridad.

nero, tornaron á la religión las poblaciones marítimas de Escocia, las de las islas y hasta los gobernantes de ellas; empero agobiado

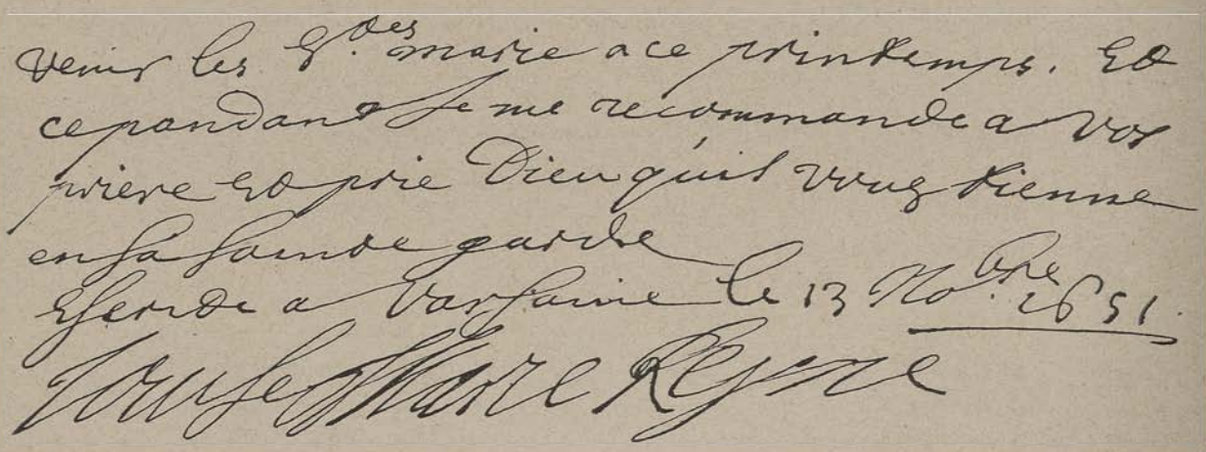
por las privaciones de aquel rudo apostolado, como otro San Francisco Javier á la vista de China, murió á la entrada de la grande isla de Paba «lugar extraño y terrible», á donde se sentía llamado con la esperanza de ganar almas á Jesucristo, lleno de confianza en lo alto y de menosprecio del peligro. Á la sazón Francisco White en compañía de un padre jesuíta y de un sacerdote secular, y poco después Lunsden y otros varios, trabajaban con el mismo buen éxito ya en las costas occidentales de la Escocia, ya en las montañas, corriendo iguales peligros, y experimentando los mismos sufrimientos.

Hácia el oriente de Europa, los pueblos del campo se hallaban faltos también de la instrucción religiosa, y en 1650 la joven reina de Polonia, María Luisa de Gonzaga, pedía sacerdotes á la casa de San Lázaro: había visto muy de cerca en Francia las obras de su superior, por haber pertenecido ella á la Compañía de las Damas de Caridad. Al año siguiente partieron para aquel reino cuatro misioneros, y no mucho después fueron seguidos de las Hijas de la Caridad. Los jesuitas establecidos allí hacia un siglo, le habían preservado del protestantismo. Juan Casimiro acababa de salvar el país de una invasión de Cosacos; mas estallaron pronto nuevas guerras suscitadas por el furor del cisma y de la herejía, y tras de los Suecos unidos á los Moscovitas, vinieron á caer la peste y el hambre sobre aquel infortunado país. El primer ejercicio de los misioneros fué asistir á los pobres de Varsovia en medio de aquellos azotes. Lo mismo que en Berbería, en Irlanda y en las Hébridas, el primer enviado, que fué el santo sacerdote Lamberto, tuvo el honor de sucumbir como mártir, consagrando de tal modo con su muerte la misión. Dichoso con tan extraordinaria gloria alcanzada por su pequeña compañía, excitaba San Vicente el celo de sus sacerdotes de San Lázaro con la contemplación del sacrificio de sus hermanos. «Si algunos de entre nosotros, les decía con la autoridad de sus ejemplos y la humildad de su grande alma, permanecen todavía esclavos de la naturaleza, dados á los placeres de sus sentidos, como lo está este miserable pecador que os habla, han de reputarse por indignos de la condición apostólica, á que Dios les ha llamado, y deben sentirse llenos de confusión, al ver á sus hermanos ejercer su ministerio tan dignamente, mientras ellos persisten tan alejados de su espíritu y de su valor.

Carta de María de Gonzaga, reina de Polonia, á San Vicente de Paul, según el original conservado en los archivos de la Misión en París.

Louise Marie par la grace de Dieu Reyne de Pologne et de Suede &c. Grande Duchesse de Lithuanie, Russie, Prussie &c. Nee Princesse de Mantoue et Montfera de Nivernois &c.

Monsieur Vincent Jay veu avec joye les Missionnaires que vous manez Envoyez et qui m'ont rendu vre lre, Jespere qu'ils feront les fruits que j'en ay tousjours attandu. Je les Envoye maintenant trouver l'evesque de Vilna pour prendre son aprobation, parce qu'ils resideront dans son Evesché, en une de mes terres qui est en Lithuanie ou ils establiront leur seminaire et duquel avec le temps j'espere pouvoir tirer des prebtres pour les autres lieux et pour Varsavie mesme et pour faire les choses que vous m'augurez dans vre lre: Ils vous informeront de leurs voyage et de leurs arrivee Icy, si Dieu me fait la grace de ne point mourir en Couche j'escrire les lres dont vous me parlez pour faire



Luisa María por la gracia de Dios, reina de Polonia y de Suecia, etc., Gran Duquesa de Lituania, Rusia, Prusia, etc., nacida princesa de Mantua y de Montfera, de Nivernois, etc.

Señor Vicente: He visto con gozo á los Misioneros que me habéis enviado y que me han entregado vuestra carta, y espero que producirán los frutos que siempre me he prometido de ellos. Los envío ahora al obispo de Viena para que obtengan su permiso, porque residirán en su obispado en una de mis posesiones de la Lituania, donde establecerán su seminario, del cual espero con el tiempo poder sacar sacerdotes para los demás puntos y aún para Varsovia misma, y para realizar los bienes que vos me auguráis en vuestra carta. Ellos os informarán de su viaje y de su llegada aquí. Si Dios me concede la gracia de no morir en el parto, escribiré la carta de que me habláis, para hacer venir á las Santas Marías (las Hijas de la Visitación) esta primavera. Me encomiendo á vuestras oraciones y ruego á Dios que os tenga de su santa mano.

Escrita en Varsovia el 13 de Noviembre de 1651.

LUISA MARÍA, REINA.

Pero me preguntaréis ¿cuáles han sido sus sufrimientos en aquel país? El hambre? Allí está. La peste? También la han sufrido. ¿La guerra? En medio están de los ejércitos, y han tenido que atravesar entre soldados enemigos. En fin, Dios los ha probado con todos los azotes; y nosotros hemos de vivir aquí apoltronados, sin corazón y sin entendimiento!

No pudiendo hacer otra cosa, oraba ardientemente por la desgraciada Polonia, á quien amaba mucho, y encargaba á todo el mundo

que orase al mismo fin. ¡Quién sabe, si la huida de Carlos Gutasvo de Suecia, la restauración del rey Juan Casimiro en las provincias perdidas, y el sostenimiento de la religión católica en Polonia no han sido efecto de sus santas oraciones! Asegurado el catolicismo por la paz, Polonia vino á ser como una segunda patria para la Misión, cuyos establecimientos se extendieron también por la Alemania.

Antes, empero, que hubiese enviado el santo sus compañeros á Polonia, una disposición de la Providencia llamaba, por primera vez, á la Congregación de la Misión fuera de Europa, pues el Nuncio de S. S. la escogió á petición de la compañía de Oriente, para ir á Madagascar. Habían ya evangelizado la Gran Tierra de San Lorenzo varios sacerdotes y jesuitas, que habían ido allí en el siglo XVI con aquellos atrevidos portugueses, que propagaban el reino de Jesucristo, al extender su dominación sobre los mares. En menos de un siglo lo desapacible del clima había destruido el establecimiento de los portugueses, y la compañía de Oriente intentaba un nuevo ensayo de colonización por cuenta de Francia. Dos sacerdotes de la Misión, Nacquart y Gondrée, salieron los primeros con aquella expedición, los cuales llevaron las sabias instrucciones de Vicente para el camino, y para ejercer su ministerio en aquellos remotos países. Arribaron el 4 de Diciembre de 1648, tras una larga navegación de seis meses y medio, durante los cuales no cesaron de predicar á la tripulación, y también á las gentes de los puntos donde hacían escala. Todo había que rehacerlo allí, pues los malgaches habían vuelto á caer en la idolatría y en la torpeza de las costumbres. Dividiéronse ambos misioneros entre los colonos y los negros, y bien pronto acudieron estos últimos en demanda del santo bautismo. Gondrée murió el primero, arrebatado por la fiebre; Nacquart, temeroso de ser víctima también, compuso en la lengua del país un catecismo para sus sucesores, y después instruyó á algunos de los franceses destinados á una expedición por el interior, para que fuesen también misioneros. El, entre tanto, iba recorriendo las chozas de los malgaches y visitando tribus, bautizando, predicando, condenando la poligamia, y legitimando los enlaces entre franceses y negras, y por último, instruyendo á las mujeres y á las niñas del país. Por

último sucumbió también, y hasta después de tres años no pudo llorar San Vicente la pérdida de sus compañeros.

Otros misioneros reemplazaron á las primeras víctimas del celo apostólico, y continuaron la obra comenzada por ellos; empero la Misión encontró muchos obstáculos, ya por una revolución en el gobierno de la colonia, ya por rivalidades de empresas mercantiles, ya por diferentes otras causas. Uno de los sacerdotes de la segunda expedición murió también como los primeros, y la escasez de todo recurso vino á poner á prueba el apostolado de Bourdaise, quien, habiéndose quedado solo, multiplicó su caridad, y con ella las conversiones: «¡Oh, si hubiera aquí dos ó tres sacerdotes, escribía entonces á Vicente, en sólo un año sería bautizado todo este gran país de Anós!» Desde luego se le enviaron nuevos compañeros, de los cuales se aprovechó Bourdaise, para dar misiones en los pueblos, donde los Padres se detenían el tiempo suficiente para instruir á un malgache, hasta que supiera enseñar á orar á los demás. Sin embargo, constantemente reclamaba nuevos coadjutores, para reemplazar á los primeros, y con verdadero celo procuraba enviarlos San Vicente; mas los naufragios, el escorbuto y la disentería conspiraban á la vez contra los nuevos refuerzos. Los últimos que se enviaron ni siquiera pudieron llegar allá: eran portadores de una carta del superior para Bourdaise, el cual no existía ya; en el camino supieron la muerte de San Vicente mismo. El sucesor del venerable padre los volvió á enviar, y tras de ellos á otros. Aquella obra de Dios iba sosteniéndose en medio de todas las contradicciones; desgraciadamente los desórdenes de la nueva administración de la colonia, que había pasado á manos de la compañía de las Indias, vinieron á comprometerlo todo. Abandonados por las autoridades, faltos de todo socorro, habían caído enfermos casi todos los misioneros y unos tras otros iban sucumbiendo, viéndose por fin que una misión fundada á costa de la vida de veintisiete sacerdotes y hermanos de la Congregación, iba á desaparecer á una con la colonia francesa en medio de un levantamiento general de la isla. No fueron, sin embargo, perdidas tantas muertes preciosas á los ojos del Señor; gracias á aquella divina semilla de mártires, el catolicismo ha vuelto á florecer en Madagascar.

Todavía se extendía más la obra de San Vicente de Paul. Por insinuaciones de Roma, había concebido el proyecto de llevar misiones á Babilonia, á Persia, á las Indias Orientales, y aún tenía su mira puesta en América y en China, abrazando así el mundo entero en los esfuerzos de un celo inagotable, que en todo seguía los impulsos de la Providencia.

MADAGASCAR SOMETIDO AL REY POR ESTEBAN DE FLACOURT.

Grabado de la *Historia de la grande isla de Madagascar* por Flacourt, siglo XVII.—Los primeros misioneros, enviados por Vicente de Paul á Madagascar, acompañaban á dicho jefe.

A otros había de tocar el poner término á la obra por él comenzada: sus hijos habían de avanzar, hasta donde él no hubiera podido llegar. Emulos de sus hermanos de las misiones extranjeras, de los discípulos de San Francisco Javier y de San Ignacio de Loyola, no habían de faltar un padre Picpus y otros misioneros que con ellos se dividieran la tierra, y que establecieran con las Hijas de la Caridad sus centros de acción apostólica en Persia, en China, en Abisinia, en las orillas del Misourí y en los Estados Unidos, en el

Brasil, en el Perú, en Chile, en el Ecuador, en las islas Filipinas y en Méjico, para llevar á las comarcas más remotas los beneficios del Evangelio, y enseñar al mundo entero que la caridad de San Vicente de Paul no reconocía límites.

EL RENACIMIENTO RELIGIOSO.

El complemento de las misiones.—Estado del clero desde el concilio de Trento.—Necesidad de una reforma.—Los ejercicios de los ordenandos.—S. Lázaro.—La conferencia del martes.—Bossuet.—Los retiros espirituales.—El colegio de los Buenos Hijos.—San Vicente y Olier.—Los seminarios.—Servicios prestados por Vicente á las órdenes religiosas.—Reforma general.—Fundación de comunidades religiosas.—San Cirán y el Jansenismo.

«Cuales son los pastores, tales son los pueblos», decía San Vicente de Paul. En el curso de sus misiones había con frecuencia notado que la ignorancia y el desorden de las poblaciones provenían del desarreglo del clero. ¿De qué servía, pues, trabajar por la salvación de las gentes del campo, si á la salida de los misioneros se quedaban desprovistas de la vigilancia espiritual y de buenos ejemplos? Hé aquí, pues, que una obra llamaba á otra. Por eso la vida de nuestro santo presenta un encadenamiento admirable de ellas, siendo su principio la perfecta conformidad de su voluntad con la de la Providencia, y cuyo lazo común era su infatigable caridad para con el prójimo. «Era necesario, para mantener á los pueblos en las prácticas religiosas y conservar los frutos de las misiones, obrar de modo que hubiera en ellos buenos eclesiásticos.» De este modo explicaba el santo fundador de la Misión á sus compañeros el pensamiento que había tenido de unir la santificación de los eclesiásticos á la evangelización de los pobres, y de hacer de tal empresa el segundo fin del instituto.

El clero había degenerado por entonces, porque le faltaban los medios de formación. En el siglo XVI habían desaparecido la mayor parte de las antiguas escuelas episcopales, y los clérigos más acomodados iban á estudiar á las Universidades, para alcanzar los grados académicos, mientras otros estudiaban en las colegiatas y en las casas parroquiales. No eran estas unas instituciones de disciplina y de piedad eclesiásticas, propias para preparar buenos sacerdotes. San Ignacio de Loyola, con otros personajes santos de su tiempo, se había esforzado en sacar á la Iglesia de una situación que tanto la exponía á los ataques de los novadores heréticos. El concilio de Trento había fundado la reforma del clero en la reforma de la educación clerical; y en efecto, el establecimiento de los seminarios, ordenado por la santa asamblea, iba á formar un clero nuevo. En Inglaterra el cardenal Polus, legado apostólico de la Santa Sede, se había anticipado al concilio, ordenando la fundación de escuelas eclesiásticas en todas las iglesias catedrales; San Carlos Borromeo habíase dedicado á promover en Italia la fundación de los seminarios; y en Alemania, en Bélgica, en España, en Portugal, en Polonia y en Suiza, se habían ido elevando, bajo la influencia de San Pío V y de piadosos obispos, escuelas de ciencia y de piedad sacerdotales para los jóvenes clérigos. En todos estos países habíanse consagrado al servicio de los seminarios los padres de la compañía de Jesús. No sucedía lo propio en Francia. La resistencia de los parlamentos, las luchas religiosas impedían que se hicieran sentir los saludables efectos del concilio de Trento. Muchos obispos, el gran cardenal de Lorena, el príncipe y cardenal Cárlos de Borbón y varios concilios provinciales y asambleas del clero habían tratado de realizar las órdenes de la iglesia, sin haber llegado á ver triunfantes sus propósitos.

A principios del siglo XVII no se había aún fundado seminario alguno. Los desórdenes del clero se agravaban, y nadie sabía de donde vendría la reforma; mas felizmente Dios Nuestro Señor suscitó varones de virtudes, para trabajar en la regeneración de su iglesia. Pedro de Berulio fundó el Oratorio, que vino á ser como el seminario de los reformadores, de donde salieron casi al mismo tiempo Eudes y Bourdoise, Vicente de Paul y Olier. El padre Condrén «el

grande hombre y el verdadero santo del Oratorio francés,» el hombre incomparable, según Vicente de Paul, comunicó el espíritu de renovación á un grupo de discípulos fervientes; Bourdoise restaurador celoso de la disciplina eclesiástica, estableció la compañía de San Nicolás del Chardonet, para la educación de los clérigos jóvenes y la santificación de los sacerdotes, mediante la vida común; Eudes fundó la sociedad de su nombre, consagrada á la preparación de los aspirantes al sacerdocio. ¿Y á quién ha de referirse la gloria de la institución de los seminarios en Francia: á San Vicente ó á Olier? A los dos les corresponde ciertamente, mas San Vicente dió principio en medio de otros trabajos á lo que fué en lo sucesivo la misión particular de Olier.

Del propio modo que los más ardientes reformadores de la santidad de la Iglesia, tales como un D. Bartolomé de los Mártires en Portugal, un San Carlos Borromeo en Italia, habían sido al mismo tiempo admirables modelos de caridad, así Vicente de Paul, el padre de los pobres, el organizador de la limosna, se mostró el obrero más celoso de la reforma del clero. ¿Empero, que era lo más urgente desde luego? La obra nueva, á la cual iba á dedicarse el santo, sin otro propósito, por su parte, que seguir la voluntad de Dios, le salió al encuentro por sí misma. Un virtuoso prelado, á quien afligía el estado de su clero, le consultaba sobre el remedio que podía oponerse á tan grande mal. «Monseñor, contestó San Vicente, vayamos derechos al origen. Imposible es corregir á los eclesiásticos endurecidos en el desorden, porque un mal sacerdote pocas veces se convierte. Hay que buscar en los aspirantes al sacerdocio, y no en los que ya están investidos de él, el principio de la reforma del clero. No admitáis á las órdenes sino á los que veáis que traen la ciencia necesaria, y todas las señales de una verdadera vocación; y aún á estos sometedlos á la más larga preparación posible, para hacerlos más y más capaces del santo ministerio.» Algún tiempo después, habiendo reflexionado el obispo sobre los medio más adecuados para preparar á los jóvenes eclesiásticos á los sagrados órdenes, decía al santo sacerdote: «Por el pronto, no puedo hacer cosa mejor que traerlos á mi casa, retenerlos en ella algunos días, y durante ellos, instruirlos por medio de conferencias bien meditadas

sobre las cosas que deben saber, y sobre las virtudes que deben practicar.» Precisamente este era el pensamiento de Vicente puesto en práctica. «¡Oh, Monseñor, exclamó, he ahí un pensamiento que es de Dios, y un excelente medio para reducir poco á poco al buen camino á todo el clero de nuestras diócesis.» Así tuvo su origen la obra de los ordenandos. Vicente de Paul redactó el reglamento de los ejercicios de retiro, y en el mes de Setiembre de 1626 comenzaba en Beauvais, con el piadoso obispo Potier, la primera tanda de ellos, para extenderlos después por todas partes bajo igual modelo.

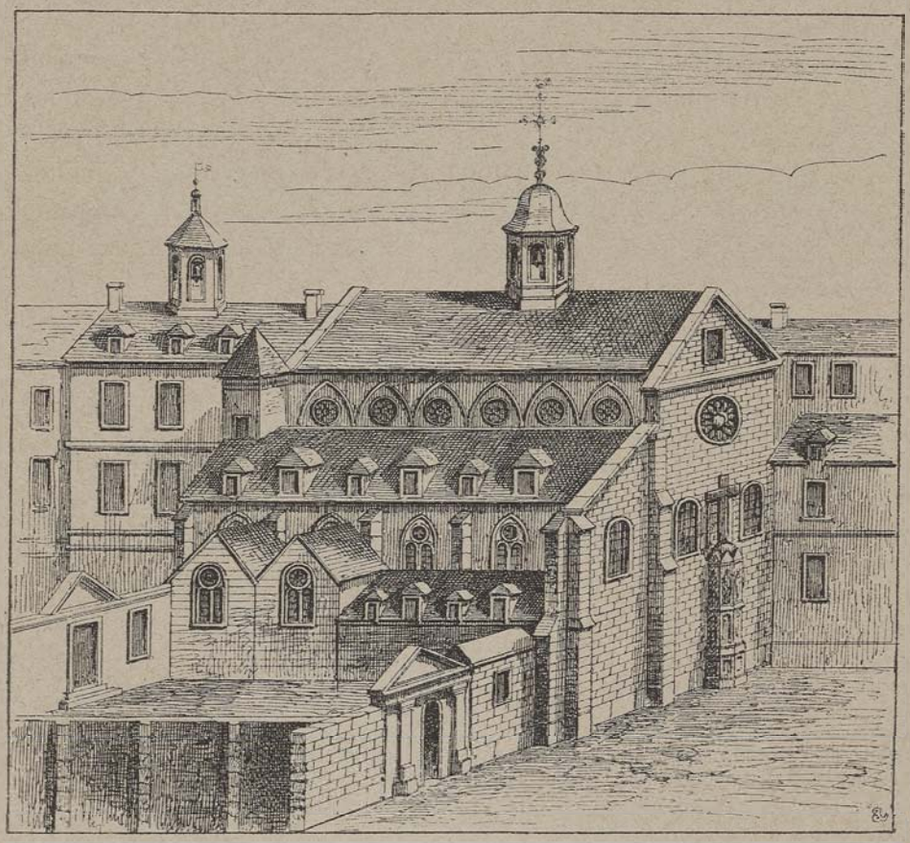
El feliz ensayo de Beauvais decidió al arzobispo de París, á instancias del padre Bourdoise, á imponer á todos los aspirantes á la ordenación en su diócesis el retiro de los diez días; al propio tiempo rogaba á nuestro santo que los recibiese en el colegio de los Buenos Hijos. No era encargo aquel que se aviniera con la misión; mas su celoso superior, siempre dispuesto á seguir la voz de la Providencia, aceptó el nuevo empleo, y á los pocos días la residencia de San Lázaro se abría para los ordenandos. Los retiros comenzaron bajo la dirección del santo sacerdote. Dábanse hasta seis por año, con tan abundante fruto, que las piadosas señoras que cooperaban á las obras del santo, entre otras la presidenta de Herse y la generosa marquesa de Maignelay, quisieron contribuir con sus donativos á que se admitiesen los eclesiásticos de todas las diócesis. De este modo las empresas todas se engrandecían en sus manos, pues que su celo excitaba el de los demás, y aquel santo contagio del bien se trocaba en liberalidades, que permitían hacer más amplios los beneficios de la caridad.

Para informar bien á los suyos en el nuevo ministerio, esforzábase el santo en mostrarles su grandeza y necesidad. «Emplearse en formar nuevos sacerdotes, les decía, es desempeñar el oficio de Jesucristo, quien durante su vida mortal parece que se impuso como el empeño de formar doce buenos sacerdotes, que son los apóstoles; al efecto quiso morar algunos años con ellos, para instruirlos y para informarlos en este divino ministerio. Por consiguiente, todos nosotros somos llamados al estado que hemos abrazado, para trabajar en una obra maestra: porque obra maestra es en este mundo el

formar buenos sacerdotes, en comparación de la cual no puede pensarse nada más grande, ni más importante. «Juzgaba, sin embargo, el santo que á tan sublime vocación no podía corresponderse sino por la más profunda humildad. En los sentimientos de bajeza y de indignidad que se esforzaba en inspirar á sus discípulos, hallaba él los motivos de una santa confianza en Dios. «Siempre ha empleado Dios, les decía, débiles instrumentos para los grandes designios. ¿No escogió para la institución de la iglesia pobres gentes ignorantes y rústicas? Y sin embargo, por medio de aquellos hombres destruyó Nuestro Señor la idolatría, sometió al dominio de la iglesia á los príncipes y poderosos de la tierra, y extendió nuestra santa religión por todo el mundo. También puede servirse de nosotros, tan ruines como somos, para ayudar al progreso de los eclesiásticos en la virtud. En nombre de Nuestro Señor, hermanos míos, entreguémonos á El, para contribuir todos á esa obra con nuestros servicios y con nuestros ejemplos, uniendo la oración á la mortificación.»

La modestia, el buen ejemplo, la oración, la penitencia, tales eran los medios que Vicente de Paul les recomendaba, como los más propios para asegurar el éxito en los ejercicios de los ordenandos. Cuando llegaba la época de las órdenes, formaba entre las comunidades religiosas y las Damas de caridad una liga de oraciones, para alcanzar de Dios buenos sacerdotes. Si sabios eran los reglamentos dictados por su experiencia para los ejercicios del retiro, útiles en verdad eran también los preceptos que había establecido para la predicación de ellos. Sencillez de palabra, y humildad de intención eran toda su retórica. La ciencia de Dios le había hecho conocer cuan vanos é inútiles eran la mayor parte de aquellos discursos estudiados y pomposos, que por entonces resonaban en los púlpitos. Con los ordenandos, como con los pobres, quería que se adoptase un lenguaje sencillo y natural, á fin de dejar á la palabra de Dios toda su fuerza y toda su unción; «porque Dios, decía él, es un manantial innagotable de sabiduría, de luz y de amor, y de El, hemos de tomar lo que decimos á los demás. Debemos anular nuestro propio espíritu y nuestros sentimientos particulares, para dar lugar á las operaciones de la gracia, única que ilumina y en-

ciende los corazones. Es preciso salir de nosotros mismos, para entrar en Dios; es necesario consultarle, para aprender su lenguaje, y pedirle que hable en nosotros y por nosotros. Por tales medios se



VISTA DE LA ANTIGUA IGLESIA DE SAN LÁZARO.

De una estampa de la Biblioteca nacional.—En esta iglesia se daban frecuentes ejercicios de preparación á los ordenandos bajo la dirección de San Vicente de Paul.

conseguirá que El realice su obra y que nosotros no la perturbemos en nada.»

La casa de San Lázaro, que podía llamarse casa de paz, de oración y de recogimiento, predicaba por sí misma; así es que los que á ella acudían, salían mejorados. Para los clérigos jóvenes era á la vez un lugar de formación para el sacerdocio, y un retiro de edi-

SAN VICENTE DE PAUL TEÓLOGO.

PARTE DE UN FRESCO PINTADO POR TIMBAL EN LA IGLESIA DE LA SORBONA EN PARÍS, SIGLO XIX.

San Vicente adora de rodillas la Eucaristía, centro y foco de la teología cristiana. Detrás de él se ven Bossuet, Olier, Berulio, San Francisco de Sales, sus contemporáneos y amigos. Entre los otros personajes figuran San Benito, San Bernardo, San Bruno, Pedro Lombardo, Sto. Tomás de Aquino, Malebranche.

San Vicente había dedicado lo menos siete años al estudio de la teología y la *Gallia christiana* le atribuye el título de doctor en esta ciencia. (1)

(1) Según toda probabilidad hizo estos estudios en la Universidad de Zaragoza. (*Nota del T.*)

Imp. Lemercier & Cie Paris.

ficación. El austero reformador de la Trapa, Rancée, escribía, después de unos días de retiro entre los humildes compañeros de Vicente: «He tenido una gran satisfacción en permanecer entre esas buenas gentes, cuya piedad es muy grande. En verdad es aquella una casa de Dios; en ninguna parte se admiran tales ejemplos.»

Uno de los primeros en someterse al retiro de los ordenandos fué Juan Santiago Olier, el piadoso y célebre fundador de S. Sulpicio. Después de haber sido largo tiempo discípulo del santo, y siempre su amigo, no le abandonó sino para ponerse bajo la dirección del padre Condrén. Olier había sido también uno de los primeros obreros de las misiones, y lo mismo que San Vicente, sintióse movido á trabajar por la santificación del clero. También estuvo en San Lázaro aquel gran obispo, aquel orador incomparable, en quien la iglesia reconoce una de sus lumbreras y Francia una de sus glorias, Bossuet, cuyo genio no tuvo maestro más directo, después de la Biblia y los Santos Padres, que el humilde Vicente de Paul. Bajo su dirección se preparó al sacerdocio, y en sus ejemplos aprendió la predicación. Más tarde se acordaba de él el gran orador, para rendir á su memoria el homenaje más brillante; el obispo de Meaux no se desdeñaba en referir al modesto sacerdote la parte mejor de su vida sacerdotal y de las obras de su genio.

Después de haber figurado Bossuet entre los ordenandos de San Lázaro, llegó después á trabajar como predicador de aquellos ejercicios: allí se formó él, para el doble apostolado de la Misión de los pueblos y reforma del clero. En unión con él organizó Vicente de Paul, por indicación de Ana de Austria, aquélla célebre misión de Metz, en la cual trabajaron más de veinte eclesiásticos de los más eminentes en piedad, los cuales al cabo de tres meses, y á pesar de todas las contradicciones y de todos los obstáculos, transformaron maravillosamente la ciudad, de la que habían hecho los hugonotes uno de los baluartes del protestantismo. «Nadie ha dudado, escribía Bossuet cuarenta y cuatro años más tarde, que los frutos de aquella misión no fuesen debidos á las piadosas excitaciones y también á las oraciones del venerable Vicente.» El futuro obispo de Meaux mostrábase en París como uno de los más celosos cooperadores del santo maestro en los retiros, que predicaba á los ordenandos, y en

las conferencias eclesiásticas que daba á los sacerdotes. Al fin de su gran carrera sacerdotal recordaba con emoción sus ensayos de la juventud, aquel primer trabajo que se había atrevido á emprender, según decía él, «ayudado por los consejos del hombre de Dios, y sostenido por sus oraciones.»

Las conferencias eclesiásticas eran asimismo una de las obras de Vicente de Paul. Los primeros ensayos de ellas se habían hecho en las misiones, siguiendo la costumbre que había establecido de reunir á los sacerdotes de las parroquias vecinas, para hablarles de su vocación, y darles consejos acerca de la manera de cumplir con su santo ministerio. La obra definitiva salió por sus pasos contados de los ejercicios de los ordenandos. Una vez ingresados en el sacerdocio, muchos buenos sacerdotes, queriendo corresponder á la gracia de su ordenación, se habían puesto bajo la dirección de nuestro santo, quien utilizaba su celo en las misiones; empero restaba defender á los jóvenes sacerdotes contra la inconstancia y la debilidad humanas. La regeneración del clero no podía ser duradera sin una institución permanente que pudiera mantener en él los felices resultados de la preparación al sacerdocio. Pensaba en ello el santo con aquella humildad y con aquella desconfianza de sí mismo, que le alejaban naturalmente de toda sugestión personal. Uno de los jóvenes ordenandos del retiro vino á proponerle un día que estableciese algún medio de unión entre los eclesiásticos que quisieran vivir conforme á la santidad de su vocación, y que para ello los hiciera congregar algunas veces en San Lázaro, para conferenciar sobre las virtudes y las funciones de su estado. Tal pensamiento pareció cosa de Dios á San Vicente, quien continuó pensando en él maduramente, y pidiendo las luces de lo alto. El arzobispo de París y el soberano Pontífice, á quienes consultaba en todos los asuntos arduos, aprobaron semejante empresa, en la cual había de alcanzarse un bien manifiesto para la iglesia. Entonces reunió á los primeros eclesiásticos que se habían mostrado partidarios del proyecto, les expuso sus sentimientos acerca de la reunión, y con su ciencia de las cosas del alma y su piedad comunicativa, les hizo comprender no sólo la necesidad de mantenerse en las santas disposiciones de su sacerdocio, sino las ventajas espirituales de una prác-

SAN VICENTE DE PAUL PRESIDE LAS CONFERENCIAS ECLESIÁSTICAS.

Cuadro de F. Detroy, siglo XVIII.—San Vicente había instituido estas conferencias como medio de reformar el clero.—«Cuando escuchábamos su palabra, decía Bossuet, todos sentíamos cumplirse en él la frase del apóstol: «Si alguno habla, que sea su palabra como de Dios.»

tica que les permitiría santificarse recíprocamente por el ejemplo, sin dejar el mundo ni el género de vida á que se dedicaran.

Tal es el origen de aquellas célebres conferencias de San Lázaro, que fueron para la segunda generación de sacerdotes del gran siglo, en que se cuentan los Olier, los Pavillón, los Perrochel, los Bossuet, los Abelly y tantos otros, la principal escuela de virtud sacerdotal y de predicación. En ellas fueron admitidos más de trescientos sacerdotes de los más distinguidos por el nacimiento, el talento, la doctrina y la virtud. «No había en París, dice un contemporáneo, un eclesiástico de mérito que no quisiera pertenecer á ellas.» Acordándose de la dichosa influencia del fundador, exclamaba Flechier: «A él le debe el clero de Francia su esplendor y su gloria.» En medio del brillo de su genio, Bossuet se felicitaba de haber tenido la dicha, en los siete últimos años de la vida de Vicente, de haber sido admitido entre los eclesiásticos que allí se congregaban, para la conferencia espiritual de los martes. Más tarde dió testimonio solemne al papa Clemente XII de la santidad del venerable sacerdote, en los siguientes términos: «Elevado al sacerdocio, fuí asociado á aquella compañía de piadosos eclesiásticos que semanalmente se congregaban, para tratar de las cosas de Dios. Vicente fué el autor y el alma de ella. Cuando llenos de avidez escuchábamos su palabra, todos nosotros estábamos convencidos de que se cumplía allí el encargo del apóstol: «Si alguno habla, que su palabra sea como de Dios.»

¿Y qué decía el humilde sacerdote? Nada que no hubiese aprendido en la oración y en la meditación. Su maestro en elocuencia era Jesucristo; su retórica consistía en renunciar á todo pensamiento rebuscado, á toda vana ostentación de lenguaje, á todo ruido de humano discurso, para dejar hablar á Dios en la humildad de su corazón y en el silencio de su espíritu. Imitando á San Pablo, desechaba todos los artificios de la vana oratoria, y no se curaba de apoyar su predicación ni sobre la fuerza de la elocuencia, ni sobre los razonamientos de la filosofía. De él podía afirmarse también: «El discurso del apóstol es sencillo, empero sus pensamientos son del todo divinos. Si ignora la retórica, y desprecia la filosofía, Jesucristo lo suple todo en él; y su nombre, que siempre lleva en la

boca, y sus misterios, que tan divinamente trata, hacen omnipotente su sencillez.»

A favor de aquella admirable sencillez apostólica y de aquella unción inspirada en Dios, trabajaba el santo instructor del clero en la regeneración del sacerdocio, y al mismo tiempo introducía la reforma del púlpito, corrompido entonces por el mal gusto y por la vanidad.

Los retiros espirituales fueron el complemento de las misiones y de los ejercicios de los ordenandos. San Ignacio había propagado la práctica de ellos, y formulado su método en su admirable libro de los *Ejercicios;* Vicente de Paul se dedicó á despertar la afición á ellos en el clero, y extendió su uso á todas las clases de la sociedad. En San Lázaro nació aquella saludable institución, luego de haberle adquirido para residencia de la misión. La obra recibió de su fundador un reglamento, inspirado á la vez en la ciencia práctica de la vida cristiana y en un generoso espíritu de hospitalidad, que venían á ser una combinación peregrina de la elevada mente de San Ignacio de Loyola y del sentido práctico, tan sabio y tan benévolo, de San Vicente de Paul.

Á la par que un abrigo para todos los sufrimientos, era también San Lázaro como un claustro perpetuamente abierto á los eclesiásticos y á las gentes del mundo que venían á buscar en él, los unos la santificación, los otros la conversión. «La tierra se halla en desolación, decía un profeta, porque no hay nadie que se recoja y se aplique á pensar y á meditar en su corazón: disípase el corazón sobre los objetos exteriores, y se olvidan los interiores que son nuestra alma, Dios, la vida eterna.» Conociendo la ventaja de los retiros, había abierto el santo su casa á todo el mundo. La afluencia era muy considerable, que el superior decía á veces con aquella dulce expansión, que de vez en cuando solía manifestar: «la casa de San Lázaro viene á ser como el arca de Noé, donde toda suerte de animales, grandes y pequeños, tenían entrada y alojamiento.» Los misioneros, por su parte, imitando el ejemplo de su padre, se empleaban en todos los oficios de caridad con los ejercitandos seglares ó eclesiásticos, admitidos por algunos días á una santa comunidad de vida en aquel recinto. Las castas moradas de las Hijas de la Ca-

ridad se transformaron también algunas veces en conventos para las mujeres del mundo, á las cuales se prodigaban allí los mismos cuidados en bien de sus almas. Maravillosas gracias de salud espiritual produjeron los retiros espirituales, sobre todo en la ciudad de París; su acción contribuyó tanto como el fervor de los monasterios al renacimiento religioso de la época, y su práctica saludable, extendida á muchas diócesis, llegó á ser uno de los alimentos de la piedad sacerdotal.

A su salida del Colegio de los Buenos Niños, y con el designio de procurar el bien de la Iglesia, había establecido el fundador de la misión en 1635 una escuela preparatoria de clérigos jóvenes, á los cuales se les enseñaba las humanidades y las buenas costumbres, en conformidad con las miras del concilio de Trento. Los resultados tardíos y dudosos de esta primera educación clerical no correspondían á la necesidad apremiante de buenos sacerdotes, que entonces se dejaba sentir. Comprendiólo así Vicente de Paul. Parecióle en vista de ello lo más urgente fundar seminarios, para recibir á los jóvenes ya ingresados ó dispuestos á entrar en los sagrados órdenes, con el fin de ejercitarlos allí por uno ó dos años en la piedad, en las ceremonias, en el canto, en las diversas funciones del ministerio pastoral, así como también en el estudio de la teología moral y de la dogmática. Antes de resolverse, trató del asunto con Richelieu, quien se complacía en ser visitado por el sacerdote de Dios, y en consultarle sobre los asuntos eclesiásticos; no contento con aprobar tal designio, excitó á su autor á ponerlo por obra por sí mismo, estableciendo en los Buenos Niños un seminario, del cual quiso ser el primer bienhechor. Con solos doce aspirantes daba principo el santo á la obra en 1642, dándole el carácter de un ensayo, según su acostumbrado método. Mas para no verse privado del primer establecimiento que había formado bajo el plan del concilio de Trento en los Bueños Niños, hizo el traslado á una casa contigua á San Lázaro, dándola el nombre de seminario de San Carlos; de este modo se completó en Francia por la doble institución de los seminarios mayores y menores la obra del referido concilio ecuménico.

El año precedente se había ya hecho un primer ensayo de semi-

nario en Annecy, á instancias del obispo diocesano, y por consejo de Vicente de Paul. Al mismo tiempo, el piadoso Olier hacía en Chartres otra tentativa igual, y Bourdoise iniciaba también un seminario con la comunidad de San Nicolás del Chardonet. Con anterioridad á estas fundaciones, había establecido Vicente en San Lázaro en 1637 un seminario de internos, para el alistamiento de

VISTA DE LA ABADÍA DE PEBRAC, (ALTO LOIRA).

El señor Olier, titular de esta abadía, distribuye limosnas á los pobres de las cercanías. —Fundador de la congregación de San Sulpicio, amigo y discípulo de San Vicente de Paul, tuvo Olier una participación importante en el establecimiento de los seminarios, y se mostró tan celoso por la instrucción de los pobres, como de la buena educación del clero y de la abolición de los duelos. Murió en los brazos de San Vicente.

misioneros, y para informar á los recién venidos en el espíritu y en las virtudes propias del instituto. En él radicaban la esperanza del rebaño y el semillero de las misiones.

Por último, venía á resumir y coronar todos aquellos ensayos el citado señor Olier, discípulo de San Vicente y del padre Condrén, fundando con su nueva compañía de sacerdotes el seminario

de S. Sulpicio, modelo de tales establecimientos, ya que no el primero de todos. Disputen enhorabuena los historiadores sobre la prioridad de la fundación de seminarios entre San Vicente y Olier; cada uno de ellos cede gustoso á su compañero los honores. Llenos del mismo celo por la gloria de Dios, conducidos por las mismas necesidades á trabajar en la obra común inspirada por la Iglesia, ambos merecen por igual la gloria de fundadores de los seminarios. A Vicente sin embargo le corresponde más bien el honor de legislador, por cuanto el reglamento que dió al seminario de los Buenos Niños, todo lleno del espíritu sacerdotal, sirvió de ley á todos los seminarios de su congregación, y fué como el fondo común de la educación clerical en los otros.

Así pues, la obra de los ordenandos y de los seminarios unida á la de las misiones, acrecentó los cargos de la compañía de San Lázaro, que había de atender á las necesidades espirituales del clero y del pueblo. Vicente se esforzaba en educar á los suyos para tan alta misión, inspirándoles con insistencia los sentimientos de la más grande humildad. «¿Quiénes somos nosotros, les decía, para este ministerio? No somos más que ruines gentes, pobres trabajadores y labriegos; y ¿qué proporción hay entre nosotros, miserables como somos, y un empleo tan santo, tan eminente y celestial? No obstante, á nosotros nos ha confiado Dios gracia tan grande, como es la de contribuir á restaurar el estado eclesiástico. Dios no se ha dirigido para esto á los doctores, ni á tantas comunidades llenas de ciencia y de santidad, sino que se ha dirigido á esta ruin, pobre y miserable compañía, la última de todas y la más indigna.» Explicábales, además, por qué caminos había Dios conducido el instituto á sus diversas funciones á fin de que encontraran en la conducta de la Providencia nuevo valor y nuevos motivos de celo. «En sus comienzos no se ocupaba nuestra pequeña compañía más que en su propio progreso espiritual, y en evangelizar á los pobres. En ciertas épocas del año se recogía en su morada, y en otras iba á enseñar á los pueblos del campo. Dios permitió que en nuestros principios no se haya manifestado de otro modo; pero andando el tiempo nos ha llamado para que contribuyamos á formar buenos sacerdotes, á dar buenos pastos á las feligresías, y á mostrar á los fieles

lo que deben saber y practicar. ¡Oh, cuán alto y sublime es este empleo! ¡Oh, cuán por encima de nosotros está! ¿Quién entre nosotros hubiera pensado jamás en los ejercicios de los ordenandos y de los seminarios? Nunca nos hubiera ocurrido tal empresa, sino nos hubiera significado el Señor que era de su agrado nos empleáramos en ella. El, pues, ha conducido la compañía á tales empleos, pero sin preferencias de nuestra parte; y por lo mismo nos manda que á ellos nos apliquemos, y que sea de un modo serio, humilde, devoto constante, cual coresponde á la excelencia de la obra.»

Mientras Vicente de Paúl atendía á la multiplicación de los seminarios, dirigía con su consejo á los sacerdotes más virtuosos y también á los obispos, que se ocupaban celosamente como él de restaurar la disciplina eclesiástica. De todas partes le consultaban; tan grande era su renombre de sabiduría y de santidad: prelados, grandes señores, abades, señoras ilustres, religiosas, todo el mundo se dirigía á él. Negocios temporales, asuntos de conciencia, todo se sometía á su discreción, y á todo contestaba. «No cabía engañarse, dice Bossuet, en seguir sus consejos, porque iban precedidos de sus ejemplos.»

También prestó sus servicios á las órdenes religiosas. Ya indicamos en otro lugar que San Francisco de Sales le había nombrado superior del primer monasterio de la Visitación establecido en París. Por espacio de cuarenta años dirigió á las Hijas de Santa María con una prudencia y una dulzura, que les hacía recordar en él á su admirable Padre; y en sus frecuentes visitas á las casas de París y de San Dionisio avivaba en las religiosas el fervor de su vocación, conformándolas al espíritu del santo obispo de Ginebra y de la madre Chantál. Procuraba también con gran empeño preservarlas de la influencia del mundo, y defenderlas de toda invasión peligrosa, y en particular de los errores insinuantes del jansenismo. Más de una vez, apremiado por sus numerosas ocupaciones, quebrantado por las enfermedades, y en la precisión de dirigir las casas, cada día más numerosas, de misioneros y de Hermanas de la caridad, había intentado renunciar á la dirección de aquella otra familia que le había legado San Francisco de Sales; empero las instancias de aquellas tiernas hijas no le permitieron dejarlas en la orfan-

dad. La señora Chantal, obligada á residir en Annecy, para gobernar su instituto, se aconsejaba de él exclusivamente; antes de morir quiso ver á nuestro santo, y Dios le concedió la gracia tras de nueve años de angustias interiores, de gustar como un trasunto de la paz celestial en sus pláticas con aquel incomparable director. Mientras mantenía en su vigor primitivo el fervor de las religiosas de la Visitación, dotaba al Carmelo de discípulas de gran prestigio; entre otras, recordamos á la señorita de Vigean á la que dijo un día: «Vos no habéis sido hecha para el mundo»; poco después aquella heroína de belleza daba un adiós á los halagos del siglo y al amor de Condé, para abrazar á los veinticinco años las santas austeridades de la penitencia.

No se contentaban los obispos con consultarle sobre los asuntos eclesiásticos, sino que le llamaban también, para visitar los monasterios de ambos sexos de sus diócesis, á fin de que reanimase el espíritu religioso. Encargado por la Santa Sede de la reforma de las órdenes monásticas, el gran cardenal de La-Rochefoucauld halló en él su brazo derecho, como él decía. A San Vicente atribuyen muchos en particular el restablecimiento de la disciplina las congregaciones de santa Genoveva y de Grandmont; y las antiguas órdenes de S. Benito y de S. Bernardo, de S. Antonio y de S. Norberto le vieron trabajar también en reavivar el fervor primitivo en su seno. Fremont le acompañó en la restauración de la extricta observancia de alguno y de él se valió Tariso para hacer entrar en la reforma de la ilustre congregación de S. Mauricio un gran número de monasterios benedictinos; asimismo prestó grandes beneficios al comendador Sillery, contribuyendo con sus misioneros á la reforma de las casas y de los dominios de la orden de Malta. La compañía naciente de S. Sulpicio pudo consolidar la obra de su piadoso fundador, merced á los consejos y á la piadosa asistencia de nuestro héroe. Entre todas las comunidades de Francia no hubo una sola, como afirma su primer historiador, á quien no haya hecho servicios de carácter general ó particulares, siempre con un celo del todo desinteresado, como se lo inspiraba su corazón lleno de humildad y caridad. Siempre dispuesto á anteponer los intereses de las otras congregaciones á los de la suya propia, veíalas con jú-

bilo desarrollarse, y en todas las circunstancias se complacía en rendir justo tributo de admiración á las virtudes de sus individuos.

Con su actividad para restablecer la piedad monástica, dábase la mano su celo por extender la vida religiosa. Imitando el ejemplo de la compañía de la misión, habíanse formado otras varias de sacerdotes, para atender á las necesidades del clero y del pueblo, de lo cual se regocijaba no poco S. Vicente de Paul. «Alabo á Dios, decía, de que se haya dignado suscitar en este siglo tantas almas

REFORMA DE LA ABADÍA DE S. DIONISIO.

El cardenal de La-Rochefoucauld instala en ella á D. Gregorio Tarisso y á los benedictinos reformados, á pesar de las protestas de los antiguos religiosos. De un grabado de Simoneau, siglo XVIII.—S. Vicente secundó con todo su poder la obra reformadora del cardenal, quien le llamaba su «brazo derecho.»

buenas y santas para la asistencia del pobre pueblo, y pido á su Divina Majestad con todas las veras de mi corazón que bendiga los designios de esos santos eclesiásticos y los haga prosperar para su gloria.» En medio de aquel renacimiento religioso, del cual se derivaron tantas instituciones de caridad y tantas obras piadosas, la compañía de las Damas de la caridad era como un plantel de fundadoras de congregaciones. Las hijas espirituales de S. Vicente propagaban la raza de las siervas de Dios. La señora Miramión, la insigne bienhechora de las misiones de la China y de la propagación de la fé, la patrona de todas las obras de caridad, fundaba con

reglamentos aprobados por el santo la comunidad de la Santa Familia, y la unía á las hijas de Santa Genoveva. Estas piadosas jóvenes, á quienes treinta años antes había congregado la señorita Blosset, habían ido á consultar antes de formar comunidad, al venerable superior de S. Lázaro sobre sus propósitos, y este les había dicho: «Dios quiere servirse de vosotras para dar á la iglesia una nueva compañía; Nuestro Señor reportará de ello no poca gloria y el prójimo mucho provecho.» Palabras proféticas, realizadas después gracias al celo de la señora Miramión y al desenvolvimiento extraordinario de aquella obra. Ambas pequeñas comunidades habían sido igualmente instituídas para la instrucción de niñas pobres, y para alivio de los desgraciados; ella las refundió en una sola bajo el nombre de Hijas de Santa Genoveva, y el agradecimiento del pueblo les aplicó pronto el nombre de las *Miramionas*.

También era discípula y colaboradora de Vicente de Paul la señora Pollarión, la piadosa fundadora de las hijas de la Providencia. Nombrada superiora de la nueva comunidad, logró el santo aplicar el celo de aquellas buenas religiosas á otras cosas, pues, de una obra de refugio y de preservación como era para las doncellas, hizo que brotara del Instituto otra obra de propaganda y de salvación para los protestantes que se llamó la *Unión cristiana*, y al propio tiempo fundó diversas casas llamadas de *Propagación de la fé*. Una de ellas fué testimonio espléndido de la conversión del gran Turena al catolicismo. Bajo la dirección de S. Vicente y con el concurso de la señora Le Gras, María de Lestang, una de las señoras más asiduas de la Asamblea de caridad, instituía las Hijas de S. José para la educación de los huérfanos. Otra de las cooperadoras del Padre de los pobres, la señora de Villeneuve, viuda de veintitres años, fundaba por consejo suyo el instituto de las Hijas de la Cruz, consagrado á la instrucción gratuita de las niñas. Fundado en la diócesis de Amiens por dos venerables sacerdotes, acusados por vil maniobra de herejía, la pequeña congregación tuvo á Vicente de Paul por protector, después de haberle tenido por Juez. No contento con haberla ayudado á vencer la persecución, y penetrado de que sería de gran utilidad de la Iglesia, la salvó de la ruina después de la muerte de su nueva fundadora, proporcionándola las

liberalidades de la Duquesa de Aiguillón. Entretanto dedicaba con particular solicitud todo su cuidado al instituto de las Hijas de la Caridad: Bendecido y sostenido por el santo sacerdote, se esparció ámpliamente, abrazando todas las obras de caridad para las mujeres, desde la escuela hasta el hospicio.

El mismo celo que dedicaba Vicente de Paul á la santificación del clero y al desarrollo de la vida religiosa, empleaba en defensa de la doctrina católica. No tuvo el error adversario más decidido que aquel apóstol de la caridad. No tenía bastante con haber contribuído al bien de la Iglesia con sábias reformas y saludables instituciones, sino que también se dedicó á combatir á novadores intemperantes y peligrosos. Así como en el siglo precedente habían servido los desórdenes del clero de incentivo á la herejía de Lutero, así también en el siglo XVII el desmedido ardor por el restablecimiento de la fé y de las costumbres, sirvió para favorecer el error del jansenismo (1). Lo que era empresa propia de la caridad y de la piedad quiso arrogárselo un celo exagerado y orgulloso.

(1) La lepra del jansenismo, nacido en Francia en la época á que se refiere el texto, se infiltró tan profundamente en la nación que le vió nacer, que ha trascendido hasta los tiempos que corremos. El que estas líneas escribe tuvo ocasión de escuchar de labios de la señora vizcondesa de Jorbalán, por los años de 1859, el interesante relato de un suceso en que había sido protagonista aquella preclara fundadora de las Religiosas Adoratrices en España, y que manifiesta hasta qué punto había inoculado su ponzoña aquella herejía en los institutos religiosos. Contaba la citada señora que hallándose en sus juventudes en una de las más importantes ciudades francesas, para completar su educación, tenía la costumbre de acudir muy de mañana á cierto convento de religiosas á fin de practicar sus devociones. Llamó vivamente su atención el observar que nunca recibía la comunidad la santa Comunión, y sospechando que lo verificaría muy de madrugada, procuró asistir á las primeras misas del convento, sin haber conseguido tampoco ver comulgar á las religiosas. Picada entonces su curiosidad, quiso enterarse de personas piadosas de la causa de aquel misterio, y supo con sorpresa y con espanto á la vez que aquellas religiosas, en otro tiempo muy observantes, habían dejado en absoluto la inefable práctica de la Sagrada Comunión, imbuidas por un confesor jansenista.

El celo ardentísimo de aquella señora, tan ilustre por su nacimiento como por los altos cargos que ejerció en el palacio de Madrid, halló motivo bastante con aquel triste descubrimiento para poner en juego su sagacidad cristiana. Avistóse con el prelado diocesano, y le expuso sus propósitos de reconquistar aquella comunidad, pidiéndole su venia y sus instrucciones. Concedióselas muy gustoso el señor Obispo, y Dios Nuestro Señor coronó del más feliz éxito el santo empeño y los ardides piadosos de la vizcondesa, atrayendo al redil del buen pastor la comunidad, con circunstancias tan singulares, que revelaban muy á las claras la intervención de la Providencia en aquel suceso extraordinario. *(Nota del traductor).*

COMISIÓN PROVINCIAL DE MONUMENTOS GRANADA

Empero las hábiles astucias de un San-Cyran se estrellaron contra la humilde fé de Vicente de Paul, y la herejía pudo anublar más no contener, el dichoso desenvolvimiento de la religión.

Duvergier de Haurana, más conocido por el nombre de su abadía de San Cyran, antes de declararse sectario, había tratado con intímidad á nuestro santo en aquella época en que ambos eran amigos del P. Berulio. Los dos eran de la misma edad, aunque de carácter bien distinto: el uno «espíritu inquieto, vano, presuntuoso, insociable, poco comunicativo y muy extravagante en todas sus maneras;» el otro, aunque áspero por temperamento, era el más dulce y humilde de los hombres por la gracia. San-Cyran había llegado á conquistarse una reputación de ciencia y de virtud; más el espíritu perspicaz de S. Vicente no tardó en descubrir al sectario. Su inactividad aparente, su afectada soledad, admiraban á quien no comprendía la fé sin acción. «No me parece que sea llevar vida inútil, le respondía el taciturno Duvergier, el servir á Dios en secreto, y adorar su verdad y su bondad en el silencio». Todavía se sostuviéron aquellas relaciones por algún tiempo.

Mas poco á poco iba desenmascarándose el hereje «con una audacia que ponía á prueba la caridad del santo, sin engañar su prudencia»; las ideas que emitía sobre Calvino, cuyo partido defendía, sobre el concilio de Trento, que llamaba concilio de escolásticos, sobre la Iglesia misma que según él no existía hacía quinientos ó seiscientos años, aterrorizaban la humildad de Vicente y afligían grandemente su corazón (1).

Unido con Jansenio, y confidente de sus designios, pretendía Duvergier reformar la Iglesia en muchos puntos de fé y de disciplina. Insinuante y ambicioso á la vez, tendía sus redes en las comunidades de sacerdotes, y particularmente en los conventos de religiosas, más fáciles de sorprender, tratándose de un error, que iba revestido de todas las apariencias de piedad. Bien hubiera querido atraer á su partido á Vicente, para arrastrar después á su congregación, y á muchas personas virtuosas. Empero inspirado en su hu-

(1) Presumimos que mucho antes de defender tales desatinos, había ya abandonado nuestro Santo al atrevido heresiarca. (Nota del T.)

mildad, decía el venerable superior á su comunidad: «Toda mi vida he temido hallarme en el nacimiento de alguna herejía, pues basta contemplar el gran destrozo que causó la de Lutero y Calvino en cuantas personas de todas suertes y condiciones fueron inoculadas de su pernicioso veneno, al querer gustar las falsas dulzuras de su pretendida reforma: Siempre me sobrecogió el temor de verme envuelto en los errores de una nueva doctrina, sin darme cuenta de ello. Sí, toda mi vida he sido presa de ese temor.» Dios permitió que presenciara lo que él temía, no para prueba de su fé, sino para confusión del error. Vicente al conocer al hereje, había descubierto desde sus principios la herejía.

Muchas personas, sin embargo, se dejaban aprisionar en ella. Una especie de apasionamiento de fervor, unido á los atractivos de la novedad, arrastraba á las mujeres hacia aquel reformador rígido. En un principio no se había trasparentado su espíritu de insubordinación á la Santa Sede y de oposición á la autoridad real. Su doctrina sobre la gracia divina y sobre la predestinación, que Jansenio había de desarrollar más tarde en su famoso libro del *Augustinus*, no había sido aún formulada en términos que mostrarán descarnado el error. Lo que atraía las gentes á su persona era la severidad de su moral y el movimiento de curiosidad hacia su nuevo misticismo. Aquel áspero rigor le había facilitado el acceso para con almas ardientes, tales como las jóvenes reformadoras de Port-Royal, Angélica Arnault y su hermana Annes, exaltadas por la perfección, ávidas de propaganda, y dispuestas á abrazar «toda novedad extraordinaria, con tal de que tuviese las apariencias de una reforma.» Después del establecimiento de las religiosas citadas en París, San-Cyran había fundado en el monasterio que ellas abandonaban una comunidad de literatos, seducidos por la Reforma, los cuales llegaron á ser los llamados solitarios de Port-Royal. Era aquello como una pequeña iglesia, á la vez ruda y sabia, imbuida de las ideas nuevas, y formada por una singular mezcla de literatura y de ascetismo, de orgullo y de virtud. Desde allí agitaba San-Cyran los espíritus, inquietaba las conciencias, introducía la división en la iglesia y la perturbación en el estado. Por fin el cardenal de Richelieu le hizo prender.

Mientras Vicente de Paul se creyó obligado por la caridad á hacer esfuerzos en favor de un amigo extraviado, no perdonó ni cartas, ni diligencias, para apartarle de su error; pero cuando vió la obstinación del sectario, rompió desde luego con él, y no mostró menos ardor en combatir la herejía que caridad había empleado en prevenirla.

El fué en unión con el P. Condrén, quien llamó la atención del cardenal de Richelieu sobre la conducta del novador. El gran ministro comprendió el peligro que aquello traía para la Iglesia y para el Estado, y no lo ocultó á muchos altos personajes que se habían interpuesto en favor de aquél. «¿Sabéis bien, decía á Condé, de que hombre me habláis?; es más peligroso que seis ejércitos.» En vano la duquesa de Aiguillón misma quiso interceder en favor del prisionero. Por toda respuesta le dijo el cardenal que podía pedir informes bien al señor Condrén, bien al señor Vicente de Paul, los dos hombres más honrados del reino, que se habían convertido en acusadores de San Cyrán por deber de conciencia. Se avistó en efecto con el P. Condrén, y tan espantada salió de la conferencia, que volvió á verse con el cardenal para declararle que retiraba enteramente su afecto al prisionero.

La muerte de San Cyrán acaecida algunos meses después de habérsele dejado en libertad, no produjo otro resultado que hacer más patentes los proyectos de la secta. Desde su prisión de Vincennes había inspirado el libro de la *Frecuente comunión*, que se publicó antes de su muerte. A los errores del *Augustinus* sobre la gracia y el libre albedrío, su sobrino Barcos añadió á instigación suya la doctrina de los dos jefes en la Iglesia. La herejía, pues, se presentaba en toda su deformidad: Destruía la economía de la redención fundada sobre la universalidad de la gracia, y también la constitución de la Iglesia, fundada en la supremacía del Papa; conducía á la indiferencia religiosa por el fatalismo, y arruinaba la práctica de las obras por el exceso de los deberes.

En medio de las divisiones introducidas entre los doctores por las nuevas doctrinas, Vicente de Paul, firme en la fé, inquebrantable en su humilde sumisión á la Iglesia, luchaba contra todas las tentaciones y contra todos los esfuerzos de la herejía con tanto vi-

JUAN DUVERGIER DE HAURANA, ABAD DE S. CYRAN.

El principal fautor del Jansenismo en Francia; de un grabado de Morin, siglo XVII.— «Hacía falta una herejía para uso de los políticos que querían pensar y vivir como protestantes, sin separarse abiertamente del catolicismo decididamente victorioso. El Jansenismo fué ese término medio, y el padre de la mentira no podía sujerir otro más hábil »

gor y fortaleza como prudencia y moderación; sin disimular cuando era preciso hablar, y sin hablar más de lo necesario, ya para confirmar á los que se mantenían fieles á la obediencia de la Iglesia, ya para reducir á los que no querían someterse á ella, ya para encaminar y fortalecer á los que vacilaban y corrían peligro de caer, ya por fin, para dar constantemente el debido testimonio á la verdad, según afirma Abelly. Sabía no obstante, añade el historiador, hacer distinción entre las personas y los errores, detestando éste y guardando siempre en su corazón una verdadera y sincera caridad para las personas, á las cuales no nombraba sino con gran reserva, y más bien por espíritu de compasión que por movimiento alguno de ira.

Nadie más que él trabajó en medio del desorden de los espíritus por defender la verdadera doctrina en interesar á los obispos en la causa de la ortodoxia, y en preservar las congregaciones religiosas contra las perniciosas novedades, y en hacer condenar el error por el Juez infalible. La rabia infatigable y violenta con que le persiguieron los jansenistas da la medida del reconocimiento que le debe el catolicismo. Cuando por fin hubo hablado Roma, cuando á pesar de todas las intrigas de los sectarios, Inocencio X, informado por el embajador de Luis XIV y por los doctores que Vicente de Paul había escogido, para representar la buena causa hubo pronunciado la condenación del jansenismo, el humilde sacerdote fué uno de los primeros en regocijarse por ello. «Demos gracias á Dios, decía á sus hermanos, por la protección que dispensa á la Iglesia y particularmente á la Francia para purgarla de esos errores que iban á sumirla en tan gran desorden. En cuanto á mí, aun cuando Dios me ha hecho la gracia de distinguir el error de la verdad antes de la definición de la Santa Sede no he experimentado jamás por ello un sentimiento de vanagloria, ni tampoco de vana complacencia, pues reconozco que si mi juicio se ha encontrado conforme con el de la Iglesia, es por un efecto de la pura misericordia de Dios para conmigo, y por lo cual tengo la obligación de darle toda la gloria.»

Después de la condenación, puso en juego su prudencia y su caridad, para que los disidentes se sometieran á las decisiones de la

Santa Sede. Tan celoso como había sido en la lucha, otro tanto fué moderado en la victoria. Abrigaba la esperanza de contribuir al re-

RETRATO DEL P. CONDRÉN.

Segundo superior general de la Congregación del Oratorio, amigo de S. Vicente. Facsímile, de un grabado sacado de la *Historia* de su vida, siglo XVII.—Se le representa en ademán de abrasar el mundo con el fuego de la caridad. «Paréceme, decía la señora Chantal, que Dios ha hecho al P. Condrén capaz de instruir á los ángeles.»

torno de los espíritus con sus gestiones en Port-Royal; mas al propio tiempo cuidaba de poner muy en guardia á los suyos contra los

asaltos del error. Su mansedumbre para con las personas no le conducía hasta el extremo de adquirir compromisos con la herejía. Cuando reclamaron de su caridad que transigiese, contestó que «cuando había fallado un Juez sobre un litigio, no había otra avenencia posible que la de someterse al fallo. Antes de ser condenados esos señores, han empleado todos sus esfuerzos para que la mentira prevaleciese sobre la verdad. Aun después que la Santa Sede ha decidido las cuestiones, condenándolos, han dado diversos sentidos á las constituciones para eludir su efecto; y aunque por otra parte hayan aparentado someterse con sinceridad al Padre común de los fieles..... no obstante, los escritores de su partido que han sostenido aquellas opiniones, y que han escrito libros y apologías para defenderlas, no han dicho ni escrito aún palabra que parezca encaminada á desaprobarlas. ¿Qué unión podemos ajustar, por lo tanto, con ellos, si no tienen intención sincera de someterse? ¿Qué modificación podemos introducir nosotros en lo que la Iglesia ha decidido? Estas son materias de fe, que no pueden sufrir alteración ni admiten transacciones, y por consiguiente no podemos acomodarlas á los sentimientos de esos caballeros; á ellos toca someter la luz de su espíritu á las decisiones conocidas, y unirse á nosotros por la unidad de creencias con verdadera y sincera sumisión al Jefe de la Iglesia. Sin esto no podemos hacer otra cosa que rogar á Dios por su conversión.»

Ante ese don de discernimiento que venía de Dios, ante esa ciencia recta y segura, viéronse obligados los sectarios á enmudecer, no pudiendo sorprenderla; pues Vicente de Paul había reconocido desde luego en el nuevo error del jansenismo «uno de los más peligrosos que hayan jamás perturbado á la Iglesia.» El espíritu de discusión y de independencia, que ocultaba semejante herejía bajo un rigorismo orgulloso, la incredulidad que favorecía con apariencias de piedad, el desenfreno de las costumbres, consecuencia de su fatalismo estrecho y abrumador, todo esto hacía presentir al Santo Sacerdote una era nueva de males para la Iglesia. Testigo en su juventud de las desolaciones, aun no reparadas, del calvinismo, temía que la Francia invadida por la nueva herejía no corriera la suerte de la Alemania, de la Inglaterra y de la Suecia, y que la antorcha

FACSÍMILE DE UNA CARTA DEL CARDENAL MAZARINO A S. VICENTE DE PAUL CONSERVADA EN LOS ARCHIVOS DE LA CONGREGACIÓN DE LA MISIÓN DE PARÍS.

Monsieur Je vous diray pour response à la Letre que vous auez pris la peine de m'escrire du 4e. de ce mois, que je ne puis que louer le zele que vous faites paroistre en tout ce qui regarde la gloire de dieu et le bien de son Eglise. Le soin que vous prenez de rompre la Brigue des Jansenistes par l'Election de Mr. le Maistre m'en est vne nouuelle preuue, & je suis bien aise qu'on fasse choix d'vne personne qui par le tesmoignage que vous m'en rendez, est si digne de remplir la place qui vaque dans la Sorbonne. Vous pouuez cependant l'asseurer de ma part des douze cens Liures de pension que vous iugez apropos qu'on luy donne sur quelque Benefice, & que cela s'effectuera aux premieres ocasions que j'en auray. Croyez en vostre particulier que je seray tousiours bien veritablement

Monsieur

Vrõ tres affectionné a vous faire Seruice

Le Card. Mazarin

A Fontainebleau ce 7e. Septbre. 1646

M. Vincent

(Traducción del manuscrito.)

Muy señor mío:

Diré á usted en contestación á la carta que se ha tomado la molestia de escribirme con fecha 4 de este mes, que no puedo menos de alabar el celo que ha desplegado usted en todo lo que mira á la gloria de Dios y al bien de su Iglesia. El cuidado que usted pone en combatir la intriga de los jansenistas por la elección del Sr. Maestro (1), es para mí otra prueba de ello, y yo me alegro de que se escoja un sujeto, que á juzgar por el testimonio que de él me da usted, es tan digno de ocupar la plaza vacante de la Sorbona. Podrá usted, sin embargo, prometerle de mi parte las mil doscientas libras de pensión que usted me indica se le dén sobre algún Beneficio, y que éste se le concederá en la primera ocasión que se me presente. Cuente usted con la seguridad de que seré siempre vuestro afectísimo servidor.

Yo CARDENAL MAZARINO.

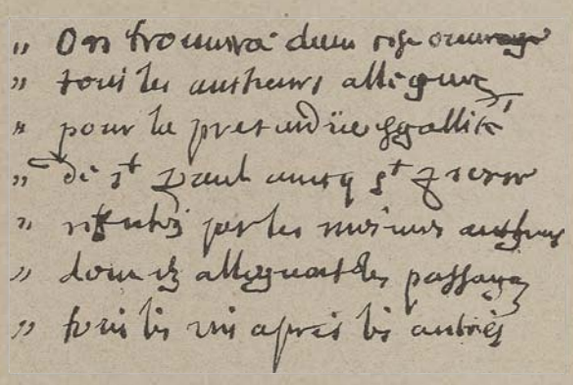
En Fontainnebleau á 7 de Setiembre.

N.° 46.

M. Vicente.

NOTA ESCRITA POR S. VICENTE

en el anverso de la carta del Cardenal Mazarino estampada enfrente.



(Traducción.)

En esta obra se hallarán todos los autores alegados para la pretendida igualdad de S. Pablo con S. Pedro, refutados por los mismos autores cuyos pasajes alegan, todos unos tras otros.

de la fe se extinguiera en ella y fuera transportada á otros países. Empero, como Dios suscitó, según la frase de un contemporáneo, á San Ignacio y su Compañía contra Lutero y Calvino, suscitó tam-

(1) Suponemos que el cardenal alude con la palabra anticuada *Maistre* á un profesor ó tal vez al Rector de la Sorbona, que había de elegirse, y no á un individuo llamado así. (*Nota del Traductor*).

EL PAPA INOCENCIO X FIRMA LA BULA CONTRA LOS JANSENISTAS.

Grabado de Simonneau.—S. Vicente de Paul fué uno de los primeros y de los más celosos en solicitar de la Santa Sede, la condenación de la herejía de Jansenio.

bién á San Vicente y su Congregación contra el jansenismo. La Iglesia dedicada sobre la tierra á una lucha continua, pudo contar frente á los funestos efectos del error, con un clero restaurado, con las órdenes religiosas reformadas y difundidas por todas partes, con un pueblo regenerado en la fe, y por último con una multitud de instituciones de piedad y de caridad. En cuanto á la Francia, puede asegurarse que vivió católicamente, merced á aquella regeneración religiosa de los bellos tiempos de San Vicente de Paul, hasta que la revolución vino á destruirlo todo por algún tiempo.

LA POLÍTICA Y LA CARIDAD.

La caridad en el Estado.—La guerra en Lorena.—Vicente de Paul acude al socorro de aquella desgraciada provincia.—Los refugiados loreneses en París.—Vicente de Paul y Richelieu.—Las dos políticas.—Vicente en el lecho de muerte de Luis XIII.—Su ingreso y su conducta en el Consejo de conciencia.—Los duelos.—Oposición á Mazarino.—La Fronda.—Vicente de Paul interviene por la paz.—Provincias salvadas del hambre por su caridad.—Preparación del reinado de Luis XIV.

Los Gobiernos tienen Ministros de la Guerra y de la Justicia, de Hacienda y de Comercio; y en un Estado bien dirigido, la policía asegura el orden, la magistratura asegura á cada cual sus derechos, el ejército protege la seguridad del país, y una buena administración hace prosperar la industria, las letras y las artes. Mas en medio de esta organización de los servicios públicos, ¿quién tendrá cuidado de los pobres? ¿quién socorrerá á los desgraciados? Ni el dinero público, ni la acción del poder tienen eficacia bastante para ello. Es preciso que intervenga la caridad, la caridad activa y solícita, la caridad que se hace la madre de los huérfanos, nodriza de los pobres y consoladora de los afligidos. Ese ministerio no es de institución humana. Los pueblos paganos no le conocieron: ha florecido, por el contrario, en las naciones cristianas, y es el com-

plemento de una buena política, la condición indispensable de la buena civilización.

Había tocado á S. Vicente de Paul la misión de ejercitar todos los empleos de ese ministerio, y de extender sus beneficios más allá de los límites del poder público. Varias calamidades de carácter extraordinario iban á poner de relieve aquella caridad inmensa, inagotable, tan vasta como todas las miserias.

En medio de las guerras suscitadas por la falsa política de Richelieu en Alemania y en España, que tenía su mira puesta en la humillación de la casa de Austria, aun á costa de escandalosas alianzas con los Estados protestantes, vieron muchas provincias renovarse en su seno los horrores de las guerras de religión, de que apenas había salido la Francia. Ninguna pasó por tan duras pruebas como la infortunada Lorena, la cual pagó con las más espantosas calamidades el beneficio de hacerse francesa. Primeramente la habían desolado la peste y la disentería; y después la fidelidad de su duque para con la católica Austria desencadenó sobre ella la invasión extranjera. Tres ejércitos la devastaron á la vez, y los imperiales que la defendían, no la hicieron menos daño que los franceses y los suecos sus enemigos. A aquellos horrores se agregó el furor de los hugonotes, y á ellos se adunaron las violencias del fanatismo de los protestantes aliados de la Francia. A todo esto reapareció la peste, y el hambre tomó formidables proporciones. Sitiada aquella provincia interior y exteriormente, vino á ser otra Jerusalén, en la cual no faltaba ninguno de los horribles estragos del hambre. Todos los azotes reunidos convirtieron aquella desdichada provincia en una tierra de desolación, de carnicería y de ruinas. Aquel cúmulo de calamidades conmovió el corazón de Vicente de Paul. Sólo él podía intentar la aplicación del remedio. Todo estaba envuelto en las guerras, pues la Francia sostenía cinco ejércitos que Richelieu había lanzado á la vez sobre Flandes, el Luxemburgo, la Alsacia, la Italia y los Pirineos. Imposible parecía que la nación encontrase recursos, para aliviar males tan inmensos; mas Vicente había abierto el tesoro inagotable de la caridad. De él sacó á manos llenas, por espacio de muchos años, los recursos que necesitaba el desgraciado pueblo, para el cual fué una Providencia.

Comenzó por imponerse un tributo á sí mismo y á los suyos. Ya durante la invasión de los españoles en la Picardía, había disminuído los ordinarios alimentos de la comunidad, encontrando justo cercenar alguna cosa «para compartir y participar de las miserias públicas;» con ocasión de las desgracias de la Lorena, la redujo al pan de cebada. «Hé aquí el tiempo de la penitencia, decía; pues que Dios aflige á su pueblo, ¿no nos corresponde á nosotros, sacerdotes del Señor, el permanecer al pie de los altares, para llorar sus pecados? ¿y no debemos, además, disminuir alguna cosa de nuestro alimento cuotidiano para su alivio?»—La casa de Toul, fundada dos años hacía, había ya comenzado desde 1637 á distribuir limosnas con aquel motivo. En 1639, aprovechando los socorros que le suministraron la asamblea de las Damas de la Caridad, la señora Goussault, la Duquesa de Aiguillón, su habitual tesorera, y la Reina misma, envió S. Vicente doce de sus sacerdotes y muchos hermanos, para socorrer las tristes poblaciones de la Lorena. No pudo ir allá en persona, mas su admirable espíritu de orden y de prudencia guió á los encargados de las limosnas á favor de un reglamento que les redactó, para multiplicarlas y hacerlas más provechosas. Toul, Metz, Verdun, Nancy, Bar-le-Duc, Pont-à-Mousson, Saint-Michel y veinte ciudades y cientos de pueblos, sintieron sucesivamente el benéfico influjo de sus enviados. Por su mano llegaron á la infortunada Lorena sumas incalculables, hasta millones de libras. El mismo milagro que tan maravillosamente multiplicaba en el seno de aquel fiel dispensador los recursos de la caridad, los hacía llegar por modo no menos admirable á su destino. La protección manifiesta de Dios se dejaba ver en el buen hermano Mateo Renard, mensajero del Santo, el cual por espacio de diez años realizó hasta cincuenta y tres viajes á la Lorena, al través de los ejércitos, cargado siempre de veinte y treinta mil libras, y á veces de mayores sumas, venciendo todas las dificultades y todos los peligros, sin perder un céntimo.

No era bastante todavía que Vicente de Paul fuese á distribuir á la Lorena los tesoros de una solicitud inagotable: en su última aflicción recurrió á él en persona esta desgraciada provincia. La guerra había forzado á gran número de habitantes á refugiarse en

Ceux que Mars entretient de ſes actes meſchans *Ils les font priſonniers ils bruſlent leurs villages,* *Sans que la peur des Loix non plus que le deuoir*
Accommodent ainſi les pauures gens des champs *Et ſur le beſtail meſme exercent des rauages;* *Ny les pleurs et les cris les puiſſent emouuoir*

UNA ESCENA DE LAS MISERIAS DE LA GUERRA.

Copia de J. Callot, siglo xvii.

Incendio de la Iglesia y de las casas; carros llenos de botín; destrozo de los ganados y de los habitantes, de los cuales algunos levantan sus manos encadenadas al cielo. Muchos de estos desgraciados son muertos por tratar de defenderse; una pobre mujer se deja caer desplomada sobre el cadáver de su marido.

París; la mayor parte iban derechos á S. Lázaro, á arrojarse en los brazos de aquel que era la Providencia universal de los pobres y de los afligidos. Seguros estaban de encontrar en aquella casa un socorro y un consuelo. Vicente les facilitaba pan ó trabajo, vestido ó alojamiento; cuidaba también de sus almas, y al efecto les hizo predicar dos años seguidos una misión durante la Pascua en el pueblo de la Chapelle. Durante la emigración de los loreneses, envió el Santo á uno de sus misioneros á dicha provincia, para buscar á las doncellas jóvenes, cuyo desamparo y pobreza ponían su honor en peligro. Más de doscientas fueron sucesivamente llegando con un gran número de jovencitos. Recogidas en un principio por la señora Le-Gras, pudieron, bajo la protección de las Damas de la Caridad, colocarse decentemente, cada una según su condición. Al mismo tiempo Vicente daba acogida á una comunidad de Benedictinas, que se habían visto obligadas á huir de su convento, y fundaba con ellas la obra de la Adoración perpetua, en reparación de los ultrajes hechos á Jesucristo en la Eucaristía.

Entre los refugiados se hallaban sujetos de la aristocracia y mujeres de distinción, reducidos á un estado de miseria tanto más grande, cuanto que preferían el hambre á la vergüenza de mostrarse al público. Informan á Vicente de aquella desolación y al momento exclama: «¡Oh! justo es aliviar á esa pobre nobleza para honrar á Nuestro Señor, que era á la vez muy noble y muy pobre.» Lejos de sentirse abrumado bajo aquella nueva carga, decidióse á emprender una obra nueva. Veamos cuál fué. Valiéndose de la mediación del Sr. Renty, cristiano generoso, cuya vida fué tan llena de santas empresas y fundaciones piadosas, congregó á algunos ricos aristócratas, inclinados, ya por sus sentimientos religiosos, ya también por compañerismo, á socorrer á sus hermanos de la Lorena. Todos los meses los reunía en S. Lázaro, y allí estudiaban las necesidades de aquellos infortunados, y se atendía á ellas acudiendo á colectas regulares. Por espacio de siete años la pobre nobleza de Lorena, visitada y socorrida con fraternal solicitud, pudo vivir á expensas de los beneficios de aquella asociación; al terminar las guerras, la mayor parte regresaron á su provincia, mas la asistencia se prolongó por mucho tiempo á los que habían en ella perma-

S. VICENTE DE PAUL ALIMENTA Á LOS EMIGRADOS DE LA LORENA Y DE LA ALSACIA.

Cuadro de Lecomte de Nouy, en la Iglesia de la Santísima Trinidad, en París—Siglo XIX.—Durante más de 10 años no cesó el Santo de socorrer á aquellas infortunadas provincias asoladas por la guerra y el hambre.

necido. Gracias á la Asamblea de los Nobles formada por el Santo, que se hizo muy numerosa con el transcurso del tiempo, se pudo también dar socorro á los nobles ingleses é irlandeses, obligados por la persecución religiosa de su país á buscar en Francia un refugio. Subsistió todavía unos veinte años, y Vicente pudo extender su acción con tales recursos á otras obras, demostrando que se daba tan buena maña para utilizar los instrumentos que Dios ponía en sus manos, como para prodigarse á sí mismo en bien del prójimo.

La duración é incremento de los males que se esforzaba en aliviar le determinaron el año 1640, en lo más recio de las hostilidades, á intentar un arriesgado paso cerca del cardenal Richelieu. Muchas veces le había éste demostrado su estimación y hasta su confianza. El apóstol fué á encontrar al omnipotente ministro. Expresóse delante de él con el tono de quien está humildemente sujeto á la autoridad, y con la reserva y discreción que el caso requería; hablóle respetuosamente de la miseria de los pueblos, de las injurias hechas á Dios y de todos los desórdenes que acompañan á las guerras prolongadas; mas al fin arrojándose á sus pies le dijo, con voz entrecortada por el llanto: «¡La paz! ¡Monseñor, dadnos la paz! ¡tened piedad de nosotros! ¡Monseñor; dad la paz á la Francia!» Conmovido á su vez el Cardenal, le contestó: «Señor Vicente, también yo deseo la paz. Trabajando estoy con empeño por la pacificación de Europa, mas no depende de mí solo; dentro y fuera del Reino hay numerosas personas cuyo concurso me es necesario para alcanzarla.» La paz. Este grito del corazón de Vicente de Paul era toda una política; Richelieu no lo comprendió. Después de haber desencadenado la guerra, trabajaba por alcanzar la pacificación, mas había dos paces como había dos políticas, y la del Cardenal no era la de Vicente de Paul. Más tarde volvió á ver Richelieu al humilde sacerdote tomar por su cuenta otra misión política. La Inglaterra se hallaba entonces enconada y en plena persecución contra la Irlanda por cuestiones de religión. Acababa de morir Carlos I, y el cruel yerno de Cromwel hacía sentir los efectos de su ferocidad en aquel país; en aquella ocasión presentóse Vicente de Paul á Richelieu, para decirle que sería glorioso para el Rey el tomar por su cuenta, en unión con su cuñado la defensa de

la causa común de todos los soberanos, y honroso para un Cardenal el socorrer á un pueblo que no era perseguido sino por su firmeza en la fe de sus antepasados.—El Rey tiene sobrados negocios á que atender para comprometerse en semejante empresa, repuso Richelieu.—Vicente le ofreció entonces el apoyo del Papa con cien mil escudos.—Millones serían necesarios, contestó el Cardenal; y con esto hubo de dar el Santo por terminada su misión.

La paz con la católica Austria y la guerra contra la Inglaterra protestante; tal era la política de Vicente de Paul (1).

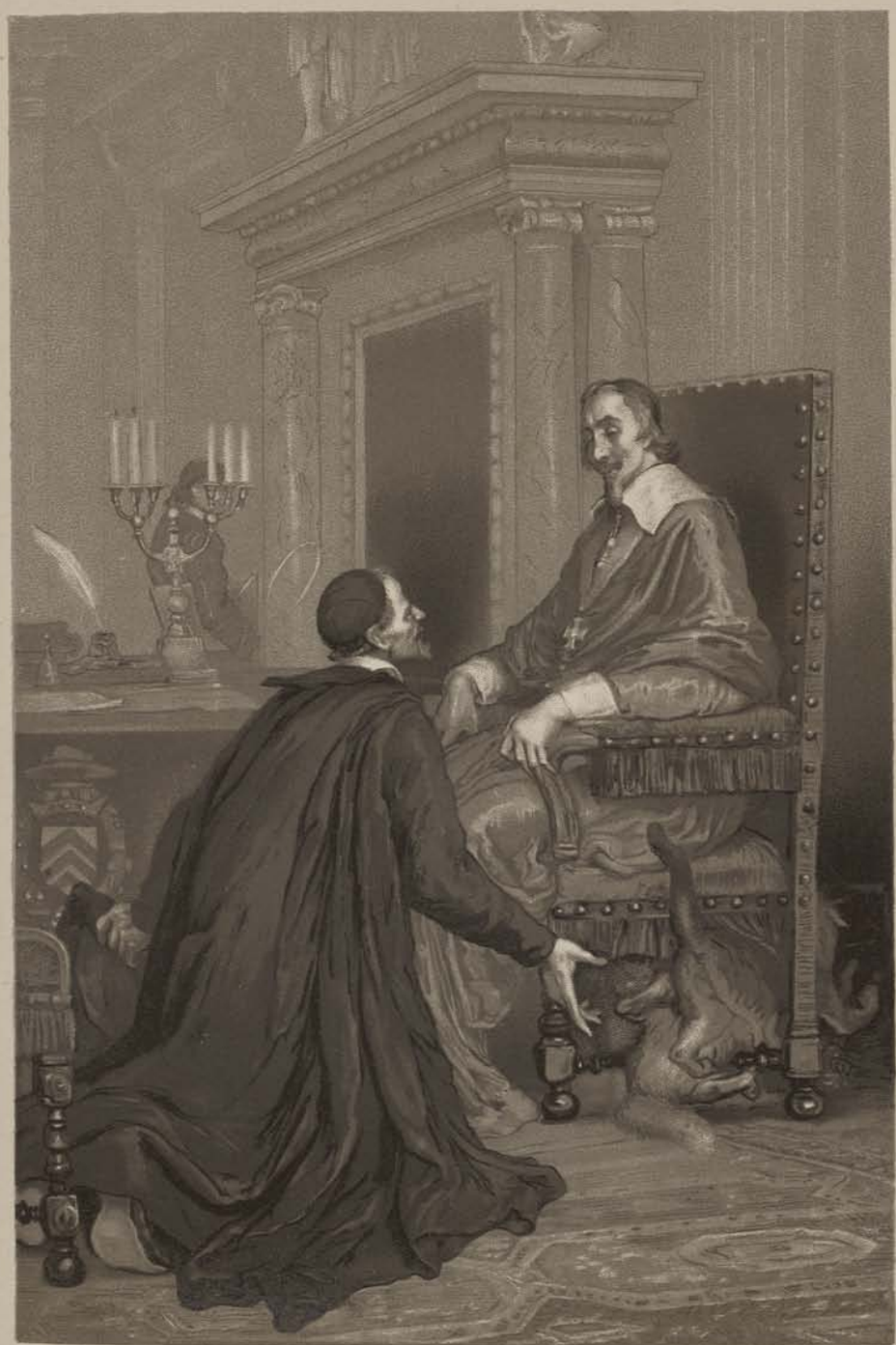
Sin mezclarse para nada en los negocios del Estado, y teniendo por máxima que era preciso dejar su manejo á la dirección de los que tenían la misión de administrar la cosa pública, el humilde sacerdote se había decidido por el partido de los Marillac y de los Berulio, partido opuesto á las combinacienes de un gobierno, que si en el interior reprimía las rebeliones de la herejía, y mantenía enfrente de los facciosos la unidad nacional, se había propuesto en la política exterior el abatimiento de la casa de Austria, acudiendo á la alianza con los Estados protestantes. «¿Era conveniente, en efecto, pregunta la historia, que la Francia que acababa de afianzarse en el interior como potencia católica, se aliara en el exterior con príncipes reformados, para batir en brecha á la potencia que sostenía entonces con el mayor esplendor en Europa la lucha de las antiguas sociedades católicas contra los propagadores de doctrinas nuevas?—La Francia al favorecer el establecimiento en el Norte de Estados protestantes, aun jóvenes y poco temibles, ¿no se preparaba peligros para el porvenir, no se exponía á tener que contar un día con sus aliadas del momento y á sufrir el merecido castigo, por haber sacrificado sus intereses católicos á la ambición de asegurar sobre las ruinas de la casa de Austria por algún tiempo su preponderancia en Europa?»—Así pensaba el ilustre canciller, apoyado por la Reina madre María de Médicis y también por la joven Reina, Ana de Austria; de la misma opinión participaban los más virtuosos personajes, el padre Berulio, Manuel Gondí, el antiguo Gene-

(1) Esa noble política fué la que España observó constantemente, y la que nuestro Santo defendió, llevado de sus virtudes, de su gran sentido práctico y nos atreveremos á decirlo, de la sangre que corría por sus venas.—(*Nota del traductor.*)

S. VICENTE INTERCEDE POR LA PAZ.

COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE EMILIO LAFONT.—SIGLO XIX.

El Santo conmovido por el espectáculo de las provincias desoladas por el hambre y la guerra, fué á encontrar al cardenal Richelieu, se arrojó á sus pies y le suplicó que concluyese la paz. ¡La paz, Monseñor! exclamó. ¡Dadnos la paz! ¡Tened piedad de nosotros Monseñor! ¡Dad la paz á la Francia!



Imp. Lemercier et Cie Paris

ral de las galeras, entonces sacerdote del Oratorio, el sabio y piadoso Cospean, obispo de Lisieux, las mujeres eminentes que figuraban en el movimiento y organización de los servicios de la caridad, las superioras de las comunidades, las Congregaciones religiosas, en fin, todos los verdaderos amigos de la Iglesia. Más que nadie, Vicente de Paul consideraba los negocios públicos desde el punto de vista sobrenatural; su política era completamente cristiana, y por lo mismo francesa (1). ¿Cómo hubiese podido aprobar aquellas falsas alianzas que iban á entregar la Alemania católica á la invasión del protestantismo, y á convertir á la Francia cristianísima en campeón y cómplice de la herejía?

Richelieu no había sabido ver en la oposición franca de Miguel de Marillac sino un complot contra su valimiento: ni oyó la súplica respetuosa de Vicente de Paul, ni la voz de la Iglesia que le echaba en cara el haber apoyado á la Reforma en los momentos en que la derrotaban los ejércitos victoriosos de los Tilly y de los Walsteine, ni la voz de la Francia que le acusaba de preparar el advenimiento del Imperio prusiano, fundando la supremacía del protestantismo en Alemania con la cooperación del sueco Gustavo Adolfo. No era la paz que deseaba el servidor de Dios el tratado de Westfalia, en el cual al través de ventajas momentáneas, divisaba el ojo cristiano las amenazas del porvenir. Con aquella paz tan funesta para la religión como para la patria desaparecía la unidad católica, fundamento de la grandeza de Europa; la república cristiana de los Estados fundada sobre la comunidad de fe era reemplazada por una política humana de equilibrios, mezquina en sus conceptos y frágil en sus bases, que en último resultado había de degenerar después de la destrucción de los tratados en esa política de la fuerza de que hoy es víctima la Europa.

Aquí la humilde caridad de Vicente de Paul había visto desde

(1) Disentimos en esta parte de la opinión respetable del autor. Si hemos de juzgar de la política francesa por los sucesos que se han ido desarrollando desde aquel período para acá, y en muchos de los cuales se ha visto España en la precisión de intervenir, hemos de convenir por fuerza en que la política francesa no ha sido siempre cristiana. Recuerde, sin ir más lejos, toda la historia del primer imperio, la de nuestra guerra de la Independencia, y la conducta seguida con el Papado por el gobierno francés desde Gregorio XVI en adelante.

un punto más alto y con mejor intuición las cosas, que la soberbia diplomacia de Richelieu. Con su profundo sentido cristiano, su delicadeza y su espíritu práctico, el servidor de los pobres hubiera sido un grande hombre de Estado. Su virtud le hizo intervenir, á pesar suyo, en los consejos del Gobierno. Entregado á sí mismo desde la muerte de su imperioso ministro, Luis XIII se hallaba dominado de profundo hastío el cual precipitó la enfermedad de consunción que sufría desde hacía muchos años. Conociendo bien pronto que había llegado su última hora, quiso el Rey que se le administraran los Santos Sacramentos, y por medio de su confesor ordinario y de sus limosneros envió á llamar á S. Vicente de Paul. Acudió, en efecto, al lecho del dolor, y al entrar en la real cámara, dijo al augusto enfermo respetuosa y tiernamente: «Señor, el que teme á Dios, se hallará bien en sus últimos momentos.—Y será bendito el día de su muerte,» añadió el Rey, que había comprendido el pensamiento del Santo. Conversaron algún tiempo con el mayor interés, y Vicente salió del Palacio; mas cuatro días antes de morir hízole llamar de nuevo el Rey, y ya no le abandonó. Dulcemente resignado el enfermo con la muerte, le preguntaba cuál era el mejor modo de prepararse á ella. «Señor, respondió el Santo: imitando el modo con que nuestro Señor se preparó á la suya, y sometiéndose entera y absolutamente, como lo hizo él, á la voluntad de su Padre celestial. — ¡Oh, Jesús! replicaba el devoto príncipe, también yo lo quiero con todo mi corazón. Sí, Dios mío, lo digo y quiero decirlo hasta el último suspiro de mi vida: *¡Fiat voluntas tua!*» Consultado el médico por el enfermo le declaró que sólo le quedaban de dos á tres horas de vida. «Pues bien, Dios mío, dijo el Rey, juntando las manos y dirigiendo sus ojos al cielo; consiento en ello de buen grado.»—Y mostrando su extenuado brazos á Vicente de Paul le dijo: «¡Ved, señor Vicente, si es este el brazo de un rey!—La misma suerte corren los reyes que los demás hombres.»—Entretanto se acercaba el instante supremo y los médicos contaban por minutos la existencia del moribundo. «¡Dios mío, murmuraba éste, recibidme en vuestro seno de misericordia!» Recitáronse las últimas oraciones, y Luis XIII espiró entre los brazos de Vicente de Paul. ¡Hermosa y dulce agonía la de un Rey piadoso

S. VICENTE DE PAUL ASISTE Á LUIS XIII MORIBUNDO.

Cuadro de M. Ch. Soubre, profesor de la Academia de Bellas Artes en Lieja.—Siglo XIX. Copia de un grabado publicado por los señores Dusacq y Compañía, en París.—A la derecha se ve la Reyna Ana de Austria, en cuyo regazo se apoya el joven Delfín; detrás se halla en pie el Duque de Orleans, Lugarteniente general del Reino, al otro lado se hallan el príncipe de Condé y el duque de Beaufort. «Desde que estoy en la tierra, escribía S. Vicente hablando de la muerte de Luis XIII, no he visto á nadie morir más cristianamente.»

que termina su carrera en medio de las exhortaciones de un santo! «Desde que estoy en la tierra, escribía Vicente, á nadie he visto morir más cristianamente.»—Tratando de diferentes proyectos de gobierno en los últimos días de su vida, y en medio de la más perfecta resignación, decía el Rey á nuestro Santo, refiriéndose á la necesidad de trabajar en la conversión de los protestantes y en la acertada provisión de los beneficios eclesiásticos: «¡Oh! Señor Vicente: si Dios me devuelve la salud, no pienso nombrar obispo alguno, sin haberle hecho pasar tres años en vuestra compañía.» Este proyecto, que también hizo suyo Ana de Austria, iba á dar entrada en la política á nuestro Santo.

Al morir Richelieu había dejado al rey en herencia al cardenal Mazarino. Este hábil ministro había sabido imponerse á la Reina regente. Sin embargo sus intrigas para mantenerse en el poder no hubieran producido efecto, sin la intervención de S. Vicente de Paul. Anonadada en el reinado precedente por la influencia altanera de Richelieu, hallábase dispuesta Ana de Austria á desviar del manejo de los negocios á todos los favoritos de aquel ministro, hasta el punto de que Mazarino se creía ya caído en la desgracia. Empero, mientras otros encomiaban á la Reina los talentos del ministro, Vicente de Paul la aconsejaba el perdón de las injurias; su conciencia por un lado y el interés político por otro la decidieron á tomar como primer ministro al hábil italiano. Ocurre preguntar aquí, si veía nuestro Santo en el discípulo de Richelieu al continuador de la política del maestro, ó si temía que la Reina entrara en una funesta vía de represalias, inspirándose en antiguos resentimientos. Lo único que puede decirse es que, al obrar así, dió un consejo de caridad, pero que el sucesor de Richelieu no tardó en encontrarse enfrente de él al hombre de Dios.

Encargada del gobierno del Reino, formó Ana de Austria un Consejo de conciencia, para la gestión de los negocios eclesiásticos; nombró para constituirlo á Mazarino, al canciller Seguier, á los Obispos de Beauvais y de Lisieux, al Penitenciario mayor de París y á Vicente de Paul, que fué nombrado presidente. Merced á esta disposición, se veía el humilde sacerdote en la precisión de entrar en la corte y no como quiera, sino investido de un rango de impor-

tancia. Desde aquel momento dió para él principio una serie de dolorosas pruebas, y aun cuando se esforzó desde luego en presentar la renuncia, hubo de permanecer á pesar suyo en su puesto durante diez años: á ello le obligaron en primer lugar la Reina madre, que se inspiró para su nombramiento en la estimación pública y en la confianza que le inspiraba su sabiduría, y por otra parte la autoridad del cardenal de la Rochefoucauld. La dignidad de que acababa de ser investido el Santo, trascendió á todas las obras suyas, las cuales recibieron nuevo impulso desde aquel suceso. Entonces fué cuando se mostró de un modo más ostensible el bienhechor de la Iglesia, el protector de las órdenes religiosas. En aquel alto puesto brillaron grandemente su profunda humildad, su santo celo por los intereses de Dios, su noble desinterés y su admirable paciencia en medio de las persecuciones. Débele la Iglesia la acertada elección de Obispos, una justa distribución de los beneficios eclesiásticos, la supresión de los abusos de simonía, varias reformas saludables sobre las pensiones de beneficios. Firme contra todas las exigencias, inaccesible á las súplicas lo mismo que á las amenazas, sólo se aconsejaba de su conciencia y del bien de la religión. «Jamás aquella alma fuerte y robusta, declara la Iglesia por boca de Clemente XII, quiso en detrimento de la herencia de Cristo y á expensas de la Cruz, proporcionarse amigos poderosos, ni se intimidó por los males con que le amenazaban sus enemigos.»

Su misión en el consejo de los negocios eclesiásticos era de las más difíciles. ¡Cuántas veces suplicó el buen sacerdote que se le eximiera de carga tan abrumadora! Érale necesario resistir á las instancias más apremiantes, desagradar á los protectores más poderosos, afrontar la cólera de los hombres más impetuosos. Un día pidió cierta dama de la corte á la Reina en persona el obispado de Poitiers para su hijo. La Reina se lo prometió, en efecto, y la dijo que advirtiese al superior de la misión que le esperaba al día siguiente, para firmar el nombramiento.—La Duquesa pretendiente dirigióse en el acto á S. Lázaro, notificó la orden de la Reina, y sin esperar explicaciones se retiró. Al día siguiente presentóse en el palacio del Louvre nuestro Santo llevando un papel en la mano. «Hola, le dijo la Reina, ¿me traéis á la firma el nombramiento del

Obispo de Poitiers?» Mas observando que el papel estaba en blanco, le dijo llena de admiración: «¡Cómo! ¿no habéis extendido el nombramiento? — Perdonad, respondió modestamente el Santo; si Vuestra Majestad está determinada á semejante elección, yo le suplico que escriba por sí misma su voluntad, en la cual no puedo tomar en conciencia parte alguna.»—Insistió la Reina, y Vicente hubo de manifestarle la indignidad de aquel sujeto. Entonces, aterrorizada la Señora, retiró su palabra, y le encomendó que arreglase aquel asunto. Fué Vicente, en efecto, á casa de la Duquesa, la refirió su conferencia con la Reina, y la exhortó en bien de su alma, á que desistiera de su pretensión y se aprovechara del fracaso para hacer entrar en sus deberes á su hijo. Manifestóla, además, el sentimiento de la Reina por no haberla complacido; «pero ella cuenta, añadió, con vuestra religiosidad, y no duda que reflexionando en ello, no llevaréis á mal por unos días, como lo haréis en la eternidad, el que os haya retirado su palabra.»—Al oir estas palabras la Duquesa, levantóse fuera sí, y después de haber colmado al Santo de ultrajes y vituperios, arrojó contra su cabeza un taburete, y le ocasionó una herida en la cabeza, de la cual empezó á manar sangre en abundancia. Vicente, casi derribado por la violencia del golpe, se retiró sin pronunciar una palabra, cubriendo con el pañuelo su rostro ensangrentado. Sin embargo, el hermano que le acompañaba y que había oido el estrépito, al verle en aquel estado, lo adivinó todo, y transportado de indignación se lanzó hacia el salón de la Duquesa. El Santo le detuvo, y conduciéndole á la puerta le dijo dulcemente: «¿No es una cosa admirable el ver hasta dónde llega la ternura de una madre para con su hijo?»—Hízole prometer el secreto, y todos creyeron en S. Lázaro que su herida, bien manifiesta por cierto, provenía de una caída.

Su incorruptibilidad le atrajo con frecuencia las chanzas de la malevolencia, y aun su virtud sufrió los tiros de la calumnia. Acusábanle de exageración y de intolerancia, y lejos de impacientarse, y de buscar la justificación, veía en los esfuerzos de algunos por enajenarle la confianza de la Reina ó del Ministro, el medio más asequible de desembarazarse de una carga demasiado abrumadora para su debilidad. Lejos de contestar á los ataques del amor propio

contrariado, ó de la ambición no satisfecha, buscaba en ello ocasiones para humillarse más y más. «Sois un viejo loco, le dijo un día un joven cortesano descontento.—Razón teneis, hijo mío, respondió el anciano, arrodillándose á sus pies; yo os pido perdón por las ocasiones que os haya dado, para dirigirme semejantes palabras.» En otra ocasión le decía sonriendo la Reina: «Sabéis bien, señor Vicente, lo que dicen de V.»—«Señora, replicó al momento: yo soy un gran pecador.—Empero, repuso la Reina, debería V. justificarse.—Mayores cosas se dijeron contra Nuestro Señor, replicó el Santo, y jamás se justificó.»—Un eclesiástico indigno, privado de un beneficio, se atrevió á decir públicamente, que si Vicente no había estado de su parte, era porque no había querido comprarle. En aquella ocasión impresionóse el Santo, y se dispuso á disculparse por escrito; mas no bien había redactado las primeras líneas, se dijo á sí mismo: «¡Miserable! ¿en qué piensas? ¡Cómo! ¿tú quieres justificarte? cuando acabamos de saber que un cristiano, acusado falsamente en Túnez, ha permanecido tres días sometido al tormento, y por fin ha expirado sin proferir una palabra de defensa por más que fuese inocente, y tú tratas de excusarte! ¡Oh! No ha de ser así, y en el acto rasgó la carta comenzada.

Los más ilustres de sus contemporáneos han dado testimonio de aquella virtud, de aquella sabiduría y de aquella fuerza incontrastable. «Brillaban en el hombre de Dios, exclamaba Fenelón, un increible discernimiento de los espíritus, y una firmeza singular. Indiferente lo mismo al favor que al desvío de los grandes, sólo consultó á los intereses de la Iglesia, cuando hubo de emitir su parecer en la elección de los obispos ante el Consejo de conciencia presidido por la Reina Ana de Austria, madre de Luis XIV. Si los demás consejeros hubieran siempre deferido con mayor constancia á las opiniones de aquel hombre, que parecía leer en el porvenir, no hubieran sido escogidos para el ministerio episcopal hombres, que después causaron hondas perturbaciones.»—A estas declaraciones de Fenelón podemos añadir estas otras frases de Lamoignón: «En los momentos difíciles habló con una firmeza digna de los apóstoles; todas las consideraciones humanas fueron impotentes, para obligarle á disimular ni una parte de la verdad, y jamás se aprove-

SAN VICENTE, JEFE DEL CONSEJO DE CONCIENCIA.

CUADRO DE F. DE TROY EN LA CAPILLA DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD EN PARÍS.
SIGLO XVIII.

El Consejo es presidido por la Reina Ana de Austria; los asistentes son además de S. Vicente, el joven Rey Luis XIV, el cardenal Mazarino, el Canciller Seguier y Chartón, Penitenciario mayor de París.—En el Consejo de conciencia se ventilaban los asuntos de la religión, y se examinaban las cualidades de los que pretendian los beneficios eclesiásticos y las dignidades de la Iglesia.

Imp. Lemercier et Cie Paris

chó de la confianza de los grandes, para inspirarles otros sentimientos que los de la rectitud.» Como estaban en su mano las credenciales de los beneficios eclesiásticos, nada le hubiera costado el proveer, con la intención más pura, sus casas y sus obras de rentas, que hubieran sido provechosas en particular á los pobres; mas su integridad y su absoluto abandono en manos de la Providencia, le impedían aprovecharse de sus más legítimas ventajas. «Hizo más buenas obras en Francia, decía el canciller Le Tellier, en favor de la religión y por la Iglesia, que ningún otro conocido; mas he observado de un modo particular que en el Consejo de conciencia, donde era el principal agente, nunca se trató de sus propios intereses, ni de los de su Congregación, ni de las casas eclesiásticas que había fundado.»—Sin embargo, esto no significa que no le solicitaran, para gestionar en favor de los suyos. Un día vinieron á decirle que un magistrado de gran crédito, que solicitaba una abadía para su hijo, se comprometía, en cambio de la credencial, á rehabilitarle en todos los derechos y en todas las rentas de que había sido desposeído S. Lázaro: «Por todos los bienes de la tierra, contestó, no haré jamás cosa alguna contra Dios ni contra mi conciencia. La Compañía no perecerá por la pobreza; más bien hay que temer que llegue á sucumbir por falta de pobreza.» ¿Quién podrá declarar mejor la conducta del Santo en los consejos del gobierno que los que le han visto intervenir en ellos? «Era yo todavía muy joven, refiere Le Pelletier, cuando ví en el Louvre al servidor de Dios muy repetidas veces. Dejábase ver allí con una modestia y una prudencia llenas de dignidad. Los cortesanos, los prelados, los eclesiásticos y toda clase de personas, le prodigaban singulares atenciones, movidos de la grande estimación que les inspiraba; y el Santo las recibía siempre con muchísima humildad. Cuando salía del Consejo, donde había decidido la suerte de los asuntos más trascendentales del Reino, se le veía tan asequible y tan familiar con el último de los hombres, como entre los esclavos de Túnez ó sobre el banco de los presidiarios. Un virtuoso obispo, que no le había visto desde su entrada en la Corte, habiéndole encontrado tan humilde, tan afable y tan servicial como antes, no pudo menos de decirle: «Don Vicente sigue siendo Don Vicente.» El antiguo

pastorcillo no veía en los honores sino motivo de confusión, y sin duda por pensar así, iba á la Corte con los mismos atavíos que á la casa de los pobres; con su sotana vieja, toda raída, aunque sin mancha ni agujero alguno. Mazarino se burlaba de aquella sencillez. Cogiéndole un día por su ceñidor, dijo mostrándoselo á la Reina.—«Ved, Señora, cómo se presenta en la Corte y qué primoroso ceñidor lleva.» Por toda contestación Vicente se inclinó respetuosamente.

No es posible apreciar con exactitud cuán dilatada fué su acción en el seno de aquellos honores, tan repulsivos para su humildad. Ejercióse hasta en los duelos. La dulce influencia de la Iglesia hacía cesar poco á poco los juegos sanguinarios del Circo, las pruebas judiciales, los combates en campo cerrado. Los duelos eran un resto de aquellas costumbres bárbaras. Reprimidos por primera vez por Enrique IV, habían reaparecido con nueva furia á favor de las agitaciones públicas, sin que los pudiera contener ni el cadalso mismo, levantado por el cardenal Richelieu para castigar á un Montmorency. Vicente había concebido contra práctica tan detestable un horror creciente, desde lo sucedido con el señor Gondi, que en otro lugar citamos. Su entrada en el consejo se hizo conocer por nuevas medidas contra los duelistas; mas estaba persuadido de que las represiones más severas serían ineficaces contra el hábito y contra el falso punto de honor, si la conciencia no se interesaba en la reforma. Cuando discurría su celo algún remedio contra el mal, encontróse con el señor Olier, y entre los dos emprendieron la campaña decisiva. El digno cura de San Sulpicio había formado, con el mismo propósito, una asociación de los nobles más distinguidos, los cuales se comprometían bajo juramento á no batirse jamás. Los mariscales de Francia, jueces del honor, aprobaron los estatutos de ella; los obispos recordaron también los cánones de la Iglesia acerca del particular. S. Vicente por su parte hizo valer su influencia para con Ana de Austria, en unión con su amigo, para alcanzar la sanción real de aquellas disposiciones; y el día mismo en que el joven Rey Luis XIV, llegado á la mayor edad, anunciaba al Parlamento que empuñaba las riendas del Estado, presentaba dos edictos; uno contra la blasfemia, y

AVE, CÆSAR IMPERATOR, MORITURI TE SALUTANT.

«¡César, los que van á morir te saludan!» De la fotografía del cuadro de M. Geromo, publicada por los señores Goupil y Compañía.—Cada año perecían degollados en los juegos del Circo romano miles de hombres.—En 403 el monje Telémaco se lanzó á la arena y quiso separar á los combatientes, y fué muerto á pedradas. Su sangre, no obstante, fué la última allí derramada, y debió la sociedad á la caridad cristiana un beneficio más sobre los que la había dispensado; la abolición de la esclavitud.

otro contra los duelos. De este modo desapareció la bárbara costumbre.

No obstante, Vicente de Paul y Mazarino se hallaban en oposición en el Consejo de conciencia «porque era casi imposible—dice la Sra. de Motteville—que la humildad, la penitencia y la sencillez evangélicas anduvieran acordes con la ambición, la vanidad y el interés que allí reinaban.» Cuando se hubo consolidado su autoridad, el Ministro, no consultando ya sino á la razón política, quiso disponer á su arbitrio de los obispados y de los beneficios eclesiásticos. Aunque siempre respetuoso y moderado, Vicente de Paul se oponía resueltamente á las exigencias del cardenal, cuando en ello se terciaba el interés de la religión. No pudiendo vencer la resistencia del hombre de Dios, Mazarino, dueño absoluto de los negocios, acabó por abolir el Consejo, sin que la piadosa Reina dejara por eso de consultar secretamente en las ocasiones arduas á aquel, en quien tenía toda su confianza.

Empero á la oposición religiosa había venido á agregarse una oposición política más temible para la potencia de Mazarino. De vez en cuando, llegaban hasta la Reina las convenientes advertencias; Vicente de Paul la trasmitía las quejas que promovía entre los hombres de bien de la capital el gobierno del italiano. Por su parte, Manuel Gondí, á quien había ella ofrecido en los comienzos de la Regencia el cargo de primer ministro, salió de su retiro del Oratorio, para representarla los peligros de la omnipotencia creciente de Mazarino. El Parlamento hacía coro con el clero, para exponer sus quejas. La Regente subyugada por el ascendiente del hábil ministro, sufría una dominación que parecía justificada por los sucesos de la política exterior. Ya en un principio había triunfado Mazarino de la *cábala de los Notables*, resto de los partidarios sojuzgados por Richelieu, y confabulados en derredor del Duque de Beaufort. Y aun su influencia se había asegurado más por las victorias alcanzadas por Condé contra los imperiales, quienes aprovechándose de las dificultades de una Regencia, habían invadido de nuevo el Reino. Mas tales victorias eran costosas para el país, y el afortunado ministro iba á renovar la era de las luchas intestinas, en su empeño de aprovecharlas para aumentar

su poderío á expensas del Parlamento y de los otros poderes públicos.

Al mismo tiempo que se firmaba la paz de Westfalia, estallaban las revueltas de la Fronda, y al golpe de Estado contra el Parlamento había respondido el pueblo con la Jornada de las Barricadas.

ABOLICIÓN DE LOS DUELOS.

Copia de una pintura de Le-Brun en el techo de la Gran Galería del Palacio de Versalles, siglo XVII.—La justicia separa á los combatientes. San Vicente se esforzó toda su vida en impedir los duelos que diezmaban las filas de la nobleza francesa.

En presencia del motín, habíase retirado la Corte á San Germán, y poco después sitiaba por hambre á París el ejército real. Sin tomar partido en la lucha, Vicente de Paul acudió al remedio de la infortunada población. No dependió seguramente de él que el trigo no entrara libremente en los muros de la ciudad, pues había alcanzado tal promesa de la Reina. Diariamente se atendía á aquella espantosa necesidad, distribuyendo en San Lázaro la comida á dos mil pobres, y él mismo recorría los cuarteles de la ciudad en busca

de los pobres enfermos y vergonzantes. La miseria, sin embargo, iba agravándose en medio de las revueltas. París era presa de las facciones; los príncipes hacían causa común con el Parlamento y el pueblo, y la oposición á Mazarino tomaba las proporciones de una insurrección de la cual era el alma el cardenal de Retz. Minaban al mismo tiempo el fuego de los descontentos no pocas intrigas de mujeres, entre las que figuraban las duquesas de Longueville, de Chevreuse y de Montbazón.

Ante los peligros de una nueva guerra civil, Vicente de Paul resolvió interponerse en bien de la paz. Previno de sus propósitos al primer presidente Molé, y trasladóse secretamente á la residencia de la Reina acompañado del hermano Courneau, su compañero habitual; al efecto atravesó con peligro de su vida las avanzadas del ejército y después las aguas desbordadas del Sena, llegando á San Germán al cabo de muchas horas de camino. Qué iba á pedir á la Reina? La retirada del extranjero, objeto del odio del público, la caída del favorito, origen de las revueltas del Estado. Allí habló en nombre de un millón de inocentes entregados á los horrores del hambre, en castigo de unos cuantos culpables; y también en nombre del bien público, repitiendo en presencia del mismo Mazarino cuanto había expuesto á la Reina. «Monseñor, ceded á tiempo, y arrojaos al mar para calmar la tempestad.—Vaya una invitación bien desnuda, replicó Mazarino; nadie ha osado emplear delante de mí semejante lenguaje. No obstante, yo me retiraré si el señor Le-Tellier es de la opinión de V.» Ni Le-Tellier que debía su fortuna á Mazarino, ni la Reina dominada por el astuto ministro, fueron del parecer de Vicente de Paul.

Después de este paso, cuyo mal éxito atribuía á sus pecados, ni podía comparecer de nuevo en San Germán, ni volver á entrar en París; allí se había hecho desagradable á la Corte, y aquí se había hecho sospechoso al partido de la Fronda. En vista de ello determinó refugiarse en Villapreux en casa del padre de Gondi. A la sazón una tropa de revolucionarios de la Fronda saqueaba á S. Lázaro, y algunas bandas del ejército real devastaban la hacienda de Orsigny, principal recurso de que vivía la Congregación. A la noticia de aquellos desastres, Vicente exclamó: «¡Dios sea bendi-

EL CONGRESO DE MUNSTER (1648).

Copia exacta del grabado de *Suyderhoef*, que reproduce el cuadro de *Terburg*, conservado en la «Galería Nacional» de Londres, del siglo décimoséptimo. — El artista ha escogido el momento en que la Asamblea entera, estando en pie, varios miembros se comprometen, bajo juramento, á observar las condiciones de paz; los unos, levantando los dos primeros dedos de la mano derecha; los otros, poniendo la mano sobre el Evangelio abierto. Después del Congreso de Munster fué confirmado el tratado de *Vesfalia* (Westphalie), consagración de una política del todo opuesta á la que San Vicente de Paul hubiera querido hacér prevalecer. Este tratado, contra el cual protesta vanamente el Papa Inocencio X, relegaba la religión al segundo rango en los intereses de los pueblos cristianos; sobre los restos del Santo Imperio romano, al cual él daba el último golpe, fundaba las bases de este Imperio prusiano llegado á ser tan temible; en fin, él inauguraba una política nueva, llamada del *equilibrio*, que debía acabar con la política de *fuerza*, de la que Europa es hoy dia la presa.

¡VIVA EL REY!—¡FUERA MAZARINO!

La señorita Montpensier, vestida de amazona, se esfuerza en barrer al cardenal Mazarino derribado en tierra. Pieza satírica de la Fronda; copia de una estampa de la Biblioteca Nacional.—Esta pieza hace referencia á la toma de Orleans por la señorita de Montpensier acompañada de las Condesas de Fiesque y de Fontenac y seguida de algunas tropas: esta princesa, gracias á las inteligencias que tenía en el interior de la ciudad, se había hecho fácilmente dueña de ella y arrojado á los partidarios de Mazarino. Poco tiempo después escribía el duque de Orleans á las condesas ya citadas: *Á las señoras Mariscalas de Campo del Ejército de mi hija.*

ignominia. De vuelta en París, preocupóse menos de los desastres de S. Lázaro que de las ofensas hechas á Dios, y emprendió desde luego con sus sacerdotes peregrinaciones expiatorias á las iglesias del contorno, profanadas durante la guerra, y después se ocupó de los pobres. «Los pobres, escribía por entonces á Almeras, su futuro sucesor, los pobres que no saben á dónde ir ni qué hacer, que sufren hace tiempo y que se multiplican todos los días, esos son mi pesadumbre y mi dolor.»

La paz de Rueil no fué de larga duración, pues á favor del general descontento contra Mazarino, agitábanse facciones hostiles y violentas. Condé, embriagado con sus triunfos, y dominado por su hermana la duquesa de Longueville, trataba á la Corte con una altanería insoportable. A la cabeza de un partido de jóvenes señores ambiciosos y vanos, pretendía tener en jaque á la autoridad real. Sus insolencias no humillaban menos á los antiguos partidarios de la Fronda vencidos por él. Por fin fué detenido y puesto preso á una con su hermano el príncipe de Conti, y con su cuñado el duque de Longueville; ésta fué la señal de las hostilidades. Fueron sofocados los primeros levantamientos en Guyena y en Champaña; mas en París formóse una nueva coalición bajo las instigaciones del coadjutor de Gondi contra el cardenal, entonces más poderoso que nunca. La antigua Fronda unió su acción á la nueva, rompió el Duque de Orleans con la Reina, el Parlamento reclamó la excarcelación de los príncipes, y decretó la expulsión de Mazarino. El ministro, sobrecogido ante aquellas complicaciones, fué en persona al Havre á poner en libertad á los prisioneros y se refugió en el extranjero, desde donde continuó gobernando el Reino. Condé entró triunfalmente en París acompañado de los príncipes; mas las dos Frondas que hasta entonces habían estrechado sus vínculos por el odio común á Mazarino, vinieron á dividirse de nuevo, y se formaron hasta tres partidos, el uno dirigido por el duque de Bouillón y por Turena, se mantuvo fiel al Rey; Gastón de Orleans y el coadjutor se pusieron á la cabeza del Parlamento y del partido de los antiguos honderos, y Condé arrastró consigo á la nobleza.

El vencedor de Rocroy, después de haber coronado de laureles

la cuna de Luis XIV, inauguró la mayoría del Rey por una nueva guerra civil. Haciendo alianza con España, voló desde el fondo de la Guyena, atravesó el ejército real amenazando llevarse la Corte, donde se hallaba nuevamente Mazarino, y llegó con sus tropas á la capital. Perseguido de cerca por Turena, trabóse la sangrienta batalla del Arrabal de S. Antonio, que hubiera puesto fin á la insurrección, si los cañones de la Bastilla dirigidos por la señorita Montpensier contra las tropas del rey no hubiesen evitado su desastre. Condé no logró sostenerse largo tiempo en París enfrente del partido de la antigua Fronda, á pesar de haberle apoyado el pueblo, y se vió reducido á echarse en brazos de los españoles, en tanto que Mazarino, para quitar todo pretexto á la guerra civil, se retiró á Sedán.

En medio de aquellas confusiones y revueltas, Vicente de Paul fué siempre el nutricio del pueblo y el embajador de la paz. El recurso primero de que echó mano, para atender á tantas espantosas necesidades, fué redoblar sus propias privaciones, é imponérselas también á los misioneros y á las Hijas de la Cáridad de todas las casas; su principal instrumento de diplomacia fué la oración. En S. Lázaro instituyó un turno permanente de expiación y de penitencia ante el altar; envió á las Damas de la Caridad á los santuarios en que se veneraban los santos patronos de París y de la Francia; en todas las comunidades religiosas de las que era director formó una liga de oraciones y de austeridades; recurrió á los señores Obispos para difundir aquella santa propaganda por las provincias, y por fin interesó al Soberano Pontífice en favor de la paz. Todavía no era bastante· En tanto que desviaba de las intrigas y de las sublevaciones el dinero que su caridad dedicaba á los pobres, hizo de mediador entre el Rey y los príncipes, manteniéndose en aquel conflicto de intereses por encima de los partidos. Para él la política de Mazarino no justificaba una sublevación, hija más bien de las ambiciones que del amor á la prosperidad del Estado; mas consideraba asimismo que Mazarino no podía continuar siendo un pretexto de guerra y un obstáculo para la paz. Con tal convencimiento iba ora á Saint-Denis, ora á París, y de la Corte al palacio de los príncipes, dando consejos de prudencia y llevando mensajes de con-

ciliación. En medio del tumulto de las facciones él sabía encontrar la solución más propicia para la paz.

Aconsejando á Mazarino que abandonara por segunda vez el reino, acababa de desarmar el Parlamento, y los príncipes no tenían pretexto ya para continuar la guerra. Logrado esto, ¿qué restaba sino la entrada en París del Rey, para quien la salida de Condé dejaba franco el paso, restablecer allí la autoridad real y poner término á las miserias del pueblo? Tal era el consejo de Vicente de Paul, los votos de la población; pero Mazarino no quiso que el Rey volviese á París sin él, aspirando á una entrada triunfal. En vista de ello dirigió nuevamente sus consejos al joven monarca, y al mismo tiempo elevó al ministro una memoria de verdadero hombre de Estado, para refutar las objeciones del egoísmo, y exponer las razones que militaban en favor del sacrificio. Un mes después, el 25 de octubre de 1652, regresaba Luis XIV á París en medio de las aclamaciones universales. También Mazarino le seguía traído por el Rey, con más poderío que nunca. Ya que no otra cosa, se había alcanzado la pacificación del país; sosegada además la Fronda, no volvió á levantar su cabeza sino como el último esfuerzo de una libertad turbulenta que cedía su lugar á la autoridad legítima.

S. Vicente de Paul mostraba tan gran celo por la paz, porque había conocido como nadie los males de la guerra. Desde el comienzo de las hostilidades con el Austria, habían sido constantemente para los ejércitos beligerantes el campo de batalla la Picardía y la Champaña. Asoladas alternativamente por amigos y enemigos, cubiertas de ruinas, azotadas por el hambre, ofrecían aquellas infortunadas provincias otro espectáculo aterrador de miseria, comparable al de la Lorena. A semejantes calamidades había venido á agregar nuevos horrores la guerra de los Príncipes. Aprovechándose de las discordias intestinas del reino, españoles é imperiales habían caído de nuevo, por los Países-Bajos y el Franco-Condado, sobre las comarcas que les abrían el camino de París. Aquellas guerras continuas iban acompañadas de todo género de desolaciones.

Una vez más suscitó la misericordiosa Providencia á Vicente de Paul para reparar los males de la política. Viniéronle á decir en cierta ocasión que, después de levantado el sitio de Guisa por las

CASA DE LA SEÑORA BRETONVILLIERS EN PARÍS.

Copia de un grabado de Israel Silvestre.—Siglo XVII.—Esta señora, miembro de la Asociación de las Damas, fundada por S. Vicente, habia establecido en su casa un almacén central de socorros para las provincias asoladas por la guerra y víctimas del hambre y de la peste. Estaba situada en la punta de la Isla de Nuestra Señora (Isla de S. Luis) sobre los terrenos, que ocupa hoy el terraplén del puente de Sully.

tropas del archiduque Leopoldo, un gran número de soldados de ambos ejércitos habían quedado enfermos y moribundos de hambre, sin hallar socorro alguno por parte de los habitantes, que se veían tan miserables y desnudos como ellos. Inmediatamente organizó un convoy de víveres, y encargó de llevarlo á dos misioneros. Mas el triste relato que le hicieron sus enviados, le dió á conocer que no se trataba de unas cuantas víctimas, sino de provincias enteras sumidas en el infortunio; es decir: que había de emprenderse por segunda vez, y en mayor escala, la obra colosal de la Lorena. No por ello se desalentó el hombre de Dios, y aunque los recursos de París se agotaban en el socorro de sus propios sufrimientos, hizo un llamamiento á la caridad, pidiendo un supremo esfuerzo. Las Damas de su asamblea aceptaron aquella nueva obra; todos los púlpitos de París hicieron resonar los ayes de las infortunadas provincias, y él mismo redactó un relato patético de las necesidades de las dos regiones indicadas, compuesto de las narraciones hechas por sus primeros enviados, y por último un tratadito de la *Limosna cristiana* seguido de una *Instrucción para el alivio de los pobres*, en el cual daba hasta la receta para componer un potaje económico, destinado á nutritivo alimento de las poblaciones azotadas por el hambre. Los misioneros referían que habían visto á algunos infelices comer la tierra, pastar la yerba, devorar sus miserables harapos, la corteza de los árboles, y por fin, morir en la desesperación, destrozándose los brazos y las manos. Estas narraciones publicadas periódicamente, alimentaban y sostenían la piedad pública. ¡Quién no se conmovía al oir contar aquellas terribles desgracias, y al saber el profundo agradecimiento de los que habían recibido los primeros auxilios! A medida que llegaban los socorros, Vicente de Paul organizaba las expediciones. Diez y seis misioneros acompañados de Hermanas de la Caridad, fueron partiendo sucesivamente. El gasto mensual en los primeros tiempos subía á unos 10,000 escudos (1), no bajando de 348,000 libras las inverti-

(1) El escudo valía en aquella época tres ó seis libras; tomando el primer valor, resulta que los referidos gastos de socorro en las provincias de Champaña y Picardía era de unas 30.000 pesetas mensuales.—Nota del T.

das durante seis años y de 1.000,000 los socorros de toda especie, hasta la terminación de la guerra. Todo estaba ordenado perfectamente por el Santo para el mejor uso de aquellos donativos: los misioneros le rendían cuentas de su inversión, y él, á su vez, las daba á las Damas de la asamblea del empleo del dinero, y las con-

OBRA DE MISERICORDIA: ENTERRAR Á LOS MUERTOS.

Copia de Abraham Bosse; siglo XVII.—Los misioneros que San Vicente enviaba á los campos de batalla, detrás de los ejércitos, ó á las comarcas desoladas por la peste, procuraban con gran celo que se tributaran á los muertos los honores de la sepultura cristiana.

sultaba sobre las necesidades que se iban presentando, no queriendo hacer nada por sí mismo.

Mas no se detuvieron allí los esfuerzos de la caridad; no fueron sólo las provincias del Este y del Norte las que sufrieron los desastres de las guerras. Todavía encontró Vicente de Paul el medio de socorrer el Berry, el Poitou y otras provincias, á pesar de las obras de toda especie en que estaba dividida su atención. San Lázaro fué en aquellos veinticinco años de guerras civiles y extranjeras, que

terminaron con el tratado de los Pirineos, como el granero de la abundancia de todo el país. Gracias á Vicente de Paul, hubo pan y consuelos para multitudes, que hubiesen perecido de hambre y de tristeza sin su caridad incomparable. París y sus arrabales participaban en menor escala, lo mismo que las provincias más abandonadas, los efectos de su actividad durante las calamidades, que había sembrado la segunda Fronda en la capital.

Desde Etampes á Pontoise, toda la campiña había sido saqueada y cubierta de muertos. Para comenzar la obra de socorrer á tanto desdichado, envió Vicente á Etampes á los misioneros que habían regresado de Picardía. Acababa la ciudad de sufrir un riguroso sitio, que había dejado destruídas las casas é infestadas las calles de cadáveres abandonados. Inmediatamente instalaron los enviados del Santo seis grandes marmitas para el alimento de los pobres; dirigieron por sí mismos el sepelio de los muertos, y en ausencia del clero, víctima de la guerra, multiplicaron su ministerio espiritual para con los habitantes. Cinco de entre ellos y numerosas Hijas de la Caridad murieron víctimas del trabajo: los demás pasaron de Etampes á Lagny, después á Athis y á Juvisy, y agotados sus recursos, acudieron en demanda de ellos á su padre. Entonces fué cuando, á instigación del Santo, distribuyó el Arzobispo de París su vasta diócesis en tantasregiones como comunidades religiosas encontró dispuestas á acudir en auxilio del clero parroquial. Por consejo del mismo San Vicente, organizó inmensa expedición de caridad con su almácen general de provisiones, sus convoyes y sus centros de distribución. Al través de las ruinas y del contagio, aquel pacífico ejército atravesó por todos los puntos á la vez de la Isla de Francia para llevar simultáneamente socorro á los hambrientos y á los desnudos. Marchaban las Hermanas de la Caridad detrás de los Capuchinos y de los Jesuitas, de los sacerdotes de S. Nicolás y de los de S. Sulpicio. Todo París contribuyó á los gastos, pero muy especialmente nuestro Santo, que de puerta en puerta fué pidiendo una limosna con lágrimas en los ojos, después de haber obligado á las Damas de su asamblea á dar sus últimos recursos, y después de haber despojado por completo la casa de S. Lázaro. La señorita Le-Gras le secundó admirablemente, pues sus hijas distribuían cada día la comida á mi-

llares de hambrientos, sin olvidar á los pobres vergonzantes, á los que iban á buscar en su domicilio, recogiendo á los refugiados del campo, y poniendo á cubierto el honor de las jóvenes expatriadas; no obstante los horrores de la miseria pública, la piedad de los fieles supo encontrar los recursos para todo. El clero rivalizó en celo

VISTA DE LA IGLESIA Y DE LA CASA PROFESA DE LOS PP. JESUITAS

De la calle de San Antonio en París, según un grabado de Merian, siglo XVII.—La iglesia es hoy una parroquia (San Pablo y San Luis), y los departamentos de la casa profesa están ocupados por el Liceo de Carlo-Magno.—En la época del Renacimiento, los Jesuitas habían salvado la fe y las costumbres, pues con sus misiones y numerosos colegios contribuyeron ampliamente á la regeneración religiosa del siglo XVII. Su supresión en 1773, fué el preludio de la revolución.

con las órdenes religiosas; los señores, las damas de la aristocracia, la clase media, todos en fin, después de haber entregado lo superfluo, cercenaban de lo necesario. Habíase establecido cierta emulación en la capital, y la caridad, mensajera de la paz, preparó los corazones al próspero suceso de la vuelta del joven rey.

Si jamás trajeron mayor plaga de dolores y de calamidades las guerras civiles, las batallas y las invasiones, jamás tampoco difundió la beneficencia cristiana mayor número de auxilios y de consuelos. En aquel período desgraciado y glorioso á la vez, comprendido entre Richelieu y Mazarino, Vicente de Paul, más grande que ellos quizás por el espíritu político apareció como el genio tutelar de la Francia; y si fué gloria para los hombres de Estado el haber presidido á la victoria y extendido las fronteras del suelo nacional, es para él mucha mayor gloria el haber socorrido á un pueblo abrumado por los sufrimientos, el haber trabajado por la paz y el haber abierto los caminos al reinado reparador y fecundo de Luis XIV.

IV.

EL SANTO.

La caridad; sus fuentes, sus efectos.—Fe, humildad, dulzura de Vicente de Paul.—Rasgos de sus virtudes.—Los milagros.—La Visión de los dos globos.—Distribución del día; ocupaciones y austeridades del Santo.—Los últimos tiempos de su vida.—Muerte y canonización.—La gloria de S. Vicente de Paul.

L verle llegar al fin de su jornada, llénase el ánimo de asombro, contemplando de un lado el número de sus obras, y de otro la diversidad de ellas. No hay relato que las pueda abarcar y describir, ni admiración que las equipare. La realidad se sobrepone aquí á todo. Es tarea más que ardua el referir todas las acciones de Vicente de Paul; muchas de ellas no son siquiera conocidas de los hombres. Si siempre hubiese obrado por cuenta propia, jamás se hubiese descubierto ninguna de ellas; tanto era su empeño en ocultar el bien que hacía por Dios solo, y en callar cuanto podía redundar en alabanza propia. Pero Dios ha permitido que al través de los velos de la humildad, se mostrara aquella santa vida á los ojos de los hombres, como uno de los más brillantes focos encendidos en la hoguera del amor divino.

Sólo un santo podía hacer lo que ha hecho S. Vicente de Paul, porque estaba poseído de esa divina caridad que sólo se aprende en Jesucristo. La naturaleza, que impulsa á los hombres á ayudarse

recíprocamente, los impulsa con mayor violencia á preferirse á los demás, y no los deja pasar de una beneficencia, que es más bien una satisfacción de la sensibilidad, que el efecto de un impulso real del corazón. Mas para amar á su prójimo como á sí mismo, es preciso amarle en Dios. Por una maravillosa reciprocidad, así como Dios para hacerse amar ha tenido que descender hasta nosotros, también el hombre debe elevarse hasta Dios, para aprender á amar á sus semejantes. No amaríamos nosotros á Dios, si no se nos hubiera mostrado en la semejanza de nuestra naturaleza, ni al prójimo, si no le consideráse mos en unión con Dios. Los dos amores se confunden. Dios no ha hecho de ellos más que una ley. Amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos, es todo el cristianismo. El gran precepto es amarse los unos á los otros como Dios nos ha amado. La medida de este amor es Jesucristo. Dios amando á los hombres hasta darles su Hijo, les enseñó á amarse hasta darse también el uno por el otro.

Tal es la caridad de Vicente de Paul, informada en el foco del amor divino. Como amaba él á Jesucristo, amó también á los pobres. En eso está el principio de todas sus obras, la explicación de una vida, que es el mayor prodigio de caridad de cuantos han visto los hombres. ¿Quién amó más que él á Nuestro Señor? ¿y quién ha enseñado también mejor y practicado la caridad? «El precepto de la caridad, decía él, resume toda la ley, sobre todo si se extiende al prójimo como á Dios... No nos basta amar á Dios, si nuestro prójimo no le ama también, y no podríamos amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos, si no proporcionásemos el bien que estamos obligados á querer para nosotros mismos; es á saber, el amor divino que nos une á Aquél, que es nuestro bien sumo. Debemos amar á nuestro prójimo como á la imagen de Dios, y al objeto de su amor, y procurar que recíprocamente amen los hombres á su amabilísimo Criador, y con recíproca caridad se amen los unos á los otros por amor de Dios, el cual los ha amado tanto, que por ellos entregó su Hijo á la muerte.»

Vicente de Paul no conocía más doctrina de la caridad que la doctrina de Jesucristo. A El predicaba para hacer amar á los pobres; á El proponía como modelo á los verdaderos discípulos de la

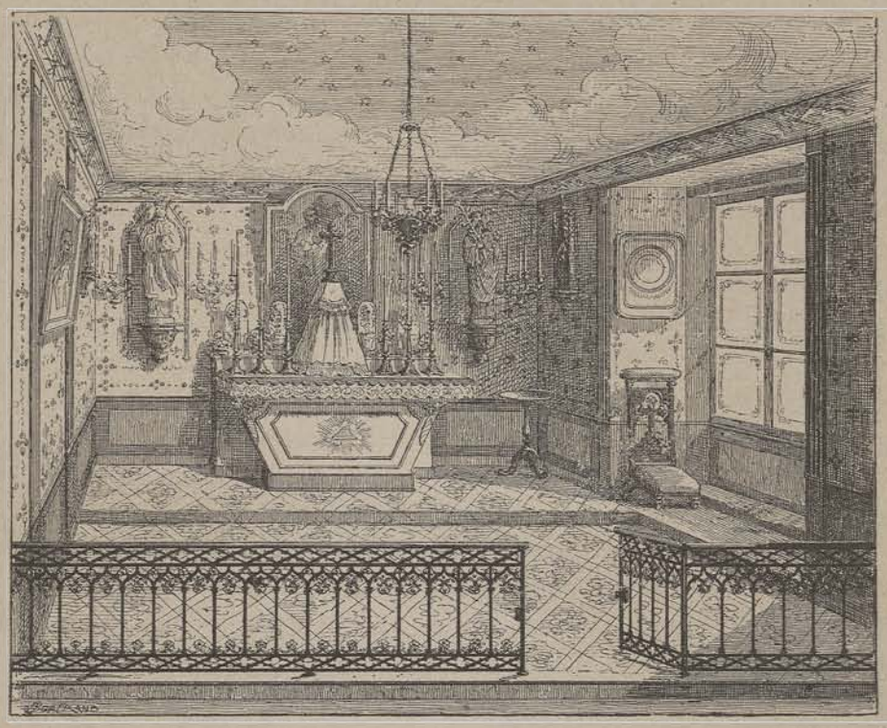
S. VICENTE DE PAUL.

Estatua de mármol blanco erigida en la Basílica de S. Pedro en Roma en la época de la canonización del Santo. Escultura de Bracci, siglo XVIII.

caridad. Ese fuego divino en que él estaba abrasado, lo comunicaba á sus hermanos los Misioneros y á las Hijas de la Caridad, mostrándoles la cruz; y entonces exclamaba en los santos transportes de su corazón: «¡Oh, Jesús! decidnos, si queréis, quién es el que os ha hecho bajar del cielo para venir á sufrir la maldición de la tierra! ¿Qué exceso de amor os ha llevado á humillaros hasta nosotros y hasta el suplicio infame de la cruz? ¿Qué exceso de caridad os ha hecho exponer á todas nuestras miserias, tomar la forma del pecador, sobrellevar una vida de sufrimientos y padecer una muerte deshonrosa? ¿Dónde se encontrará una caridad tan admirable y tan excesiva? Sólo el Hijo de Dios es capaz de ello, sólo El ha tenido amor tan grande por las criaturas, sólo El ha podido dejar el trono de su gloria, para venir á tomar un cuerpo sujeto á las enfermedades y miserias de esta vida, y para practicar las incomparables diligencias que ha hecho, para establecer entre nosotros y dentro de nosotros con su ejemplo y con su palabra la caridad de Dios y del prójimo. Sí, ese amor es el que le ha crucificado, y el que ha producido la obra maravillosa de la Redención. ¡Oh, señores, si en nosotros existiera una chispa de ese fuego sagrado que abrasaba el corazón de Jesús, ¿permaneceríamos con los brazos cruzados, y dejaríamos abandonados á los que podemos asistir? No, ciertamente, porque la verdadera caridad no sabe permanecer ociosa ni nos permite ver á nuestros hermanos y á nuestros amigos en la necesidad, sin manifestarles nuestro amor; y, ordinariamente las acciones exteriores dan testimonio del estado interior, y los que poseen la verdadera caridad en su interior la ponen de manifiesto: así como es propio del fuego el iluminar y calentar, también es propio del amor el comunicarse. Debemos amar á Dios consumiendo nuestras fuerzas y con el sudor de nuestro rostro; debemos servir al prójimo á expensas de nuestros bienes y de nuestra vida.»

Los Santos no sólo hablan bien de la caridad, sino lo que es mejor, la practican. Para Vicente de Paul las palabras fueron siempre fielmente acompañadas de las obras. Si su amor de Dios se elevó hasta el heroísmo de la santidad, su celo por el bien del prójimo fué hasta el sacrificio de su vida. En el hospital afrontó muchas veces las enfermedades contagiosas; diariamente se entregaba

por entero al servicio de los pobres. Una vez perseguían unos soldados furiosos delante de él á un artesano; le habían ya dado alcance é iban á herirle, cuando el Santo, cruzándose en medio de las espadas, le sirvió de escudo con su cuerpo con peligro de su propia vida, esperando ganar para Dios á aquel por quien así se exponía.



LA HABITACIÓN DE SAN VICENTE DE PAUL.

Transformada en capilla por la piedad de los religiosos que sirven la casa de San Lázaro.—Según la tradición, San Vicente trabajaba en el hueco de la ventana, y desde allí veia el altar y el tabernáculo cuya vista era un alimento continuo de su piedad para con la Eucaristía.

Su valor contuvo y admiró á los soldados, los cuales encalmados con sus palabras, se retiraron sin molestar á su víctima. Es uno de los numerosos rasgos de su amor al prójimo.

Vicente de Paul entendía la caridad exactamente lo mismo que el grande apóstol: «Aun cuando hubiera yo distribuído todos mis bienes á los pobres, decía San Pablo, si no tengo la caridad nada

soy.» Esta caridad que hace el precio de la limosna, esta caridad que es el verdadero amor del prójimo, la bebía Vicente de Paul en Jesucristo, y como la poseía plenamente, hizo muchas cosas. El Evangelio y la Eucaristía, eran las dos fuentes en donde aquélla se alimentaba. Á Jesucristo amaba en el adorable Sacramento del altar; le imitaba siguiendo los ejemplos de su vida terrestre. Todas las obras y todas las enseñanzas de Vicente de Paul, todo él, podríamos decir, se compendian en el amor é imitación de Jesús.

Cuando la señorita Le-Gras vino á ofrecérsele, para ser la primera de las Hijas de la Caridad, la contestó: «Orad, la oración da los buenos consejos; comulgad con frecuencia; la Eucaristía es el oráculo de los pensamientos caritativos.» Cuando hubo dado sus reglas á la evangélica comunidad de las siervas de los pobres repetía: «la capital virtud de una Hija de la Caridad está en comulgar bien.» En cuanto á él, profesaba á la sagrada Eucaristía una devoción tierna y vehemente á la vez, una devoción de todos los instantes, que llenaba su vida. Todas las mañanas celebraba el santo sacrificio de la Misa con una gravedad de pontífice, y con una serenidad de ángel: por su actitud, por su semblante y por su voz se comprendía que estaba profundamente penetrado del misterio. El cuerpo sacratísimo del Salvador entre sus manos era como un fuego ardiente de caridad que subía desde el altar, para abrasar todo su ser; y en su corazón llevaba todo el resto del día á ese mismo amadísimo Jesús, á quien había recibido por la mañana, dejándose transparentar en él como una virtud divina siempre presente. Fuera de las horas de rezo de la comunidad, venía con frecuencia á prosternarse delante del santo Tabernáculo en actitud tan humilde, que parecía como anonadado ante la Majestad Divina, y con tal expresión de fe, que se hubiera dicho que veía con sus propios ojos á Jesucristo. El Tabernáculo era el consejero de sus buenas obras, el confidente de sus santos proyectos. A imitación de Santo Tomás de Aquino, Vicente de Paul iba á buscar en él las sublimes inspiraciones de su caridad. Al pie de los altares trataba consigo mismo los negocios de su múltiple ministerio; allí acudía á leer arrodillado las cartas importantes. Refiérese que un día habiendo recibido en el patio del Palacio de Justicia una carta en que se tra-

taba del buen éxito de un asunto de trascendencia, subió, á pesar de tener delicadas sus piernas, á la capilla alta, y habiéndola encontrado cerrada, se arrodilló en el suelo para enterarse de su contenido. Nunca salía de S. Lázaro, por apremiantes asuntos que tuviese fuera, sin despedirse de aquel á quien llamaba el dueño de la casa, y á su regreso iba también ante todo á saludarle. Cuando viajaba, se detenía en todas las iglesias para adorar en ellas al Santísimo Sacramento, ó para besar el suelo cuando las encontraba cerradas. Cada iglesia marcaba como una santa etapa de su viaje, y al llegar á su término dedicaba también su primera visita para el Huésped divino del Tabernáculo.

Ese mismo amor de Jesucristo es el que ha formado á todos los santos, pero en cada uno de ellos era diferente. Francisco de Asís le amaba en el suave éxtasis de sus transportes inflamados; Vicente de Paul, con los devotos sentimientos de la fe más humilde y más respetuosa; y su manera propia y preferente de amarle era, imitándole en sus divinas humillaciones. «Lo que adoraba en la Encarnación y en la Eucaristía, ha dicho el historiador de sus virtudes, era á Dios, abatiéndose para ponerse á nuestro alcance y para hacerse semejante á nosotros mismos; lo que su amor reconocido para Jesucristo le inspiraba era el hacerse semejante á él; sobre ese mismo divino modelo se formó y sobre él vivió. A imitación de Jesucristo, ocultó bajo las apariencias de una vida llana y común las más heroicas virtudes; bajo el exterior de un pobre aldeano, los dones más excelentes de la naturaleza y de la gracia. En sus pensamientos, en sus palabras, en sus acciones, no se inspiraba más que en Jesucristo, ni repetía más que su lenguaje. Jesucristo siempre, Jesucristo en todas partes, Jesucristo en todo y por todo: he aquí su doctrina, su moral y su política, todo lo cual acostumbraba á expresar con una sola frase: «¡Nada me complace sino en Jesucristo!»

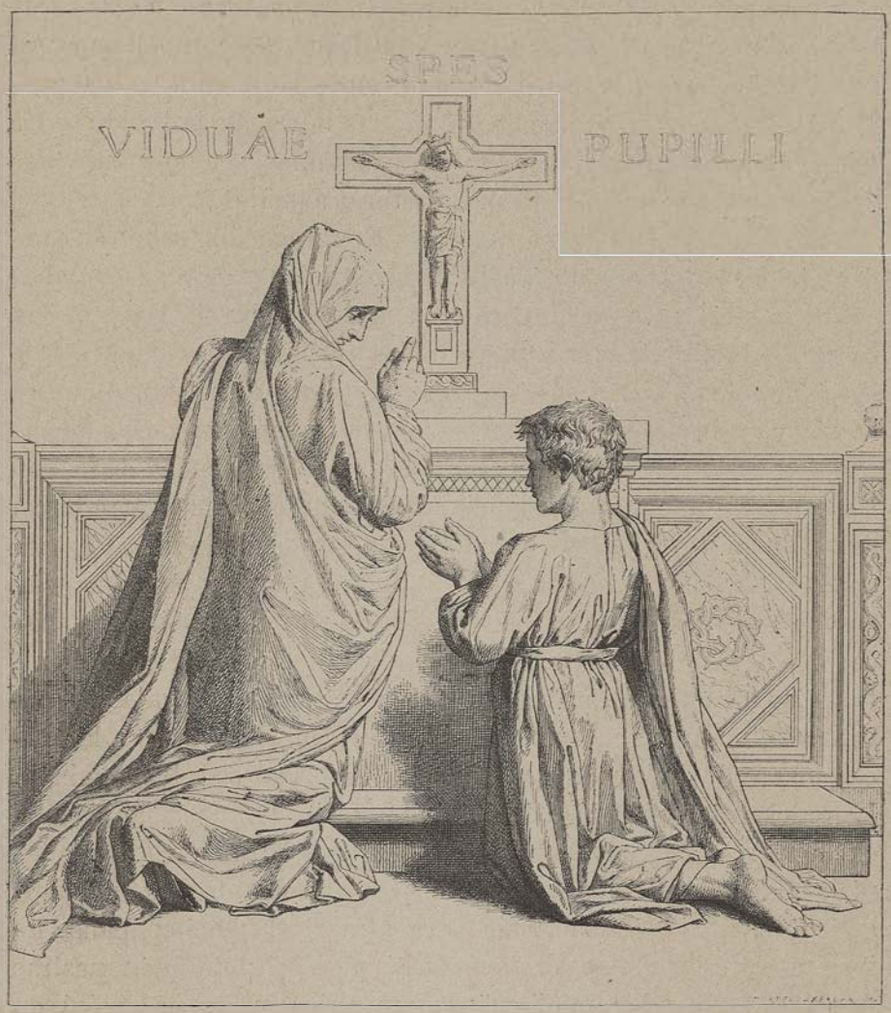
Vicente de Paul era aquel perfecto discípulo de la Cruz, que lo había dejado todo, y se había renunciado á sí mismo, por seguir á Jesús. En esta escuela del Divino Maestro había aprendido á ser dulce y humilde de corazón, y á la verdad no había adquirido sin hacerse violencia, esa dulzura y esa humildad que son las virtu-

des esenciales para la perfecta práctica de la caridad. Ni una ni otra eran en él el efecto de una predisposición natural ó de un obsequio anticipado de la gracia: le fué preciso conquistarlas. Por ser de un temperamento bilioso y de un carácter vivo, Vicente era naturalmente inclinado á la cólera; acusábase ante los demás de su carácter seco y repulsivo, y con instancias vivas pedía á Dios se lo tornase dulce y apacible. En su empeño por reprimir todos los arranques de un natural duro é irascible, había alcanzado tal imperio sobre sí mismo, que había llegado á ser como S. Francisco de Sales su modelo, el más bondadoso y el más afable de los hombres. También de él se hubiera podido decir lo que decía él del bienaventurado Obispo de Ginebra, á saber; que la primera vez que se le veía, se reconocía en su exterior, en la serenidad de su semblante, en su manera de conversar, una imagen expresiva de la dulzura de Jesús Nuestro Señor, que ganaba los corazones.

Aquella amable y omnipotente virtud la practicaba para con todo el mundo. Afable con los más pequeños, compasivo para con los pecadores y los herejes, apacible aun cuando tuviera que mandar ó corregir, era el hombre manso del Evangelio á quien se prometió la tierra. Cierto día uno de sus sacerdotes se comportó en su presencia con excesiva viveza, y llamándole aparte le dijo con el tono más apacible: «V. y yo, señor mío, somos un poco violentos, y á veces habríamos de procurar contenernos.» ¡Elocuente y amable reprensión! Por este medio nada se le resistía, pues su mansedumbre doblegaba las voluntades más rebeldes, su benignidad ablandaba los corazones más endurecidos. Podía decirse que poseía la tierra, poseyendo los espíritus. Su dulzura, sin embargo, no llegaba hasta la debilidad, ni hasta la lisonja, que aborrecía en gran manera. Y si es verdad que no discutía con nadie, ni aun con los que estaba obligado á reprender, si no quería que se promovieran altercados ni disputas acres con los herejes, creyendo que sería más fácil ganarlos con benévolas amonestaciones, tampoco cedía jamás ni en sus deberes ni en la defensa de la verdad.

No recomendaba él una dulzura cobarde y complaciente; la quería llena de vigor y de firmeza, tan distante de la debilidad como de la violencia. «No hay personas más constantes, decía él, y más

firmes en el bien que las de carácter dulce y benévolo, así como por el contrario, los que se dejan arrebatar de la cólera y de las



EL SOSTÉN DE LA VIUDA Y DEL HUÉRFANO.

Fresco de Alfredo Perin en la Iglesia de Nuestra Señora de Loreto en París, siglo XIX.—La Cruz es el «sostén de la viuda y del huérfano,» de todos los que sufren. La vista de una cruz sostenia á S. Vicente de Paul en las luchas de su última enfermedad.

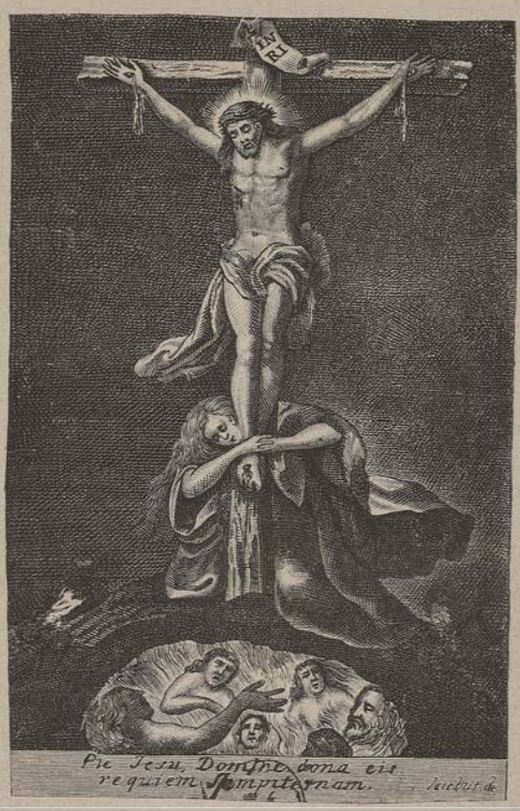
pasiones del apetito irascible son ordinariamente muy inconstantes, por cuanto no obran sino por los impulsos del capricho y del arrebato: son á manera de torrentes, que sólo tienen fuerza é im-

petuosidad cuando se desbordan, y que se secan después de haber corrido, al paso que los ríos que representan á las personas apacibles corren sin ruido, con tranquilidad y sin agotarse jamás. Así, pues, seamos firmes para lograr el fin que nos proponemos en nuestras buenas empresas, pero empleemos la dulzura en los medios que adoptemos, imitando en ello las miras de la sabiduría de Dios, el cual se dirige con fortaleza á sus fines, y no obstante dispone suavemente los medios para realizar aquéllos.»

Vicente de Paul había formado su Congregación sobre su modelo, inculcándola aquel espíritu de benignidad y de mansedumbre que le parecía más eficaz, para ganar los hombres á Dios, que la fuerza de la disputa y la sutileza de los argumentos. Como S. Pablo á Timoteo, decía á sus compañeros que no es necesario que un servidor de Jesucristo se valga de las controversias ó de las disputas. También les recomendaba sobre todo la bondad para con las campesinas, la benevolencia con los herejes y los pecadores. Aquel buen padre se tenía por feliz con que se distinguiera la casa de S. Lázaro por un fácil acceso á todo el mundo; ponía empeño en que todos los visitantes de ella salieran gratamente impresionados de encontrar un trato cordial y sencillo; y solía atribuir el éxito de las misiones de la Compañía á la costumbre de tratar al prójimo afectuosamente, con humildad y caridad. Según él era la única manera de imitar la conducta de Jesucristo con los hombres. La gracia y la benignidad del Divino Maestro le extasiaban, y solía exclamar: «¡Oh, Salvador mío! cuán felices eran aquellos que tenían la dicha de acercarse á Vos! ¡Qué semblante, qué dulzura, qué cordialidad les mostrabais para atraerlos! ¡Qué confianza no inspirabais á las almas para acercarlas á Vos! ¡Oh, qué muestras de amor... Salvador mío! cuán abundantes frutos producirá en vuestra Iglesia el que tenga como Vos ese trato amoroso y esa benignidad encantadora!»

A ese trato ameno y suavísimo todo lleno de misericordia, unía Vicente de Paul la humildad más sincera y más absoluta. En aquel hombre de carácter tan diáfano, tan positivo, todas las virtudes eran encaminadas á la actividad, y todas tenían un carácter práctico, que forma como la nota particular de aquella alta santi-

dad; venían á constituir verdaderos hábitos del alma, que se manifestaban en todas las circunstancias de la vida... Así, por ejemplo, su humildad no se reducía solamente á un bajo sentimiento de sí mismo, fundado en la grandeza de Dios y en la conciencia de



LA PIEDAD DE SAN VICENTE PARA CON LOS DIFUNTOS.

Facsímile de una imagen sobre pergamino que representa á las almas del Purgatorio; S. Vicente tenía afición á esta imagen y la llevaba en su breviario.—Museo de las reliquias de la Misión en París.

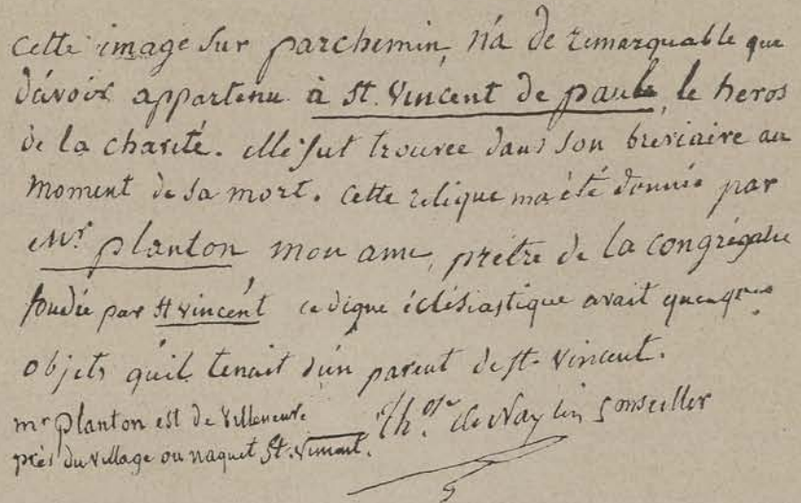
su nada, sino que se traducía en toda ocasión por una hambre de humillaciones, que le conducía á los actos más extraordinarios y como al refinamiento de esta virtud. Es decir, que tenía la santa pasión de la humildad. Algunos la han encontrado excesiva, al verle ponerse por debajo no sólo del común de los hombres sino de

los más perversos, de los criminales, de los forzados y aun de los demonios. Por incomprensible que parezca, era del todo sincera.

Su vida no ha sido, en efecto, sino un prolongado acto de humildad y de caridad, y puede decirse que su caridad ha resplandecido á pesar de su humildad. Ha sido preciso que sus obras brillaran á la luz del dia para que los hombres las conociesen. No solamente ponia cuidado en no hablar jamás de sí mismo de una manera favorable, sino que ocultaba cuidadosamente aquello que sólo él podía saber, llegando al extremo de borrar las huellas de aquellas acciones que hubieran podido ceder en alabanza suya. Para sí mismo no reservaba más que el desprecio y el desdén, creyéndose incapaz de la menor empresa, inútil para todo el mundo, más propio para desvirtuarlo todo, que para llevar á feliz término el más insignificante negocio. Cuanto se aplicaba á ocultar sus méritos, otro tanto se mostraba solícito y aun ávido de revelar sus pretendidas faltas, en calificar de abominaciones las imperfecciones más pequeñas de la naturaleza. Como si fuera el mayor de los pecadores, se prosternaba de rodillas delante de sus hermanos, para hacer la confesión pública de lo que llamaba sus crímenes pasados; acusábase en alta voz de las más ligeras transgresiones de la regla ó de sus deberes, de movimientos interiores de impaciencia, que nadie había notado. Tan profundo era el sentimiento que tenía de su indignidad, que no contento de considerarse él como culpable, se creia el primer autor de las faltas cometidas en la Compañía, y atribuía todos los fracasos y desgracias á sus propios pecados. El bien que le achacaban lo imputaba á su hipocresía, porque se figuraba ser el último y el más miserable de los hombres. Escribiendo al superior de cierta comunidad: «Tengo necesidad, le decía, de las oraciones de las buenas almas más que nadie en el mundo, porque la mía está abrumada de grandes miserias, las cuales me hacen mirar la opinión que se tiene de mí como un castigo de mi hipocresía; ella me hace pasar por distinto de lo que soy.» En otra ocasión escribía también: «los términos laudables á mi persona, con que me escribís, me han afligido mucho. Estoy muy distante del estado en que me supone V.; por el contrario me veo en aquel que conduce al fondo de los abismos, si Dios no tiene piedad de mí que soy el más inútil,

el más miserable de los hombres y el más necesitado de las misericordias de Dios.» A las muestras de cortesía y á las demostraciones de respeto, contestaba el Santo recordando su baja extracción, y las ocupaciones humildes de su infancia. Cuando iba en un prin-

FAC-SÍMILE DEL TESTIMONIO MANUSCRITO QUE SE LEE EN EL REVERSO DE LA IMAGEN PRECEDENTE.



Cette image sur parchemin, n'a de remarquable que d'avoir appartenu à St. Vincent de paule, le heros de la charité. elle fut trouvee dans son breviaire au moment de sa mort. Cette relique m'a été donnée par mr. plantou mon ami, prêtre de la congregation fondée par St. vincent ce digne ecclesiastique avait quelques objets qu'il tenait d'un parent de St. Vincent.
mr Plantou est de Villeneuve près du village ou naquit St. Vincent. Th. Or. de Naxlin Conseiller

(Traducción.)

Esta imágen sobre pergamino no tiene otra cosa de notable que el haber pertenecido á S. *Vicente de Paul*, el héroe de la Caridad. Fué encontrada en su breviario en el momento de su muerte. Esta reliquia me ha sido dada por mi amigo el señor Plantón, sacerdote de la Congregación fundada por San Vicente. Este digno eclesiástico poseía algunos objetos que había recibido de un pariente de S. Vicente.

El señor Plantón es de Villeneuve de Agen, cerca de la aldea en que nació S. Vicente.

T. H. DE NAXLIN, *Consejero*.

cipio al palacio del Louvre, quiso un dia el príncipe de Condé hacerle sentar á su lado: «Cómo, Monseñor, dijo, retrocediendo el sacerdote; demasiado honor es ya el que Vuestra Alteza se digne sufrirme en su presencia; pero hacerme sentar junto á su persona! ¡ignora, acaso, que soy el hijo de un pobre aldeano!» Esta misma

respuesta dió á una pobre mujer que le pedía limosna llamándole «Monseñor.» Humillábase, pues, lo mismo delante del pobre que en presencia del más gran señor.

Su amor á las humillaciones le había dictado la siguiente regla de conducta, absolutamente contraria á la naturaleza y que no puede convenir más que á la santidad: «Si tengo entre manos una empresa pública, y puedo llevarla muy adelante, no lo haré así, sino que suprimiré lo que pueda hacerla ver como resultado de una virtud, ó proporcionarme á mí alguna reputación. De dos pensamientos que me ocurran al hablar de un asunto, cuando la caridad no me obligue á hacer lo contrario, manifestaré el de menos mérito, á fin de humillarme, y reservaré el más bello para sacrificarlo á Dios en el secreto de mi corazón; porque Nuestro Señor sólo se complace en la humildad de corazón y en la sencillez de las palabras y de las acciones.» Así lo había hecho S. Francisco de Sales en su primer viaje á París, en circunstancias solemnes en que cualquier otro, precedido como él de una gran reputación de orador, se hubiera creído obligado á poner en tributo su elocuencia, para no defraudar á sus amigos, y para producir una vez más grandes efectos con su discurso.

Esta manera de pensar y de obrar era en Vicente de Paul un hábito. Muchas veces en las conferencias eclesiásticas y en las asambleas de caridad, que presidía, se callaba, cuando esperaban que hablase, ó bien seguía el parecer de los otros en lugar de exponer el suyo. Cierta dama dirigióle un día el siguiente cargo: ¿Por qué no sostiene V. con preferencia sus opiniones, que son siempre las mejores? «No quiera Dios, señora, respondió el Santo, que mis ruines pensamientos prevalezcan sobre los de los demás; ¡yo estoy muy contento de que Dios haga sus asuntos sin la intervención mía, porque no soy más que un miserable.» Todo el mundo admiraba su ciencia sólida y segura en las cuestiones teológicas, su perspicacia en todas las ocasiones, aquel don de discernimiento, aquel sentido práctico que poseía en tan alto grado; él en cambio no hablaba más que de su ignorancia y de su necedad, y se rebajaba á la categoría de estudiante adocenado. Prevalíanse los jansenistas de aquella santa modestia, para ir diciendo por todas partes que Don

Vicente no era más que un ignorante, y que sus opiniones no va-

LUIS II DE BORBÓN PRÍNCIPE DE CONDÉ.

Escultura de David de Angers, en el patio principal del Palacio de Versalles, siglo XIX. —Queriendo una vez el gran Condé que S. Vicente de Paul se sentara á su lado en el Louvre, excusóse el humilde sacerdote diciendo que era «el hijo de un pobre aldeano.» A lo cual replicó Condé: *Moribus et vita nobilitatur homo:* «la virtud y el mérito son los que ennoblecen al hombre.»

lían la pena de discutirse. El orgulloso abad de S. Cyrán tuvo la osadía de llegárselo á decir al mismo santo. Discutía con él, y como

S. Vicente opusiera su fe á las invenciones del orgullo: Desconfiad, le decía el humilde sacerdote, de vuestras propias opiniones, porque os inspiran sentimientos muy apartados del respeto debido á la Iglesia.—¡Bah, bah, exclamó el sectario, usted no entiende más que de gramática alemana!.. usted es un ignorante: lejos de merecer hallarse á la cabeza de su Congregación, merecería usted ser lanzado de ella; estoy admirado de que se os tolere en su seno!» Y el santo, no pudiendo vencer tanto orgullo, le confundía con su humildad. «¡Ay de mí, señor mío! le replicaba, más sorprendido que usted lo estoy yo, porque mi ignorancia es mayor de lo que usted cree, y si se hiciera justicia conmigo, seguramente que me despidirían de San Lázaro.»

Vicente de Paul se creía verdaderamente indigno de pertenecer á la Compañía que él había formado; con mucha más razón opinaba en su humildad que no merecía dirigirla. Muchas veces trató de renunciar al cargo de superior, y sólo lo conservó por obediencia. En sus cartas evitaba estampar su título, y se daba el de *indigno sacerdote*. Eran verdaderamente insoportables para él los testimonios de respeto y de distinción, que recibía en S. Lázaro; en vano le hacían presente que tal era la práctica seguida con los superiores en todas las comunidades. «Bien lo sé, respondía él, y preciso es respetar las razones que tienen para hacerlo; pero yo las tengo más poderosas para no sufrir que así se haga con mi persona, porque no puedo yo ser comparado con el más pequeño de los hombres, ya que soy el peor de todos.» Con toda verdad puede afirmarse de S. Vicente de Paul que era el más caritativo de los hombres, porque era el más humilde. De la humildad hacía derivar él la caridad, y todas las demás virtudes. «Sesenta y siete años ha, decía él, que Dios me sufre sobre la tierra; he pensado y repensado muchas veces en los medios más conducentes, para adquirir y conservar la unión y la caridad con Dios y con el prójimo; y no he encontrado otro mejor ni más eficaz que la santa humildad, el bajarse siempre ante los demás hombres, no pensar mal de nadie, y estimarse el menor y el más malo de todos.»—Y añadía: «La humildad introduce en el alma las otras virtudes; humillándose con sinceridad, de pecador se vuelve justo.» En conformidad con sus

palabras, halló la santidad en las profundidades de la humildad; se había hecho el más pequeño y logró hacer las más grandes cosas.

¡Cuán perfecta era aquella caridad, inspirada en la fe más viva, en la humildad más profunda, aquella caridad toda abnegación y todo sacrificio! Vicente de Paul no se ocupaba tan sólo de aliviar los males del prójimo, sino que tomaba parte en los sufrimientos de los desgraciados, sufriendo á la par con ellos. Su compasión comunicaba á la asistencia que prestaba á los pobres la dulzura más conmovedora; y como se hacía todo para todos, se identificaba siempre en sus penas y alegrías con aquellos á quienes socorría... Cosa maravillosa, él logró brillar en aquellas virtudes cuyas prácticas son muy diferentes, y aquella vida empleada en obras tan numerosas y tan difíciles, ofrece la mezcla más admirable de ternura y de fortaleza, de sabiduría y de celo, de sencillez y de prudencia, de abandono en la voluntad de Dios y de constancia en las empresas.

Por extraordinaria que fuera la santidad de este fiel servidor de Dios, no parece, si se consideran los efectos exteriores, que fuese acompañada del don de milagros; empero, si pueden llamarse milagrosas las obras que están por encima de los procedimientos ordinarios de la naturaleza, que exceden en mucho sus fuerzas, y que van mucho más allá de los alcances ordinarios del común de los cristianos, se puede también asegurar que la vida larga de San Vicente ha sido casi un continuo milagro. Por otra parte refiérense de él muchos vaticinios y curaciones realmente sobrenaturales. El mismo fué preservado milagrosamente un día en S. Lázaro de una bala de arcabuz que vino á caer aplastada á sus pies; mas prohibió á sus compañeros que hablasen jamás de ello. Dios le favoreció también con una visión extraordinaria de la que el santo hubo de dar testimonio para la glorificación de la bienaventurada Madre Chantal.

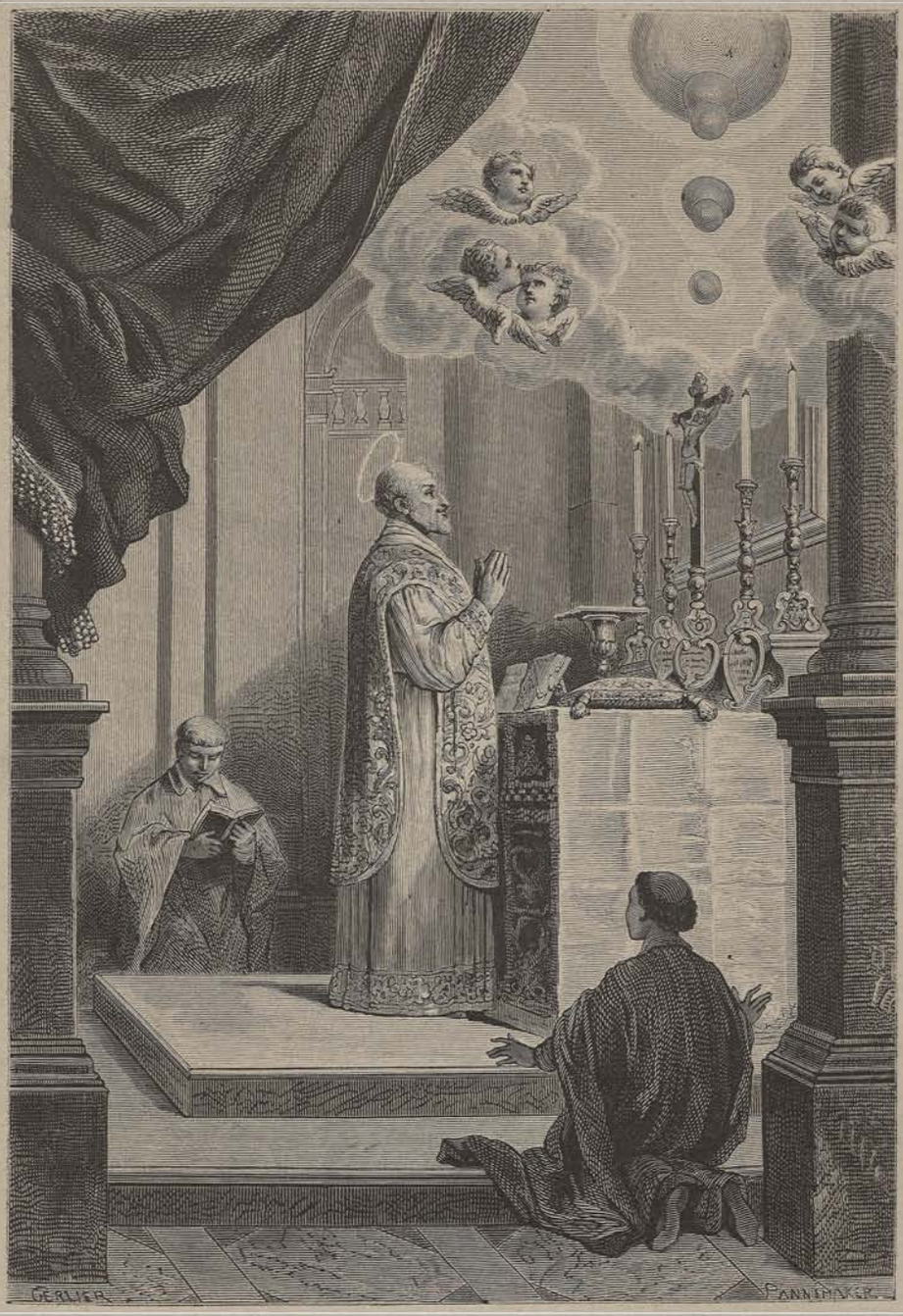
Mientras se hallaba esta santa mujer en la agonía, le había dicho alguno de los que la rodeaban: «¿No espera V. que se la aparezca su bienaventurado padre Francisco de Sales?—Sí, ciertamente, había contestado, tengo esa confianza, porque me lo ha prometido.»—En el momento mismo de espirar, S. Francisco de Sa-

les descendía de los cielos hacia ella, para conducirla á Dios. Y Dios permitió en esta escena inenarrable y misteriosa que el amigo común de aquellas dos almas angelicales asistiese á su encuentro.

«Noticioso de la situación extrema en que se hallaba la señora Chantal, refiere el abate Maynard, habíase puesto en oración por ella Vicente de Paul. Había comenzado por un acto de contrición de sus propios pecados, cuando repentinamente había visto un pequeño globo de fuego que se elevaba de la tierra, é iba á unirse en la región superior del aire á otro globo de mayor tamaño y más luminoso; y que aquellos dos globos refundidos en uno se elevaron todavía más y se perdieron en un tercero infinitamente más vasto y más brillante que ellos. Se le había dicho interiormente que el primer globo era el alma de la señora Chantal, el segundo la del Obispo de Ginebra, y el tercero la Esencia divina. Visión admirable que en su realidad era todavía una viva imagen de la unión de aquellas dos almas santas, del principio de su mutua caridad y de la consumación en el Cielo y en la Gloria de lo que la gracia había operado entre ellas sobre la tierra.

Algunos días después llegaba á noticia de Vicente la muerte de aquella señora. Muy de mañana celebró por ella la misa. Al llegar al *Memento* por los difuntos, sintióse movido á encomendarla á Dios, porque á pesar de su veneración hacia «aquella alma, llena de toda suerte de virtudes,» la había oído proferir en una de sus últimas conversaciones ciertas palabras que le «parecían inclinarse al pecado venial.» Mas por segunda vez tuvo la visión del globo, con un vivo sentimiento de que aquella alma era bienaventurada y de que no tenía necesidad de sufragios; desde entonces le fué imposible pensar en ella sin verla en la Gloria.»

Con su humildad habitual, refirió el Santo la visión como sucedida á una persona conocida suya, y asegurando solamente que era «digna de fe y que antes querría morir que faltar á la verdad.» Ya no tuvo otras visiones. Estas manifestaciones extraordinarias de la gracia no eran á sus ojos señal de la santidad. Lejos de concebir vanidad por lo que le había sucedido, repetía con todos los maestros de la vida espiritual: «La perfección del amor no consiste



LA VISIÓN DE LOS GLOBOS.

Copia de un grabado del siglo XVIII.—Celebrando S. Vicente la misa el dia de la muerte de la señora Chantal, vió un globo luminoso que se elevaba hacia el Cielo; éste se unía á otro globo que figuraba el alma de S. Francisco de Sales; después ambos globos se elevaron todavia más, y se perdieron en un tercer globo, imagen de la Esencia divina.

en tener éxtasis, sino en cumplir bien la voluntad de Dios; y será entre todos los hombres el más perfecto, el que se conforme más con su soberana voluntad; de modo que nuestra perfección estriba en unirnos á El de tal manera, que su querer y no querer sean uno mismo con el nuestro; y quien más sobresalga en este punto, será el más perfecto.» Tal era el género de santidad del humilde servidor de Dios. Poseía la plenitud de las virtudes en la perfección de la caridad. Su continuado milagro es haber hecho por toda su vida la voluntad de Dios, buscándole en todas sus acciones y haciendo todas las cosas por amor suyo.

Vicente de Paul no llegó á tan alto grado de perfección en la virtud, á tan prodigiosa actividad en el bien, sino renunciando de un modo completo á sí mismo. Así es que su vida de caridad fué también una vida de mortificación. No dedicaba á su persona sino el tiempo que consagraba á la oración. Levantábase cada día á las cuatro de la mañana, cualesquiera que hubieran sido los trabajos y las incomodidades de la víspera. Su lecho era un jergón sin sábanas. Una fiebre contraída en los principios de sus fatigas de misionero, fiebre casi continua, que llamaba él su *fiebrecilla*, trocaba con mucha frecuencia en crueles insomnios las pocas horas que dedicaba al reposo.

Los dolores de sus piernas, enfermas y ulceradas desde su cautiverio, añadían malestar á las fatigas del insomnio. Durante aquellas noches oraba y meditaba. Por todo remedio procuraba sudar, y por la mañana á la hora de costumbre dejaba aquel miserable jergón, aquella paja húmeda de sudor, para emprender las tareas del nuevo día. ¡Y qué día tan aprovechado!

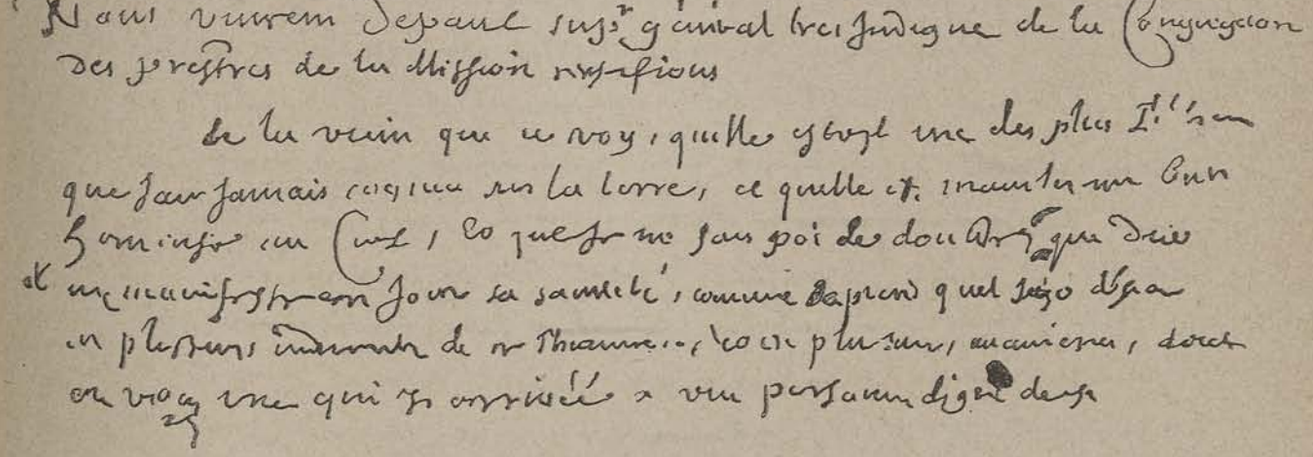
En cuanto se ponía de pie, prosternábase en adoración, acudía después el primero á la capilla á la oración de la mañana, la cual hacía de rodillas por espacio de una hora, no obstante la enfermedad de sus piernas. La oración, hé aquí el gran resorte de la vida religiosa. «La Congregación de la Misión subsistirá, decía el Santo, mientras el ejercicio de la oración se practique en ella con fidelidad.» Con tal ardor y con tan grande compunción se daba á ella, que más de una vez le ponían en descubierto sus amorosos suspiros. «Dadme un hombre de oración, repetía sin cesar, y será

capaz de todo.» El era este hombre, porque día y noche, en medio de las más grandes ocupaciones, de los negocios más apremiantes, se recogía en sí mismo para meditar.

Al hábito de la oración debió como tantos otros santos, aquella fuerza y aquella presencia de espíritu que se notaba en él aun en medio de los más abrumadores y numerosos cuidados; aquella absoluta posesión de sí mismo, aquella igualdad de carácter, que conservaba en todas las circunstancias, y que le hacía acoger á todo el mundo con tanta dulzura y benevolencia, como si no tuviera otras ocupaciones. «Jamás se le veía disipado, dice Abelly, fueran cualesquiera los negocios y ocupaciones que pudieran sobrevenirle; sino siempre recogido y presente á sí mismo. Obsérvase que ordinariamente no daba contestación á las preguntas que se le dirigían, sobre todo en cosas de importancia, sin hacer alguna pequeña pausa, durante la cual elevaba á Dios su espíritu, para implorar sus luces y sus gracias.»

Terminada la oración, preparábase para la misa. Casi todos los días se confesaba, tanto era el horror que le inspiraban las menores imperfecciones. Celebraba después el santo Sacrificio con una gravedad y una unción, que edificaban profundamente á los asistentes. Después de decir la misa casi siempre ayudaba una segun-

FAC-SÍMILE DE LA DECLARACIÓN DE S. VICENTE DE PAUL
PARA LA CANONIZACIÓN DE LA SEÑORA CHANTAL. ARCHIVOS DE LA VISITACIÓN EN ANNECY.



A la quelle Jassure quelle auroit mieux mourir que de mentir,

Cette personne m'a dit, qu'avant eu nouvelle de l'extremité de la maladie de nostre defunte, elle se mit a genoux pour prier Dieu pour elle, et que la premiere pensée qui luy vint en l'esprit fut, de faire un acte de contrition des pechés ~~[illegible]~~ qu'elle a commis et commet ordinairement, et qu'immediatement apres a luy parut un petit globe de feu qui s'esleuoit de terre et s'alla joindre en la superieure region de l'air a un autre globe plus grand & plus lumineux, et que les deux reduicts en un s'esleuerent plus haut, entrerent et se respandirent dans un autre globe infiniment plus grand & plus lumineux que les autres, et qu'il luy fut dit interieurement que ce premier globe estoit l'ame de nostre digne Mere, les seconds celle de nre B. J. et l'autre l'essence divine, que ~~[illegible]~~ l'ame de nostre digne Mere estoit reünie a celle de Nostre B. J. & les deux a dieu leur souverain principe,

Il dit de plus que celebrant la Ste Messe pour nre digne Mere incontinent apres qu'il eut apris la nouvelle de son heureux trespas, et estant au second Memento ou l'on prie pour les morts, il pensa qu'il faisoit bien de prier pour elle, que peut estre elle estoit dans le purgatoire a cause de certaines parolles qu'elle avoit dites ~~[illegible]~~ Il y avoit quelque temps, qu'il sembloit tenir des ~~[illegible]~~ peché veniel, et qu'en mesme temps, je vaut la mesme vision, les mesmes globes, et leur union, et qu'il luy resta un sentiment ~~[illegible]~~ interieur, que cette ame estoit bienheureuse, qu'elle n'avoit point besoing de prieres, ~~[illegible]~~ ce qui est demeuré si bien imprimé dans l'esprit de cet homme qu'il la voit en cet estat quand je pense a elle,

(Traducción.)

Nos Vicente de Paul, Superior general, muy indigno, de la Congregación de los Sacerdotes de la Misión, certificamos, etc..... De aquí viene el que yo crea que era una de las más santas almas, que jamás he conocido sobre la tierra y que ahora es bienaventurada en el Cielo, y que no dudo que Dios manifestará un día su santidad, como sé que lo hace ya en muchos puntos de este Reino y de muchas maneras, de las cuales hé aquí una que sucedió á persona digna de fe, la cual aseguro que preferiría perder la vida á faltar á la verdad.

Esta persona me ha dicho que habiendo tenido noticia de la gravísima enfermedad de nuestra difunta, se puso de rodillas para rogar á Dios por ella; y que el primer pensamiento que le ocurrió fué hacer un acto de contrición de los pecados que ha cometido y comete ordinariamente, y que inmediatamente después se le apareció un pequeño globo como de fuego que se elevaba de la tierra é iba á unirse en la región superior del aire á otro globo mayor y más luminoso, y que los dos reducidos á uno se elevaron más, y penetraron y se difundieron en otro globo infinitamente más grande y más luminoso que los otros, y que le fué dicho interiormente que el primer globo era el alma de nuestra digna Madre, el segundo la de nuestro bienaventurado Padre, el otro la Esencia divina; que el alma de nuestra digna Madre se había reunido con la de nuestro bienaventurado Padre y las dos con Dios su soberano principio.

Dice, además, que celebrando la santa Misa por nuestra digna Madre, en cuanto supo la noticia de su feliz tránsito, y estando en el segundo *Memento*, en el cual se ruega por los muertos, pensó que haría bien orando por ella, pues tal vez estaba en el purgatorio á causa de ciertas palabras que había dicho hacía algún tiempo, y las cuales parecían envolver pecado venial, y que al mismo tiempo volvió á ver la misma visión, los mismos globos y su unión; y que le quedó un sentimiento interior de que aquella alma era bienaventurada y que no necesitaba oraciones; tan grabado quedó esto en el espíritu de aquel hombre, que cuantas veces piensa en ella la ve en semejante estado.

da como el más modesto clérigo. Tres ó cuatro horas invertía en estos santos ejercicios á los cuales añadía el rezo de las horas canónicas y la lectura de la Santa Biblia que practicaba de rodillas y descubierto. Entonces comenzaba para él la vida activa. La oración llenaba todas sus necesidades, pues no se cuidaba del desayuno. Una vez en su habitación dedicábase á los múltiples asuntos que le aguardaban. En aquella celda no había fuego ni chimenea:

dos sillas de paja, una mesa de madera, ordinaria, un mísero lecho, un crucifijo y algunas estampas pegadas á la pared constituían todo el mobiliario. A los ochenta años de edad se le obligó á cambiar de celda, porque había necesidad de algo de fuego para curar sus pobres piernas; parecióle, sin embargo, que aquel fuego era propiedad de los pobres, y apenas consentía en que se avivase el hogar. A pesar de tales privaciones, no interrumpía el trabajo, ó no dejaba de escribir ó de recibir á quien preguntaba por él. Todo el mundo tenía asuntos pendientes en S. Lázaro: Obispos, sacerdotes, Damas de la Caridad, Superiores de las comunidades, altos personajes, pobres, todos iban llegando sucesivamente; ninguna empresa de caridad podía desenvolverse sin Vicente de Paul; él era el consejero de todas las obras y la providencia de todas las necesidades. Sus negocios le llevaban también fuera de casa, y entonces ni veía ni oía más que á Dios al través de las calles más tumultuosas. Diariamente iba á visitar algunos de los establecimientos de caridad, ó de los conventos que dirigía, á presidir las juntas de señoras ó de caballeros, ó á asistir al Consejo de conciencia. Unas veces se ocupaba en una cofradía de caridad, otras en los hospitales. Los enfermos, los ancianos, los forzados esperaban su visita, y tras de ellos tenía precisión de hacerla también á los grandes personajes, á las señoras del gran mundo, para interesar su caridad en favor de sus obras. En estas y en otras análogas ocupaciones invertía el Santo las horas del día sin acordarse de que ni siquiera se había desayunado. Cuando llegaba á su casa, después de haber comido la comunidad, no consentía que se le sirviera más que el sobrante de sus hermanos. En los últimos años de su ancianidad se le instaba á que tomase un poco de caldo, antes de salir á sus diligencias. Mas entonces había de ser un cocimiento de yerbas sin sazonar y sin carne. La modesta comida de la comunidad le parecía demasiado suculenta, y para privar al gusto de toda satisfacción mezclaba disimuladamente algunos polvos amargos con los alimentos. Cuando la naturaleza sucumbía á tan ruda abstinencia, sólo aceptaba por la noche como reparador de sus fuerzas un mendrugo de pan seco. Aunque comenzaba para él el día á las cuatro de la mañana, no terminaban sus trabajos con la luz del sol,

pues durante la noche, en el silencio de la soledad y del recogimiento, era cuando de un modo particular se dedicaba á aquella prodigiosa correspondencia, más propia de un hombre de Estado que de un sencillo particular. Con frecuencia le sorprendía la media noche en la tarea de escribir. ¿Se daba entonces al reposo? No ciertamente; todavía le quedaba por hacer su última oración á Dios, y entregarse á la penitencia de sus faltas. El cilicio, los ceñidores armados de puntas y otros medios de mortificación horribles, de que se rodeaba durante el día, le parecían poco; castigábase con disciplinas hasta mezclar su sangre con el sudor producido por la fiebre.

Su robusta naturaleza acabó por sucumbir á una vida que tenía los caracteres de prodigiosa: la gracia, más bien que el vigor de su temperamento, había sostenido á Vicente de Paul. Cuando hubo terminado su misión, permitió Dios á la vejez y á las enfermedades que triunfasen de aquella alma, hasta entonces señora de su cuerpo. Por tres veces había estado gravemente enfermo; en 1616, en 1644 y en 1649. Más de treinta años antes de su muerte se vió precisado por las dolencias de sus piernas á servirse de un caballo en sus viajes apostólicos; también había sufrido una muy peligrosa caída, y su humildad quiso ver en tal suceso no sólo las señales de la protección divina, sino una advertencia de la gracia, para que comenzase una vida nueva. Desde su tercera enfermedad habíanse acrecentado sus incomodidades, pues se le formaron algunas úlceras horribles en las piernas.

Por los últimos años de su vida fuése agravando el estado de su salud; sin embargo, luchaba siempre contra el mal, sin querer tomar el necesario reposo, sin permitir ningún calmante para sus dolores. Para desprenderle de este mundo, comenzó Dios Nuestro Señor por llevársele las dos personas más amadas: el venerable Portail, su primer discípulo, y su santa hija espiritual la señora Le-Gras. Poco después le fué ya imposible dar un paso, y entonces apoyado en sus muletas, se arrastraba hasta la capilla de la enfermería, para asistir al santo Sacrificio de la misa, y recibir el Pan de los fuertes. Quisieron con tal motivo transformar su habitación en capilla; mas se opuso terminantemente, por creerse indigno de

dos sillas de paja, una mesa de madera, ordinaria, un mísero lecho, un crucifijo y algunas estampas pegadas á la pared constituían todo el mobiliario. A los ochenta años de edad se le obligó á cambiar de celda, porque había necesidad de algo de fuego para curar sus pobres piernas; parecióle, sin embargo, que aquel fuego era propiedad de los pobres, y apenas consentía en que se avivase el hogar. A pesar de tales privaciones, no interrumpía el trabajo, ó no dejaba de escribir ó de recibir á quien preguntaba por él. Todo el mundo tenía asuntos pendientes en S. Lázaro: Obispos, sacerdotes, Damas de la Caridad, Superiores de las comunidades, altos personajes, pobres, todos iban llegando sucesivamente; ninguna empresa de caridad podía desenvolverse sin Vicente de Paul; él era el consejero de todas las obras y la providencia de todas las necesidades. Sus negocios le llevaban también fuera de casa, y entonces ni veía ni oía más que á Dios al través de las calles más tumultuosas. Diariamente iba á visitar algunos de los establecimientos de caridad, ó de los conventos que dirigía, á presidir las juntas de señoras ó de caballeros, ó á asistir al Consejo de conciencia. Unas veces se ocupaba en una cofradía de caridad, otras en los hospitales. Los enfermos, los ancianos, los forzados esperaban su visita, y tras de ellos tenía precisión de hacerla también á los grandes personajes, á las señoras del gran mundo, para interesar su caridad en favor de sus obras. En estas y en otras análogas ocupaciones invertía el Santo las horas del día sin acordarse de que ni siquiera se había desayunado. Cuando llegaba á su casa, después de haber comido la comunidad, no consentía que se le sirviera más que el sobrante de sus hermanos. En los últimos años de su ancianidad se le instaba á que tomase un poco de caldo, antes de salir á sus diligencias. Mas entonces había de ser un cocimiento de yerbas sin sazonar y sin carne. La modesta comida de la comunidad le parecía demasiado suculenta, y para privar al gusto de toda satisfacción mezclaba disimuladamente algunos polvos amargos con los alimentos. Cuando la naturaleza sucumbía á tan ruda abstinencia, sólo aceptaba por la noche como reparador de sus fuerzas un mendrugo de pan seco. Aunque comenzaba para él el día á las cuatro de la mañana, no terminaban sus trabajos con la luz del sol,

pues durante la noche, en el silencio de la soledad y del recogimiento, era cuando de un modo particular se dedicaba á aquella prodigiosa correspondencia, más propia de un hombre de Estado que de un sencillo particular. Con frecuencia le sorprendía la media noche en la tarea de escribir. ¿Se daba entonces al reposo? No ciertamente; todavía le quedaba por hacer su última oración á Dios, y entregarse á la penitencia de sus faltas. El cilicio, los ceñidores armados de puntas y otros medios de mortificación horribles, de que se rodeaba durante el día, le parecían poco; castigábase con disciplinas hasta mezclar su sangre con el sudor producido por la fiebre.

Su robusta naturaleza acabó por sucumbir á una vida que tenía los caracteres de prodigiosa: la gracia, más bien que el vigor de su temperamento, había sostenido á Vicente de Paul. Cuando hubo terminado su misión, permitió Dios á la vejez y á las enfermedades que triunfasen de aquella alma, hasta entonces señora de su cuerpo. Por tres veces había estado gravemente enfermo; en 1616, en 1644 y en 1649. Más de treinta años antes de su muerte se vió precisado por las dolencias de sus piernas á servirse de un caballo en sus viajes apostólicos; también había sufrido una muy peligrosa caída, y su humildad quiso ver en tal suceso no sólo las señales de la protección divina, sino una advertencia de la gracia, para que comenzase una vida nueva. Desde su tercera enfermedad habíanse acrecentado sus incomodidades, pues se le formaron algunas úlceras horribles en las piernas.

Por los últimos años de su vida fuése agravando el estado de su salud; sin embargo, luchaba siempre contra el mal, sin querer tomar el necesario reposo, sin permitir ningún calmante para sus dolores. Para desprenderle de este mundo, comenzó Dios Nuestro Señor por llevársele las dos personas más amadas: el venerable Portail, su primer discípulo, y su santa hija espiritual la señora Le-Gras. Poco después le fué ya imposible dar un paso, y entonces apoyado en sus muletas, se arrastraba hasta la capilla de la enfermería, para asistir al santo Sacrificio de la misa, y recibir el Pan de los fuertes. Quisieron con tal motivo transformar su habitación en capilla; mas se opuso terminantemente, por creerse indigno de

LA MUERTE DE SAN VICENTE DE PAUL.

CUADRO DE M. L. ROUX EN LA CAPILLA DEL HOSPICIO DE DOURDÁN, SIGLO XIX.

Mientras le administra el sacerdote la Santa unción, eleva el Santo sus ojos llenos de esperanza al Cielo, en donde va á recibir la recompensa de su caridad heroica.

Imp Lemercier & Cie Paris.

ARCHIVO HISTORICO PROVINCIAL · GRANADA ·

semejante favor. Hubo, empero, de consentir en las últimas semanas de su existencia en que se le trasladase en una silla de su habitación á la capilla, y aun esto le parecía demasiado, y cada vez pedía perdón por ello á los Hermanos que le conducían. Las noches eran más dolorosas que los días en el último período. En medio de sus torturas, se asía á un cordón pendiente del techo, y en lo más recio de sus dolores sólo se le oía exclamar: «¡Ah, Salvador mío! ¡mi buen Salvador!» En aquella lucha espantosa hallaba su sostén, fijando su vista en una pequeña cruz de madera. No permitía que le compadeciesen, como tampoco se compadecía á sí mismo.

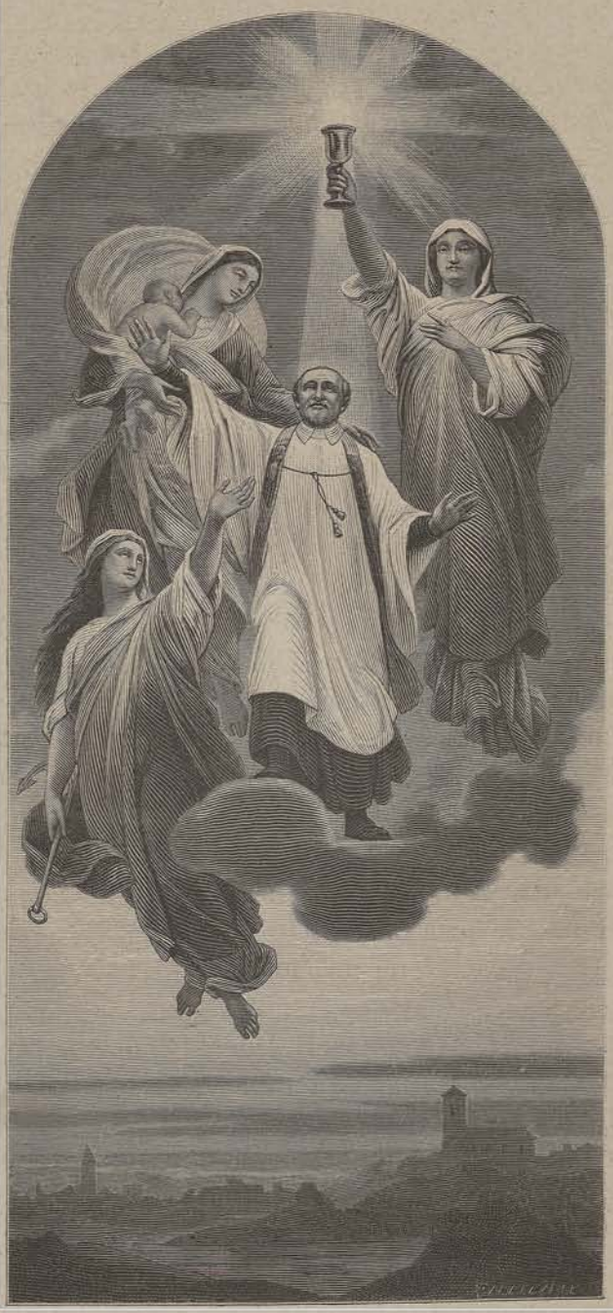
Las huellas de la muerte iban ya mostrándose muy á las claras; una alteración profunda de las facciones y una debilidad creciente anunciaban á todos el próximo fin. De todas partes acudían las gentes á S. Lázaro, para ver y para oir por última vez al Santo. «Su espíritu, siempre libre, su alma siempre fuerte y activa en un cuerpo anonadado, continuaba dirigiendo su Congregación y sus obras. En todo estaba presente, y todo lo presidía desde el sillón donde le retenía inmóvil la fuerza del dolor. En las cartas que habían de dirigirse á las Misiones más apartadas solía añadir algunas cosas por su cuenta, y de su propia mano, y á todos los suyos iba dando las últimas instrucciones. Dos de sus postreras cartas fueron dirigidas á su noble y virtuoso bienhechor, el anciano general de las galeras, y á su discípulo el Cardenal de Retz, que iba á reparar en la penitencia los escándalos de su vida pública.

Nuestro Santo veía venir la muerte, y se preparaba á ella adorando la voluntad de Dios, y humillándose ante el Soberano Juez. «Uno de estos días, decía á los que le rodeaban, el miserable cuerpo de este viejo pecador será depositado en tierra; se reducirá á cenizas y vosotros le pisotearéis.» En los intervalos de los síncopes, que iban poniendo fin á su existencia, no perdía un instante de vista el momento supremo. Cuando volvía en sí, decía sonriendo: «Es el hermano que viene á esperar á la hermana.»

El 25 de Setiembre de 1660 un sopor letárgico más profundo que de ordinario se apoderó de él hacia el mediodía. No obstante, al día siguiente que era domingo pudo hacerse todavía trasladar á la

capilla, donde oyó misa y comulgó. Una vez de vuelta en su habitación, acometióle de nuevo tal recargo, que el médico opinó que debía administrársele desde luego la Extrama-unción. La triste realidad iba mostrándose con todos sus caracteres: Vicente de Paul iba á morir. Administróselé, en efecto, la santa Unción, durante la cual el buen padre, haciendo un supremo esfuerzo, iba contestando *Amén* á las oraciones de la Iglesia. Los asistentes aprovecharon un instante de lucidez, para pedirle su bendición. Quiso contestarles con humildad alguna excusa, pero su voz se extinguió. Rodeaban su sillón de muerte los más antiguos de la Comunidad, en tanto que los más modernos le asistían. Toda la noche se disputaron unos y otros aquel resto de vida, que se extinguía, para conseguir de él una última palabra ó la última bendición. El moribundo los oía, y se unía á ellos, y en los momentos lúcidos respondía con la sonrisa en los labios á las piadosas invocaciones que le sugerían sus hijos, para sostenerle en la lucha suprema. Por fin, se dejaron ver los sudores glaciales de la agonía. Uno de los asistentes comenzó el *Credo*, y á cada versículo se oía todavía al enfermo contestar *Creo*, y al propio tiempo se le veía besar el crucifijo;—*Espero*, decía también, y continuaba besando la prenda de su esperanza. Por fin demúdase su rostro, palidece y balbuceando todavía algunas santas palabras, inclina su cabeza y espira dulcemente.

Eran poco más de las cuatro; el instante en que cada día, desde hacía cincuenta años, se trasladaba el santo sacerdote á la Capilla para hacer sus oraciones de la mañana. Su alma, fiel á la cita, se encaminaba á Dios. ¡Oh bienaventurada visión de paz! Ya no es la humilde capilla de S. Lázaro, con la pequeña comunidad reunida al pié del altar, la que le espera. Ábrese la inmensidad de los cielos, y á sus ojos se despliega un espectáculo divino. Multitudes de pobres muestran al justo Juez los vestidos con que los abrigó una mano caritativa, el pan con que los alimentó; los Cielos se estremecen, y hé aquí que los coros innumerables de los ángeles entonan el Himno eterno: Vicente, el humilde Vicente, penetra en los esplendores infinitos, escoltado por la pompa triunfal de sus buenas obras.



SAN VICENTE DE PAUL CONDUCIDO AL CIELO

POR LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD.

Copia de una pintura de Crauk para la Iglesia de Santa Ana en Amiens, siglo XIX.

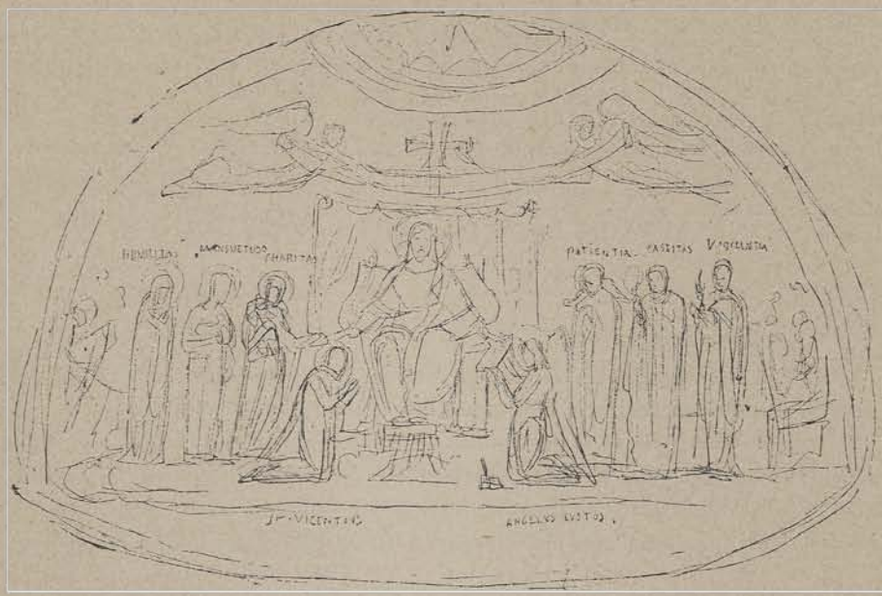
La tierra se conmueve como el cielo. Por todos los ámbitos de la ciudad se oye exclamar á las gentes: «¡El Santo ha muerto!» La multitud se precipita en S. Lázaro, y los hijos de Vicente se ven precisados á defender los restos de su padre contra los piadosos arranques de la admiración. Cuanto había de grande en París, Príncipes, Obispos, Parlamento, Nobleza, asisten á sus funerales; también se ve allí la multitud de los pobres. No tardaron en levantarse los testimonios de la vida del Santo: el Rey de Francia, los Reyes desterrados de Inglaterra, el gran Duque de Toscana, el Senado de Ginebra, el Episcopado francés entero, con Bossuet y Fenelón á su cabeza, el clero secular y regular, el Parlamento y el pueblo, todos atestiguan la santidad del servidor de Dios. También hablan por él sus obras, y Dios añade á ellas el esplendor de los milagros. Instruyóse el proceso de canonización, pronunció la Iglesia su fallo y Clemente XII proclamó la Santidad de Vicente de Paul el once de Abril de 1736.

Sólo quiso este héroe cristiano hacer el bien en derredor de sí, á medida que se le ofrecía ocasión para ello; y como amó cual nadie á Jesucristo en los pobres, resultó el más grande fundador de obras, y en vez de la oscuridad que buscó aquel humilde servidor de los indigentes y de los ignorantes, encontró la gloria. De todos los grandes hombres, cuyo nombre llenan los fastos del siglo XVII, es el más grande, pues en medio del estruendo de las victorias y del brillo de las letras su gloria apacible, alcanzada con las buenas obras y con los beneficios dispensados, excedió á la de los Pascal, los Corneille, los Racine y los Bossuet. En medio de la pobreza de su tosco manteo, Vicente de Paul es hoy más célebre que el mismo Luis XIV en los esplendores de su magnificencia. La caridad le ha rodeado de una aureola incomparable, y su santidad ha eclipsado en el recuerdo popular la de sus más ilustres contemporáneos.

De todas partes se le alaba, todas las edades y todos los países le honran, le admiran y le invocan. Para unos es un santo, para otros un gran bienhechor de la humanidad, y para todos uno de los hombres mejores. Mientras en derredor suyo se entonan las alabanzas humanas, mientras arden las antorchas del santuario en

honor suyo, enciéndese el fuego devorador de la caridad en contacto de su corazón y de sus ejemplos.

Vicente de Paul no muere, pues las obras que ha creado descansan sobre el fundamento imperecedero de las limosnas cristianas, y se multiplican con las inspiraciones de su espíritu. Para



SAN VICENTE DE PAUL EN EL TRIBUNAL DE DIOS.

A la izquierda se ve á S. Vicente arrodillado; á la derecha su ángel custodio presenta á Jesucristo en un libro abierto los méritos del Santo. La Humildad, la Dulzura, la Caridad, la Paciencia, la Castidad, la Vigilancia forman el cortejo del Santo. Boceto de V. Orsel ejecutado en 1838 para el ábside de una Iglesia dedicada á S. Vicente de Paul. Facilitado por M. Félix Perin, arquitecto de París.

él comienza tras de su muerte una nueva vida, vida de desenvolvimiento, más fecunda todavía que la primera, y que no concluirá, sino cuando haya cesado la caridad en el mundo. Es verdad que no existe ya Vicente de Paul, pero su historia continúa. Es que se cumple el milagro de supervivencia de los Santos.

ARTURO LOTH.

LA CANONIZACIÓN

El 22 de Julio 1709, Juan Conty, procurador de la Misión en Roma, presentaba al Papa Clemente XI en una bandeja de plata sobredorada más de sesenta cartas, en las cuales se pedía al Soberano Pontífice la canonización de Vicente de Paul. Aquellas cartas iban firmadas por los nombres más ilustres de la Iglesia y del Estado: Luis XIV, Rey de Francia, Jacobo III, hijo del Rey destronado de Inglaterra, María de Módena su madre, Leopoldo, Duque de Lorena, después Emperador, el Gran Duque de Toscana, el Dux Héctor de Fisco, y el Consejo de la República de Génova, el Preboste del Comercio y los Regidores de la ciudad de París; los Cardenales de Bouillón, Decano del Sacro Colegio; Le Camus obispo de Laón; de Forbin-Jansón, obispo de Beauvais, de Noailles, y la Asamblea del Clero de Francia, Portocarrero, Arzobispo de Toledo, Durazzo, Obispo de Faenza; Fiesco,

CARTA DE BOSSUET, OBISPO DE MEAUX.

TEXTO.

Beatissime Pater,

Oportet Episcopos ad Apostolicam Sedem sincerum atque integrum deferre testimonium veritatis in quacumque causa, quæ ad ejus judicium devenire possit ac debeat. Cum itaque de venerabilis Presbyteri Vincentii a Paulo, Congregationis Missionis Institutoris ac primi Præpositi Generalis, vita et sanctitate quæstio habeatur, testamur eumdem Virum ab ipsa adolescentia nobis fuisse notum, ejusque piis sermonibus atque consiliis veros et integros Christianæ pietatis et Ecclesiasticæ Disciplinæ sensus nobis esse instillatos, quorum recordatione in hac quoque ætate mirifice delectamur.

Processu temporis, et jam in Presbyterio constituti, in eam Sodalitatem coaptati sumus, quæ pios Presbyteros ipso Duce et Auctore in unum colligebat de divinis rebus per singulas hebdomadas tractaturos. Pium cœtum animabat ipse Vincentius, quem cum disserentem avidi audiremus, tunc impleri sentiebamus Apostolicum illud: *Si quis loquitur, tanquam sermones Dei; Si quis ministrat, tanquam ex virtute, quam administrat Deus.*

Aderant plerumque magni nominis Episcopi, Viri famâ et pietate perducti, ab eaque sodalitate mirum in modum Auctore Vincentio in Apostolicis curis ac laboribus juvabantur. Præsto erant Operarii inconfusibiles, qui per eorum Ecclesias rectè tractabant verbum veritatis, nec minus exemplis quam verbis Evangelium prædicabant. Fuit etiam illud nobis desideratissimum tempus, quo eorum laboribus sociati, Metensem Ecclesiam, in qua tunc Ecclesiasticis Officiis fungebamur, in vitæ Pascua deducere conabamur; cujus Missionis fructus venerabilis Vincentii non modò piis instigationibus atque consiliis, verùm etiam precibus tribuendos nemo non sensit.

Ille nos ad Sacerdotium promovendos sua suorumque opera juvit. Ille

DE VICENTE DE PAUL.

Arzobispo de Génova; Cenci, Arzopispo de Fermo. A los Soberanos y á los Cardenales se habían agregado un gran número de Arzobispos y de Obispos de Francia y muchos Obispos de España, de la Gran Bretaña, de Italia y de Polonia. También es preciso recordar las cartas del Cabildo de Nuestra Señora de París, de la Colegiata de San Germán, de los Superiores de la Doctrina Cristiana, del Oratorio y de S. Sulpicio, de los Abades de Santa Genoveva de Grandmont, etc., de los generales de la Congregación de S. Mauro, de los Padres Predicadores, de los Mínimos y de los Carmelitas, y en fin del Vicario General de la Merced y del Provincial de los Capuchinos de Francia. Tan sólo citaremos la de Bossuet, que es una de las más notables y que las resume todas.

CARTA DE BOSUET, OBISPO DE MEAUX.

TRADUCCIÓN.

Santísimo Padre,

Es un deber de los obispos presentar á la Sede Apostólica el testimonio sincero y completo de la verdad en toda causa que pueda ó que deba ser sometida á su fallo. Así pues, como ha sido incoada la causa de la vida y de la santidad del venerable Vicente de Paul, fundador y primer Superior general de la Congregación de la Misión, atestiguamos que Nos le hemos conocido desde nuestra juventud, y que de sus pláticas piadosas, y de sus sabios consejos, cuyo recuerdo, aun ahora, nos encanta grandemente, aprendimos el verdadero y perfecto espíritu de la piedad cristiana y de la disciplina eclesiástica.

Andando el tiempo, cuando ya Nos habíamos ascendido á los sagrados órdenes, fuimos admitidos en aquella Compañía de virtuosos sacerdotes, instituída por él, y que semanalmente se reunía bajo su dirección, para conferenciar sobre las cosas de Dios. Vicente era el alma de aquellas piadosas reuniones. Cuando escuchábamos llenos de avidez su palabra no había uno que no viese en ella cumplido el precepto del Apóstol: *Si habla alguno, que sea su palabra como de Dios; si administra alguno, que su administración emane como de la virtud misma de Dios.*

La reputación y la piedad de Vicente atraían frecuentemente á esas conferencias á prelados ilustres, los cuales encontraban en ellas preciosos recursos, para sobrellevar su carga pastoral y sus trabajos apostólicos. Allí, en efecto, se les ofrecían infatigables obreros, dispuestos á difundir la palabra de verdad á sus diócesis y á predicar el Evangelio no menos por el ejemplo que con la palabra. Tiempo grato para Nos mismo fué aquel en que, cooperando con sus tareas, nos esforzábamos en conducir á los pastos de vida el rebaño de la Iglesia de Metz, en la cual ejerciamos entonces nuestro ministerio; todo el mundo comprendió que el éxito de aquella misión debía atribuirse á las santas exhortaciones del venerable Vicente, á sus consejos, y sobre todo á sus oraciones.

Cuando Nos fuímos promovidos al sacerdocio, él fué quien nos preparó

secessus pios Clericorum, qui ordinandi veniebant, sedulo instituit: Nosque etiam non semel invitati, ut consuetos per illa tempora de rebus ecclesiasticis sermones haberemus, pium laborem, optimi viri orationibus et monitis freti libenter suscepimus; licuitque nobis affatim eo frui in Domino, ejusque virtutes coram intueri, ac præsertim genuinam illam et apostolicam charitatem, gravitatem atque prudentiam cum admirabili simplicitate conjunctam, Ecclesiasticæ rei studium, zelum animarum, et adversus omnigenas corruptelas invictissimum robur atque constantiam.

Quam puram fidem coleret, quam Sedi Apostolicæ ejusque Decretis reverentiam exhiberet, quanta animi demissione et humilitate, in amplissimis licet Regiorum etiam Consiliorum functionibus constitutus, Domino deserviret, recordantur omnes, et ego suavissimè recolo.

Crescit in dies pii Viri memoria, qui in omni loco Christi bonus odor factus, dignus ab omnibus habetur, qui a sancto Pontifice rite et canonice Sanctorum numero inseratur, si Vestræ Beatitudini placuerit.

Nostris vero sensibus, Beatissime Pater, eo gratior ac firmior venerandi Vincentii hæret recordatio, quod in sua Congregatione, et in nostra quoque Diœcesi spirantem intuemur. Cum ejus Discipulis Compresbyteris nostris vivimus, cum iis laboramus, eorumque doctrina et exemplis commissum nobis gregem indefesso studio, neque unquam intermisso opere pasci gaudemus in Domino.

Neque licet conticere de piarum fœminarum cœtu, quæ ab ipso sanctissimis Regulis informatæ pauperibus et ægrotis sublevandis tanta castitate, humilitate, charitate serviunt, ut sui Institutoris, ab eoque insiti spiritus oblivisci non sinant.

Nos ergo pii Viri memores, hoc nostrum testimonium, Beatissime Pater, in Vestræ Sanctitatis paternum sinum effundimus; gnari scilicet Sanctorum mentione delectari Sanctos. Sed plura proferre tanta Majestas, et Pontificiis humeris ingens negotiorum moles non sinunt: quanquam maximarum rerum gubernacula tenenti et magnitudo mentis, et rerum providentia, et de Cœlo solatia atque consilia abunde suppetunt, viresque integrant; quo bono ut Ecclesia Christi diutissime potiatur, summa votorum est. Hæc coram Deo in Christo loquor, in conscientia bona et fide non ficta, ego Sanctitatis Vestræ,

Beatissime Pater,

Devotissimus atque obedientissimus Servus ac Filius,

J. Benignus, Episcopus Meldensis.

Datum in Civitate nostra Meldensi 2 Augusti 1702.

á él. Había establecido el retiro para los ordenandos, y muchas veces nos rogó que tomásemos la palabra, para que les hablásemos de los deberes eclesiásticos, como se practica de ordinario en estos ejercicios, y confortados con las oraciones y consejos de aquel hombre excelente, Nos aceptábamos gustosos la piadosa carga. Merced á estas relaciones, hemos podido disfrutar á nuestro placer en el Señor y admirar de cerca sus virtudes, y sobre todo su caridad verdaderamente apostólica, su gravedad, su prudencia unida á una admirable sencillez, su amor á la disciplina eclesiástica, su celo por la salvación de las almas, su fuerza invencible y su constancia contra todos los géneros de corrupción.

Todo el mundo recuerda, y yo de un modo particular, con regocijo, cuán pura era su fe, cuán profundo su respeto á la Sede Apostólica, cuán sincera y sin reserva su sumisión á los decretos pontificios; con qué abnegación de espíritu, con cuánta humildad de corazón servía á Dios, aun en medio de los más altos cargos que desempeñaba en la Corte.

Así es que la memoria de este santo hombre se afianza más de día en día en todas partes; es como el buen olor de Jesucristo, y todos le juzgan digno, si así place á vuestra Beatitud, de que se le coloque, según rito y canónicamente en el Catálogo de los Santos por la Santidad del Pontífice.

En nuestro sentir, Beatísimo Padre, la memoria del venerable Vicente es tanto más cara, y tanto más arraigada para Nos, cuanto que vive todavía en su Congregación, y cuanto que nos parece verle trabajar todavía en nuestra diócesis en la persona de sus dignos hijos: con ellos vivimos, con ellos trabajamos y con su doctrina y sus ejemplos nos regocijamos en el Señor, de ver apacentada la grey, que se nos ha encomendado, de un modo admirable y sin intermisión alguna.

Tampoco podemos pasar en silencio esa Compañía de virtuosas Hijas que, instituída por él bajo reglas santísimas, se consagra al alivio de los pobres y de los enfermos con tanta castidad, humildad y caridad, que cada instante traen el recuerdo de su fundador, y del espíritu que les inspiró.

Nos, por lo tanto, movidos por el recuerdo de este piadoso varón, venimos á depositar, Beatísimo Padre, este testimonio en vuestro seno paternal, persuadidos de que los santos se complacen con la memoria de los santos. Empero, ni el respeto debido á la Majestad del Pontífice, ni la multitud abrumadora de los deberes que sobre Vuestra Santidad pesan, nos permiten entretenerle más largo tiempo: si bien es cierto que nada es bastante para embargar á un espíritu tan elevado, enriquecido de tan amplio discernimiento para tratar los negocios, y sostenido por los dulces consuelos y las sabias inspiraciones celestiales, así como de la fuerza para ejecutarlos. Que Dios conserve el más largo tiempo posible á su Iglesia el beneficio de tan gran Pontífice; tales son nuestros votos más ardientes y sinceros. Todo esto lo digo en presencia de Dios con toda la sinceridad y fidelidad debidas á vuestra Santidad, de quien soy,

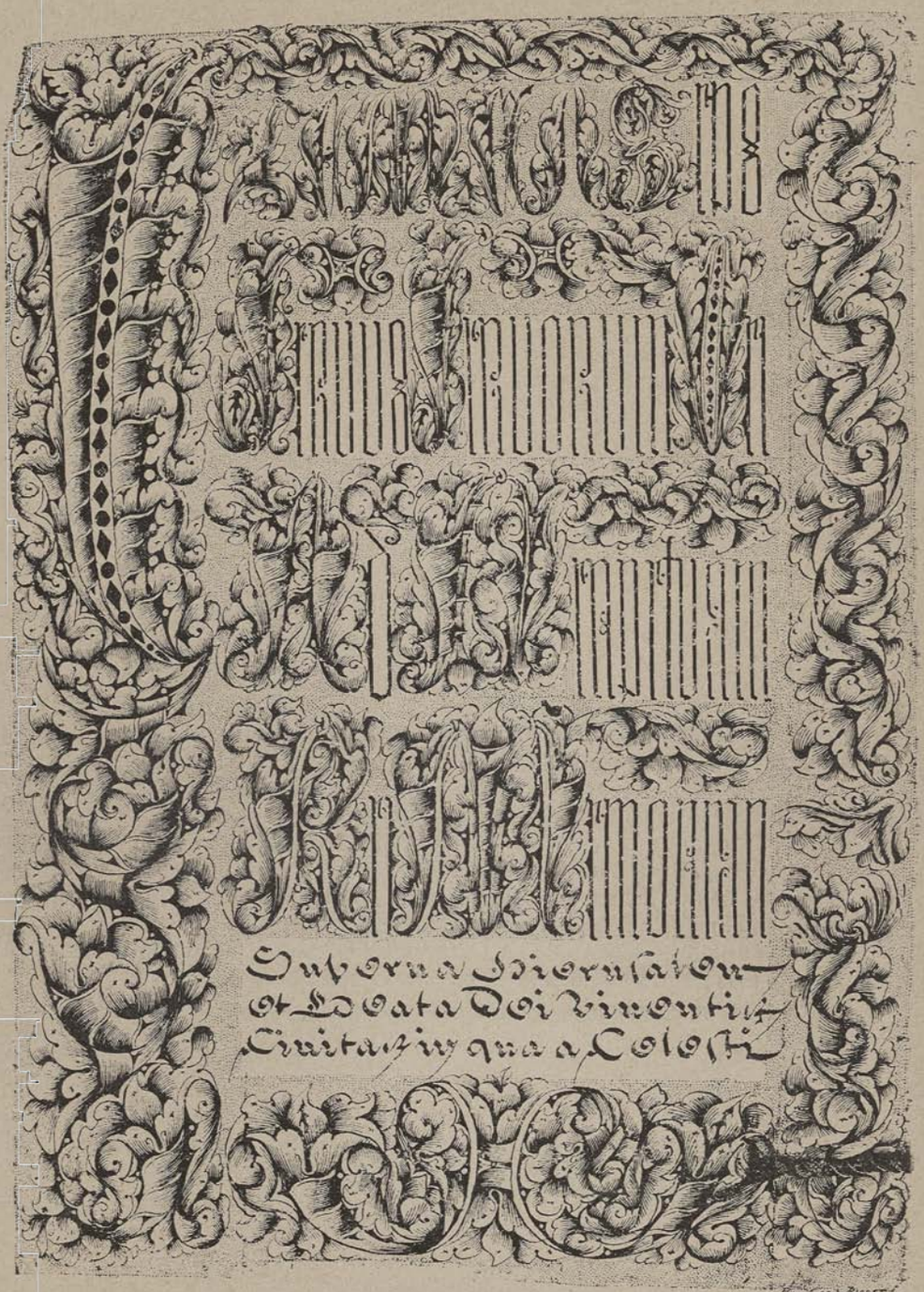
Beatísimo Padre,

Devotísimo y obedientísimo siervo é hijo,

J. Benigno, Obispo de Meaux.

Dada en nuestra ciudad de Meaux á 2 de Agosto de 1702.

Primera página de la Bula de Canonización de S. Vicente de Paul.
Fac-símile reducido, copia del original conservado en los archivos de la Misión en París.



TEXTO.

CLEMENS EPISCOPUS

SERVUS SERVORUM DEI

AD PERPETUAM REI MEMORIAM

Superna Hierusalem, et Beata Dei viventis Civitas, in qua a celesti Patre familias unus æternæ vitæ denarius æqualiter omnibus, qui in vinea sua operati sunt, distribuitur, habet diversa loca, et mansiones, quas quisque pro suo acepturus est merito....

. . . . . .

TRADUCCIÓN.

CLEMENTE OBISPO

SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS

PARA PERPETUA MEMORIA.

La Jerusalén de arriba, aquella bienaventurada ciudad del Dios vivo, en la cual el Padre celestial de familia da igualmente á todos los que han trabjado en su viña el denario de la vida eterna, tiene asientos y mansiones diferentes que cada cual ha de recibir según su mérito.....

. . . . . .

Extracto de la Bula de Canonización de S. Vicente de Paul.

Beatum Vin=
centium a Paulo Sanc
tum esse decrevimus
et Definivimus ac
Sanctorum Cathalogo ad=
scribsimus prout tenore pre=
sentium similiter decerni=
mus definimus et adscribi=
mus illumque universos
xptifideles tanquam vero
Sanctum honorare ac ve=
nerari mandavimus et man=
damus statuentes ut ab
universali Ecclesia in eius
honorem Ecclesie et Alta=
ria in quibus Sacrificia
Deo offerantur edificari
et consecrari et singulis
Annis die Decimanona
mensis Julij memoria ip=
sius inter Sanctos Con=
fessores non Pontifices
pia devotione recoli vellit

. . . . . .

Beatum Vicentium a Paulo sanctum esse decrevimus et definivimus, ac Sanctorum cathalogo adscripsimus, prout tenore presentium similiter decernimus, definimus et adscribimus, illumque universos Christi fideles tanquam verè sanctum honorare et venerari mandarimus et mandamus; statuentes, ut ab universali Ecclesia in ejus honorem ecclesiæ et altaria, in quibus sacrificia Deo offerantur, edificari et consecrari, et singulis annis, die decima nona mensis Julii, memoria ipsius inter Sanctos Confessores non Pontifices pia devotione recoli possit.

. . . . . .

. . . . . .

Declaramos y definimos que el bienaventurado Vicente de Paul es santo, y que le hemos inscrito en el Catálogo de los Santos, como á tenor de las presentes igualmente decretamos, definimos é inscribimos; y Nos hemos mandado y mandamos á todos los fieles cristianos que le honren y veneren como verdaderamente Santo; ordenando que por la Iglesia universal puedan en su honor edificarse y consagrarse iglesias y altares, en los cuales se ofrezca á Dios el sacrificio, y que cado año en el dia diez y nueve de Julio se pueda honrar su memoria con pía devoción, como de un Santo Confesor, no Pontífice.

. . . . . .

Otro extracto de la Bula de Canonización
de S. Vicente de Paul.

Decet autem
Clos gratias agere et glori,
am dare Deo viventi in se=
cula seculorum qui benedi
xit conseruum nostrum in
omni benedictione spiritua=
li ut esset Sanctus et imma=
culatus coram ipso et cum
illum dederit Clobis quasi
fulgentem Solem in Templo
suo in hac nocte peccatorum
et tribulationum nostrarum
adeamus cum fiducia Thro=
num diuine misericordie o=
re et opere supplicantes ut
Sanctus Vincentius uni=
uerso xpiano Populo prosit
meritis et exemplo precibus
adsit et patrocinio et in tem=
pore iracundie fiat reconci=
liatio

. . . . . .

Decet autem nos gratias agere et gloriam dare Deo viventi in secula seculorum, qui benedixit conservum nostrum in omni benedictione spirituali, ut esset sanctus et immaculatus coram ipso; et cum illum dederit nobis quasi fulgentem solem in templo suo in hac nocte peccatorum et tribulationum nostrarum, adeamus cum fiducia thronum divinæ misericordiæ, ore et opere supplicantes ut sanctus Vincentius universo christiano populo prosit meritis et exemplo, precibus adsit, et patrocinio, et in tempore iracundiæ fiat reconciliatio.

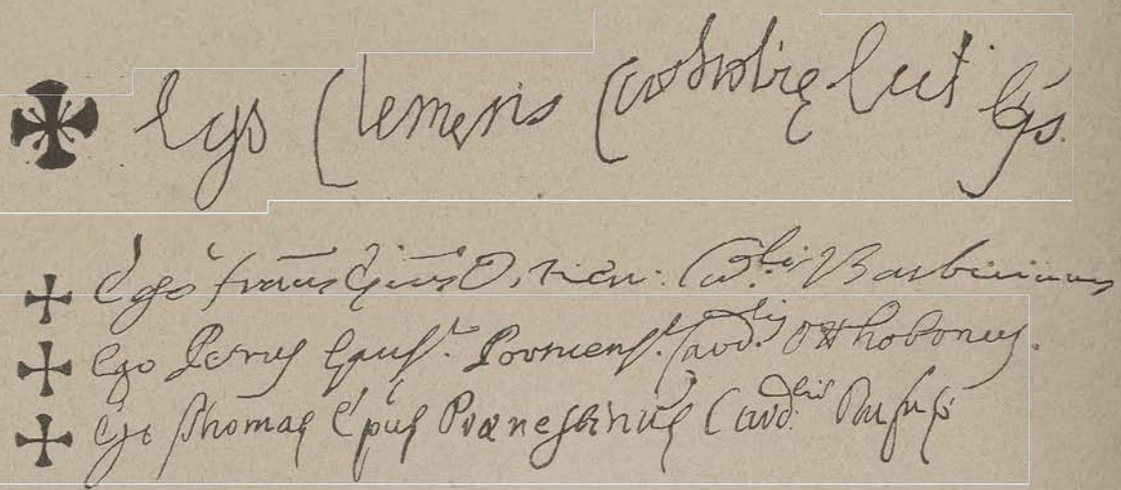
. . . . . .

. . . . . .

Justo es que demos gracias y gloria al Dios vivo por los siglos de los siglos, por haber colmado de toda suerte de bendiciones espirituales á su servidor, para que fuese santo é inmaculado en su presencia; y puesto que nos lo ha dado, para brillar en su templo como un sol durante la noche de nuestros pecados y de nuestras aflicciones, acudamos con confianza ante el Trono de la Divina Misericordia, para suplicarle con nuestras palabras y nuestras obras que los méritos, los ejemplos, las oraciones y el patrocinio de S. Vicente sean provechosos á todo el pueblo cristiano, y que en el tiempo de la cólera divina sea nuestra reconciliación.

. . . . . .

Firmas del Papa y de los tres primeros cardenales que firmaron después de él la Bula de canonización de S. Vicente de Paul.



+ *Ego Clemens Catholicæ Ecclesiæ Episcopus.*

+ *Ego Franciscus Episcopus Ostiensis, Cardinalis Barberinus.*

+ *Ego Petrus Episcopus Portuensis, Cardinalis Otthobonus.*

+ *Ego Thomas Episcopus Prænestinus, Cardinalis Ruffus.*

+ *Yo Clemente, Obispo de la Iglesia Católica.*

+ *Yo Francisco, Obispo de Ostia, Cardenal Barberini.*

+ *Yo Pedro, Obispo de Oporto, Cardenal Otthoboni.*

+ *Yo Tomás, Obispo de Palestrina, Cardenal Ruffo.*

(Siguen las firmas de otros treinta y dos cardenales.)

SELLO DE LA BULA DE CANONIZACIÓN DE S. VICENTE DE PAUL.

A la izquierda sobre el sello, S. Pedro y S. Pablo; á la derecha sobre el reverso de la inscripción:—*Clemente, Papa XII.*

LA POSTERIDAD

DE

SAN VICENTE DE PAUL.

EL INCREMENTO.

Extensión de las dos familias de S. Vicente de Paul.—Progreso de sus obras.—Las Misiones extranjeras y los Seminarios.—Los sucesores de S. Vicente de Paul.—Congregaciones religiosas fundadas sobre el modelo de la Misión.—Las Hijas de la Caridad en Francia y en el extranjero.—Los niños expósitos.—Los hospitales.—Nuevos institutos de beneficencia.

L saber la muerte de S. Vicente de Paul, dicen que exclamó Ana de Austria: «La Iglesia y la Francia acaban de sufrir una gran pérdida.» Mas el Santo pertenecía á esa raza providencial de hombres que no mueren, porque dejan tras de sí instituciones é imitadores, en los cuales reviven perpetuamente. Puede decirse que hay dos vidas en los santos: la vida ordinaria y natural, y la vida sobrenatural y póstuma: ésta, ordinariamente más rica y más bella que la primera. De nadie puede decirse que haya sobrevivido en sus descendientes y en sus obras, al igual de S. Vicente de Paul. Lejos de extinguirse su memoria en el olvido común, ha crecido con sus hijos, ha participado de la gloria por ellos adquirida, al caminar sobre sus huellas; es decir que se ha hecho doblemente grande; gran-

de en sí mismo, y grande en todo lo que le pertenece ó proviene de él. «Sus acciones, decía uno de sus sucesores, tienen la ventaja de que no se hallan consignadas tan sólo en una historia muerta, que los hace conocer á la posteridad únicamente por la vía del renombre, sino que son perpetuamente renovadas y representadas de una manera más sensible en la conducta de los hijos, que se le parecen.»

Después de su muerte recibió gran impulso la Congregación de la Misión; pues ya no se ven los humildes Misioneros ni en las tierras del Conde de Joigny, ni en las aldeas de Francia, ni en algunos países de Europa, ni en Madagascar, sino que han penetrado por todas partes en su avance de conquista espiritual. Al propio tiempo han venido á ser en gran número de diócesis los educadores del clero, y reaniman el celo sacerdotal en la Iglesia, como lo había practicado su Santo fundador. De 1660 á 1789 desenvolvióse la Compañía de S. Lázaro por modo providencial en este doble apostolado. En Francia ocupaba más de cuarenta casas á fines del siglo pasado; y en los países transalpinos había hasta treinta de ellas, repartidas entre las dos provincias de Roma y de Lombardía. La Polonia poseía hasta veinte casas de Misioneros, de los cuales la mitad pasaron al Austria, cuando se hizo el reparto de aquella desgraciada nación. En fin, contábanse seis establecimientos en España, uno en las Islas Baleares, siete en Portugal (1).

Semejante desarrollo no se realizó, sin tropezar con obstáculos y resistencias en Europa; entre otros hechos perturbadores recordaremos el jansenismo, que había reaparecido en Francia con muchos bríos, merced á los trabajos del orador Quesnel, circunstancia que estuvo á punto de introducir en el seno de la Compañía la división. También fué fatal la división de la Polonia á los establecimientos de Misiones en Austria, pues fracasaron; los Lazaristas hubieron de retirarse de allí á consecuencia de la monomanía reformadora de José II, el Rey Sacristán. En Nápoles pudieron resistir, á fuerza de paciencia y de valor, á las vejaciones de Fer-

(1) Véanse nuestros Apéndices al fin de la obra. En ellos nos ocupamos del gran papel que cupo á la Congregación española en el desarrollo de la obra de S. Vicente.

CASA DE LA MISIÓN DE GINEBRA.

Establecida en 1647 á petición del Cardenal Durazzo, Arzobispo de esta ciudad.
Estado actual.

nando IV. La Inglaterra no pudo ser desgraciadamente contada entre sus conquistas, pues á pesar de haber tenido la Misión felices principios en vida de S. Vicente, vióse interrumpida por las cruel-

dades de Iretón, y por los pérfidos edictos de Cromwel. Jacobo II volvió á llamar á los Lazaristas á Londres; mas no pudieron hacer otra cosa que dejarse ver por breve tiempo, para salir de nuevo en la revolución de Inglaterra.

Los progresos de la Misión en los países infieles fueron asimismo acompañados de vicisitudes. La historia tan gloriosa de los establecimientos de S. Lázaro fuera de Europa da principio por una destrucción, pues á los diez y ocho años de haber muerto San Vicente, Madagascar se perdió para la Misión al propio tiempo que para la Francia. El celo de los misioneros la había convertido en una posesión francesa, y la codicia de la Compañía de las Indias impidió su conservación. La isla de Borbón y la de Francia recogieron los beneficios de su proximidad á Madagascar, por cuanto los Lazaristas fundaron en ellas hasta diez y seis parroquias. Los hijos de S. Vicente continuaron acrecentando en Argel la influencia de su país y extendiendo el imperio de la Cruz (1). Muchos de ellos como Juan le Vacher, el gran apóstol de los países berberiscos, tuvieron el honor de morir como héroes de la fe, como mártires del nombre francés; otros ejerciendo las funciones de cónsules ó de misioneros enseñaron, con su constancia en la persecución, con su solicitud en medio de la peste y con el espectáculo de sus virtudes, á hacer honrar al Dios del Evangelio, y á respetar en ellos á su país.

En los últimos años de su vida tenía proyectadas S. Vicente algunas misiones en Babilonia, en Persia, en el Líbano y hasta en China; sus discípulos llegaron á realizarlas. A fines del siglo XVII Appiani, enviado por el Papa como Pro-Visitador apostólico, llegaba al imperio de la Media, seguido poco después de otros dos compañeros; á los tres Lazaristas se agregó un sacerdote. En aquellos países encontraron ya á los PP. de la Compañía de Jesús, de antiguo establecidos allá, pues como dice un historiador, «las misiones de la China son verdadera epopeya de los Jesuitas.» Estos no se mostraron celosos, al ver entrar en su mies otros operarios.

(1) Bueno fuera expresar la idea en otra forma, para no hacer creer que el celo de los misioneros había tenido más de patriótico que de espiritual, cosa que seguramente no fué así. (*N. del T.*)

Desde hacía largo tiempo habitaban en Pekin en el palacio del Emperador en calidad de matemáticos y de artistas, y además poseían una casa y una iglesia. Los Lazaristas rivalizaron con ellos en celo apostólico. A ejemplo suyo, se hicieron astrónomos, matemáticos, físicos, pintores, para mejor ganar el espíritu de aque-

IGLESIA Y CASA DE PE-TANG (S. SALVADOR) EN PEKIN.

Los Sacerdotes de la Misión ocupan el establecimiento de Pe-Tang (parroquia y seminarios) desde 1783, época en la cual fueron llamados á reemplazar á los Jesuitas en las misiones de Levante. Los Lazaristas cuentan en China lo menos con cuarenta y cinco establecimientos.

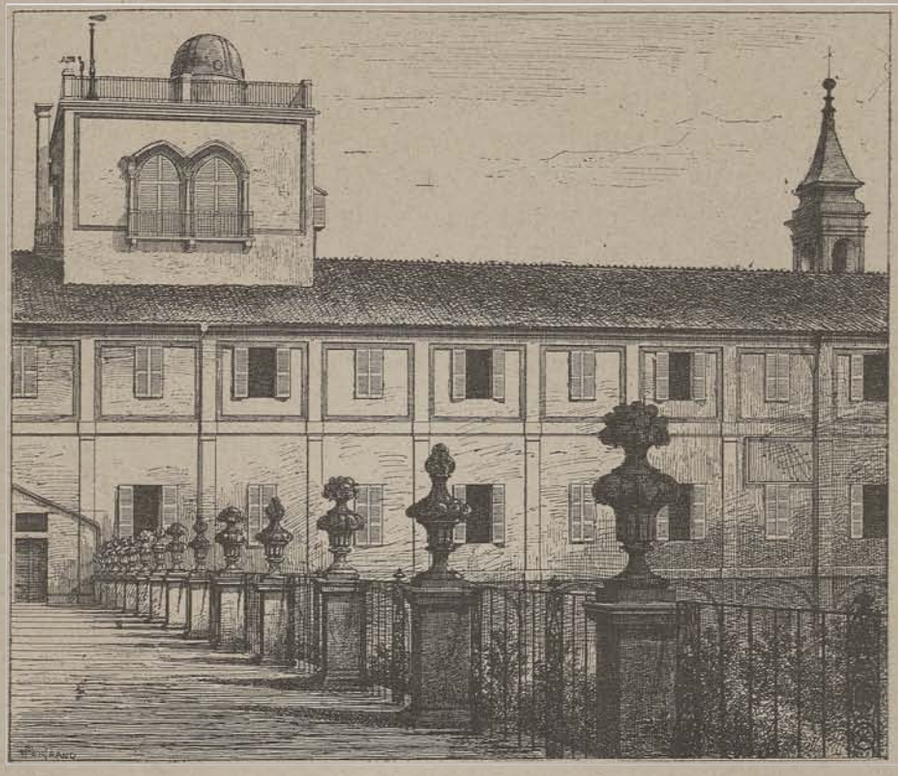
llos pueblos, curiosos de la ciencia. De los misioneros recibieron los chinos muchas industrias mecánicas, de que se mostraban muy orgullosos antes de que el comercio los pusiera en relación con la civilización europea. Los Emperadores admitían en su corte á los misioneros hábiles en la ciencia de los fenómenos celestes, estudio que por entonces constituía un instrumento político, como lo prueba que uno de ellos, el docto Pedrini, llegó á tener á su cargo la

educación de los príncipes imperiales, y pudo edificar á la sombra del palacio de los Hijos del Cielo una iglesia católica, con lo cual se abría una gran puerta para la publicación del Evangelio. Los misioneros se aprovechaban del favor así obtenido, para interpolar con las enseñanzas de las ciencias profanas la de la religión y de la moral cristiana. Así depositaban en una multitud de almas las semillas de la fe, formaban sacerdotes indígenas, recogían y educaban en el cristianismo un gran número de niños, arrancados de una muerte cierta, y de los cuales se servían después para convertir á sus compatriotas. En Cantón propagaba ardientamente la fe de Jesucristo Appiani, mientras que en Pekin desplegaba su celo su compañero Pedrini. En 1715, gracias á los esfuerzos mancomunados de aquellos héroes, se contaban ya en China más de trescientas iglesias, y no menos de trescientos mil cristianos. Como siempre suele acontecer, la Misión experimentó alternativas de favor y de desgracia, y aun hubo época en que la persecución fué tan terrible, que llegó á interrumpirse totalmente, como sucedió á la muerte de Appiani en 1746. Cuarenta años más tarde los Lazaristas llamados por Luis XVI á recoger la sucesión de los Jesuitas en China, y definitivamente sustituídos por la Congregación de la Propaganda los miembros de la Compañía de Jesús, enviaron allá nuevos misioneros. Uno de los últimos que llegaron, el Padre Raux, favorablemente acogido en la corte, donde la influencia de los antiguos Jesuitas franceses facilitaba una entrada á los misioneros de las otras Congregaciones, se hizo célebre por su ciencia; trabajó en la compilación del calendario imperial, escribió en chino más de cien obras de religión y de astronomía, y fué nombrado gran Mandarín del Tribunal de los matemáticos.

En el Levante como en la China, los Lazaristas vinieron á ser los herederos de los Jesuitas, cuando una política ciega hizo suprimir en Francia la Compañía de Jesús. En 1784 la Misión contaba en aquel país con siete establecimientos, entre los cuales figuraba el de Constantinopla. Recordamos á propósito de aquellas misiones que un hijo de S. Vicente de Paul, el docto Vignier, fué el primero que dió á conocer en Europa un vocabulario turco.

La extensión de las misiones extranjeras no impedía á los sa-

cerdotes de la Congregación dedicarse también á los otros empleos, para los cuales la había instituído su Santo fundador. Así, por ejemplo, continuaban evangelizando los pueblos de los campos con un éxito que irritaba á los jansenistas, sus enemigos. Por otra



VISTA DEL COLEGIO ALBERONI EN PLASENCIA (ITALIA).

Confiado en 1752 á los sacerdotes de la Misión por el Cardenal Alberoni que era el fundador de él. En él se enseñaban las Letras y las Ciencias, el Derecho y la Teología. Los Lazaristas, después de haber sido expulsados de él por la revolución, han vuelto á reinstalarse. —Estado actual.

parte, fieles al espíritu de su instituto, se esforzaban también en formar buenos sacerdotes, en cuya tarea sobresalieron tanto, que diferentes personajes de gravedad y de virtudes les instaron por algún tiempo á que abandonasen las misiones de Francia y del extranjero, y concentrasen toda su solicitud en la obra más útil, según ellos, de los seminarios. Mas á ejemplo de su Padre, que ha-

bía conducido á buen término las dos obras á la vez creyeron los Lazaristas, con gran ventaja para la Iglesia, que podían continuar sirviendo en ambas, sin que la una perjudicase á la otra. A semejante fidelidad para con su vocación primitiva se debe el que mantuvieran la fe en Francia, el que difundiesen el Evangelio por las regiones más apartadas, y el que preparasen al propio tiempo un clero digno de su divina función. A ellos y á los discípulos del venerable Olier se debe así como á los hijos de S. Ignacio, esa generación de buenos sacerdotes que mantuvieron tan fuertemente, hasta el advenimiento de la revolución, el espíritu de piedad en las masas del pueblo, y honraron la Iglesia por su heroísmo sobre el patíbulo, y por su virtud en el destierro.

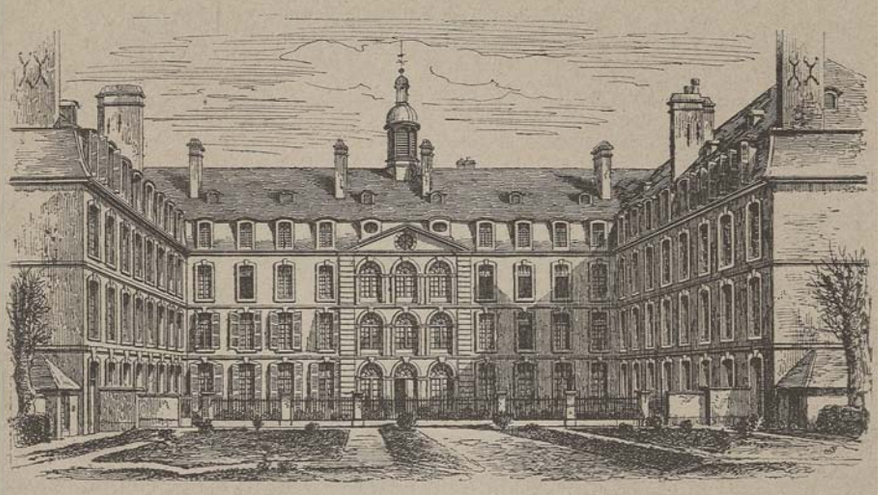
En 1660 sólo dirigía la Compañía cinco seminarios, comprendiendo entre ellos el Colegio de los Buenos-Hijos, que la revolución había de inmortalizar en página sangrienta bajo el nombre de seminario de S. Fermín. La situación de estos primeros establecimientos se regularizó bien pronto con la aprobación episcopal, y al poco tiempo se propagaron á todas las diócesis, en vista de sus excelentes resultados. De 1661 á 1692 llegaron al número de veintiseis, y á fines del siglo XVIII dirigían sólo los Lazaristas en Francia 53 seminarios mayores y 9 menores.

En Italia dirigieron uno desde luego en Roma y dos en Turín, uno interno para el alistamiento de la Compañía; el otro externo para el clero diocesano. Florencia poseyó también el suyo; y Plasencia el ya citado colegio de Alberoni. La persecución misma fué útil á esta obra, estimulando el celo de los Lazaristas; pues en Nápoles, aunque cohibidos por las medidas vejatorias del ministro filósofo Tanucci, fundaron en 1761 un seminario de internos, que llegó á ser fecundo plantel de obreros para los días de bonanza.

Privilegiada fué Polonia en esta obra de los Seminarios de la Misión, por cuanto desde Varsovia, su capital, se difundieron rápidamente por todo aquel reino, llegando á contarse en cosa de medio siglo (1667 á 1716) hasta 14 fundaciones en las ciudades más importantes. En Austria, el Cardenal Migazzi mostró tal afición á los Lazaristas, que hubiera querido ponerlos á la cabeza de todos los seminarios, y empezó por establecerlos en Viena en 1760

y poco después en Vatzen. Al año siguiente á petición del Arzobispo de Estrigonia, primado de Hungría, se les dió posesión del seminario de Tyrnaw; empero la falta de personal les impidió atender á todas las peticiones.

Si á todo esto se agrega el Seminario interno (1) de Barcelona, establecido en 1704, las dos escuelas eclesiásticas creadas en las Indias portuguesas, el Seminario fundado en Pekín, el otro de Macao y el ya citado también de Madagascar, se reconocerá que



VISTA DEL GRAN SEMINARIO DE AMIENS.

Uno de los primeros que se confiaron á los sacerdotes de la Misión después de la muerte de S. Vicente de Paul. Estado actual.

los sacerdotes de S. Lázaro con los de S. Sulpicio habían sido especialmente señalados por la Providencia para la ejecución de uno de los decretos disciplinarios del Concilio de Trento, el más importante quizás, puesto que produjo por sí solo la reforma del clero, á saber, la creación de los grandes seminarios. El pensamiento del santo Concilio, tan fecundo para la Iglesia, había encontrado en Vicente de Paul y en su discípulo Olier ejecutores suscitados por Dios. Con el establecimiento de los Seminarios se propagaba por

(1) En 1704 se fundó en Barcelona la primera Casa de la Misión, no Seminario interno. (*N. del T.*)

todas partes la práctica tan saludable de los retiros eclesiásticos. Para llenar este objeto se habían construído en San Lázaro nuevas habitaciones, y cuando el número de celdas era insuficiente, lo cual acontecía con frecuencia, los misioneros cedían su habitación á los ejercitandos, á ejemplo de S. Vicente, que en semejante caso no había vacilado en alojarse en el establo.

Esta prosperidad de la Congregación de la Misión, y de las obras de su instituto, era debida principalmente á su fidelidad en conservar el espíritu de su santo fundador. Desde su primer sucesor Almeras se vió patente esta verdad. Apenas elegido, mostrábase ya como el continuador exacto de las virtudes de S. Vicente, que la Misión acababa de perder. A ejemplo suyo, todos los superiores generales se aplicaron principalmente á mantener en el seno de la Compañía las tradiciones del Santo. En sus circulares y en su correspondencia con las casas de la Congregación, en sus consejos y advertencias, procuraban recordar constantemente las reglas del instituto. El Sr. Bonnet, que gobernó la Misión desde 1711 hasta 1735, fué como el Sr. Almeras otro legislador, y si éste había terminado la organización del instituto bajo el plan y los reglamentos que poseía del mismo fundador, aquél contribuyó sobre todo á conservar la familia de los Paúles en la pureza de la ortodoxia y en las tradiciones del espíritu primitivo, preservándola con tanta vigilancia como firmeza del contacto de la herejía jansenista, recomendándola con instancias el alejamiento de toda novedad en materia de dogma, de moral y de disciplina.

El bien que hacía se hallaba multiplicado por otras Congregaciones semejantes á la de los Paúles, y consagradas á funciones análogas. En vida de S. Vicente había nacido la sociedad de los sacerdotes del P. Eudes, denominada Congregación de los Eudistas, y también se habían formado por el mismo modelo muchas otras Compañías, no faltando algunas que proyectaron una fusión. El objeto de la Misión respondía tan perfectamente á las necesidades de la época, y su forma era tan convenientemente apropiada á los empleos, que fué el tipo, digámoslo así, de las familias religiosas fundadas con posterioridad. La Congregación de los Padres Redentoristas, instituída por S. Alfonso de Ligorio; la de los Obla-

LA HOSPITALIDAD.

Fresco pintado por Alfonso Perín en la Iglesia de Nuestra Señora de Loreto en París, siglo XIX. Copia del dibujo original, ofrecido por Félix Perín, Arquitecto.—Después de la muerte de S. Vicente, se practicó la hospitalidad en S. Lázaro como lo había sido durante su vida; aquella Casa no cesó de ofrecer un asilo gratuito á los eclesiásticos, á las gentes del mundo y á los pobres.

tos de María, establecida por Monseñor Mazenod, que había estudiado en Monte-Citorio, la regla de S. Vicente; en fin, la de los Ma-

ristas, se derivan de ella directamente. Todas aspiran al mismo fin, y emplean los mismos medios; su ocupación principal es la formación del clero y la evangelización del pueblo, tanto en el extranjero como en Francia. La Sociedad de las Misiones extranjeras, cuyo fundador tuvo á S. Vicente por amigo, fué también inspirada en el espíritu y en los primeros trabajos de la Compañía de San Lázaro...

Al lado de los sacerdotes de la Misión, las Hijas de la Caridad se multiplicaban de un modo extraordinario. Tan rápida fué su propagación en Francia y en Polonia, que medio siglo después de la muerte del Santo fundador, el Sr. Bonnet, superior general de la Congregación, las dividía en diez y nueve provincias... En una circular de 1721 daba á conocer el mismo Superior que las Hermanas estaban esparcidas en más de trescientas ciudades, pueblos y aldeas del reino, sin contar las que había fuera. En 1772 ascendía en Francia el número de sus establecimientos á más de cuatrocientos.

En medio de este incremento, las lecciones siempre vivas de San Vicente de Paul, repetidas por sus sucesores, mantenían á las siervas de los pobres en el espíritu y en el fervor de su ministerio. «Tened gran cuidado de vuestros amados dueños los pobres, les escribía el Sr. Bonnet, los cuales son los miembros afligidos de Nuestro Señor, quien considera como hecho en favor suyo lo que se hace con el más pequeño de ellos. Servidles, pues, en espíritu de fe, no como á hombres despreciables, sino como á hijos del Padre celestial, es decir, como á hermanos y coherederos de Jesucristo, y como á templos vivos del Espíritu Santo.» En otra ocasión recomienda á las Hermanas que mantengan el buen orden y la economía en sus casas, á fin de ganar la confianza de las personas caritativas, y aumentar los recursos de los pobres, pero al mismo tiempo les dice que se fíen en la Providencia para los gastos de cada día, y que nada acumulen para el porvenir. Fiel á lo instituído por el Santo fundador rehusó el Sr. Bonnet emplear á las Hijas de la Caridad en servicio de los ricos, recordando que fueron establecidas para ser las siervas de los pobres, «sus señores y maestros.»

Las circulares de las Superioras generales que sucedieron á la señora Le-Gras en el gobierno de la Comunidad entran en detalles más prácticos, y en recomendaciones más íntimas. Una de las primeras, la Hermana Juliana La Boue, después de haber recordado

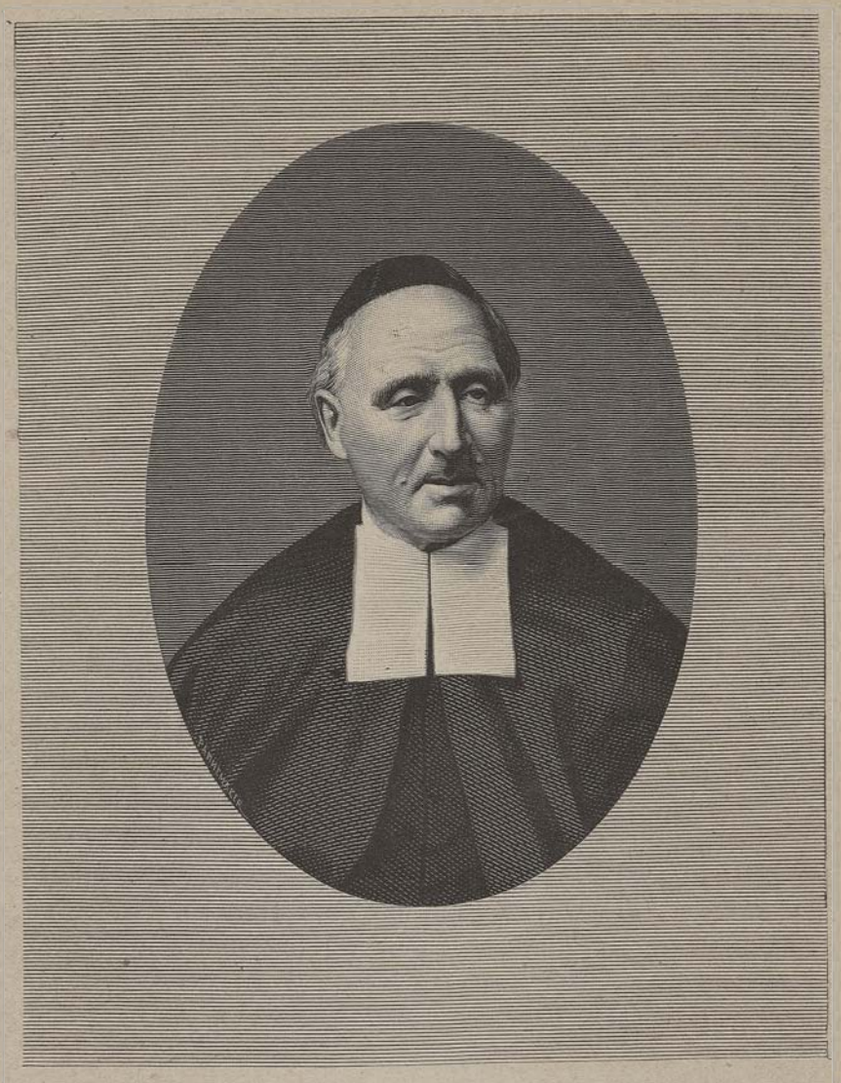
LA MUERTE DE MOLIERE.

Copia del cuadro de Vafflard, siglo XIX.—Durante una representación del *Enfermo imaginario*, en el momento en que pronunciaba la palabra *Juro*, fué atacado Moliere de una convulsión y hubieron de conducirle á su casa. Allí murió ahogado por un vómito de sangre, asistido de dos religiosas, á las cuales daba con frecuencia abundantes limosnas.

que las Hijas de la Caridad añaden á los tres votos ordinarios, el emplearse en el servicio corporal y espiritual de los pobres, sus verdaderos dueños, añade esta tierna instrucción: «Falta sería en nosotras el tratarlos con palabras ó con acciones duras, ó el negarles los servicios á que estamos obligadas; el echarlos sobre la paja sin jergones ni sábanas, bajo pretexto de economía, ó el dejarles mu-

cho tiempo sin mudarles la ropa, y por último el no mirar á Dios en sus personas.» Otra Superiora general, la Hermana Chevreau, les recomienda que «hagan el caldo tan bueno como puedan ó deban, evitando tacañerías en la cantidad de carne y de pan.» Esa misma señora les encargaba que al fin de sus cartas firmasen: «*Indigna Hija de la Caridad, sierva de los pobres enfermos*, lo cual es nuestro más bello título.» El espíritu de caridad inspira estas circulares que son como una legislación permanente del Santo. «Tened para con los pobres un gran respeto, y entrañas verdaderamente maternales, sobre todo en los días calamitosos, en que mueren gran número de ellos de miseria:» tal es la sustancia de semejantes prescripciones, sencillas y admirables á la vez. «Que los pobres sean viciosos, injustos, ingratos, no importa. Separemos los defectos de sus personas, responde la misericordiosa ley de San Vicente; siempre tienen derecho á nuestro respeto. Combatamos sus vicios con el celo que hace fructuoso una dulce caridad.» La Hermana Angélica Hesnard desarrolla admirablemente este consejo: «Suframos de parte de los pobres, pero que no sufran ellos jamás por la nuestra. Esa es nuestra regla invariable y como uno de nuestros primeros principios. Para lograrlo jamás nos permitamos una acción que les contriste..... la caridad más perfecta debe animar todos los servicios que les hemos de prestar: nuestra misma vida les pertenece, y siempre será gloria nuestra el sacrificarla en favor suyo en las circunstancias que lo reclamen.»

Esta gloria fué abundante para las Hijas de S. Vicente de Paul. Con su historia comienza la larga serie de sus mártires de la caridad; se multiplica de tal manera con el transcurso del tiempo, que se hace imposible al fin el contar las víctimas. Las circulares de la Superiora general contenían al mismo tiempo que reglas de conducta, la necrología de la Congregación. Y en verdad que las noticias acerca de las Hermanas fallecidas no se rodeaban de ningún rasgo de interés; por lo común sólo comprendían dos renglones. De la mayor parte de las Hermanas se decía sencillamente: Después de diez, veinte ó cuarenta años de profesión ha muerto al servicio de los pobres, de los enfermos, de los apestados, de los inválidos, de los enajenados; estas pocas palabras lo dicen todo. En 1735 el



HERMANO DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS.

Los Hermanos de las Escuelas cristianas instituídos en 1680 por Juan Bautista de la Salle son hoy en número de más de doce mil. Poseen 1268 establecimientos, y dirigen más de 8000 clases en 2245 escuelas. Enseñan en Italia, en Bélgica, en Inglaterra, en Austria, en Prusia, en Turquía, en Egipto, en Túnez y en todas las partes del mundo.—El instituto de los Hermanos realiza uno de los más caros pensamientos de S. Vicente de Paul; el de la instrucción de los niños pobres.

Superior general de la Misión hubo de moderar, más bien que estimular en plena peste el celo de estas admirables Hijas. «Cuando

pienso, les decía, mis amadas Hermanas, en el celo, en el santo ardor, en las vivas instancias que muchas de entre vosotras han mostrado, pidiéndonos de rodillas y con las manos juntas que os dejásemos exponer la vida en servicio de los pobres apestados de Tarascón, de Marsella y de los demás puntos víctimas del azote, el cual por designio de Dios va incesantemente desarrollándose, me cuesta trabajo recordaros los motivos de tan santa acción y de tan gran sacrificio, temeroso de excitar en vuestros corazones tan invencible entusiasmo, que no os sea ya posible contenerle y moderarle.»

A la par que la Congregación de los sacerdotes misioneros, se había también multiplicado la Compañía de las Hijas de la Caridad no solamente en sí misma, sino también por el santo contagio del ejemplo que difundía. Apenas fueron conocidas las nuevas Hermanas, cuando fueron de todas partes solicitadas; y si no podían ir á alguna parte, se suscitaban imitadoras de ellas. Tales fueron las Hospitalarias de Nuestra Señora de la Caridad de Dijon, instituídas en 1682 por el Venerable Benigno Joly. Apremiábanle á este señor, para que, en defecto de las Hermanas grises, facilitase otras al Hospital general, servido hasta entonces por religiosas del Espíritu Santo, que no eran aptas del todo para semejante empleo: «¡Ah! respondió, para llevar á cabo la empresa que me encomendáis, sería preciso que fuese yo un Arcángel ó un Vicente de Paul, y por desgracia ni soy lo uno ni lo otro.» Pero no podía negarse que en medio de su humildad era otro Padre de los pobres, tanto que por sus obras mereció ser llamado el S. Vicente de Paul de la Borgoña.

El continuo desarrollo de los Padres de la Misión y de las Hijas de la Caridad dice bastante de la extensión de las obras de San Vicente de Paul. Tenían éstas un carácter de utilidad y de estabilidad tan sensibles, que necesariamente las había de conservar indefinidamente. Por eso en vísperas de la revolución pudo decir uno de los sucesores del Santo fundador, el Sr. Jacquier: «Casi todas sus obras subsisten hoy hasta tal punto, que el tiempo, que todo lo consume, parece que se ha encargado de darles nuevo incremento y nueva perfección, como lo prueban los establecimien-

EL ABATE DE L'EPÉE

Fundador de la obra de los sordo-mudos. Copia de la escultura de M. Martín en el patio de los sordo-mudos en París, siglo XIX.

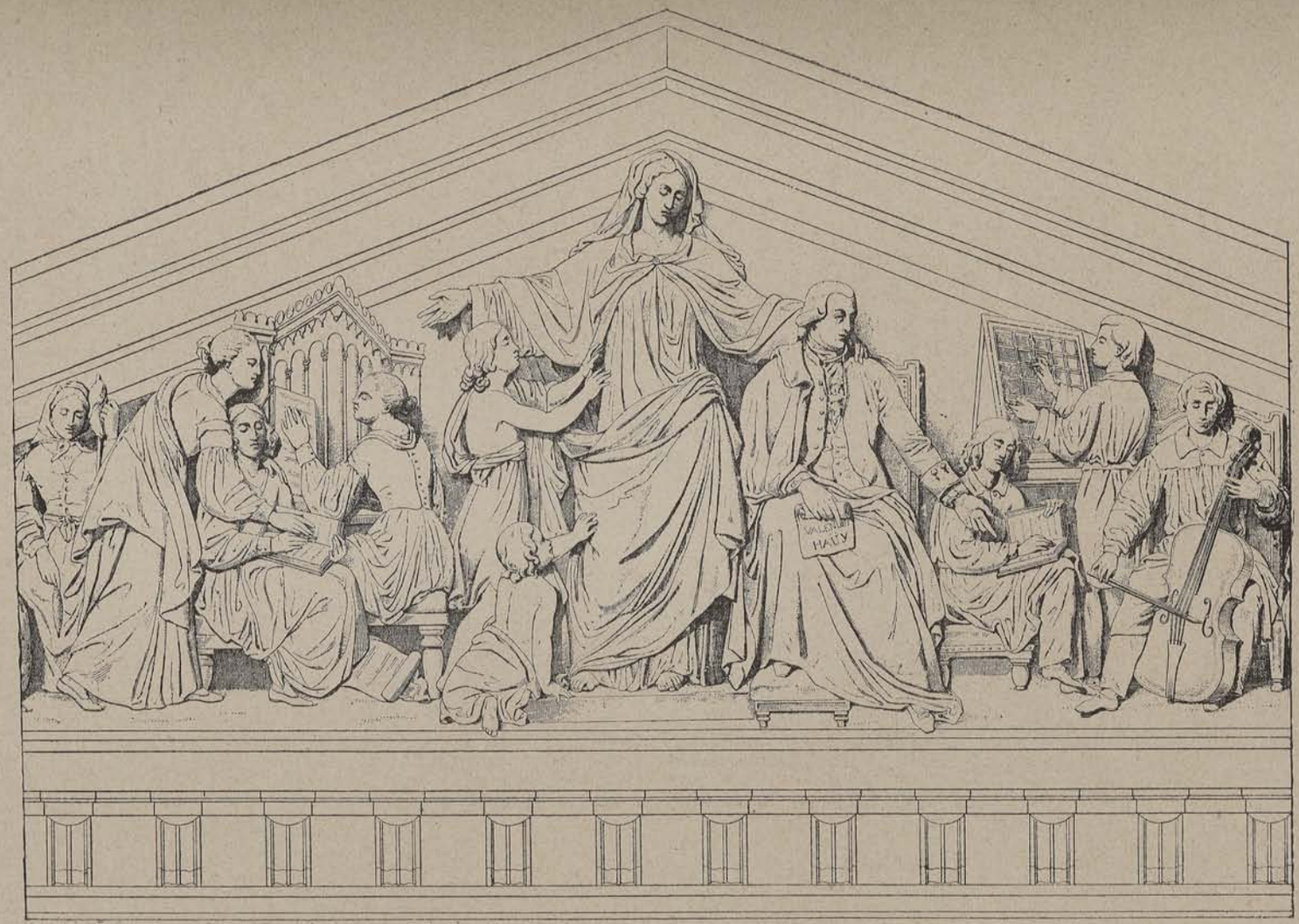
tos de los seminarios de las Misiones, de las Cofradías de caridad, de los Niños Expósitos, de los hospitales de Hijas de la Caridad, etc., etc.»

San Lázaro no había dejado de ser la casa de la oración, del retiro y de la limosna de los tiempos del Santo. En la terrible epidemia

LUIS XIV, REY DE FRANCIA.

Copia de un grabado de Van Schuppen, siglo XVII.—Este príncipe protegió á S. Vicente y á sus sacerdotes como lo había hecho el Rey Luis XIII su padre. Hizo donación de Bicêtre para sucursal de la Salpetrière, y dotó ricamente el hospital de los Niños Expósitos de París, y el de los Forzados de Marsella.

de 1661, Almeras demostró que subsistía el espíritu del fundador. Mientras el Rey y Colbert hacían vender á precios reducidos el trigo extranjero, la casa de los Lazaristas ponía á disposición del Arzobispo de París todos sus recursos. Secundados por las Damas de la Caridad, renovaban los sacerdotes de la Misión las maravillas de su Santo preceptor. Imitando á Vicente de Paul, iba Almeras siempre en busca de los pobres, cuando éstos no le buscaban á



LA INSTITUCIÓN DE LOS JÓVENES CIEGOS.

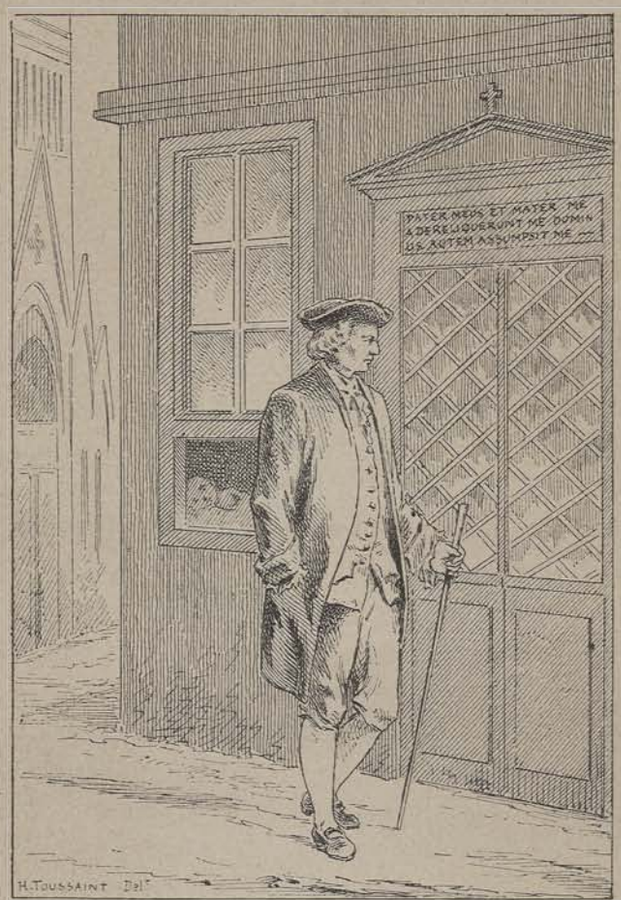
La religión fué quien inspiró á Valentín Haüy la caridad con que instruyó á los jóvenes ciegos; enseñóles la lectura, la escritura, el cálculo, la música, la geografía y la composición de imprenta.—Bajo relieve de la fachada del establecimiento de los jóvenes ciegos en París, por M. Jouffoy, siglo XIX.

él, y consolaba é instruía á todos, derramando la caridad á manos llenas. Los misioneros recorrían entretanto las provincias más desoladas por la epidemia, para distribuir en ellas sus limosnas y sus socorros espirituales, habiendo llegado á dar más de quinientas mil libras, suma enorme para aquella época. Cuando nada les quedaba en la Caja, sabían conmover á los ricos, para que fuesen espléndidos con la miseria.

En el terrible invierno de 1788, lo mismo que en el de 1709, manifestóse de un modo particular el celo de los Hijos de S. Vicente para aliviar las desdichas de los infortunados. En aquel duro año de hambre, que precedió á la revolución, S. Lázaro entregó cuanto poseía. Por lo demás la Caridad cristiana hizo en aquel tiempo de prueba verdaderos prodigios. «Particulares, príncipes, altos dignatarios, obispos, cabildos, comunidades, multiplicaron, dice Tayne, sus limosnas. El Arzobispo de París se empeñó en cuatrocientas mil libras; hubo rico que distribuyó cuarenta mil francos en un día, y convento de Bernardinos que alimentó durante seis semanas mil doscientos pobres.» Los sacerdotes de S. Lázaro vendieron todo el trigo de sus granjas á precio reducido para proveer á la capital; además, desde mediados de Diciembre hasta la Pascua distribuyeron diariamente dos veces cada día pan y sopa á ochocientos ó novecientos necesitados, socorro que continuó entregándose por seis meses á doscientos de ellos.

De todas las obras caritativas de S. Vicente de Paul, la más conmovedora era la de los Niños Expósitos. Aquel buen Padre había muerto, sin haber logrado ver la coronación de ella. Luis XIV la puso digno remate con su edicto de 1690. En él se concedían al establecimiento rentas considerables y existencia legal: al propio tiempo se refundía en una misma administración la de dicha casa y la del Hospital general, nombrándose presidente al Arzobispo de París y Procurador general al Parlamento. Trasladóse la Casa-cuna á punto más cómodo, y se fundó otra en el arrabal de S. Antonio. Hasta la revolución, ambos establecimientos estuvieron confiados al maternal celo de las Hijas de la Caridad. La fama de su exquisito esmero atrajo pronto á ellos desde los puntos más apartados de Francia innumerables niños, que debieron su vida y una educa-

ción esmerada á las Hijas de S. Vicente. A fines del siglo XVII ascendían ya aquéllos al número de 1600, no bajando de tres á cuatro mil los que atendían á los pocos años, y de siete mil los que



JUAN JACOBO ROUSSEAU.

Este heresiarca después de haber llevado sus hijos á un asilo, se ocupaba en dar lecciones de ternura á las madres de familia.—Fac-símile de un grabado moderno.—Juan Jacobo pretendió con una refinada impiedad establecer una moral independiente de Dios y de la Iglesia, cuyas enseñanzas atacaba.

se contaban en el año 1776. «El admirable instituto de París, dice Porquet, se extendió á todas nuestras provincias, y en todas partes hallaron los niños expósitos una cuna, unas madres y una fa-

milia preparadas por la religión y por una administración cristiana.»

El Hospital general fundado con arreglo á las bases propuestas por S. Vicente de Paul, señaló como una nueva era en la historia de los establecimientos de beneficencia. Muchas ciudades, á ejemplo de París, resolvieron restaurar ó reedificar sus hospitales, perteneciendo á aquella época muchos de los que hoy existen. Las ciudades parecía que rivalizaban en magnificencia para con los pobres enfermos.

El vasto movimiento de caridad que S. Vicente había creado en derredor de sí, no se había limitado á sus obras, sino que había impulsado también á otros institutos de beneficencia. Mientras que el venerable La-Salle fundaba para los niños pobres las Escuelas Cristianas, el abate de l'Epée creaba el Instituto de los Sordo-mudos, seguido bien pronto del de los Jóvenes ciegos, del que fué fundador Valentín Haüy. Las cofradías de caridad produjeron otras obras de asistencia espiritual y corporal, que tomaron la forma de las diversas necesidades del tiempo. En último término, la obra de los pobres enfermos vino á dar origen, andando el tiempo, á la sociedad de Caridad Maternal, fundada bajo los auspicios de la infortunada Reina María Antonieta. La revolución vino á destruirlo todo.

LA PRUEBA.

El saqueo de S. Lázaro —Las ideas de la Revolución.—Caridad y filantropía.—Desorganización de los hospitales.—Supresión de las Congregaciones hospitalarias y dedicadas á la enseñanza.— Degüellos de S. Fermín.— Destrucción de la obra de S. Vicente de Paul.—Plan de reforma humanitaria.—Los sacerdotes de la Misión y las Hijas de la Caridad en el destierro y en el cadalso.—Desarrollo general de la miseria.—Lamentaciones universales.—Los perseguidores y sus víctimas.

Fijan los historiadores el período revolucionario en la toma de la Bastilla; en realidad comenzó por el saqueo de S. Lázaro. Antes de destruir la realeza, combaten los revolucionarios á la religión en su forma más sensible; la caridad. Su primera explosión fué el asalto de la casa del más ilustre bienhechor de la humanidad; sus primeros héroes fueron los devastadores del altar y del sepulcro de S. Vicente de Paul.

En la noche del 12 al 13 de Julio de 1789 presentáronse delante de S. Lázaro hasta doscientos hombres, exaltados por las pasiones revolucionarias, que forzando las puertas en un abrir y cerrar de ojos, se precipitaron en el interior de la casa. Tras de aquellos bandidos había invadido una repugnante multitud las avenidas inmediatas; y bien pronto dió principio una escena de devastación general, en la que rivalizaron el frenesí del saqueo y el furor de la destrucción. Lo que no podía llevarse consigo la turba revolucionaria lo hacía pedazos. Más doloroso que ninguna otra violencia fué para los sacerdotes de S. Lázaro el destrozo realizado en la habitación de S. Vicente de Paul. En ella se conservaban algunos recuerdos preciosos de su vida y de sus últimos momentos: la estera de paja sobre la cual había muerto, un candelero antiguo con el resto de la bujía de sebo, que había alumbrado sus últimos momentos, un sombrero usado, algunas prendas toscas, sus medias de sarga, su bastón, un rosario y un breviario. Todo fué saqueado

y arrojado en medio de los escombros, sin que aquellos miserables respetaran siquiera la estatua del Santo; después de haberle roto la cabeza, la pasearon en la punta de una pica por las calles y la arrojaron en la fuente del Palacio Real. Una vez saqueada toda la parte interior, se esparcieron por los jardines, cortaron los árboles, degollaron los carneros, y pusieron fuego á las granjas. Veinte y cuatro horas después se encontraron unos treinta muertos y moribundos de ambos sexos ahogados en el vino. Durante aquellas escenas de desolación, los sacerdotes de la casa habían corrido los más grandes peligros. Los unos pudieron escaparse saltando las tapias, los otros lograron ocultarse ó pasar desapercibidos con algún disfraz que les prestaban.

La casa de las Hijas de la Caridad situada frente á S. Lázaro no podía escaparse al saqueo. Componíase entonces de ciento cincuenta Hermanas, entre las cuales se contaban noventa y ocho postulantas de quince á veinte y dos años. Los primeros saqueadores penetraron por la mañana en el interior de la casa, bajo pretexto de encontrar en ella el tesoro de S. Lázaro, las provisiones de trigo y de harina; mas acrecentóse muy luego la agitación en la calle, redobláronse los gritos, y por fin invadió el convento una banda numerosa de hombres y de mujeres. En medio de aquel peligro supremo, la Superiora hizo entrar precipitadamente á las novicias en la capilla. Siguiéronlas allá unos veinte revolucionarios. Al ruido de las puertas forzadas con estrépito, al estruendo de las armas y de los gritos y blasfemias de aquellos forajidos, trémulas de espanto las jóvenes vírgenes se apelotonan en derredor de sus maestras, oyéndose un doloroso conjunto de gritos de terror mezclados con súplicas al Todopoderoso. El espectáculo conmovió á los bandidos, quienes se adelantaron hácia el interior de la capilla con cierta vacilación. Impusiéronles sin duda respeto la santidad del lugar y la imagen de Jesucristo y de sus Santos, y el Jefe del grupo dobló en tierra una rodilla ante el Santísimo Sacramento, acción que imitaron algunos de los suyos. Viendo después que muchas novicias se habían desmayado bajo la impresión del terror, hizo seña á sus camaradas, para que se retirasen. Recorrieron entonces el interior de la casa, visitaron todas las salas, y á pesar de sus preven-

EL SAQUEO DE S. LÁZARO EL 13 DE JULIO DE 1789.

Copia de un grabado de Berti ault, siglo XIX. Los cuadros, los retratos, las obras de arte son arrebatados; saqueada y destruída la Biblioteca que contenía hasta cincuenta mil volúmenes; robado el dinero, devastados los jardines, profanada la habitación de S. Vicente y hecha pedazos la estatua, que le había hecho erigir Luis XVI. S. Fermín, que era una dependencia de S. Lázaro, fué en seguida el teatro de una horrible carnicería: en él fueron degollados setenta y cinco sacerdotes, entre los cuales había diez Lazaristas.

ciones y de su rabia, sintieron invencible admiración hacia la desnudez evangélica y el orden perfecto, que reinaban en aquella casta morada. Saliéronse por fin á la puerta principal, y se constituyeron en guardianes de aquellas, á quienes habían ido á saquear y á insultar. Dios había protegido de una manera visible á las admirables Hijas de S. Vicente; no había llegado todavía el tiempo de las grandes pruebas.

El saqueo de 1789 sólo fué el preludio de ellas. El año siguiente, la revolución descubrió sus planes de tal manera, que mostró que sus tiros iban dirigidos á la Caridad. Las ideas filosóficas y económicas entonces reinantes reclamaban la secularización de los hospitales, y se hablaba de sustituir á la caridad por la filantropía. Por algunos abusos, que en todo caso se podrían descubrir en los hospitales de las grandes ciudades, y que la falsa piedad de los economistas y de los sabios de la época abultaba sobremanera, diéronse algunos á negar el beneficio de los institutos de caridad del pasado, y á declamar contra el régimen de los hospicios y demás casas de beneficencia, con el fin de hacer recaer sobre el principio mismo de la caridad las imperfecciones inherentes al tiempo. No bastaba atraer el odio, se llevó el ridículo hasta prometer á los enfermos la libertad y la felicidad. Desde 1790, á la antigua administración de los hospitales «compuesta de los superiores del clero, de los primeros magistrados y de hombres escogidos en las clases acomodadas, cuya fortuna y cuya vida sin tacha y el buen éxito en el comercio garantizaban su moralidad y sus talentos administrativos,» la revolución sustituyó hombres nuevos. Confió la dirección de los establecimientos á gentes, cuyo único mérito eran sus ideas exaltadas. En lugar de introducir más economías en los gastos, más regularidad en los servicios, no engendró semejante medida sino el despilfarro y la confusión. De nuevo se vieron precisados los gobernantes á introducir la reforma, pues al año siguiente pasaban los hospitales á manos de la autoridad provincial, quien delegaba la administración en una junta de cinco individuos. No tardó en volver á manos del municipio, y en 1794 se encargó de ellos la Comisión de socorros de la Convención; más tarde el Ministro del Interior. Estos cambios continuos contribuyeron grande-

VISTA DE LA ABADÍA DE CLARAVAL EN EL SIGLO XVII.

Copia de un grabado de Israel Silvestre.—Claraval, Loos, Beaulieu, Cadillac, Fontevrault, todos estos monasterios, asilo en otro tiempo para los desgraciados y para los pobres, han sido suprimidos por la revolución y transformados en presidios correccionales. Así se cumplió la palabra de José de Maistre: «habrán de construir presidios con las ruinas de los conventos que han destruído.»

mente á producir el estado deplorable en que se hallaban los hospitales al fin del período revolucionario.

Mientras aumenta el desorden, y con él se atestigua la impotencia de la revolución para el bien, desencadénase la persecución contra las Hijas de S. Vicente. Todo lo tuvieron que sufrir de parte de una administración recelosa y hostil á las obras de la Caridad cristiana. Eran á sus ojos «mujeres fanáticas, anti-revolucionarias, afectas á los aristócratas, pero enemigas de los enfermos, cuyo patriotismo era conocido. Se las debía, pues, arrojar de los hospitales, y se las debía hacer sustituir por las mujeres é hijas de los patriotas.» Esta fué la resolución que adoptó la Asamblea legislativa en la sesión del 6 de Abril de 1792. De un golpe decidió al propio tiempo la supresión de todas las asociaciones religiosas dedicadas á la enseñanza de los niños, y al servicio de los hospitales. No por eso cejó el furor revolucionario, sino que al contrario redobló todavía. Después de la confiscación de los bienes eclesiásticos, manantial abundante de recursos para los pobres, después de la abolición de las Congregaciones de beneficencia y enseñanza, fué prohibido el culto mismo, y decretado el destierro de los sacerdotes. Desde luego dieron principio las prisiones, seguidas de horribles matanzas. Obispos, sacerdotes, en número de más de ciento, fueron primero encarcelados en el Carmen, y asesinados después por los emisarios de la Comune. En 3 de Setiembre 92 eclesiásticos, entre los cuales figuraba el señor Bonnet, Superior del Seminario de S. Nicolás, conocido por su caridad ardiente, se hallaban aprisionados en San Fermín. Desde las cinco de la mañana empezaron á invadir aquella tranquila mansión de estudio, transformado en cárcel, bandas de asesinos excitados por el partido de los Dantón y Robespierre. Levántanse algunas voces de la multitud, para pedir que se perdonase al Venerable D. Francisco, Superior del Seminario, digno hijo de S. Vicente de Paul, por su grande caridad y por la multitud de sus buenas obras; empero poseía otros títulos para excitar la rabia de los revolucionarios. Después que el Sr. Cayla de La Garde, Superior general de la Misión, y Diputado en los Estados generales, hubo protestado en la Tribuna contra la constitución civil del clero, D. Francisco había expuesto animosamente en un

LA ASAMBLEA NACIONAL EN 1789.

Entre los miembros de esta Asamblea figuraba al Sr. Cayla de La Garde, décimo Superior General de la Misión, el cual fué de los que rehusaron valerosamente prestar juramento á la constitución civil del clero, después de haberla combatido en muchos discursos que hizo imprimir.

escrito público las razones que debían disuadir al clero de prestar el juramento á aquella constitución cismática. Sabía perfectamente á qué castigo se exponía: su expulsión de París y la pérdida de su sueldo. «¿Qué me importa? exclamaba, los trabajos de la caridad están abiertos alrededor de la capital, y en todas las provincias. Me asociaré á los pobres; identificado con su miseria, les enseñaré á sobrellevarla con paciencia, y á hacerla meritoria para el Cielo. Se dice que son temibles: yo haré de ellos unos buenos cristianos, y partiré con ellos el pan de su dolor. Este pan será más dulce para mí, que una renta comprada con el perjurio, ó una mesa preparada por la impiedad.» Lenguaje semejante dejaba á D. Francisco expuesto á represalias, peores todavía que las que esperaba de los jacobinos. A pesar de las reclamaciones del público reconocimiento, penetran los forajidos en el interior de S. Fermín, congregan á todos los prisioneros, y da principio la carnicería. Las víctimas caen una á una á la violencia de los golpes; de tiempo en tiempo arrojan los asesinos algunos sacerdotes por las ventanas; los de fuera los reciben en las puntas de las picas y en las bayonetas, lanzando feroces imprecaciones: mujeres armadas de mazas rematan á los moribundos. En el momento de levantar los cadáveres, se vió á aquellas heroínas de la revolución encaramarse á los carretones, donde se hacinaban las víctimas, para mutilar los miembros de los confesores de la fe, y mostrarlos á los transeuntes gritando: «¡Viva la Nación!»—Setenta y cinco sacerdotes entre los cuales había diez Lazaristas habían sido degollados.

La obra de S. Vicente se derrumbaba poco á poco bajo los golpes de la fuerza triunfante. Era el momento en que la filantropía podía aplicar sus principios, y mostrar lo que podía hacer para sustituir á la Caridad cristiana. En efecto iba á darnos una muestra de ello. *El Monitor Universal* publicaba en 12 de Noviembre de 1792, en el estilo declamatorio y falso de la época, el plan de una sociedad filantrópica y patriótica de beneficencia y de buenas costumbres, destinada á llenar el vacío que debía producir en los hospitales y en los asilos de la Infancia la expulsión de las Hijas de la Caridad.

Para lograrlo claro está que hacían falta á las damas de la fi-

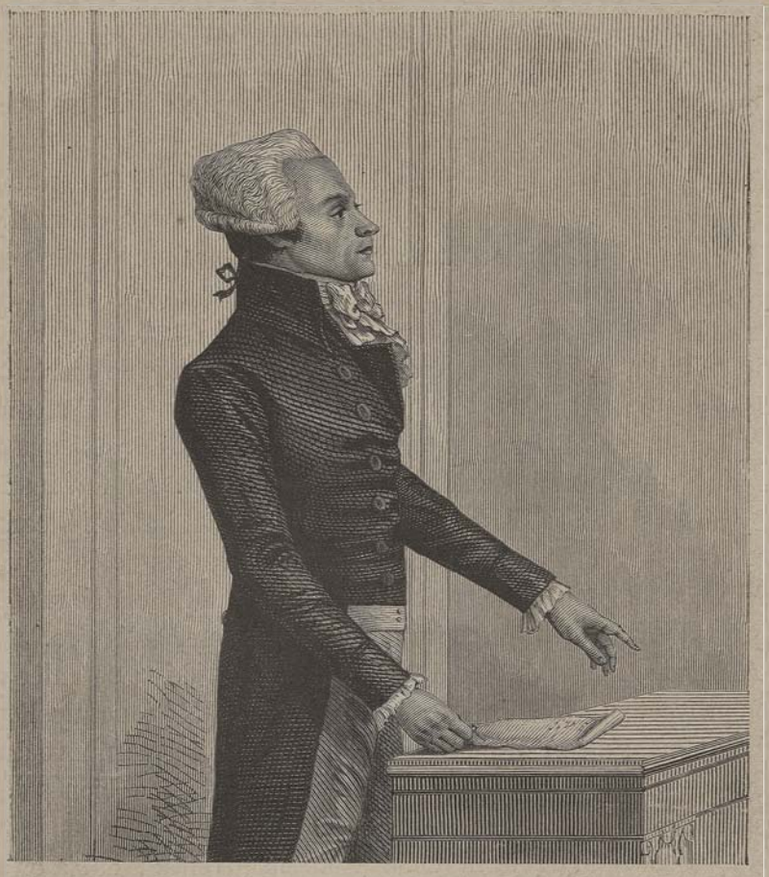
LA REINA MARÍA ANTONIETA DANDO LIMOSNA.

Copia del dibujo original de Miguel Moreau, siglo XVIII.—María Antonieta fué la primera protectora de la Sociedad Maternal, destinada á ayudar á las madres de familia indigentes.

lantropía el espíritu y las virtudes que Vicente de Paul había legado á sus Hijas. El Estado se proponía acudir en socorro de la iniciativa particular, é intentar la organización de la asistencia pública sobre bases nuevas. Apremiante por cierto se iba haciendo la necesidad de ello, porque la miseria extendía sus estragos. «Los mendigos, dice un relato de aquel tiempo, detenían á las gentes en todas las calles: se habían multiplicado casi como las piedras de la ciudad, é igual espectáculo presentaban las provincias.»—La revolución se apresuró á proclamar muy alto que los socorros públicos son una deuda sagrada, y que la sociedad tiene el deber de atender á la subsistencia de los ciudadanos desgraciados.» Trató de poner en práctica sus principios, y al efecto multiplicó las leyes y los decretos. Por la ley del 19 de Marzo de 1793 los bienes de los hospitales y de los establecimientos de caridad fueron puestos en venta, y se señaló en el presupuesto un fondo de socorros sobre el cual debía fijarse en cada legislatura una suma para cada provincia en los años sucesivos. La caridad, aquella institución de los siglos cristianos fué sustituída por una Caja de previsión, «cuyas suscriciones debían fijarse cada tres meses á la puerta de la casa del Ayuntamiento de los cantones, y proclamarse sobre el altar de la patria los días consagrados á las fiestas nacionales.» Todo padre de familia que vivía de su trabajo tenía derecho á un socorro proporcionado á sus recursos y al número de sus hijos. La Sociedad Maternal, de la que había sido protectora María Antonieta, y estaba destinada á ayudar á las madres de familia indigentes, era suprimida, y en cambio se concedía una prima á las madres solteras, colocándolas bajo la protección del Estado. Los niños abandonados, designados en un principio bajo el nombre de huérfanos, y más tarde con el título pomposo de *hijos de la patria*, quedaban á cargo del Estado. Los ancianos indigentes habían de recibir una pensión que podía elevarse hasta ciento veinte libras.

A nadie se olvidaba en aquellos ampulosos decretos; pero cuanto más legislaba la revolución, más abundaban los desgraciados. No pudiendo ni suprimir á los pobres ni aliviarlos, se resolvió á desembarazarse de su vista importuna, y llegó á considerarse la mendicidad como un crimen; á la primera reincidencia se conde-

naba al mendigo á un año de prisión; á la segunda á dos años; á la tercera se le transportaba por ocho años á una colonia peniten-



ROBESPIERRE EN LA TRIBUNA.

Robespierre declara que la instrucción debe ser obligatoria, y que los hijos pertenecen al Estado. «Dejemos á los sacerdoles, dijo...; sólo la patria tiene el derecho de criar á sus hijos; ella no puede confiar este depósito al orgullo de las familias ni á sus preocupaciones.»

ciaria. Al que daba una limosna á un mendigo se le imponía una multa de dos jornales de trabajo, y de cuatro en caso de reincidencia (1).

(1) Ley de 13 de Octubre de 1793.

Todas estas medidas fueron impotentes para hacer desaparecer la miseria, en términos que el 11 de Mayo de 1794, Barrás gritaba despechado en el seno de la Convención: «La mendicidad hace progresos aterradores en la República.» La revolución no podía producir otra cosa que discursos, en los cuales se declamaba enfáticamente, y se exponían las utopias extravagantes de los nuevos filántropos.

A propuesta de aquel orador, la Convención votó con entusiasmo una ley que tenía por objeto socorrer á los pobres campesinos: en ella se disponía que en cada departamento se abriese un registro titulado: *Libro de la Beneficencia Nacional*, en el cual podían hacerse inscribir todos los labradores ancianos ó enfermos, las madres y las viudas con hijos, así como los artesanos de cierta edad faltos de salud. Acordóse también un crédito de doce millones seiscientos cuarenta mil francos para hacer frente á los gastos que ocasionara la nueva organización de la beneficencia. En fin, instituía la ley la Fiesta de la *Desgracia*, durante la cual había de leerse el Libro de la «Beneficencia Nacional» en presencia de los jóvenes ciudadanos de las escuelas primarias, y depositarse en manos de los pensionados de la Nación el importe de su primer semestre.

Adivínase fácilmente cuál fué el resultado de semejantes ridículos proyectos: «El Libro de la Beneficencia Nacional no llegó á abrirse jamás, dice Porquet, y de todo aquel sistema nuevo de beneficencia sólo quedó en pie la confiscación de los bienes de los Hospicios.»

La instrucción de la infancia y de la juventud había en todo tiempo excitado la solicitud de la Iglesia, y S. Vicente por su parte no separaba la Escuela del Hospital, y los sacerdotes de la Misión y las Hijas de la Caridad habían realizado también la idea de su Fundador, ocupándose éstas de la instrucción de las niñas pobres, y aquéllos de prestar su concurso á los curas párrocos con el mismo fin. Tampoco la obra de la enseñanza, como la de la caridad, podía escaparse del vandalismo de la revolución, á pesar de que ni una ni otra costaban nada al Estado. Por Decreto de 15 de Setiembre de 1793, la Convención suprimió veinte y tres Universidades, quinientos sesenta y dos colegios, que contaban más de setenta y

VISTA DEL PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD DE PERPIGNAN.

Se ven el Rector y los Decanos de cuatro facultades en traje de ceremonia. Copia del grabado de Née, siglo XVIII.—La Universidad de Perpignan fué suprimida por la Revolución.

dos mil alumnos, y todas las escuelas primarias de niños y de niñas. Aquello era la destrucción universal de todo estudio, de todo saber, la ruina de todas las instituciones pedagógicas de la Francia, tan perfectamente ordenadas entonces, desde las modestas escuelas de aldea hasta las grandes Universidades de las ciudades. Verdad es que según lo proclamaba la Convención, al enviar al ilustre Lavoissier al cadalso, *la República no necesitaba de sabios*.

Durante este trastorno general de todas las instituciones caritativas, los sacerdotes de S. Lázaro se habían visto obligados á abandonar su Casa. En medio de todo les cupo la dicha de salvar su precioso tesoro, el cuerpo de S. Vicente, y algunos de los objetos que habían servido para su uso. Muchos de aquellos sacerdotes se quedaron en Francia, y con peligro de su vida prodigaron todos los cuidados de la religión y de la caridad á los fieles de las ciudades y de los campos. Sorprendidos en el ejercicio de su caritativo ministerio, los unos encontraron una muerte gloriosa en los pontones, en las cárceles, en Cayena; otros sufrieron valerosamente la última pena en la guillotina, y terminaron por un acto supremo de caridad una vida consagrada al alivio de los desgraciados; otros en fin ganaron la tierra del destierro, y difundieron á lo lejos el reino de la caridad, que la Revolución intentaba aniquilar en Francia.

Lo propio que sus hermanos de la Misión, las Hijas de la Caridan se vieron obligadas á abandonar la mayor parte de sus Casas, y á despedir á sus postulantas. El 29 de Diciembre de 1793 abandonaron un gran número de hospicios, y los pobres perdieron su más dulce consuelo y su más poderoso apoyo. No obstante, continuaron ejerciendo ocultamente las obras de misericordia, que no se les permitía practicar á la luz del día. Dios había querido que tuvieran á su cabeza como Superiora general á una mujer, que adunaba la fe ardiente de una santa con la caridad sin límites de una Hija de S. Vicente. La Hermana Deleau era una de esas almas que por nada se abaten, y á quienes la adversidad comunica mayor fortaleza. Previendo la dispersión de sus Hermanas, tuvo cuidado de prepararlas para las pruebas terribles que las aguardaban. Después de haberlas exhortado á renovar sus votos, y á continuar sos-

teniendo su fe con el ejercicio de las obras de caridad añadía: «Mis muy amadas Hermanas, manteneos siempre atentas á las necesidades de los pobres, y consoladlos en medio de las privaciones que han de soportar. Que vuestros días aparezcan llenos á los ojos de Dios, y que vuestra vida se sostenga sin mancha alguna voluntaria... Sed mediante esa fidelidad constante víctimas puras y santas, que reciba Dios benignamente.» ¡Qué contraste entre estas sencillas palabras y las declamaciones ridículas con que atronaba los oídos por entonces la Convención! Ellas profetizaban la persecución sangrienta, ya rugiente; y en efecto, no tardó en presentarse. De allí á poco se abrió el glorioso martirologio escrito con la sangre de las Hijas de S. Vicente.

VISTA DE LA CIUDAD Y DEL PUERTO DE SAINT-HELIER

En la Isla de Jersey; copia de un grabado moderno. Esta ciudad fué durante la Revolución el teatro de los trabajos apostólicos de Chantrel, sacerdote de la Misión. Allí abrió capillas públicas para los emigrados, y escuelas para los huérfanos; organizó un taller en el cual trabajaban las señoras francesas para coser trajes á los desterrados.

Angers, la primera ciudad que había llamado á las siervas de los pobres, vió también sus primeras víctimas. Habían querido imponerles el juramento revolucionario en aquella ciudad, y ni las promesas ni las amenazas habían sido suficientes para arrancárselo. Entre las Hijas de la Caridad había dos, Sor Mariana y Sor Odila, distinguidas entre todas por su piedad y su celo. El Tribunal las condenó á ser fusiladas con la esperanza de intimidar á las demás.

El día señalado se las redujo á prisión, y mientras se exhortaban una á otra á la vista de la corona celestial que las aguardaba, penetró una mujer para ofrecerles un velo: «No, no, exclamó Sor Mariana; de ninguna manera cubriremos nuestro rostro. ¿Es acaso vergonzoso morir por Jesucristo? ¡Mejor es que toda la ciudad pueda contemplarnos, y que aprenda de nosotras cómo se muere por la fe!» Atadas una á otra, dirígense al lugar de la ejecución acompañadas de otras víctimas. A las primeras descargas, el oficial, avergonzado de su misión, vacila en continuarla; se dirige á las dos Hijas de la Caridad, y las ofrece encargarse de declarar que han prestado el juramento. «Ciudadano, le responde Sor Mariana, no solamente no queremos prestar el juramento que se nos pide, sino que tampoco queremos hacer creer que lo hemos prestado.» Entonces el oficial manda hacer fuego, y caen aquellas dos santas mujeres; y algunos forajidos se precipitan sobre ellas para acabarlas á sablazos y bayonetazos. Acontecía esto el 17 de Febrero de 1794.

Por el mismo tiempo sufría también el martirio una de las Hijas de S. Vicente en la ciudad de Dax, inmediata al país natal del Santo. Era Margarita Rután, modelo de las Hermanas de la Caridad. Con cinco mil libras de renta y las limosnas de la ciudad daba asilo y alimentaba á sesenta enfermos, sostenía dos escuelas gratuitas y mantenía no pocos desgraciados. Cuando la Convención suprimió las Hijas de la Caridad, no quiso ella abandonar á sus amados pobres, sino que formó con sus compañeras una sociedad de señoras de la Caridad para el servicio del Hospital. Acusada de falta de civismo, por haber procurado «corromper y contener el espíritu revolucionario y republicano de los militares,» fué declarada

«indigna de las funciones que la humanidad y la beneficencia reclamaban para hombres libres.» Se la redujo á prisión con las demás religiosas, y seis días después, el 9 de Abril de 1794 la hizo

SOR MARIANA VAILLANT Y SOR ODILA BOUGARD,

HIJAS DE LA CARIDAD, CONDUCIDAS Á SER FUSILADAS POR LOS REVOLUCIONARIOS FRANCESES.

Grupo esculpido por M. Choyer en Avrillé cerca de Angers.—«Atadas la una á la otra avanzan en medio de sus verdugos..... dada la voz de fuego por el jefe del piquete, cayeron todas las víctimas, mas la hermana Mariana quedó con vida y sólo con un brazo roto. Los asesinos se arrojaron sobre ella y sobre las demás, y con sus sables y sus bayonetas las hicieron pedazos.»

comparecer una comisión extraordinaria en la barra, juntamente con un sacerdote llamado Eutropio de Lannelongue. Condenada á muerte, fué en el acto conducida al cadalso acompañada de di-

cho sacerdote: á este acto acostumbraba llamarlo el Terror *un casamiento*.

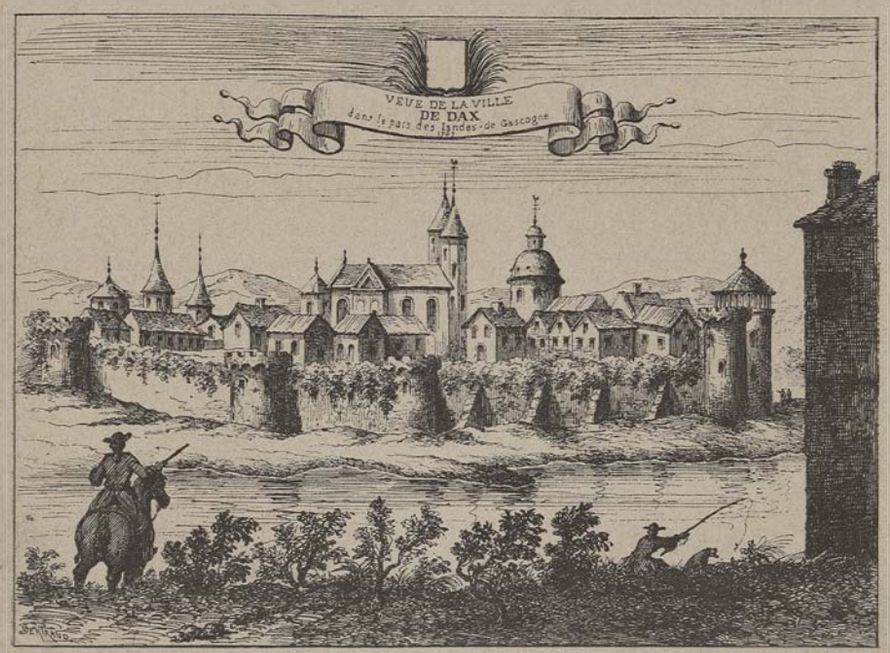
Cuando pasaba el lúgubre cortejo seguido de la hez del populacho que lanzaba verdaderos aullidos, las gentes honradas cerraban sus casas en señal de duelo, y los niños huían aterrorizados. En una de las calles entreabrióse una ventana, y apareció en ella una cabecita; levantó los ojos la religiosa, la vió y se sonrió. Era uno de los niños que acudían habitualmente á jugar en el patio del hospicio. Su madre cerró la ventana, y dijo al niño: «¡Arrodíllate, y pide por Sor Margarita; la van á matar!»

El primero en subir al cadalso fué el sacerdote; la Hermana contempló sin palidecer los preparativos del suplicio, y como la dijera un soldado que volviera la vista en el momento en que iba á rodar la cabeza del sacerdote, contestó: «¡Cómo, ciudadano, quiere V. que tenga yo pena de ver morir un Santo!» Cuando le llegó su turno, quitóse por sí misma sus tocas; quiso ayudarla el verdugo, y llena de dignidad le dijo: «Dejadme, jamás me ha tocado la mano de un hombre!» Momentos después corría por el cadalso su sangre virginal, y la familia de S. Vicente contaba con una nueva mártir.

Con aquellas orgías sanguinarias, renovadas día tras día trataba la revolución de ensayar la abolición de la caridad. Hasta el nombre de ella le era odioso. En tanto que lanzaba de los hospitales y de las escuelas, ó condenaba á muerte, para ir más de prisa, á las Hijas de S. Vicente de Paul, decretaba que la ciudad de La Charité sur-Loire se llamase Egalité. Pero su impotencia para sustituir lo que había destruído se dejaba ver particularmente, en los avances horribles de la miseria. Sus ensayos de beneficencia filantrópica habían introducido en todas partes la confusión. El servicio de los hospitales estaba enteramente desorganizado, y seco el manantial de las limosnas. Ni la infancia tenía ya quien la custodiase, ni la ancianidad quien la sirviese de báculo. De todos los ángulos de la Francia se dejaban oir apremiantes lamentaciones, y los mismos revolucionarios se espantaron de las ruinas que habían amontonado.

La Nación pagaba á gran precio el haber prestado sus oídos á

las teorías filantrópicas que habían hecho el encanto de la sociedad ligera del siglo XVIII. Los filósofos habían consumado su obra y confirmado la frase de Federico II: «Si me propusiera castigar á una provincia, se la entregaría á los filósofos para que la goberna-



VISTA DE LA CIUDAD DE DAX EN EL SIGLO XVII.

Copia de una estampa de la Biblioteca nacional.—En una de las plazas de esta ciudad fué guillotinada el 9 de Abril de 1794 la Superiora del Hospital, Margarita Rután, Hija de la Caridad, nacida en Metz.—«Hicieron caminar á la Hermana al paso de carga de los tambores, como si caminaran al asalto de la guillotina.»

sen.» Habían querido prescindir de Dios, y el edificio que intentaban levantar sin él se desplomaba, á pesar de sus cuidados y de sus esfuerzos.

La Providencia, empero, se reservaba todavía una venganza más visible: tal era la de obligar á los enemigos más encarnizados de la caridad cristiana á recurrir en el día de la desgracia en busca de los consuelos de las Hijas de S. Vicente; de aquellas á quienes habían insultado, arrojado de sus viviendas y condenado al destierro ó á la misma muerte. Dos hombres se habían señalado entre

los más fogosos revolucionarios, por su furor siniestro contra la religión y contra sus obras: eran Billaud-Varennes y Collot-Herbois. Después de haber cubierto la Francia de sangre y de cadalsos, viéronse á su vez acusados, lanzados del poder y condenados á ser deportados. Conducidos á Sinnamari en los desiertos de la Guayana francesa, inspiraron horror á todos los colonos, que más de una vez habían retemblado al oir relatar sus crímenes. Mas allí estaban las Hermanas de la Caridad: acogiéronlos con tierna bondad, y prodigaron á aquellos dos mónstruos, cuya presencia evitaban las gentes, los cuidados más solícitos, esforzándose en dulcificar con sus consuelos la tristeza del destierro.

Dulce victoria alcanzada sobre el crimen por la caridad cristiana, en la cual se complace la conciencia pública, sublevada á la vista de los atentados de la Revolución.

LA RESTAURACIÓN.

Resultados de la Revolución.—La vuelta de las Hijas de la Caridad.—Restablecimiento de la Congregación de la Misión.—Pruebas y progresos.—La traslación del cuerpo de S. Vicente de Paul.—Una era nueva de caridad.—La Sociedad de S. Vicente de Paul.—Obras para la juventud.—Obras para las demás edades.—Las Hermanitas de los pobres.—Desarrollo de las dos familias de S. Vicente.—Misiones extranjeras.—Difusión de las Hermanas de la Caridad por el mundo.—Conclusión.

Las promesas de la Revolución sólo habían dado de sí la ruina universal: cuanto existía de bueno en el pasado, había sido destruído, sin que en su lugar se hubiese edificado nada. Cerradas las iglesias y abolidos los institutos de caridad, sólo le restaban al pobre la miseria y la desesperación. La voz del sufrimiento acabó al fin por dejarse oir en medio de aquella explosión de utopias humanitarias, que habían desorganizado y ensangrentado la Francia. Para poner remedio á las miserias crecientes del pueblo, era preci-

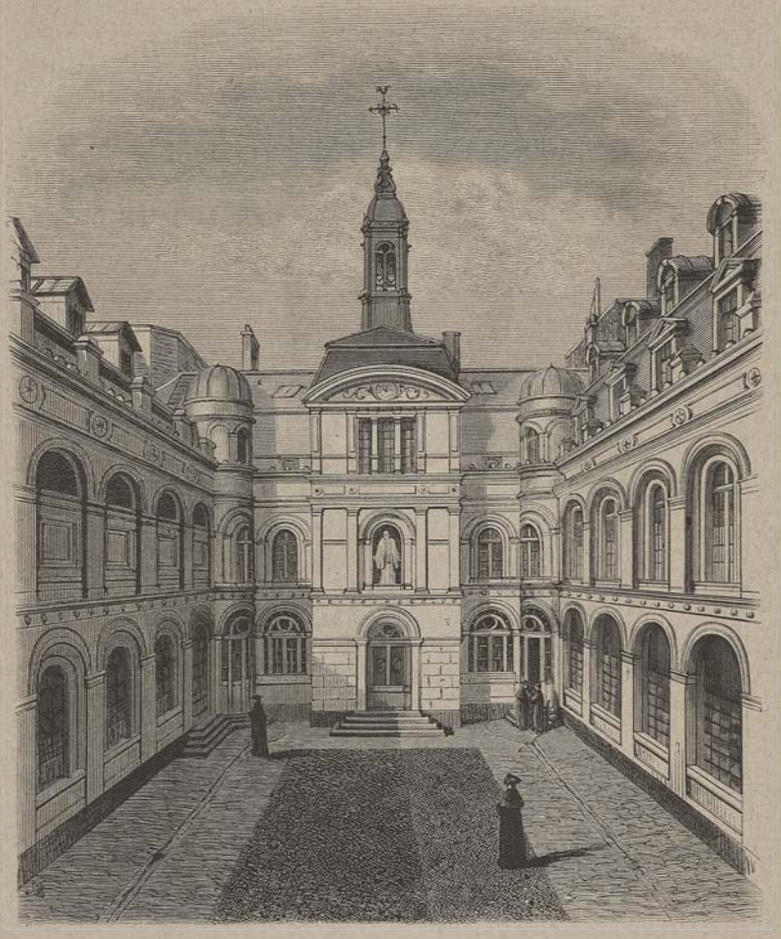
so tornar á la caridad. En efecto, el Gobierno del diez y ocho brumario volvió primero sus ojos hacia las Hijas de S. Vicente de Paul. Por decreto de 14 de Octubre de 1801, las restituyó á los

RETRATO DEL SEÑOR HANÓN

Superior general de la Misión desde 1807 á 1816.—Por haber rehusado en 1811 obedecer á las órdenes de Napoleón de separarse de la dirección de las Hijas de la Caridad fué reducido á prisión en Fenestrelle á una con el Cardenal Pacca; no recobró la libertad hasta 1814.

hospitales, de donde las expulsara la Revolución, haciendo constar «que los socorros concedidos á los enfermos no pueden ser asiduamente suministrados sino por las personas consagradas por estado al servicio de los establecimientos, y dirigidos por el entusiasmo de

la Caridad: que entre todos los hospicios de la República, ninguno era administrado con más esmero, inteligencia y economía, que aquellos donde estaban al frente los antiguos discípulos de esa su-



VISTA DEL PATIO PRINCIPAL DE LA MISIÓN EN PARÍS.

Residencia del Superior general de las dos Congregaciones establecidas por S. Vicente de Paul: los Sacerdotes de la Misión y las Hijas de la Caridad. Estado actual.—En la Iglesia de esta residencia se venera el cuerpo de S. Vicente.

blime institución, cuyo único objeto era formar á todos para los actos de una caridad sin límites.» En su consecuencia «la ciudadana Deleau, antes Superiora de las Hijas de la Caridad,» fué autorizada para formar discípulas destinadas al servicio de los hospi-

cios, y al efecto se le concedió la Casa hospitalaria de los huérfanos, calle del Vieux Colombier.

Después de diez años de dispersión reaparecían más útiles y más rodeadas de bendiciones que nunca las Hijas de S. Vicente. Semejantes á la paloma del Arca, anunciaban con su entrada en el mundo la desaparición de las tempestades políticas y el retorno de la

CARLOS X, REY DE FRANCIA.

Copia de un boceto de Gatteaux en la Biblioteca Nacional.—Dos días después de la traslación de las reliquias de S. Vicente, Carlos X acompañado de las Duquesas de Angulema y de Berri vino á prosternarse ante los restos del Santo... «Vengo, dijo, á pedir por su intercesión, la felicidad de mis pueblos.»

serenidad sobre la tierra. No tardaron en congregarse cierto número de ellas en París en derredor de la hermana Deleau, apresurándose á encargarse de sus ministerios para con los pobres y enfermos. De todas partes vinieron nuevas postulantas á llenar los vacíos que la persecución, el destierro y la muerte habían producido en sus filas; y tres años después de haberles concedido el gobierno el permiso para restablecerse, se hallaban ya en estado de servir doscientos cincuenta hospitales.

La Congregación de los Padres de la Misión, que se había

desarrollado más en el extranjero antes de 1792, tuvo menos trabajo para sostenerse durante el período revolucionario. Muerto el superior señor Caila en Roma el 12 de Febrero de 1799, le sucedió el señor Brunet en calidad de Vicario general para la Francia.

Un Decreto de 27 de Mayo de 1804 restablecía la Congregación de la Misión. Todo parecía presagiar días prósperos; mas aun no habían concluído las pruebas. El omnipotente organizador de la Revolución no veía en la caridad ni en la religión más que un instrumento político, y quería tener la una y la otra sujetas á su dominio. El sucesor del señor Brunet, el venerable Hannón gobernaba las dos familias de S. Vicente de Paul, cuando Napoleón se propuso sustraer á las religiosas de la dirección de los sacerdotes de S. Lázaro. Esto valía tanto como destruir la obra del Santo fundador. Así lo comprendió el señor Hannón, y como su resistencia era un crimen á los ojos del Emperador, fué desterrado á diversos puntos, y por último á Fenestrelles, donde le honraron con su amistad ilustres prisioneros, entre otros el cardenal Pacca. Al mismo tiempo se hacían tentativas entre las Hermanas de España para separarlas de la casa-madre (1). S. Vicente velaba por su doble familia desde el cielo. Dos Breves del Soberano Pontífice Pío VII vinieron á restablecer la paz y la unión momentáneamente alteradas. En 1827 recomienza la serie de los Superiores generales con el señor Wailly, y desde ese momento la obra de San Vicente de Paul se difunde con nuevo vigor en ambas comunidades indisolublemente unidas bajo la dirección de un mismo jefe.

Inauguró la nueva era de caridad que se abría sobre las ruinas de la Revolución un hecho de mucha resonancia. El cuerpo del bienaventurado padre de los pobres había seguido todas las vicisitudes de los acontecimientos. Desterrado también de S. Lázaro durante la tormenta, reapareció con gloria en el momento en que

(1) Esta indicación del autor parece revelar que las cuestiones asaz espinosas que han surgido en más de una ocasión en el seno de las admirables y edificantes Congregaciones españolas de S. Vicente tenían un origen político ó más bien revolucionario. Desde luego afirmamos que el origen ha de buscarse en causas muy diferentes, algunas puramente internas de la misma Congregación. De ello apuntaremos algo en nuestros Apéndices.—*N. del T.*

TRASLACIÓN SOLEMNE DE LAS RELIQUIAS DE S. VICENTE DE PAUL

El 25 de Abril de 1830 en París. Copia de un grabado del tiempo.—El ataúd era llevado por treinta hombres pertenecientes á las asosiaciones de Santa Genoveva y de S. José que habian reclamado tal honor. Seguían unos veinte Prelados, varios limosneros del Rey, un concurso extraordinario de clérigos, de altos funcionarios y un pueblo innumerable.

las dos Compañías de los Sacerdotes de la Misión y de las Siervas de los pobres acababan de reconstituirse bajo las reglas de su Fundador. La traslación de las reliquias de S. Vicente de Paul á la nueva Casa-madre de la Misión verificada con gran pompa el 25 de Abril de 1830 no fué solamente el triunfo público y solemne de este bienhechor de la humanidad; fué como el punto de partida de una renovación religiosa en un siglo que parecía entregado por la fuerza de sus principios y por sus primeras empresas á la impiedad para con Dios, al egoísmo para con el hombre. La reaparición de aquellos sagrados huesos produjo desde luego un brote fecundo de caridad: del sepulcro glorificado de S. Vicente renació un nuevo principio de fecundidad y de vida. Su espíritu resucitó entre los hombres, y todas las obras de caridad, interrumpidas por la Revolación tomaron de nuevo un maravilloso desarrollo. La virtud del Santo hizo desplegar la misericordia en sus formas más sensibles, y de tal modo multiplicó las industrias de la beneficencia cristiana, que no tienen número sus obras y sus inspiraciones. Entonces nació la Sociedad de su nombre, ó Sociedad de S. Vicente de Paul, que produjo las más variadas invenciones de piadosa solicitud y de verdadera caridad. Tal vez no hubo una época de semejante desarrollo para esa virtud sublime.

La sola nomenclatura de las instituciones innumerables de este siglo, más ó menos relacionadas con la doble familia de S. Vicente, sería empresa muy larga y difícil. Por vías diferentes y con diversos medios, extienden su influencia á todas las edades y á todas las necesidades. Citaremos por vía de ejemplo algunas de ellas, haciendo referencia á las de Francia solamente.

Si al nacer el niño, le abandona su madre, no le faltan ni la cuna ni los pañales que le prepara cariñosamente una Hermana en el Hospicio de los Niños Expósitos. Allí recibe los cuidados y la educación, que no podrían proporcionarle sus padres, sin abandonar el trabajo del que han de subsistir.

La Sociedad de la Caridad maternal auxilia á las pobres madres parturientas, y facilita los matrimonios de los pobres. La Caridad Cristiana no se contenta con recoger á los niños abandonados; se anticipa á esos peligros, volando en socorro de esos desgraciados á

Extracto de una carta de Monseñor de Quelen, Arzobispo de París, al Superior general de la Congregación de la Misión.
Archivos de la Misión en París.

Archevêché
de
Paris.

Paris, le Jeudi Saint 8 avril 1830.

Monsieur le Supérieur,

Le chapitre métropolitain possède actuellement, dans son trésor, un crucifix que l'on assure avoir servi à Saint Vincent de Paul pour exhorter le roi Louis XIII à la mort; Dans une délibération capitulaire, que j'ai présidée aujourd'hui avant la Grand-Messe, le chapitre a décidé que ce crucifix seroit placé entre les mains et sur la poitrine de St Vincent de Paul, dans la nouvelle chasse d'argent que le diocèse de Paris offre à la congrégation de la mission comme un gage de sa dévotion envers ce Saint Prêtre.

Il m'a été aussi remis, par des personnes très pieuses, une aube d'un grand travail, et une riche étole que je suis très heureux d'offrir soit pour envelopper le corps du Saint, soit pour l'orner lorsqu'il sera fixé dans la chasse.

Vous savez, Monsieur le Supérieur, combien je suis dévoué à votre congrégation et avec quel empressement je saisis toutes les occasions de vous en donner des témoignages, veuillez en recevoir de nouveau l'assurance et l'expression des sentiments respectueux avec lesquels j'ai l'honneur d'être Votre très humble et très affectionné Serviteur

+ Hyacinthe archevêque de Paris

M. l'abbé Salorgne Supérieur Général de la Congrégation de la Mission.

(Traducción.)

ARZOBISPADO DE PARÍS.

París, Jueves Santo ocho de Abril de 1830.

Señor Superior:

El Cabildo Metropolitano posee actualmente en su tesoro un crucifijo que se asegura haber servido á S. Vicente de Paul para exhortar á bien morir al Rey Luis XIII. En una sesión del Cabildo, que he presidido hoy antes de la misa pontifical, ha resuelto éste que el referido crucifijo sea colocado entre las manos y sobre el pecho de S. Vicente de Paul en la nueva urna de plata, que la Diócesis de París ofrece á la Congregación de la Misión como prenda de su devoción para con aquel Santo sacerdote.

También se me ha remitido por personas muy piadosas una alba de gran trabajo y una rica estola que, lleno de complacencia ofrezco, bien sea para envolver el cuerpo del Santo, bien sea para adornarlo, cuando esté ya colocado en la urna.

Sabe V., Señor Superior, cuánto afecto profeso á su Congregación, y cuán gustoso aprovecho todas las ocasiones de demostrárselo. Aceptad nuevamente la seguridad y la expresión de los sentimientos respetuosos, con los cuales me repito de V. muy humilde y afectísimo servidor,

JACINTO, *Obispo de París.*

Señor Presbítero Saloigne, Superior general de la Congregación de la Misión.

los países más remotos, donde reina la costumbre bárbara de abandonarlos. Tal es el objeto de la obra de la Santa Infancia, precioso anejo de las Misiones. En Oriente, en China recoge una multitud de pequeños seres. Con una suscrición de cinco céntimos semanales, que á favor de la multiplicación de la limosna, se convierte en un capital de muchos millones, salva millares de esos pequeñuelos de una muerte inmediata, y además los hace cristianos para la eternidad. Esta es la institución de S. Vicente difundida por uno de sus dignos imitadores, Monseñor Forbín Jansón, hasta las extremidades del globo y extendida á los hijos de los infieles.

Cuando el niño se ha desarrollado, ábrense para él las escuelas

en todas las ciudades y en todas las aldeas; y también en este caso brilla la idea cristiana de la instrucción gratuita. San Vicente de Paul habia querido que las Siervas de los pobres fuesen también maestras de escuela, y el venerable La-Salle generalizó en Francia la institución de las Escuelas gratuitas. Hoy se ocupan en la enseñanza de los niños pobres innumerables congregaciones religiosas

HOSPICIO DE HUÉRFANOS DE ZI-KA-VEL (CHINA).
Un misionero enseña la doctrina á los niños.

de hombres y de mujeres. El espíritu del cristianismo ha puesto al alcance de los más miserables los medios de instruirse. Cerca de dos millones de niños deben cada año en Francia á la caridad católica los conocimientos necesarios á su condición.

Más admirable todavía es la caridad en su solicitud para con los huérfanos. En esto ha obrado maravillas. Paris sólo cuenta un centenar de hospicios de huérfanos. En el resto de la Francia hay

LA URNA DE SAN VICENTE DE PAUL

EN LA IGLESIA DE LA MISIÓN DE PARÍS.

Esta urna, obra de Odiot, que habia figurado en la Exposición de la industria francesa en 1827, era una ofrenda de la Diócesis de París: á la cabeza de las listas de suscrición se habian hecho inscribir el Rey Carlos X, los Príncipes y las Princesas de la Real Familia.

Las reliquias del Santo están ricamente vestidas con telas de seda y cubiertas con los ornamentos sacerdotales. El crucifijo que se ve entre las manos es el mismo que le sirvió para exhortar á Luis XIII moribundo.

COMMISSION DES MONUMENTS HISTORIQUES

Dambourgez lith

Imp Lemercier & Cie Paris

otros ciento cincuenta, todos fundados en este siglo, y sostenidos en su mayor parte con las limosnas católicas. Se ha dado á tales establecimientos las más variadas formas: Instituto agrícola é industrial, colegio, escuela normal, obrador, manufactura y otros, donde á la vez que hallan asilo los niños sin padre ni madre, también se les proporciona una casa de aprendizaje para todos los estados, una

EL HOSPICIO DE HUÉRFANOS DE NUESTRA SEÑORA DES-FLOTS
Establecido en Dieppe para los jóvenes grumetes, y confiado á las Hijas de la Caridad.

escuela de trabajo de buenas costumbres y de piedad. El Hospicio de Mesnieres, el primero de los establecimientos de este género, creado por el abate Eudes en unión con la señorita Marquesy, ofrece mediante una sabia organización el conjunto de diversos oficios; el Hospicio Elancourt en el departamento de Sena-Oise, fundado en 1859 por el Abate Mequignon, uno de esos hombres singulares nacidos para realizar obras benéficas, es uno de los que reunen las condiciones de la familia para los niños sin padre. Uno de los más conmovedores es el de Nuestra Señora des-Flots, establecido en

Dieppe para los grumetes. Entre los hospicios de niñas se puede citar el establecimiento de las Niñas Desamparadas creado en 1803 por dos mujeres llenas de fe y de caridad, las Condesas de Carcado y de Saisseval; su objeto es la adopción completamente gratuita de las niñas huérfanas de madre, desprovistas de recursos y de protección, las cuales hallan una familia en las señoras de la Obra.

FACHADA PRINCIPAL DEL HOSPICIO DE LA ASUNCIÓN

Fundado en Elancourt por el Abate Mequignon.—Comenzada en 1859 esta obra con doce muchachos, alberga hoy hasta trescientos huérfanos: cuidan de ellos diez y ocho Hermanas de la Caridad, y se les enseña la agricultura y la jardinería.

Al lado del Hospicio figuran en esta grande obra moderna de la caridad el patronato con sus talleres, sus círculos de obreros, sus juegos, sus escuelas, sus bibliotecas. S. Vicente había tenido la idea de esta obra, y aun se había hecho el ensayo en muchos lugares, aplicando sus reglamentos. Hoy existe la institución bajo diferentes formas y con diversos nombres para los jóvenes de ambos sexos. Tales son los patronatos de aprendices y de jóvenes obreros de la Sociedad de S. Vicente de Paul, las asociaciones de

jóvenes dirigidas por los Hermanos de las Escuelas cristianas, los patronatos de obreras dirigidas por las Hermanas de S. Vicente y otras muchas. Todas estas obras toman al joven ó á la niña des-

LA MADRE DE LOS HUÉRFANOS.

La virginidad Cristiana no es estéril; crea á Jesucristo en las almas por el Apostolado de la Fe, lo hace vivir hasta en los mismos cuerpos por el Apostolado de la Caridad.

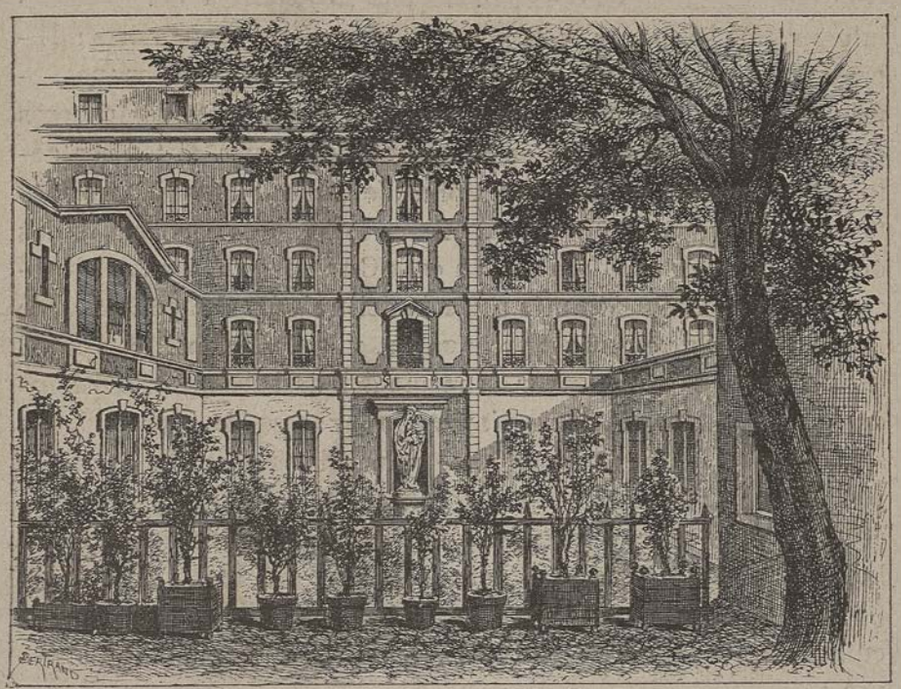
pués de su primera comunión, y les ofrecen para los domingos un día de reunión, en donde además de los divinos oficios y de la instrucción religiosa se les proporcionan recreaciones, juegos y amistades honradas. Para el complemento de su instrucción se han

abierto las escuelas nocturnas, se ha proporcionado el aprendizaje en casas de confianza y se ha rodeado á los jóvenes de protección y de vigilancia. Los jóvenes tienen por protectores y por guías á los bienhechores de la casa, á los hijos de S. Vicente de Paul, á los Hermanos de las Escuelas cristianas, por amigos á los Socios de las Conferencias de S. Vicente, los cuales toman parte en sus juegos y los encaminan con sus ejemplos y sus buenos consejos. Las jóvenes son colocadas bajo la vigilancia de una señora protectora, que las visita y las socorre en sus necesidades y enfermedades. Los locos, los ciegos, los sordo-mudos tienen una participación especial y privilegiada en este conjunto de instituciones de educación, de patronato y de asistencia, encargados de suplir á la familia y de suavizar los infortunios.

A las obras de adopción y de patronato se agregan para la juventud las obras moralizadoras de corrección y de rehabilitación. Las colonias penitenciarias que han tomado por modelo la de Mettray, creada en 1837 por el señor Metz y por el Vizconde de Bretigneres, reciben á los niños indisciplinados, á los jóvenes detenidos y á los sometidos á la vigilancia de la justicia, hasta su mayor edad; allí se les emplea en trabajos industriales y agrícolas, que les permiten después tomar estado y ganarse honradamente la vida. Análogamente existen casas penitenciarias de mujeres jóvenes, dirigidas por Comunidades religiosas, que las enseñan labores, trabajos de campo, arreglo de la casa, etc.

Un gran número de establecimientos recogen á las extraviadas que quieren tornar á las sendas del honor y de la virtud. La solicitud particular de S. Vicente de Paul para con estas desgraciadas criaturas había creado las casas de la Piedad y de Santa Pelagia, que á instigación suya había fundado la señora Miramión. Al mismo tiempo nacía la Obra del Refugio, fundada en Caen en 1641 por el Venerable P. Eudes; después se habían creado los Refugios del Buen Pastor, abiertos al arrepentimiento por la señora Combé en muchas ciudades de Francia, y á la vez otras casas similares, como la de Santa Valeria y la de las Hijas del Salvador, fundada en París por el mismo tiempo. Aquella institución ha germinado después maravillosamente en todas las provincias.....

Complemento es de las instituciones de patronato y preservación la Obra de los Círculos Católicos de obreros, nacida á raíz de los desastres de 1870 de un mismo pensamiento, concebido por los señores Maignen y Pablo Vrignault, unidos á dos jóvenes oficiales, Alberto y Roberto de Mun, los cuales aleccionados por los reveses



PATRONATO PARA LOS APRENDICES JÓVENES

El primero fundado en Paris por las Conferencias de S. Vicente de Paul. Esta obra es la continuación de la que S. Vicente hacia depender de las Cofradías de la Caridad, y para la cual había redactado un reglamento.

de aquella guerra, habían concebido el designio de una noble reacción para un pueblo moralmente rebajado. Su idea fué encaminar la actividad de las clases ilustradas en favor de la clase obrera; su objeto es inducir á los Directores de las fábricas y talleres, á los propietarios y á los grandes agricultores á ser verdaderamente los patronos, es decir los protectores, los modelos, los padres de sus

obreros; á reconstituir con ellos agrupaciones sociales, para hacer revivir en la comunidad de los deberes y de los intereses las tradiciones del trabajo, del honor y de la virtud, que eran la fuerza de la antigua Francia. Unidos por los lazos de la fraternidad cristiana, los miembros de los Círculos tienen por Patrón á Jesús Obrero, y por bandera la Cruz. Una Junta general se encarga de la propagación y sostenimiento de la obra. El obrero participa del gobierno interior del Círculo, y vela por sus intereses; provisto de su Libreta-Diploma, puede recorrer la Francia, y en todas partes encuentra una acogida fraternal, así como bienhechores y compañeros que le protegen. Esta obra se ha ensanchado desde 1871, pues actualmente poseen su Círculo Católico de Obreros más de trescientas cincuenta ciudades y villas. El movimiento de reforma de los obreros se ha extendido, pues, en esos Círculos, y éstos van alcanzando una organización más perfecta del trabajo. La actividad de Alberto Mun, su elocuente propagador, y la de Harmel, el apóstol de la fábrica, dejan entrever en medio del desbordamiento del industrialismo el medio de regularizar los excesos de actividad, los apetitos exagerados de riqueza, de reducir la producción á sus leyes naturales, de restablecer el equilibrio entre el trabajo y el capital, la unión entre el patrono y el obrero, de convertir, en fin, la la industria moderna al cristianismo.

Empero siempre habrá pobres, enfermos y ancianos desvalidos en la sociedad. Para ellos se han creado las diferentes instituciones de asistencia pública. Las Cofradías de la Caridad, destruídas durante la revolución, se han reconstituído con la Sociedad de San Vicente de Paul, fundada por un grupo de generosos jóvenes, á cuyo frente figura Ozanám. También ha contribuído á esa rehabitación la obra de los Pobres Enfermos, establecida en París en 1840 por el señor Etienne, Superior General de la Misión. De la Sociedad de S. Vicente de Paul que tiene por objeto visitar á los pobres á domicilio, y socorrerles moral y materialmente, han nacido las obras de la Santa Familia y de la Doctrina Cristiana, la de los Hornos Económicos, la de la Marmita de los pobres, la de las Cajas de los alquileres; las obras de las Tutelas y del Abogado de los pobres, la de las Roperías, la de las Bibliotecas; la obra

LA CUNA DEL HOSPICIO ACTUAL DE LOS NIÑOS EXPÓSITOS EN PARÍS.

Sobre la puerta se lee la siguiente inscripción: «Mi padre y mi madre me han abandonado, pero el Señor me ha recogido.» El Hospicio servido por las Hijas de la Caridad contiene seiscientas camas; son admitidos allí los niños hasta la edad de doce años.—El Hospicio de los niños expósitos es una antigua Casa del Oratorio suprimida por la Revolución.

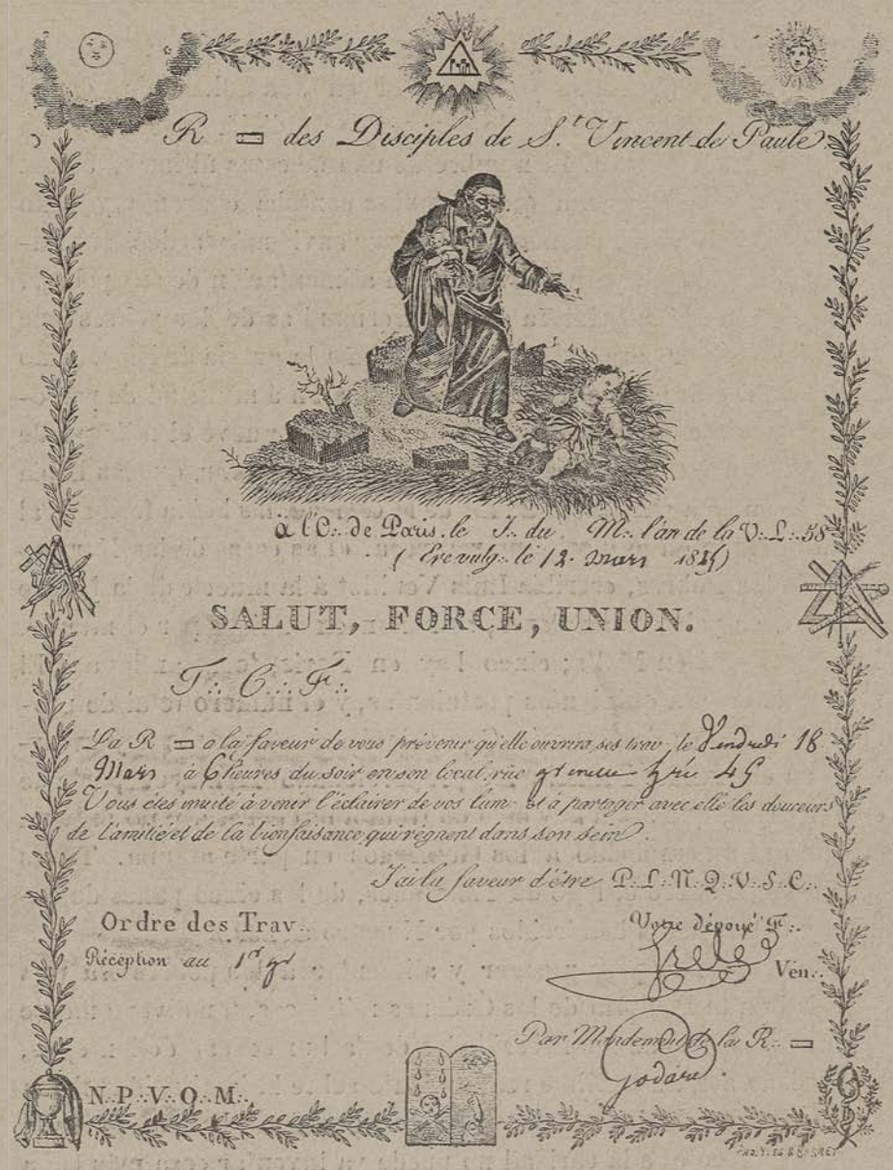
de S. Francisco de Regis para la rehabilitación de las uniones ilícitas y otras muchas (1).

En todas estas obras y en muchas otras semejantes lo ha hecho todo la iniciativa particular, pues la sostienen la solicitud de las Congregaciones religiosas, el celo de los párrocos, el concurso de los hombres de bien. El Estado y los Municipios sólo subvencionan los Hospitales y las oficinas de Beneficencia.....

Empero la creación más admirable de la caridad en este siglo es la de las Hermanitas de los Pobres. La ciudad de Saint-Servan fué su cuna, y su inspirador el Abate Le Pailleur, joven vicario de parroquia. Este señor encargó á dos muchachas pobres que visita-

(1) El autor se refiere en esta larga enumeración de obras de caridad exclusivamente á Francia, según dijo algo más arriba. En los Apéndices consignaremos aquellas obras de asistencia de igual índole que se hallan establecidas en España, y están servidas por individuos de la familia de S. Vicente ó de sus Conferencias. Respecto á las demás, sólo podemos permitirnos apuntar en términos generales que la caridad en nuestra patria ha sido verdaderamente fecunda, para atender á todas las necesidades espirituales y temporales de los necesitados. Si no ofrecen la variedad que en otros países las instituciones caritativas es, porque los Institutos religiosos en España ejercían de una manera tan amplia la virtud de la caridad, que no dejaban, por decirlo así, vacío alguno.

Aparte de esto, es preciso también hacer constar que nuestros Hospitales, Casas de Caridad, Asilos de Maternidad y Expósitos, y en general los Establecimientos de beneficencia pública poseían rentas tan holgadas, ó mejor dicho, tan superabundantes, hasta que la moderna revolución consumó el incalificable despojo titulado *la desamortización*, como tal vez ningunos otros en el mundo. Debíase la esplendidez de esas dotaciones al generoso desprendimiento de los Prelados de la Iglesia comunmente, los cuales además de proteger con mano pródiga tales Establecimientos con sus entonces pingües rentas, les hacían, al morir, legados muy cuantiosos, que aseguraban su vida próspera. Si á esto se agrega el espíritu profundamente cristiano que informaba á la nobleza española, espíritu que resplandecía de un modo particular en su amor á los pobres, se comprenderá la magnificencia con que estaban dotados los Establecimientos caritativos. A esta circunstancia se debe el que la iniciativa particular tuviese poco que hacer hasta los tiempos modernos, para remediar las necesidades de los pobres. En los tiempos que hoy corremos han tenido necesidad también de ingeniarse los buenos católicos de España, para llenar el vacío doloroso que los modernos sistemas doctrinarios han dejado en la beneficencia pública, y son numerosísimas las obras sostenidas por las Sociedades católicas de propaganda para alivio y moralización del pobre pueblo. Escuelas gratuitas para niños, Escuelas nocturnas para adultos, Círculos de obreros, Patronatos de aprendices, Casas de socorro para enfermos, Enseñanza de los presos, Catecismos y otras muchas mantiene en casi todas nuestras provincias el espíritu de fe de las clases pobres, y atienden á sus necesidades en mayor ó menor escala. No entramos á describir la organización y sostenimiento actual de los establecimientos públicos, que corren á cargo del Estado ó de las Corporaciones oficiales, porque esto nos llevaría demasiado lejos. (*N. del T.*)



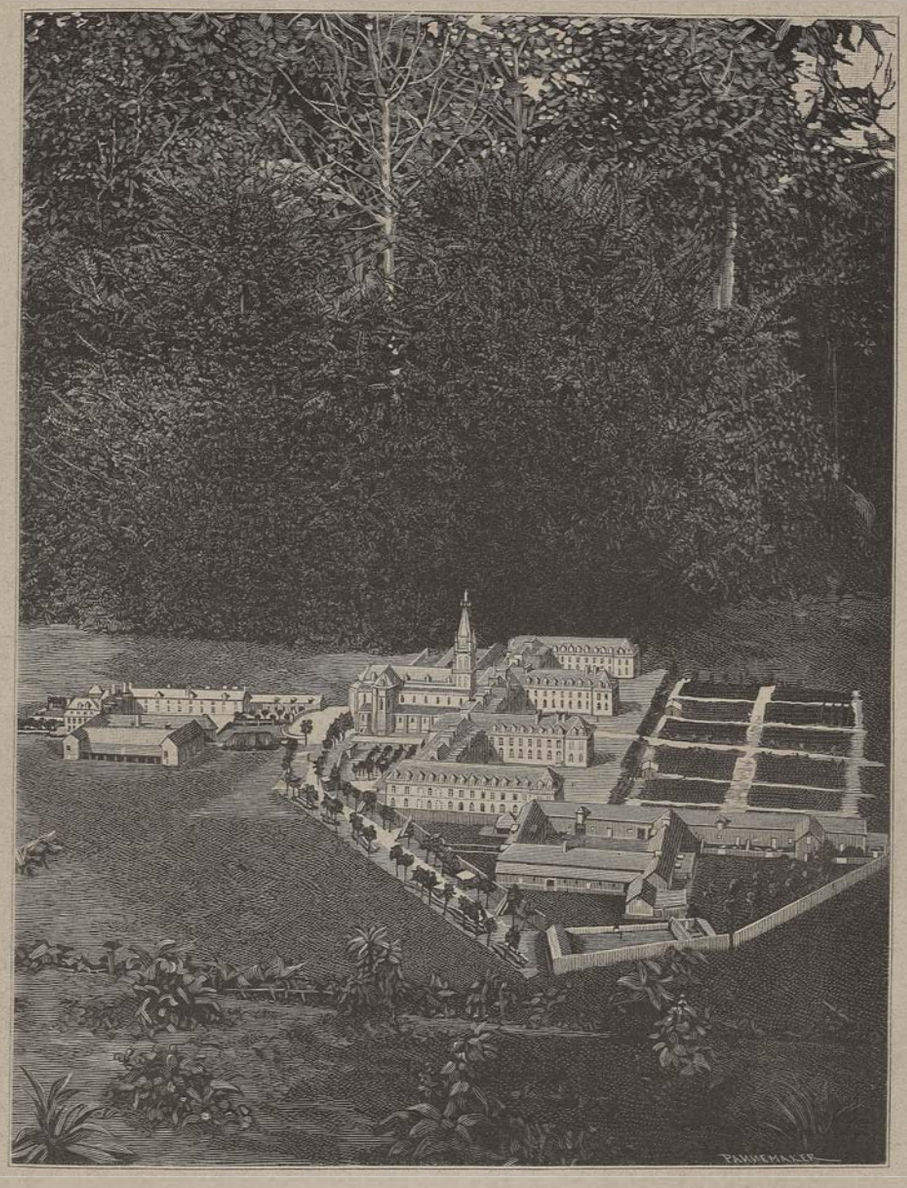
FACSIMILE DE UNA PAPELETA DE CITACIÓN USADA EN UNA LOGIA MASÓNICA DE PARÍS QUE HABÍA TOMADO POR PATRONO Á S. VICENTE DE PAUL, SIGLO XIX.

La elección de S. Vicente como patrono de una logia masónica era á la vez que un homenaje involuntario rendido á la caridad cristiana, una confesión de impotencia por parte de la filantropía, y sobre todo un medio hábil de cubrir bajo las apariencias de beneficencia el objeto real de las sociedades secretas, es decir, la ruina de las instituciones religiosas, de las cuales ha sido S. Vicente uno de los más grandes restauradores.

ran, atendieran y alimentaran á una anciana ciega, á la que poco tiempo después (1840) se pudo recoger en una bohardilla, donde moraban otras dos personas de muy pobre condición, que quisieron asociarse á la empresa. El nombre de una de estas últimas, Juana Jugán, antigua sirvienta que entonces contaba cuarenta y ocho años, se hizo célebre, cuando Le-Pailleur envió más tarde á sus Hijas á pedir limosna para subvenir á la alimentación de sus pobres. Juana Jugán fué la primera de las Hermanitas de los pobres que salió á mendigar para ellos. Hoy acompaña la gracia de Dios, como entonces, á esas santas jóvenes que alimentan á multitud de personas, pidiendo cada día á Nuestro Señor que renueve el milagro de la multiplicación de los panes. El Abate Le-Pailleur, que las había iniciado en esta sublime práctica de la caridad, las había formado al mismo tiempo en la disciplina religiosa. «Las casas de las Hermanitas de los Pobres, escribía Luis Veuillot á la muerte de la Madre Paulina, su primera asistenta, se hallan extendidas por el mundo. La última está en Malta; cinco hay en París, todas antiguas. El noviciado cuenta quinientas postulantas, y el número total de profesas es de cerca de tres mil. Cerca de doscientas casas hay repartidas en el mundo. Francia ha proporcionado la mayor parte de este ejército, que aloja hoy más de treinta mil pobres, y no pide un céntimo ni un empleado á los Gobiernos en parte alguna. Todos viven, como sobre el lago de Tiberíades, de los cinco panes de cebada y de los peces bendecidos por Nuestro Señor.»

Hacerse pobre para recoger y alimentar á los pobres era una novedad en la Historia de las Órdenes religiosas, tan diversamente acomodadas á todas las necesidades de la humanidad doliente; es, por decirlo así, un sublime refinamiento sobre la institución misma de las Siervas de los pobres, y, si es permitido hablar así de la Iglesia, parece que la caridad no puede ya inventar cosa más bella y más santa.

Si tantas obras admirables en todos los géneros que nuestro siglo ha producido no proceden directamente de S. Vicente de Paul, están inspiradas en su espíritu, y la mayor parte no hacen sino reproducir y desarrollar sus mismas instituciones. Muchas de ellas se encuentran reunidas en el lugar mismo de su nacimiento,



VISTA GENERAL DE LA CASA-MADRE DE LAS HERMANITAS DE LOS POBRES.

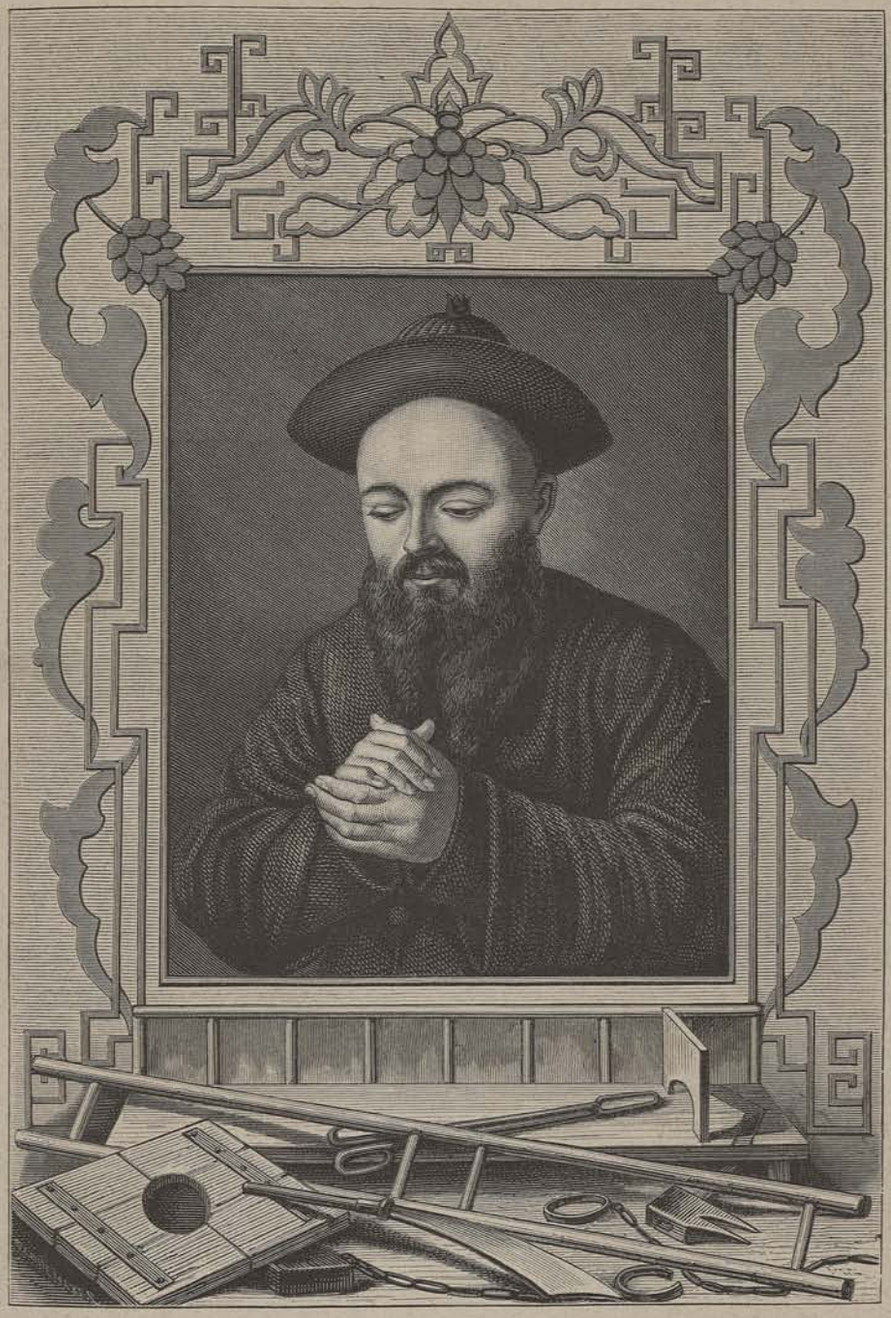
En la Torre de S. José en San Pern (Ille et Villaine).—Las Hermanitas de los Pobres procuran á los ancianos de ambos sexos un asilo gratuito y los alimentan con limosnas recogidas á domicilio. Esta obra es análoga á la que S. Vicente había fundado en el Hospicio del Nombre de Jesús.

como para rendirle un homenaje de cuanto se ha realizado en estos tiempos. La casa establecida en el paraje que lleva hoy el nombre del Apóstol de la Caridad, ve agrupadas alrededor de su cuna sus principales fundaciones. Comprende un Hospicio de huérfanos, otro de huérfanas, un tercero de ancianos, una Escuela profesional para niños, y un establecimiento de Misiones y retiros.

En medio de este desarrollo de la Caridad, las dos familias de San Vicente de Paul han tomado maravilloso desarrollo, y continúan con éxito creciente las obras de su padre. Actualmente, bajo el gobierno del señor Fiat, los sacerdotes de la Misión en número de cerca de dos mil, comprendiendo en ellos los Hermanos coadjutores, tienen en Francia y en Argelia sesenta y seis establecimientos, veinte y ocho en Italia, diez en España, cuatro en sus posesiones de Filipinas (1), cinco en Portugal, nueve en Irlanda, dos en Prusia, tres en Polonia, cinco en Austria, siete en Turquía y en el Levante, cuatro en Persia, seis en Asiria, cuatro en Abisinia, treinta y nueve en China, trece en los Estados-Unidos, nueve en Méjico, veinte y cinco en la América del Sur. En todas partes ejercen sus antiguos ministerios. La China es su más glorioso campo de conquista; allí es donde principalmente proclaman á los ojos del mundo con su celo por la propagación del Evangelio, con su valor en las persecuciones, con su heroísmo en el martirio, que son de la raza de los primeros apóstoles del cristianismo y de los primeros misioneros enviados por S. Vicente de Paul á los infieles. Ellos forman con sus hermanos de las otras Congregaciones religiosas los instrumentos de esa obra admirable de la Propagación de la fe. Cuentan dos mártires, los señores Clet y Perboyre, muertos por la fe en China; el primero en 1820, el segundo durante la terrible persecución de 1840, ambos declarados Venerables.

El prodigioso incremento de las Hijas de S. Vicente es el rasgo característico de la historia de la Caridad en este siglo. La revolución las había suprimido y hoy se hallan esparcidas por el

(1) A las de España y Filipinas han de agregarse las de la Habana, Santiago de Cuba y Puerto-Rico, también españolas.



RETRATO DEL VENERABLE JUAN GABRIEL PERBOYRE

Sacerdote de la Congregación de la Misión martirizado en China por la fe cristiana en 1840.

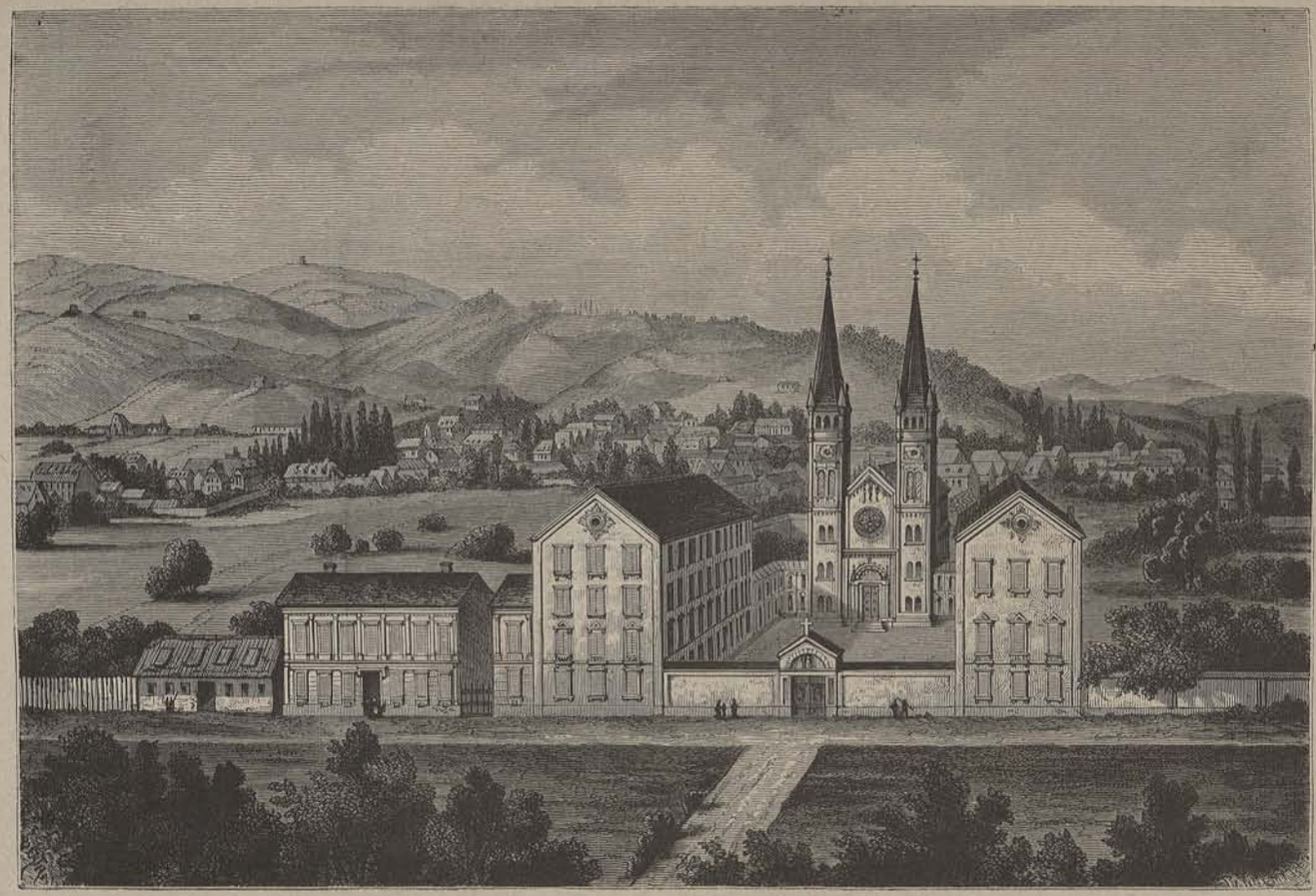
mundo en número de más de veinte mil. Apenas restablecidas en Francia, se las ve recobrar todos los establecimientos de que habían sido lanzadas; penetran en Belgica y en Suiza; ocupan en bre-

RETRATO DE LA SEÑORA ISABEL SETÓN.

Lleva el traje primitivo de las Hermanas de la Caridad en América.—Esta señora fundó en 1810 en Baltimore el Instituto de las Religiosas de S. José, las cuales en 1840 abrazaron en número de cuatrocientas las reglas de las Hijas de la Caridad.

ve tiempo todas las provincias de Italia, franquean los Pirineos y se difunden por España y Portugal (1); atraviesan el Estrecho y desembarcan en Inglaterra de donde van á Irlanda; de nuevo se

(1) El 18 de Marzo de 1782 salieron de Barcelona seis jóvenes españolas, para hacer su noviciado de Hijas de la Caridad en Francia, y en 1790 llegaron cinco de ellas á Barcelona, y se pusieron al cuidado del Hospital de esta ciudad. Con esta fecha se inaugura propiamente la Congregación de las Hermanas españolas como diremos en otro lugar, y no en tiempos posteriores á la revolución francesa.—(*N. del T.*)



CASA CENTRAL DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD EN GRATZ (AUSTRIA-HUNGRÍA).

La señora Brandis, Superiora y fundadora de esta Casa, habia allí fundado en un principio una comunidad de Religiosas hospitalarias. En 1851 fué á París, pasó dos años en la Casa-madre de las Hijas de la Caridad, después regresó á Gratz y vistió con todas sus Hermanas el traje de las Hijas de la Caridad, cuyas reglas adoptó al propio tiempo. Cuatro años después habian ya salido trescientas Hermanas de esta casa para esparcirse por las diferentes partes del Imperio.

COMISION PROVINCIAL
ARCHIVO HISTORICO PROVINCIAL

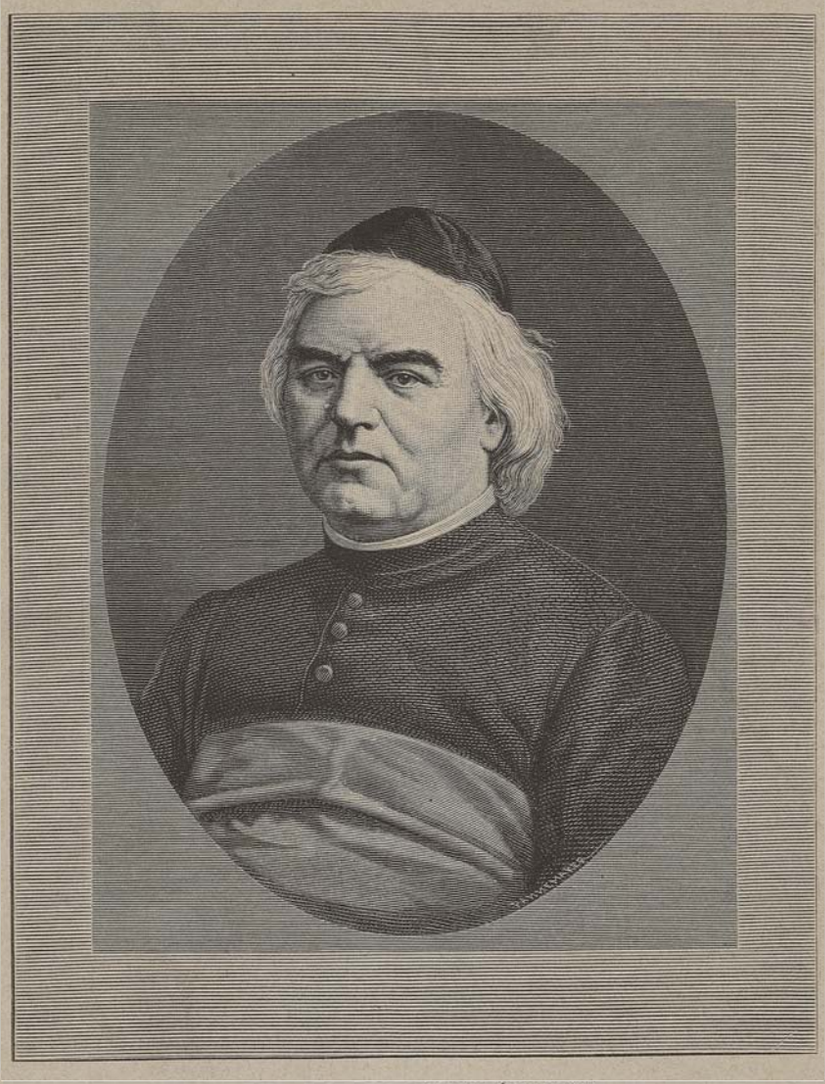
dirigen á consolar á Polonia, y suavizar sus pruebas; por último atraviesan las fronteras de la Prusia y ganan el Austria. No ofreciendo ya la Europa nuevo campo á su celo, se las ve aparecer en Turquía, en Egipto y en la Persia, en la China, en la isla de Borbón, en la Abisinia, donde se las acoge con grande complacencia; establécense además en las Américas del Norte y del Sur.

La Compañía de las Hijas de la Caridad debe principalmente su propagación y sus establecimientos en el extranjero al Venerable señor Etienne, uno de los más eminentes Superiores generales de la Misión. Este digno sucesor de los Almeras y de los Cayla, escribía á sus Hijas el 8 de Setiembre de 1843: «Los confines de Europa no bastan ya á contener los esfuerzos de vuestra caridad; instantáneamente ha estallado el espíritu apostólico en el seno de vuestra Compañía; la caridad ha dilatado los corazones: atravesar los mares, dirigirse á playas remotas, exponerse á todos los peligros, á todas las persecuciones y á todos los sacrificios, todo esto os ha parecido motivo de dicha y regocijo.» En efecto, las Hermanas de la Caridad han ido á todas partes, han abrazado todos los trabajos, soportado todas las persecuciones..... He aquí algunos rasgos:

En el combate de Brienne en 1814, una batería dirigía sus disparos horribles sobre el hospital; todo el mundo había huído menos las tres Hermanas que guardaban los heridos. También se las quiere obligar á separarse de allí: «No, contesta la Superiora, estoy en mi puesto y moriré en él. Dios me pedirá cuenta un día de lo que hacía en el momento de la batalla de Brienne.» No obstante quiso hacer salir á sus compañeras que eran más jóvenes, mas ellas persistieron en compartir con ella su sacrificio. Poco después destrozaba á todas una bala de cañón.

Junto á una de las barricadas de París, la Hermana Rosalía, de inmortal memoria, salvaba en 1848 con peligro de su vida la de un valiente oficial. En el instante en que los amotinados iban á fusilarle en la Casa de las Hijas de la Caridad de la calle de l'Epée-de-Bois, interpúsose la Hermana entre ellos, y arrodillándose con los brazos en alto, desvió las bayonetas, y presentó su pecho de mujer á aquellos hombres furiosos. Un valor tan heroico los

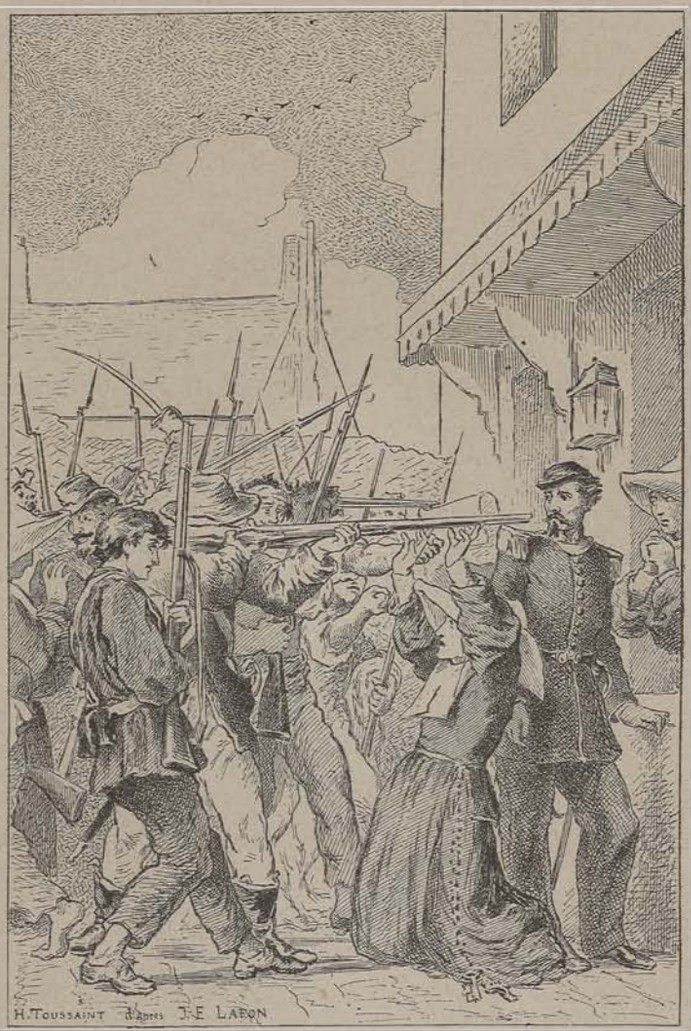
desarmó por completo. ¿Quién osaba tocar á la Hermana Rosalía? Los revolucionarios más furibundos la obedecian como los niños



RETRATO DEL SENOR ÉTIENNE

Superior general de la Misión durante treinta y un años, muerto el 12 de Marzo de 1874. Fué el principal restaurador de las obras de S. Vicente de Paul en el siglo XIX.

de una Sala de Asilo; su nombre era pronunciado en todas las bohardillas del obrero, y cuando murió, la admiración pública la



RASGO HEROICO DE LA HERMANA ROSALÍA

Durante las escenas revolucionarias de 1848.—Copia del dibujo de M. Emilio Lafón.—«Los insurrectos siguen avanzando, reclaman su presa..... va á sonar la descarga, cuando la Hermana Rosalía lanzándose en medio, y poniéndose de rodillas les grita: Aquí me tenéis á mí; os he consagrado cincuenta años de mi vida; por todo el bien que os he hecho, por el que he dispensado á vuestras mujeres y á vuestros hijos os pido la vida de este hombre.» El prisionero fué salvado.

honró con unos funerales de reina. Sobre su sepulcro se grabaron estas palabras: «A Sor Rosalía sus amigos reconocidos, los ricos y los pobres.»

En presencia de la muerte sabe decir á sus verdugos, como aquella admirable Superiora de la casa de Thien-Tsen, despedazada en 1870 con diez de sus compañeras: «Aquí me tenéis, matadme á mí, pero perdonad á mis niños.» En los días nefandos de la Comune de París fueron vanos los esfuerzos de las gentes del Hospital general y de sus seides, para conseguir que desapareciese la corneta blanca; donde había una miseria que aliviar ó algún bien que hacer, allí se las veía siempre. Amenazas, injurias, calumnias, re-

MEDALLA VOTIVA Á S. VICENTE

Acuñada durante el cólera de 1832, conforme á los deseos de Monseñor Quelen que quiso hacer grabar su busto en el reverso.

gistros domiciliarios, todo se empleó para atemorizar á las que acababan de afrontar en los campos de batalla de 1870 todos los peligros.

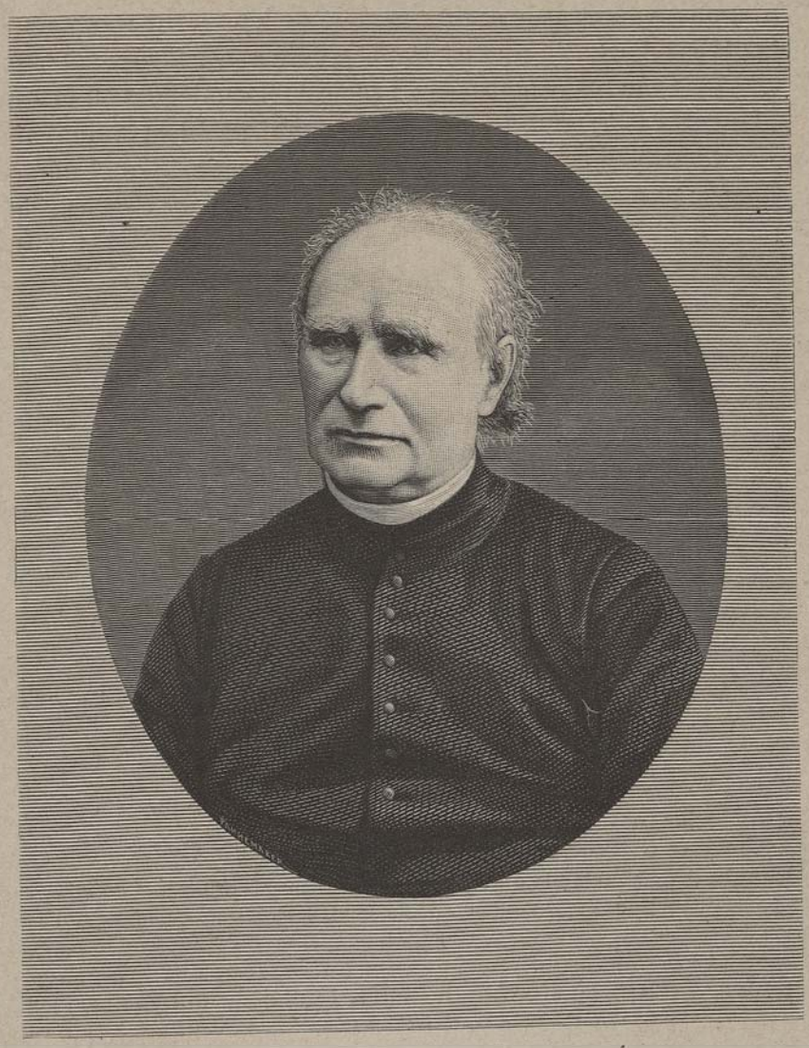
Largo tiempo hace que las Hijas de S. Vicente excitan en Damasco y en Constantinopla la admiración de los sectarios mismos de Mahoma. En 1860 Abd-el-Kader les salvó la vida en Damasco, y en Abril de 1878 el gran Visir de Constantinopla escribía al señor Boré, Superior general de la Misión, expresándole su agradecimiento por la solicitud de las Hijas de la Caridad para con los enfermos y las víctimas de la guerra.—Su martirologio, escrito en las páginas de todas las calamidades del mundo, abunda en nobles víctimas de la caridad. Las últimas de ellas han perecido con el heroismo de siempre en el Senegal y en Turquía. De ellas escribía Luis Veuillot al día siguiente del tratado de Berlin: «En medio de los sucesos humillantes, en los cuales parece esforzarse la Francia

en hacer constar cuán terriblemente alejada está de la verdadera seriedad, sólo vemos un espectáculo que pueda recordarnos el pasado. Sobre una tumba hay abandonada una palma pura y digna de figurar en el duelo de la patria. Recogedla porque es muy bella, cristiana y francesa. Nada hay que simbolice mejor nuestro pasado. En menos de cuatro meses, del 27 de Febrero al 30 de Mayo (1878), han sucumbido catorce Hermanas de la Caridad, cuidando

EL GRAN SEMINARIO DE CARAZA (BRASIL)

Dirigido por los Lazaristas que poseen en aquel imperio doce establecimientos: Misiones, hospitales, seminarios, colegios y escuelas.

los enfermos en los hospitales apestados de Constantinopla. Los anales de la Congregación de la Misión publican sus nombres y enumeran sus servicios. Sean dadas gracias á Dios; nosotros las damos también á la Francia. Vencida, y á punto de morir, se mantiene á la cabecera de los moribundos; su martirologio será tal vez lo que quedará en pie de la historia de Francia en Oriente. Esas Hermanas mueren víctimas de la caridad, fieles al honor de Cristo y al honor de su país, sin haberlo perdido hasta la muerte. Se les dará sepultura cerca de la iglesia, ó tal vez sobre el campo de batalla,



RETRATO DEL SEÑOR EUGENIO BORÉ

Décimoquinto Superior general de la Misión, muerto el 3 de Mayo de 1878. Discípulo en un principio de Lamennais, á quien no siguió en sus extravíos, después profesor suplente en el Colegio de Francia, fué uno de los más sabios orientalistas de su tiempo. En 1841 fué nombrado miembro de la Legión de Honor á propuesta del señor Guizot. Siendo todavía laico fundaba en Oriente escuelas, donde enseñaba él mismo, protegiendo con su ciencia y su virtud las Obras católicas de Levante.

con la cruz entre sus manos santas é inocentes, y los ojos de los hijos de Francia anublados con tantas amargas humillaciones las verán todavía en el porvenir y recibirán con ello algún consuelo.»

Ninguna cosa da más exacta medida de los servicios prestados por las Hijas de S. Vicente de Paul, y de los beneficios derramados por ellas, que la estadística de sus establecimientos en el mundo entero. En 1857 contaban ya más de mil de ellos; veinte años después pasaban de dos mil; el 3 de Noviembre de 1878 el número de establecimientos de toda especie, hospicios, casas de caridad,

RETRATO DE FRANCISCA DE PAUL

Muerta en Pouy en 1866 á la edad de 82 años. Su fisonomía recuerda la de S. Vicente. Era la primogénita de los Hijos de Francisco de Paul, descendiente en línea recta de un hermano del Santo.

hospitales, enfermerías, salas de asilo, escuelas, obradores, refugios, ascendía en Francia á ochocientos ochenta y cuatro, en Bélgica á treinta y cinco, en Italia á trescientos tres, en España á doscientos seis (1), en Austria á sesenta y dos, en Prusia á nueve, en Polonia á sesenta y seis, en Inglaterra, Irlanda y Escocia á veinte y uno, en Portugal á diez, en Suiza á seis, después de la persecución que había destruído otros tantos. Fuera de Europa poseían en

(1) Actualmente ascienden á doscientos ochenta y cuatro los de la Península, y á treinta y cinco los de nuestras posesiones de Ultramar, ó sean trescientos diez y nueve en total, servidos por más de cuatro mil Hermanas.—*N. del T.*

igual fecha las Hijas de la Caridad treinta y una casa en Constantinopla, en el Levante y en Siria; ciento en los Estados-Unidos, uno en el Canadá, veinte y cuatro en el Brasil, diez y ocho en Chile, diez y ocho en el Perú, once en la Confederación Argentina, siete en las Islas Filipinas, tres en las Grandes Antillas, siete en las Antillas españolas, diez en Guatemala, uno en California, ocho en la República del Ecuador, uno en el Uruguay, dos en Nueva Granada, dos en la Isla de Borbón, uno en la Abisinia, uno en Persia, nueve en China; en Méjico poseían cuarenta y nueve antes de la proscripción en 1875..... La Hija de San Vicente es en el mundo entero la más viva representación de la Caridad.

P. B. y L. B.

Se ha formado un tomo con la sola lista de las instituciones religiosas y caritativas establecidas en París. Sería preciso duplicarlo para el resto de Francia, y sería muy difícil dar una idea completa de las obras de la caridad en el mundo cristiano. «La nomenclatura de tan gran número de instituciones nacidas en su mayor parte bajo la influencia del Cristianismo é inspiradas por el Evangelio, ¿no es, acaso, diremos también con el autor de esa estadística, el más espléndido testimonio en favor de las creencias y de las doctrinas, hoy tan calumniadas y tan combatidas, y una respuesta victoriosa á los que desesperan de nuestro tiempo y de nuestro país?» En menos de un siglo, la Iglesia ha reparado todo lo que la revolución había destruído. Sin embargo, no ha cesado ésta de combatirla, y cuanto más domina, más impotente se muestra para procurar el bien de los hombres, el alivio de las miserias y el sostenimiento de la paz. A pesar de sus promesas y sus esfuerzos nada nuevo ni útil ha fundado; ni ha sabido crear un establecimiento de beneficencia, ni una corporación de hombres dedicados á sus semejantes..... La Caridad sólo necesita libertad para producir sus frutos. Con ella el Evangelio continuará rigiendo al mundo, y la Iglesia de Jesucristo al través de todas las pruebas y de todas las oposicionos de los hombres vencerá á la revolución, como venció á la idolatría.

Arturo Loth.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

CUADRO DE ENRIQUETA BROWN CONSERVADO EN LONDRES, SIGLO XIX. REPRODUCIDO AL AGUA-FUERTE POR L. FLAMENG.

Una Hermana de la Caridad sostiene sobre su regazo á un niño moribundo, en tanto que otra Hermana le prepara una poción, probablemente la última.

«Cuando estos ángeles piensan que en lugar de la vida dulce y brillante que volverían á encontrar, pronunciando una sola palabra, en lugar de la familia que las llama, es preciso vendar llagas ajenas, escuchar el estertor de los agonizantes, enterrar cadáveres desconocidos, no una semana ni un mes, sino treinta años, siempre, ¿pensáis, acaso, que su valor no se encuentra jamás á punto de sucumbir? Empero, ¿sabéis quién las sostiene ó quién las preserva de semejantes desfallecimientos? ¿Lo ignoráis por ventura? Haced como otros que han querido saberlo; preguntadlo á ellas mismas. La Comunión frecuente. Tal es su respuesta unánime. Filántropos, basta de frases: ¿qué les daréis en sustitución de ese misterio de amor? Si su sacrificio es lo que hay más grande en la tierra, ¿por qué no emprendéis vosotros tan bella obra? Formadnos con vuestras pomposas máximas de beneficencia una Hermana de la Caridad, una sola; no se os pide más que esto.» – Gerbet, *le Dogme générateur*.

Imp. Lemercier et Cie Paris.

LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL.

SUS ORÍGENES.—SU OBJETO.—SU HISTORIA.

ejemplo de todos los grandes Santos, fundadores de órdenes, S. Vicente de Paul había pensado en las gentes del mundo, que no pudiendo entrar en la vida religiosa tenían, sin embargo, necesidad de santificarse por los ejercicios de misericordia y de piedad. Si no fundó, como Santo Domingo y San Francisco de Asís, Terceras Ordenes para hombres y mujeres, no olvidó ninguna clase de la sociedad en el apostolado que quería ejercer. Más afición mostraron los pueblos á las Sociedades de señoras que creó, á sus Cofradías de Caridad especialmente; pero el Santo no había olvidado en modo alguno la santificación de los hombres; y uno de los agentes más activos de las Congregaciones de hombres del mundo organizadas por él fué el señor Renty. Dotado S. Vicente de un espíritu tan práctico de prudencia y de previsión, sabía que la mujer cristiana es el centro, el corazón de la familia, el hombre su jefe y su fuerza; y que por consiguiente sostener la piedad de las mujeres es una cosa excelente, pero que es indispensable para alcanzar resultados sólidos y duraderos impulsar á los hombres por los caminos de la

virtud y de la vida cristiana; de otro modo la fe de las poblaciones se debilita, y por último se extingue.

Mas este lado de las obras de nuestro Santo había sido puesto en olvido desde hacía mucho tiempo. Había sin duda Cofradías de penitentes, miembros de congregaciones piadosas, oficinas de caridad; pero en Francia, al menos, la energía había decaído en gran número de estos institutos, y el respeto humano, los hábitos del mundo, las ideas frívolas habían adquirido sobre la multitud de los hombres una influencia deletérea, muy particularmente desde la Revolución de 1789.

Para luchar contra este mal, se instituyó cerca de doscientos años después de la muerte de S. Vicente de Paul aquella Sociedad de hombres, que, viviendo en el mundo, se glorían de llevar su nombre, y se proponen seguir las máximas trazadas por el Apóstol de la Caridad moderna á cuantos quieren servir á los pobres. Largo tiempo hacía que se había abandonado en manos de las mujeres ese papel importante, en términos que á muchos pareció una novedad en la Iglesia, y á ciertos espíritus tímidos hasta un peligro, en lo que realmente era el retorno á prácticas constantes del pueblo cristiano desde sus primitivos tiempos, y la ejecución de una de las virtudes más recomendadas del Evangelio.

Unos cuantos individuos tomaron por su cuenta en París en 1833 el emprender aquella práctica de la caridad, que sus antecesores jamás debieron abandonar; proponíanse ejercitarse sobre todo en esa vida, verdaderamente católica, que se inspira en todos los grandes intereses de la Iglesia, que se asocia á sus dolores, á sus luchas, á sus triunfos, y que en lugar de circunscribirse al estrecho horizonte de una parroquia ó á las de un país, extiende sus afecciones y su amor á las previsiones universales y de todos los tiempos de la Esposa inmortal de Cristo.

En un principio sólo eran ocho los individuos, desprovistos de fortuna, y de nombre desconocido; siete eran estudiantes, sólo uno de ellos se hallaba en la edad viril; los demás eran jóvenes todavía. No tenian al congregarse ni objeto fijo ni plan acordado. Inquietos de su propia salvación, ante los ataques dirigidos á su fe por un mundo hostil y burlón, querían agruparse unos á otros

RETRATO DEL BARÓN DE RENTY.

Copia de un grabado de su tiempo.—Fué uno de los auxiliares de S. Vicente, quien le habia puesto á la cabeza de una sociedad de laicos dedicados al alivio de los emigrados de la Lorena, arruinados por la guerra. Los miembros de las Conferencias de S. Vicente de Paul reconocen al señor Renty y á sus caritativos asociados como predecesores y modelos de la moderna Sociedad.—Alrededor del cuadro están figuradas la Fe, la Esperanza y la Caridad.

para sostenerse contra las tentaciones de la juventud, en particular contra la más temible en aquella época, contra la tentación de la duda, y pusieron manos á la obra, como si dijéramos, á la buena de Dios.

En una de las primeras reuniones propuso uno de ellos ir á visitar á los pobres de la demarcación, pensando que semejante buena obra sería más eficaz para la defensa de su fe, que las luchas de la palabra, entabladas hasta entonces en una reunión en la que estaban representadas todas las ideas. Hecha esta proposición fueron á encontrar á la venerable Sor Rosalía, la cual acogió benignamente á aquellos auxiliares, todavía inexpertos, y dirigió sus primeros pasos, indicándoles algunas familias indigentes, pero distinguidas. Tal fué la fundación de la visita de los pobres á domicilio en la Sociedad de S. Vicente de Paul.

En otra ocasión pidió un socio que comenzaran las sesiones por la oración, y algún otro propuso poner la Obra bajo la tutela de San Vicente de Paul. Con esto tomó posesión el espíritu cristiano de la naciente obra, y por lo mismo prosperó, á pesar de los naturales inconvenientes. Se había decidido en un principio no aumentar más allá de ocho el número de los fundadores; mas el celo del apostolado de la juventud se impuso á los reglamentos, y la puerta de aquel pequeño cenáculo se entreabrió una vez, para no volverse á cerrar, pues antes de los dos años se congregaban ya hasta cien asociados. Reuníanse por entonces en la antigua casa de los Buenos Estudios, en el centro del Cuartel Latino; empero por muy hospitalaria que fuese aquella casa, se vió que era insuficiente para contener á los buenos jóvenes, que deseaban agregarse á la *reunioncita* de Caridad, como se la llamaba en aquel tiempo, y á pesar del profundo dolor y de la verdadera violencia del acuerdo, dividiéronse los socios en dos Conferencias (1), después en cuatro á fines del año 1835.

Feliz separación, diremos nosotros; porque si se hubiera insis-

(1) El origen del nombre de Conferencias dado á los grupos locales de la Sociedad de S. Vicente de Paul no significa que esta obra tiene por objeto la discusión: es el recuerdo del lugar de donde salió la Obra, es decir de una conferencia literaria, que se celebraba entonces, en la cual tomaban parte nuestros fundadores.

tido en permanecer reunidos, hubieran siempre ignorado los cuarteles aislados de la población la existencia de la Sociedad de San Vicente; no se hubiera pensado nunca en propagarla por las provincias, ni por el extranjero, como poco á poco se intentó y se llevó á cabo; y por lo tanto, se hubiera privado á los católicos de ese

RETRATO DE DON FEDERICO OZANAM
Fundador de la primera Conferencia de S. Vicente de Paul.

precioso medio de salud, que consiste en verse periódicamente, para ocuparse de las necesidades de la caridad, de los intereses de la fe y de las virtudes más esenciales á la vida cristiana.

No es éste el lugar indicado para exponer al por menor los progresos verdaderamente providenciales de las Conferencias. Los que desearen conocerlos, pueden estudiarlos en el Manual ó en el Boletín de la Sociedad de S. Vicente de Paul. Bastará agrupar los

rasgos principales de ese desarrollo, que venía por sí mismo, que no se perseguía bajo un plan determinado, y que, sin embargo, se producía como en aquellas fundaciones de los siglos de fe que nos hacen admirar los historiadores de la Iglesia.

Así, pues, habíase constituído la Sociedad de S. Vicente de Paul con unos cuantos estudiantes, los cuales una vez terminadas sus carreras, hubieron de regresar á sus pueblos natales; Lyón, Montpellier, Tolosa, Nantes, Dijón, etc. Era para ellos una verdadera pesadumbre renunciar á sus Conferencias semanales, y no encontrar ya amigos con los cuales podían hablar de los pobres y de la Iglesia. Para atender á esta necesidad que había llegado á ser en ellos como una segunda naturaleza, implantaron su obra donde la Divina Providencia había fijado el porvenir de su carrera: convirtiéronse en propagandistas; hablaron á sus amigos del bien que habían hecho en sus almas las reuniones caritativas de París, les demostraron que si no se sostenían recíprocamente en los combates de la verdad, serían en breve dominados por los errores; y así poco á poco fundaron en sus pueblos esas Conferencias, que en París habían sido el encanto y el preservativo de su juventud.

De este modo, etapa por etapa, como si dijéramos, de ciudad en ciudad, de amigo en amigo, de camarada cristiano á camarada deseoso de serlo, la Sociedad de S. Vicente abarcó en breve toda la Francia. Mas no podía ser aquella difusión duradera, ni alcanzar serias proporciones sino en tanto que la institución misma fuera bendecida por la Iglesia y por sus primeros Pastores. ¿Qué católico, en efecto, querría dedicar su tiempo, sus fuerzas, su abnegación á obras que no viese aprobadas, estimuladas y bendecidas por sus padres espirituales, es decir, por los Curas-párrocos, por los señores Obispos y por el Soberano Pontífice, sucesor infalible de Pedro? ¿Quién entre ellos tendría la temeridad de emprender el bien, sin las luces autorizadas de los guías de las conciencias, ó no consideraría insensato obrar, no solamente á pesar suyo, sino aun sin su asentimiento formal? Obrar de otra manera sería proceder contra todas las reglas, sería introducir sacrílegamente en la Iglesia el principio protestante de la independencia y de la rebelión.

La Sociedad de S. Vicente de Paul tuvo buen cuidado de no

faltar en esto á lo que le imponían las tradiciones más positivas de la religión. Bendecida en sus primeros años de vida por el señor Faudet, Cura-párroco de S. Esteban del Monte, donde se hallaba la casa de los Buenos-Estudios, lo fué también una vez que se desarrolló, por Monseñor Quelen, que ocupaba entonces con tanta

RETRATO DEL SEÑOR BAYLLY

Uno de los miembros de la primera Conferencia de S. Vicente de Paul.

gloria la Silla de París, y sucesivamente por los Obispos de las Diócesis en donde se iba estableciendo. Por fin en 1845, después de largas explicaciones que uno de los miembros más solícitos dió en Roma, recibió la Conferencia el más alto favor que en un principio no hubiera osado esperar: dos Breves fechados el 10 de Enero y el 12 de Agosto de aquel mismo año por Gregorio XVI, de santa

memoria, en virtud de los cuales se la concedían numerosas y riquísimas indulgencias. Siguiendo paso á paso, por decirlo así, el reglamento de la Sociedad, recordando las bases de su constitución, enumerando sus principales obras, aquellos Breves fueron para el clero y para los fieles todos la prueba concluyente de que la suprema autoridad de la Iglesia aceptaba, aprobaba y alentaba la tentativa ensayada en París apenas hacía doce años, y que tan rápidamente se había desenvuelto. Desde entónces, en efecto, no fué la Sociedad de S. Vicente de Paul sencillamente una obra francesa y fundada únicamente, según opinaban algunos cavilosos, para satisfacer las necesidades religiosas de la Francia; convirtióse en una obra eminentemente católica, á la cual se invitaba para que se asociaran todas las Naciones.

La Bélgica, la Holanda, la Alemania, la Inglaterra, la Irlanda, la Escocia, las dos Américas, la Suiza, la España contaron bien pronto Conferencias de S. Vicente, lo propio que la Italia, donde se habían organizado á la vista misma del Santo Padre. Pero cuando el 5 de Enero de 1855, Pío IX, de dulce y santa memoria, se dignó recurrir en una de las salas del Vaticano á los miembros de las diversas Conferencias, que habían ido á Roma para asistir á las fiestas de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción; cuando llevó su condescendencia hasta escuchar en aquella solemne Asamblea la lectura de la Memoria presentada por el Presidente General de la Sociedad, y contestar á ella con la más paternal y conmovedora de las alocuciones, el movimiento de expansión no conoció ya límites. Países que, como el Austria, habían permanecido cerrados para la Obra, la llamaron á su seno y bien pronto adquirió la Sociedad el carácter marcado de la universalidad. No solamente se multiplicó desde entonces en los países donde ya existía, sino que tomó posesión de vastas comarcas donde su nombre había sido desconocido. La República Argentina, el Uruguay, Chile, el Brasil, la misma Oceanía, quisieron seguir las huellas que les habían trazado Méjico, las Antillas españolas é inglesas.

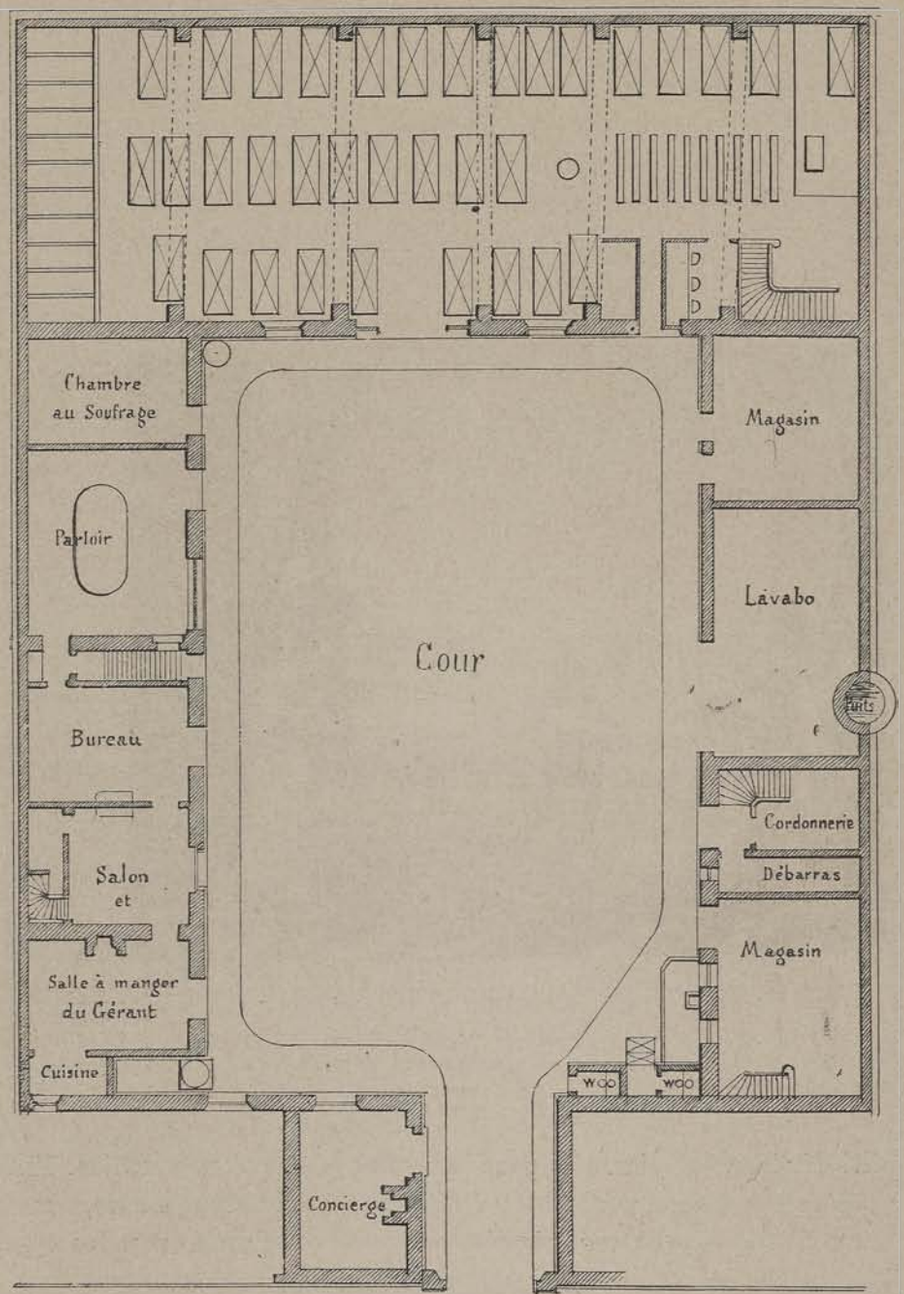
Todo esto se había realizado con sencillez y sin grandes combinaciones. Cada Conferencia, cada provincia, cada país conservaba

en la Sociedad de S. Vicente de Paul su existencia propia, su independencia, la dirección de sus obras, el empleo exclusivo de sus fondos. Aparte una ligera ofrenda al Centro de la Obra, ofrenda que jamás era impuesta, ni siquiera solicitada, y que en conjunto jamás excedía de ocho mil francos anuales, las Conferencias no enviaban á la Secretaría general de la Sociedad sino sus Memorias,

OBRA DE MISERICORDIA: DAR DE COMER AL QUE TIENE HAMBRE.

Copia de un grabado de Abrahám Bosse, siglo XVII.—Los miembros de las Conferencias de S. Vicente de Paul practican esta obra de misericordia visitando á los pobres en su domicilio, y distribuyéndoles bonos de alimentos.

dirigiéndose á ella tan sólo para pedir su opinión ó sus consejos. En todo esto no había, por lo tanto, ninguna organización temible, ninguna dirección peligrosa, ningún motivo de suspicacias para los gobiernos. A poco que se fijara la consideración en los simples dictámenes del buen sentido y de la razón, es indudable que todos los países, y muy particularmente la Francia, hubieran debido acoger sin vacilaciones una institución, que sin presupuesto alguno y sin contribuciones impuestas á la masa general de los ciudadanos, ali-

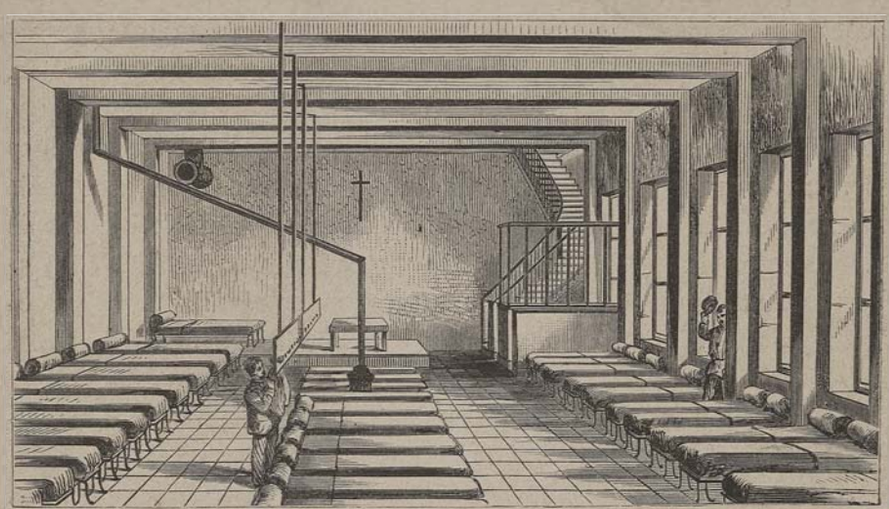


OBRA DEL HOSPITAL DE NOCHE.

Plano de la planta baja del primer establecimiento fundado en Paris en 1878.—El objeto de esta Obra es ofrecer un abrigo gratuito y temporal por la noche á los hombres. Está dirigide por un Consejo de administración compuesto en gran parte de miembros de las Conferencias de S. Vicente de Paul.

viaba anualmente un considerable número de familias, atendía con solicitud al enfermo y al indigente, cuidaba de la juventud pobre,

ENTRADA DEL PRIMER ESTABLECIMIENTO DE LA HOSPITALIDAD DE NOCHE PARA LOS HOMBRES EN PARÍS.



DORMITORIO DEL PISO BAJO DEL PRIMER ESTABLECIMIENTO ANTES CITADO.

le inculcaba los hábitos y el amor al orden y al trabajo. Dado caso que no hubiera existido tal organización, parece que los hombres de

Estado inteligentes hubieran debido reclamar la fundación de ella. Sin embargo, no fué así. No solamente en Italia, en España, en Méjico, la Sociedad de S. Vicente de Paul fué denunciada á los Gobiernos en un principio, y después á los pueblos, como una temible maquinación (1); no solamente en estos países y otros hubieron de sufrir las Conferencias persecuciones más ó menos locales, más ó menos duraderas, sino que en Francia en el lugar mismo en que había nacido la institución, y en donde se la hubiera podido conocer mejor, el Gobierno se asustó ante una Obra, que hacía honor al país, puesto que le colocaba á la cabeza, en cierto modo, del movimiento universal de la caridad: tuvo miedo de un fantasma, que hábilmente supieron presentar ante sus ojos, y destruyó la organización tan sencilla y tan inofensiva de las Conferencias francesas.

Dirigióse el golpe en 1861, y causó grandes perturbaciones á la Sociedad de S. Vicente; pero gracias á su buen espíritu no la destruyó, ó al menos, no hizo caer sino á las más débiles ó á las peor cimentadas. En el extranjero no tuvo el golpe influencia alguna; sabían todas las Conferencias tan perfectamente, que la organización de la Sociedad, lejos de ser una carga abrumadora para ellas, les prestaba especial servicio, que en lugar de dividirse en grupos distintos, se unieron más y más al centro común, el cual se daba por muy honrado con seguir relacionado con ellos; y de este modo se mantuvo la unidad en una institución, que habían ellas aceptado libremente, y cuya utilidad práctica les era muy conocida. Demos sinceramente gracias á Dios por tan magnífico resultado, y esperemos que este espíritu de concordia y de unión continuará siempre reinando en la Obra.

Para completar esta ojeada rápida sobre la Sociedad de S. Vicente de Paul, sólo nos resta enumerar sucintamente las Obras por ella emprendidas, obras que no se hallan ciertamente en vigor en todos los puntos á la vez, pero que forman la rica corona tejida á nuestro Santo Patrono por sus más humildes discípulos.

---

(1) Véanse nuestros Apéndices al final de la obra, donde tratamos de las vicisitudes de la Conferencia en España.—*N. del T.*

La Obra universal en las Conferencias, y la que en cierto modo las caracteriza es la visita á domicilio. No se contentan los socios con dar un socorro á los que asisten, sino que van á llevárselos á su casa, primero para honrarlos, y después para darles los consejos que necesitan, una vez bien conocida su miseria. Esta primera obra lleva en pos de sí forzosamente otras muchas, que son como deri-

OBRA DE MISERICORDIA: DAR DE BEBER AL QUE TIENE SED.

Copia de un grabado de Abrahám Bosse, siglo XVII.—Los socios de las Conferencias de San Vicente de Paul practican esta obra, llevándoles socorros á su domicilio.

vaciones suyas. ¿Cómo ir, por ejemplo, á visitar á los pobres en su triste vivienda, sin observar que les hace más falta algunas veces el vestido que los alimentos, y sin tratar de organizar en beneficio suyo roperías, provisiones de sábanas y de mantas, en las épocas de los grandes fríos especialmente? ¿Cómo, sobre todo, no caer en la cuenta de que á muchos les es indispensable un nuevo lecho, no sólo por exigirlo la higiene, sino la misma moral de las familias? ¿Cómo no escuchar sus lamentaciones sobre la dificultad de pagar los alquileres de la casa, á veces tan pésima y tan cara, y cómo no

ayudarles con los buenos consejos y con oportunos socorros á mejorar su pequeño alojamiento? ¿Cómo no excitarlos á guardar un poco de economía y de orden, para prever la época, siempre temida, del pago de los alquileres, y cómo no ayudarles á pasar ese *cabo de las tormentas* como llaman algunos al día del vencimiento? En fin, como los pobres se hallan con frecuencia enfermos, ¿cómo no se les ha de procurar médicos solícitos en los puntos donde la autoridad pública no ha organizado ese servicio, lo cual sucede en muchísimas comarcas? La visita de los pobres á domicilio es pues por sí sola todo un mundo, y aunque no hiciera otra cosa una Conferencia que consagrarse á ella, habría realizado ya un bien inmenso, si se entregaba á tal obra con el verdadero espíritu de la Sociedad.

Mas de esa visita de los pobres salen nuevas obras como de manantial fecundo. Así, no es difícil observar, por ejemplo, en las grandes ciudades que los pobres tienen con frecuencia mucho trabajo para guisarse su comida; la compran en pequeñas cantidades, la pagan más cara y carecen de tiempo, y á veces de combustible. Por lo tanto, abriendo para ellos una gran cocina lograrían alimentos mejores y más económicos. Esta fué la idea que indujo á San Vicente de Paul á fundar marmitas ú hornos económicos, que durante las epidemias de su época alimentaron incalculable número de necesitados. Por la misma razón han sostenido siempre esas cocinas las Hijas de la Caridad, y la Sociedad de S. Vicente de Paul ha procurado desarrollar esa obra, tan saludable hoy en aquellos puntos principalmente en que trabaja el obrero lejos de su familia y de su hogar. Cerca de dos millones de raciones se distribuyen anualmente en París de esta manera, y son muchas las ciudades de Francia y del extranjero, que han seguido el mismo ejemplo en mayor ó menor escala.

Más de una vez al aproximarnos á los pobres, echamos de ver su falta de discernimiento en la educación de sus hijos. En ocasiones los maltratan sin razón y por capricho, y después les toleran las faltas más reprensibles; otras veces los dejan errar por la calle ó por el campo, en vez de colocarlos en el Asilo ó en la escuela, y sin preocuparse de quién es el maestro ó la maestra, á quienes los confía.

Cuando llega la edad del aprendizaje colocan á esos pobres niños á la ventura, entregándolos al primero que les ofrece un salario, el cual es para ellos casi siempre funesto; la Sociedad de S. Vicente de Paul procura prevenir tales inconvenientes y tales desgracias, cuidando de que los niños de las familias asistidas concurran á una buena escuela, y alentando por medio de recompensas su buena

OBRA DE MISERICORDIA: VESTIR AL DESNUDO.

Copia de Abrahám Bosse, siglo XVII.—Los miembros de las Conferencias de S. Vicente de Paul ejercen esta obra, distribuyendo ropas á los pobres que visitan.

conducta y su asiduidad. Cuando han hecho los niños la primera comunión, les invita á las reuniones de perseverancia conocidas con el nombre de Patronatos, en los cuales agrupa los muchachos de doce á diez y ocho años, para hacerles perseverar en la práctica y en el estudio de la religión. Este plan no se ejecuta indudablemente sino en escala muy insuficiente, pero desde que nuestra Sociedad existe, ¡cuántos millares de niños no ha logrado mantener en la fe de sus familias! De desear es que este número crezca, y que de día en día se vaya aumentando.

Han sido cristianamente educados los niños de los pobres por la influencia de los socios, y llega la edad de que tomen estado. Sabido es que en nuestro tiempo se ha levantado una conspiración casi universal, desgraciadamente, contra el sacramento del matrimonio. Los menos osados le miran como un accesorio; los más temerarios lo rechazan como un atentado contra la libertad moral. Es cierto que hay en muchas ciudades obras tituladas de S. Francisco de Regis, que tienen por objeto combatir este mal, y ayudar á los pobres á casarse; pero ni estas obras se hallan en todas partes establecidas, ni el mal es tan pequeño, que no reclame el concurso de todas las buenas voluntades. Las Conferencias toman su parte en este penoso trabajo, y cada día deben ampliarlo más y más, á medida que se difunde esa llaga social. En París han llegado á rehabilitar algunos años hasta dos mil uniones ilícitas. Queda todavía un inmenso campo que explotar, porque la gangrena de la inmoralidad hace cada día destrozos más aterradores. Muchos otros detalles habríamos de dar aquí, pero nos concretaremos á la serie más importante de las obras de la Sociedad de S. Vicente. Digamos algo de las obras de instrucción religiosa.

Hoy como en todos los tiempos, hay miseria material, pero más que nunca abundan la miseria espiritual y la ignorancia. En todas las épocas de la Historia ha conocido la humanidad debilidades y vicios, y ha caído en errores religiosos: en nuestra época, el gran peligro está en que se ha borrado la distinción entre el bien y el mal. A fuerza de oir y de decir que no hay necesidad de creer en Dios, para ser honrado, han concluído multitud de individuos por no distinguir la virtud del vicio: porque á los ojos del hombre, ¿qué es una ley sin legislador, y qué es una regla desprovista de sanción?

En vano se apelará á la conciencia, para sostener esas virtudes delicadas y eminentes que se llaman la castidad, el honor y la probidad; en vano se contará con ella en esas ocasiones secretas y conocidas de Dios solo, en que el hombre se halla colocado entre su interés y su deber; la conciencia, entonces, tergiversa los razonamientos, flaquea y cede el campo, y acaba por considerar como simples escrúpulos lo que en el fondo es una obligación estrecha.

Si hasta el presente no ha llegado la sociedad á las horribles conclusiones de las teorías funestas, que ella acoge, hemos de achacarlo á inconsecuencias felices en verdad, pero que cada día van siendo más escasas.

Es por lo tanto, una de las obras más importantes bajo el punto de vista social, y sobre todo, desde el punto de vista de la fe que

SAN FRANCISCO DE REGIS INSTRUYE Á LOS NIÑOS POBRES.

FAC-SIMILE DE UN GRABADO DEL SIGLO XVII.

Este Santo, sacerdote de la Compañía de Jesús, es el patrón de la Obra fundada en 1827 por el señor Gossin, presidente de una Conferencia, para facilitar el casamiento religioso y civil de los pobres.—San Francisco de Regis fué contemporáneo de S. Vicente.

es mucho más grave todavía, el multiplicar en las almas ó más bien recordárselas, cuando se han desvanecido, las nociones de la virtud cristiana y de la existencia de un Dios. Así procura hacerlo la Sociedad de S. Vicente de Paul desde su origen, no sólo mediante los consejos religiosos que da á sus pobres en las visitas á domicilio, sino también con los buenos libros que distribuye, con las bibliotecas, almanaques y publicaciones populares. Con ese mismo fin

trabaja, facilitando reuniones de instrucción metódica, que establece con el concurso y autorización de los señores curas, reuniones conocidas bajo los nombres de Obras de la Doctrina Cristiana, de la santa Familia, de S. Juan Bautista, según los lugares. En ellas se tratan á grandes rasgos los deberes principales y las verdades fundamentales de la Religión; un sacerdote celoso se ocupa de la difusión del dogma y vela por su integridad, en tanto que algunos piadosos fieles concurren indirectamente al mismo objeto, narrando historias instructivas, recreativas y cristianas á la vez. Estas reuniones son fecundas en buenos resultados; pero desgraciadamente el número de ellas es muy pequeño, siendo de desear que se hagan nuevos esfuerzos para multiplicarlas.

Tal es el conjunto de las Obras de las Conferencias de S. Vicente de Paul. ¿Y cuáles son los recursos mediante los cuales se realizan esas piadosas tentativas? En primer lugar, los fondos que de su bolsillo particular deposita semanalmente cada socio en la bolsa de la Conferencia, sin descuidar el hacer algún llamamiento á la caridad de sus amigos; después las suscriciones, la venta de algunos objetos, las loterías, y á veces las colectas promovidas en las Iglesias por los predicadores ó por los señores párrocos, son otros tantos recursos con que cuentan las Conferencias. Por lo demás, nada hay más variable que las cantidades que figuran en sus cuentas; pues mientras no pasaron de la modesta suma de 2.480 pesetas el primer año, llegaron á 8.257,000 en 1877; y mientras hay Conferencia rural cuyos ingresos no pasaron de 200 á 300 pesetas, las Conferencias parroquiales más importantes de las grandes ciudades ascienden á 10 y 12.000. Mas todas ellas cuentan con un tesorero que no las deja en descubierto, que jamás les ha faltado: es la amorosa Providencia, en la cual confían lo suficiente para no reservarse cosa alguna de un año para otro, y la cual desde hace cuarenta años las ha socorrido como socorría á S. Vicente mismo, y que sin duda seguirá dispensándolas sus favores, mientras tengan confianza en ella, y repartan generosamente lo que el buen Dios les envía de modo tan paternal é inagotable.

AD. BAUDÓN.

APÉNDICES.

SAN VICENTE DE PAUL

EN LA LITERATURA.

Desde el día en que Nuestro Señor, antes de abandonar la tierra, dejó á sus Apóstoles aquel mandato: *Ite, docete*, que establecía la autoridad docente de la Iglesia, nació un género nuevo de elocuencia; la predicación del Evangelio. Los Padres de la Iglesia fueron los primeros príncipes de la palabra sagrada. S. Juan Crisóstomo y San Basilio, S. Agustín y S. Cipriano dieron á la vez los ejemplos y los preceptos de ella. Hubo para esa predicación una retórica, cuyas reglas se tomaban primeramente de las fuentes evangélicas, y cuyos recursos se buscaban principalmente en la Ciencia de Dios y en la práctica de las virtudes cristianas. S. Vicente de Paul sobresalió en este arte, que se había corrompido en su tiempo, por el afán de buscar efectos humanos. Como Apóstol verdadero de la Caridad, fué también un restaurador de la predicación. Sin embargo, su ardiente caridad, que fué el carácter propio de sus obras, de tal manera ha fijado la atención del mundo cristiano, que apenas se ha preocupado nadie de investigar qué grado de influencia pudo haber cabido á S. Vicente en la reforma del púlpito. Mucho menos se ha tomado nadie el trabajo de estudiar con detenimiento qué va-

lor podía tener desde el punto de vista literario lo que se conoce de sus enseñanzas.

¿Nos atreveremos á decir que semejante indiferencia es por sí misma un grande elogio de los discursos del Santo, en cuanto prueba que su eficacia era capaz de determinar á los hombres á enmendarse, sin darles tiempo para admirar al predicador? Sin duda no carecería este argumento de valor; empero hay otra explicación. San Vicente practicaba de un modo admirable la humildad, que recomendaba á los suyos, y hablando *ex abundantia cordis* y en mil puntos diferentes, aunque siempre con la debida reflexión, no ha dejado ninguno de esos manuscritos con los cuales se puede, cual se ha hecho con otros, reconstituir una obra oratoria, y presentar al autor tal como ha querido aparecer á los ojos de la posteridad. Su solicitud en tal concepto era tan extremada, que si todavía poseemos el texto de la admirable carta en que refiere la historia de su cautiverio en Berbería, se debe á una piadosa superchería, por cuanto había dado orden de inutilizarla (1).

En una palabra, nos hallaríamos totalmente desprovistos de los medios de apreciar á S. Vicente bajo el punto de vista que nos ocupa, si la piedad de los sacerdotes de la Compañía de S. Lázaro y de las Hijas de la Caridad no hubiese recogido, no por extractos, sino palabra por palabra las instrucciones que su venerable Padre distribuía á unos y á otros en sus numerosas conferencias. A favor de estos documentos podremos bosquejar ese estudio.

Para darse cuenta de la acción que debe atribuirse á S. Vicente de Paul como orador, importa ante todo conocer el estado del púlpito en el instante en que fundaba sus retiros para los ordenandos. En efecto; de aquellos retiros salieron un número incalculable de Misioneros, que no solamente en Francia, sino en muchos países de Europa, y más allá de los mares, obraron maravillas, gracias á su método y á sus enseñanzas. Refiérese igualmente á los retiros

(1) Existe un sermón entero manuscrito por el mismo S. Vicente de Paul; pero tenemos el sentimiento de no haber logrado obtener ni la copia de ese precioso documento, ni el permiso de reproducir el fac-símile. Pertenece al señor Dubrunfaux de Bercy. También se conservan en los Archivos de la Misión muchos borradores de sermones ó conferencias, escritos en pequeños trozos de papel.

en gran parte la fundación de los Seminarios, en los cuales iban los jóvenes clérigos á ejercitarse en el ministerio de la predicación, so-

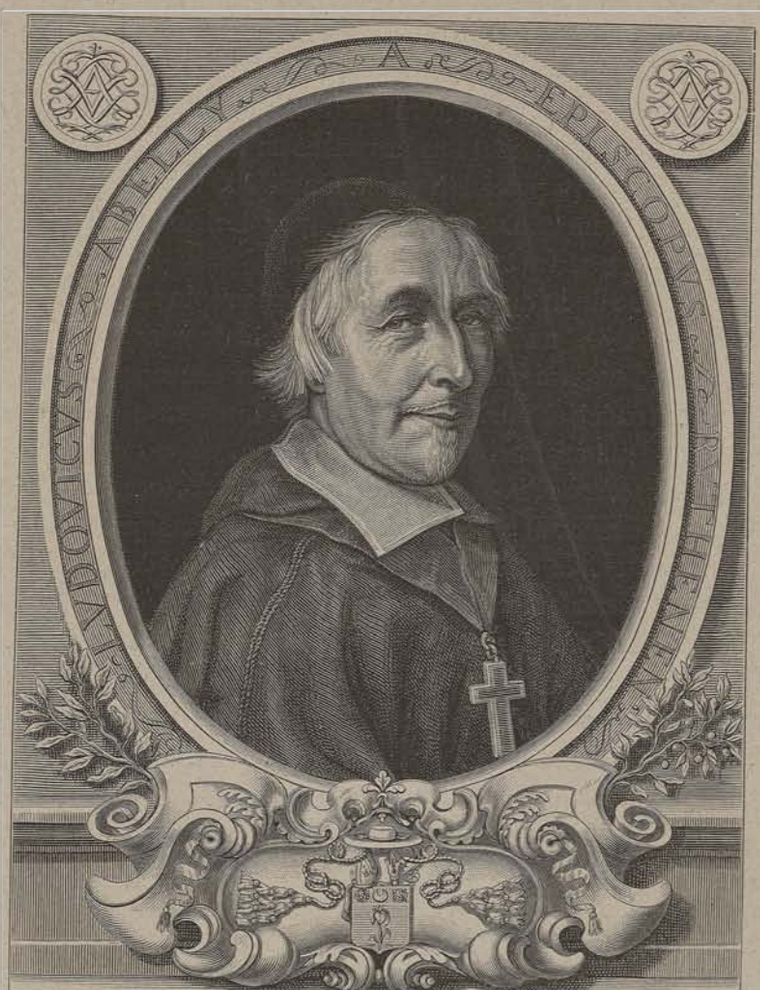
EL PÚLPITO DE FOLLEVILLE.
En él pronunció S. Vicente el 25 de Enero de 1617 el primer sermón de la Misión.
Estado actual.

bre el modelo de lo que se practicaba en S. Lázaro. Para la exposición detallada de la situación de aquella época, sería preciso reha-

cer el estudio del siglo anterior á S. Vicente, como lo hizo Lecoy de la Marche para la Edad Media, especialmente para el siglo XIII. Uno de los más renombrados críticos, el abate Maynard, ha dicho en pocas palabras lo que es indispensable para nuestra comparación. «Ya sabemos lo que ha sido antes de ahora la elocuencia sagrada en Francia. Desde la muerte de S. Bernardo hasta mediados del siglo XVI, nuestros predicadores apenas habían conocido otro idioma que el de los antiguos romanos, desfigurado por las alteraciones sucesivas. Cuando quisieron hablar en francés, dejáronse dominar por el mal gusto que había invadido más ó menos profundamente todos los géneros literarios. Aquello era una manía de erudición, producida por la resurrección del culto de los antiguos. Los predicadores, como los escritores, para dar autoridad á sus discursos ó, digamos mejor, para rodear de brillo á sus personas, se creían obligados á presentarse acompañados de indigestos fárragos de toda clase de fragmentos, tomados de los autores de la antigüedad. Cada sermón era una especie de bazar, ó de museo, donde se veían las riquezas más heterogéneas; un cuadro abigarrado, donde se aplicaban toda suerte de colores ó de mosaicos, á capricho del gusto más extravagante. Virgilio figuraba al lado de Moisés; Hércules al lado de David; muchas veces una frase comenzada en francés se continuaba en latín y se concluía en griego, y en sólo aquella frase se habían oído algunas veces los profetas y los evangelistas, los escritores de Atenas y de Roma, los Padres griegos y latinos» (1). Este cuadro sucinto de lo que era la elocuencia del púlpito en el tiempo en que apareció S. Vicente de Paul, puede muy bien aplicarse á toda la literatura de la época. Es verdad que algunos poetas sencillos y encantadores habían ya dotado á la lengua de cualidades amables; pero ¡cuánto camino quedaba por recorrer, para llegar á la expresión á la vez sencilla y elevada, enemiga de recargados adornos y, sin embargo, engalanada con aquella prudencia que sabe asociar con feliz y sobria combinación las gracias de la imaginación con la solidez del razonamiento! No olvidemos que apenas se había salido entonces del Renacimiento,

(1) Maynard.—Histoire de Saint Vicent de Paul. Tomo II, pág. 435-436.

el cual tratando de corregir la ruda candidez de nuestra bella lengua francesa la hubiese convertido, permítasenos la frase, en un



RETRATO DE LUIS ABELLY OBISPO DE RODEZ.

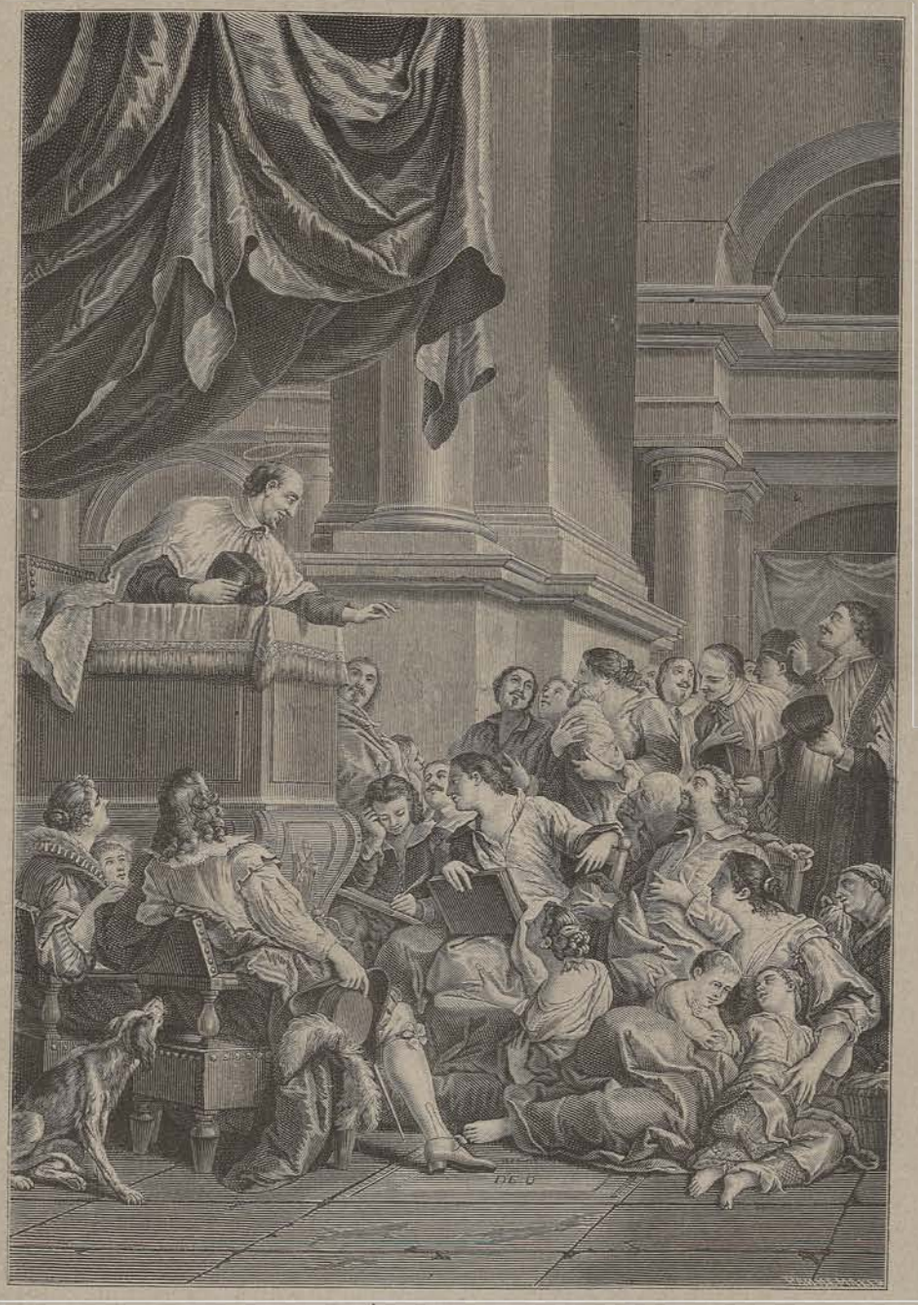
Copia de un grabado del siglo XVII.—Fué uno de los sacerdotes más eminentes y más virtuosos, formados por las Conferencias eclesiásticas de S. Lázaro. La primera historia de San Vicente preparada por la diligencia de los Sacerdotes de la Misión contemporáneos del Santo fué publicada bajo el nombre de Abelly.

totum revolutum sin nombre, si no hubieran puesto coto á ello sabios y elevados espíritus.

Ciertamente existía Montaigne, y había ya comenzado á realizar en la lengua aquel trabajo que debían impulsar tan enérgicamente su astucia, su malicia y su buen humor. Relleno del griego y del latín del Renacimiento, ¿cómo hubiera podido resistir en absoluto al mal gusto de la época? En realidad le rinde su tributo en muchas ocasiones, y por otra parte sus opiniones de escepticismo, de que á cada momento se envanece en sus obras, ¿podian permitirle alcanzar esa precisión en la amplitud, y esa mesura en los arranques de la imaginación que son, por decirlo así, los caracteres propios de nuestra lengua?

Por si cabe duda de ello escuchemos su propio testimonio: «Encuentro, decía él, nuestro lenguaje suficientemente manejable y vigoroso; ordinariamente sucumbe ante una concepción poderosa: si intentáis tender el vuelo, obsérvase con frecuencia que languidece bajo vuestras aspiraciones, y que flaquea, y que en defecto suyo prestan su socorro el latín unas veces, el griego otras.» Según hace juiciosamente notar el Sr. Nisard, ese temor de decír demasiado poco en los discursos, de omitir en ellos alguna cosa y de que las omisiones sean verdaderamente importantes, revelan en un siglo más afán de adquirir conocimientos, que de adquirír la verdad. Por nuestra cuenta diremos que esa tendencia descubre á las claras el vacío de los escritores de aquel tiempo y el gran servicio que prestaron los hombres de fe que les sucedieron. En estos últimos, el amor y la plena posesión de la verdad no dejaban lugar á la duda, ni á esa indolencia perniciosa que mantiene al espíritu en suspenso entre dos afirmaciones contrarias, sin resolverse á rechazarlas ni á aceptarlas por entero. Veamos cómo se confirma esta observación.

Por las apreciaciones anteriores y por el cuadro compendioso, pero exacto, que nos presenta el señor Maynard de la elocuencia del púlpito en tiempo de S. Vicente de Paul, se puede formar una idea de la extensión de las reformas que había precisión de introducir en ella, para darla su verdadero carácter, así por lo que respecta al gusto literario como respecto al punto de vista cristiano. Empero cuanto más universales eran los defectos, con mayor solicitud quiso aplicarse el fundador de la Misiones y de los Semina-



UNA PREDICACIÓN DE S. VICENTE DE PAUL.

CUADRO DE F. DE TROY, SIGLO XVIII.

S. Vicente anuncia la palabra de Dios ante un numeroso auditorio, compuesto de grandes señores y de pobres.

rios á difundir el remedio que había de corregirlos. En tal concepto abundan los testimonios en la vida de nuestro Santo, y al recorrer sus obras, llama la atención la insistencia con que en sus Conferencias y en sus cartas se ocupa de este asunto, estimándolo con razón como sobremanera importante para los resultados que se proponía obtener. «Muchas veces he sentido gran consuelo, dice en su vigésimasexta Conferencia (1), y todavía me consuelo hoy por ello, de ver que Dios nos ha concedido la gracia, como á sus Apóstoles, de enviarnos á predicar su palabra por todo el mundo. ¡Oh! nosotros tenemos las mismas credenciales que los Apóstoles; por eso vemos, gracias á Dios Nuestro Señor, como se va lleno de alegría uno de los nuestros á anunciar esa palabra hasta los confines del mundo. Basta decirle: Señor mío, ¿cuándo sale V. para Italia, para Polonia ó para las Indias? y desde luego se le halla dispuesto, por la gracia de Dios, y á todas partes va como iban los Apóstoles, y en todas partes predica la palabra de Dios *á la manera que la predicaron los Apóstoles mismos.* ¿Y cómo la predicaban los Apóstoles? Con ingenuidad, familiar y sencillamente, y nosotros también la predicamos del mismo modo, con discursos familiares llenos de ingenuidad y sencillez. Para predicar como Apóstoles, es decir, para predicar bien y con utilidad, de suerte que cada cual pueda oir y sacar su provecho, es preciso proceder con sencillez y valerse de discursos familiares. Preciso es confesar que no en todas partes se observa este método; la gran perversidad del mundo ha forzado á los primeros predicadores á mezclar lo útil con lo agradable, á servirse de bellas palabras y de conceptos sutiles, y á emplear cuanto puede sugerir la elocuencia á fin de contentar en cierto modo, y de enfrenar á la vez la ruindad del mundo. Empero, ¿de qué sirve todo ese fausto de retórica? ¿qué se adelanta con ello? A la vista está, que no sirve sino para predicarse á sí mismo.»

Es necesario convenir que ni pueden darse mejores consejos, ni con estilo más á propósito. Ni falta en ellos el rasgo de ingenio: S. Vicente ha probado en muchas ocasiones que si recomendaba

(1) Conferencia del 20 de Agosto de 1655 sobre la manera de predicar.

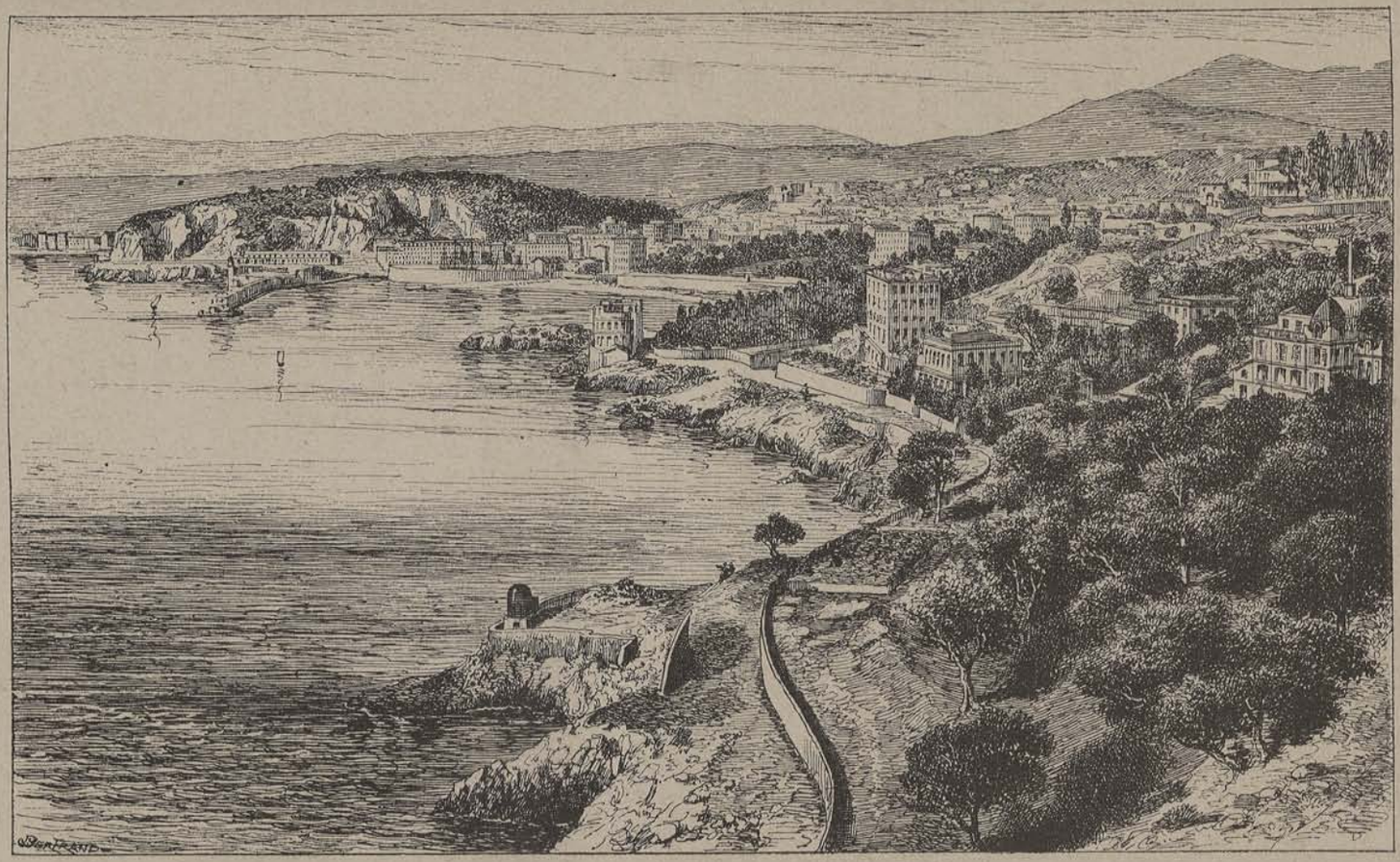
predicar con sencillez, para que la predicación fuese buena y provechosa, no era porque le faltaran los recursos, de que abusaban los otros oradores, aquellos á quienes llamaba él benignamente, «los primeros», y que con su fausto de retórica no llegaban, en realidad,

EL CLAUSTRO DEL GRAN SEMINARIO DE KONBA (ARGELIA).
Este Seminario está dirigido por los Sacerdotes de la Misión.

en aquella época, como lo hacen muchos actualmente, sino á colocarse en la última fila. Mas como podía suceder que aquellos, á quienes trataba de persuadir, no aceptasen desde luego tales consejos, por encontrarlos demasiado opuestos al gusto reinante, para que se penetraran de ellos, apela S. Vicente á un ejemplo que es verdadera obra maestra de finura y de sencillez á la par; en él pueden observarse una incomparable habilidad en la manera de presentar y un

acento pintoresco y animado para fotografiar las costumbres, hasta tal punto, que no desagradaron más tarde al malicioso Labruyère: «Cuando se quiere persuadir á un hombre, para que tome un empleo, para que acepte un cargo, ó para que se case, ¿qué es lo que se hace, sino representarle el placer, el provecho ó el honor que todas esas cosas han de reportarle, ó las ventajas que ha de encontrar en ello? Se quiere inducir á un hombre á aceptar una presidencia, ¿de qué recursos se echa mano con tal motivo? Claro está que se le pintan las ventajas, y el gran honor que acompañan á ese cargo: un presidente, señor mío, es la primera persona de la ciudad, á quien todo el mundo cede el puesto de preferencia; su autoridad le conquista gran prestigio entre los hombres; ¡oh! un presidente vale tanto como un obispo; hasta los soberanos le guardan deferencias, y le dispensan distinciones; ¡ahí es nada un presidente! En su mano está el mandar y el dispensar beneficios á quien quiera, conquistarse gran número de amigos, hacerse abrir todas las puertas, etc. A este tenor se le hace la descripción de todas las ventajas que le proporciona el ser presidente, y de esa manera se consigue que entre en vivísimos deseos de verse en posesión de semejante dignidad; ¿pero se le contenta con eso?—En manera alguna. Es necesario entrar en pormenores que le sojuzguen más todavía: ¿qué es el oficio de presidente? ¿en qué consiste? ¿qué prerrogativas se disfrutan en ese cargo? A esto se le dice que es el primer oficial de la justicia, de ese tan distinguido y honroso cuerpo: sois su jefe y el dueño de distribuir los trabajos, y el encargado de recibir los votos de los demás y de pronunciar la sentencia.....»

Por esta muestra se reconoce el modo de instruir S. Vicente á los suyos, y el estilo adoptado por él en sus pláticas. Para hacerse más inteligible, reducía á reglas el método que con tanta insistencia recomendaba á los sacerdotes de la Misión, lo mismo que á los ordenandos. Dichas reglas, tan sencillas como fecundas, fueron invariablemente observadas por él en todo tiempo. «*Motivos, definiciones, medios,* dice muy oportunamente el Abate Maynard, resumen toda la marcha instructiva y práctica de esta retórica sincera. Sea cualquiera el asunto de la predicación, dogmático ó moral, reclama primero el oyente los elementos ó motivos de convicción. Conven-



VISTA DE UNA PARTE DE LA CIUDAD Y DE LA RADA DE NIZA.

Hacia el centro, un poco á la derecha se elevan los edificios del pequeño Seminario que es dirigido por los Sacerdotes de la Misión.—Los Lazaristas dirigen hoy en Francia diez y ocho Seminarios mayores y once de menores.

cido de la verdad de un dogma, ó de la necesidad y santidad de la virtud, le es preciso conocer su naturaleza ó sus actos, es decir, hay que darle la definición. Por último, cuando un espíritu está ilustrado, y conmovido el corazón, cuando se halla presto á ponerse en acción, sólo resta enseñarle los medios de evitar el error y el mal, y darse á la práctica de lo verdadero y de lo bueno (1).» Pero San Vicente de Paul no se contentaba con esos principios generales, tan propios para dar claridad á los discursos y para descartar de ellos todas las futilidades. Atento á encaminar de tal modo á los suyos en tan importante materia, que nada se dejara al capricho individual, añadía todas aquellas recomendaciones que diesen á la elocuencia aquel exterior más acomodado al fondo serio de que tan apartados estaban precisamente los oradores de aquella época (2). Por tal razón les recomendaba que hablasen en un tono natural, dando á la voz las inflexiones oportunas, omitiendo las declamaciones y el canto, atendiendo, decía él, á que las mejores cosas del mundo, cuando así se dicen, no causan impresión alguna. También les advertía que no hablasen en tono más alto de lo que reclamasen el auditorio y las dimensiones de la iglesia, pues el gritar con voz estentórea, «no sólo es nocivo á los pulmones del predicador sino que hiere los oídos de los oyentes.» En fin, les aconsejaba que hablaran distinta y reposadamente, y ante todas las cosas que evitasen con particular cuidado el ser demasiado largos, con lo cual sólo se consigue fatigar y recargar la cabeza del pobre pueblo.»

Con estos rasgos se comprende cuán claro conocimiento tenía del asunto S. Vicente de Paul; aun en nuestros días debieran aplicarse en todas partes semejantes reglas.

A mayor abundamiento, y con el fin de fotografiar, por decirlo

(1) Maynard.—Vie de Saint Vicent de Paul.—Tomo II, pág. 433.

(2) Para confirmación de lo que se apunta en el texto, véase también la Vie de S. Vicent por Abelly. Es tanto más digna de consultarse, cuanto que el verdadero autor de esa obra por tantos títulos notable es un Sacerdote de la Congregación de S. Lázaro, el señor Fournier, quien suministró el manuscrito completo de una obra, que Abelly no hizo más que suscribir. Esta particularidad es poco conocida. Sin embargo, no es menos cierta, y sin que pretendamos entablar una polémica ó dar una demostración completa, cosa que sería fácil, creemos que no carece de interés desde el punto de vista literario el consignar el hecho en este lugar.—*Nota del autor.*

así, los procedimientos empleados por nuestro Santo, y recomendados por él para la predicación, trascribiremos el texto del borrador que había preparado, cuando se disponía á hablar en una junta de señoras sobre asuntos de caridad.

PARA LA ASAMBLEA GENERAL DE LOS NIÑOS EXPÓSITOS.

Os hablé sucintamente en nuestra última reunión de vuestros niños expósitos, porque nos habíamos de ocupar de muchos otros asuntos, y porque me parecía que serían suficientes las ofrendas recibidas para proveer á sus necesidades sin apelar á la Compañía; y por cuanto la experiencia ha probado lo contrario, vengo dispuesto á hablaros hoy de este asunto, manifestándoos que se hallan en grande necesidad, que sólo quedan provisiones para seis semanas, y que es preciso, por lo tanto, arbitrar recursos para remediar estas lástimas:

Primero: por cuanto la necesidad es extremada, y porque pesa sobre vosotras el deber de atenderla; á un pobre niño se le puede matar de dos maneras, ó por muerte violenta ó rehusándole los alimentos;

Segundo: Por haberos llamado Nuestro Señor á ser sus madres, ya proporcionándoos el ser dos ó tres años camareras de Nuestra Señora, ya inspirándoos el acudir á diferentes juntas al efecto, ya celebrando funciones religiosas, ya haciéndoos escuchar el consejo de personas sabias..... Por fin, os resolvisteis á empender la obra por los siguientes motivos:

Primero: Por haberos informado de que esas pobres criaturitas estaban mal asistidas, con una nodriza para cada cuatro ó cinco niños.

Segundo: Que se les vendía á los mendigos por unas pocas monedas, y que les rompían los brazos y las piernas, para conmover á las gentes y sacar limosna, y que les dejaban morir de hambre.

Tercero: Que algunas mujeres sin hijos, á pesar de ser unas miserables los adoptaban por suyos.

Cuarto: Que se les daban píldoras de láudano para hacerlos dormir, siendo así que es un veneno.

Y en fin, que muchos se morían sin ser bautizados, lo cual es el colmo de todos estos males.

Tales son los motivos que os movieron á encargaros de ellos; la Providencia, por lo tanto, os ha hecho madres adoptivas de estos niños. Notadlo bien, *madres adoptivas*, luego habéis contraído con ellos un lazo, en términos que si los dejáis abandonados, perecerán necesariamente. ¿Quién lo impedirá? No la policía que hasta ahora no lo ha logrado. Si vosotras no lo hacéis, ¿quién lo hará?

MEDIOS.

Primero: Rogar á Dios por este asunto.

Segundo: Comulgar una vez con esta intención.

Tercero: Hablar de ello á vuestros parientes y amigos.

Cuarto: Interesar á los predicadores por medio de los señores curas.

Quinto: Por último tomar una resolución ó de abandonarlos ó de hacer un esfuerzo por este año.

OBJECIONES.

Primera: La falta de tiempo que no nos permite ya hacer nada con detenimiento. A esto os contestaré sencillamente, señoras mías, que en esta obra no saldréis muy recargadas. *Qui miseretur pauperis nunquam indigebit, feneratur duo qui miseretur pauperis.* Vosotras sois en número de ciento: Si cada una hiciera un esfuerzo como ciento seguramente que todas las obligaciones quedarían cumplidas. Si sólo cincuenta ponen todo su empeño, y las otras trabajaran algo, también nos remediaríamos.

Segunda: No tengo dinero. ¡Ay de mí! Cuántas bagatelas hay en las casas que para nada sirven. ¡Ah, señoras mías! Cuán apartados vivimos de la piedad de los hijos de Israel, cuyas mujeres daban sus joyas para hacer un becerro de oro. Una señora vendió días pasados todas las suyas, para dar de comer á un hombre.

Tercera: Esta carga consumirá los recursos de la Compañía y en adelante se acrecentará hasta el infinito, porque todo el mundo vendrá á exponer aquí sus hijos. A esto os respondo que no, pues en adelante podremos contar con algunos ingresos de importancia que nos librarán de tal desgracia.

CONCLUSIÓN.

1.º Si los abandonáis, ¿qué dirá Dios que os ha llamado á desempeñar esta obra?

2.º ¿Qué dirán el Rey y los Magistrados que os han encomendado, mediante sus decretos, el cuidado de estos pobres niños.

3.º ¿Qué dirá el público que os ha colmado de bendiciones, al veros tan solícitas con ellos?

4.º ¿Qué dirán esas criaturitas? ¡Desgraciados de nosotros! queridas madres nuestras, ¿nos dejáis abandonados? Qué nuestras propias madres nos abandonen, pase; ellas son malas; pero que lo hagáis vosotras que sois buenas, equivale á decir que Dios nos ha abandonado.

5.º En fin, ¿qué diréis vosotras á la hora de la muerte, cuando Dios os pregunte por qué habéis abandonado esas criaturitas? Por todas estas razones me parece que debéis decidiros á hacer un esfuerzo.

S. VICENTE DE PAUL.

Copia de la estatua ejecutada por Falguiere para la iglesia de Santa Genoveva en Paris. Siglo XIX.

A la vista está que el Santo daba con su práctica el ejemplo á los demás. «Guardémonos, exclamaba elocuentemente, de exponernos por satisfacer la propia vanidad á la maldición del profeta

Væ, væ, ay de aquel, ay de aquel! ¿Para qué subir al púlpito, hermanos míos? ¡para qué hemos de predicar, sino para salvar al mundo, y para clamar delante de él! mira dónde está tu enemigo, guárdate de él, cuida de tu alma!

Si se pervierte el uso de la palabra de Dios, si de ella nos valemos por la propia estimación, con el fin de que se diga de nosotros; es un hombre elocuente, de profundos conocimientos, de muchas luces y gran talento, ¡ay de mí! ¿no nos exponemos á la maldición que recayó sobre los falsos profetas? ¿no nos abandonará Dios al fin de nuestra vida, por habernos atrevido á abusar de las cosas más santas, con el fin de satisfacer nuestra vanidad y por habernos atrevido á emplear el medio más eficaz de convertir las almas en complacencia de nuestra ambición? ¡Ah! Hay sobrados motivos para temer, y casi me atrevería á decir, para desesperar en cierto modo de la salvación de aquellas personas, que convierten los remedios en veneno, y que no saben tratar la palabra de Dios, sino por las inspiraciones de la prudencia de la carne, ó según se lo pide su temperamento ó la moda ó el capricho: ¡Salvador mío! no permitáis que ninguno de esta pequeña Compañía que está totalmente puesta á vuestro servicio caiga en tan gran peligro.»

No podian menos de producir sus frutos naturales lecciones tan expresivas, y para convencerse de ello, bastaría estampar la lista de los predicadores eminentes que salieron de la casa de S. Lázaro, después de haber recibido allí estas enseñanzas. Entre ellos debe aparecer sin duda alguna el nombre de Bossuet en primera línea, porque dispensa citar los demás. Ciertamente que el genio de Bossuet es de los que pueden pretender no haber tenido maestros, y no obstante un observador atento descubrirá sin trabajo, al analizarle, que dejando á un lado los grandes rasgos que le son característicos, hay una suerte de parentesco entre los procedimientos por él empleados y los que se descubren en la elocuencia de S. Vicente de Paul. Hay en ambos la misma fecunda sencillez, y á menudo los mismos giros oratorios, pintorescos y potentes, que comunican al discurso la forma viva de la conversación. Preséntanse con frecuencia cuestiones incidentales, exclamaciones conmovedoras, interjecciones vivas, hijas del convencimiento del orador, que comu-

EL COLEGIO DE SAN VICENTE DE PAUL EN CASTLEKNOCK (IRLANDA).

Este Colegio está dirigido por los Lazaristas, que cuentan con nueve establecimientos en la Provincia de Irlanda.

nican fuerza incontrastable á la expresión: todo esto aparece en Bossuet envuelto en arranques impetuosos, y en apacibles movimientos en Vicente de Paul; y sin embargo, ha podido éste servir de modelo á aquél. Además es muy cierto que el grande Obispo de Meaux ha reconocido esa filiación intelectual, como lo confirman aquellos párrafos de la carta dirigida por Bossuet al Papa Clemente XI, que en otro lugar de esta obra dejamos consignada (1).

Si queremos otro testimonio del efecto producido en Bossuet por el género de predicación preconizado por S. Vicente de Paul, y aplicado con tanto fruto por sus Misioneros, lo hallaremos en otra carta que Bossuet escribía desde Metz después de una Misión dada en esta ciudad por los sacerdotes de la Conferencia de S. Lázaro: «Nunca se ha visto cosa mejor ordenada, ni más apostólica, ni más ejemplar, que esta misión. ¡Cuánto no podría yo deciros de los Misioneros y principalmente del Jefe, del Superior, que tan santa y cristianamente nos han predicado el Evangelio! Todos los corazones han sabido conmover aquí. Hacedme el obsequio de darles las gracias por el honor que se han dignado dispensarme de asociarme á su Compañía y á una parte de su trabajo. Asimismo os doy á vos las gracias, pidiéndoos que roguéis á Dios, que después de haberme unido hoy á tan santos eclesiásticos, continúe uniéndome eternamente á ellos, inspirándome en un todo en su espíritu y en sus buenos ejemplos (2).»

Cuando se reflexiona en el rango que había de ocupar en el púlpito el hombre eminente, que de tal manera se expresa, se siente uno inclinado á preguntar, si no hay alguna exageración en los elogios que prodiga al modo de predicar adoptado por S. Vicente. Mas á poco que se estudien de cerca los discursos de Bossuet, nos convenceremos de que habla aquí el lenguaje de la sinceridad. No se crea, en efecto, que la sencillez tan recomendada por S. Vicente le impidiera producir movimientos de una verdadera elocuencia. El corazón es, como todos sabemos, lo que da elocuencia, y por lo tanto, ¿cómo no había de estar bien lleno de ella S. Vicen-

(1) Véase esta carta en la pág. 313.

(2) Bossuet á S. Vicente. Obras completas. Tomo XXVII.

VISTA PARCIAL DE LA CIUDAD DE METZ EN EL SIGLO XVII.

Copia de un grabado de Israel Silvestre.—El año 1658, la Reina Ana de Austria enterada por Bossuet, entonces Arcediano de Metz, de los sufrimientos y de los males de aquella iglesia, rogó á S. Vicente que hiciera predicar allí una Misión. El Santo la encomendó efectivamente á veinte sacerdotes de la Conferencia de los martes, que colocó bajo la dirección del Abad de Tournus. Secundados por Bossuet, realizaron los Misioneros numerosas conversiones. Para conservar los frutos de esta Misión quiso Ana de Austria fundar en Metz una casa de Lazaristas; dió sesenta mil libras para el primer establecimiento y una renta anual de tres mil seiscientas.

te....? No hay para que repetir los muchos ejemplos que quedan consignadas en las páginas de su historia.

Podemos añadir ahora aquellas exhortaciones que dirigía á los Seminaristas, para excitar su celo apostólico, aprovechándose del ejemplo de los Misioneros de Polonia. ¿Cuáles han sido sus sufrimientos en aquel país? ¿El hambre?—Allí la tienen. ¿La peste? Por dos veces la han sufrido. ¿La guerra?—En medio están de los ejércitos, y por entre soldados enemigos han tenido que atravesar. En fin, Dios los ha probado con todo género de azotes. ¿Y hemos de permanecer aquí nosotros apoltronados, como si no tuviéramos corazón ni celo? ¿Hemos de ver á los otros exponerse á los peligros por el servicio de Dios, y hemos de mostrarnos nosotros tímidos como gallinas? ¡Oh miseria! ¡Oh ruindad! Consideremos cómo á lo mejor salen para la guerra veinte mil soldados, para sufrir toda suerte de males, y para perder el uno un brazo, el otro una pierna, y muchos la vida por un poco de viento, ó por esperanzas muy inciertas; y sin embargo, no muestran temor alguno, y hasta van presurosos, cual si les aguardase un tesoro. Mas para ganar el Cielo, apenas hay nadie que se mueva, y con frecuencia los que emprendieron su conquista, llevan una vida tan disipada y tan sensual, que no solamente es indigna de un sacerdote y de un cristiano, sino de un hombre razonable; si hubiera entre nosotros individuos semejantes estos tales, no serían sino cadáveres de Misioneros. ¡Dios mío, seáis para siempre bendito y glorificado por las gracias que concedéis á los que se abandonan á Vos..... No importa que muramos en breve, con tal de que muramos con las armas en la mano!»

El Santo, como se ve, sabía sacar gran partido de la conducta heroica de aquellos á quienes había inspirado él su espíritu. En esto puede decirse que consistía el secreto de aquella elocuencia, á la vez familiar y elevadísima, que le hacía dueño instantáneamente de las voluntades de sus oyentes. Nada más sencillo, por ejemplo, y más sublime al propio tiempo que los siguientes rasgos de aquel noble, á quien proponía un día el Santo como ejemplo á los miembros de la Compañía: «He conocido, decía, á un noble de Bresse, llamado Rougemont, que había sido un gran duelista, y que lo había probado en muchas ocasiones en defensa propia y en defensa de los

demás, siendo innumerables las heridas y las muertes que había causado. Tocóle, al fin, Dios en el corazón con tanta eficacia, que entrando en sí mismo reconoció el estado triste en que se hallaba, y resolvió cambiar de vida con la ayuda de Dios. Después de este cambio, y permaneciendo algún tiempo en tales tentativas de progreso, pudo adelantar tanto que pidió al señor Arzobispo de Lyón permiso para tener en su capilla el Santísimo Sacramento, para honrar en ella á Nuestro Señor, y mantener viva su piedad que ya

LA SEÑORA DEL PRESIDENTE LAMOIGNON.

Copia de una escultura de su sepulcro, por Girardón, siglo XVII.—Fué de la Compañía de las damas de la Caridad y tomó parte en todas las obras de S. Vicente.—Cuando veían las gentes al Santo dirigirse á casa de esta señora solían decir: «El padre de los pobres va á casa de la madre de los pobres.»

era de todo el mundo conocida. Habiéndole ido yo á ver un día me refirió sus prácticas de devoción y entre otras su desprendimiento de las criaturas. Seguro estoy, me decía, de que si nada me quedase aún en el mundo me daría todo á Dios (1).....

Gran lección, añadía S. Vicente; y en efecto, ¿quién no se llenaría de admiración con el rasgo verdaderamente heroico de un caballero que acaba por romper su espada, para desligarse de los últimos vínculos que le ataban al mundo? ¿Y quién no se admirará

(1) Lo restante de este diálogo lo conoce ya el lector por el texto de la historia y no hay para qué repetirlo.

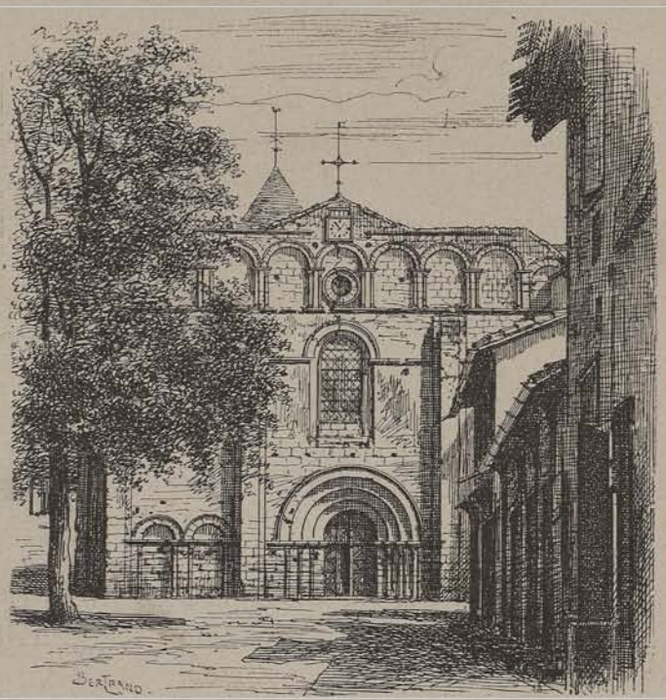
EL CRISTO CONSOLADOR.

PINTURA D'ARY SCHEFEER, SIGLO XIX.

«Venid á mí, decía Jesús, todos los que estáis trabajados y cargados y yo os aliviaré.»—Cristo es el modelo divino de San Vicente de Paul.

Imp. Lemercier & Cie Paris.

también del arte maravilloso con el cual encaminaba S. Vicente á los fines de su exhortación una historia como ésa? Así lo hacía ordinariamente, y en tal concepto son sus conferencias una mina inagotable. Se le suele representar como lo hace él mismo en alguna parte, en medio de sus colegas, formando círculo, y tomando pie ora



LA IGLESIA DE CADOUIN (DORDOÑA).

Monumento del siglo XII.—Este edificio parte única casi intacta de una rica y grandiosa abadia sirve hoy de Iglesia parroquial, y está servida por los sacerdotes de la Misión.

de una noticia del día, ora de las cartas de los misioneros que acababa de recibir, ora del texto de las reglas, cuyo comentario exponía, para entablar aquellas pláticas, ó fijar la atención de los oyentes, á los cuales á cada momento estimulaba de nuevo con interesantes reflexiones. Dando á la Conferencia los aires de un verdadero entretenimiento, interpelaba alternativamente á los que le rodeaban, dirigiéndoles preguntas sobre el objeto de la conferencia, y aprovechando sus respuestas, para comunicar nuevos alicientes á

sus observaciones y á su piedad. Este método que también aplicaba en sus admirables conferencias á las Hijas de la Caridad se recomienda por sí mismo, porque es cierto que mediante él recibe el auditorio impresiones más personales, y los resultados son más prácticos y más influyentes. Hasta puede afirmarse que S. Vicente alcanzó con él un éxito verdaderamente singular.

Veamos algún ejemplo de cómo aplicaba las noticias referentes á la Misión, y en particular la muerte de los miembros de su Compañía, para sacar de ello lecciones espirituales en provecho de los suyos..... Algunas veces se extendía hablando del mérito y de las obras del difunto, pero en muchas otras ocasiones bastábanle algunas palabras, para resumir toda una vida de celo y de sacrificios; y sin embargo, ¡cuánta elocuencia en aquellas sencillas palabras! He aquí, por ejemplo, cómo anunciaba la muerte de uno de sus más amados colaboradores, el señor Portail: «Dios ha querido privarnos del buen señor Portail; siempre tuvo temor á la muerte, mas al verla acercarse, la miraba con paz y resignación, y siempre me ha dicho en las muchas visitas que le he hecho que no le quedaba rastro alguno del temor pasado. Ha muerto como vivió, sobrellevando los padecimientos, practicando las virtudes, deseando honrar á Dios y consumar sus días cumpliendo la divina voluntad, á imitación de Nuestro Señor. Ha sido uno de los primeros que han trabajado en las Misiones, y ha contribuído siempre á llevar los cargos de la Compañía, prestándola notables servicios, de suerte que hubiéramos perdido mucho con su desaparición, si Dios no dispusiera todas las cosas para su mayor gloria, y no nos facilitara el encontrar nuestro bien, donde nos parece que vamos á tropezar con una desgracia. Hay motivo para esperar que éste su servidor nos será más útil en el Cielo de lo que nos lo ha sido en la tierra. Os ruego que le hagáis los sufragios acostumbrados.....»

No tan sólo por este lado puede admirarse el talento de nuestro Santo sino también bajo el punto de vista moral y social, donde aparecen retratos y conceptos de que no se desdeñaría ninguno de los escritores del gran siglo. Véase, por ejemplo, la siguiente muestra: «¿De qué os servirá, os pregunto yo, el gozar de la buena opinión entre los hombres? ¿Qué provecho ni qué ventajas reportaréis

de esta reputación? ¿Qué significado dais á ese honor? No pasa de ser cierta pasajera impresión del espíritu, que desaparece tan pronto como se ha producido. Y á la verdad, hermanos míos, quien anda en busca de la estimación, anda muy engañado; los que corren tras del honor, no encuentran ordinariamente sino la confusión, pues la experiencia nos hace ver á las claras que si los hombres nos alaban, lo hacen ó por malignidad ó por lisonja, dicien-

IGLESIA DE LA ASUNCIÓN

En Ning-Po-Fou provincia de Tche Hiang (China). Esta parroquia está servida por los sacerdotes de la Misión.

do todo lo contrario de lo que piensan. Después de todo, el mundo se compone de buenos y de malos: los primeros interpretan bien vuestras buenas obras, pero los malos, cuyo número es casi infinito, se burlarán de ellas; por lo tanto en vuestro empeño de buscar el honor, no encontraréis más que el menosprecio. ¡Ah! tan ruines y miserables como somos y andamos en busca del honor. Pensemos bien que no es sino humo, que se desvanece por momentos. Pensar de otra manera es ser un insensato, un loco de

aquellos que se imaginan ser Papas, Reyes (1).....» Citaremos ahora otra muestra para probar cuán á fondo conocía S. Vicente y cuán perfectamente apreciaba los resortes del corazón humano. En la enfermedad es donde la fe se ejercita maravillosamente: durante ella brillan con esplendor la esperanza, la resignación, el amor de Dios y todas las virtudes, pues hallan amplia materia de ejercicio. En ella se prueban las fuerzas de cada uno y se ve cuáles son sus alcances; en ella se puede sondear y medir con certeza cuáles son los grados de virtud del individuo y si vale mucho, poco ó nada. No hay lugar donde se transparente mejor el hombre que la enfermería. Por eso debemos penetrarnos de cuán importante es el estar bien preparados á portarnos como conviene en la prueba de las enfermedades. ¡Ah! Ojalá supiéramos imitar á cierto buen servidor de Dios, que hallándose postrado en cama, la convirtió en un trono de merecimientos y de gloria. Hízose rodear de los santos misterios de nuestra religión: en la colgadura de la cama puso la imagen de la Santísima Trinidad; en la cabecera la de la Encarnación; á un costado la Circuncisión, al otro el Santísimo Sacramento, á los pies la Crucifixión; y de esta manera á donde quiera que volviese los ojos se encontraba siempre como rodeado y lleno de Dios. ¡Cuán bellas luces, señores mios, cuán bellas luces! ¡Qué dichosos seríamos, si Dios nos concediera esa gracia!»

A la señora Le-Gras, fundadora de las Hijas de la Caridad, le escribía en cierta ocasión, viéndola excesivamente preocupada con un hijo que había dejado en el mundo: «Jamás he visto una madre que sea más madre que V. En ninguna otra cosa os mostráis como mujer. En el nombre de Dios, dejad á vuestro hijo en manos de Jesucristo, su padre, que le ama más que vos....» Los rasgos de este género abundan en su correspondencia, que fué la más extensa y variada de cuantas se puedan ver, por la diversidad de personas á quienes se dirigía. Sería empresa más que difícil y larga el escoger entre sus numerosas cartas todas aquellas, en que contestaba y proveía á todo con admirable presencia de espíritu, por

(1) Conferencia décimasexta del 29 de Agosto de 1659 sobre las máximas contrarias á las máximas evangélicas.

VISTA DEL SEMINARIO DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD

Casa-madre de las Hijas de la Caridad en París.—Estado actual.

abrumado que se hallara en los mil negocios, cuya dirección corría á su cargo. Quien tenga el gusto de recorrerlas, hallará abundantes y curiosas indicaciones sobre las costumbres de su tiempo con la prueba de la influencia notoria que ejerció S. Vicente de Paul en todo su siglo. Nos bastará citar algunas páginas de las más notables y de las más propias, para dar muestra del valor intelectual del Santo sacerdote. Admirable es, por ejemplo, la pintura de los males de la Francia, que dirigía al Papa Inocencio X el 16 de Agosto de 1652: «La casa Real está dividida por las disensiones; los pueblos andan fraccionados en facciones, los ciudades y las provincias afligidas por las guerras civiles, los pueblos y las aldeas arruinados é incendiados, los labradores no recogen las cosechas de lo que han sembrado y tampoco pueden sembrar para los años siguientes; de todo hacen presa los soldados, y los pueblos son víctima no sólo de sus rapiñas y depredaciones, sino del asesinato y de todo género de torturas. La mayor parte de los habitantes de las campiñas ó caen al filo de la espada ó sucumben al hambre. Ni los sacerdotes mismos se ven libres de las manos de la soldadesca, pues se ven por ella tratados inhumana y cruelmente, puestos en tortura y perseguidos de muerte. Se ataca el pudor de las vírgenes, y lo que es más grave todavía las religiosas mismas se ven expuestas á su libertinaje y á su furor; los templos son profanados, saqueados, destruídos, y los que todavía quedan en pie están abandonados de la mayor parte de sus pastores, y casi enteramente desprovistos de misas, de sacramentos y de todo socorro espiritual. Aun hay otra calamidad que hace estremecer al solo pensar en ella, y mucho más al tenerla que decir; el Augustísimo Sacramento del Cuerpo del Señor es tratado con la más baja indignidad aun entre los católicos, pues al apoderarse de los vasos sagrados arrojan sacrílegamente y pisotean la Santísima Eucaristía.» Ante este cuadro podríamos preguntar, ¿es Vicente de Paul ó Bossuet quien ha trazado esa sombría y magnífica descripción?

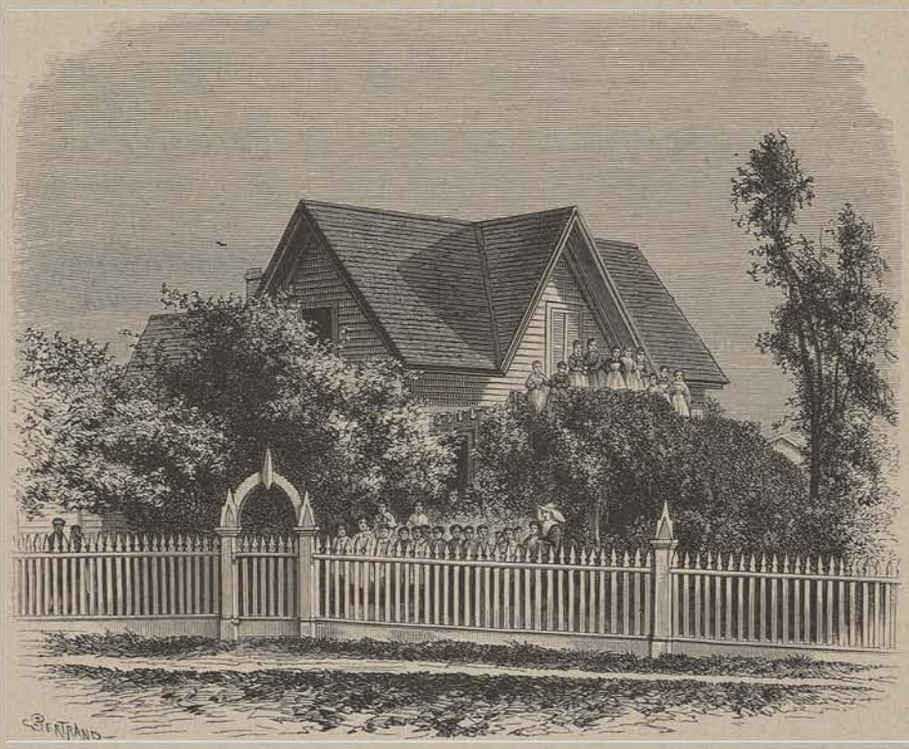
He aquí de qué manera nuestro Santo habla de los trabajadores del campo, entre los cuales había pasado su infancia; compárese con la demasiado célebre descripción que hace Labruyère de las «bestias de carga» de la cual tanto han abusado nuestros revolucio-

narios. «Si existen verdaderas virtudes se encuentran de un modo particular entre estas pobres gentes. Hay en ellas una fe viva y sencilla, están sometidas á las órdenes de Dios, sufren cuanto Dios quiere enviarles, y todo el tiempo que place á su Divina Majestad, tanto por las violencias de la guerra como por la aspereza del trabajo. Diariamente han de someterse á la fatiga, exponiéndose ora á los ardores del sol, ora á las inclemencias del tiempo, y mientras sólo viven del sudor de su frente, nos entregan el fruto de su trabajo, y en cambio esperan que al menos rogaremos á Dios por ellos. ¡Oh, hermanos míos! Mientras ellos se fatigan de tal manera para alimentarnos, nosotros buscamos la sombra y el reposo!.... A esos pobres, pues, debemos dispensarles los oficios de caridad, ya para satisfacer el deber de nuestro carácter, ya para mostrarles de algún modo el agradecimiento que les debemos, por los bienes que reportamos de sus ímprobas tareas. Mientras ellos sufren y combaten contra la necesidad y contra todas las miserias, que nos circundan, es preciso que hagamos como Moisés, levantar continuamente las manos al Cielo por ellos; si sufren por sus pecados y por sus ignorancias, debemos nosotros ser sus intercesores con la Divina Misericordia, pues que la Caridad nos obliga á tenderles la mano, para sacarlos al estado de gracia.»

Se moteja muchas veces á los autores del siglo XVII el haber ignorado las bellezas de la naturaleza, ó el haberlas sistemáticamente desdeñado..... Este cargo no puede comprender á S. Vicente, pues abundan en sus discursos y en sus cartas los testimonios de su admiración hacia los fenómenos naturales, de los que supo sacar partido, para excitar á la virtud á aquellos á quienes hablaba. He aquí uno entre tantos otros pasajes: «En casa tenemos la imagen de un pobre labriego de las montañas de la Auvernia, que durante toda su vida había trabajado con una carreta ó apacentado cabras, y sin embargo, se había dado tan íntimamente á Dios en la oración, que hablaba de él con tanta dignidad como lo hace á veces un Prelado ó un profundo teólogo; no espero yo hablar tan perfectamente como él. ¿Y de dónde había sacado tantas luces? Sin duda de algún sermón, que oyó muy atento y meditó después profundamente; y como Dios se complace con las almas humildes y

sencillas, se comunicó á él con abundancia. ¡Ah! Si su bondad infinita ha concedido esa gracia á un pobre aldeano, que se ocupaba en conducir su carreta ó en apacentar las cabras de su padre, ¿la rehusará á una Hija de la Caridad, que se ha dado á él por toda su vida para servirle en los pobres, á una hija que durante su trabajo se afana, como abeja mística, en recoger y meditar las palabras de un sermón, de una Conferencia ó de un consejo de la Superiora? No hay que dudarlo, hijas mías, quien emprenda ese buen camino, avanzará en corto tiempo, y si es tan feliz que sabe perseverar, la veréis crecer en virtud como la aurora del día, que sólo es un punto al amanecer, y que en pocas horas llega á su mediodía. Veamos otra comparación sacada de la naturaleza y no menos elocuente: «Los jardineros escogen con oportunidad las horas propicias para regar dos veces cada día sus plantas durante los calores y la sequía del verano, y en ello obran cuerdamente: sin esa precaución sus plantas morirían, al paso que con ese riego las raíces toman el alimento de la tierra y sube á lo largo de sus tallos cierto humor formado mediante el riego y que da vida á las ramas y á las hojas y sabor á los frutos. Del mismo modo, mis queridas Hermanas, cuando viene la sequía al jardín de nuestra alma, perecerían en ella todas las plantas, sin la previsión, cuidado é industria del jardinero que ha dispuesto se os dé tiempo para hacer oración, la cual á manera de dulce rocío humedece todas las mañanas vuestras almas por la gracia que atrae sobre vosotras. Cuando os halléis fatigadas por las luchas y trabajos que acontecen durante el curso del día, recibís aún por la tarde ese dulce refresco para dar vigor á todas vuestras acciones. ¡Ah! cuán abundantes frutos producirá en breve tiempo la Hermana de la Caridad, si se esmera en refrescar su espíritu con ese divino rocío. Se la verá crecer todos los días de virtud en virtud; así como el jardinero ve que sus plantas progresan algún tanto á medida que las riega, del mismo modo se verá que vosotras avanzáis como una bella aurora que se levanta por la mañana y va siempre creciendo hasta el mediodía, progresando siempre hasta que hayáis llegado al sol de justicia, que es la verdadera luz del mundo, abismándoos en él, como la aurora se abisma en cierto modo en el sol del mediodía.»

Oigámosle ahora predicar sobre la constancia á las mismas Hermanas: «¿Habéis jamás oído decir que un soldado haya abandonado su puesto, sin orden de su jefe? Cuando un soldado está de centinela, ni que llueva, ni que haga viento, ni que granice, ni que vomiten balas los cañones por todos lados, no le es permitido retirarse: es



ESCUELA DE SAN VICENTE EN PETALUMA (CALIFORNIA)
Dirigida por las Hijas de la Caridad.

preciso permanecer allí aunque tuviera que morir, y si es tan débil que llega á retirarse, se le condena sin remisión á ser pasado por las armas. Imitemos ese ejemplo.» Recomendaba sobre todo con particular insistencia á las Hermanas de la Caridad la sencillez, considerándola como una de sus principales virtudes, y en unos términos que prueban la grande importancia que le atribuía. En muchas circunstancias les recuerda que la primera Hermana de la Caridad fué una pobre doncella del campo, y á propósito de esto, hace un

retrato de las jóvenes de aldea, del que transcribiremos algunos párrafos: «La primera Hermana que entró en vuestra Compañía, dice en su primera conferencia, fué una pobre joven de aldea; preciso es que os lo recuerde, para que no olvidéis que la Providencia no quiere en la comunidad sino pobres doncellas, ó bien que lo sean por su nacimiento, ó por haber elegido la pobreza evangélica; sí, digo pobres doncellas, porque es preciso que vosotras lo seáis en efecto. Aquella pobre joven había aprendido á leer casi por sí sola, guardando algunas vacas, y pidiendo á alguno de sus conocidos la enseñara á deletrear; después que supo leer, dióse á la vida de piedad, y congregó á algunas compañeras para que la ayudasen á instruir á los niños de su aldea. Fuimos allá, para dar la misión, y Dios hizo pronto conocer que aquella empresa no le desagradaba. Oyendo decir aquella buena joven que en París se asistía á los enfermos, y deseando servirlos ella, la hicimos poner bajo la dirección de la señora Le-Gras, y andando el tiempo vino á morir de la peste en el hospital de San Luis. He aquí, hijas mías, cuáles fueron los comienzos de vuestra Compañía.....» A continuación hacía el Santo el retrato de las jóvenes de aldea, retrato que encierra una elevada lección moral, y es á la vez una ojeada completa sobre toda una situación social, que ha sido largo tiempo, no solamente ignorada, sino despreciada ó desfigurada.

«Habíame propuesto, hermanas mías, dirigiros la palabra el día de Santa Genoveva, y como era ella una pobre aldeana, había formado el propósito de hablaros de sus virtudes y de las que adornan á las verdaderas hijas de la aldea, en atención á que las primeras que se alistaron en la Compañía eran jóvenes de aldea; mas habéis de saber que, cuando de ellas hablo, no me refiero á todas las hijas de aldea, sino tan sólo á las que poseen las virtudes de las verdaderas hijas de los campos; también habéis de entender que, cuando me ocupo de ellas, no excluyo á todas las hijas de las ciudades, porque realmente las hay que poseen las virtudes de aquéllas, y sin ir más lejos, hay en la Compañía jóvenes nacidas en las ciudades que me llenan de consuelo. ¡Dios sea bendito por ello, hermanas mías! ¡Dios sea bendito! Por el contrario, muchas jóvenes hay de aldea, que tienen el espíritu de las hijas de las ciudades,

HOSPITAL DE LA CARIDAD EN NUEVA ORLEANS.

Sirven este hospital veinticuatro Hijas de la Caridad.

sobre todo cuando están muy cerca de ellas, pues el aire de las ciudades tiene yo no sé qué de contagioso para las mismas.....

»Las verdaderas hijas de aldea son extraordinariamente sencillas, no se valen de astucias ni de palabras de doble sentido; no son tercas en sus opiniones, ni pegadas á su propio parecer, y creen de buena fe lo que se les dice. En esto debéis imitarlas, y seréis verdaderas Hijas de la Caridad, si como ellas sois sencillas, y nada pertinaces en vuestro sentir; si además os sometéis de buen grado al parecer de los demás, si sois cándidas en vuestras palabras, no diciendo una cosa, y pensando otra. Así quiero creerlo de vosotras.

»Obsérvase una grande humildad en las verdaderas hijas de aldea: no se vanaglorian de lo que son, ni hablan de su parentela, ni piensan tener ingenio, y en todo obran sin pretensiones; y aunque algunas de ellas tengan más bienes que las otras, no por eso se creen superiores, sino que viven al nivel de las demás. No sucede lo propio ordinariamente con las jóvenes de las ciudades, las cuales hablan á todas horas de su casa, de sus parientes, de sus comodidades, y más de una vez se vanaglorian de tener lo que realmente no tienen. ¡Oh! Las Hijas de la Caridad deben alejar de sí completamente ese espíritu; y me parece que con la gracia de Dios así lo hacen, pues aun cuando hay entre vosotras jóvenes de toda suerte de condiciones, se observa, sin embargo, que todo entre vosotras es igual, sin que aparezcan distinciones ni particularidades.

»La humildad de las buenas hijas de aldea hace que se hallen contentas con lo que Dios les ha dado, y no deseen ni más riqueza, ni más grandezas que las que poseen, ni ambicionen otra cosa para vivir y vestir mejor; mucho menos piensan en pronunciar bellas frases, pues su lenguaje es humilde; cuando las alaban, ni siquiera lo entienden, y comúnmente ni lo escuchan, porque ellas hablan el lenguaje de la verdad. Amemos, hermanas mías, la santa humildad que nos hace ver con indiferencia el menosprecio, y que hasta se regocija en los desprecios.....

»También son grandemente sobrias en el comer las buenas hijas de la aldea: con frecuencia se contentan con alimentarse de pan

y muy sencillos alimentos, no obstante que trabajan mucho, y á veces en faenas muy penosas. Así lo habéis de practicar vosotras, si queréis ser verdaderas Hijas de la Caridad. No miréis lo que se os da, ni mucho menos os cuidéis de si está bien aderezado; basta comer para vivir, y no para satisfacer á la sensualidad.....

»No busquéis apetitos ni regalos, ni haya distinción ni particularidad entre vosotras, bien seáis pobres aldeanas, bien procedáis

EL ASILO DE SANTA ANA PARA LOS NIÑOS EXPÓSITOS EN WASHINGTON.

de alta condición. ¿De qué vivía la Santísima Virgen; más aún, de qué vivía Nuestro Señor, cuando estaban en la tierra? Vivían de pan.

»Añadiré todavía que las verdaderas hijas de los campos son extraordinariamente modestas en su continente, llevando la vista baja; además son modestas en sus vestidos, que son viles y groseros. Así deben serlo las Hijas de la Caridad, las cuales no han de entrar en las casas de los grandes, sino cuando les lleven á ellas los asuntos en servicio de los pobres, y aun entonces es preciso que lo hagan con temor, y que no se entretengan en estudiar lo que hay en las casas, y que hablen á todo el mundo con gran circunspección y modestia.»

Bastan estos párrafos para dar una idea del encanto singular que sabía comunicar nuestro Santo á sus conferencias, dirigidas á

las Hermanas de la Caridad, y de las cualidades que revelaría el conjunto de tales conferencias, desde sólo el punto de vista literario, si se dieran á la estampa.

Lo propio ha de decirse de los miles de cartas, en que menudean los rasgos profundos, y que están llenas de sabios consejos, donde corren parejas la sagacidad en la resolución de los negocios, y las más altas lecciones de la vida espiritual. En ellas se manifiestan sobre todo los asombrosos recursos de aquel espíritu, que quería pasar, sin embargo, por pobre, y que se plegaba sin esfuerzo á las más delicadas sutilezas de la controversia, para deducir de ella la verdadera doctrina con una fuerza, una nitidez y un brillo extraordinarios. Recordemos al efecto su conducta y sus palabras con el fautor del jansenismo, y cuánta fué su energía para combatir á los sectarios, una vez condenados por el Papa.....

No es de admirar, después de todo esto, que goce de universal renombre, quien por sus extraordinarias obras fué ya entre sus contemporáneos objeto de admiración, á pesar de su gran humildad. Ya hemos visto el testimonio que daba de él, cuando escribía al Papa, Bossuet, obispo de Meaux..... Muchos otros bebieron en él las inspiraciones de su elocuencia, y pronunciaron magníficos panegíricos. De entre ellos transcribamos algunos párrafos del señor Obispo de Angers, Monseñor Freppel: «Hay acaso en los siglos pasados una institución cualquiera de beneficencia que Vicente no haya rejuvenecido, ó restaurado, ó engrandecido? ¿Hay una obra de caridad que no haya venido á eslabonarse como un anillo á esa cadena de establecimientos, que se extiende hasta nosotros? El mundo sigue con asombro los prodigios de su actividad en el Hospital, que transforma, y en la Salpetrière que erige; en los enfermos que alivia, y en los pobres que nutre; en los ancianos que recoge, y en los niños expósitos que salva; en los forzados que liberta, y en los cautivos que rescata; á través de los establecimientos que funda, de los Asilos que abre, de los Hospitales que crea durante medio siglo. Decidme, ¿no se realiza con todo esto en el orden de la caridad esa vasta y magnífica síntesis que admirábamos, en un principio en el orden de la fe? ¿No hay en ambos conceptos la misma profundidad de espíritu, y ese golpe seguro de vista que abarca y

armoniza todas las partes de un gran todo? Y si es cierto que no es posible abordar un problema de la fe, sin hallarse frente á frente con el nombre y el genio de Tomás de Aquino, también es indudable que cada vez que el espíritu cristiano, inspirado por la fe, se traduce entre nosotros, en alguna cosa fecunda, por poco que se

LUIS XVI, REY DE FRANCIA.

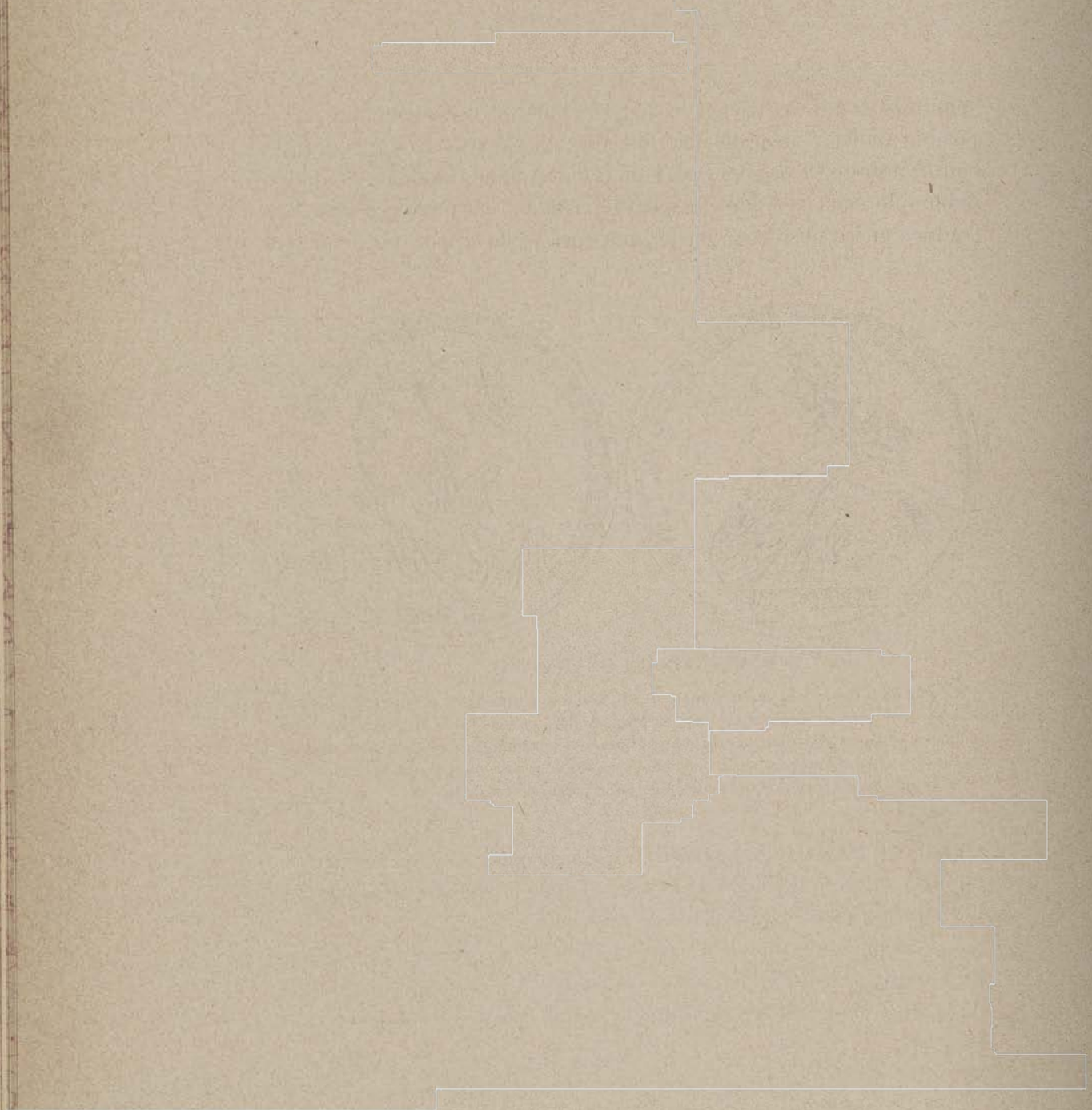
Copia de una medalla de su tiempo.—Luis XVI después de haber oído el panegírico de San Vicente de Paul, pronunciado por el Abate Maury, ordenó que se erigiese una estatua de mármol blanco al Santo Sacerdote en la Galería del Louvre. Esta estatua, obra maestra de Stouf, se hallaba en San Lázaro; cuando el saqueo de la casa, en 1789, fué destrozada por los revolucionarios y la cabeza fué arrojada en la fuente del Palais Royal.

ahonde en busca del manantial de estas grandes cosas, se encuentra en ellas, al lado del dedo de Dios, que todo lo pone en movimiento, la mano y el corazón de Vicente de Paul» (1).

¿Qué podemos añadir á estas palabras? Ellas forman el más bello elogio del Santo que tanto contribuyó á restaurar la dignidad de la sagrada cátedra fundando las Conferencias en que se formó Bossuet.

AUGUSTO ROUSSEL.

(1) Monseñor Freppel, *Œuvres oratoires*, tomo II.



APÉNDICES DEL TRADUCTOR.

APÉNDICE PRIMERO.

DE LA PATRIA Y ESTUDIOS

DE SAN VICENTE DE PAUL.

Grandeza de España por el número y celebridad de sus Santos.—La tradición española reclama á San Vicente como nuestro: Declaraciones previas.—Movimiento patriótico laudable de personas distinguidas para llegar á la demostración histórica.—Oscuridad y contradiciones de los biógrafos franceses, para fijar el origen del Santo y el lugar de sus estudios.—Afirmaciones de la tradición española: Sus fundamentos.—Hechos históricos comprobantes.

NTRE los pueblos del mundo, pocos hay que puedan competir con nuestra muy amada España en la celebridad y en el número de varones santos, escogidos por Dios Nuestro Señor para confesar su fe, pregonar su divinidad y dar esplendor á su Iglesia. Sin contar, por ser imposible tarea, los *innumerables* mártires de los primeros siglos en Zaragoza, en Mérida, en Barcelona, en Toledo, en Tarragona y otras ciudades ibéricas; aunque no nombremos uno por uno los 217 de que se hace mención en las Letanías de los Santos españoles, por no consentirlo los estrechos límites de unos modestos Apéndices, ¿cómo pasar en silencio

á S. Leandro, S. Isidoro, S. Ildefonso y S. Braulio, á S. Hermenegildo y S. Fernando, á S. Raimundo, S. Pedro Nolasco, Sto. Domingo de Guzmán, Sto. Tomás de Villanueva, S. Vicente Ferrer, S. Ignacio de Loyola, S. Juan de Dios, S. Francisco Javier, S. Juan de la Cruz, S. Francisco de Borja, S. Pedro de Alcántara, Sta. Teresa de Jesús, S. José de Calasanz..... que han llenado el mundo, y brillan en el cielo de la Iglesia como soles de vívidos resplandores, los unos por su sabiduría más que humana, los otros por sus virtudes heroicas enmedio del fausto de la corte, los otros por la fecundidad evangélica de los institutos que fundaron ó reformaron, los otros por su benéfica influencia en la gestión de los negocios públicos, los otros por las conquistas hechas á la religión en los países infieles, y todos por su asombrosa santidad y por sus grandes ejemplos?

A esa brillante pléyade de gloriosos compatricios, hoy amigos escogidos de Dios, y venerados en mil altares de la tierra con los cultos de toda nación y de toda lengua; á esos héroes de virtud, de celo evangélico, de mortificación, ceñidos con la corona inmortal de los Bienaventurados, quiere una tradición española que se agregue también *el Apóstol de la Caridad, San Vicente de Paul.* Y es el caso que no se trata de una tradición vulgar, siempre atendible, y en ocasiones, base de importantes descubrimientos, sino la tradición científico-literaria, la tradición histórica..... Los indicios y las afirmaciones de ella son vehementes hasta el punto de crear un convencimiento moral, como podrá fallar imparcialmente el lector. Mas no precipitemos las ideas, y antepongamos una declaración explícita.

Las piezas de este proceso singular son muchas y de muy diversa índole; y ni han podido ser acopiadas por entero á la publicación de este libro, ni aunque lo hubieran sido, podrían tener cabida en él. Entre los óbices que nos lo vedan, militan en primer término los comedimientos á que obliga el papel de traductor. Amantes, como cristianos, somos de la verdad, y obligación tenemos de decirla, cuantas veces hayamos de mover nuestra lengua ó de ejercitar la pluma; mas en el presente litigio entienden algunos graves críticos, que con su amistad nos honran, ser de absoluta

necesidad, para exponer todas las pruebas, la de contar primero con verdadera libertad de acción.

Y á nuestra genial sinceridad, de cuantos nos tratan perfectamente conocida, corresponde añadir otra observación de carácter personal. Ningún estudio previo, relativo á la cuestión presente, habíamos hecho, cuando se nos encomendó la traducción de la notable presente obra. Afirmaciones vagas, escritos á guisa de nobles tentativas, con indicios más ó menos luminosos, tímidas declaraciones de algunas biografías del Santo sobre su origen español..... he aquí todo cuanto había llegado á nuestros oídos. No ha de achacarse nuestra ignorancia en ello á la no existencia de antecedentes y documentos más eficaces, sino á la índole de nuestras tareas y aficiones, bien ajenas por cierto á semejantes arduas disquisiciones. Mas al tropezar en el decurso de la traducción con visibles lagunas en todo el período de la infancia, de la niñez y aun de la adolescencia del insigne San Vicente; al analizar la notoria deficiencia del texto en la relación de sus estudios teológicos, que no fueron ni cortos, ni mal dirigidos, á juzgar por su ciencia admirable y por sus predicaciones tan sencillas como profundas, hubimos de recelar que tan transcendentales vacíos reconocían alguna causa grave, ó eran tal vez el primer apoyo de la contienda histórica entre españoles y franceses entablada.

¿Era posible en tal caso dejar el pleito *sub judice*, y dar nueva sanción á los pretendidos derechos de los franceses con nuestro silencio, ó existía el deber de investigar el origen de aquellas oscuridades, y de reivindicar el *suum cuique*, en el caso de hallar lo que llaman los juristas alegaciones de mejor derecho? Empero, ¿dónde estaban los títulos de autoridad y pericia que para tan arduo poblema podíamos oponer? ¿Dónde el tiempo ni la facilidad para visitar archivos, copiar documentos, comprobar fechas y revelaciones? ¿Dónde, sobre todo, los medios para llegar hasta determinados lugares, y para penetrar en ciertos archivos, no siempre abiertos á la pública curiosidad? Después de maduro examen, optamos por el expediente único de que puede echar mano el hombre de buena fe: pedir lealmente el concurso de amigos más ó menos conocedores del asunto.

En el transcurso de nuestras gestiones llegamos á averiguar, con gran contentamiento nuestro, que precisamente en estos días se han dado no pocos eruditos á desentrañar protocolos, y á rebuscar antecedentes, para entablar con nuevos bríos la polémica, y tal vez, para alcanzar un triunfo brillante y definitivo. Recientes están, por ejemplo, varios artículos de la Prensa periódica, en los cuales se descubre la confianza muy fundada de sus autores de *españolizar* el nacimiento de San Vicente de Paul. El letrado D. Manuel Casasnovas, en *El Correo Catalán*, de Barcelona; el catedrático de la Universidad de Zaragoza D. Antonio Hernández Fajarnés, en *El Pilar*, de aquella ciudad; otro erudito publicista en la revista de Madrid *La Controversia*, han sostenido la tesis ó sentado los preliminares de ella, ilustrando con nuevos fulgores los horizontes de la crítica. Del trabajo del Sr. Hernández se desprende bien á las claras que aspira á entrar en la liza, no para inofensivos escarceos, sino para romper lanzas de la mejor ley con los mantenedores ultrapirenáicos. Profesor de alientos es, y nos consta que se está preparando con todo el tesón y con todo el prolijo afán propios de la alteza del asunto. ¡Quién sabe si está cercano el día de las grandes sorpresas y de las grandes victorias! Cuenten todos los que logren el apetecido triunfo, en tan codiciada y legítima conquista, con nuestros plácemes anticipados.

A muchos amantes de las glorias patrias hemos procurado interesar directa ó indirectamente en la adquisición de datos y comprobación de tradiciones, y es nuestro primer deber estampar aquí sus nombres, no tanto en justa correspondencia del favor recibido, cuanto en demostración evidente de ser el problema que se ventila de solución más ó menos difícil sí, pero de discusión perfectamente justificada. Sépanlo aquellos compatricios, para quienes reviste cierto carácter de pueril aspiración ó de estéril tentativa la presente controversia. Los PP. Mir, Bofill, Casajuana, Fiter, Lahoz y otros de la ilustre Compañía de Jesús; el Rdo. D. Francisco Parasols y Pi, amigo y colega del célebre Milá y Fontanals, y tan conocido como él por su erudición y su saber; el no menos erudito sacerdote aragonés D. Pancracio Lafita, años hace muy reputado entre bibliófilos y arqueólogos españoles y extranjeros, á quien debe la patria

literatura valiosos descubrimientos; nuestros amigos D. Manuel Casasnovas, abogado de Barbastro (1), y D. Serafín Casas, catedrático de Huesca, ambos excelentes patricios aragoneses y muy enterados de la historia de su país; nuestro muy amado hermano D. Hilarión, beneficiado de Santa Cruz de Zaragoza, han querido favorecer con noble empeño nuestros naturales deseos de alcanzar algo de luz siquiera allí donde, por campear intereses encontrados, no siempre hubo por ambas partes igual empeño en aclararlo todo. Nos holgaríamos de citar todavía los nombres de otras respetables personas, á quienes somos deudores de bondadosa cooperación para este y otros Apéndices; mas no tenemos derecho de infringir el precepto que nos impusieran de pasarlas en silencio.

Pagado este tributo de reconocimiento, vamos á exponer con el posible método el resultado que arrojan las notas, observaciones y documentos de esas personas, y la misma historia que acabamos de traducir, respecto al lugar del nacimiento y á la educación del Santo, y lo que reclaman sobre tales extremos la crítica, la tradición vulgar y la tradición escrita.

Veamos si la crítica severa é imparcial puede dar por bien probado cuanto las biografías establecen, respecto al nacimiento y al primer período de su vida. Ha dicho el insigne publicista L. Veuillot (2), que la historia de San Vicente de Paul está todavía por hacer, y esto es una profunda verdad, no sólo por lo que respecta á la extensión de sus virtudes heroicas, siempre encubiertas bajo el manto de la más perfecta humildad; no sólo en cuanto á la multitud de obras buenas practicadas en la oscuridad y enmedio del sigilo por aquel asombroso siervo de Dios, sino en lo concerniente al lugar de su nacimiento, á la residencia y alcurnia de sus padres y hermanos, á la compañía que le rodeó en sus años juveniles, á la educación que recibió, á los maestros que tuvo. Sobre semejantes extremos el vacío de las biografías publicadas no puede ser más notorio. Analicemos, como tipo, lo que acerca de varias cosas de

(1) El Sr. Casasnovas es el primero á quien cabe la gloria de haber iniciado en la Prensa la cuestión importante que nos ocupa.

(2) Prólogo de esta obra.

las referidas, asienta el respetable Sr. Loth, quien además de ser hombre serio, y de piedad sincera, ha contado para su obra con la fundamental de Abelly, contemporáneo del Santo, y con el no pequeño caudal de elementos que en París ha tenido á su disposición.

En el capítulo titulado «La Vocación», se afirma que vió la luz primera nuestro Santo en la aldea de Pouy ó Poy, á los 24 de Abril de 1576, siendo su padre Juan de Paul y su madre Beltrana de Mora. Afirmación tan categórica parece que ha de tener por base el único documento irrefragable: *la partida de bautismo*. La omisión de este comprobante envuelve en el presente caso una gravedad extraordinaria, no sólo porque con él se dirimiría toda contienda, sino porque se aseguraría un bello y envidiable título de gloria al país y al pueblo que recibió de Dios tan precioso privilegio. La escrupulosidad del autor en consignar los hechos más insignificantes de su vida; el esmero en recoger todos los documentos que puedan enaltecerle, ó afianzar las aseveraciones de la historia, ponen más de relieve la omisión aludida. ¿A qué se debe?

Sencillamente á que no existe ese documento. Tal es el común sentir de cuantos han practicado investigaciones, para dilucidar la cuestión. Mas ¿cómo explicar la desaparición de ese documento fundamental, tratándose de tiempos tan poco remotos, de los cuales no suelen faltar en los países católicos archivos parroquiales? La contestación á esta pregunta parece en extremo obvia. O en la aldea de Poy se ha podido mostrar la partida de bautismo, ó se ha logrado subsanar canónicamente ese vacío con un expediente formal y la obligada información de testigos. Al primer extremo se contesta negativamente; en los libros parroquiales de la época no se registra la codiciada partida. ¿Es acaso debido á circunstancias excepcionales, ó á la incuria del tiempo, ó las desolaciones de la guerra? Tampoco; pues si así fuera, hubiese cabido suerte igual á todos los libros de la época, y si no estamos mal informados, el vacío sólo atañe á la partida de bautismo de San Vicente de Paul. El hecho es verdaderamente singular.

Hemos, pues, de creer forzosamente que, si el Santo nació en

ese lugar de Francia (1), y su fe de pila no existe, se instruyó un expediente canónico en toda regla para comprobar las circunstancias de lugar del nacimiento, padres, ministro, padrinos, etc. ¿Cuándo hubo de recurrirse á ese expediente? Por lo menos, al recibir el Santo las Sagradas Ordenes, y necesariamente también al promoverse el expediente de su beatificación. Hay quien afirma haber visto ú oído que por gracia especial del Soberano Pontífice se concedió la dispensa de la fe de Bautismo. Será ó no será cierta excepción tan desacostumbrada tratándose de tiempos tan conocidos; mas es incuestionable que la Curia Romana, que con tanto pulso procede en las causas de beatificación y canonización, halló pruebas auténticas, irrebatibles, de haber sido bautizado Vicente de Paul. ¿Cómo pensar de otro modo, cuando las primeras diligencias se practicaron hallándose aún calientes, por decirlo así, los venerandos restos de aquel héroe inmortal? ¿No se cita entre las cartas elevadas por eminentes personajes al Papa, con tal motivo, la muy elocuente de Bossuet, contemporáneo y amigo de San Vicente? Debe, pues, existir en alguna parte la partida ó la información supletoria (2). ¿Dónde obran? ¿Por qué no se exhiben? ¿No suplirán ese vacío las cartillas de ordenación? Si como es voz común se conservan éstas entre las reliquias preciosas de S. Lázaro en París, ¿no sería fácil publicarlas para satisfacción de todos, evitándose suspicaces interpretaciones? Es tanto más de lamentar esa omisión, cuanto no se priva al lector de poseer el fac-símil de una parte de la Bula de

(1) En ese ó en otro, porque ni aun los biógrafos franceses parece que están del todo acordes en fijarle, según asegura el Sr. Lafita.

(2) Sobre este punto no hay discusión posible, ni necesidad de esforzar el razonamiento. Pero no estará de más aducir un antecedente muy precioso, que confirma nuestras aseveraciones, y que recomendamos á los escritores franceses para su comprobación. En el número de «La Controversia», Revista católica de Madrid, correspondiente al 19 de Julio de este año, y á la que más arriba hemos aludido, se publicó un hermoso artículo relativo á la patria de S. Vicente de Paul, lleno de preciosos datos, que iremos dando á conocer en estas páginas, y entre ellos el de que en el expediente instruido 69 años después de la muerte del Santo para su beatificación, con el objeto de suplir la partida de Bautismo, ninguno de los testigos examinados declaró terminantemente, y por ciencia ó dicho propio, que el Beato hubiese nacido en Francia. Todos ellos se referían á la voz pública y opinión general, fundada en el hecho de haberse criado en la feligresía, donde se supone nacido el Santo.

canonización. Luego veremos cómo resuelve la tradición española estas dificultades. Prosigamos.

Si deficiente é insegura se muestra la biografía de origen francés en lo pertinente á la patria del Santo, no aparece más clara ni más convincente en lo de su vida y estudios en los años juveniles, ni en lo de su ordenación eclesiástica. Nada bien probado ha conseguido establecer, acerca de los doce primeros años de su vida (página 16), y vanamente se apela en ella, para salvar el mal paso, al recurso huero de la humildad del Santo, y á la oscuridad de la familia. La primera no impidió conocer los orígenes de otros varones de tiempos mucho más apartados; la segunda..... aunque quisiéramos reconocerla por apoyo firme, no pasa de ser otra afirmación muy mal probada, y aun desmentida, como de algunos antecedentes hemos de deducir. Ahora bien; si tan oscuramente se fijan los primeros años de S. Vicente, por necesidad ha de caminarse á tientas, para determinar su vocación y el lugar de sus estudios. ¿En qué fecha comenzaron éstos, y cuál fué su duración? Se le supone en Dax á los 12 años, estudiando con ardor en un convento de Franciscanos, para lo cual pagaba muy trabajosamente su padre la modesta pensión de 60 libras anuales. Hasta los 20 años en que según afirma el Sr. Loth recibió el Tonsurado, transcurrieron ocho, durante los cuales tan sólo se dice que hubo de dedicarse á dar lecciones para ahorrar sacrificios á sus padres durante la carrera. Mas apenas admitido á las Ordenes menores, días después, «abandona el piadoso joven, díce el historiador, su familia y su país, y parte, sin saber á dónde va, pero entregado en manos de Dios...» «Con el precio de un par de bueyes vendidos por su padre emprendió su viaje, para *reanudar* sus estudios teológicos. En un principio se sintió atraído á la Universidad de Zaragoza.....» Hagamos aquí algunas reflexiones.

Un joven oscuro, pobre, humildísimo, abandona su familia y su patria, sin saber porqué; deja sus protectores, sus amigos, vuelve la espalda á los maestros, que tanto le apreciaban, y se dirige á una Universidad extranjera en busca de maestros de gran fama; para lograr todos sus deseos, se ve en la precisión de aprender el español, y pone á sus infelices padres, cargados de familia, en el

trance de vender un par de bueyes, que constituirían la mitad de su fortuna..... Esto no resiste una discusión seria. Ó aquí hay grandes lagunas, ó es preciso confesar que la tradición francesa camina fuera de los rumbos de la demostración. La tradición española ofrece en este punto base mucho más sólida, como luego hemos de ver, aunque tampoco satisfaga por completo todas las exigencias de la crítica.

Pero hay más todavía. «Debemos calcular, dice el biógrafo francés, que ni un curso permaneció allí (en la Universidad de Zaragoza), pues se le vió el mismo año en Tolosa.....» ¿Es creible en aquel espíritu apacible y cándido, en aquella virtud extraordinaria, una volubilidad tan grande? ¿Es ni siquiera serio afirmar que, sin causas muy decisivas, obrara aquel modelo de jóvenes cristianos, como cualquier atolondrado estudiante? ¿Tan sobrado estaba de medios el hijo de un pobre campesino, para rodar así por las Universidades? Una causa hubo, si hemos de creer al Sr. Loth, bastante poderosa, para hacerle abandonar las renombradas aulas de Zaragoza: «En vez de encontrar allí la ciencia, sólo tropezó con la controversia. En aquella célebre Escuela oyó Vicente querellarse á los profesores entre sí sobre las cuestiones de la «ciencia media» y sobre los «decretos determinantes», y tomó la resolución de abandonarla.....» «Penetróse de la hinchazón de la ciencia y de la vanidad de las disputas, etc.» Todo esto nos parece lastimoso desde el punto de vista crítico, infundado é inaceptable históricamente considerado.

Lastimoso, críticamente hablando, porque el autor no confirma esa serie de graves asertos con pruebas de ningún género, ni aduce una expresión de S. Vicente, que revele sus desencantos en la Universidad española; y sobre todo, porque á los 20 años no cumplidos no hemos de suponer discernimiento tan profundo en aquel humilde escolar, que alcanzara á medir y anatematizar en uno ó dos meses (1) la fatuidad, hinchazón y descomedimientos de los profesores universitarios. Ignoramos dónde consta que los maes-

(1) No pudo ser más larga su permanencia en Zaragoza, si se compulsan bien las fechas del autor.

tros españoles de teología de aquella época malgastaban el tiempo, en cátedra, disputando sobre cuestiones escolásticas incongruentes y enseñando sutilezas metafísicas. Nos ocurre en vista de ello preguntar al Sr. Loth cuál era la causa de su celebridad, y cómo le ocurrió al Santo sacrificar á su familia, para beber la ciencia en fuentes de tan escasa diafanidad. Si después de la crítica, apelamos á la historia, hallaremos que no hay fundamento alguno, para deprimir de tan grave modo á la Universidad de Zaragoza. Tómese el autor el trabajo de investigar quiénes eran los Lectores de teología de aquel Claustro, y encontrará que eran dignos sucesores de aquellos oráculos insignes del Concilio de Trento, de aquellos teólogos españoles que asombraron á los Padres de la santa Asamblea por la profundidad de su doctrina y por su intachable ortodoxia.

Sí; de boca de los maestros de Zaragoza oyó Vicente de Paul por *espacio de siete años* las grandes enseñanzas, que le amaestraron para ser después el martillo de los jansenistas, cuya hipocresía nadie desenmascaró como él. La tradición popular española sostiene, y la científica afirma que nuestro Santo cursó en la capital aragonesa todo ese tiempo, y que allí obtuvo el grado de Bachiller en Sagrada Teología, como luego se dirá. No deja de sorprender, á propósito de esto, la circunstancia de que, á pesar de la incertidumbre y vaguedad del autor acerca del lugar donde hizo sus estudios, afirme en la página misma (pág. 23), donde asegura habérsele visto en Tolosa aquel año (1597), que «consta que siguió sus estudios universitarios durante siete años, pues su diploma de Bachiller fué expedido en 1604.» Si constan esos estudios, si existe ese diploma ¿cómo no se ha averiguado su procedencia? Valiera más hacer caso omiso de tales extremos, que dejarlos en el aire, ó aprovecharlos para zaherir á una Facultad respetable de teología.

Los fueros de la crítica se sublevan todavía más, cuando se cae en la cuenta de que los estudios teológicos del Santo coincidieron, como era natural por otra parte, con su promoción á las sagradas Órdenes, sin que al tratar de ellas sepan darnos los franceses pruebas de convencimiento en favor de sus pretendidos derechos. El mismo Prelado (el de Tarbes), se dice, que le había tonsurado en 1596, le ordenaba de Sub-Diácono en 20 de Setiembre de 1598;

de Diácono tres meses después: en 13 de Setiembre de 1599, se añade, se le otorgaron las dimisorias; mas no sabemos para dónde; pues si bien se dice que al año justo de habérselas concedido, fué ordenado de Presbítero, no consta de qué Obispo recibió la ordenación. Punto es éste, por lo tanto, que lejos de aclarar la cuestión de los estudios y la verdadera residencia del Santo por entonces, aumenta las incertidumbres, tanto más, cuanto la tradición española afirma que por lo menos recibió el Presbiterado en España, y aun si no estamos mal informados, la misma cartilla de ordenación corrobora que fué ordenado *en Barcelona* de sacerdote (1). ¡Sería tan fácil resolver esta dificultad, publicando esos preciosos documentos! ¿Es que no existen? Entonces ¿cómo se han acotado con tal escrupulosidad las fechas de cada ordenación? ¿Es que carecen de interés? No ha de pensar así seguramente el autor, cuando tan minuciosamente ha dibujado todos los actos conocidos de la preciosa vida de nuestro compatricio, acompañándolos de cuantas piezas y documentos comprobantes tuvo á su disposición.

La crítica, por lo tanto, tiene derecho á mostrarse poco satisfecha de las afirmaciones estampadas por los biógrafos franceses respecto á la patria, á los estudios y á la ordenación de S. Vicente de Paul. Veamos cuáles son las afirmaciones de la tradición española, y cuáles sus fundamentos.

Hay en la provincia aragonesa de Huesca una villa de gran importancia histórica, situada en los confines de Aragón por la parte que mira á la provincia de Lérida, separada pocos kilómetros de la frontera francesa, y á unos treinta y tres de distancia de la ciudad de Barbastro, de cuya diócesis (hoy suprimida) era dependiente.

El país es seco, y sólo fértil, cuando, por excepción, vienen años

(1) No ha sido posible todavía, al redactar estos Apéndices, encontrar en el Archivo de esta Diócesis el tomo de ordenaciones de 1599 á 1604, á pesar de la diligencia y empeño que ha puesto en dar con él nuestro distinguido comprofesor y amigo D. Juan de Dios Trias y Giró y de la cooperación que se le ha prestado en el Palacio. No faltan de fecha anterior y posterior. Algunas personas respetables afirman que allá por el año de 1831 se sacó de allí una copia ó nota fehaciente. Agradeceremos cualquier advertencia ó documento, que en aclaración de estas cuestiones se nos remitan, para darlos á conocer en la forma de mayor publicidad. Nuestro propósito es no cejar en esta cuestión de verdadera honra nacional.

lluviosos. Esa villa es Tamarite de Litera (1). Allí nació el ínclito S. Vicente de Paul por los años de 1576, de padres humildes y cristianos. Los habitantes de Tamarite, en su mayor parte sencillos labradores, se ven forzados á emigrar á Francia, cuando las prolongadas sequías destruyen sus cosechas. Es más que probable que la familia de nuestro Santo buscó al otro lado de los Pirineos un refugio en circunstancias aflictivas, durante las cuales estudiaría Vicente en Zaragoza, protegido por alguna persona de distinción, ó en calidad de fámulo de Colegio ó Seminario. Ignórase la época precisa en que esto sucedió, y faltan documentos para precisar, si una vez ordenado en España ejerció algún tiempo su ministerio en su patria, y si la guerra, ó la circunstancia de encontrarse en Francia sus padres, le llevaron al extranjero, guiado por el dedo de Dios, para regenerar aquel país tan desolado moral y materialmente. Si estas afirmaciones alcanzan los caracteres de indicios, ó son más bien capaces de engendrar el convencimiento más profundo, van á juzgarlo nuestros lectores.

Ni el apellido paterno *Paul*, de nuestro Santo, ni el materno *Mora* son franceses, sino de reconocido abolengo español. Ambos subsisten todavía precisamente en la región señalada por el vulgo y por la ciencia, como cuna de Vicente. Del apellido *Paul* (2) (no *Pol* como pronuncian algunos), existen diversas familias en Tamarite de Litera, y en otros pueblos de la antigua Diócesis de Barbastro, hasta el Pirineo, en todas las cuales se mantiene viva la tradición de su parentesco con el Santo. Hay entre todas una, cuya casa solariega antigua y rica, se ve en Crejenzán, pueblo inmediato á Barbastro, de la que se dice es oriunda la de Tamarite mismo, y en la que los indicios de descendencia aparecen más manifiestos. He aquí los más significativos. En la sala principal de la casa hay un lienzo bastante antiguo, que representa al Santo, y toda la familia lo muestra siempre como *retrato del tío*, y objeto de singular veneración. Y no es pretensión nacida de ayer, ó hija de sugestio-

(1) D. Pedro IV celebró en Tamarite Cortes generales en 1367 y en 1375.

(2) No faltan tampoco pueblos de ese nombre, como *Las Paules* de Castanesa, y hasta el vallecito denominado *La Paul*. El tal nombre suele ser en alguna de aquellas comarcas común de *riera* ó *torrentera*, como nos lo comunica nuestro ilustre amigo Sr. Lafita.

nes infundadas, pues al celebrarse las fiestas de la beatificación y canonización de S. Vicente, la casa de Crejenzán tomó en ellas parte muy especial, por considerarlas como timbre glorioso de la familia. Para que nada falte á la seriedad y firmeza de esa tradición, ha de añadirse un hecho de la mayor importancia. Había de ser nombrado calificador del Santo Oficio á principios de este siglo un distinguido religioso, descendiente de los Paules de Crejenzán; y como aquel grave Tribunal pidiese antes del nombramiento informes de la familia, suministráronlos los Canónigos de la Catedral de Barbastro, señores Fumanal y Peralta: en ellos afirmaron que entre los antecesores del religioso aludido se contaba el gran San Vicente de Paul, y que á pesar de tenerle por francés la opinión común, por haberse criado y fallecido en Francia, era constante tradición que pertenecía á la indicada familia de la Diócesis de Barbastro. Abona de un modo explícito cuanto acabamos de sentar una carta del mismo interesado P. Altemir (1), dirigida al respetable D. Leopoldo Feu, Visitador que fué desde 1827 de los Misioneros españoles de S. Vicente.

He aquí ese documento que copiamos de *La Controversia*, de Madrid:

«Alcalá 2 Diciembre 1830.

»Mi dueño y amigo señor Feu: He tenido placer con la de usted, y más al ver que la pícara gota tiene sus intervalos. Yo he estado malo de más á menos desde el Junio último; pero en el día me hallo completamente restablecido.

»Mucho me alegro de la buena ocasión que se le ofreció en París, para leer documentos tan apreciables relativos á la vida de nuestro Santo, como

(1) El profundo crítico y publicista D. Vicente de la Fuente, Catedrático de la Universidad de Madrid, refiriéndose á este religioso decía en 1881: «Yo tuve por Catedrático de Teología en la Universidad de Alcalá al padre M. Fr. Bartolomé Altemir y Paul, de tierra de Barbastro, que se suponía pariente del Santo; tenía lo que llamamos *aire de familia* con la del mismo, y nunca omitía el segundo apellido de *Paul*, que tenía por parte de madre. Suponía aquel ilustrado franciscano, muy erudito y excelente orador, que la familia de San Vicente de Paul era originaria del Alto Aragón, y que hubo de pasar á Francia por motivo de los bandos que agitaron al país aragonés en el siglo XVI, con motivo de las cuestiones con la casa de Villahermosa y otros potentados.» (Boletín Histórico.—Enero de 1881, pág. 4.)

En otro lugar (pág. 3) dice, aludiendo al apellido Paul: «Es común en España y sobre todo en Aragón. Personajes políticos y periodistas políticos hemos conocido todos recientemente.»

los que me menciona. Los que yo puedo ofrecerle con toda seguridad son los siguientes:

»En primer lugar: La familia de Paul en Aragón es tan antigua, que por los años 1460 (200 antes del fallecimiento de San Vicente) nació el P. Maestro Fr. Pedro Juan Paul, dominicano, que después fué inquisidor general de Aragón. Que éste fuese de la familia lo testifica el retrato hermoso de medio cuerpo, que está en casa de mi madre, en Cregenzán, colateral al de San Vicente.

»Respecto á nuestro Santo, pregunté expresamente á mi señora madre varias veces qué es lo que había oído á mi abuelo y su padre, y me dijo constantemente que siempre oyó era reputado por de la familia, y tenido, y aun nombrado á las veces por tío. Advierto que mi madre nació el año 1747 y mi abuelo el de 1696 (treinta y seis después de la muerte del Santo).

»También hice la misma pregunta que á mi madre á mi señor tío el Dr. D. Juan Paul, rector del lugar de Guardia, el que nació por los años 1729, y me dijo lo mismo, añadiendo que en su casa paterna, que es la de mi abuelo materno, se hicieron grandes fiestas en la beatificación del Santo, en cuyo tiempo nació el dicho, y también en la canonización, en el que era muchacho. Ya sabe usted que la primera fué año 1729 por Benedicto XIII, y la segunda en 1737 por Clemente XII.

»Respecto al retrato de nuestro Santo, está en casa de mi abuelo materno, en la sala principal, á la derecha, como llevo dicho, del padre maestro dominicano; es de medio cuerpo, sin más inscripción que «San Vicente de Paul, fundador de la Congregación de la Misión» y no sé si añade «é Hijas de la Caridad». Me inclino á que sí; pero esto y todo lo demás que llevo apuntado se puede rectificar con toda formalidad.—Debo añadir que tanto mi madre como mi tío han conocido el cuadro en el mismo lugar, y que no sabían quién le hubiese colocado allí, de lo que se infiere que sería lo menos mi bisabuelo, que si no alcanzó al Santo, le faltaría poco, y esto se averiguaría presto por la misma partida de bautismo.—El tal retrato, en mi concepto, es originalísimo, segun los muchísimos que he visto aquí y en Francia.

»El que trate de las notas debe tener presente que las historias del Santo (al menos las que yo he visto) le traen de un nacimiento oscuro, y la casa de Paul de que vamos hablando está tenida por noble con las armas en la puerta y en la capilla del Pilar que hay en la iglesia de Cregenzán, que es de la casa. Además, tengo yo la ejecutoria impresa, fechada en Barbastro en 1702, y allí ya salen, además de mi abuelo D. Juan Francisco Paul (que era á la sazón menor), Juan Paul, primero, segundo y tercero del mismo nombre, todos los cuales tuvieron bastante familia, y acaso alguno de ellos se trasladase á Francia. Me ocurre, y no sé qué misterio pueda tener, el que mi tío el rector de Guardia, D. Juan Paul de que ya he hablado, se graduó de doctor en Tolosa de Francia.

»En las pruebas que me hicieron para calificador, los Sres. Fumanal y Peralta, dicen así al tribunal en el informe último: «La familia de Paúl, de quien desciende por línea materna el P. Fr. Bartolomé Altemir, ha sido siempre, y lo es en el día, reputada por piadosísima, y además por nobilísima y muy antigua; tiene las armas en la puerta de casa: y está llena de timbres por lo mucho que la han ennoblecido sus gloriosos ascendientes. Cuenta entre estos al Rdo. P. Fr. Juan de Paúl, dominicano, inquisidor general que fué de la Corona de Aragón, y «*al grande San Vicente Paúl*, que aunque la »común opinión le hace francés, es constante que salió de esta familia, y así »lo publica la no interrumpida tradición, y el testimonio de los hombres »grandes que en aquella época tenía nuestro Reino.»

»Es cuanto puedo decir á usted en orden á nuestro asunto. En lo demás, ya sabe usted que es y será siempre suyo su más atento seguro servidor y Capellán Q. B. S. M.

»Fr. Bartolomé Altemir.»

Si del apellido paterno puede afirmarse que tiene su cuna en tierra aragonesa, lo propio puede asegurarse del apellido materno *Mora* ó *Moras*, cuyo sabor y estructura tienen tanto de extranjeros, como de teutónica la lengua de Cervantes. Sobre ser también común en la citada comarca, particularmente en la alta montaña de Huesca, hay el antecedente de contar la familia Mora del valle de Benasque sobre unos 800 años de antigüedad, como de ello certifica un individuo de la misma en la siguiente carta á mi particular amigo Sr. Casasnovas.

Villanova 9 de Mayo de 1887.

Sr. D. Manuel Casasnovas.—Barbastro.

Mi estimado amigo: A la pregunta de V. sobre el apellido de mi casa paterna, llamada de *Mora*, del pueblo de Eriste, puedo contestarle que hace más de 800 años que conserva tal apellido, y que no hay otra en el país de mayor antigüedad con él.

La de Castán de Chía hará unos 600 años que conserva también el mismo apellido.

También me parece oportuno hacer constar que estaba nuestra familia enlazada con la familia de los Corneles; el Obispo Cornel, que lo fué de este Obispado, era tío de mi difunto padre. Estamos además emparentados con todas las familias más distinguidas del país..... Si vivieran mis tíos, el Padre Mora de la Compañía de Jesús, y D. Ramón Mora, que fué Párroco de

Arasanz, podrían dar á V. más datos; yo no puedo manifestarle otros por la presente.

Mande V. cuanto quiera á su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

MARIANO MORA Y MORA.

Aunque otra cosa, pues, no dedujéramos, parece que asiste á España y en particular á la provincia de Huesca el derecho de reclamar como suyo el origen de esa privilegiada familia.

Vamos ahora á buscar nueva luz para la debatida cuestión, trayendo al palenque de la crítica el eslabonamiento de aquellos hechos, que por su carácter histórico constituyen fundamento racional de prueba. Para proceder con algún método insertaremos á continuación una extensa *nota*, recogida en Lérida por el P. Casajuana de manos de un señor Canónigo de aquella Catedral, persona que por hallarse tan inmediata al teatro de los sucesos, se halla muy al tanto de sus tradiciones. Dice así:

PATRIA DE SAN VICENTE DE PAUL.

En la villa de Tamarite de Litera, hay la tradición de que San Vicente Paúl, no es hijo de Pouy, pequeño lugar de Francia en el departamento de los altos Pirineos, sino de la propia villa; si bien de edad muy corta emigrase con su familia al vecino reino, quedando allí establecida. Al ser saqueada é incendiada la villa por las tropas francesas en 1641, pereció el archivo parroquial (1), que, de ser cierta la tradición, hubiera debido registrar la fé de bautismo de dicho Santo.

(1) Por dos años consecutivos experimentó la villa de Tamarite los horrores del saqueo en aquella guerra como pocas luctuosa para España, promovida por causas muy complejas, pero principalmente por la desatentada política del soberbio Conde-Duque de Olivares. Un ejército francés al mando del Mariscal de la Motte habíase corrido por Junio de 1642 desde Tarragona hácia Tortosa con el fin de apoderarse de aquella ciudad, que había permanecido fiel á su Rey D. Felipe IV. Aquellos denodados catalanes hicieron una briosa defensa, y la Motte hubo de retirarse con pérdida de 800 hombres que quedaron muertos en los fosos de la ciudad. Para lavar la afrenta recibida, entró en tierras de Aragón, llegando á la villa de Tamarite, y de lo que allí le sucedió nos da cuenta el historiador Lafuente en los siguientes términos: «No fué mejor recibido en aquel Tamarite de Litera, en que el año anterior (1641) había cometido una infame y horrible alevosía. (Véase más abajo.) Los habitantes que conocían ya bien á su costa la perfidia de este hombre, le resistieron hasta matarle 500 soldados, y cuando ya no pudieron más, huyeron á los montes. Algunos se hicieron fuertes en la torre de la iglesia. ...» «el general francés no quiso detener su

Sin embargo, á falta de este decisivo documento, existen dos actualmente en Tamarite, que se cree, corroboren si no funden, la sobredicha tradición, 1.°—En el Libro 1.° de bautismos, partidas del año 1642 á 1650, hay una, en la que figura como padrino del bautizado su tío *Vicente Paúl* presbítero.—2.° En el archivo de Protocolos (ahora en poder del Notario, natural de la villa, D. Mariano Reñina) un testamento, en que un padre nombra heredero á un hijo suyo, obligándole entre otras cosas, á costear la carrera á un otro hijo suyo *Vicente*, hasta el grado mayor de Teología.

D. Joaquín M. de Moner, riquísimo é ilustrado propietario de Fonz (Huesca) en la Historia de Tamarite, que imprimió en 1876, se hace repetidas veces solidario de esta misma tradición. En la página 236 dice:—En este siglo (XVII) tuvo la villa una de las más grandes calamidades, que han afligido á Tamarite desde su fundación, la gran sequía é ingreso de las tropas beligerantes catalanas y castellanas á promedios del siglo, en que se vió reducida la villa á solas diez casas, emigrando las restantes familias, quedando convertida la población en un miserable villorrio ó aldea, como veremos; á bien que entre las familias que emigraron al extranjero se encontraba una llamada de Paúl, depositaria de un riquísimo tesoro personal, un niño, que andando el tiempo había de ser famoso en los fastos de la Iglesia y de la Humanidad, y fué San Vicente de Paúl, fundador en Francia de la Orden de los Paúles ó Paulinos».—Y en la página 270, añade»:—No era esta desolación (saqueo é incendio en 18 Mayo de 1642) la primera, pero sí una de las mayores de su historia, perdiéndose totalmente la población, pero no los edificios, emigrando todas las personas acomodadas á otros puntos de la Península, y las menesterosas al extranjero ó tierras distantes, contándose entre ellas, como indicamos, una familia pobre, pero que había de ser muy insigne, una llamada de Paúl, casa que hoy se conoce con el nombre de Jeroni Mola, de que entonces era individuo el famoso San Vicente Paúl, malamente llamado francés, siendo Tamaritano de pura raza, por haber nacido en Tamarite, y haberse establecido después en Francia».—Asimismo en el Apéndice de la misma obra y Catálogo tercero de las personas notables de Tamarite del siglo XVII consigna lo siguiente:—«San Vicente de Paúl, nacido no en

---

marcha con tan poca gente, contentándose con dejar *incendiada la población, que toda á excepción de solas cinco casas quedó reducida á pavesas.*» (Hist. gen. de España, t. VIII página 417.)

El mismo historiador (loc. cit. pág. 418, nota) añade sobre los sucesos de 1641 lo siguiente: «Había en efecto, el año anterior en sus excursiones llegado á esta villa (Tamarite). Los habitantes, sencillos labradores los más, bajo la palabra que el general les dió de que la tropa no cometería violencia alguna, ni quería de ellos otra cosa sino que le dieran alojamiento, les ofrecieron todo cuanto tenían. Pero llegada la noche, y con pretexto de una pendencia que los soldados fingieron entre sí, entregáronse, y el general no lo impidió, al saqueo, al pillaje y á todo género de desenfreno.»

Pouy, diócesis de Tarbes, sino en Tamarite como dice la tradición local, en el año 1576, fundador de la religión de los Lazaristas ó Paúles, y fallecido en 27 de Setiembre de 1660».

También hay quienes le suponen nacido en la villa de Estopiñán, partído judicial de Tamarite, por abundar de antiguo en ella los apellidos de Paúl.

El autor de la Historia del Santo en la «Biografía general eclesiástica completa» le supone, con otro autor, oriundo de una familia de España.

Hasta el presente no se sabe que nadie se haya dedicado á depurar con la crítica de las fechas históricas la verosimilitud de esta tradición y sus fundamentos.

Por de pronto el Dr. Moner en la citada obra se contradice lastimosamente suponiendo niño á San Vicente en la emigración de 1642, en el primer párrafo transcrito; y consignando en el Catálogo de varones ilustres, que nació en 1576 y murió en 1660. Los biógrafos del Santo también discrepan respecto de los lugares en que cursó y recibió las órdenes eclesiásticas.

Es de lamentar que no se haya hecho luz sobre unos hechos históricos tan importantes, para saber el verdadero orígen del grande Apóstol de la Caridad. ¿Quién nos sacará de incertidumbres, hallando los verdaderos fundamentos, para fijar definitivamente la patria del Santo, y dar á cada uno lo suyo? ¿Qué dicen los documentos aducidos en el proceso de beatificación?...»

Hasta aquí la nota. De ella se desprenden dos datos muy elocuentes: La persistencia de la tradición en la comarca referida en lo de hacer aragonés á S. Vicente; y la ninguna oposición entre lo que ella sostiene y la historia del Santo, toda vez que en ésta nada fijo ni bien probado han establecido los franceses en lo concerniente al primer período de su vida.

Coinciden con las afirmaciones ya establecidas otras muchas de personas muy autorizadas, las unas por su cargo, las otras por ser casi contemporáneas de los sucesos, las otras por el gran predicamento de que gozan como escritores concienzudos y nada apasionados, y cuyas declaraciones son ya más ó menos conocidas del público. Obra en nuestro poder el extracto de una carta del señor Enjuanes, Canónigo de la Colegiata de Albelda en 1831, en la cual se expresaba como sigue:

«El Sr. D. Fernando Terés, Canónigo que fué de la Colegial Iglesia de Albelda por los años 1754, comenzó la Teología en Zaragoza, protegido de un Padre Jesuita que le había llamado y colocado en casa del Sr. Campos, entonces hacendado y mercader rico, para enseñar Filosofía á dos hijos suyos.

Las muchas atenciones que debía el Sr. Terés á aquel Padre Jesuita le obligaban á frecuentar muy á menudo aquel Colegio, y una tarde en que se hallaba en él acompañado de sus condiscípulos el Sr. N. Busquets y el señor Torres, uno de los PP. Jesuitas del mismo Colegio preguntó á dos estudiantes, ¿de dónde eran? y habiendo contestado, somos compañeros del Sr. Terés, de Tamarite de Litera; el dicho Padre añadió: pues tomen Vds. mil parabienes, porque entre otras dichas con que se hallan Vds. y sus paisanos, tienen también la de poder contar entre sus naturales y convecinos al grande Santo Vicente Paul. Yo he conocido, añadió, á otro de este Colegio, que me refirió muchas veces que otro Padre más antiguo que su Caridad se gloriaba de haber tenido entre sus condiscípulos de Teología á Vicente Paul, natural de Tamarite, y doméstico de aquella casa.

Siendo después por los años de 1793 el Sr. Terés Canónigo de Albelda, hasta el 18 de Setiembre de 1820, en que murió, fueron siempre sus acompañantes al paseo y en su casa su sobrino D. Francisco Purroy y Terés y don José Lúcas, antes Beneficiado de la Colegiata de Albelda, y después Canónigo de la misma. Estos aseguran que muchas veces, en diferentes ocasiones, y en cuantas recaía la conversación sobre los PP. Paules, su Congregación ó su Santo fundador, en tantas les decía y repetía el Sr. Terés lo que le había pasado con el Padre Jesuita, protector suyo de Zaragoza que arriba queda referido; y con la particularidad de que al repetírselas el Sr. Terés, siempre nombraba por sus propios nombres y apellidos á todos los Padres á quienes se refería. Mas parece, por desgracia, que estos señores Purroy y Torres no se acuerdan como los llamaba, ni por ahora se ha visto apuntación alguna por escrito, si es que la hizo el Sr. Terés.

Estos señores Canónigos añaden que también decía el Sr. Terés, que cuando se beatificó S. Vicente de Paul, salió el rezo y vieron los PP. Jesuitas de Zaragoza que en él se decía que era francés, *Vincentius á Paulo natione Gallus*, se incomodaron tanto, que enviaron á un Padre de su Colegio comisionado á la villa de Tamarite, para extractar de los libros parroquiales de la misma la partida de Bautismo. El dicho Padre Comisionado se hospedó en la noble casa de Cariello; pero no pudo lograr la satisfacción de hallar lo que buscaba, por haberse perdido en aquella villa los libros parroquiales de los años anteriores en las invasiones de las tropas y choques y desgracias que llevan consigo.

Es cuanto puedo decir á V. por ahora sobre este asunto: si en adelante pudiere orientarle, crea V. lo hará gustoso este aragonés, y por lo mismo interesado en el descubrimiento que se desea, y siempre amigo y servidor de V. Q. S. M. B.

MANUEL ENJUANES, *Pbro. Canónigo.*

Albelda 16 de Noviembre de 1831.

Las personas que figuran en el relato, y las circunstancias que las rodean dan á sus palabras un carácter de seriedad y verosimilitud tales, que inclinan el ánimo á suponer están en posesión de la verdad. ¿Qué otra cosa sino la verdad podía mantener tan vivo convencimiento en personas religiosas, y en asunto como éste? ¿De dónde viene, y cómo se explica ese acuerdo entre tan diversos individuos, de tan diferentes lugares?

Mas no concluyen aquí las concordancias. En obras serias de dentro y aun fuera de nuestro país se ha sostenido la misma tésis de la nacionalidad española del Héroe de la Caridad. Ahí están, por ejemplo, el P. Maestro Fr. Antolín Merino, sabio historiador de la orden de S. Agustín y continuador de la *España Sagrada* del P. Flórez, hasta que lo fué el Sr. D. Vicente de la Fuente; el Padre Fr. Juan del Santísimo Sacramento, autor de una Vida de San Vicente; el Dr. D. Julián González de Soto, Lazarista de gran entendimiento, director de varios colegios en España y autor de varios dictámenes sobre la Congregación de los Paúles; el P. Cabrera, Jesuita Tamaritano, bien conocido en el siglo pasado; el letrado y arqueólogo distinguido D. Mariano Purroy, el Illmo. señor Andriani, Obispo que fué de Pamplona y tantos otros. El primero de los mencionados afirmó constantemente que á España pertenecía nuestro Santo. El P. Fr. Juan del Santísimo Sacramento, refiriéndose á sus estudios, se expresa en los siguientes términos: «Vino á Zaragoza..... empleó *nuestro Vicente* siete años *continuos* en el estudio de la Teología, y se graduó de Bachiller. Ocultó Vicente todo el tiempo de su vida esta honra que le mereció su fatiga estudiosa, de suerte que hasta después de su muerte nadie supo el que hubiese sido graduado en esta Universidad tan ilustre (1).»

El referido P. Cabrera, á quien tal vez se alude en el documento de la página 477, afirma que mientras estudió el Santo en Zaragoza, estuvo como familiar en el colegio de la Compañía.

Igual declaración se lee en los «Estatutos impresos de la Universidad de Zaragoza,» establecidos por Fernando VI (1753). En el Prólogo sobre la Historia de aquella Universidad hay los dos

(1) Vida de S. Vicente de Paul, lib. I, cap. 2.°

apuntamientos siguientes: «En el año 1525 estudió Filosofía en ella San Francisco de Borja.—*Desde el año 1596 estudió la Sagrada Teología S. Vicente de Paul, y recibió el grado de Bachiller en ella*, sin que después recibiese otro alguno.»

Defensor acérrimo de la nacionalidad española de nuestro Santo fué el Excmo. Sr. D. Severo Leonardo Andriani, preclaro Obispo que fué de Pamplona durante treinta años, y á cuyo lado tuvimos la dicha y la honra de vivir los tres últimos de su vida. Siendo aquel insigne español Rector de la Universidad de Huesca, y Arcediano de su Santa Iglesia se le instó vivamente por los Paules de Barbastro, para que pronunciase el panegírico de San Vicente en la solemne fiesta que aquella Comunidad había de consagrarle el 19 de Julio, no recordamos si de 1826. Antes de acceder á tales ruegos, hizo la advertencia previa de que sostendría en el discurso el derecho de los españoles á llamar compatricio suyo al Héroe de la Caridad; y como en ello no tuvieran inconveniente, sino, por el contrario, singular complacencia los Hijos de su Congregación, cumplió el Sr. Andriani sus propósitos, y su ejemplo ha tenido después varios imitadores.

Paréceme que el seguir acumulando citas y testimonios no ha de robustecer más la opinión pública. A la vista salta que hay en ese conjunto armónico de uniformes declaraciones algo más que las pretensiones pueriles de la vanidad. No es éste el flaco del pueblo español, sobradamente desprendido y excesivamente respetuoso con los derechos ajenos. Sóbranle glorias religiosas y Santos ilustres (1), para disputar á otro país sin fundamento serio la propiedad sagrada de un varón justo y santo (2). Nuestras últimas palabras en este Apéndice deben ser las de todo corazón cristiano: ¡Luz, hágase luz! Abranse todos los Archivos hoy cerradosá los españo-

(1) Con esta frase trataba cierto ilustre Prelado francés de persuadir á un crítico español para que no continuase trabajando por españolizar á S. Vicente.

(2) Fundamento sólido de nuestras reclamaciones actuales, y de las que en adelante seguirán haciéndose, es la exigencia inusitada de Luis XIV de Francia, de quien hemos averiguado por boca de muchos hombres graves que hizo saber á Roma su resolución de retirar todo su apoyo y sus recursos, si el nombre de España sonaba para algo en el expediente de canonización de Vicente de Paul.

les; digan todo cuanto sepan los poseedores de pruebas decisivas. Si nos convencen de que el inmortal Apóstol de la Caridad no nos pertenece, seguiremos dando gloria á Dios en San Vicente, *natione Gallus:* Si resulta lo contrario, exclamaremos: «Señor, bendecid á la España, donde quisisteis formar tan excelso tipo de virtudes; bendecid á la Francia regenerada por su celo, y en la cual encontró los auxiliares decididos para sus obras imperecederas.»

B. Feliú y Perez.

Agosto de 1887.

APÉNDICE SEGUNDO.

DE LA CONGREGACIÓN DE LOS SACERDOTES DE LA MISIÓN,

Ó DE LOS PAULES EN ESPAÑA.

Fundación de la Congregación de las Misiones.—Introducción de ella en España: E Arcediano Sr. Sent-Just y el Obispo Sr. Sala.—Fundación de la Casa de Barcelona.—Primeros trabajos de los Misioneros en Barcelona y su diócesis: Simpatías que despiertan en todas las clases.—Nuevas fundaciones: Mallorca, Reus, Guisona, Valencia Portugal.—Real Cédula de Fernando VII, estableciendo el Noviciado en Madrid.—Dispersión de los Paules por los sucesos de 1835.—Fundaciones en Méjico: su prosperidad —Restauración de la Congregación en España.—Crisis de ella.—Revolución de Méjico y expulsión de los Misioneros.—Fundaciones de Filipinas.—Estado actual de la Congregación en España, en sus posesiones de Ultramar y en Méjico.

En la historia del glorioso S. Vicente de Paul hemos visto (1) el suceso providencial que le indujo á formar un Instituto ó Congregación de Sacerdotes Misioneros, para evangelizar á los campesinos. A medida que los hijos del Santo fundador iban trabajando en aquella porción de la viña del Padre de familias, ensanchábase su campo de acción, por cuanto su celo evangélico, su espíritu de abnegación, su doctrina y sus virtudes les ganaban las voluntades, no sólo de las gentes sencillas, sino del

(1) Pág. 54.

clero en general, del episcopado y de todas las clases sociales. Por eso, al poco tiempo de haberse entregado á la predicación en los pueblos y en las aldeas, se les ve dando ejercicios á los ordenandos, al clero, á los seglares, dirigiendo los seminarios conciliares y, en fin, multiplicando los beneficios de su ministerio en bien de la sociedad, pues de todas partes eran solicitados con apremiantes instancias.

El augusto Vicario de Jesucristo, el Papa Urbano VIII, aprobó, alabó y recomendó en 1632 aquella Congregación naciente con el nombre de *Sacerdotes de la Misión*, y bien pronto se propagó, no sólo por Francia, sino también por Italia y Polonia, países donde difundieron la semilla evangélica y el germen de todas las virtudes. Beneficio inapreciable dispensaba Dios á aquellos pueblos, enviándoles apóstoles formados en la escuela del Héroe de la Caridad, del insigne Vicente de Paul, para cuyo encendido corazón hubiera sido teatro reducido el mundo entero.

España, nuestra muy amada patria, cuna de tantos institutos religiosos, madre de tantos varones apostólicos, asiento de la piedad cristiana, grande como ningún pueblo del mundo por su constancia en defender intacto el depósito de la fe cristiana, generosa siempre en patrocinar toda empresa de caridad evangélica, no podía mirar con indiferencia una Congregación tan provechosa. Conocerla y amarla había de ser ciertamente una misma cosa. Veamos cómo preparó los caminos la Providencia de Dios Nuestro Señor.

Cuatro años después de la muerte del Santo Fundador, ó sea en 1664, dió á conocer al orbe cristiano sus heroicas virtudes el ilustre Obispo Abelly en una circunstanciada historia de su vida, cuyos hechos había en gran parte presenciado aquel biógrafo. Tras el referido libro fueron apareciendo otros más compendiados, escritos por distinguidos varones, deseosos de difundir más y más entre los fieles el conocimiento de un varón tan extraordinario, cuyo sepulcro hacía el Señor cada día más glorioso con sus milagros. Mereció particular aceptación, entre aquellas publicaciones, la de un sacerdote italiano de la Congregación de San Felipe Neri, de Roma, el sabio P. Domingo Acami: aquel libro se dió á la estampa en Venecia en 1700.

Para suerte de España, uno de los ejemplares llegó en 1701 á manos del entonces Arcediano de la Santa Iglesia de Barcelona, D. Francisco de Sent-Just y Pagés, sacerdote de gran virtud y doctrina, y cuyo celo por la salvación de las almas era de todos conocido. El fué el instrumento escogido por Dios, para introducir entre nosotros á los hijos del gran Vicente de Paul, mucho antes que la Iglesia inscribiera á éste en el catálogo de los Santos.

En efecto, penetrado por la lectura de aquel libro de las ventajas que el pueblo cristiano reportaría con la propagación de un Instituto tan activamente entregado á las tareas apostólicas, formó la resolución de emplear cuantos medios estuvieran en su poder para establecerlo en la capital del Principado. Hombre de energia y de firmes convicciones, ni quiso demorar por mucho tiempo la ejecución de sus designios, ni tampoco encomendarla á mediadores más ó menos autorizados. En 1702 emprendió con tales intentos un viaje á Italia, donde quería por sí mismo estudiar las reglas y el espíritu de los Sacerdotes Paules (1), cuya pintura tan vivamente le había cautivado. Provisto en regla de todos los despachos y documentos que tan largo viaje requería, emprendió por tierra su camino. Fatal acuerdo seguramente; pues bien pudo pensar el buen Canónigo que atravesar la Francia en plena guerra de sucesión un español, y catalán por añadidura, no era consejo de prudencia, sino peligroso atrevimiento. Y bien á sus expensas hubo de pagarlo, porque autoridades civiles y eclesiásticas parecían haberse allí dado la mano, para mortificar y poner á prueba al generoso Arcediano. Negáronsele las licencias para celebrar la Santa Misa, y para ejercer las funciones de su ministerio, y sin duda por considerarle personaje sospechoso, fué además encarcelado. Para otro espíritu apocado, ó desconocedor de las cosas de Dios, aquellas contradicciones hubieran sido la señal de un proyecto impractible, y es casi seguro que hubiera desde luego renunciado á ulteriores tentativas. No sucedió, empero, así con aquel espíritu cristiano y varonil. Armado

(1) En España son más conocidos por el nombre de *Paules* que por el de Sacerdotes de la Misión los Hijos de San Vicente; así como en Francia se les denomina más comúnmente *Lazaristas*.

de paciencia y confortado con la oración, recordó que el primer sello de las obras de Dios es precisamente la contradicción, y al fin pudo atravesar la Francia y llegar á Génova.

En esta ciudad había desde 164? una Casa-Misión, donde los hijos de San Vicente venían trabajando con ardoroso celo en la forma que la historia del Santo nos describe. Allí fué donde el señor Sent-Just pudo penetrarse de cuán bien empleados estaban los trabajos y humillaciones de su viaje, pues hallaba en aquellos ejemplares Misioneros cuanto su corazón anhelaba, para la santificación de las almas y bien de la Iglesia entre sus compatricios. Por espacio de muchos días se hospedó en la Casa misma de los Lazaristas, y estudió sus reglas, observó atentamente sus obras y su espíritu, presenció su actividad incansable, y convencido al fin de que venía de Dios el pensamiento de importar á España la obra de la Congregación, concertó el plan con el superior de aquella Comunidad, y después se trasladó á Roma, con el fin de impetrar de la Santa Sede la necesaria autorización.

Recibióle con paternal benevolencia el Papa Clemente XI, que gobernaba la Iglesia desde el 23 de Noviembre de 1700, y accedió gustoso á su petición, concediendo por sus Letras Apostólicas de 29 de Diciembre de 1703 la introducción é instalación canónica en España de la Congregación de la Misión. Provisto del augusto documento, y acompañado de las bendiciones del Soberano Pontífice, regresó á Génova, donde tomó cinco sacerdotes de la muy ejemplar Comunidad, y con ellos tornó por mar á Barcelona.

No habían concluído con esto las pruebas para el celoso Arcediano. Una vez hubo arribado á Barcelona, acudió á dar cuenta de su expedición, y del éxito de sus gestiones, al Obispo de la diócesis D. Fr. Benito Sala, de la esclarecida Orden Benedictina; y con sorpresa grande vió que aquel ilustre Prelado, lejos de aprobar por su parte el establecimiento de los Paules en su obispado, se oponía á ello con energía inquebrantable. En vano esforzó sus razones el Sr. Sent-Just, pues por entonces se vió precisado á desistir, y á retirarse lleno de aflicción, aunque acatando los designios del cielo, á la ciudad de Mataró, con sus cinco Misioneros italianos. Los móviles verdaderamente nobles, y la caridad ardiente que le habían

impulsado á buscar en remoto país, y afrontando peligros y contradicciones, á los hijos de San Vicente, no podían quedar defraudados. Puso en manos de Dios el buen éxito de la empresa, y esperó la hora del triunfo. Llegó á no tardar, efectivamente, pues el señor Sala conoció muy luego (1) los bienes que habían de reportar el clero y sus fieles diocesanos del celo y fatigas apostólicas de aquel excelente Instituto, y autorizó y favoreció su instalación en la misma capital de Cataluña (2). El 8 de Julio de 1704, el celoso Sr. Sent-Just tuvo el consuelo de establecer en su propia casa, sita en la calle de Tallers, la primera comunidad de Sacerdotes de la Misión, y á Barcelona cupo la suerte de ser la cuna en España de tan benéfica Congregación. Conformándose con los explícitos de-

(1) Una tradición muy arraigada entre los Misioneros de la Casa de Barcelona atribuye á verdadero milagro el cambio tan radical de opinión que se operó en el ánimo del señor Obispo. Apareciósele á éste San Severo, Obispo y mártir de Barcelona, y de parte de Dios le intimó que admitiese á los Misioneros traídos por el Arcediano de su Iglesia, pues de sus trabajos y del celo de los muchos sacerdotes, que irían ingresando en aquella Congregación, lograrían grandes bienes sus diocesanos. Al día siguiente de la aparición llamó el Sr. Sala al Arcediano, y le comunicó lo sucedido; también dió noticia de ello á los sacerdotes italianos, y éstos y el Sr. Sent-Just lo transmitieron á cuantos vistieron la sotana de San Vicente en la Casa de Barcelona, siendo esto motivo de que se profesara en ella particular devoción á dicho Santo mártir, y de que su fiesta se celebrara con extraordinaria pompa todos los años. Alguno de los Padres Paules recuerda también haber visto una riquísima casulla destinada á esa solemnidad, y en la cual había sido bordada á gran realce la imagen de San Severo. Se nos ha referido por persona que vivió algunos años en compañía de varios Padres, cuya vocación databa de principios del siglo, que no sólo era creencia común entre ellos esa tradición piadosa, sino que constaba formalmente en el libro manuscrito, donde se hacía la historia de la Casa: Este libro desapareció por desgracia, como tantos otros de interés, en la sacrílega rapiña de Julio de 1835.

(2) He aquí las noticias que acerca de aquel notable Prelado nos comunica un distinguido amigo nuestro, á quien somos deudores de no pocos favores de esta índole: «Con motivo de la guerra de sucesión, algunos señores Obispos continuaron afectos á la casa de Austria y otros se decidieron por la de Borbón: El de Barcelona pensaba como los primeros, y cuando llegó á dicha ciudad el Archiduque D. Carlos, le recibió como legítimo rey de España. Agradecido el nuevo rey, y prendado de las bellas dotes y relevantes cualidades que adornaban al distinguido Prelado de Barcelona, le nombró Supremo Inquisidor de España, y obtuvo más tarde para él de la Santa Sede el capelo cardenalicio en 18 de Mayo de 1712. Era el Sr. Sala insigne teólogo y esclarecido canonista.

»Cuando Felipe V subió al trono, hubo de retirarse á Roma aquel señor Obispo, y allí vivió todavía dos años, al cabo de los cuales falleció en la misma ciudad, muy conocido y respetado de cuantos le trataron. Era natural de Gerona, y había vestido la santa cogulla en el Monasterio de Monserrat, de donde fué Abad.»

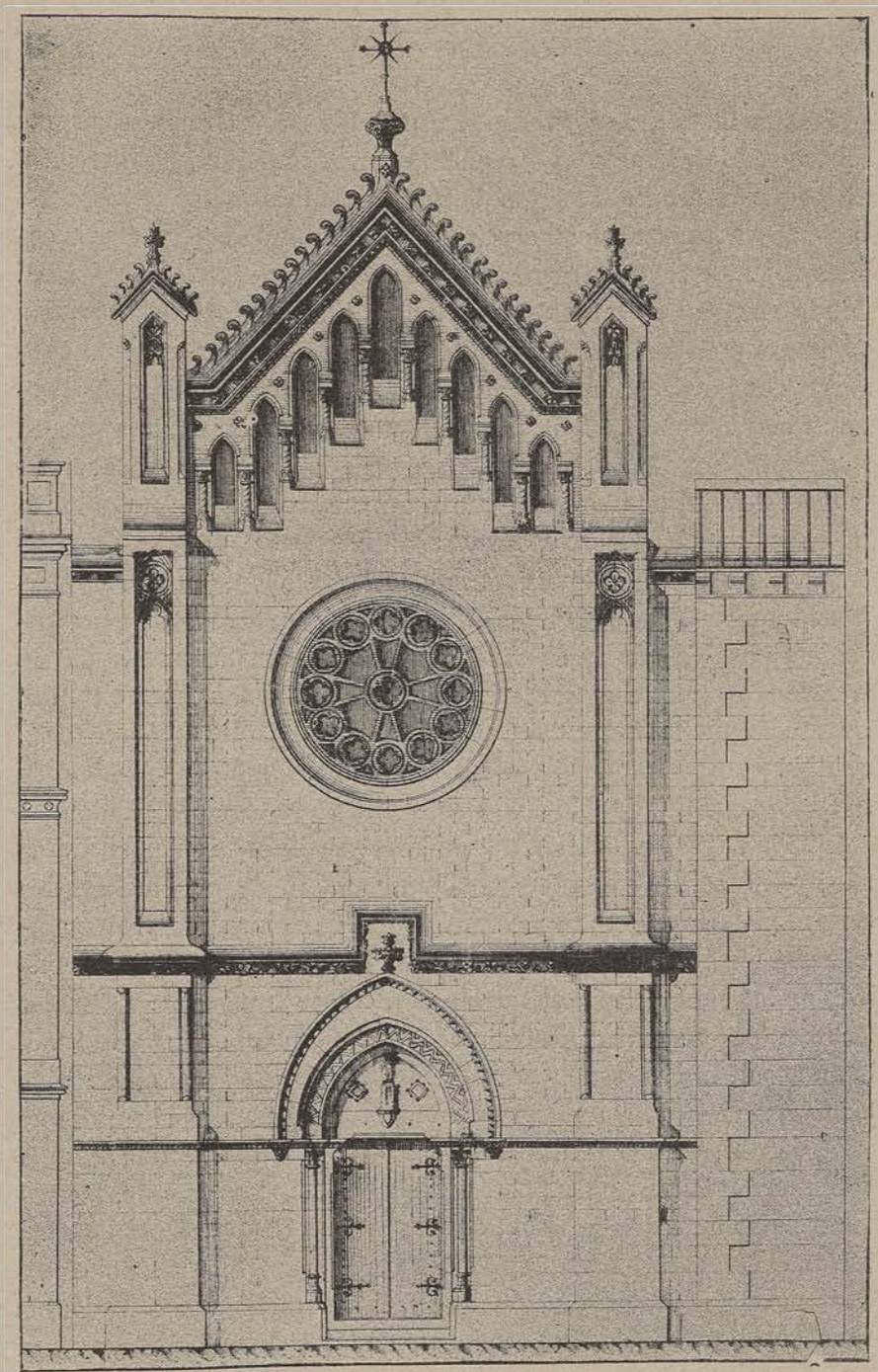
seos del señor Obispo, adoptaron el traje usado por el clero secular de España, dejando la sotana de los italianos. Con ello obraron cuerdamente á nuestro entender; pues sobre deferir humildemente á los deseos de su Prelado, no chocaban por la novedad en un país tan enemigo entonces de ellas. ¡Pluguiera á Dios que no lo fuera tanto en nuestros días! Así correspondía, por otra parte, á quienes habían de vivir enmedio del mundo, para combatirle.

No contento con tantas demostraciones de afecto hacia la nueva fundación, sacrificó todo á su desenvolvimiento el Sr. Sent-Just, haciéndola donación primero de su rico patrimonio, y después de su propia persona, pues renunciando á su dignidad, pidió vestir la sotana, humilde y gloriosa á la vez, del siervo de Dios Vicente de Paul. El fué, por lo tanto, el primer novicio que la Congregación tuvo en España.

Poco tardaron los nuevos apóstoles en justificar las fundadas esperanzas que en ellos concibiera su decidido protector, pues el 20 de Setiembre del mismo año daban ya la primera tanda de Ejercicios á los seglares que con instancias los habían solicitado. Cuál sería el fruto alcanzado, y cuál el predicamento en que ya se les iba teniendo en la ciudad, lo dice bien el acuerdo tomado por el señor Obispo de que el clero secular de su diócesis hiciera también los Santos Ejercicios bajo la dirección de aquellos celosos Misioneros; como en efecto se verificó, dando principio la primera tanda el 20 de Noviembre del mismo año 1704.

Universales fueron las simpatías y el respeto que desde entonces rodearon á la *Casa Santa* (así llamaron los barceloneses á la mansión de los Paules), y copiosas las bendiciones derramadas por el Señor sobre sus tareas apostólicas (1). El número de vocaciones

(1) No queremos omitir en esta página las bellas palabras dirigidas á la Santidad de Clemente XI por los Cabildos de las Catedrales de Cataluña, el día 2 de Mayo de 1716, dándole gracias por haber establecido en España la Congregación de los Misioneros de San Vicente: «Quorum ope et consilio—se decía en aquel documento—universus Barchinonis, imo et totius Cathaloniæ Clerus, morum gravitate, candore, pudoris habitu et conversationis modestia, uberrimam virtutum legentem exhibent.» «Á su celo y dirección (de los Paules españoles) se debe que todo el clero de Barcelona, ó más bien de Cataluña entera, por la gravedad de sus costumbres, por su candor, por sus hábitos de honestidad y por su discreción en el hablar, ofrezca la más hermosa copia de virtudes.»



FACHADA DE LA IGLESIA DE SAN VICENTE DE PAUL

que los sacerdotes Misioneros de su Congregación construyen en la calle de Provenza.
(Barcelona—Ensanche.)

fué creciendo entre los jóvenes y entre los sacerdotes, desde que dió tan noble ejemplo el Arcediano Sr. Sent-Just, y merced á ello pudieron pronto los hijos de San Vicente atender á todas las obras de su Instituto con creciente aplauso de todas las clases sociales. Bien se vió cuán arraigado era el afecto que se les profesaba, cuando en 1716 se intentó por el señor Visitador de la Provincia italiana, á que la Casa de Barcelona pertenecía, hacerles nuevamente adoptar la sotana primitiva. Los obispos de Vich y de Tortosa, y los Cabildos de Tarragona, Barcelona y Solsona, impetraron de la Santa Sede la sanción del traje ya adoptado por los sacerdotes de la Misión, en Cataluña, que, según arriba dijimos, no era otro que el usado por el clero secular español. Seguro es que San Vicente no hubiera querido otra cosa, dado su modo de obrar, su obediencia tan recomendada á los Prelados, y el cuidado que constantemente puso en que su Compañía no se distinguiera más que en su caridad y en el celo por la salvación de las almas. El Padre Santo, por medio de la Sagrada Congregación de Obispos Regulares, prohibió que se inquietara á los Padres Misioneros españoles, de cuyas tareas é infatigable celo estaba ya enterado y complacido.

Aquella suprema decisión aumentó el prestigio de éstos en Cataluña, y les facilitó extender considerablemente la acción benéfica de su ministerio y de su vocación. Con preferencia procuraron evangelizar á las gentes sencillas de los pueblos y aldeas, en conformidad con las santas aspiraciones de su glorioso Fundador. Entre los documentos que pudieron salvarse, en los infaustos sucesos de 1835, de manos de la atea revolución, que destruyó el interesante archivo de la Casa de Barcelona, hay uno en que se dice: «Fué el pueblo de San Quintín, del obispado de Barcelona, el primero que tuvo la dicha, en 1.° de Mayo de 1717, de recibir á los Misioneros, los señores Salvador Barrera, Superior de la Casa de Barcelona, Pablo Solsona, Esteban Guarda, Mateo Mur y Gaspar Tella, los cuales en el mismo día comenzaron la Santa Misión, que dió los más bellos resultados, quedando así el celoso cura párroco, como sus queridos feligreses, sumamente contentos y agradecidos á los fervorosos Misioneros.»

Por aquellos años se estaba con gran entusiasmo trabajando

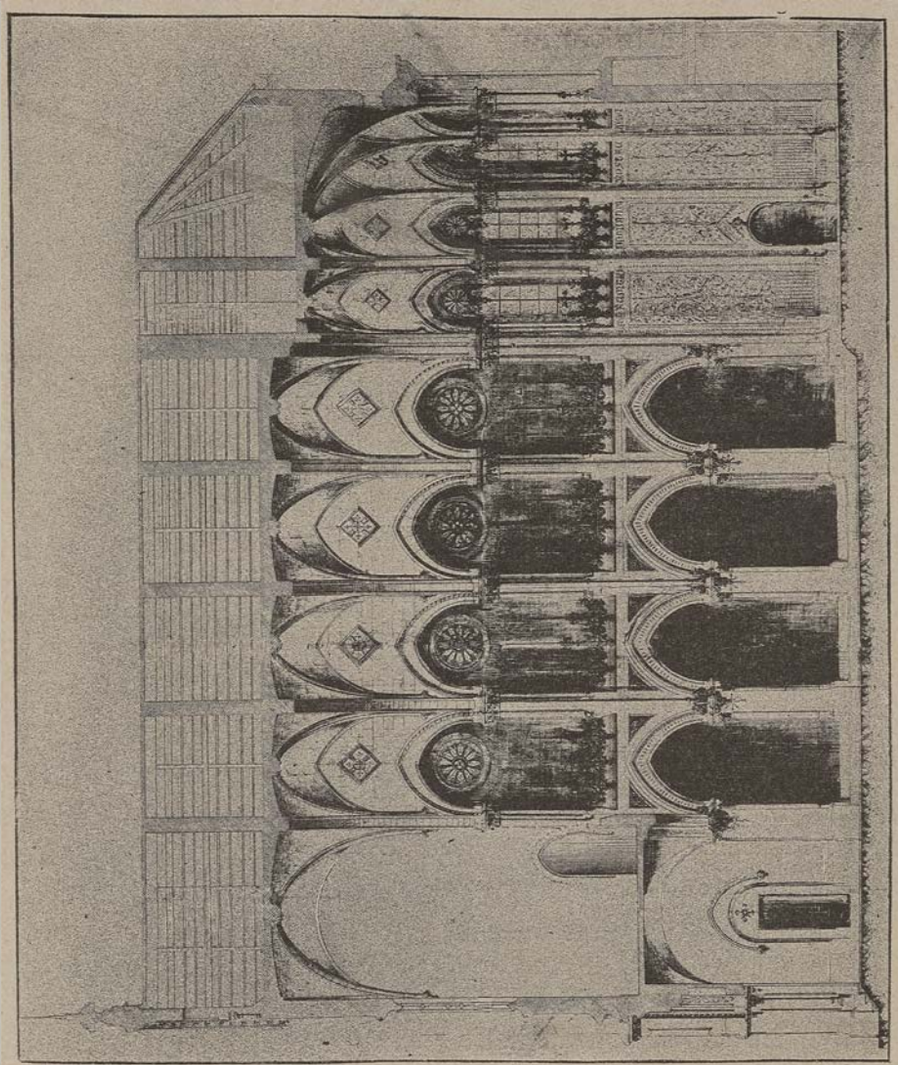
cerca de la Santa Sede para que decretase la beatificación del venerable fundador de la Congregación, Vicente de Paul. En aquel universal movimiento de devoción hacia el Héroe de la Caridad, no fueron sus hijos de España, los Misioneros de Barcelona, los menos activos en interesar á las corporaciones y á los Prelados, para obtener el logro de sus anhelos. Aprovechando la estancia en Roma del ya citado cardenal Sala, obispo de Barcelona, hicieron por su mediación llegar sus súplicas y las de los Cabildos catedrales de Cataluña hasta los pies del Sumo Pontífice. Como en otro lugar se dijo, la Santidad de Benedicto XIII decretó lo que se pedía en 13 de Agosto de 1723, después de instruído el canónico expediente, y de cumplir las formalidades prescritas por la Iglesia. Trece años después, movido el entonces Vicario de Jesucristo, Clemente XII, por el esplendor de los milagros que hacían glorioso el sepulcro del gran Padre de los pobres, y por las ansias de los fieles del universo cristiano, inscribióle en el catálogo de los Santos. En aquel faustísimo suceso tomaron también parte en extremo activa los Paules españoles, tan informados como estaban en el espíritu de su ya glorificado Fundador; no sólo enviaron su representación á las fiestas memorables, en Roma con tal motivo celebradas, y contribuyeron á su magnificencia, sino que fomentaron el amor y devoción de los españoles para con el Santo, con espléndidas funciones y entusiásticas panegíricos. Mas volvamos á reanudar la historia de la propagación en España de los Padres Paules.

Como no podía menos de suceder, los frutos ópimos por ellos obtenidos en sus tareas apostólicas no quedaban circunscritos á las comarcas donde trabajaban, sino que traspasaban de unos pueblos á otros, y de una á otra diócesis, ganándoles las voluntades del pueblo y del clero, y aumentando el campo abierto á sus afanes evangélicos. Muchos fueron los Prelados que, movidos de las noticias recibidas, ó testigos de su ardiente celo, solicitaron fundaciones para sus diócesis. Barbastro, en la provincia de Huesca, y Mallorca fueron de las primeras en recibir de la Casa de Barcelona Misioneros destinados á reformar las costumbres, avivar la piedad de los fieles y propagar las obras del insigne Vicente de Paul. Barbastro, cabeza de su muy antigua diócesis, les encomendó incontinenti el Colegio de la

Inmaculada Concepción, y la enseñanza de la juventud escolar dedicada á los estudios eclesiásticos; y desde luego dieron Ejercicios al clero y á los seglares, evangelizaron los pueblos y trabajaron ardorosamente en la viña del Señor. A Mallorca fueron destinados los Padres D. Salvador Barrera, natural de Barcelona, D. Gaspar Telles y don Tomás Pinell, y el hermano coadjutor D. Miguel Xuriach; el primero iba en calidad de Superior. El 31 de octubre de 1736 desembarcaron en Palma, y obtenida la venia del Prelado, Ilmo. Sr. D. Fr. Benito Pañelles, inauguraron muy presto sus tareas apostólicas. El pueblo de Sinéu fué el primero donde dieron la Santa Misión con grande fruto, y desde entonces no han cesado de trabajar con celo infatigable por espacio de cien años, hasta que la revolución de 1835 lanzó impiamente de España á las comunidades religiosas. La Casa de Mallorca tuvo la gloria de suministrar el primer plantel de la Congregación para Portugal; pues como de este reino se hubiesen pedido Misioneros á la Casa central de Barcelona, juzgaron los superiores ser el más apto para aquella fundación el incansable padre Barrera, quien, acompañado del P. D. Manuel Carrasco, salió de Mallorca el 6 de junio de 1743 con dirección á dicho reino. Andando el tiempo llegó á prosperar mucho la Misión en aquel país, constituyendo nueva y floreciente Provincia.

No mucho después, la ciudad de Reus, perteneciente al obispado de Tarragona, Guisona, del obispado de Solsona, y la gran ciudad de Valencia, vieron por vez primera á los humildes hijos de Vicente derramar la semilla evangélica con fervorosa unción, y mostrar al mundo los beneficios que al apóstol de la Caridad debían los pueblos con la institución de tan fecunda obra. Crecían á la par con los desvelos de los Sacerdotes Misioneros las vocaciones para su Congregación, y los horizontes de su ministerio. No de otro modo se comprende que la sola Casa de Barcelona diera cerca de mil misiones, desde 1717 hasta fines del siglo XVIII, en los obispados de Barcelona, Vich, Gerona y Lérida, sin desatender sus otras obras de enseñanza, de retiros, etc., á que se dedicaban, y muy en particular á la dirección y propagación del admirable instituto de las Hijas de la Caridad, como en otro lugar hemos de decir. Sólo así se explica el que en las otras diócesis citadas de Cataluña, en las de

Mallorca, Valencia, Castilla y Extremadura, se multiplicaran en tan variados ejercicios durante la segunda mitad del siglo aquel, y atendieran con tanto ahinco á la santificación de las almas y á la



SECCIÓN LONGITUDINAL DE LA IGLESIA EN CONSTRUCCIÓN
dedicada á San Vicente de Paúl, en Barcelona.

formación del clero, compartiendo gloriosamente con los demás Institutos religiosos la grande obra de mantener íntegro en España el envidiable tesoro de la fe.

Los azares de la guerra de la Independencia alcanzaron, como

es de suponer, á no pocas Casas de la Congregación, y entre otras muy lastimosamente á la Casa matriz de Barcelona, convertida en hospital militar. A consecuencia de ello, viéronse forzados los Paules á instalarse con bastante estrechez en una casa particular de las afueras, desde la cual siguieron dedicándose á sus ordinarios trabajos, como lo hicieron las demás Casas de la Congregación, en la forma que las circunstancias se lo permitían.

Por fin llegaron los hijos del gran Vicente, en su movimiento de avance á ganar la capital misma de la monarquía. El Visitador general de los Misioneros Paules y de las Hijas de la Caridad en España, D. Fortunato Feu, logró del Rey D. Fernando VII en 1828 una Real Cédula, en virtud de la cual se indemnizaba á la Casa de Barcelona de los perjuicios que había sufrido durante la guerra, con la ocupación del edificio, (1) y se autorizaba la fundación en la Corte de otra Casa de Misioneros. Muy fugaz por desgracia fué el regocijo de la Congregación, al ver ya interesado en su incremento al mismo Rey de España, y abiertos así tan amplios horizontes á su caridad. La muerte del Monarca acaecida en Setiembre da 1833, la guerra civil que sobrevino, y más que nada los impíos desbordamientos de 1835, destruyeron en un instante la obra de 130 años. El decreto insensato de expulsión de las Ordenes religiosas comprendió también á los Misioneros de San Vicente de Paul, y sus casas, como las de todos los inocentes proscriptos, fueron objeto de la rapacidad y del saqueo. ¡Días tristes é ignominiosos para España! ¡Días de oprobio, únicos en la historia de nuestra patria, que sólo guardó sus iras y sus bríos para los ejércitos armados ó para los enemigos de su fe, nunca para perseguir indefensos sacerdotes, ó para profanar el santuario con la sangre de sagradas víctimas! Perdone el Dios de las justicias los crímenes inspirados por la furia impía de sectas abominables.

Sólo se salvó de la general depredación la Casa de Mallorca;

(1) Fué éste el mismo que hoy ocupa en la calle de Tallers el Hospital militar, excepto el primer cuerpo, lindante con la calle de Valldoncella, el cual fué añadido con posterioridad. La indemnización se dividia en dos partes: una destinada á Madrid, para ayudar á la construcción del Noviciado, otra para la Casa de Barcelona, y fué abonada, si no estamos mal informados, hasta 1834.

mas de todas partes hubieron de salir expatriados los Paules, quedando sólo aquellos que pudiendo ocultarse por algún tiempo, eran necesarios para la dirección de las Hermanas de la Caridad, á quienes, gracias á la divina misericordia, se había respetado. Aque-

DON JUAN VILERA

Superior de la Casa de la Congregación de la Misión en Barcelona en los infaustos sucesos de 1835. Sujeto de tan gran doctrina y elocuencia, que fué llamado, por antonomasia, Príncipe de los Oradores.

llos tristes acontecimientos señalan para la Congregación de los Misioneros españoles un paréntesis de diez y ocho años, durante los cuales hubieron de vivir lejos de su muy amada patria.

Empero con ese paréntesis coincide una grandiosa expansión de su Instituto en países hasta entonces poco ó nada conocido; Méjico, Nueva York, Baltimore, Nueva Orleans y varias otras co-

marcas de los Estados Unidos, vieron llegar á sus costas á nuestros religiosos, y con ellos abundantes frutos de vida espiritual. Creáronse allende los mares nuevas provincias de la Congregación, y el espíritu de caridad inextinguible del héroe Vicente de Paul fué conocido en los países más remotos; así la divina Providencia encaminaba á su mayor gloria y al provecho de miles de almas la obra nefanda de la revolución. Por eso exclamaba con tanta razón el P. Ráulica, al ocuparse de la incalificable conducta de aquella para con las Órdenes monásticas: «Bárbara y cruel ha sido esa revolución; pero adoremos y admiremos los designios del Señor, pues de ella ha sacado bienes inmensos: así el mundo todo ha visto y admirado la gran santidad y profundo saber de los humildes religiosos, que vivían escondidos en los conventos de España, y por su medio la palabra divina se ha oído en todos los confines del orbe.»

De entre los Sacerdotes Paules condenados á la expatriación, fueron muchos los que pasaron á la vecina Francia y á Italia, para unirse á sus hermanos de Congregación, y trabajar con ellos en las obras de su Instituto, dándose con tal motivo á conocer no pocos de ellos por sus dotes especiales de virtud y de actividad apostólica. Citaremos algunos nombres. Nápoles recordó por mucho tiempo al elocuente P. D. Ramón Sanz, barbastrense, el cual aprendió la lengua italiana con tal perfección, que fué siempre oído con admiración por el clero napolitano (1); en el Seminario de Macerata resonó la voz autorizada del P. Sampere, hijo de Manresa, gran liturgista; Romá fué teatro de los trabajos de otros dos distinguidos españoles: los PP. D. Juan Vilera y D. Bautista Figuerola, Superior aquél de la Casa de Barcelona y hombre de muy notable elocuencia. Asimismo brillaron mucho diversos Paules españoles en los Seminarios de Carcasona, Montoliu, Montpeller y Narbona.

Al llegar á este punto, donde queda interrumpida la historia de la Congregación en la Península, corresponde fijar con algún de-

(1) Tan estimado llegó á ser en aquella ciudad el Sr. Sanz, que al regresar á España en 1843 fué recomendado por el Rey de Nápoles para profesor de italiano de D.ª Isabel II. El humilde religioso rehuyó la distinción, y á los pocos meses salió para Méjico de segundo director de las primeras Hermanas de la Caridad, que fueron á fundar su Congregación en aquellas apartadas tierras.

talle las fundaciones de Ultramar, y especialmente las de Méjico, donde tanto se distinguieron las dos Congregaciones de San Vicente. Noticiosos los Misioneros, dispersados por la revolución, del inmenso campo que en tan dilatado imperio se abría á su celo apostólico, se resolvieron á surcar los mares para difundir allá la doctrina del Crucificado. Formaron el núcleo de aquella provincia los Padres Figuerola, Pujol, Sampere, Pelegrí, Sarreta, Boquet y Aguilar, todos catalanes, procedentes de diversos puntos de Europa, y los Padres Alabán y Pascual, de Barcelona y del Escorial respectivamente, procedentes de los Estados Unidos. Luego de haberse instalado, constituyeron su primera Casa y Noviciado en la ciudad de Puebla de los Angeles, habiendo recibido tan singular protección del Prelado de la diócesis, D. Pablo Vázquez, que en 1847 les cedió la magnífica iglesia y casa denominada de Belén, adonde concurrieron numerosos jóvenes mejicanos, deseosos de vestir la sotana de San Vicente. Bien se necesitaban los refuerzos; porque, una vez conocido el Instituto, acudieron los Obispos de las otras diócesis en demanda de nuevas fundaciones.

Entretanto los Misioneros españoles, que se habían quedado en los Estados-Unidos, prosiguieron ejercitando su celo de un modo grandamente laudable, en términos que, á la vuelta de algunos años, los Padres del primer Concilio provincial celebrado en Baltimore consideraron á varios de ellos acreedores á la alta dignidad episcopal; y en efecto, en 28 de Julio de 1863 el Papa Pío IX preconizó para la silla de Monterey, en California, á D. Tadeo Amat, de Barcelona; más tarde lo fué para el Obispado de Pittsburg, en Pensilvania, el joven P. Miguel Domenech, hijo de Reus; y si no fué mayor el número de los nombrados para las sedes vacantes y de nueva creación, fué por haber tomado varios de los propuestos la resolución de abandonar los Estados-Unidos en cuanto llegó á sus oídos la nueva de su futuro encumbramiento. Los Hijos españoles de San Vicente no desmerecían tampoco, según se ve, del glorioso título de humildad, que fué el primer timbre de aquel insigne Fundador, y que tan profundamente quiso grabar en sus Congregaciones.

Por iguales caminos seguían dando gloria á Dios los que, afron-

tando el peligro en España, habían permanecido más ó menos diseminados entre sus relaciones, ó confundidos en cierto modo con el clero secular. En Diciembre de 1850 partieron algunos para la Habana, acompañando á 16 Hijas de la Caridad, destinadas á diversos Establecimientos de nuestra gran Antilla. El mismo buque condujo entonces al Rmo. Sr. D. Antonio María Claret, para tomar posesión de su Arzobispado de Santiago de Cuba. En Marzo de 1851 se veían retoñar aún, á pesar de las circunstancias, las vocaciones para la Misión, pues hacían sus practicas en el Seminario Conciliar de Barcelona hasta 13 jóvenes que habían solicitado el ingreso en ella, los unos para vestir la sotana de la Congregación, los otros como coadjutores. Todos ellos hacían rumbo para Cádiz en 22 de aquel mes, á bordo del bergantín *Ripa*, deseosos de engrosar las filas de sus hermanos de Méjico, y de trabajar en la copiosa mies que aguardaba á los Paules españoles. Semejantes refuerzos iban robusteciendo aquella Provincia, y permitiendo á los Misioneros atender á su obra preferente de evangelizar á los campesinos, sin desatender las demás.

En los meses de Agosto á Diciembre de 1852 dieron las dos primeras series de Misiones: una en Tetepango, diócesis de Méjico, y á 20 leguas de la capital; otra en Chiantempan, del Obispado de Puebla de los Angeles. Dieron las primeras los Padres Sanz, Alabán y Pascual, sacerdotes, y los diáconos Recolons, Serra y Muñoz, todos españoles, menos el último que era mejicano. De las segundas se encargaron los Padres Sanz, Alabán, Learrete y Campos. Este último, nacido en Méjico, había sido el primero de sus compatricios en ingresar en la Congregación. Si copioso fué el fruto de las unas, no fué menos abundante y ópimo el de las otras; los pueblos limítrofes y las rancherías circunvecinas acudían en masa á oir la palabra divina; las costumbres se moralizaban, cesaban los vicios, ilustrábanse los entendimientos con las verdades de la fe y se fomentaba la piedad. En vista de tales resultados, crecía por instantes la confianza de los Prelados en los humildes Misioneros, y tanto el Sr. D. Lázaro de la Garza, Arzobispo de Méjico, como el Sr. Pantiga, á la sazón Vicario Capitular de Puebla, quisieron aprovecharse de su incansable celo, para avivar la fe é

implantar las buenas costumbres entre sus fieles diocesanos. Continuos fueron efectivamente sus desvelos, é inmenso el fruto recogido, hasta que la revolución vino en 1859 á dar el golpe de gracia á sus conquistas en aquella República con la supresión de las

DON RAMÓN SANZ, NATURAL DE BARBASTRO, PROVINCIA DE HUESCA,
Visitador general que fué de la Congregación de San Vicente de Paul en España y en Méjico, y Sacerdote de gran saber, elocuencia y virtud.

Comunidades religiosas. En 1854, el Ilmo. Sr. Obispo de Michoacán entregó á la dirección y enseñanza de los Hijos de S. Vicente el colegio de Patzcuaro, y á fines de 1857 les encomendaba asimismo el grandioso Seminario clerical de Morelia el Obispo Sr. Munguía, uno de los más preclaros escritores mejicanos, y de los más notables Prelados de aquel país. ¡Qué responsabilidad tan tremenda

cabe á los que poco después privaban con un tiránico decreto á la nación mejicana de los auxilios espirituales, y de los medios de santificación eficacísimos, que la proporcionaba la Congregación de Misioneros!

Por fin, había sonado la hora de la rehabilitación en España; el Señor iba en cierto modo á premiar á los Paules españoles los desvelos de su apostolado en remotos países, abriéndoles de par en par las puertas de su querida patria. En el Concordato celebrado por el Gobierno español con la Santa Sede se establecía el siguiente artículo: «A fin de que en toda la Península haya el número suficiente de Ministros y Operarios evangélicos, de quienes puedan valerse los Prelados para hacer Misiones en los pueblos, auxiliar á los párrocos, asistir á los enfermos, y para otras obras de caridad y de utilidad pública, el Gobierno de S. M..... tomará desde luego las medidas convenientes para que se establezcan donde sea necesario, oyendo previamente á los Prelados diocesanos, Casas y Congregaciones religiosas de S. Vicente de Paul..... las cuales servirán al propio tiempo de retiro para los Eclesiásticos, para hacer Ejercicios espirituales, y para otros usos piadosos.» (Art. 29 del Concordato.)

Para facilitar á los Sacerdotes Misioneros la ejecución del precedente artículo, dispuso el Gobierno por Decreto de 23 de Julio de 1852, que se estableciera en Madrid una Casa-Noviciado, donde se formaran los jóvenes que se sintieran llamados á la Congregación de San Vicente, como existía ya la Casa-Noviciado de las Hijas de la Caridad. De entre los varios y meritorios Misioneros que desde el Extranjero acudieron á España, ávidos de buscar en la Comunidad de la vida religiosa el contento de su alma, á nadie se creyó más á propósito para dirigir la restauración de tan importante provincia que al ejemplar y sabio P. D. Buenaventura Armengol (1), Visitador entonces de la de Méjico. Dejando al frente de

(1) El Sr. Armengol era el *octavo* Visitador general de la provincia de España, desde la instalación de los Sacerdotes de la Misión en nuestra patria. La serie de los que recordamos es como sigue, por orden de antigüedad, Sres. Ferrer, Noalart, Subias, Camprodón, Feu, Roca, Codina, Armengol, Masnou, Sanz y Maller. Verificóse el nombramiento

esta última provincia al Sr. Sanz, tan conocido y estimado allí por su prudencia y buen gobierno, vino el Sr. Armengol á la Península, y á fines de 1852 se encargó ya de la dirección de las dos familias de San Vicente. Con muy felices comienzos se inauguraba la restauración en España de tan digno Instituto: abundaron las vocaciones, se abrieron en breve plazo algunas de las antiguas Casas y se establecieron otras nuevas en puntos, donde la solicitud de los Prelados las reclamaba; todo hacia presagiar que la Congregación de los Paules volvería á ser, como en otro tiempo, uno de los auxiliares más preciosos de la Iglesia. Por designio inexcrutable de Dios, volvió á cernerse en España la tormenta de las tribulaciones sobre los Hijos y sobre las Hijas de S. Vicente de Paul. Mas esta vez no vino la prueba de la revolución, ni de los enemigos de la fe.

¿Cómo se explica, en efecto, la anomalía tan extraña y singular de que esa misma Congregación pasara repentinamente de un estado próspero, del cual tanto podía prometerse el país á la situación más precaria y aflictiva, hasta el punto de no dirigir más que un Seminario doce años después de restaurada en España? Documentos impresos que es fácil consultar, y datos bien conocidos nos permitirían llenar el vacío histórico que ha de resultar en este trabajo, de no relatar los sucesos referentes á aquel período triste. Empero, como nuestro objeto es citar los hechos culminantes del desenvolvimiento de la Congregación, nos limitaremos á consignar que, á principios de 1856, hallándose en Madrid el señor Superior general francés, se leyó en el Noviciado una orden de éste, en virtud de la cual se deponía al Visitador español, y no sabemos si también se declaraba disuelta la Congregación de la Provincia de España. Largo y de ningún provecho á nuestro plan sería exponer las causas próximas y remotas de aquella gravísima resolución. La Divina Providencia permitió en sus ocultos y adorables designios una orden, que quebrantó profundamente la Congregación española; pero

---

del Sr. Armengol por petición unánime de los individuos de la misma Provincia, y fué aprobado por el Superior general, con beneplácito del Primado de España, del Nuncio de Su Santidad y del Gobierno español.

juntamente la amparó por medio del inmortal Pío IX que evitó su desaparición. Por fortuna cesaron las diferencias, y los Sacerdotes Misioneros de San Vicente han continuado en nuestra patria ejerciendo con admirable celo sus tareas; y la Provincia española, en perfecta unión con su Superior general, sigue su marcha de progresivo desarrollo.

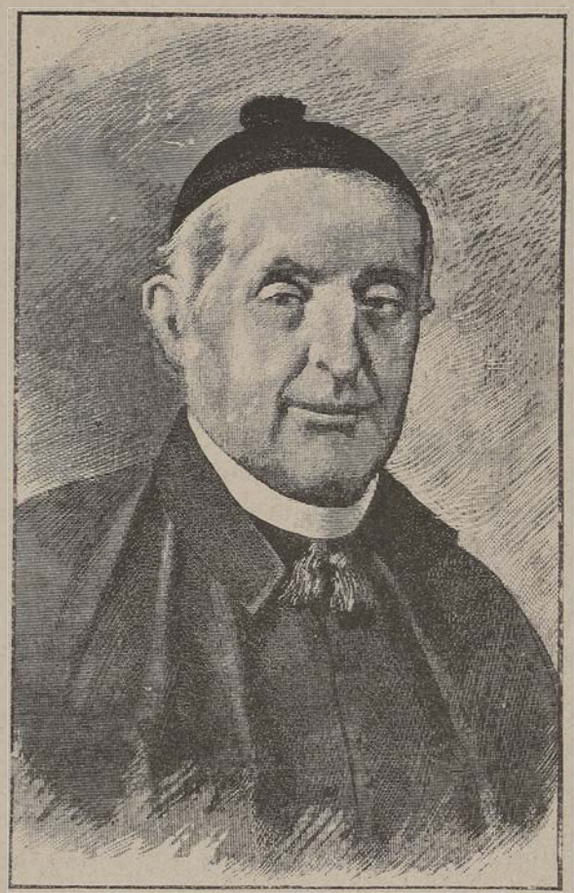
El Sr. Armengol, Visitador general durante aquellos acontecimientos, no tuvo la dicha de conocer la suprema decisión del Sumo Pontífice que ponía término á las diferencias: á los setenta y tres años de edad, y cincuenta y siete de Misionero, falleció en 1872 en la Habana, ádonde se había retirado al fin de su vida. Reanudemos la interrumpida historia, volviendo á encontrar en Méjico á los Hijos de San Vicente.

El furor de la persecución en aquella república empezó en el Estado de Michoacán, pues la autoridad se presentó simultáneamente en las Casas de Paztcuaro y de Morelia, para intimar á los Misioneros su expulsión en el preciso término de veinticuatro horas. Esto acontecía el 28 de diciembre de 1858. Creyeron los Misioneros parar el golpe, presentando un documento en que el ministro francés en Méjico declaraba hallarse bajo su pabellón (1) las Casas y Comunidades de San Vicente; mas en vano: las circunstancias no eran favorables en Méjico á la influencia francesa, y hubieron de abandonar el país á marchas forzadas. Seis meses después promulgaba Juárez, desde su Gobierno provisional de Veracruz el decreto de expulsión contra todas las órdenes religiosas.

Como la capital ofrecía aun garantías de seguridad, así por sus fortificaciones, como por las fuerzas de que disponía el Gobierno, allí acudieron los Misioneros expulsados y las Hijas de la Caridad. A esta circunstancia se debió que la fiesta del glorioso fundador de la Congregación revistiera aquel año (19 de julio de 1860) una pompa inusitada, siendo la última, y como la despedida de las que en Méjico celebraran ambas familias de San Vicente. El Delegado

(1) Por entonces había logrado el Superior de París imponer á nuestras Hermanas la corneta, y el traje francés, y establecer además la dependencia inmediata de París para las dos familias ó Congregaciones de San Vicente en Méjico.

Apostólico de Su Santidad, Sr. Clementi, ofició de Pontifical; asistieron los Ilmos. Obispos de Guadalajara y San Luis de Potosí, señores D. Pedro Espinosa y D. Pedro Barajas; y el obispo de Mi-



D. BUENAVENTURA ARMENGOL

Visitador general de la Congregación de los Paules y de las Hijas de la Caridad, primero en Méjico y después en España en 1856. Fué natural de San Ginés de Vilasar, provincia de Barcelona, persona de grandes virtudes y muy estimado en la Congregación.

choacán, D. Clemente Munguía, pronunció uno de los más brillantes panegíricos del Héroe de la Caridad. Por tratarse de la autoridad respetable de un Príncipe de la Iglesia, queremos transcribir algunos párrafos de aquella magnífica apología, para dar á conocer á

nuestros lectores el alto predicamento que habían sabido conquistarse los Paules españoles ante los Maestros de Israel.

«Los resultados de esta nueva institución no podían ser más satisfactorios. Describirlos, señores, sería narrar sucesos que en su género llenan casi la carrera de dos siglos, lo cual no me permiten ciertamente las leyes á que está sujeto mi discurso. Pero no concluiré sin dar gracias á Dios, por haber concedido á mi diócesis probar los beneficios de una institución en que la sabiduría y la santidad brillan á competencia.

»Estos dignos sacerdotes, correspondiendo al excelente espíritu que les ha legado su ilustre fundador, tomaron á su cargo tres colegios en mi diócesis. En todos ellos hicieron admirar constantemente su empeño en la difícil tarea de formar la juventud eclesiástica; pero lo que sobre todo había hecho concebir las esperanzas más lisonjeras era el Colegio clerical de Morelia. El orden, la regularidad y el espíritu, que reinaba allí, eran objeto de la más grata satisfacción para cuantos conocían aquel establecimiento..... Pero, señores..... todo esto pasó como un sueño..... La tempestad horrible que truena por todas partes, que todo lo sacude y destroza, esas pasiones políticas, rabiosamente desbordadas como un torrente, se precipitaron furiosas sobre el tierno y querido plantel..... ¡Un momento bastó para que la obra de tantos trabajos, y el objeto de tantas esperanzas, viniese á tierra!» (1).

En efecto; la revolución había puesto su mano destructora en las Casas de Morelia y Paztcuaro en el Estado de Michoacán, y también en la magnífica de León de las Aldamas, en el estado de Guanajato. Aquellos males no eran, sin embargo, más que los preliminares de otros más terribles todavía. Juárez triunfó de Mejico, y dió comienzo á una larga serie de iniquidades y atropellos contra la Iglesia. El valeroso Episcopado mejicano opuso con el tesón propio de la sangre española todo género de protestas; mas la rabia de los dominadores pasó por encima de todo, y se burló de la santa intrepidez de los Obispos, encerrando brutalmente á los unos en los

(1) Panegírico pronunciado en la citada solemnidad por el Sr. Munguía, fin de la primera parte.

calabozos de Ulma, desterrando á todos de la República, después de hacerles apurar el caliz de todas las amarguras. Como es de suponer, quien así trataba á Prelados insignes, no había de ser más tolerante con los ministros de Dios. El titulado Soberano Congreso de la Nación decretó en 22 de Octubre de 1861 la inmediata expulsión de los Misioneros, conocidos allí con el nombre de *Paulinos*. De los cien Diputados de la Cámara sólo uno tuvo valor para oponerse á tal medida, y declarar lo injusto y vejatorio de aquella resolución: el Sr. Suárez Navarro. Al día siguiente se cerraban y sellaban escandalosamente 25 iglesias de la capital, no obstante las protestas de la Autoridad eclesiástica y las exposiciones elevadas por la población al Gobierno revolucionario. Entre aquellas iglesias figuraba la del Espíritu Santo, perteneciente á los Padres Misioneros de San Vicente. Con tanta violencia y precipitación fué cumplida aquella despótica orden, que ni tiempo se les dió para sacar de ella el Santísimo Sacramento. Esto prueba la saña de los dominadores, y la arbitrariedad con que procedían, pues los acuerdos se cumplían antes de ser conocidos. Digno remate de tantas injusticias fué el despojo de la Casa é iglesia que en 26 del mismo mes, á los tres días del cierre de los templos, decretó el Gobierno de Juárez contra los mismos Paules. ¡Cómo contrista el alma el ver así triunfante la impiedad, y privados los pueblos del consolador ministerio de los Sacerdotes del Señor! La Congregación seguía los mismos caminos, sembrados de espinas, trazados á su Santa Madre la Iglesia, y como ella mostraba entonces que le cuadraba bien el título de *militante*. Nunca nos parece más grande un Instituto religioso, que cuando la fiera revolucionaria descarga sus iracundos golpes sobre sus hijos. Por eso todo buen católico español ha guardado en su pecho un amor inextinguible á aquellas Comunidades tan maltratadas, tan calumniadas y perseguidas de 1835, y ansía verlas renovarse y prosperar en nuestro suelo, para salud de las almas. Por eso todo católico español reverencia tanto, y honra y estima tan de veras á esa Compañía admirable de Jesús, blanco siempre de los tiros de las sectas, primera víctima de todos los excesos revolucionarios, para la cual no se conoció nunca ni asomo de tolerancia en pechos enemigos de Dios.

El huracán revolucionario dispersó á los Misioneros de Méjico. Unos pasaron á la Habana, otros regresaron á España; algunos se dirigieron á Guatemala, y llenaron los anhelos de aquellos habitantes, fundando allí una Casa-Misión, largo tiempo hacía solicitada por ellos. La mayor parte prefirieron diseminarse por los Estados de Méjico, para atender á las necesidades del pueblo fiel y dirigir á las heróicas Hermanas de la Caridad, que todavía permanecieron algún tiempo en aquellos países.

En compensación de los quebrantos sufridos en Méjico por ambas familias de San Vicente, la Providencia divina les deparaba vastísimos horizontes en la Occeanía, para que ejercitasen su celo y trabajasen sin interrupción en la viña del Señor. Repetidas instancias habían hecho para lograr algunas fundaciones de la Congregación en nuestro Archipiélago Filipino varias personas de distinción, y entre otras el esclarecido hijo de Santo Domingo, Fray Francisco Gainza, catedrático de la Universidad de Manila y después Obispo de Nueva Cáceres, en el mismo Archipiélago. Por primera vez se formó una expedición de 15 Hermanas y de los Padres D. Gregorio Velasco y D. Ildefonso Moral, ambos burgaleses, destinada á difundir en tan lejanas tierras el espíritu de caridad inextinguible de San Vicente de Paul. El 14 de Abril de 1862 zarpaba de Cádiz con rumbo á Manila la hermosa fragata española *Concepción*, que conducía aquel tesoro. El espíritu de fe, que la influencia benéfica de los PP. Agustinos, Dominicos, Jesuítas y Franciscanos siempre ha sostenido en aquellas Islas, hizo que no sólo fuesen recibidos con agasajo y grande regocijo los Hijos é Hijas de San Vicente, sino que desde luego á todos se diera ocupación muy digna y acomodada á su vocación. A los Padres Misioneros les encomendó su Seminario Conciliar el Sr. Martínez, Arzobispo de Manila. Numerosas fueron desde entonces las peticiones hechas al Superior de España, por parte de los Prelados de Filipinas, para obtener el mayor número posible de Misioneros y de Hermanas; pues los servicios que prestaban les habían ya conquistado las simpatías de todas las clases sociales. Sin hacer mención ahora de las fundaciones de las Hijas de la Caridad, consignaremos que en 1865 ponía el Ilmo. Sr. Gainza su Seminario de Nueva Cáceres bajo la

dirección de los Sacerdotes Misioneros; que lo propio hacía un año más tarde el Ilmo. P. Jimeno, Obispo de Cebú. Igual honra les dispensó en 1870 el señor Obispo de Jaro, Ilmo. Sr. Cuartero, y en 1872 tomaron á su cargo el Colegio-Seminario de Vigan en la diócesis de Nueva Segovia, cuyo Prelado, Ilmo. Sr. Aragonés, de

POSESIONES ESPAÑOLAS.—FILIPINAS

Seminario Conciliar de Nueva-Cáceres, dirigido por los Sacerdotes Misioneros de San Vicente de Paul.

la Orden Agustiniana, había solicitado con especial interés la venida de los Paules (1).

Conquistas tan admirables dicen bien que la Congregación española de los Hijos de San Vicente de Paul conserva puro el espíritu de abnegación y de caridad de su imponderable Fundador, y que sus trabajos apostólicos merecen no sólo las bendiciones y protección de los Prelados de la Iglesia, y la estimación del clero y

(1) Al hablar del Seminario de Vigan, la Memoria que en el presente año de 1887 la Comisión Central de Manila escribió para la Exposición general de las Islas Filipinas en Madrid, decía: «Corresponde á los PP. Paules la honra de haber inaugurado en él los estudios cual se dan al presente.»

De ese importante Seminario se encargó el P. D. José Recoder, natural de Mataró, tan conocido entre nosotros como brillante y sabio orador sagrado por los años 1866 á 68. Este distinguido hijo de San Vicente vistió en Barcelona la sotana de la Congregación á los 17 años de edad en 21 de marzo de 1851, é inmediatamente fué destinado á Méjico, donde terminada

de los fieles, sino también la confianza de los demás Institutos religiosos. Ellos han multiplicado, en efecto, su actividad en los Seminarios, en los Colegios, en las Misiones, en los Ejercicios al clero y á los seglares, en la preparación de los ordenandos, tal cual lo hacían San Vicente y sus primeros compañeros; ellos se han venido consagrando á la asistencia de los moribundos, á la visita de los hospitales, á la enseñanza de los encarcelados, cual su vocación reclama; ellos, en fin, han competido en celo y abnegación con las virtuosas Hermanas de la Caridad en las epidemias y públicas calamidades. Haga el Señor que cada día veamos más floreciente, más considerada y más protegida esa Congregación, juntamente con los demás Institutos religiosos, base de nuestra pasada grandeza, columna de la Iglesia española, antemural y salvaguardia de nuestra fe.

Hállase hoy esparcida la familia de San Vicente, según hemos podido ver en el desarrollo de este libro y en nuestros Apéndices, por todos los ámbitos conocidos del globo. Distribúyese en 33 provincias, y su personal asciende á 2.386 individuos, de los cuales 21 son Obispos, 1.337 Sacerdotes, 420 entre estudiantes y seminaristas y 608 Hermanos Coadjutores.

La provincia más numerosa, tanto en Casas como en personal, es la de España: El Visitador de ella es el virtuoso y respetable Padre D. Mariano Joaquín Maller, aragonés, que ingresó en la Congregación en 1833. Cuenta 14 casas y 266 individuos, distribuídos y ocupados de la siguiente manera:

Madrid-Chamberí.—Casa Central, Seminario interno, Casa de Estudios y Ejercicios para eclesiásticos, ordenandos y seglares.

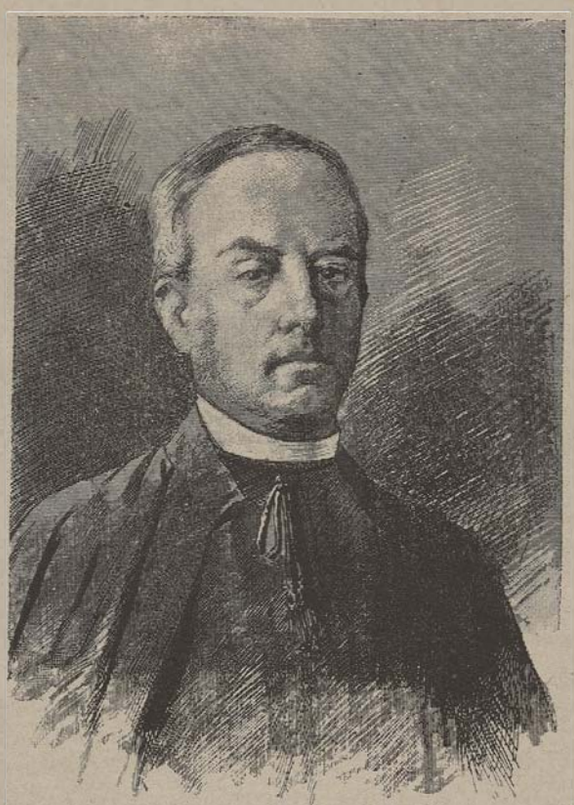
Su personal es: Sacerdotes, 14; estudiantes profesos, 68; seminaristas, 38; Hermanos Coadjutores, 23.

---

su carrera de Teología y Cánones, ejerció su ministerio con incansable actividad. Expulsadas las Comunidades de Méjico, regresó en 1861 á Europa, y continuó sus tareas apostólicas en España, Francia é Italia, y especialmente en Roma, en cuya corte pontificia era muy estimado. En 1871 fué destinado á Filipinas, y allí prestó sus valiosos servicios como Rector del Seminario de Vigan, como profesor de Teología y Vice-Rector del de Nueva-Cáceres, y en otros ministerios. Perdida su salud á fuerza de treinta años de fatigas incesantes, hubo de regresar á su patria.

Barcelona: Cuna de la Congregación en España.—Casa de Misiones. Una vez terminada la iglesia y casa adjunta, abarcará los demás ministerios de su Instituto.

Cuenta en la actualidad con 6 Sacerdotes y 4 Hermanos Coadjutores.



DON JERÓNIMO VILADÁS.

Sacerdote de la Misión, catalán, fundador y primer Superior de la Casa de la Congregación en la Habana, donde ejerció su ministerio con extraordinario celo por más de 20 años.

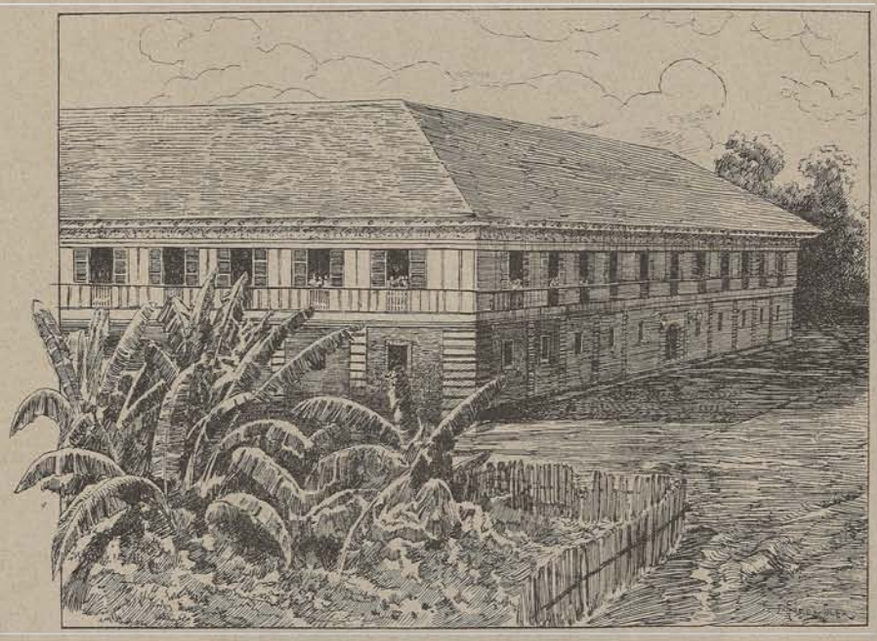
Dentro de muy poco Barcelona contará en su ensanche con otro elegante y bello templo dedicado al glorioso San Vicente de Paul, levantado por sus ejemplares Hijos, el P. Superior actual y sus compañeros, á fuerza de constancia y sacrificios. (1)

(1) Véanse los grabados de las págs. 487 y 491.

Avila.—Cuenta con 6 Padres y 4 Hermanos. Dedícanse á la Misión.

Andújar (provincia de Jaén).—Casa para Misiones y Ejercicios. Cuenta con 4 Padres y 2 Hermanos.

Badajoz.—Seminario, Casa de ordenandos, Misiones y Ejercicios: Hay en ella 4 Sacerdotes, 4 estudiantes profesos y 2 Hermanos coadjutores.



POSESIONES ESPAÑOLAS.—FILIPINAS.

Vista exterior del Seminario Conciliar de Jaro (en Nueva-Segovia), dirigido por los Sacerdotes de S. Vicente de Paul.

Milagros (provincia de Orense.)—En este célebre Santuario, del que cuidan los Padres Misioneros, hay Casa-Colegio, que sirve para Misiones y Ejercicios.

Hay en ella 7 Sacerdotes y 7 Hermanos.

Palma de Mallorca.—Casa-Misión, que sirve también para Ejercicios.

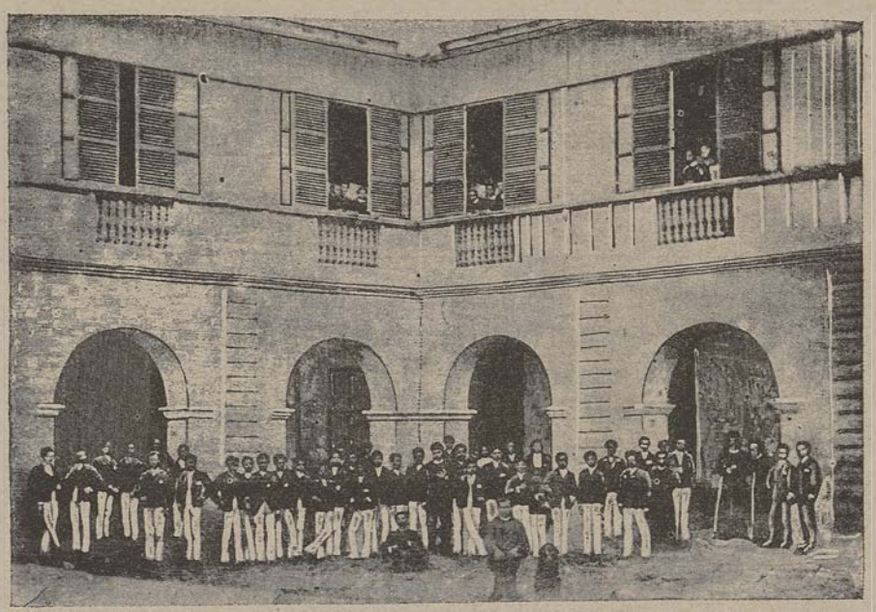
Consta de 5 Padres y 4 Hermanos.

Puebla de Alfindén (Zaragoza).—Casa de Misiones y Ejercicios.

Tres Padres y 3 Hermanos.

Sigüenza.—Seminario Conciliar, Casa de Misiones y Ejercicios.

Trabajan allí 10 Padres, 1 estudiante profeso y 6 Hermanos Coadjutores.



POSESIONES ESPAÑOLAS. — FILIPINAS.

Vista interior del Seminario Conciliar de Jaro.

Teruel.—Casa dedicada á las Misiones y Ejercicios.

Tiene 5 sacerdotes y 3 hermanos.

Habana. La Merced (1).—Casa para Misiones y Ejercicios, con 6 Padres y 4 Hermanos.

(1) Fundador y primer Superior de esta Casa fué el infatigable Misionero catalán D. Jerónimo Viladás, quien por más de veinte años ejerció su santo ministerio en aquella gran ciudad con aplauso y simpatía general de todo el mundo. Su muerte fué universalmente sentida, y su entierro una verdadera manifestación de duelo público, pues concurrieron á él todas las autoridades y muy numeroso pueblo. A instancias de la población se hacen gestiones, para que sus restos sean depositados en el hermoso templo de Nuestra Señora de las Mercedes, restaurado y embellecido de expléndida manera por la solicitud de aquel benemérito Hijo de San Vicente.

Habana.—Seminario Conciliar, con 8 Padres y 3 Hermanos.

PuertoRico.—Hay allí dos sacerdotes encargados de dirigir á las Hermanas de la Caridad, y que trabajan en las funciones de su ministerio.

Santiago de Cuba.—Casa para Misiones y Ejercicios con 6 Padres y 4 Hermanos.

La provincia de Manila tiene por Visitador al celoso P. D. Manuel Orriols, catalán, que vistió la sotana en 1853. Los Hijos de San Vicente continúan hoy casi enteramente dedicados á la dirección de los Seminarios Conciliares y de las Hermanas. Sus aulas son muy frecuentadas, sobre todo la del Seminario de Nueva-Cáceres, donde asciende la matrícula anual á 700 ú 800 alumnos. Trabajan en esta provincia 32 Misioneros.

La provincia de Méjico tiene por Visitador al muy digno Padre D. Félix Mariscal, hijo de Lérida, que vistió en Barcelona la sotana en 1851, y ha consagrado allí á la religión casi toda su vida. Aunque azotada por la persecución y lastimada con la pérdida de las Hijas de la Caridad, antes tan amadas de aquel pueblo, aquella Provincia no sólo ha conseguido conservarse en el país sino que ha vuelto á levantar varias de sus antiguas Casas y á crear otras nuevas. Las hay en los siguientes puntos:

Méjico.—Casa para Misiones y Ejercicios.

Guanajato.—Dedícanse allí los Padres á la enseñanza y dirección de su colegio de Puebla de los Ángeles.

En *Monterey de Méjico* y en la capital del Yucatán dirigen los Seminarios Conciliares, y en Paztcuaro un colegio de segunda enseñanza.

Para tales ministerios cuentan con 52 Sacerdotes.

Recientemente los Misioneros de aquella Provincia, sostenida por la constancia é intrepidez de los Padres españoles y mejicanos, han tenido la honra y el consuelo extraordinarios de que hasta el mismo Soberano Pontífice León XIII, felizmente reinante, haya dado á la Congregación inequívocas demostraciones de su alta estima. En 1881 elevó á la Silla Episcopal de Tabasco, de nueva creación, al celoso P. D. Agustín Torres, Visitador entonces de la Provincia mejicana. Vacante tres años después la Sede de Tulan-

cingo por fallecimiento del Ilmo. Sr. D. Juan Bautista Ormaechea, fué preconizado para dicha Iglesia el citado Sr. Torres, y para la vacante de Tabasco, que dejaba este Prelado fué escogido por el Santo Padre, á instancias del señor Arzobispo de Méjico y de sus sufragáneos otro ejemplar Misionero de la Congregación, el Pa-

POSESIONES ESPAÑOLAS.—FILIPINAS.

Colegiales del Seminario de Vigan (Nueva-Segovia). Este Seminario está bajo la dirección de los PP. Paules.

dre D. Perfecto Amézquita, quien desde fines del pasado año 1886 rige su diócesis con el mismo celo que ha desplegado en sus treinta años de ministerio apostólico como Superior del colegio de Guanajato.

Con este ligero cuadro histórico damos por cumplido el objeto que nos propusimos de bosquejar el desarrollo de la Congregación de la Misión en España. Nuestro fin ha sido probar con los hechos, cuán benemérita de la Iglesia es la Provincia española, que fiel

imitadora de las virtudes de su Excelso Fundador, y en santa emulación con sus hermanas de todo el mundo, ha evangelizado amplísimos países, ha difundido la buena doctrina en cientos de Colegios y Seminarios, ha cooperado, en fin, á la propagación del más benéfico de los Institutos, el de las Hijas de la Caridad. Pasemos á ocuparnos de estas admirables heroínas.

B. Feliú.

Barcelona, Setiembre de 1887.

APÉNDICE TERCERO.

DE LA CONGREGACIÓN DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD EN ESPAÑA.

El Instituto de las Hijas de la Caridad.—Primeras novicias españolas enviadas á Francia para hacer su prueba en los hospitales.—Su regreso á España, y entrada en el Hospital general de Barcelona: Primera cuestión del traje de las Hermanas.—Antecedentes sobre el de las Hermanas españolas.—Fundaciones de Barbastro, Lérida, Madrid y Pamplona.—Real orden creando en Madrid la Casa-Noviciado de las Hijas de San Vicente, bajo el Real Patronato.—Muestras de simpatía de los Monarcas de España en favor del Instituto.—Difusión de él por todas las provincias.—Rasgos de caridad de nuestras Hermanas.—Nuevas fundaciones: Mallorca y Sevilla.—Historia de las fundaciones de Méjico: Causas de su fracaso final.—Primeras expediciones de Hermanas de la Caridad á la Habana.—Nuevos horizontes: Filipinas: Aceptación extraordinaria que allí tuvieron las Hermanas españolas.—Ultimas desavenencias: Decreto pacificador del Soberano Pontífice.—Estado actual floreciente de la Congregación.

NTRE los beneficios incomparables que el mundo debe á la ingeniosa caridad de San Vicente de Paul, ninguno más peregrino, más útil, más universal y que mejor retrate el espíritu de aquel hombre singularísimo, que la Congregación de las *Hijas de la Caridad*. Mucho ha de agradecerle la sociedad el Instituto de las Misiones, y las sabias reglas con que formó á esos edificantes Sacerdotes, que así acuden á evangelizar á la sencilla gente de los campos, como á instruir el clero de los Seminarios; así dirigen unos Ejercicios de ilustrados caballeros, como ex-

plican á niños salvajes la Doctrina cristiana: Su historia en nuestra Patria, y fuera de ella, es prueba bien fehaciente de la previsión y sentido práctico del Padre de la caridad al formar tan ilustre Congregación. Grande y admirable se muestra el Santo, fundando hospitales, organizando cofradías de caridad, y creando en Francia aquellas Cunas para los Niños-Expósitos, que son uno de sus más preciados timbres de gloria. Asombroso, en fin, aparece, proveyendo á las necesidades de pueblos y provincias enteras, conmoviendo los corazones de los parisienses en favor de las víctimas de la guerra, ó aliviando las miserias físicas y morales de los forzados; empero, el recuerdo más consolador de su paso por la tierra, la muestra más gráfica de su tierna caridad para con las dolencias de los hombres, la expresión más sublime de aquel amor generoso, noble, inextinguible, que abrasaba al gran siervo de Dios hacia sus prójimos, es el tipo de la Hija de San Vicente, ó Hermana de la Caridad. Juntar la santidad del claustro con la ternura de la madre, las virtudes de la oración y de la castidad con la solicitud más inteligente y activa, la discreción y el recato con la expansión más dulce y complaciente, el desprendimiento más absoluto de todo lo terreno con la humildad más perfecta y con la caridad más ardiente; para consagrar ese cúmulo de preciosas cualidades, de nobles ejemplos, de heróicos sacrificios, al servicio de cuanto repugna á la humana naturaleza... á los hospitales, á las leproserías, á los lazaretos, á los manicomios, á los niños abandonados por el vicio, á los heridos y moribundos; esto es en verdad compenetrarse, identificarse con las enseñanzas y con los ejemplos soberanos de aquel Redentor amoroso, que no teniendo más que dar al hombre, le dió á sí mismo! Oh Religión admirable y divina, que en medio de la fragilidad y de las prevaricaciones del hombre, tienes poder para crear y sostener esa bella imagen de la caridad, á despecho del furor de las pasiones, y de las protestas del mundo, y de las corrientes cenagosas de una sociedad decrépita!! Oh Religión consoladora, que opones al egoismo del avaro la abnegación de la Sierva de los pobres; á la afeminación de los corazones corroídos por el vicio el espejo de sus virtudes; á la cobardía de los filántropos en la hora del combate su intrepidez cristiana!! ¡Tú sola sabes poner en los cora-

zones el sincero amor de Dios y del prójimo (1). Bendita, bendita seas!!

Para entrar de lleno en la historia de las Hijas de la Caridad en España, hemos de acudir á la fundación de la Congregación de Misioneros, en el Apéndice anterior desarrollada, pues á ellos se debe el inapreciable favor hecho á nuestra patria con la introducción de aquel benéfico Instituto (2). Al poco tiempo de haberse instalado en la casa cedida por el Arcediano de Barcelona Sr. Sent-Just los primeros Sacerdotes de la Misión, venidos de Italia, pensaron

(1) Veamos una confesión preciosa de los enemigos del catolicismo, único que conoce y practica la verdadera caridad. En los Registros del Consejo de Ginebra, se guarda un documento dirigido á dicha Autoridad por los ministros protestantes, en 15 de julio de 1843, durante el cólera: en él se leen las siguientes declaraciones: «Nuestro deber sería estar á la cabecera de los apestados, pero ninguno tiene valor para hacerlo; por lo cual, suplicamos al Consejo se digne perdonar esta debilidad, no habiéndonos Dios concedido la gracia de afrontar el peligro con el valor necesario.» Palabras citadas por el *Correo Catalán* de Barcelona, en su número de 24 de julio último. Sabido es, además, que de las diez iglesias *evangélicas* y *anglicanas* que en el *Anuario Napolitano* de 1880 se contaban en la capital de las Dos-Sicilias, de ninguna, ni de los ministros que las habitaban, se tuvo noticia, mientras duró el último cólera en su mas fuerte periodo. Igual conducta se había observado en Ginebra en 1813 y en Dublin en 1831. Luego veremos el contraste que ofrecen las Hijas de San Vicente.

(2) El primer hospital del mundo en que consta fuese utilizada la delicadeza y paciencia de la mujer en favor de la humanidad doliente y desvalida, fué el Asilo de *Romeros*, dependiente de la célebre Abadía de las Huelgas de Burgos. En el luminoso artículo de «La Controversia», á que en otro lugar nos hemos referido, y que con el título de «San Vicente de Paul y las Hijas de la Caridad» se publicó el 19 de julio último, suscrito con las iniciales H. I, se aducen preciosos documentos históricos sobre este ensayo del Instituto de las *Hermanas de la Caridad*. He aquí algunos:

Entre las grandes prerrogativas *(a)* de la precitada Abadía, cuya fundación se debe á Don Alfonso VIII, *el de las Navas*, en 1180, se cuenta el haberla entregado el mismo generoso Monarca, en calidad de dependencia, el magnífico *Hospital del Rey*, después de haberle dotado de pingües rentas y favorables condiciones. Por la puerta principal de este amplio establecimiento benéfico, denominada *Puerta de Romeros*, pasaban los numerosos peregrinos que, en dirección á Santiago de Compostela, enviaba la ferviente fe de aquellos tiempos desde España y el extranjero. En él encontraban cómodo y limpio hospedaje los sanos, y asistencia afectuosa y cumplida aquellos á quienes sorprendía la enfermedad. La solicitud del fundador fué tan lejos en proveer á las necesidades de los peregrinos, que mandó poner un intérprete de todas lenguas para consuelo de los extranjeros acogidos. Pero la ventaja más preciosa de tan espléndido hospital consistió en el patrocinio inmediato de que se ro-

(a) Las abadesas mitradas de las Huelgas tienen el tratamiento de *Ilustrísima:* ejercieron jurisdicción canónica y civil casi tan grande como la de un obispo feudal; expedían dimisorias, nombraban capellanes, curas, prebendados y priores ó prelados de otros conventos subalternos, así como *justicias*, alcaldes mayores, regidores y otros cargos concejiles, en los cincuenta y un pueblos de su rico territorio abacial.

éstos en el provecho espiritual y material que reportarían los enfermos y desvalidos de entregar su cuidado á las Hijas de la Caridad, que tan admirables resultados venían ya produciendo en la nación vecina. Después de haber pesado bien el asunto, resolvieron preparar algunas jóvenes, para enviarlas al Noviciado de París, á fin de que se formaran en el espíritu y en las reglas dadas por San Vicente de Paul (1), y al efecto fijáronse en las que, siendo más fervorosas y decididas á consagrarse al Señor, vieron tenían más

---

deó á los enfermos; en la asistencia especial, llena de caridad y abnegación con que fueron atendidos. En un principio, se llamó para enfermeras á honradas *dueñas;* pero después se instituyó un *tercer brazo (b)* de la Abadía, el de las *Hermanas Comendadoras*, de la misma Orden de San Benito, pero *sin clausura*, las cuales son (aún hoy) como otras *Hermanas* de los pobres enfermos, dedicadas á su asistencia y consagradas por voto á vivir con ellos. «Por manera, dice el señor H. I. en su artículo, que puédese decir que en medio de este pueblo de la católica España, en la noble ciudad de Burgos, gracias á la inspiración de reyes magnánimos é ilustres obispos, existe, desde principios del siglo XIII, cuatro siglos antes que en otras naciones, el modelo *en castellano de la Hija de la Caridad*, llena de dulzura, de alegría, de inteligencia, de sencillez y abnegación, que tales son los caracteres distintivos de la *Hermana Comendadora del Hospital del Rey:* modelo que el gran San Vicente de Paul generalizó y consagró después por toda la Cristiandad, en su moderno y bendecido Instituto, ayudado por la generosa y expansiva condición de la Francia, y sobre todo por la virtud del Evangelio, que á todo bien humano le da sello y timbre de bien universal.»

(1) Aunque de un modo general se expuso en el texto de la presente obra (pág. 134) el reglamento de la Congregación de las Hermanas, no creemos inútil trasladar á estas notas lo que el Sr. Sanz, Visitador general de las familias de San Vicente españolas, dice, hablando del particular. Así se formarán nuestros lectores idea cabal de esas nobles heroínas, y se sentirán más y más inclinados á la propagación de tan santo y provechoso Instituto.

«Las reglas que San Vicente dió á las Hijas de la Caridad, siempre se han mirado como un primor de sabiduría y un compendio de todas las virtudes cristianas y sociales. La brevedad de un Compendio no permite el recorrerlas todas é indicaremos las más principales, y esta ligera indicación bastará para demostrar que el Instituto de las hijas de la Caridad está basado sobre lo mas perfecto que enseña el Evangelio, y sobre lo más ventajoso que tiene la sociedad. El grande precepto de la Ley «Amarás á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á tí mismo», reducido á una práctica nunca interrumpida: tal es su moral y toda la ocupación de las Hijas de la Caridad.

«Según sus reglas, las Hijas de la Caridad han sido llamadas con una vocación especial y divina á honrar á Jesucristo como origen y modelo de toda caridad, prestándole en la persona de los pobres ancianos, niños, enfermos, encarcelados..... todos los servicios corporales y espirituales de que tuvieren necesidad. Para corresponder dignamente á tan sublime vocación, deben juntar los ejercicios interiores de la vida espiritnal con los ministerios exteriores de la caridad cristiana; una viva fe que les descubra en la persona del pobre á quien sirven la persona de aquel Hombre-Dios que quiso nacer, vivir y morir pobre; una tal rec-

---

(b) Las *religiosas* pertenecen á la orden cisterciense de San Bernardo, ó reformada, de San Benito; las *legas* á la de San Benito misma. Por eso hemos llamado tercer brazo á las Hermanas Comendadoras.

sólida vocación para servirle en la persona de los pobres. Una vez suficientemente probadas, el Visitador de la Congregación en España Sr. Noalart las acompañó á Francia, para entregarlas al cuidado y formación de las Hermanas ya prácticas en su ministerio (1). Fue-

titud en el obrar, que aleje de ellas aquellas intenciones torcidas, aquellos fines bastardos, aquellas vanas complacencias que vician las acciones más santas en sí mismas; una paciencia á toda prueba, que las obligue á soportar con resignación y aun con alegría los penosísimos trabajos de su vocación; una indiferencia que no les deje lo menor afición á las cosas de la tierra y que las tenga siempre prontas á ir con gusto á cualquiera parte á donde las destine la obediencia: una humildad profunda, fundada sobre la insuficiencia de las propias fuerzas, y sobre la eficacia de la divina gracia, prometida al humilde de corazón.

»Es verdad que ellas no son ni pueden ser religiosas, porque este estado es incompatible con sus empleos; no obstante, su vida, según lo prescrito por su santo Fundador, debe ser más perfecta, si es posible, que la de las más santas religiosas, por hallarse expuestas á mayores peligros, y porque la pureza, virtud difícil y de infinita extensión, las es indispensablemente necesaria para conservar el honor de su Instituto, y poder ser de utilidad al prójimo. San Vicente, que conocía profundamente el corazón humano, las prescribió las más severas precauciones sobre este particular, que, observadas con religiosa escrupulosidad, bastan á conservar este precioso tesoro que llevamos en brazos muy quebradizos; de modo que, la que no es pura en la Congregación, no lo será en ninguna otra parte, según lo dijo el mismo San Vicente.

»No habiendo cosa más á propósito para nutrir la virtud, que la mortificación de este cuerpo de pecado, que nos rodea y sigue en todas partes, y una inviolable fidelidad á todos los ejercicios de la más sólida piedad, las Hijas de la Caridad tienen en orden á lo uno y á lo otro, prudentes reglamentos que nada dejan por desear, y que piden mucho pareciendo que exigen poco. No se las prescribe el uso del cilicio, ni las otras austeridades del claustro: su grande penitencia debe ser la vida común. Levantarse puntualmente en verano é invierno á las cuatro de la mañana; hacer, dos veces al día, oración mental; vivir con mucha frugalidad; no beber vino, sino en caso de necesidad, declarada tal por el médico ó la superiora; prestar á los enfermos los oficios más penosos y más repugnantes á la naturaleza; velarlos, por su turno, las noches enteras; despreciar generosamente la infección de los hospitales, el natural horror que inspira la vista de los cadáveres, la probabilidad de abreviar sus días, y aun de perder la vida en el servicio de los pobres enfermos..... este es el género de mortificación de las Hijas de la Caridad, que, ciertamente, pesa más y es más dura que todos los santos rigores del claustro.»—SANZ, *Compendio de la Historia de San Vicente de Paul y de las Hermanas de la Caridad*. Págs. 90 y siguientes.

(1) Según el relato hecho por D. Ramón Sanz en su *Compendio de la Historia de San Vicente de Paúl y de las Hijas de la Caridad*, no partió de los Misioneros Paules la iniciativa, para introducir el Instituto en España, sino de «varias personas piadosas y de elevado carácter», que no nombra. El Visitador Sr. Noalart, á quién recurrieron para lograr su intento, se dirigió al Superior general de París, quien impuso la condición de que algunas jóvenes españolas se ofreciesen á pasar el Noviciado en la Casa matriz de la Congregación, establecida en París, para adquirir la necesaria instrucción en los deberes de su vocación; despues de lo cual, regresarían á España y podrían fundar el Instituto sobre las mismas bases que se hallaba en Francia. Nos inclinamos á creer, por ser mucho más verosímil, que la versión del texto es la más auténtica, pues seguramente nadie conocía mejor á las Hijas de San Vicente que los Sacerdotes de su Congregación.

ron seis las jóvenes escogidas como fundamento de tan admirable obra: la historia del Instituto ha conservado sus nombres, que tenemos la satisfacción de estampar en este libro para contribuir á perpetuar su honrosa memoria: Josefa Esperanza Miguel, de Barcelona: María Esperanza Blanc de Barbastro: María Teresa Lecina, de Besians en el Obispado de Barbastro (1): Francisca Antonia Cortés, de Tremp: María Catalina Reventós, de Villanueva y Geltrú: Antonia Andreu, de Palau-Tordera, Obispado de Barcelona. Tales eran los nombres de las cuatro catalanas y dos aragonesas, á quienes cupo la gloria de ser las primeras Hermanas de la Caridad españolas. El 18 de Marzo de 1782 se pusieron en camino, y á los cinco días llegaron á Narbona, en cuyos establecimientos de beneficencia fueron distribuídas, para comenzar sus prácticas en compañía de las Hijas de San Vicente.

Allí se ejercitaron cinco meses, al cabo de los cuales pasaron al Seminario de la Congregación en París, donde permanecieron como *toquillas* seis meses más. Por fin en Mayo de 1783 tuvieron la dicha de ver realizados sus anhelos de vestir el santo hábito, siendo destinadas á continuación á diferentes establecimientos de caridad. Por espacio de *siete años* prestaron todavía sus servicios en Francia las animosas españolas, y entonces, hallándolas sus Superiores suficientemente cimentadas en el espíritu y en las prácticas de la Congregación, se pensó en traerlas á su patria, y colocarlas en alguna de las casas de Caridad. Como era natural, Barcelona debía tener ese privilegio. Un fuerte legado por entonces recibido en el Hospital general de esta ciudad del Sr. Marqués de Sardañola, y procedente de una rica hermana suya, abrió las puertas de aquel gran establecimiento á las primeras Hermanas. Sabedora la Junta del propio Hospital, y el mismo Sr. Marqués de que hacía ocho años se hallaban aquellas jóvenes formándose en Francia para ser Hijas de San Vicente, creyeron ser lo más oportuno dedicar los fondos de la referida testamentaría á la instalación de ellas en

(1) Estas dos jovenes, salidas de Barbastro, fueron enviadas por el Sr. Ximénez, Canónigo de aquella Santa Iglesia, para que sirvieran después de fundadoras en aquella diócesis, como más adelante se dirá.

el establecimiento. Pasaron á tratar del asunto con el Capitan general de Cataluña, Sr. Marqués de Lacy, quien por toda respuesta les mostró una carta del Duque de Fernan-Núñez, Embajador de España en París, en la cual le rogaba se proveyese lo necesario para el regreso á la Península de las religiosas aludidas, por cuanto ha-

ILLMO. SR. D. MIGUEL DOMENECH

Obispo de Pittsburg (Pensilvania), Sacerdote Misionero de S. Vicente de Paul, de los que más se habían distinguido durante la expatriación en los Estados Unidos. Fué gran propagador del Instituto de las Hermanas.

bían terminado su preparación en Francia. Preparadas las cosas por modo tan inesperado como providencial para su admisión en el Hospital fueron llamadas á Barcelona, y recibidas en ella con verdadera ostentación, pues además de haber acudido á su llegada las Autoridades y gran número de damas y caballeros de la nobleza, el mismo Capitan General cedió su coche, para que en él entrasen como en triunfo las Hijas de San Vicente. De las seis, que habían

salido en 1782, Sor Antonia Andreu quedóse en Francia, y en su lugar vino Sor Juana David, francesa, la cual era á la sazón Asistenta de la Madre Visitadora de París. Una vez instaladas en el Hospital general, se les encomendaron las salas de mujeres y el departamento de los Niños-Expósitos.

Bien pronto hicieron conocer cuán acertados habían andado los que habían querido dotar á nuestro país de aquellas preciosas enfermeras y madres de los desvalidos, porque desde luego resplandecieron en todos los puntos colocados bajo su solicitud el orden más perfecto, la limpieza más esmerada, la vigilancia más asidua, la consideración más exquisita en el cuidado de los pobres. ¡Quién podía presumir que sería obra de unos meses, y nada más, aquella fundación con tan bellos auspicios comenzada! No hemos podido inquirir de un modo claro las causas, que determinaron la salida de las Hermanas de su primer establecimiento en España. Corre como más autorizada la versión que se apoya en lo declarado en 28 de febrero de 1861, al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo en escrito presentado por D. Julián González de Soto, Sacerdote de la Congregación y Secretario durante muchos años del Visitador general en España. Tanto por esta circunstancia, como por la de haber intervenido en el definitivo establecimiento de las Hijas de la Caridad en el reino, estaba perfectamente informado de las vicisitudes y desenvolvimiento de la Congregación. He aquí, pues, lo que entre otras cosas decía al Cardenal Primado en el aludido documento:

«El traje con que se presentaron en Barcelona, primera ciudad en que se establecieron las Hijas de la Caridad en la Península, era el mismo que usan hoy día las Hijas de la Caridad españolas; el tocado era parecido, pero no tan disforme, á la *corneta* que usan en el día las Hermanas francesas: este tocado jamás salió del Hospital de Barcelona. El Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, unido al clero más respetable, no menos que á los señores de la Junta del mismo Hospital, hizo presente á la Superiora, que lo era la Hermana francesa, pues se había creído más conveniente darle esa preferencia, en atención á los muchos años que tenía de vocación, que aquel tocado que usaban las Hermanas, opuesto á la doctrina de San Pablo sobre la modestia y ornato de las mujeres, luchaba

con las costumbres españolas, y escandalizaba al público: que la completa desnudez de la cara y cogote era repugnante en personas consagradas á Dios; y en fin, que San Vicente no había dado aquel tocado á sus Hijas, y sí les había aconsejado otro mucho más modesto. La Superiora no quiso apreciar la justicia de estas razones, y se empeñó, según las órdenes que había recibido de Francia, en no permitir alteración alguna en su tocado. Personas de grande influencia le manifestaron que el mismo San Vicente adoptaría el velo que se trataba de añadir á su traje, al conocer la santa y evangélica costumbre de las mujeres españolas, y mucho más al oir esa proposición de los labios de un Obispo, que con el mayor cariño y sin otro interés que el bien de los pobres, insinuaba lo que convenía hacer. Pero todo fué inútil» (1). Omitimos los comentarios sobre este suceso triste, que pudo privar á España de ver florecer en su suelo el incomparable instituto de las Hijas de la Caridad; y aunque sea interrumpiendo por un momento la historia comenzada, veamos cuáles son los antecedentes que hay referentes á la asendereada cuestión del traje de las Hermanas, cuestión á primera vista baladí; pero en realidad una de las más hondas que se han agitado en la Congregación (2).

En tiempo de San Vicente no llegó á recaer sobre la Congregación de las Hijas de la Caridad la aprobación Pontificia, como se

(1) El Sr. Sanz, en su ya citado *Compendio*, pág. 126, atribuye á muy distintas causas el deplorable acontecimiento, aunque ateniéndose tan sólo á la voz pública. Supone que la Junta se disgustó con las disposiciones tomadas por la Superiora francesa con el mayor acierto y prudencia; que pretendió dicha Junta ser el árbitro de los ministerios de las Hermanas, y hasta de la forma en que habían de observar sus reglas y renovar sus votos, tratando de emanciparlas de la obediencia debida á su Superiora. Tan extraordinario y tan excesivo nos parece todo esto en una Junta compuesta de respetables eclesiásticos y seglares, y relacionada estrechamente con el Prelado Diocesano, que se nos resiste á creer semejante extralimitación.

Debemos creer, por otra parte, que dos de las cinco Hermanas españolas fundadoras fueron reclamadas por el Sr Ximenez, de Barbastro, ya que por sus buenos oficios, y seguramente á sus expensas, habían aquéllas ido á Francia para hacer su Noviciado (pág. 518, nota). No todas, pues, saldrían de Barcelona por falta de acuerdo con la Junta.

(2) No es nuestra humilde opinión la que acabamos de formular en el texto, al llamar *honda cuestión* la del traje de nuestras Hermanas, sino la de los Prelados españoles, entre los cuales podemos citar las expresivas frases del Sr. Cardenal Primado, dirigidas en 1864 al Sumo Pontífice Pio IX, en dictamen acompañado de otros no menos favorables á las

ha visto en la Historia de sus Obras. Ocho años después de la muerte del Santo, ó sea en 1668, se impetró tal gracia del Papa Clemente IX, por mediación del Cardenal de Vendosmes, Legado *à latere* de Su Santidad en París; y por comisión de la Silla Apostólica, el referido Cardenal, por Breve de 8 de Junio de 1668, primero del Pontificado de Clemente IX, concedió la aprobación solicitada. En el Breve en cuestión se leen las siguientes significativas afirmaciones: «*La Comunidad ó Congregación de Hermanas llamadas de la Caridad, siervas de los pobres enfermos, Nos hicieron exponer hace poco tiempo, que después de haber sido fundadas por el venerable siervo de Dios Vicente de Paul, Superior general de la Congregación de la Misión, mientras vivía, habían, por inspiración de Dios, resuelto vivir en Comunidad, conservando, sin embargo, el vestido secular: (Habitu tamen sæculari retento), y consagrarse y aplicarse al servicio y alivio de los pobres.*» Dada la previsión admirable de San Vicente, y sobre todo su respeto profundísimo á los Obispos y aun á los Curas Párrocos, sin cuya previa bendición no permitía que diesen comienzo á las Misiones los Sacerdotes de su Compañía, es de presumir cuál hubiera sido su criterio en el caso referido.

Tal vez achacará alguno á demostración de independencia la adopción de un traje propio sin contar con la aquiescencia por lo menos del Superior general de París, á cuya obediencia y jurisdicción están sometidos los Hijos é Hijas de San Vicente. Mas esto sería olvidar el estado de perturbación de la Francia en aquel período, y la circunstancia decisiva de que no hubo Superior general por espacio de algunos años hasta que la Restauración (1) so-

---

Hermanas: «Haud enim parvi momenti est quæstio,—decía el Eminentísimo Purpurado;—agitur de perpetuitate haud de extinctione, de vita vel morte utilissimi et piissimi Instituti Filiarum Caritatis Hispanarum.» *No es esta una cuestión de poca monta: se trata de la conservación ó de la extinción, de la vida ó de la muerte del utilísimo y piadosísimo Instituto de las Hijas de la Caridad españolas.*

(1) Restaurada la Congregación en Francia, en 1817, trabajaron los franceses por constituir de nuevo en su país el generalato de ella. Carlos X consiguió, por fin, un Breve de León XII, de fecha 16 de Enero de 1827, nombrando Superior general al candidato propuesto por aquel monarca. Luis XIV, por su parte, había ya conseguido del Sumo Pontífice que las Comunidades religiosas de sus dominios fuesen declaradas independientes de los Superiores extranjeros, y sometidas tan sólo á la jurisdicción de Superiores franceses.

brevenida más tarde permitió retrotraer la cosas á su estado precedente. Durante ese interregno, cada Provincia de la Congregación se gobernó por Vicarios generales.

Es lo cierto que el traje y tocado de las Hermanas españolas se acomodó al fin en todas las Casas de España á las costumbres del país desde las primeras fundaciones, y que la Congregación ha mostrado siempre una gran repugnancia, y las Autoridades civiles y eclesiásticas han opuesto un tesón invencible á las innovaciones que se han querido imponer. Anticiparemos algunos antecedentes históricos para gobierno de los lectores. En tiempo de Fernando VII, por haberse observado la diferencia *del tocado* que había entre las Hermanas de cuatro Establecimientos de los diez y siete que ellas dirigían, y queriendo que hubiese uniformidad, dió el Monarca á una comisión el encargo de averiguar cuál era el verdadero traje de las Hijas de San Vicente.

Para proceder con acierto, dióse la comisión referida á estudiar las obras, monumentos y antecedentes históricos, relacionados con la cuestión desde la muerte del Santo Fundador.

Guióles no poco, para orientarse en sus investigaciones, una bella colección de láminas, alusivas á la vida de San Vicente y grabadas en Italia en 1723 con motivo de su beatificación, que como sabemos fué decretada en Agosto del propio año. En esa colección figuran varias Hermanas, y todas llevan el traje y tocado muy parecido al de las españolas. En la época en que funcionaba la ya citada comisión (1826) ninguna de las láminas donde se ven Hermanas rompía la uniformidad. En la colección actual, que suele verse en muchas casas de las Hijas de la Caridad, á las primitivas láminas se ha adicionado una más, la de *los Milagros*, publicada en Francia á los cienta siete años de las restantes, con motivo de la traslación de las reliquias de San Vicente verificada el 25 de Abril de 1830. En esa lámina se muestra á las Hermanas con el tocado francés vulgarmente denominado *corneta*. Otros grabados tuvieron ocasión de ver los comisionados, igualmente inspirados en las prácticas de las primitivas Hermanas, y en todos se veía claramente que el traje y tocado era análogo al adoptado desde un principio por las Hermanas españolas. Así por ejemplo, toca viste

la Hermana de la Caridad dibujada por el célebre grabador francés Poilly en la *Historia de las Órdenes monásticas*, publicada en París en 1721, ó sea sesenta y un años después de la muerte de San Vicente de Paul. Toca viste también, y traje á la española, otra Hermana en un grabado debido al artista Nilson, contemporáneo de Poilly; y del propio modo se la representaba en un cuadro, que por entonces poseían en el Seminario de Dax los PP. Jesuitas.

De todas estas y otras diligencias dedujeron los comisionados que el traje adoptado en Francia era una novedad, respecto de las otras naciones, donde continuaba el primitivo; novedad que por otra parte no se avenía con el espíritu nuestro país, ni había adquirido arraigo en los demás. Así lo hicieron saber al Rey, proponiendo se hiciera uniformar el traje de todas las Hijas de la Caridad en la Península con el adoptado en el Noviciado de Madrid. Coincidieron con el dictamen de la comisión las instancias hechas á S. M. por el Sr. Cardenal Inguanzo, Arzobipo de Toledo, y por el Sr. Allué, Patriarca de las Indias. Consecuencia de ello fué una Real orden, comunicada en 1.° de Enero de 1827 á todas las Hijas de la Caridad por el Visitador general D. Fortunato Feu, que decía textualmente:

«Muy amadas Hermanas y señoras mías:

«El Rey nuestro señor acaba de comunicarme ser su Real voluntad y beneplácito que yo, como prelado y superior de todas las Hijas de la Caridad de los reinos de España, disponga que todas, dejando la toca grande, vulgarmente llamada corneta, usen habitual y únicamente, tanto fuera de casa, como dentro de ella, la toquilla que acostumbrnn usar siempre que llevan el manto ó velo negro.

«Por tanto, deseando complacer, como es justo, á su Real Majestad en una cosa que, por otra parte, estoy bien convencido ser muy razonable, y digna de la aprobación de todas las personas de un recto juicio, ordeno y mando por la presente, que todas las hijas de la Caridad, desde el momento que se comunique á Vs. la presente, se quiten la toca grande llamada corneta, y se pongan habitualmente la mencionada toquilla, tanto para dentro como para fuera de casa, y en todo lance y ocasión...

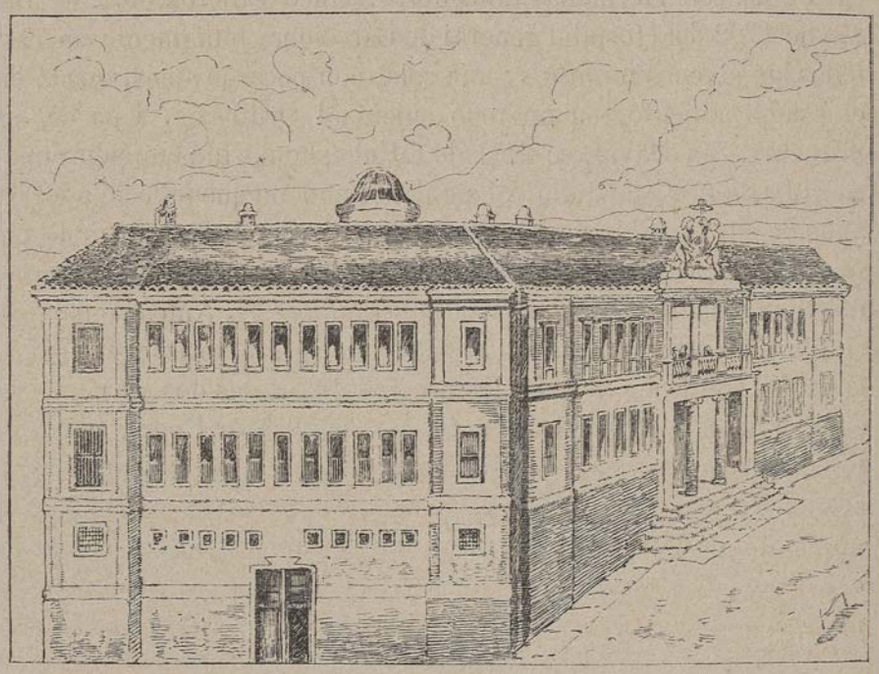
Basta lo dicho para informar bien á los lectores de que la innovación de traje en nuestras Hermanas reviste trascendental ím-

portancia. Si no fuesen suficientes los hechos consignados, para demostrarlo, no tardaremos á convencernos de ello al conocer otros sucesos, y el fallo que en definitiva hubo de pronunciar la Sede Apostólica para aquietar diferencias. Reanudemos ahora la historia de las fundaciones.

De las seis Hermanas fundadoras, cinco salieron el 22 de Junio de 1792 del Hospital general de Barcelona, juntamente con casi todas las jóvenes *toquillas;* una sola, con pocas jóvenes, quedó en el establecimiento, en un todo sujeta al Ordinario. Una de las primeras, Sor David, se trasladó á Reus, donde fué también Superiora hasta el 15 de Julio del siguiente año, en que falleció á los 69 años de edad y 43 de vocación. Otras dos, Sor Lecina y Sor Blanc fueron á encargarse del Hospital de Lérida, secundando las miras del Ilmo. Sr. Torres, Obispo de aquella diócesis. Antes de dar posesión á las Hermanas, se impetró la Real autorización, que se concedió con fecha 2 de Diciembre de 1792. A las dos religiosas ya citadas acompañaban Sor Rosa Grau, Sor María Puig y Sor Antonia Burgos, novicias que habían vestido el santo hábito en Barcelona. La Providencia quiso, pues, difundir por España el pequeño plantel de Barcelona para remedio de muchos males. Consuela ver cómo habían brotado las vocaciones en el corto espacio de unos meses.

Al propio tiempo que Lérida recibía á las primeras Hermanas, abríales también sus puertas muy gozosa la ciudad de Barbastro, donde echaron desde luego tan hondas raíces, que en breve fué su Casa-Colegio de allá como el plantel de las más notables fundaciones. El Sr. Ximenez, Canónigo de aquella Catedral, que tal vez fué el primero en España en promover el precioso Instituto de las Hijas de la Caridad, las protegió sobremanera, y les legó todos sus bienes. El Municipio de la propia ciudad les cedió de sus propios una gran casa, y merced á tan eficaces auxilios, prosperó grandemente la fundación. Hoy tienen hasta tres casas en la misma ciudad (el gran Colegio, el Hospital y el Amparo), todas perfectamente montadas, gozando por ello de mucha fama, y siendo objeto aquellos Establecimientos de muy grato recuerdo para las Hermanas que han servido en Barbastro. Del primero de ellos se encar-

garon cuatro Hermanas el 8 de Enero de 1792, sin que hayan dejado desde entonces de prestar allí sus caritativos servicios, enseñando á las niñas pobres y á las pensionistas. No contribuyó poco al desenvolvimiento de aquella fundación el celo del entonces Superior de la Casa Misión de la misma ciudad D. José Murillo.



ESPAÑA.—HOSPITAL DE DEMENTES DE TOLEDO,
fundado por el Cardenal Lorenzana, y á cargo de las Hijas de S. Vicente de Paul (1).

Siete años más tarde aparecieron en la Corte las primeras Hijas de San Vicente: seis de ellas, procedentes de Barbastro, tomaron posesión de la Inclusa ó Casa de Expósitos el 3 de Setiembre de 1800, y no pudiendo atender con tan corto número á todos los

(1) Púsose la primera piedra de este grandioso edificio en 26 de Mayo de 1790, y fué terminado en 1793. Ascendió su coste á más de 5 millones y medio de reales, y es todo de piedra de sillería. El mismo Eminentísimo Cardenal que lo edificó á sus expensas, erigió al bella Universidad Pontificia (hoy Instituto provincial) de Toledo), cuyos gastos no anduvieron zaga con los del Hospital de Dementes. La caridad y largueza de aquel señor Arzobispo eran tan grandes, que á los trabajadores de fuera de la ciudad les hacia retirarse con mucho tiempo de las obras, sin descontarles jornal, para que llegasen á buena hora á sus

servicios y á otras fundaciones, la misma Comunidad envió á Madrid hasta otras ocho Hermanas.

En 1805 salieron del propio plantel nuevas Hijas de S. Vicente, para encargarse de la Inclusa de Pamplona, fundada con verdadera esplendidez por el Ilmo. Sr. Uriz, Obispo de aquella Diócesis (1). Mas antes de enumerar las otras fundaciones de las provincias, hemos de volver nuevamente á ocuparnos de los progresos de la Congregación en Madrid, pues había entrado en su período de verdadero desenvolvimiento.

El admirable comportamiento de las Hijas de la Caridad, los servicios incomparables que prestaban ya en diversos Establecimientos de España, y el atractivo de sus grandes virtudes les habían captado la general estimación, y despertado en todas partes el deseo de ponerlas al frente de las casas de beneficencia. Entonces fué cuando el Monarca D. Carlos IV quiso robustecer tan excelente Instituto, dándole las preeminencias y la protección del Real Patronato. No olvidemos esta resolución, y las circunstancias de que fué acompañada, pues ayudan á formar juicio sobre sucesos posteriores de grande trascendencia para la Congregación. El primer acto del Rey fué ordenar el establecimiento de una Casa-

---

casas, y aun se les abonaban los días de fiesta. Por eso resultaron muy costosos ambos edificios para la época en que fueron hechos.

El nombre de *Nuncio*, con que todo el mundo designa en Toledo al citado Hospital de Dementes, se debe á la circunstancia de haber sido fundador de la primera casa ú Hospital de aquella ciudad, el Nuncio de Su Santidad D. Francisco Ortiz, en 1483. En la portada del actual hay grabado el siguiente elegante distico:

MENTIS INTEGRÆ SANATITATI PROCURANDÆ
ÆDES SAPIENTI CONSILIO CONSTITUTÆ. ANNO DOM.
MDCCXCIII.

El 20 de Agosto de 1877, tomaron posesión de este establecimiento provincial las Hijas de la Caridad, siendo Arzobispo de Toledo el Eminentísimo Cardenal Moreno, quien con mano pródiga contribuyó á los gastos de instalación de ellas, y mejoramiento del servicio de los enfermos. Desde entonces resplandecen el orden, la limpieza y la más esmerada asistencia en sus departamentos de ambos sexos, como acontece donde quiera que hay Hermanas de la Caridad.

(1) La Inclusa de Pamplona es uno de los más bellos modelos de Casa de beneficencia que posee España. Verdad es que lo mismo puede afirmarse de los demás establecimientos de aquella culta y bien administrada ciudad. Su Hospital y su Casa de Misericordia pudieran llamarse Palacios de la Caridad. Todos corren á cargo de nuestras dignísimas Hermanas españolas.

Noviciado en la Villa de Madrid para las Hijas de la Caridad. Merecen ser conocidas textualmente las palabras de la Real orden que lleva la fecha de 8 de Octubre de 1802.

«Hallándose el Rey sumamente penetrado de lo demasiado interesante que es en todos respectos el Instituto de las Hijas de la Caridad; y que no debe privar de tan útil, como necesario consueló y socorro, espiritual y temporal, á sus amados vasallos, y especialmente á los desvalidos y dolientes, á cuyo servicio están consagradas estas heroínas, ni dejar de aplicarlas en sus Estados, de una manera la más sólida y duradera, para que atendida su particular buena asistencia, su ejemplo y su buen órden, método y economía, en los piadosos establecimientos que la beneficencia de su glorioso y augusto Padre fundó, y ha fundado y funda con incesante desvelo la de S. M. misma, quede perpetuado en España un bien tan general, útil y necesario; quiere S. M., usando de su soberana autoridad, que se establezca en la Villa de Madrid un Noviciado de las Hijas de la Caridad.»

Como confirmación solemne de que la voluntad del Soberano era establecer una fundación española, y para el servicio de sus reinos, se decía en el Instrumento público extendido el año 1804 con motivo de la fundación del Real Noviciado:

«S. M. el Rey N. Sr. D. Carlos IV (Q. D. G.), inspirado del cielo á la mayor gloria y servicio de Dios nuestro Señor, bien y utilidad de estos sus reinos, resolvió fundar en esta su Corte y Villa de Madrid, un Noviciado de Hijas de la Caridad, siervas de los pobres, fundación de S. Vicente de Paul, donde se formasen é instruyesen, todas las que debían extender esta piadosa institución á otros pueblos de sus dominios, etc.»

En el mismo sentido fué redactada la escritura de fundación del propio Noviciado, extendida en 10 de Marzo de 1804. En ella figuran como testigos el Príncipe de la Paz y el Marqués de Montemar, como puede verse en el original, que se guarda en los Archivos del Ministerio de Gracia y Justicia, y en ella se lee lo siguiente, cuya importancia excusa los comentarios:

«Sea notorio á cuantos este Público Instrumento vieren, que desde mi exaltación al trono, ha sido uno de los objetos de mis paternales desvelos, por el bien y el alivio de mis vasallos, y de la parte más indigente de ellos, no sólo el fomento de las casas de beneficencia y caridad, establecidas en el tiempo de mis augustos predecesores, sino también la fundación de otras mu-

chas, para pública utilidad; y queriendo dar cada día mayor prueba del cuidado que me merecen tan importantes establecimientos, excitó entre otros mi soberana atención el Instituto de las Hijas de la Caridad, siervas de los pobres, en cuyo servicio están obligadas por los estatutos ó constituciones de su fundación, y de que carecen estos mis reinos; y deseando que en ellos se establezca tan piadoso, útil y santo Instituto, resolví establecer y fundar en Madrid una Casa-Noviciado ó Seminario de las Hijas de la Caridad, donde se formen las que en lo sucesivo puedan extender su Instituto y el ejercicio de él á todos mis dominios.» (1)

ESPAÑA.—GRANDIOSO HOSPITAL DE SANTIAGO DE GALICIA,
á cargo de nuestras Hijas de la Caridad.

No deja de ser también digno de cuenta, para demostrar el origen del referido Noviciado, el nombramiento solemne y oficial

(1) Para ayudar á los gastos que habia de ocasionar el sostenimiento del Noviciado de las Hijas de la Caridad, se le concedió por el Estado la asignación de 60.000 reales anuales, dotación que más tarde fué ratificada por Real orden de 15 de Julio de 1840.

Como serán muchos, probablemente, los lectores que ignorarán cuáles son las condiciones exigidas á las jóvenes que solicitan ser admitidas en el Noviciado de las Hijas de San

de la Superiora, á que se alude en esta otra parte del mismo documento:

«Confiando en el talento, celo y piedad, de la Condesa de Torre Palma y Trullás, la dí las más amplias facultades y las órdenes oportunas... en su cumplimiento, la Condesa trató y acordó lo conveniente con el Padre D. Felipe Subías, Visitador de los PP. de la Misión, y á quien las Hijas de la Caridad reconocen por su Superior. Este, en su consecuencia, me propuso para Superiora Generala de las Hijas de la Caridad en el Noviciado que había de establecer en Madrid como se hallaba en París, á Sor Manuela Lecina, cuya prudencia y celo me merecían particular aprecio.»

Pero donde más explícitamente se establecen los verdaderos móviles del Rey de España, al fundar la Casa-Noviciado de las

---

Vicente en España, las consignamos á continuación, para cabal conocimiento de ese benéfico Instituto, tal cual las enumera el Sr. Sanz en su citado *Compendio de la Historia de San Vicente:*

1.° Una vocación legítima y perfecta.

2.° Deben ser virtuosas, ejemplares y de buenas y experimentadas costumbres.

3.° Deben proceder de familias honradas y de linaje que no tenga mancha ni borrón alguno.

4.° Que sean de buena estatura.

5.° Que tengan vista aguda y perspicaz.

6.° Que tengan buena salud y robustez, sin ningún achaque corporal.

7.° Que sean dotadas de una inteligencia suficiente y capaz, para ser formadas aptas é idóneas para los diferentes empleos que después han de ejercer.

8.° Que sepan leer con toda perfección y un poco de escribir; pero que den esperanzas de mejorar con el tiempo en esto último. Sobre el *leer*, serán rigurosa y especialmente examinadas, y excluídas las que no lo hagan con soltura.

9.° Que su edad sea de diez y séis años, por lo menos, y que no pasen de los veintiséis.

10. Que tengan amor al trabajo y afición á los ejercicios de piedad y de toda virtud.

11. Que no hayan servido de criadas, especialmente en la clase ínfima.

12. Que sepan algunas de las labores propias de su sexo.

13. Todas las pretendientas traerán, además, la fe de bautismo y de confirmación.

Por lo que pertenece á lo temporal, deberán traer las pretendientas seis camisas, seis enaguas, seis pañuelos de hilo, seis pares de medias, cuatro pares de bolsillos, una mantilla negra, dos vestidos negros de anascote, seis pañuelos blancos enteros para el cuello, tres pares de zapatos nuevos y un corsé regular, y en dinero quinientos cuarenta reales vellón, para todo lo que incluye el primer hábito.

A la postulanta que reune todas estas cualidades, se la destina á uno de los establecimientos de beneficencia, para que pruebe su vocación y mida sus fuerzas con las graves y pesadas obligaciones que va á contraer; hecha esta prueba por el tiempo que se estima necesario, es admitida en clase de novicia en la Casa matriz de la Congregación, situada en la calle de Jesús.

Hijas de San Vicente, es al señalarles inmediato Superior, y al fijar las condiciones á que habían de someterse las fundaciones ulteriores. Acerca del primer extremo dispone terminantemente el art. 3.° de la fundación lo siguiente: «Aun cuando las Hijas de la Caridad en España no tengan ni reconozcan otro Superior, que al Visitador General de los PP. de la Misión de España, sin embargo; *quiero y es mi Real voluntad, que esta casa del Noviciado quede en la dependencia del Arzobispo de Toledo.*» (1) Tocante al segundo punto se expresa así el artículo 22:

«Si alguna ciudad ó villa de estos mis reinos, quiere se establezca y funde en ella la Congregación de las Hijas de la Caridad, para poner á su cuidado alguno de los objetos de su Instituto; deberá solicitar ante todas cosas mi Real Permiso, explicando el objeto á que quisieren destinarlas, y obtenido, se dirigirán con él, al *Padre Visitador General de la Misión, á fin de que de acuerdo con la Superiora Generala, residente en este mi Noviciado*, formalicen la contrata correspondiente.»

Si grande fué el interés de Carlos IV en fomentar y amparar en sus estados la Congregación de las Hermanas de la Caridad, no le fué en zaga su sucesor D. Fernando VII, quien no contento con haber confirmado cuanto en favor de ella había ordenado su Augusto Padre, gestionó, por medio del Embajador D. Antonio Vargas, la confirmación Pontificia de las reglas observadas por aquéllas. Y en efecto; Pío VII, de santa memoria, expidió con tal objeto el Breve «*Cunctis ubique sit notum*» de 27 de Noviembre de 1818, en el cual se registran las siguientes disposiciones: «Decretamos y mandamos que en el Noviciado de Madrid, y en todas las demás Casas de la Congregación de las Hijas de la Caridad existentes en cualquiera lugar del dominio del Católico Rey, todas y cada una, ahora y en lo sucesivo, perpetuamente observen solamente aquella

(1) Las circunstancias en que este y otros análogos documentos referentes á la Congregación fueron expedidos, atenúan bastante el sabor regalista que los informa. En el fondo se trasparentan siempre dos tendencias: la de robustecer con la protección oficial el benéfico Instituto de las Hermanas, y la de ponerlas á cubierto de exigencias extrañas Esto último se explica bien, dadas las condiciones en que se encontraba nuestro pais con respecto á Francia.

regla que San Vicente de Paul, fundador, instituyó, y la que en los reinos de España se ha observado hasta nuestros días (1).»

A ese Breve Pontificio había precedido la Bula *Posteaquam* de 23 de Junio del propio año, también á instancias del Rey de España, y mediante la cual sancionaba la Santa Sede lo que respecto á la dependencia inmediata de las Hermanas para con el Visitador de la Congregaeión en la Península había ya dispuesto S. M. Así se afirmaba más tarde en la Real Cédula del mismo D. Fernando VII, dada en Burgos á 6 de Julio de 1828, autorizando el Establecimiento de un Noviciado para los PP. Paúles: en ella se leen las siguientes palabras: «Resolví que todas las Hermanas establecidas en estos mis reinos se gobernasen por sus primitivas y verdaderas reglas, y quedasen sujetas al Visitador de la Congregación de la Misión; y S. S. condescendiendo con mis deseos, aprobó ambos extremos por sus Bulas expedidas en 23 de Junio y 27 de Noviembre de 1818, á las cuales se dió el correspondiente pase por el mi Consejo... (2).»

Poco tiempo antes de la promulgación de esa Real Cédula, había ya dado el mismo Rey D. Fernando otra prueba de la solicitud que le merecían las Hijas de San Vicente, uniformando en todos sus dominios el traje de aquéllas (3), cual tuvimos ocasión de hacer constar antes de ahora. Tan decidida protección por parte de los Monarcas españoles en favor del Instituto, así en lo espiritual como en lo temporal, acabaron de atraer sobre las Hermanas generales simpatías. Esa misma proteccion es tambien la medida del predicamento de que gozaba un Instituto por tantos títulos admirable. Verdad es que esos ángeles de caridad han sido siempre perfectas imitadoras de su insigne Fundador, pues allí donde han sentado sus plantas, han sido la providencia de los desvalidos y enfermos: verdad es que su heroísmo en los días de prueba ha conmovido los

---

(1) Este Breve obtuvo el Pase regio con fecha 8 de Enero de 1819.

(2) Se entiende desde luego que estas Bulas Pontificias no rompen, sino que presuponen la unidad de dependencia de la Provincia de España, como de las demás, para con el Superior general.

(3) Véase el decreto de la pág. 524.

corazones más fríos, y arrancado alabanzas de los hombres más indiferentes.

Así se comprende el interés siempre creciente, la solicitud afectuosa de que fueron objeto por parte de toda clase de Gobiernos, aun de los más exaltados, en nuestra patria. Los mismos tristes sucesos de 1835 pasaron sin dejar consecuencias en el noble Instituto de las Hijas de la Caridad, pues por entonces se ratificaba oficialmente la existencia del Noviciado y la dotación de 60.000 rs., que venía disfrutando desde su Real fundación.

Más generosa, si cabe, se mostró todavía con las Hermanas Doña Isabel II, durante todo su reinado, no sólo proporcionándoles nuevo y más holgado edificio para su Noviciado de Madrid, sino favoreciendo con eficacia la erección de otro de nueva planta, por haberse tropezado con dificultades para ocupar el primero. Muchos fueron, además, los Reales Decretos expedidos en el mismo reinado, para la conservación y engrandecimiento del Instituto y de los Establecimientos y Casas de Beneficencia confiados á la caritativa solicitud de las Hermanas.

Contando con tan decidida protección oficial desde un principio, y solicitadas de todos los puntos de la Península y de sus posesiones, fueron las Hijas de la Caridad difundiéndose por las diferentes provincias del reino en los Hospitales, Inclusas, Casas de Misericordia, Manicomios, Colegios, Hospicios, etc., con general contentamiento. Mallorca, Valencia, Canarias, Tortosa, Badajoz, Játiva, Valladolid, Vitoria... vieron sucesivamente llegar á sus establecimientos benéficos á esas mujeres incomparables. ¡Cuán preciosa y edificante historia podríamos escribir con sólo trasladar á estas páginas una parte de las maravillas que ha obrado la caridad de las Hijas de San Vicente en nuestra patria! ¡Ojalá que su extraordinaria humildad nos permitiese descorrer el tupido velo con que encubren su abnegación y sus sacrificios! Sabemos que su anhelo es vivir ignoradas, y ofrecer á Dios el heroísmo de sus acciones en el silencio de las mansiones del dolor; mas con todo, los esfuerzos de su modestia no podrán evitar que el mundo proclame sus virtudes en la hora de las grandes pruebas y de las grandes calamidades públicas. Por nuestra parte, nos contentaremos con

trasladar á estas páginas las que el respetable Sr. Sanz, un día Visitador general de la Congregación en España, les dedica en su ya citada obra (1) publicada en 1849. Ellas nos explican el desarrollo tan consolador del bendecido Instituto en nuestra patria, y los beneficios que ya en aquella época debía el pueblo español á las Hermanas de la Caridad.

He aquí cómo se explica aquel distinguido Misionero:

«Las Hijas de San Vicente acogidas en España, cuando una mano impía y destructora las lanzaba cruelmente de los establecimientos de la Francia, ya desde los primeros días de su fundación en este reino católico dieron pruebas constantes y luminosas de aquella noble virtud que las da el nombre, y es el distintivo de su estado. Barcelona y Lérida que fueron las primeras ciudades de nuestra Península que tuvieron la dicha de poseer á las Hijas de San Vicente, presenciaron los prodigios que obró el celo de estas insignes bienhechoras de la Humanidad en los establecimientos confiados á sus cuidados. Su economía en la administración de los intereses de los pobres, su constancia en prestarles todos los servicios que inspira la caridad más tierna y más solícita, la amabilidad de su trato y todo aquel hermoso conjunto de virtudes humanitarias que forman la divisa de su vocación, llevadas de voz en voz por las principales ciudades del reino, las obligaron á confiarlas sus principales establecimientos de beneficencia, y á elevarlas á la altura del general aprecio que gozan en el dia.»

«Nos sería fácil citar mil hechos de una caridad heróica que demuestran ostensiblemente que las Hijas de Vicente, fundadas en nuestro patrio suelo, conservan todo el espíritu de misericordia que las legó este padre común de los pobres; mas esta narración nos haría interminables: lo sabe toda la España, y viven todavía las obradoras de tantos prodigios; su modestia angelical y su humildad profunda no nos han permitido dar á luz las ventajas de su sublime Institución, sino bajo la palabra que las hemos dado de no descorrer el velo que encubre el heroísmo de sus acciones; la cum-

(1) Pags. 112 á 119.

pliremos con religiosidad, contentándonos con indicar lo que se nos ha permitido decir.»

ESPAÑA.—GRAN CASA DE BENEFICENCIA DE VALENCIA,
dirigida por nuestras Hermanas de la Caridad.

«La ciudad de Tortosa en 1821 fué acometida de una epidemia que en pocos días cubrió de luto á casi todas sus familias y las redujo á una extrema desolación. ¿Qué hicieron en estos días de estrago y de muerte las Hijas de Vicente? A pesar de no ser en los principios del contagio más de cuatro, tomaron á su cargo el cuidado de los hospitales, y no contentas de servir con sus propias manos á los que, invadidos de la fiebre amarilla buscaban en ellos el consuelo y la vida, se encargaron además de la asistencia de los conventos de las religiosas, en donde el mal había penetrado más, y hacía mayores estragos. En solo un convento murieron ocho religiosas; las pocas que sobrevivieron publicaban con las lágrimas en los ojos que debían la vida á los cuidados de la Hija de la Cari-

dad que las había asistido. Pero muy luego esta salvadora de las otras es invadida de la misma enfermedad, y si se salva por una especie de prodigio, una de sus dignas compañeras muere en el glorioso ejercicio de su caritativo ministerio.»

«Luego que la infausta noticia de la muerte de esta *mártir de la caridad* llega á sus compañeras de Valencia, cuando cuatro de ellas, llevadas de las alas de su caridad, vuelan ya al socorro de las otras tres que quedaban al frente del contagio. Este socorro no bastaba ya, en razón del incremento extraordinario que había tomado la enfermedad y del fallecimiento de otra Hija de la Caridad que terminó su gloriosa carrera víctima de su celo, por lo que fué preciso que otras cuatro Hermanas de la misma ciudad de Valencia fuesen á participar de los trabajos y de los peligros de sus dignas compañeras. Con la llegada de estas cuatro Hermanas la ciudad comenzó á respirar, los enfermos estuvieron mejor asistidos, y muchos se libraron de la muerte, porque las Hijas de la Caridad les alargaron su mano benéfica y consoladora. El mal desapareció; pero el celo de las Hermanas, no satisfecho aún con los esfuerzos de caridad y de misericordia que habían hecho en favor de tantos desgraciados, duplicó sus servicios en beneficio de una multitud de huérfanos que habían quedado en el mayor abandono. Si la peste los privó de sus padres, el Cielo les deparó unas madres según la gracia, en quienes hallaron todo el amor y los más tiernos servicios de las madres según la naturaleza.»

«Vengamos ya á aquellos días aciagos en que el azote común del *cólera morbo* diezmaba nuestra población. ¿Quién no sabe los generosos y costosos sacrificios que hicieron las Hijas de la Caridad en estos días de exterminio? Las ciudades de Badajoz, de Valencia, de Játiva, de Valladolid, de Vitoria, de Pamplona, la misma capital del reino, son testigos vivos é irrecusables del celo y caridad evangélica desplegada por las Hijas de la Caridad en los años 1833 y 34, cuando el *cólera* asolaba nuestra Península. Todo el mundo vió con asombro á estas angelicales Hermanas volar gustosas á donde el contagio hacía mayores estragos y el peligro era más inminente: prestar á los enfermos los servicios más expuestos y más repugnantes á la naturaleza, y olvidadas de la delicadeza de su sexo

y de los horrores de la muerte que de continuo las rodeaban, pasar los días y las noches enteras á la cabecera de los invadidos del contagio, y hacer con ellos todos aquéllos tiernos y caritativos oficios, que sólo la religión puede inspirar á los que reglan sus acciones por sus divinos principios, y saben que la mayor caridad es dar la vida en beneficio de sus hermanos. Se conoció entonces prácticamente que el servicio que prestan á la Humanidad las personas animadas del espíritu de la religión y consagradas por *estado* al alivio de los desgraciados, no es posible reemplazarlo con el servicio de enfermeros mercenarios, dedicados á las obras hospitalarias por el lucro que les produce su ministerio: que el oro ni el amor de la gloria jamás podrán formar una Hija de la Caridad: que ésta sólo la forma un principio superior á los sentimientos de la naturaleza, un principio religioso, sólo capaz de inspirar los costosos sacrificios inseparables de su santa vocación, y aquella caridad noble, generosa, desinteresada y celestial que es el alma y la divisa de su Instituto.»

«A los interesantes servicios que las Hijas de la Caridad prestaron á nuestra patria en tiempo del *cólera morbo*, añadamos los que hicieron al ejército en la última guerra civil (1). Pudiéramos citar mil ejemplos admirables de caridad, de compasión, de ternura, de valor cristiano de las Hijas de la Caridad en favor de nuestros soldados heridos. Los hospitales militares de Vitoria, de Pamplona, los establecidos provisionalmente enmedio de los dos ejércitos beligerantes, presenciaron una y mil veces el heroísmo de las venerables Hermanas de la Caridad, que, no teniendo más opinión que la de favorecer á sus prójimos y aliviarlos en sus desgracias, se consagraron al servicio del legionario francés é inglés, igualmente que al del español su hermano. Mil valientes que en el día se hallan al frente de nuestro ejército, deben la conservación de sus días al celo infatigable, á la paciencia angelical de estas ilustres *protectoras de la Humanidad*: así es que no hay soldado español para quien el solo título de Hija de la Caridad no sea un objeto de profunda veneración. Lo repetimos con dolor, que se nos ha pro-

(1) La de 1835.

hibido el citar hechos de virtud y de caridad heróica, por los que podría venirse en conocimiento de las Hermanas españolas que los practicaron y que viven todavía; su humildad y modestia nos lo han vedado: obedeceremos. Pero nos será lícito al menos el citar uno, que, aunque sucedido en tierra extranjera, podrá de él inferirse cuánto hicieron las Hijas de la Caridad en nuestro patrio suelo.»

«Un jefe de escuadrón, herido mortalmente fué conducido á un hospital militar confiado al cuidado de las Hijas de la Caridad; los médicos, después de haberse ocupado muchos días inútilmente en su curación, desesperaron de su salud y de su vida. Una Hermana de la Caridad, movida á compasión de este joven, concibió la idea de tentar si ella sería más feliz con él de lo que lo habían sido los médicos. Toma á su cargo su asistencia, pasa junto á él los días y las noches, le prodiga todos los socorros que le sugiere la humanidad; en fin, después de diez días de cuidados no interrumpidos, el enfermo da algunas esperanzas de vida. La Hermana, aunque abrumada bajo el peso de sus fatigas, siente reanimarse y renacer todas sus fuerzas; redobla sus cuidados, su atención, su celo; invoca la Providencia, y la ruega ardientemente que perfeccione la obra comenzada y restituya la salud á aquel defensor de la patria. Sus deseos se cumplen, y esta Hermana tuvo la dulce satisfacción de ver á este valiente volver á sus banderas, que creía haber perdido para siempre.»

«La conservación de este oficial fué tan ventajosa á la patria, que en atención al valor con que se distinguió en algunos hechos de armas, y á sus conocimientos militares, lo honró con el grado de mariscal de campo. La gratitud siempre ha sido la virtud de los corazones generosos. Nuestro valiente mariscal, apenas se vió libre de los cuidados de la campaña, reconoció la obligación de ir á cumplir con la deuda sagrada del agradecimiento. Se presenta en el Hospital y pregunta por la Hermana que le había milagrosamente salvado la vida: *¿Donde está*—decía gritando—*donde está esa buena Hermana? Mi madre, mi salvadora, mi libertadora!* Apenas la descubre se arroja á sus pies, besa sus manos, las baña con sus lágrimas. La respetable Hermana, no conociéndole al principio, quedó asombrada, y creyó que el Mariscal se burlaba de ella;

ESPAÑA.—IGLESIA DE LA CASA DE BENEFICENCIA DE VALENCIA.

pero no tardó mucho en conocerle. Confusa de lo que la pasaba, quiere retirarse y evitar de este modo tantas demostraciones de gratitud á los servicios que le había prestado; pero en vano, porque el Mariscal, en un tono el más respetuoso y conmovido, le dice: «Venerable Hermana, ¿qué es lo que yo puedo hacer en el día por vos? Vos sabéis que os debo la existencia: toda mi fortuna es vuestra... Hablad, ¿qué queréis?» «Nada, señor; yo no he hecho más que cumplir con mi deber; servir y socorrer á los desgraciados, esta es la obligación esencial de mi estado; por lo demás, dad las gracias á Dios, que es el autor de todo bien.» «¡Pues qué! ¿os negaréis á recibir el tributo de mi gratitud?... ¿No os molestéis, señor, y os suplico que os levantéis de mis pies...» «¿Qué decís, Hermana mía, yo me tengo por muy honrado doblando mis rodillas y encorvando mi frente delante de vos; ¡ah! ¿y de qué sirven los títulos y las dignidades de este mundo delante de vuestro sublime ministerio? Yo sé que no puedo ofreceros una recompensa proporcionada á vuestros servicios; pero al menos permitidme consagrar el recuerdo de mi entrada en este hospital: aquí tenéis treinta mil reales: haced de ellos el uso que mejor os parezca en favor de los pobres enfermos.» Dicho esto, se despide de la Hermana con los ojos todavía bañados en lágrimas, y publicando por todas partes el celo desinteresado y la heróica caridad de su libertadora.»

Poco trabajo nos costaría enlazar esa breve apología del P. Sanz con las narraciones laudatorias de cien otros autores, y con sucesos posteriores, de que han ido haciéndose eco los periódicos y revistas de todos los matices. ¿Quién, por ejemplo, echará en olvido la abnegación de las Hermanas en la más reciente guerra civil y en las epidemias de 1885? ¿Quién no las bendice al recordar su heroísmo en Aranjuez, en Murcia, en Valencia y en cien otras poblaciones, enmedio de los estragos del cólera de 1885? Mas no nos distraigamos ya de nuestro principal propósito, y sigamos en su desenvolvimiento á la Congregación. Al efecto retrotraigamos la narración al suceso capital en que hubimos de cortarla, para dejar bien sentado un hecho fundamental: el de que la referida Congregación de las Hijas de San Vicente es de Real Patronato, con la anuencia explícita de la Santa Sede.

De las primeras fundaciones realizadas por ellas fué la del Hospital de Palma de Mallorca, en las islas Baleares. Varias Hijas de la Caridad habían aportado allá en 1812, con motivo de la invasión de los franceses, buscando sin duda la protección de los Sacerdotes Misioneros que desde 1736 trabajaban ya con tanto celo en aquel país, ó solicitadas tal vez por los mismos naturales de la ciudad. Lanzados de España los franceses, se quedaron en Mallorca dos de ellas, y las demás pasaron á Valencia en 1817, de orden de sus superiores, para encargarse del Hospital general é Inclusa de dicha ciudad (1). Las dos religiosas que permanecieron en Palma, naturales de la propia isla de Mallorca, fueron fundadoras de un Noviciado, que prosperó hasta el punto de contar hoy con quince fundaciones, doce de ellas unidas con la Casa-Madre de la Corte y tres sujetas directamente al Sr. Obispo, como lo estuvo desde un principio el mismo Noviciado de Palma. Todas se llamaron Hijas de San Vicente. En 1879, el respetable y celoso Superior de los Misioneros de Mallorca, P. D. Antonio Bayó, vencidos todos los obstáculos, consiguió establecer allí definitivamente á las verdaderas Hermanas, tomando posesión primeramente del Hospital general en el propio año, y del que cuidan 20 de ellas; después se les encomendó la Casa de Misericordia, donde hay 17 Hermanas, y últimamente se hicieron cargo de la Maternidad é Inclusa con aplauso general; pues allí como en todas partes admiran por su solicitud para con los pobres y por sus grandes virtudes. Poco tiempo después, en 1829, pasaron algunas Hermanas á las islas Canarias, en cuya capital se les fueron sucesivamente encomendando el Hospital, el Hospicio, un Colegio y una Escuela pública gratuíta. Hoy prestan sus servicios tanto en Las Palmas como en Santa Cruz de Tenerife.

---

(1) Actualmente hay ocupadas, sólo en el grandioso Hospital Provincial de Valencia, unas 60 Hermanas; y tanto en ese Establecimiento, que es de lo más notable de España, como en los otros *seis* dirigidos por ellas (*a*), resplandecen el orden, la pulcritud y la economía más perfectas, siendo la admiración de cuantos los visitan.

(*a*) Casa de Beneficencia, Asilo de Párvulos, Asilo de San Juan Bautista, ídem de Niñas, ídem de San Eugenio, Casa de Dementes, Colegio de San Vicente Ferrer.

El desarrollo de la Congregación desde esa época fué extraordinario. Las fundaciones se fueron rápidamente sucediendo, y aumentando á la vez las vocaciones de las jóvenes para ingresar en el Noviciado de Madrid. Al llegar los infaustos sucesos de 1835, las Hijas de San Vicente no sufrieron más quebranto que el ver salir expatriados á gran parte de los Sacerdotes de la Misión, que eran sus guías y directores. Sólo en alguno que otro punto tuvieron el consuelo de continuar bajo sus inspiraciones y consejos, merced al valor de algunos Misioneros que, con peligro de su vida, no vacilaron en afrontar la borrasca y permanecieron en España.

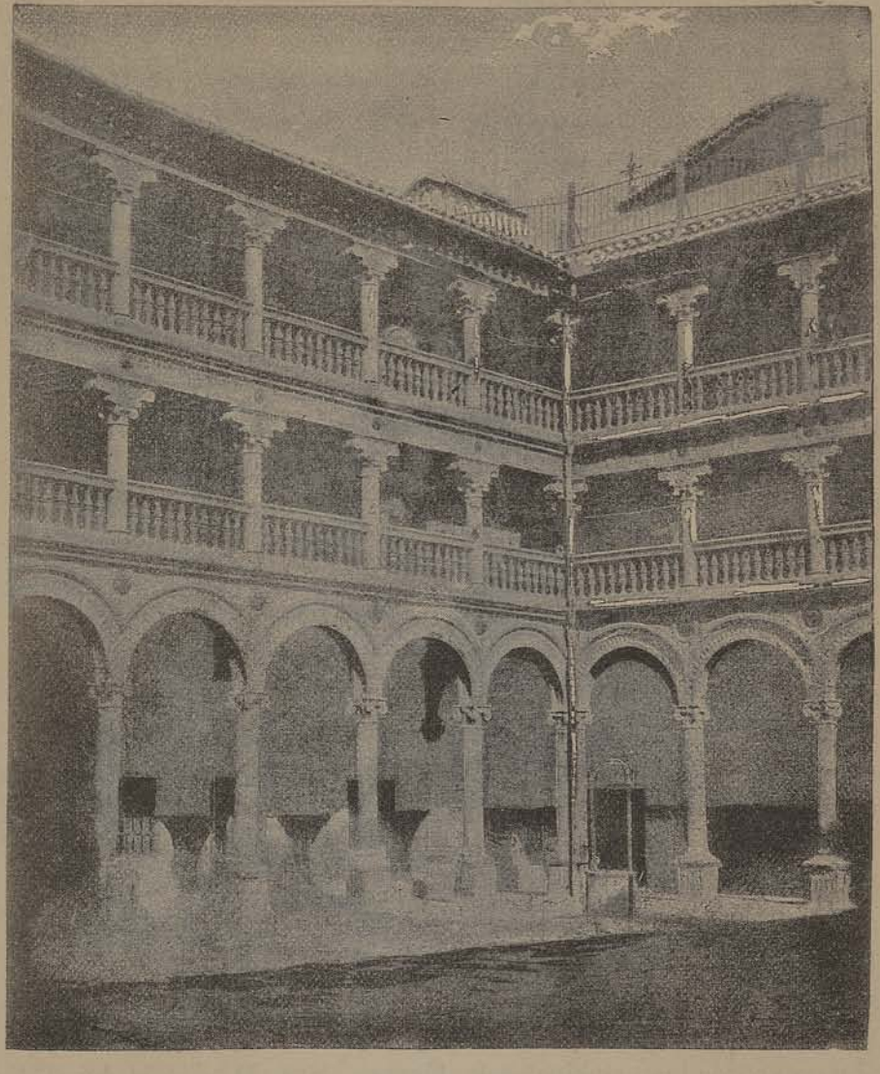
Por entonces se realizó otra muy importante fundación. La de la Cuna de Sevilla. A ella se refiere la última de las siguientes inscripciones, que han sido copiadas de unas lápidas del propio Establecimiento:

«En el año de 1558 (1) se fundó la Casa de Expósitos de Sevilla por el Illmo. y Rmo. Sr. D. Fernando Valdés, Arzobispo de esta Diócesis: y en 17 de Julio de 1660 se verificó su traslación al local que actualmente ocupa.»

«El día 8 de Abril de 1838 se verificó la instalación de la Sociedad de Señoras protectora y conservadora de los Niños Expósitos de esta ciudad de Sevilla por el Sr. Jefe Superior político de esta Provincia, D. Serafín Estévanez Calderón y tres respectivas Comisiones de la Excma. Diputación Provincial, Excmo. Ayuntamiento de esta Capital y Junta Superior de Beneficencia. Fué elegida por su primera Presidenta la Excelentísima Sra. Condesa de Clonard. Y su Instituto fué aprobado por S. M. en 21 de Marzo de 1839.»

«El día 13 de Octubre de 1838 llegaron á esta Casa de Ex-

(1) En 1638 fundó la primera de las suyas el insigne San Vicente de Paul, en París. Como se ve, nuestra muy amada patria, que á no dudarlo fué la suya, inspiró probablemente al gran Santo la idea de esos benéficos establecimientos.



ESPAÑA.—TOLEDO.—PATIO DEL HOSPICIO Ó CASA DE BENEFICENCIA,
DIRIGIDA POR NUESTRAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

pósitos las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul, fundadoras de la primera Congregación de su Instituto, establecida en esta ciudad de Sevilla. Fueron traídas del Noviciado de la Corte por la Sociedad de Señoras protectora de este Establecimiento, de cuyo gobierno interior se encargaron en el mismo día bajo la dirección de la Superiora Sor Francisca Ustarroz.»

Traspasaríamos los límites de nuestro cometido, si una por una fuésemos consignando cada una de las sucesivas fundaciones á que acudió el fecundo y brillante Noviciado de las Hermanas españolas, en buen hora establecido en Madrid. Fuerza es, sin embargo, detenernos algún tanto en las de Ultramar y Méjico, no sólo por su importancia excepcional, sino por lo mucho que han honrado también á las Hijas de San Vicente.

La fama de sus admirables servicios traspasó los mares, y llegó á la capital de Méjico, antiguo floron de la corona de España. Varias fueron las personas que comenzaron á gestionar con instancias vivas el establecimiento en aquel país de nuestras Hermanas, figurando en primer término el Sr. Arzobispo de la Diócesis. Distinguiéronse entre otras, por su solicitud en procurar tal resultado la Sra. Condesa de la Cortina, y D.ª Faustina y D.ª Julia de Fagoaga, sirviendo de intermediario ó apoderado de ellas el Sr. D. Bonifacio Fernández de Córdoba, quien hizo llegar al entonces Director general de las Hijas de la Caridad en España, Sr. Roca, los deseos de las Autoridades y de los particulares de aquella Metrópoli. En carta fecha 16 de Agosto de 1843 decía dicho Sr. Fernández: «A V. le constan las repetidas gestiones que por diversas personas se han hecho, tiempo ha, para conseguir el establecimiento de las Hermanas de la Caridad en Méjico. Estas gestiones se han renovado ahora por las mismas personas celosas y caritativas de aquella ciudad, siendo una de las principales la Excma. Sra. D.ª María Ana Gómez de la Cortina, condesa de este título, la cual, en sus cartas de 25 de Mayo y 23 de Junio últimos, me dice que ya tiene el permiso de su gobierno y del Sr. Arzobispo de aquella Metropolitana, para fundar el establecimiento: que desean sean españolas las Hermanas que hayan de ir, y me encarga ponga yo en acción todos los medios

que estén á mi alcance para conseguirlo, pues con mi aviso se facilitarán al momento los recursos necesarios para el embarque y demas gastos.»

«Me dirijo, pues, á usted, para que con su infatigable celo en beneficio de la Humanidad, y los medios de socorrerla, se sirva proporcionar el envío á aquella capital de diez Hermanas, que es lo que se solicita, acompañadas de su director espiritual, á fin de que puedan formar allí una Casa-Noviciado, que sirva de matriz para las demás que puedan establecerse en las provincias de la República Mexicana, donde es tan necesaria como deseada esta piadosa Institución.»

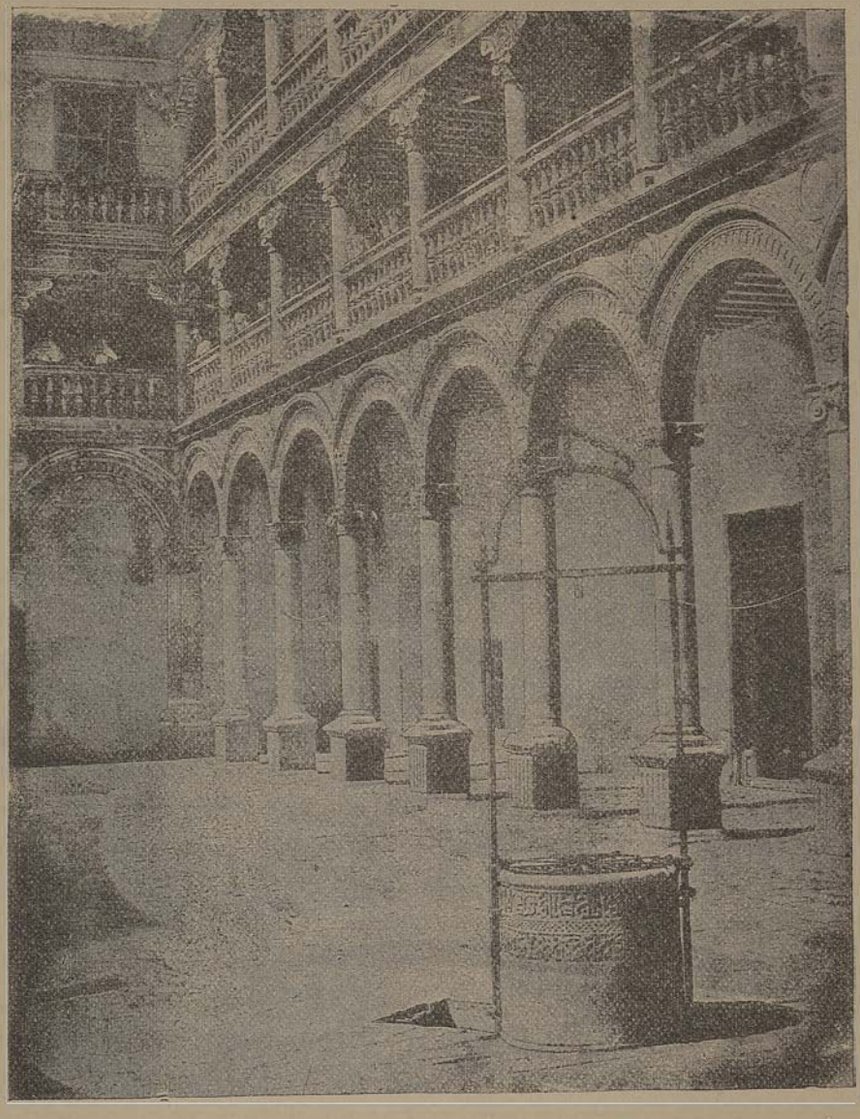
Impetróse al efecto el Real permiso, y con fecha 31 de Agosto de 1843 decía lo siguiente al Director de la Congregación en España el Sr. Ministro de la Gobernación: «S. M., altamente interesada en la felicidad de sus antiguos súbditos, aprueba su pensamiento, tan ventajoso á la Humanidad, de enviar Hermanas españolas á Méjico, y le autoriza competentemente para que tome las medidas que en su prudencia estime oportunas.» En 6 de Marzo del siguiente año fueron asimismo aprobadas por otra Real Orden las bases de la Escritura de fundación, que se había extendido y firmado en Noviembre anterior. En aquel documento se disponía que *las Hijas de la Caridad vistiesen conforme á los usos y costumbres de su Congregación en España, sin que jamás se las pudiese obligar á vestir otro hábito que el suyo propio, ni á variarlo en el color ni en las hechuras.*

El 11 de setiembre de 1844 zarpaba del puerto de Cádiz con rumbo á Méjico la fragata española *Isis*, desde la cual enviaban el adiós de despedida á su patria *diez Hijas de la Caridad.* eran las primeras que salían para tan apartada región. Acompañábalas en calidad de Director el P. Armengol, y como Sub-director el P. D. Ramón Sanz, ambos ilustres hijos de San Vicente. El primero era el que había sacado de España, y puesto á salvo á los Misioneros jóvenes en los días de tristes recuerdos para las Comunidades religiosas. Habiéndose trasladado á la América del Norte por causa de tales sucesos, trabajó en aquellas comarcas con incansable celo, hasta que por invitación del Sr. Roca regresó á

España, y recibió el encargo de pasar á Méjico para dirigir á las Hermanas. Del Sr. Sanz hemos ya hecho mención en otra parte. La Superiora de aquellas heroicas Hijas de San Vicente era Sor Agustina Inza, natural de Pamplona. Después de una feliz travesía, desembarcaron en Veracruz el 4 de Noviembre, y entraron en Méjico el 15 del mismo mes, siendo recibidas con verdadero entusiasmo, y como enviadas de la Providencia. Autoridades y pueblo, nobles y plebeyos, todo el mundo contribuyó á solemnizar la llegada de las Hijas de la Caridad españolas, que además de hablar la misma lengua que ellos, venían de la que había sido un día Metrópoli de Méjico, y portadora de la civilización cristiana al Nuevo Mundo.

El atractivo de sus virtudes, y el ejemplo de sus obras admirables, hizo que, apenas instalada la Casa-Noviciado, acudiesen gran número de jóvenes mejicanas, solicitando el ingreso en la Congregación. Fué la primera de ellas una de las señoras fundadoras, D.ª Julia de Fagoaga, quien vino á llenar el vacío de una de las Hermanas españolas, que murió diez y nueve días después de haber pisado Méjico. Desde entonces aquella fundación adquirió vuelo prodigioso, y ni las nuevas falanges de Hermanas enviadas de España en distintas épocas, ni las numerosas *toquillas* que engrosaban cada día el Noviciado mejicano, alcanzaban á satisfacer las demandas de nuevas fundaciones. Pocos países han acogido más cariñosamente á las Hermanas, y cooperado mejor á su propagación por todos sus Estados. Si á esto agregamos el establecimiento en dicho país de los Sacerdotes Misioneros, que, según vimos en el Apéndice anterior, debe en cierto modo atribuirse á las mismas Hermanas, puede con seguridad afirmarse que la fundación de Méjico fué una de las conquistas más gloriosas de la Compañía de San Vicente.

Su primera obra, luego de organizar el Noviciado, había sido abrir una escuela gratuíta de niñas en la capital; á los pocos meses pasaban de 350 las que recibían instrucción cristiana de las humildes y expertas Hijas de la Caridad. Nada, empero, contribuyó tanto á darlas á conocer y hacerlas estimar, como la guerra civil que por entonces ensangrentó á Méjico. Con ese espíritu de abnegación, con esa caridad incomparable que supo transmitir á todos sus hijos



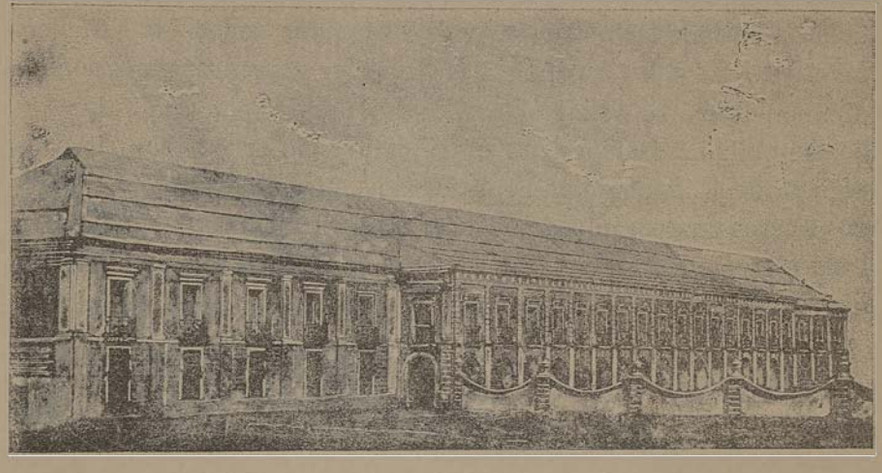
ESPAÑA.—TOLEDO.—PATIO Y POZO ÁRABE DEL CONVENTO DE S. PEDRO MÁRTIR,
hoy Hospital de los Desamparados, ú Hospicio, á cargo de nuestras Hijas de la Caridad.

su grande Fundador, consagráronse las Hermanas al cuidado de los heridos en Méjico y en la Puebla de los Angeles, enmedio de grandes peligros, y tropezando con muchas dificultades. El espectáculo verdaderamente nuevo y consolador de aquellas mujeres llenas de solicitud, que corrían en busca de las víctimas de la guerra, para prodigarles los más exquisitos cuidados, sin esperar otra recompensa que el cielo, produjo como una explosión de entusiasmo, y en todas partes quisieron poner bajo su dirección Hospitales, Casas de Beneficencia, Colegios y Escuelas públicas. En 1846 se encargaron del Hospital de San Juan de Dios en la capital, y del de Silao en el estado de Guanajuato, juntamente con una escuela; tras de éstas fueron sucediéndose rápidamente otras muchas fundaciones que sería prolijo enumerar: el Hospital de San Pablo y el de San Andrés, en Méjico; la Cuna ó Inclusa y el Hospital de San Pedro, en Puebla de los Angeles; el de Belén, en Guadalajara, etc.

Imposible hubiera sido cubrir servicios tan extraordinarios con el personal de que podía disponer el Noviciado, sin un esfuerzo supremo por parte de la Congregación española. Como, por otra parte, el bien que hacían tanto las Hermanas como los Misioneros, era incalculable, dadas las buenas disposiciones del país, el Director D. Buenaventura Armengol se resolvió á volver á España, á principios de 1849, para conseguir otros refuerzos. Acogió favorablemente sus pretensiones el Visitador general, y al cabo de algunos meses se formó una expedición compuesta de tres Misioneros, tres jóvenes estudiantes, cuatro Hermanos coadjutores y veinte Hermanas de la Caridad. El 6 de Noviembre de 1859 se embarcaban en Barcelona los nobles Hijos de San Vicente, formando como una santa colonia, que llenó de regocijo á los mejicanos, ansiosos de ver propagarse por su patria tan benéficos institutos. Por espacio de trece años todo fué viento en popa, como suele decirse, para la Congregación de las Hijas de la Caridad en Méjico. Más abajo veremos cómo vino la perturbación.

Entretanto multiplicábanse también en España las fundaciones, gracias al celo infatigable y á la solicitud del Visitador general Sr. Codina, y á las crecientes simpatías que despertaban las Her-

manas en todas partes. Más de mil de ellas habían ya tomado el hábito en 1847, y á más de sesenta ascendían los establecimientos de Caridad, Instruccion y Beneficencia que cuidaban. Entre las fundaciones florecientes de aquella época debe mencionarse la de las islas Canarias, donde la afición hacia las Hermanas creció y se difundió rápidamente, vista de los preciosos servicios en que venían prestando en los establecimientos encomendados á su solicitud y caridad.



FILIPINAS.—SEMINARIO DE NUEVA-CÁCERES.
Dirigido por los Sacerdotes de la Misión.

No era justo que nuestras Antillas se viesen privadas de auxiliares tan consoladores. Una vez conocidos allá los servicios de las Hijas de San Vicente en la madre patria, resolvieron acudir en demanda de ellas, para poner á su cuidado los pobres enfermos. Y en efecto, las Autoridades superiores de la Habana pidieron al Gobierno de Madrid con gran instancia que facilitase el traslado de las Hermanas á la Isla de Cuba, donde hacían mucha falta sus piadosos é inteligentes servicios. A fines de 1846 llegó la petición á la Corte; no mucho después, el Director general de las Hermanas pudo complacer á los peticionarios, organizando una expedición numerosa bajo la dirección del P. Bosch. Inmediatamente se las

puso al frente de la grandiosa Casa de Beneficencia de la capital. Allí brillaron tanto su desinteresado celo, su vigilancia y abnegación, que al poco tiempo se las encomendaron hasta *nueve* Establecimientos en aquella importante ciudad. Hoy, sin contar los que dirigen en toda la Isla y en Puerto Rico, son ya *once* los confiados á nuestras admirables Hermanas, pudiendo decirse que han abarcado en las Antillas todas las necesidades, y que no hay población de importancia que no haya solicitado su instalación.

No estuvo, sin embargo, exento de contrariedades el desarrollo de la Congregación en la Habana; pues, á pesar de haber sido española en un todo la fundación, y de sostenerse todos los Establecimientos con fondos españoles, el Superior general francés sometió directamente á París las Casas de las Hijas de la Caridad, y tras de eso obligó á éstas á dejar el traje que siempre habían llevado, para vestir el adoptado en Francia. En conformidad con lo practicado en otros puntos, introdujéronse en los Establecimientos de la Habana algunas Hermanas francesas, y empezó á sentirse no pequeño malestar. Por fin, el Illmo. Sr. Fleix, Obispo de la Habana, competentemente autorizado, restableció las cosas de todo en todo á su estado primitivo en 1863. Veamos entretanto cómo se desarrollaban las fundaciones de Méjico, y cuál fué la causa de que llegara á desaparecer aquella hermosísima obra que, al igual de la de los Sacerdotes Misioneros, constituía uno de los más preciados timbres de la Congregación española.

Dijimos más arriba que había salido del puerto de Barcelona, en Noviembre de 1849, una gran expedición de Hermanas y Sacerdotes, para reforzar las fundaciones de Méjico, y atender á las peticiones que había pendientes. Difundiéronse aquellas, en efecto, de prodigiosa manera, mientras lo iban consintiendo las vocaciones de la Casa central de Méjico. En esta misma ciudad tomaron posesión en Octubre de 1855 del Hospital de mujeres dementes, del que fué nombrado Superiora la Hermana Sor Melchora Iriarte, navarra. Al siguiente año, el Illmo. Sr. Verea, Obispo de Monterey, les confió el Hospital y una escuela gratuíta de niñas en la capital de su diócesis, y no mucho después, atendiendo á los vehementes deseos de don Rafael Larios, Cura párroco de Lagos, se encargaban de un Hospi-

tal fundado generosamente en dicha villa por aquel celoso sacerdote.

Así continuaba cada día más floreciente, en el jardín de la Iglesia mejicana, la Congregación de las Hijas españolas de San Vicente, y los Prelados mostraban á competencia el contento que les cabía de ver servidos los Establecimientos de Beneficencia y multitud de Colegios por aquellas heróicas mujeres. Empero la cuestión del hábito vino, entre otras, á introducir la perturbación y á desmoronar aquel gran edificio que, por último, se desplomó lastimosamente. En 1857, con gran sorpresa de todas las clases y disgusto del señor Arzobispo Metropolitano, aparecieron vestidas las Hijas de San Vicente con el traje francés, no obstante lo formalmente pactado en la solemne escritura de fundación, de que en otro lugar hablamos, escritura que había sido sancionada por todos los Superiores, conforme á las reglas de la Congregación. El cambio que con esto sobrevino en la opinión pública fué extraordinario, y de funestas consecuencias para las Hermanas. Hasta entonces, el heroismo de sus obras caritativas y su solicitud imponderable para con toda clase de necesitados había de tal manera hecho su nombre respetable y simpático por toda aquella república, que aún entre las gentes desalmadas era mirado con profunda veneración cuanto á ellas pertenecía. Qué más; se daba el caso de que los salteadores de caminos respetaran los bultos consignados á nombre de las Hijas de la Caridad, cuando sorprendían algún carro ó convoy entre Puebla de los Angeles y Méjico, ó entre este último y Guanajuato. Sin dejar de ser tan virtuosas y tan llenas de caridad como siempre, dieron las gentes en llamarlas Hermanas francesas, en vez de Hijas de la Caridad, y como la política de la Francia tenía allí tantos enemigos, desde que se divulgaron los proyectos de Napoleón III sobre Méjico, aprovecharon el intempestivo cambio los perseguidores de la Iglesia y de las Comunidades religiosas, para provocar contra ellas una verdadera cruzada. Sabido es que en 12 de Julio de 1859 publicó Juárez en Veracruz el decreto contra las Comunidades religiosas, que más tarde renovó en Méjico, cuando triunfó de dicha capital. Si bien por entonces fueron respetadas las Hijas de San Vicente no tardaron en ser arrojadas también, como lo habían sido los Sa-

cerdotes Misioneros, dejando huérfanos del calor de su caridad á miles de infelices enfermos y de huérfanos desvalidos. La revolución, siempre ciega y siempre impía, envuelve entre sus ruinas á ese mismo pueblo á quien aparenta engrandecer y redimir (1).

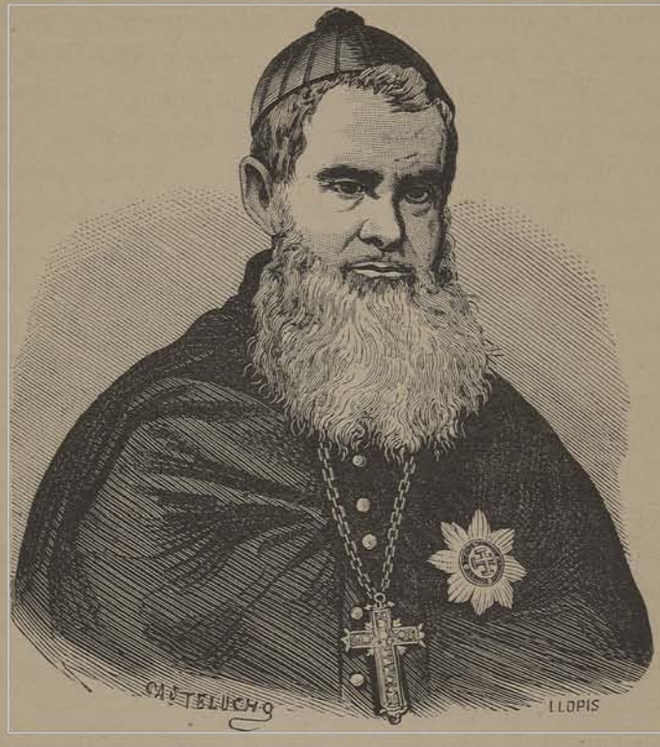
La divina Providencia se encargaba por entonces de abrir nuevos horizontes en la Oceanía al celo y caridad ardiente de las Congregaciones de San Vicente de Paul, según tuvimos ocasión de ver al historiar los progresos de los Sacerdotes Misioneros. Nuestras incomparables Hermanas fueron las primeras en llevar al Archipiélago Filipino el espíritu de su insigne Fundador. Las muchas personas distinguidas que desde Manila instaban á los Superiores de la Congregación en España, para lograr su establecimiento en Filipinas, lograron ver realizados sus deseos, que eran también los formulados por el Sr. Arzobispo Metropolitano y demás Autoridades Superiores. El 14 de Abril de 1862 salió para Manila la primera expedición compuesta de 15 Hermanas (2). Iba con ellas de Superiora Sor Tiburcia Ayanz, cuyo apellido era muy apreciado en Méjico, pues se había distinguido allí de un modo ejemplar Sor Micaela, hermana de la que ahora iba á probar también en Filipinas de cuánto eran capaces las Hijas de San Vicente de Paul. Tres meses y medio de navegación hubieron entonces de invertir, para llegar á su destino. ¡Cuántas molestias y peligros en aras de la caridad! ¡cuánto sacrificio, para cumplir su voto de servir á Dios en la persona de sus pobres! Mientras surcan los océanos en busca de tesoros materiales y de una gloria perecedera tantos hombres poseidos de la ambición, aquellas santas mujeres iban en busca de la miseria y del dolor, para tenderles una mano cariñosa, sin esperar nada del mundo, sin pedirle nada, ni siquiera el derecho de hacer constar sus nombres en el catálogo de los bienhechores de la patria.

No nos hemos de parar á describir el recibimiento entusiasta que allí, como en Méjico y en la Isla de Cuba, se hizo á nuestras Hermanas, pues conocedoras de los antecedentes de su Instituto

(1) Las Hermanas fueron expulsadas de Méjico luego de haber sido condenado á muerte el infortunado emperador Maximiliano.

(2) De ella nos ocupamos en la historia de la Congregación de la Misión, pág. 504.

las personas más influyentes de la capital, habian hecho concebir las más lisonjeras esperanzas en su propagación por el Archipiélago. Por el pronto, fueron encargadas del Hospital militar, como los Padres Paules lo fueron del Seminario Conciliar. No pasó mucho tiempo sin que, á porfía, corporaciones y Prelados solicitaran



EXCMO. É ILMO. SR. D. FR. FRANCISCO GAINZA Y ESCUBÉS,

de la orden de Predicadores, Obispo de Nueva-Cáceres en Filipinas, gran protector y admirador de los Hijos é Hijas de San Vicente de Paul. Fué uno de los más distinguidos Prelados españoles, después de haber sido incansable misionero, y sabio Profesor de la Universidad de Manila. Nació en Calahorra en 4 de Julio de 1818, y murió en Manila en 1879.

nuevas fundaciones y nuevos refuerzos de Hermanas del Noviciado de Madrid. El Hospital de San Juan de Dios; el Real Colegio de Santa Isabel, el de Santa Rosa, la Escuela Municipal, el Asilo de San José, el Hospicio, el Colegio de San Vicente, todos en la misma capital del Archipiélago; el grandioso Colegio de la Con-

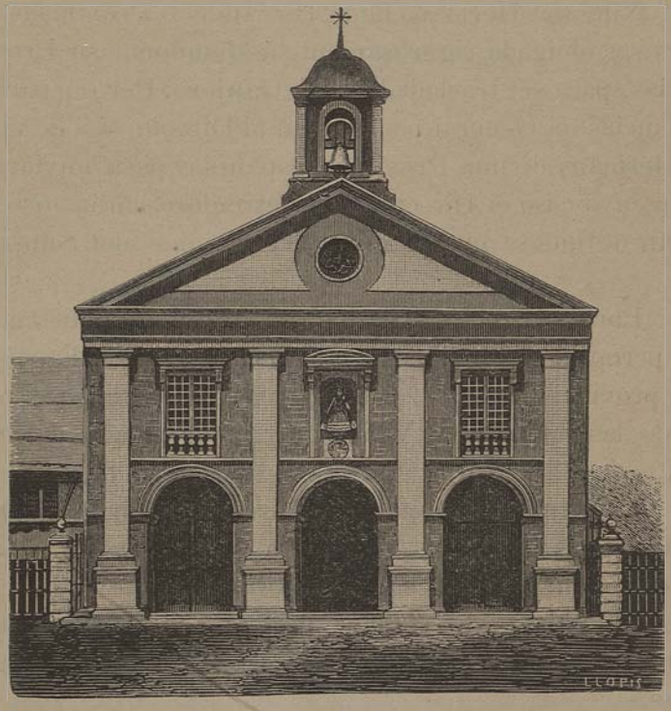
cordia en las afueras de Manila; el Hospital de marina de Cavite; el Real Colegio de Santa Isabel, en Nueva Cáceres, destinado por el Obispo Sr. Gainza á Escuela Normal de Maestras, son otros tantos centros, donde resplandecen la caridad, la abnegación y el espíritu de sacrificio de las Siervas de los pobres. Imposible parece que la Congregación española pudiese atender á tan rápida propagación; y es doblemente asombrosa su fecundidad, si se consideran las muchas bajas que la aclimatación, la fiebre y otras epidemias de Cuba, Puerto Rico y Filipinas causaban en aquellas heroinas, para quienes todo clima y todo sacrificio eran indiferentes. Y sin embargo, tras de las expediciones ya citadas, se vieron salir otras, hasta de 20 y de 23 Hermanas, para las tres referidas posesiones de Ultramar, con interregnos relativamente cortos.

Y entretanto, ¡oh bendición de Dios!, difundíase de un modo más extraordinario, y casi pudiera llamarse prodigioso en la madre patria. Pocos años bastaron, para que apenas quedase provincia alguna, ni población de importancia, que no contase en uno ú otro Establecimiento con algunas Hermanas de la Caridad. Pocas son también las provincias (1) que no hayan dado su contingente de vocaciones para el sostenimiento del admirable Noviciado de Madrid. En él Dios Nuestro Señor ha querido derramar pródigo sus bendiciones por mediación del gran Padre de los pobres San Vicente de Paul: tánto es el orden, el fervor, el espíritu de caridad, la alegría santa, el amor á las reglas del Instituto que en aquella mansión se han venido siempre respirando.

Para poner fin á esta reseña breve y desaliñada de la Congregación de las Hijas de la Caridad, réstanos tan sólo apuntar, como complemento de lo historiado en el Apéndice segundo, que una de las causas más influyentes de la crísis por que atravesó la Congregación de la Misión, y que tan hondamente afectó á las Hermanas, fué precisamente la insistencia por parte del Superior general en imponerles el traje francés, como se había realizado en Méjico, y como se había logrado por algunos años en la Habana. Por el tiempo en

(1) Distínguense por el gran número de jóvenes que anualmente solicitan el ingreso en la Congregación, Cataluña, Navarra y las Vascongadas, Valencia y Aragón.

que tomaron más cuerpo aquellas tendencias, habíanse encargado algunos Establecimientos de Beneficencia de España, tales como el de la Casa de Caridad de Barcelona, á las Hermanas francesas; y según tenemos entendido se pensaba en establecer en Madrid ó en otra población un Noviciado francés. Produjo todo esto grande nquietud,



SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA DE FRANCIA,

en Nueva-Cáceres (Filipinas), restaurado y engrandecido por el Sr. Gainza, Obispo de aquella Diócesis, é inmediato al Colegio de Santa Isabel, donde enseñan las Hijas de la Caridad.

y la intervención de muchos Prelados en defensa de la Congregación española. La cuestión hubo de ser por último ventilada en Roma, y allí se pronunció la última palabra. En 31 de Diciembre de 1877, el Sr. Nuncio de Su Santidad en Madrid notificaba á los Sres. Obispos y á las dos Congregaciones de San Vicente en España las resoluciones acordadas por los Emmos. Padres de la

Sagrada Congregación de Negocios Eclesiásticos extraordinarios, para desvanecer las desavenencias. He aquí los acuerdos contenidos en aquella circular.

«1.° El Santo Padre, en vista de circunstancias particulares, ha concedído benignamente que las Hermanas de la Caridad de la Provincia ó Provincias españolas sigan usando el traje que al presente visten, mientras la Santa Sede no disponga otra cosa.

»2.° Ninguna Hermana de la Provincia ó Provincias españolas podrá ser obligada rigurosamente á abandonar su Provincia ó Provincias, para ser trasladada al Extranjero. Pero en particulares circunstancias el General podrá pedir al Director ó á la Visitadora alguna Hermana de una Provincia española, para enviarla á otra parte, en cuyo caso el Director ó la Visitadora harán todo lo posible, á fin de que se cumplan las disposiciones del Superior General.

»3.° Para evitar toda perturbación y motivo de emulación, no será permitido á las Hermanas de las Provincias Españolas pasar á la provincia francesa, y viceversa, sin permiso y consentimiento de las respectivas Visitadoras y aprobación del Superior General.

«4.° Es permitido que tanto el Director ó Visitador Ordinario de las Hermanas españolas, cuanto la Visitadora de las mismas, sean exclusivamente de la nación española.

»5.° Finalmente, los fondos pertenecientes á las Provincias españolas, no podrán ser distraídos en favor de las Provincias extranjeras.»

En la disposición novena se establecía además que las Hermanas francesas no pudiesen tener noviciado propio en España.

Para ordenar y regularizar la Provincia Española con relación á la Casa Madre y al Superior General, conforme á todas las demás pertenecientes al benemérito Instituto de las Hijas de la Caridad, ordenaba el Santo Padre: 1.° Que quedasen sujetas las Hermanas españolas á la jurisdicción y obediencia del Superior General de la Misión, á tenor de lo dispuesto en la Bula *Posteaquam* de 23 de Junio de 1818. 2.° Que el Visitador ó Director de la Provincia española, así como la Visitadora y su Consejo fuesen

nombrados por el referido Superior. 3.° Que el Visitador y la Visitadora fuesen los intermediarios de toda su Provincia cerca del Superior General, y que á él diesen cuenta anualmente de cuanto concierne á la parte moral y directiva, administrativa y económica. 4.° Que todas las Hermanas se comunicasen directa y ordinariamente con su Visitadora y su Director, pudiendo acudir, cuando lo juzgasen necesario al Superior y Madre General. 5.° Que el Superior General quedaba facultado para dividir la actual Provincia de España, si lo estimase conveniente para el mejor servicio administrativo. 6.° Que ningún privilegio, fuera de lo expresado, se concedía al Director y Visitadora.

Desde la promulgación de aquellas supremas resoluciones, nada ha turbado la tranquilidad de la Congregación, ni las buenas relaciones tan recomendadas por el Soberano Pontífice. Gracias sean dadas al Bienaventurado San Vicente de Paul, pues de ese modo gozará España de los beneficios preciosos y admirables ejemplos de esos ángeles de la Caridad. He aquí ahora la enumeración de los Establecimientos y servicios, en que están distribuídas las *cuatro mil* Hermanas con que, poco más ó menos, cuentan la Provincia de España y sus posesiones:

Madrid: Casa Central ó Noviciado, Inclusa, Casa de Maternidad, Hospital de Mujeres incurables, Hospital de Hombres incurables, Hospicio Provincial, Hospital de la Princesa, Asilo de Santa Cruz, Asilo de San Blas, Escuelas Católicas, Hospital de la Venerable Orden Tercera, Colegio de Clínica de San Carlos, Colegio de San Vicente de Paúl, Asilo de San Bernardino, Asilo ó Casa del Príncipe, Asilo del Niño Jesús, Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes y Hospital General.

Albacete: Cuna y Escuela de Párvulos, Hospital y Hospicio.

Almería: Hospital.

Alcalá de Henares: Galera, Asilo de San Bernardino de Niños y de Niñas.

Alicante: Hospicio, Hospital y Escuelas gratuitas.

Andújar: Hospital y Asilo de Párvulos.

Antequera: Hospital y Enseñanza.

Avila: Hospital é Inclusa.

Artajona: Enseñanza.

Aranjuez: Hospital Real.

Aguilar de la Frontera: Hospital.

Alba de Tormes: Hospital.

Alcira: Hospital y Escuela.

Alcoy: Colegio de San Vicente de Paúl.

Alberique: Hospital:

Albaida: Beneficencia.

Astorga: Hospicio y Hospital.

Astudillo: Hospital.

Azcoitia: Hospital.

Azpeitia: Beneficencia.

Barbastro: Colegio, Hospital y Casa Amparo.

Barcelona: Maternidad, Asilos de Párvulos, Asilo de Santa Eulalia, Enseñanza de la Purísima Concepción (en San Gervasio) y Manicomio de Nueva Belén.

Badajoz: Hospital y Escuela.

Baeza: Hospital y Escuela.

Bilbao: Hospital, Inclusa, Asilo de San Mamés, Asilos Cunas de San Antonio, Asilo de San Vicente de Paúl y Beneficencia.

Briviesca: Hospital.

Baena: Hospital.

Beasain: Beneficencia.

Burgos: Colegio, Hospital, Hospicio, Asilos de Párvulos de San José, San Vicente de Paul y Santa Juana de Chantal.

Cabra: Hospital.

Cádiz: Cuna, Hospicio, Hospital de Dementes, Hospital Civil, Hospital de San Juan de Dios, Escuelas Católicas, Colegio de Jesús, María y José, Asilo de Ancianos de San José.

Cartagena: Hospicio y Hospital.

Ciudad Real: Hospital y Hospicio.

Córdoba: Cuna, Hospicio, Hospital de Crónicos y Hospital de Agudos.

Cuenca: Hospicio, Hospital de Santiago.

Coruña: Hospicio, Asilo de Ancianos y Asilos de Párvulos.

Cullera: Hospital, Escuela de Párvulos y Asilos de Enseñanza.

Carrión de los Condes: Hospital.
Cóbreces: Enseñanza.
Calahorra: Hospital.
Corella: Hospital y Escuela de Párvulos.
Carmona: Hospital.
Cornoces: Enseñanza.
Cabuérniga: Colegio.
Cenicero: Enseñanza.
Cintruénigo: Hospital y Enseñanza.
Chiclana: Hospital y Enseñanza.
Durango: Hospital y Enseñanza.
Elizondo: Hospicio.
Espluga de Francolí: Enseñanza.
Elgoibar: Beneficencia.
Ecija: Hospital y Enseñanza.
Elorrio: Hospital y Enseñanza.
Elche: Hospital.
Falces: Hospital y Enseñanza.
Ferrol: Hospital de Marina.
Figueras: Asilo de Ancianos.
Fuenterrabia: Hospital.
Gerona: Hospicio.
Granada: Hospicio, Hospital de San Juan de Dios, Hospital del Refugio, Colegio de Niñas Nobles y Asilo de San José.
Guadalajara: Inclusa y Hospital.
Guernica: Hospital.
Haro: Hospital y Enseñanza.
Hijar: Hospital y Enseñanza.
Hernani: Hospital.
Huelva: Hospital.
Irún: Hospital.
Játiva: Hospital y Beneficencia.
Jaén: Hospicio de Mujeres, Hospicio de Hombres y Hospital.
Jerez de la Frontera: Hospital, Asilo de Ancianas y Niñas, Casa de Huérfanas y de reservadas.
Lumbier: Hospital y Escuelas.

Las Palmas (Canarias): Hospicio y Hospital.
Lérida: Hospital, Inclusa y Misericordia.
Leganés: Casa de Dementes.
Lequeitio: Colegio y Hospital.
León: Hospital y Hospicio.
Linares: Hospital.
Lebrija: Hospital.
Logroño: Hospital y Misericordia.
Los Arcos: Enseñanza.
Lugo: Hospicio y Hospital.
Mahon (Islas Baleares): Hospital y Hospicio.
Málaga: Cuna.
Manresa: Hospital.
Mallorca: Hospital, Hospicio y Cuna.
Marchena: Hospital.
Morón: Hospital.
Mondoñedo: Hospital.
Medina Sidonia: Enseñanza.
Mundaca: Hospital.
Murguía: Enseñanza.
Murcia: Hospicio, Hospital é Inclusa.
Motrico: Beneficencia.
Nájera: Hospital y Escuela.
Olivenza: Hospital.
Onteniente: Hospital.
Orense: Hospital.
Oñate: Hospital y Escuela de Párvulos.
Orihuela: Hospital y Hospicio.
Orduña: Beneficencia.
Orotava: Hospital.
Oviedo: Hospital y Hospicio.
Pamplona: Hospital, Inclusa, Misericordia y Asilo de Párvulos.
Pasajes: Beneficencia.
Plasencia: Hospital y Hospicio.
Pontevedra: Hospital y Hospicio.

Palencia: Hospital y Maternidad.

Peralta (Navarra): Hospital.

Puerto de Santa María: Asilo y Hospital.

Quintana de Valdivielso: Colegio.

Reus: Hospital y Misericordia.

Rioseco: Hospital y Colegio.

Ruzafa: Asilo de Párvulos.

San Baudilio de Llobregat: Manicomio.

Segovia: Hospital y Beneficencia.

Sangüesa: Colegio y Hospital.

Santo Domingo de la Calzada: Hospital y Escuela.

San Sebastián: Misericordia.

San Pedro de Nos: Escuelas.

Sevilla: Cuna, Enseñanza, Hospicio de San Luis, Hospital Central, Escuelas Católicas, Hospital de San Lázaro, Hospital de Santa Caridad y Asilo de Mendicidad.

Sigüenza: Hospital.

Santander: Hospital y Casa de Caridad.

Salamanca: Hospital y Hospicio.

San Fernando: Hospital Militar.

Santiago de Galicia: Hospicio, Hospital, Colegio y Manicomio.

Sanlúcar de Barrameda: Hospital.

Segorbe: Hospital y Enseñanza.

Santa Cruz de Tenerife (Canarias): Asilos Benéficos.

San Clemente: Asilo.

Selva: Colegio.

Segura: Hospital.

Sos: Enseñanza.

Sueca: Hospital y Enseñanza.

Tafalla: Hospital.

Teruel: Beneficencia y Hospital.

Tolosa: Misericordia.

Toledo: Hospital del Rey, Hospital Provincial de la Misericordia, Hospicio y Casa de Dementes.

Tudela: Hospital.

Talavera de la Reina: Hospital y Enseñanza.
Tarragona: Beneficencia.
Torredembarra: Enseñanza.
Toro: Hospital.
Tuy: Asilos Benéficos.
Ubeda: Hospital.
Valencia: Hospital Provincial, Beneficencia, Asilo de Párvulos, Asilo de San Juan Bautista (de Romero), Colegio de San Vicente Ferrer, Casa de Dementes, Asilo de Niñas y Asilo de San Eugenio.
Valladolid: Hospital General, Hospital de Santa María de Esgueva, Hospicio, Manicomio y Beneficencia.
Valmaseda: Hospital.
Valdemoro: Asilo de San José.
Vitoria: Hospital y Hospicio.
Vich: Hospital.
Vergara: Beneficencia.
Viana: Enseñanza.
Vera de Navarra: Enseñanza y Hospital.
Villalpando: Hospital y Escuela.
Vigo: Hospital.
Vera de Almería: Beneficencia.
Villanueva y Geltrú: Amparo.
Villanueva de los Infantes: Asilo del Sagrado Corazón.
Zaragoza: Colegio, Asilo de Párvulos y Amparo.
Zamora: Hospicio y Hospital.

ANTILLAS

Habana: Casa Central, Hospicio, Hospital Militar, Colegio de San Francisco de Sales, Hospital de San Francisco de Paula, Hospital de Nuestra Señora de las Mercedes, Hospital de San Lázaro, Casa de Dementes, Asilo de Jesús del Monte, Asilo Municipal de Mujeres y Hospital de San Juan de Dios.
Matanzas: Asilo y Beneficencia.

Santiago de Cuba: Hospital Militar, Hospital Civil y Beneficencia.

Puerto Rico: Beneficencia, Asilo de San Ildefonso, Asilo de Auxilio Mutuo, Hospital Militar, Asilo Municipal y Asilo de Párvulos.

Mayagüez: Asilo.

FILIPINAS

Manila: Concordia y Enseñanza, Colegio de Santa Isabel, Hospital civil, Asilo, Hospital Militar, Colegio de Santa Rosa, Hospicio, Escuela Municipal, Hospital de San Juan de Dios y Colegio de San Vicente de Paúl.

Ilo-Ilo: Colegio.

Nueva Cáceres: Colegio.

Cavite: Hospital de Marina.

B. Feliú.

APÉNDICE CUARTO.

DE LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL EN ESPAÑA.

1. Origen del odio de los malos y de la indiferencia de muchos buenos para con la Sociedad de San Vicente de Paul.—2. El pescador de caña.—3. Prácticas y espíritu de las Conferencias.—4. D. Santiago Masarnau: Introducción de la Sociedad de San Vicente en España.—5. Humildes comienzos de ella: Su propagación.—6 Breves Pontificios y documentos oficiales en favor de la Sociedad.—7. Conferencias establecidas hasta 1854. —8. Amagos de persecución durante el bienio.—9. Reacción saludable desde 1856.— 10. Estado floreciente de las Conferencias al estallar la revolución de 1868.—11. Decreto de disolución y sus consecuencias: La incautación.—12. Esfuerzos heroicos de algunos socios.—13. La restauración: Apatía de los espíritus ante el nuevo llamamiento. —14. Progresos realizados desde 1876.—15. Estado próspero actual: Conferencias de Cataluña.—16. La obra de San Francisco de Regis.—17. Ejemplos y esperanzas.

L mundo conoce poco ó nada la obra de las Conferencias de San Vicente de Paul. Verdad es que no se toma el trabajo de inquirir, cuáles son sus prácticas y sus verdaderas aspiraciones. Le basta saber dos cosas, para odiar instintivamente á nuestra Sociedad: 1.ª que es su base el espíritu religioso; 2.ª que sus individuos ponen sus delicias en buscar al necesitado, para consolarle. Lo primero le repele, porque el espíritu religioso está en abierta oposición con las máximas del mundo; lo segundo le aleja de nosotros, porque el mundo abomina toda idea de sacrificio.

Mas si es muy natural y muy lógico el desconocimiento, y aun el odio, del mundo para con la Sociedad de San Vicente, es en cambio inexplicable la ignorancia y el desvío de muchas gentes de bien para con ella. Tratemos de investigar las causas.

La Sociedad de San Vicente de Paul, inspirándose en el precepto del Divino Maestro: «cuando haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha,» (S. Math. VI) pone empeño en huir de todo estrépito. Fuera de sus Boletines, cuya circulación queda reducida comunmente á los socios y á las familias visitadas, raras veces acude á la prensa en busca de apoyo, y de sus buenas obras jamás pide á nadie que se hagan ruidosas apologías. Esta es una de las causas de que pase medio desconocida de gran número de personas de buenos sentimientos. Además, la sencillez de sus prácticas, la modestia de sus obras, la perfecta sumisión de los socios á su admirable Reglamento, son para gran parte de los que la contemplan desde fuera objeto de desdén: es que el hombre difícilmente renuncia á la satisfacción de que se conozcan sus sacrificios; es que aun tratándose de empresas de pura caridad, le cuesta no poco renunciar á la propia iniciativa.

A esta segunda causa hemos de agregar todavía, por lo que respecta á nuestro país, otra no menos influyente; la desconfianza. Para más de cuatro espíritus apocados y mezquinos, no es posible congregarse con fines piadosos, ni para obras de caridad, sin que haya una maquinación política, ó un plan desconocido. Un amigo de la infancia ó algún pariente les habrá pintado tal vez los cuadros de la miseria que han encontrado en sus visitas á los pobres adoptados; les habrán descrito con todos sus pormenores cuanto se hace y se dice en la reunión semanal de la Conferencia. ¡Hum!, habrán dicho para sus adentros; ¡quién sabe á dónde llevan á este camarada inexperto sus cofrades hipócritas! ¡Quién sabe, si son todos ellos instrumento ciego de algún poder oculto! Y si se les ha invitado á inscribirse en la Sociedad, habrán opuesto quizás sus abrumadoras ocupaciones ó... *su falta de vocación* para empresa de tanto sacrificio.

¡¡Vocación!! ¡Dios mío! ¿Acaso para recibir consuelos, para hacer unas limosnas á cambio de inefables satisfacciones, para congre-

garse una vez por semana, y tratar de las necesidades de los pobres, se necesita la vocación de la Hermana de la Caridad, la del Cartujo ó la del misionero? Dijimos para recibir consuelos, y alguno preguntará, si puede ser motivo de complacencias el subir á una bohardilla, y respirar allí una atmósfera más ó menos viciada, ó el tropezar con una familia víctima de los reveses de la fortuna y acosada por el hambre, sin lograr sacarla de la miseria, ni llevarla otro alivio que unos bonos y algunas reflexiones cristianas.

2. Para gustos mal formados, no son, en verdad, alimentos del mayor atractivo esos y otros cuadros de parecido matiz; mas aquí viene muy de molde la chistosa anécdota en que figuró como principal interlocutor uno de los fundadores de la Conferencia de San Vicente en España. «¿Cómo es posible, le decía en ocasión muy crítica cierto representante de la autoridad, que un hombre como usted, con sus cualidades, sus conocimientos y su educación guste de visitar á los pobres, gentes groseras, ignorantes, repulsivas por todos conceptos? No puedo comprenderlo, no lo comprenderé jamás.—Y sin embargo, usted sabe que hay pescadores de caña, ¿no es cierto? repuso el socio de San Vicente.—Sí, ¿pero qué relación hay entre los pescadores de caña y lo que digo á usted?—Es que se hallan en relación á mí en el caso mismo que los visitadores de los pobres con relación á usted. Nunca he podido comprender cómo pueda un hombre pasar cuatro ó seis horas inmóvil á orillas de un riachuelo, esperando á que vaya un pececito á morder el anzuelo; y no obstante, me consta que hay hombres así; yo los he visto. Será tal vez porque no se comprenden los gustos que no se experimentan. Por lo mismo quizás, ni usted comprende al visitador del pobre, ni comprendo yo al pescador de caña.»

Decía bien el socio de las Conferencias. Si cuantos sienten latir en su pecho un corazón generoso dejaran por breves momentos sus prolijos afanes de mundo, y se tomaran el trabajo de acompañar unas cuantas veces á las parejas de visitadores, se lo aseguramos; tardarían poco tiempo en convencerse de que hay en esa práctica de caridad satisfacciones desconocidas. No es posible, no, adivinar desde fuera el placer que resulta de enjugar ciertas lágri-

mas, de librar á un padre infortunado de la desesperación, de avivar la fe en un alma descarriada, de proporcionar un hogar ó un asilo al pequeño huérfano y al niño abandonado. ¡Ah! cuánta tranquilidad de espíritu, cuánto bienestar inundan á quien ha llenado algunas horas en ocupaciones tan santas! Por otra parte, ¿quién no sufre en el mundo por holgada y próspera fortuna que le rodee? ¿Quién no ha de soportar una cruz, aunque no sea más que la de sus propias pasiones y concupiscencias? ¿Quién tiene lleno su corazón insaciable?

¿Y no es por ventura remedio grandemente eficaz contra las penas el espectáculo de los dolores ajenos? ¿No se siente aligerada nuestra cruz á la vista de otras más abrumadoras y terribles? ¿No nos sentimos avergonzados de nuestras aspiraciones inmoderadas, de nuestra inmortificación y de nuestra vida llena de regalos, al contemplar tantos seres privados de humano consuelo, desprovistos de pan y de vestido, ó postrados en mísero jergón por cruel enfermedad? ¿Quién no se sintió movido á bendecir á Dios por las gracias recibidas, después de oir tantos relatos tristes, tantos reveses de fortuna, tantas privaciones y dolores? ¿Quién no se echa en cara su egoísmo, al descubrir las indescriptibles angustias de una madre rodeada de pequeñuelos hambrientos, la desolación de una doncella cuyo trabajo no alcanza á vestir y alimentar en lo más duro del invierno á sus padres viejos y achacosos? Sonrían enhorabuena desdeñosamente los seguidores del placer. Cualquier socio de San Vicente, por poco avezado que esté con su misión modesta y admirable, les dirá que llena mil veces más el alma el beneficio dispensado á quien sufre, que todos los goces de la tierra comprados casi siempre á precio muy subido, y con frecuencia amasados con la ruina del alma.

3. A la vista, pues, están los beneficios que acompañan á la grande obra de las Conferencias. Como todas las realizadas por el ínclito Apóstol de la caridad, ó inspiradas por él, abren un mundo desconocido de apacibles emociones, ensanchan el corazón y llenan de tesoros celestiales á quien se alista á ellas; regeneran moralmente al pobre, le ayudan á luchar contra el infortunio, le consuelan y fortifican en la tribulación, le llenan de santas esperanzas.

Es decir, que los fundadores de la caritativa Sociedad buscaron primero la santificación propia, después la del necesitado. Y en efecto, así lo dice expresamente el artículo 18 de nuestro Reglamento en su párrafo 2.°: *Los socios procurarán no introducir en el seno de la Sociedad sino personas que puedan edificar á los demás ó edificarse en ella, y que sepan amar á sus compañeros y á los pobres como hermanos.*

Mas para lograr la santificación de los asociados, no se contenta con invitarlos á contemplar en el tugurio del pobre sus miserias morales y materiales; no le basta con poner en sus manos la limosna que le ha de franquear las puertas del recelo y de la incredulidad; no se da por satisfecha con aliviar las desdichas de los desvalidos, sino que proporciona á sus hijos otras prácticas de satisfacción. Entre ellas han de mencionarse de un modo particular las reuniones periódicas y las comuniones generales; unas y otras están preceptuadas por el Reglamento.

Tienen las primeras por objeto tratar de las necesidades de los pobres visitados y distribuir los socorros que se han de llevar á domicilio. *Hecha la distribución de los socorros* (dice el art. 22) *se trata de las ocupaciones que se pueden proporcionar y de las diligencias que se pueden hacer por los pobres, como también de las familias que han de visitar los socios nuevamente admitidos, ó los que deseen encargarse de más visitas.* Nada más sencillo y más edificante á la vez, que la sesión de una Conferencia bien penetrada del espíritu de nuestro glorioso Titular San Vicente. Se da principio por una corta oración, pidiendo las luces de lo alto, se lee durante algunos minutos algún libro piadoso, ó alguna página interesante del Boletín de las Conferencias, después el acta breve y sencilla del Secretario, y el *balance* del Tesorero, más breve y sencillo todavía, y por fin se entra á tratar del estado de las familias visitadas. Allí cada socio se convierte en pio procurador de sus pobres. Describe sus pesares, expone sus necesidades, pide apoyo para sus diligencias, reclama las luces necesarias para consejos arduos, solicita la valiosa protección de ciertos consocios, para buscar una colocación á un padre sin trabajo. ¡Qué momentos tan bien aprovechados! Media hora, una todo lo más, se invierte en

esa reunión semanal; y sin embargo ¡cuánto bien se ha hecho, cuántos méritos se han atesorado, cuántos buenos ejemplos se han visto en los hermanos, cuántas lecciones de vida práctica se han aprendido, cuánta fortaleza se ha adquirido para prestar nuevos servicios á los pobres! No hay momento perdido en aquellas sencillas asambleas. La política, las rencillas personales, las discusiones ociosas, los discursos del amor propio, son expedientes desterrados de ellas, por la sencilla razón de que impera allí un egoísmo que no es del mundo; el egoísmo de la caridad. El verdadero socio de San Vicente nunca cree haber hecho bastante para sus pobres, porque sabe que el gran Padre de familias paga con infinita usura todo sacrificio, y hasta el vaso de agua dado en su nombre. Necesariamente, pues, han de resplandecer en tales reuniones la cordialidad más envidiable, la expansión más ingenua, la sencillez más encantadora... Es cierto; damos fe de ello cuantos tenemos la dicha de militar en ese ejército silencioso de soldados de la caridad. No hay quien al salir de la Conferencia no repita en su corazón las palabras del Apóstol: «Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!»

Si á tan nobles estímulos de caridad y perfección se agregan las otras prácticas de la Sociedad, á las cuales, sin perjuicio de sus obligaciones personales, se invita á sus individuos, como son las comuniones generales, los santos ejercicios, los retiros, se comprenderá bien cuán copiosos favores dispensa Dios á un pueblo con llevarle las Conferencias de San Vicente de Paul.

4. Modestos y difíciles fueron, como en Francia, los comienzos de ellas en nuestra patria. Un católico español, hombre de grandes alientos y de imperecedera memoria para la obra de nuestra Sociedad, regresaba de París en 1843, después de haber allá figurado como socio activo por espacio de algunos años en una de las primeras Conferencias. Aquel hombre tenía la pasión de la caridad, y había nacido para hacer el bien. Se llamaba D. Santiago Masarnau.

En un libro como el presente, titulado *San Vicente de Paul*, nos parece que casi no es lícito estampar la biografía de nadie. Si así no fuese, caeríamos en la tentación de hacerlo en resumen,

para obligar, á quien puede publicarla con riqueza de pormenores, á llenar ese vacío, que nos atreveríamos á llamar lamentable. Habremos, empero, de contentarnos con algunos apuntamientos generales sobre su carácter un tanto singular.

El recuerdo constante de la cuenta que hemos de dar á Dios del empleo del tiempo, y la circunstancia de haber vivido largos años en Inglaterra, donde, según voz común, se aquilata el tiempo mercantilmente, habían hecho al Sr. Masarnau el tipo del hombre metódico. Tenía las horas distribuídas matemáticamente, y lo que es más difícil, jamás le faltaba constancia para someterse al plan propuesto, ni tesón para sobreponerse á los respetos humanos y á las exigencias sociales que pudieran desviarle de su tarea. Muchas y muy peregrinas anécdotas cuentan sus íntimos acerca de su inflexibilidad en lo de reglamentar sus ocupaciones. Ese mismo tesón aplicaba al régimen de las Conferencias, cuyos individuos reconocían en él al padre de los pobres, al hermano mayor de sus consocios, y al modelo de la firmeza cristiana.

Tenía tan alto concepto de la pobreza, que habiendo alguna vez experimentado reveses de fortuna, solía graciosamente decir á sus amigos: «He ascendido á pobre.» De ahí su gran amor á los desvalidos, y su solicitud ejemplar por los asuntos relacionados con ellos. De ahí también su celo por comunicar á todos los socios de las Conferencias el espíritu de nuestro sabio Reglamento. A su lado no cabía la indiferencia. Era preciso amar también á los pobres, y trabajar por ellos como verdaderos hermanos suyos.

Como por otra parte era su vida ejemplar, sus virtudes notorias, su trato sencillo, su carácter apacible é igual, y su independencia bien probada, no cabe duda de que el Sr. Masarnau podía acometer y realizar la empresa, ardua como pocas, de implantar en España la obra de las Conferencias.

Al separarse de los consocios del extranjero, le habían instado vivamente para que organizase en su país obra tan provechosa. El socialismo iba extendiendo su ponzoñoso fermento por todos los pueblos civilizados, y ya que los gobiernos europeos transigían con la revolución, en vez de atajar sus excesos, preciso era recurrir á los principios salvadores de la fe, al apostolado de los santos ejem-

plos y de la doctrina evangélica. No necesitaba estímulos el señor Masarnau para procurar á su patria tan precioso elemento de regeneración. Demasiado sabía cuán rápidamente se enfriaba la fe en el pobre pueblo, envenenado por una prensa descarada, soliviantado por los esfuerzos de tenebrosas sectas, y enervado por los vicios de una civilización puramente material. Demasiado comprendia cuán importante papel estaba reservado á los seglares católicos en una época en que, además de haber sido en gran parte proscritas las órdenes religiosas, se vienen haciendo horrendos esfuerzos para aislar al clero, y limitar su acción al interior de los templos.

No obstante, estrelláronse sus esfuerzos por espacio de seis años. El genio del mal, siempre dispuesto á neutralizar, á contener, á dificultar las empresas de la virtud, tomó entonces como siempre las más variadas formas para impedir, ó por lo menos retardar la introducción de las Conferencias. Sembró recelos y desconfianzas, recurrió á los ardides de la política, hizo creer en influencias extranjeras, intentó demostrar que los fines de la Sociedad eran muy distintos y mucho menos inocentes de lo que aparentaba, llegó, en fin, á compararla... con esas nefandas sectas, tan enemigas de Dios como de la sociedad civil. Todo esto constituía el sello de las grandes obras; no cabía dudarlo: la Sociedad de San Vicente de Paul en España era cosa de Dios, porque tenia enfrente las contradicciones.

5. El 11 de Noviembre de 1849 arrodillábanse á puerta cerrada ante un Crucifijo en la modesta vivienda del Sr. Masarnau tres individuos; él y dos de sus amigos, uno á la derecha y otro á la izquierda (1). Ni siquiera habían logrado constituir la mesa de reglamento, pues faltaba un Vicepresidente. Los principios no podían ser más modestos. No importaba; aquello era el grano de mostaza, de que hace mención el Evangelio. Con sólo tres asociados se podía hacer todo lo fundamental; orar juntos, visitar á los pobres, pasar la colecta: Nada de esto se omitía, pues desde luego se adop-

(1) Si no estamos mal informados, figuraron en aquella primera sesion ó en las inmediatas, á una con el Sr. Masarnau, el gran pintor Sr. Madrazo y el Sr. Aguilar, Director del Observatorio Astronómico. Dios Nuestro Señor habrá premiado seguramente su caridad á los tres, pues todos han pasado á mejor vida.

taron y se socorrieron á domicilio *cinco* familias sin omitir una sola de las reuniones semanales (1).

Un mes más tarde hacían la primera Comunión de las del reglamento *cuatro* socios de San Vicente de Paul, y pedían á la Inmaculada Patrona de las Españas que encendiera la llama de la caridad en sus pechos, y les ayudara á propagar por todo el reino la benéfica Sociedad. La Madre de Dios y de la santa esperanza oyó benigna sus ruegos, y la pequeña Conferencia fué visiblemente desarrollándose. Impetrada la agregación reglamentaria del Consejo general de París, fué decretada el 4 de Marzo del siguiente año (1850), para cuya fecha contaba en su seno con *diez* socios la primera Conferencia española, y visitaba hasta 22 familias.

6. Tanto progresó en un año, que al llegar el aniversario de la fundación, hubo de dividirse en dos que se titularon de *San Sebastián* la antigua, y de *Santa María de la Almudena* la de nueva creación. A todo esto había adquirido ya la obra la sanción eclesiástica necesaria, pues en 20 de Junio y en 29 de Octubre del mismo año había sido favorecida la naciente Sociedad por dos importantes decretos; el uno del Excmo. Sr. Comisario general de la *Cruzada*, en virtud del cual se concedía el *Pase* en España á los dos Breves de indulgencias otorgadas á la Sociedad de San Vicente de Paul por la Santidad de Gregorio XVI, de santa memoria (2).

---

(1) La exposición sucinta, que vamos haciendo, de la fundación de las Conferencias en España, está tomada en su parte histórica de una Memoria, que de puño y letra del mismo Don Santiago Masarnau existe entre los papeles de este señor, pertenecientes hoy al señor D. José M.ª Quadrado, distinguido literato y Archivero de Palma de Mallorca, quien con una galantería que no puedo encarecer bastante, tuvo á bien facilitármelos por mediación de nuestro buen consocio de Conferencia D. José Latorre, médico militar, allí residente al publicarse la presente obra.

(2) Para conocimiento de los lectores no pertenecientes á nuestra Sociedad de San Vicente, queremos enumerar aquí el rico tesoro de Indulgencias, con que se han servido favorecerla los Soberanos Pontífices Gregorio XVI y Pio IX por diferentes Breves.

I.—INDULGENCIAS CONCEDIDAS Á LOS SOCIOS.

Se concede una Indulgencia plenaria, que pueden ganar una vez al mes los individuos del Consejo general, y los de los Consejos particulares, bien sea de París ó de las demás ciudades, con tal que verdaderamente contritos, habiéndose confesado y recibido la Sagrada Comunión, hayan asistido á todas las reuniones de su Consejo, ó á tres de las cuatro que se verifican cada mes.

El otro del Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, autorizando la formación de las Conferencias.

7. Los progresos fueron bastante sensibles en el siguiente año de 1851 para la Sociedad de San Vicente en la capital de la mo-

---

La misma Indulgencia se concede todos los meses á los socios activos, sin exceptuar á los Conciliarios y demás de que acaba de hablarse, que pueden ganar también la Indulgencia antes indicada, con tal que verdaderamente contritos, habiéndose confesado y recibido la Sagrada Comunión, hayan asistido á todas las reuniones ó Conferencias, ó al menos á tres de las cuatro que se celebran cada mes.

Igual Indulgencia plenaria se concede á todos los que verdaderameute contritos, habiéndose confesado y recibido la Sagrada Comunión, sean admitidos en la Sociedad, el día que ingresaren en las diferentes clases de socio activo, aspirante ú honorario, de individuo de un Consejo particular ó del Consejo general.

Todos los socios, bien sean activos ú honorarios, pueden ganar una Indulgencia plenaria los dias de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, de San Vicente de Paul, el segundo domingo después de Pascua, y el primer domingo de Cuaresma, con tal que habiéndose confesado, hayan recibido la Sagrada Comunión en la Misa oída en común, la cual, al tenor del Breve del 13 de Setiembre de 1859, no es preciso que sea mandada decir por la Sociedad, y con tal que, además, hayan asistido á la Junta general que se celebra en estas épocas.

Con arreglo al Breve del 18 de Marzo de 1853, la Indulgencia del día de la Inmaculada Concepción puede ganarse, bien sea en el mismo día, ó en aquel al cual se traslade esta solemnidad. Con arreglo al Breve del 13 de Setiembre de 1859, esta Indulgencia puede ganarse además el domingo que sigue á la festividad, cuando ésta cae en otro dia de la semana.

Este último Breve permite ganar la Indulgencia de la festividad de San Vicente de Paul, bien sea en el mismo día de la fiesta (19 de Julio) ó en uno de los siete que siguen.

Se concede Indulgencia plenaria en el artículo de la muerte á los individuos de la Sociedad que verdaderamente arrepentidos y habiéndose confesado, ó estando al menos contritos si no pueden hacerlo, invoquen devotamente el nombre de Jesús, con la boca si es posible, ó al menos con el corazón, y acepten la muerte de la mano de Dios, con paciencia y valor, como pena del pecado.

Se concede Indulgencia de siete años y siete cuarentenas á los socios activos, siempre que contritos al menos de corazón, visiten una Conferencia, una familia pobre, escuelas ó talleres de pobres, ó lleven á cabo cualquiera otra obra buena, según el espíritu de la Sociedad. Asimismo podrán ganar esta indulgencia siempre que asistan al santo sacrificio de la Misa celebrada por el descanso del alma de algún socio, ó que acompañen á la sepultura eclesiástica los restos mortales de sus pobres.

Todas estas Indulgencias pueden ganarlas los socios que viven en puntos donde no haya Conferencia establecida, cumpliendo, en cuanto les fuere posible, con las obras acostumbradas y las demás condiciones que se requieren.

Cuando las Conferencias hacen retiros espirituales, se concede una Indulgencia plenaria á los socios que asistan con devoción á todos los ejercicios, siempre que verdaderamente arrepentidos, y habiéndose confesado, recibieran la Sagrada Comunión en la Misa celebrada el último día del retiro, rogando por la paz y concordia entre los príncipes cristianos, la extirpación de las herejías y la exaltación de la Santa Madre Iglesia.

Á los que contritos de corazón sigan tan solo una parte de los ejercicios, rogando por los fines que quedan indicados, se concede una Indulgencia de 100 dias.

narquía, mas sin haber logrado su fundador verla propagarse por la Península. Tan sólo tuvo la satisfacción de que en 21 de Setiembre se estableciese *en Burgos* la primera Conferencia de las provincias, que por cierto nació asaz modesta, con sólo cuatro socios,

---

Se concede Indulgencia de 300 dias á todos los socios cada vez que digan, en cualquier idioma que sea, con el corazón contrito, la oración de la Sociedad que empieza: *Gracias te damos, Señor, por tantas y tantas bendiciones*, etc.

Estas Indulgencias son aplicables por las almas del Purgatorio

II.—Indulgencias concedidas á los bienhechores de la Sociedad.

1.° Indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados una vez cada mes, á todos y cada uno de los fieles de ambos sexos que hagan llegar con regularidad al Consejo general una limosna determinada, siempre que, verdaderamente contritos y habiéndose confesado, hayan recibido la Sagrada Comunión.

2.° Una Indulgencia de siete años y siete cuarentenas una vez cada mes, á todos los fieles de uno y otro sexo que dieren con regularidad una limósna semejante á los Consejos particulares de las provincias ó de las ciudades establecidas por el Consejo general.

3.° Una Indulgencia de un año, una vez al mes, á todos los fieles de uno y otro sexo que por suscrición, ó de cualquier otra manera, se comprometan á dar con regularidad alguna limosna determinada á las Conferencias aprobadas, bien sea por el Consejo general, ó por los Consejos particulares que hayan recibido delegación para ello.

4.° Una Indulgencia de siete años y siete cuarentenas, una vez al mes, á todos los fieles de uno y otro sexo, los dias en que hagan una cuestación para el Consejo general ó para los Consejos particulares.

5.° Se concede á los bienhechores de la Sociedad una Indulgencia de trescientos dias cada vez que rezáren en cualquier idioma que sea, con el corazón contrito, la oración de la Sociedad que empieza con estas palabras: *Gracias te damos, Señor, por tantas y tantas bendiciones, etc.*

6.° Se concede además á los bienhechores de la Sociedad una Indulgencia plenaria en el artículo de la muerte, con tal que verdaderamente arrepentidos y habiéndose confesado ó estando á lo menos contritos, si no pueden hacerlo, invoquen devotamente el nombre de Jesús, con la boca si les es posible, ó á lo menos con el corazón y acepten la muerte de la mano de Dios con paciencia y con valor, como pena del pecado.

III.—Indulgencias concedidas á los pobres de la Sociedad.

El Breve de 13 de Setiembre de 1859 concede Indulgencia plenaria á todas las personas de ambos sexos á que asiste la Sociedad de San Vicente de Paul, el dia de la Natividad, el de la Festividad de San José, y el de la conclusión del retiro anual, con tal que verdaderamente contritos, habiéndose confesado y recibido la Sagrada Comunión, hayan visitado devotamente alguna iglesia ú oratorio público, y rogado allí por la concordia de los príncipes cristianos, la extirpación de las herejías y la exaltación de nuestra Santa Madre la Iglesia. En las dos fiestas indicadas, la visita de la Iglesia debe hacerse desde las primeras Vísperas de la festividad, y el día de la terminación del retiro, desde la salida hasta la puesta del sol.

El mismo Breve concede una Indulgencia de cien días á todos aquellos á quienes la Sociedad socorre, con tal que digan con un corazón contrito, solos ó en familia, la oración

y fué más tarde verdaderamente floreciente. Por entonces, sin embargo, se realizaron dos nuevas etapas de progreso. Fué la primera la creación en 11 de Mayo del Consejo particular de Madrid, á que se refiere el artículo 4.° del Reglamento (1); y la segunda la autorización competente de S. M. para establecer en España la Sociedad de San Vicente (2). Aprovechando la Real autorización, pudieron celebrar los individuos de las Conferencias de Madrid su

---

dominical y la salutación angélica, añadiendo, en cualquier idioma que sea, las siguientes invocaciones:

Reina concebida sin pecado, ruega por nosotros. San Vicente de Paul, ruega por nosotros.

Estas Indulgencias son aplicables por las almas del Purgatorio. (Reglamento de la Sociedad de San Vicente de Paul, pág. 116 y siguientes, 9.ª edicion.)

Las Bulas en que se otorgan tan copiosas Indulgencias se insertan en el propio Reglamento de la Sociedad, que cualquiera puede consultar.

(1) Art. 4.° Si en una población llegan á establecerse varias Conferencias, se distinguen por el nombre de la parroquia en cuyo distrito se reunen.

Para su mútua union se forma un Consejo particular, que toma el nombro de la población en que se halla establecida.

(2) Merece ser conocida la Real orden aludida, no sólo por haberse con ella legalizado la existencia de nuestra querida Sociedad, sino por ser explícito testimonio de la benevolencia con que fué recibida en las regiones oficiales. Cupo á no dudarlo parte no pequeña de tan halagüeña acogida á la intervención del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, que tuvo la dignación de presentar por si mismo á la Reina la exposición de los interesados. Hé aquí la Real orden citada:

«Ministerio de Gracia y Justicia.—*Sección* 2.ª—El Sr. Ministro de Gracia y Justicia dice con esta fecha al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo lo siguiente.

»Emmo. Sr.: Enterada S. M. la Reina (Q. D. G.) de la exposición elevada por *Don N.* y *Don N.*, solicitando su Real permiso y autorización para el establecimiento de la Asociación caritativa de San Vicente de Paul; y convencido el Real ánimo de que el objeto de este benéfico Instituto se dirige á aliviar las desgracias que son propias de todos los países y climas, llevando á las clases pobres socorros espirituales y temporales; de conformidad con lo propuesto por la sección de Gracia y Justicia del Consejo Real, ha venido en conceder la autorización solicitada, aprobando los Estatutos para el régimen de la Sociedad de San Vicente de Paul, con la única modificación de que cuando se hayan de remitir fondos á la Caja central, establecida en pais extranjero, se ponga en conocimiento del Gobierno, con expresión de la suma y de la época en que se verifica la remesa; sin que esta ligera modificación afecte en lo más mínimo las bases de la organización, ni altere la libre disposición que compete á la Sociedad.

»De Real orden comunicada por el expresado Sr. Ministro, lo traslado á V. para su inteligencia, satisfacción y efectos consiguientes.

»Dios guarde á V. muchos años.—Madrid 18 de Julio de 1851.—El Subsecretario, *Antonio Escudero.*

»Sr. D. Santiago Masarnau.»

primera reunión general el día de la Inmaculada Concepción en la Iglesia de los Italianos.

El 22 de Febrero de 1852 inauguró sus tareas la *tercera* Conferencia de Madrid con el título de *San José*, la cual se encargó de visitar uno de los distritos, en que fué preciso dividir la región del Norte de la coronada Villa, en atención al mayor número de necesidades de la referida demarcación.

Para fines del propio año de 1852 ascendía ya á *nueve* el número total de Conferencias de Madrid y de las provincias, á saber; las ya citadas y además las siguientes:

Calella (Cataluña), instalada el 16 de Mayo.

Santa Cruz (cuarta de Madrid), el 12 de Setiembre.

Huesca, el 24 de Octubre.

Jaén, el 27 del mismo mes.

Santander, el 7 de Noviembre.

Para dirigir y unificar la acción de todas, fué elevado el Consejo *particular* de Madrid á la categoría de Consejo *superior*.

Hasta cinco nuevas Conferencias se inauguraron en el siguiente año de 1853, y fueron las siguientes:

La de Valladolid, instalada en 20 de Marzo.

Rueda, en 21 del mismo mes.

Salamanca, en 26 del mismo mes.

Lérida, en 26 de Junio.

Palencia, en 15 de Setiembre.

Otras cinco se crearon en el siguiente año de 1854 que fueron: La de *San Martín* (quinta de Madrid), en 1.° de Enero.

Vergara, en 8 de Abril.

Melgar de Fernamental, en 4 de Mayo.

Segovia, en 2 de Junio.

Ezcaray, en 8 de Octubre.

La suma ascendía, pues, á fines de 1854 á *diez y nueve* Conferencias.

8. Como era de esperar, dados los vientos políticos que por entonces reinaban, y sobre todo atendida la bondad de la obra, hubo de pasar la Sociedad por la prueba de las suspicacias. Los enemigos naturales de todo lo bueno habían de inquietarse necesa-

riamente del éxito alcanzado por los hijos menores de San Vicente de Paul. Difícil era, sin embargo, aun armándose de todas las inspiraciones de la malevolencia, argüir de pecado alguno á quienes habían siempre procedido con la más exquisita prudencia, con la sencillez del cristiano y con sujeción á los preceptos de la legalidad. Veamos á qué subterfugios hubo de apelar la inquina gubernamental, para poner de relieve sus prevenciones contra la Sociedad.

Por orden superior presentóse un día un empleado á investigar los libros de Tesorería, y después de hojearlos detenidamente, hubo de convencerse de que por aquel lado habíase errado el golpe: las Conferencias jugaban con limpieza. Decimos mal; el empleado, que por lo visto era economista muy avisado, hubo de echar en cara al Sr. Presidente la poca cordura de sus socios, los cuales, á diferencia de todo hombre de buen juicio, gastaban con los pobres todo cuanto tenían, y á veces más de lo que tenían, según revelaban los balances de aquellas cuentas: La Sociedad de San Vicente no podía llamarse ciertamente una sociedad *previsora*. Decía la verdad aquel caballero, y el Sr. Presidente, lejos de negar el hecho, hubo de contestar á su interlocutor que así, y no de otro modo, se ajustaban bien las Conferencias al verdadero espíritu de su Reglamento. Con lo cual, entrando en cuentas consigo mismo el empleado, exclamaría seguramente para su capote: Ó esta gente carece de sentido común, ó yo prescindo en mis análisis de algún factor de primera fuerza. Fácil le hubiera sido averiguarlo, poniendo en manos del primer pobre de la calle una moneda, pues hubiera podido escuchar aquel «Dios se lo pague,» que jamás olvidan los socios de San Vicente: ahí está su editor responsable, y la explicación de sus procedimientos anti-económicos.

No mucho después de aquella entrevista, recibióse en el Consejo de Madrid una Real orden, suscrita por el Sr. Ministro de Gracia y Justicia, en la cual se recordaba, en términos un tanto duros, que la Sociedad de San Vicente de Paul no había cumplido la única condición impuesta por el Gobierno al autorizarla en España (1).

(1) Véase la Real orden de la pág. 576, nota 2.

En su consecuencia, se mandaba que inmediatamente se diese cuenta al Ministerio de las cantidades recaudadas por la Sociedad, de las que se habían enviado al extranjero, de los procedimientos adoptados por ella para realizar sus fines, de las ciudades donde había Conferencias y de los Presidentes de ellas. A todos los extremos se contestó sencilla y diligentemente. Como no había salido ni un céntimo para Francia, no pudo satisfacerse en su totalidad el interrogatorio del oficio. No pararon aquí los desahogos de la antipatía oficial contra la Sociedad; todavía hubo nuevas amonestaciones, tratándola de Sociedad clandestina, pues según se afirmaba en algún otro oficio, las reuniones de los asociados eran *secretas*, por cuanto no tenían lugar determinado para verificarse. Tan absurdas afirmaciones hicieron comprender que algún enemigo particular de las Conferencias había tomado por su cuenta el calumniarlas, para procurar su destrucción. Mas quiso nuestro glorioso Protector San Vicente defenderlas de semejantes ardides, inspirando tal prudencia y tal tino á uno de los consocios, que fué parado el golpe, y por entonces se restableció la calma, no sin haber dado el Presidente puntual y cristiana contestación á los extremos del singular oficio.

9. El cambio político realizado después del bienio permitió mayor holgura al desenvolvimiento de las Conferencias (1). Hasta entonces, ni el Consejo general de París había pedido cantidad al-

(1) Para juzgar de la nueva era en que entraba la Sociedad, bastará citar la Real órden expedida por el Ministerio de la Gobernación, siendo Jefe de aquel departamento el ilustre repúblico D. Cándido Nocedal. Hela aquí.

«MINISTERIO DE LA GOBERNACION.—*Subsecretaría.—Negociado* 2.°—Al Gobernador de la provincia de Cádiz digo con esta fecha lo siguiente:

»He dado cuenta á la Reina (Q. D. G.) del expediente instruído con motivo de la comunicación dirigida á este Ministerio por el antecesor de V. S. en 30 de Junio último, á la que acompañaba copia de una orden circulada por él mismo á los Alcaldes de la provincia, prohibiendo la instalación de la Sociedad caritativa de San Vicente de Paul: y considerando:

»1.° Que las disposiciones en que se funda la citada circular, se refieren á cofradías y hermandades erigidas sin la competente autorización.

»2.° Que la *Asociación caritativa de San Vicente de Paul* ha sido autorizada con presencia de sus Estatutos y Reglamentos por Real orden expedida en 18 de Julio de 1851 por el Ministro de Gracia y Justicia, de conformidad con el dictámen de la sección del mismo nombre en el Consejo Real.

guna al superior de Madrid, ni éste se había hallado en condiciones bastante desahogadas para enviársela. De ahí el que no hubiese llegado el caso de notificar al Gobierno el envío de fondo alguno al Extranjero. Nada impone el Reglamento sobre el particular; empero, salta á la vista que el referido Consejo general ha de contar necesariamente con algunos recursos. La copiosa correspondencia que ha de mantener con los Consejos y Conferencias de todos los países, las peticiones de documentos á que ha de atender, la ayuda que ha de prestar á no pocas Conferencias pobres, los socorros que en casos de miseria excepcional facilita á comarcas desoladas, reclaman la existencia de una Caja. Constituyen su fondo los donativos extraordinarios hechos á la Sociedad, las colectas de las Juntas generales y las ofrendas voluntarias de los Consejos y Conferencias. Pues bien; era muy justo que España, donde la obra de la Sociedad había ya alcanzado un desarrollo considerable, aportase también su óbolo á la Caja central de París, puesto que la ocasionaba, como las demás, algunos gastos. Mas como en alguna de las Reales órdenes á que en otro lugar hemos aludido (1), se había terminantemente prohibido por el Gobierno enviar cantidad alguna al extranjero, el Consejo de Madrid impetró en 27 de Febrero de 1857 la competente autorización, acudiendo á Su Majestad la Reina. En 13 de Julio del propio año se expidió otra Real orden, por la cual quedaba autorizado el Consejo superior, para remitir al general lo que estimase conveniente, con la sola

---

»Y por último que la referida Sociedad presta servicios importantes al Estado, socorriendo á las familias indigentes y difundiendo entre ellas el espíritu de conformidad religiosa, de respeto y obediencia á las autoridades constituídas, exenta de miras políticas y aun de todo interés mundano; S. M. se ha dignado resolver que la expresada circular de ese Gobierno de provincia quede sin efecto y que V. S. haga publicar en el *Boletín oficial* de la misma, la Real orden de 18 de Julio de 1851, cuya copia es adjunta.

»De orden de S. M. lo digo á V. S. para su inteligencia y cumplimiento.

»Y de la propia Real orden lo comunico á V. S. para su conocimiento, y á fin de que no ponga ningún obstáculo á la instalación y propagación de la expresada Sociedad de San Vicente en esa provincia. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 13 de Diciembre de 1856.—*Nocedal*.»

(1) Su fecha era de 24 de Noviembre de 1854.

condición de remitir al Gobierno un ejemplar del *Boletín* español de la Sociedad, donde se daba cuenta detallada de los ingresos y gastos de todas las Conferencias de España. Desde esa época se remitieron anualmente mil pesetas al citado Consejo general, con algunas otras ofrendas para los cristianos de Oriente y para el monumento erigido en honor de San Vicente de Paul. No estará fuera de su lugar advertir que la Real orden aludida de 13 de Julio fué precedida de una consulta al Consejo de Estado, quien emitió un extenso, luminoso y favorable dictamen, que sentimos no poder insertar, por no consentirlo los límites de estos Apéndices. Sigamos historiando.

En 1855 el desarrollo de la Sociedad fué notable: durante él se organizaron hasta 21 Conferencias más, que por orden de fechas fueron: las de San Millán (6.ª de Madrid), San Lorenzo (7.ª de Madrid), Mancha Real, Sevilla, Puerto de Santa María, Jerez de la Frontera, Córdoba, Escorial, Zaragoza, Alba de Tormes, Torrelavega, Granada, El Salvador (2.ª de Sevilla), El Salvador (2.ª de Valladolid), Paredes de Nava, San Marcos (9.ª de Madrid), Valencia y Oviedo. Sumaban, pues, un total de 40 en España, de las cuales 33 eran agregadas ó reconocidas por el Consejo general.

A ese desenvolvimiento contribuyeron poderosamente varias causas. Una de las más poderosas fué la protección decidida y el estímulo recibido de varios reverendísimos Prelados. Los de Burgos, Salamanca, Huesca, Canarias y Jaén dirigieron cartas muy expresivas y paternales al Presidente del Consejo superior, y concedieron además numerosas Indulgencias por los actos reglamentarios de la Sociedad á los socios y á los bienhechores.

Desde el siguiente año de 1856 comenzó el Consejo superior de Madrid á publicar mensualmente el *Boletín* español de la Sociedad, con el doble fin de dar á conocer lo más interesante del *Boletín* francés, y de hacer constar los progresos de las Conferencias de España, sus obras y sus frutos á cuantos trabajaran por la obra en nuestro país. Su publicación continuó con toda regularidad hasta el decreto de prohibición de la Sociedad en 1868. La lectura del *Boletín* fué también á no dudarlo causa de que la Sociedad fuese mejor conocida, y hallase más adeptos en nuestra patria,

como lo demuestra el vuelo asombroso que tomó en los años sucesivos.

Cuarenta y tres Conferencias nuevas se agregaron en 1856, y tres Consejos particulares fueron instituídos: los de Salamanca, Valladolid y Sevilla.

En 1857 ascendieron aquéllas á *noventa y dos*, y á *nueve* los Consejos particulares (1).

En 1858 llegaron á *ciento catorce* las nuevas Conferencias, y á *once* (2) los Consejos particulares instituídos.

En 1859 se registraron *ochenta y seis* de las primeras y *seis* (3) de los segundos.

En 1860 se crearon *sesenta y tres* Conferencias y *cinco* Consejos (4).

En 1861 fundáronse *cincuenta y cinco* Conferencias y *dos* Consejos particulares (5) y además se instituyó el Consejo central de Barcelona.

Desde 1862 hasta Octubre de 1868 fueron agregadas *doscientas ocho nuevas* Conferencias; se instituyeron *nueve* Consejos particulares (6), y se elevaron á Consejos centrales *tres* de los particulares: Zaragoza en 1863, Manila en 1864 y Valencia en 1865.

La suma total ascendía, pues, en Octubre de dicho año, á la promulgación del decreto de disolución de la Sociedad, á 694, siendo 45 los Consejos particulares, 4 los centrales y uno superior.

10. Para que aprecie el lector la magnitud del golpe dado por la Revolución de 1868 á la preciosa obra de la Sociedad de San Vicente de Paul, vamos á trasladar á estas páginas los datos estadísticos leídos en la Junta general celebrada por las Conferencias

---

(1) Los de Zaragoza, Valencia, Granada, Barcelona, Segovia, Murcia, Alicante, Palma de Mallorca y Málaga.

(2) Los de Figueras, Cádiz, Vich, Bilbao, Pamplona, Jerez, Baeza, Cartagena, Burgos, Coruña y Lérida.

(3) Los de Alcoy, Alcira, Gerona, Santiago, Antequera y Tarragona.

(4) Los de Córdoba, San Lúcas de Barrameda, Madrid, Habana y Alcázar de San Juan.

(5) Los de Elche y Sueca.

(6) Los de Jaén, Vitoria y Játiva en 1862: el de Castellón en 1864: los de Logroño, Tudela, Alcalá de los Gazules y Puerto-Rico en 1865: el de Santander en 1868.

de Madrid en 19 de Julio de 1867, festividad de nuestro ínclito Patrono:

Socios de honor.	2915	Fallecidos en 1867.	267
Idem activos.	9916	Familias adoptadas.	14409
Idem aspirantes.	765	Matrimonios regularizs. en 1867.	398
Idem honorarios.	2208	Hijos legitimados en 1867. . .	139
Suscritores.	3003	Niños patrocinados.	7777
Bienhechores.	1500	Adultos patrocinados.	771
Ausentes.	381	Pobres instruídos.	2039
Ordenados *in sacris* en 1867	122		

Ingresos.	807109 Ptas.
Gastos.	721072 »
Diferencia. . .	86037 Ptas.

Esta diferencia estaba distribuída entre todas las Cajas de la Sociedad, en la siguiente forma:

Suma total de las existencias. .	92783 Ptas.
Idem de los déficits.	6746 »
Diferencia. . .	86037 Ptas.

A estos antecedentes habían de agregarse los de 41 hojas estadísticas no recibidas en Madrid para la indicada fecha, con más los correspondientes á 18 agregaciones de 1868. Si á todo esto se añaden los socorros en especie y en metálico, entregados á los pobres sin pasar por la Caja de las Tesorerías, no es aventurado afirmar que las Conferencias de San Vicente de Paul distribuían anualmente, en la época de su disolución, *¡¡más de un millón de pesetas!!* Mas esto no da todavía la medida justa de tan benéfica Sociedad, y del estado floreciente á que había llegado, cuando la Revolución de 1868 cometió el atropello de suprimirla. Para formarse cabal concepto de su saludable influencia y de la injusticia con que se la trató, debemos consignar el estado de las *obras* de las Conferencias en aquella sazón existentes.

Veintisiete Consejos particulares y 32 Conferencias sostenían *Escuelas gratuítas* para los niños pobres. Gran número de ellos

daban por medio de sus socios *la instrucción religiosa* á niños y adultos que por sus ocupaciones ó por carecer de recursos, no podían asistir á las escuelas públicas ni á las parroquias. En más de 32 Consejos y Conferencias se practicaba la grande obra de la visita á los hospitales y á las prisiones, donde era imponderable el fruto alcanzado (1). Se contaban varias Conferencias que de un

(1) A los que tanto aborrecen la Sociedad de San Vicente de Paul, les hubiéramos de buena gana acompañado hasta la cárcel de una ciudad populosa, para que viesen lo que hacía un sencillo hombre del pueblo, miembro de las Conferencias, con los desgraciados seres allí recluidos. Ese hombre admirable carecía de bienes de fortuna, y apenas contaba con lo necesario para vivir. No poseía la ciencia, ni siquiera los atractivos del hombre de mundo; pero era un socio perfecto de San Vicente La caridad le hacía obrar verdaderas maravillas. Con los bolsillos llenos de cigarros, algunas estampas y libritos de propaganda, y de vez en cuando con algún lío de ropa, se constituía enmedio de los patios de la cárcel, é inmediatamente se veía rodeado de una multitud de presos de todas condiciones. El cuadro, visto á algunos metros de distancia, podía servir para argumento de algún bodegón; visto de cerca, era un cuadro conmovedor de filosofía cristiana. Mas de cuatro rostros sombríos y repugnantes de la turba criminal experimentaban á la vista de aquel hombre caritativo una transformación radical.—¿Qué nos trae V. hoy, Sr Luis?—Poco bueno, hijos míos, les contestaba. Sólo he podido recoger para vosotros algunas camisas y algunos pares de zapatos; y como mi bolsa estaba ya dando las boqueadas desde el jueves pasado, habréis de contentaros con estas frioleras.—¿Me tocará á mí una camisa, Sr. Luis?—Mire V. cómo voy, exclamaban á la vez seis ú ocho de aquellos perillanes, tratando de alegar mejores títulos para la distribución.—No hay más que para cuatro, contestaba lleno de bondad y sentimiento el digno socio de San Vicente.—A mí me toca hoy, objetaba el más atrevido, porque el otro día no me dió V. más que unas alpargatas.—No, señor, replicaba otro, porque tú no vas enseñando las carnes como yo, y muriéndote de frío.—Callad, oponía un tercero; ya sabéis que no se la llevará el que no conteste á la Doctrina.—Tienes razón, Juanillo, decía el Sr. Luis; ensanchad el corrillo, para que os pueda ver á todos, y si os portáis bien, os prometo que no quedaréis descontentos.

Entonces daba principio la parte conmovedora de la visita. Aquellos hombres, entre los cuales había muchos encanecidos en el vicio, y que difícilmente dominaban los alcaides y llaveros acompañados de los guardias, obedecían como mansos corderos á un pobre hombre, que sólo podía ofrecerles algunas bagatelas Formados en derredor de él, iban contestando á las preguntas que les hacía sobre la Doctrina cristiana, y era de ver cómo se manifestaban corridos y abochornados, cuando no podían recitar sin tropiezo los Mandamientos de la ley de Dios ó el Acto de contrición, los mismos que en muchas ocasiones no habían tenido empacho de perpetrar públicamente sus fechorías. Capítulo para muy entretenida novela podría componerse con sólo redondear las vicisitudes de aquella singular escena.

Después de dialogar un rato con aquellos pobrecitos, y de recordarles sus deberes religiosos, y á muchos sus obligaciones de familia, hacíales la distribución de las prendas que llevaba, en razón de su necesidad. Con tal cariño los trataba y tan de veras les había ganado el corazón, que todos quedaban satisfechos, aun cuando el reparto resultaba por lo general deficiente. Los no favorecidos aceptaban como regalo de gran monta, un devocionario de real y medio, un pequeño crucifijo ó un escapulario. La despedida era verdaderamente tierna. Para aquel corazón de oro de nuestro consocio, aquellos infelices eran como pedazos de su

modo regular y permanente tenían establecida la obra de *regularización de matrimonios*, y legitimación de la prole, sin contar otras muchas, que practicaban esta grande obra de caridad cuantas veces tropezaban con uniones ilícitas, y era posible la reforma.

Once Conferencias tenían montado el servicio de *vestuario* para sus pobres, á fin de proveerles de las ropas necesarias, y todas las de España, en mayor ó menor escala, practicaban la obra de misericordia de vestir al desnudo, distribuyendo muchas prendas entre las familias visitadas, como lo hacen en la actualidad y lo han verificado siempre.

Otra de las obras que á la sazón estaba dando magníficos resultados era la de *las cocinas económicas*, que de un modo espléndido funcionaban en muchos puntos, y en particular en Barcelona, Salamanca, Igualada, Valladolid, Ciudad Real, Palencia, Tarragona, Yévenes, Aranjuez y Río Seco. Una sola de ellas, la de Igualada, había distribuído en un año 61.626 raciones, y la de Tarragona 59.353, en solos seis meses y medio.

En fin, alargaríamos en exceso estos Apéndices, si hubiéramos de mencionar todas las obras con las cuales difundían sus beneficios espirituales y materiales á los pobres de las ciudades, villas y aldeas, las Conferencias de San Vicente. Sólo Dios puede saber el cúmulo de servicios prestados por ellas, cuando vino á destruirlas de una plumada el furor sectario de la Revolución.

---

alma; al separarse de ellos sentía los estremecimientos de la compasión, y los abrazaba como si fuesen miembros de su familia. Nunca dejaba de recibir numerosos encargos de los presos, que le venían á constituir en una especie de procurador general de los miserables. El uno le encomendaba á sus pobrecitos hijos sin madre, para que los colocase en el Asilo; otro le pedía que recomendase la pronta terminación de su proceso en el Juzgado; un tercero le suplicaba que se encargara de dar noticias suyas á sus ancianos padres ausentes. Aquel hombre de Dios, ni se cansaba nunca de hacer bien, ni les oponía una contestación destemplada. Al verle ejercer su sublime apostolado, exclamaba uno, sin poderlo remediar: «Este hombre es la encarnación viva de San Vicente de Paul.» ¡Ah! ¡cómo mudarían de parecer tantos perseguidores sistemáticos de lo que no conocen, si tuvieran *el mal gusto* de seguir de cerca á más de cuatro socios de las Conferencias! Seguros, segurísimos estamos de que su odio se trocaría en admiración y aun en afecto, como vemos les sucede á no pocos hombres descreídos, de los que van con grandes empleos á Filipinas, que de clerófobos pertinaces, se tornan allí en apologistas y amigos muy entusiastas de los religiosos. Claro está; allí ven perfectamente para qué sirve un fraile; allí reconocen la abnegación y el valor de sus virtudes.

El 29 de Setiembre de 1868 triunfó ésta en España, con el destronamiento de Doña Isabel II. Ajena en absoluto á la política la Sociedad de San Vicente, y «enteramente apartada de todos los intereses de la tierra», como diariamente dicen sus miembros al orar en mancomún, no tenía nada por qué temer. Y en efecto: como si el país estuviera en su periodo más normal, continuaron los socios en Madrid y en todas partes celebrando sus reuniones semanales, y visitando á sus pobres con la regularidad acostumbrada. Se engañaban, empero, en la creencia de que á nadie inspiraban odios ni recelos, pues no tardaron en convencerse de que contaban con enemigos capaces de apelar á la calumnia, á la mala fe y aun á la violencia para extirpar, si pudieran, hasta el nombre de la benéfica Sociedad.

El 21 de Octubre del mismo año publicaba la *Gaceta* un decreto concebido en los siguientes términos:

«Haciendo uso de las facultades de que estoy investido como individuo del Gobierno provisional y Ministro de Gracia y Justicia; de acuerdo con el Consejo de Ministros, vengo en disponer lo siguiente:

»Quedan disueltas desde esta fecha las Asociaciones conocidas con el nombre de Conferencias de San Vicente de Paul. Los Gobernadores civiles se incautarán de los libros, papeles y fondos que, siendo de su propiedad, existan en poder de sus Presidentes, Secretarios ó cualesquiera otras personas.—Madrid 19 de Octubre de 1868.—El Ministro de Gracia y Justicia, *Antonio Romero Ortiz*.»

Ya que se dispensaba el Ministro de razonar su draconiana disposición, no hemos de quitarle nosotros una tilde de su verdadero valor con ningún genero de comentarios; se daba en nombre de la libertad, y se suprimía de una plumada..... la de hacer el bien; se quería aparentar un grande amor á lo que se ha llamado clases desheredadas, y se cerraban á estas las fuentes de la Caridad. La lógica de los revolucionarios de entonces no podía ser distinta de la que aplicaron sus maestros del pasado siglo, proclamando rey al pobre pueblo, y desterrando ó guillotinando á las Hermanas de la Caridad, que eran sus genios protectores.

Con gran diligencia quiso el Presidente del Consejo superior

congregar á sus consocios, para notificarles aquella misma noche tan inesperada como injustificada resolución oficial; pero corría más que él el odio de los perseguidores. Cuatro horas antes de reunirse el Consejo de las Conferencias, comparecieron en el local un empleado del Gobierno, un notario, un periodista y un escribiente; el primero exhibió un oficio en el que se le encargaba que pasara inmediatamente á la Secretaría de las Conferencias, para ocupar cuanto en ella se encontrara, conforme al decreto publicado en la *Gaceta*. A renglón seguido comenzaron á tomar disposiciones, para llevarse hasta el mobiliario de las habitaciones; empero, habiéndoles hecho notar el Sr. Presidente el decreto, en que no se hacía mención de los muebles, resolvieron apoderarse tan sólo de los fondos, libros y documentos. No llegó á tanto el escrúpulo en las provincias, pues allí se apoderaron, según tenemos entendido, de todos los efectos pertenecientes á los Consejos y Conferencias, y hasta de los bancos de las escuelas, y donde había cocinas económicas, hasta de la batería de las mismas y aun de las cucharas que se utilizaban para el servicio de los pobres. Incalculable es el valor de los objetos incautados ó sustraídos, si se tiene en cuenta que figuraban bibliotecas abundantes, y cocinas de coste no pequeño, alguna de las cuales había costado unas 5.000 ptas. de instalación.

Dió principio desde luego un largo interrogatorio, que el notario iba dictando al escribiente. Por el pronto, no se le pudo presentar, de los libros que reclamaba, más que el de Cuentas de la Tesorería del Consejo de Madrid, donde, por lo visto, se figuraba encontrar el investigador los tesoros de Creso, pues mostró grande asombro al ver una existencia de 2.909 reales 87 céntimos, procedentes del último balance. Para explicarle el enigma, hubo de decirle el señor Presidente que todos los balances de las Conferencias eran parecidos, pues tenían la costumbre de dar lo que entraba en sus Cajas, fuera poco, fuera mucho. Después de ordenar que el Tesorero pasara al día siguiente á entregar en manos del Sr. Gobernador la cantidad existente, selló el representante de la autoridad las puertas y ventanas del local, y se retiró en unión con los restantes individuos de la Comisión incautadora.

Repetidas gestiones se practicaron, para detener los efectos de

semejante arbitrariedad, procurando hablar y escribir á personas relacionadas con la situación; mas todas se hicieron sordas á las reclamaciones de la justicia, pudiendo comprenderse que la actitud de la gente del poder era meditada y sistemática.

Cuatro días después de aquellos sucesos, el 26 de Octubre, recibió el Sr. Presidente la orden de comparecer en la Secretaría de las Conferencias, para presenciar el inventario é incautación de los libros y documentos de la Sociedad. Dos días duró tan enojosa operación. A medida que se inventariaban los libros, apoderábase de ellos un dependiente del Gobierno civil, para transportalos á este Centro. He aquí los ocupados durante los dos días de incautación:

14.106 volúmenes de la Biblioteca, en gran parte encuadernados.
46 cajas que contenían la correspondencia de la Sociedad desde su fundación, cuidadosamente ordenada.
4 grandes volúmenes en folio de cuadros estadísticos.
228 grandes paquetes de todos los *Boletines* publicados durante trece años.
7 tomos del registro general de las familias adoptadas.
76 paquetes de discursos, actas, cuentas, etc.
26 cuadernos de diferentes materias.

El Presidente recibió y guardó el inventario de todo.

Por su parte el Tesorero del Consejo particular entregó al Gobernador de Madrid los 2909 reales 87 céntimos de su Caja, y un saldo de 1104 reales 66 céntimos pertenecientes á las 21 Conferencias, cuyo estado de Caja había tambien liquidado, con la competente autorizacion. El Tesorero del Consejo superior entregó asimismo 9634 reales de su Caja en manos de la propia Autoridad. De todo ello libró los correspondientes recibos el Depositario del Gobierno de la provincia.

¿Podía presumirse siquiera que semejante arbitrariedad subsistiese, si de buena fe se examinaban aquellos libros y aquellas cuentas? ¿Era creíble que, pasados los momentos de la exaltación política, se sancionara una medida tomada sin apariencias de justificación con una Sociedad perfectamente ajustada á la legalidad, y autorizada por todas las Autoridades civiles y eclesiásticas? No

lo era en verdad; y sin embargo, así fué. Viendo el Sr. Presidente de las Conferencias que transcurría el tiempo, sin que se levantara el entredicho, ni se devolviera nada á la Sociedad, elevó, firmada por él y el Secretario, una respetuosa exposición al Sr. Ministro de la Gobernación, reclamando los fondos, libros y efectos pertenecientes á la Sociedad en España. En ella afirmaban que por dispuestos que estuvieran á sufrir en silencio el ser condenados sin ser oídos, un deber de conciencia les obligaba á pedir lo que tan legítimamente les pertenecía; que no sólo eran exclusivamente suyos ó de la Sociedad los fondos, sino también los libros, adquiridos con su dinero, los *Boletines* impresos á sus expensas y el mobiliario, comprado para las escuelas con su propio peculio; y que los libros de cuentas de la misma Sociedad, entonces en poder del señor Gobernador civil, demostraban bien á las claras que las Conferencias de España habían lealmente invertido sus recursos en socorrer á *sesenta mil* personas adoptadas por ellas, en instruir *ocho mil* niños patrocinados, en repartir de *doscientas á trescientas mil* raciones por año á los pobres, en tramitar expedientes de legitimación de matrimonios; y todo esto sin haber sido jamás subvencionada la Sociedad por Gobierno alguno.

Tres meses se hizo esperar la contestación oficial, y valiera más que no se hubiera dado, para que no constara la segunda arbitrariedad, tan inaudita como la primera. Decíase á los reclamantes en sustancia que, estando disuelta la Sociedad desde el 19 de Octubre, se consideraba improcedente la reclamación, por carecer aquéllos de personalidad, y que mientras las Asociaciones de hombres no se organizasen conforme al decreto de 6 de Noviembre, no podía hacerse otra cosa que devolver á las de señoras los fondos y efectos ocupados á las Conferencias de San Vicente de Paul.

Tanto por esta injustísima contestación, como por las calumniosas diatribas de que fué objeto la Sociedad en pleno Parlamento, por aquellos días, de parte de algunos hombres del poder, no obstante la vigorosa defensa de algún señor diputado, comprendió el señor Presidente la inutilidad de nuevas gestiones, para poner á salvo la Sociedad y sus intereses. Ufanos podían estar de su obra de demolición moral los corifeos de la Revolución. Miles de fami-

lias desgraciadas se quedaban sin amparo; centenares de viudas iban á gemir desesperadas, viendo á sus pequeñuelos desposeidos de los tutores de la caridad; la desolación iba á cubrir con su negro manto á innumerables seres olvidados del mundo y víctimas de los reveses de la fortuna... ¡Qué importaba todo esto! Lo urgente, lo fundamental era disolver una Sociedad *tan egoísta* (1).

12. No pudiendo resignarse algunos socios de Madrid á dejar en completo abandono á sus pobres, se resolvieron á continuar visitándolos con tan ingeniosa caridad, que todavía alcanzaron el socorro y la visita unas dos terceras partes de las familias inscritas. El procedimiento adoptado por alguno de los Presidentes, para multiplicar su acción benéfica, sin caer en la infracción de celebrar reuniones, era el siguiente: Por la mañana hacía la visita con uno de los consocios, y por la tarde con otro, todos los días laborables; al salir de su casa ó al regreso, depositaba éste en una alcancía, que el Presidente tenía en su casa, la limosna acostumbrada; en la iglesia más próxima se recitaban las oraciones de Reglamento, y en el camino se ventilaban con todo detenimiento las necesidades de los pobres. Por semejante procedimiento, y á costa de ímprobo trabajo, resultaba que aquel celosísimo Presidente formaba parte de doce parejas semanales, logrando llevar el socorro á cerca de *cien* familias. Cada domingo se abría la hucha, y se anotaban los gastos, con lo cual quedaban satisfechas todas las prácticas reglamentarias: oración, colecta, exposición de necesidades, visita, etc.; todo menos la reunión colectiva prohibida por el Gobierno. Por desgracia no tuvo imitadores la conducta de aquel heroico Presidente, y las visitas se resintieron de la falta de organización.

En las provincias, los efectos del decreto fueron inmediatos y funestos, cesando por completo reuniones y visitas. No faltaron, sin embargo, socios llenos de valor y de caridad bien probada que por mucho tiempo siguieron las prácticas reglamentarias, celebrando en casa de algún consocio la reunión semanal. En Barce-

(1) Entre otras lindezas inexplicables que se oyeron y se escribieron por aquéllos días relativamente á la Sociedad de San Vicente de Paul, no fué la menos curiosa la de que era una sociedad egoísta, porque procuraba ante todo la salvación de sus propios afiliados.

lona, por ejemplo, hubo algunos cuya constancia fué admirable. Sabemos de una Conferencia en la que solos *tres* socios se impusieron la tarea de visitar las familias, y de celebrar la reunión semanal; y en efecto, ni una sola vez faltaron á la consigna durante un año, hasta que á fines de 1869 se refundieron con los restos de otra Conferencia, para hacer más eficaz su acción benéfica en favor de los pobres. Excusado es decir que aquellos generosos esfuerzos tropezaron con la suspicacia gubernamental, y aun con el espionaje. En Madrid se vió muy claramente que se habían revisado los libros registros de las familias visitadas, pues se dieron varios casos de haberse presentado los agentes de Orden público en casas de numerosa vecindad, para inquirir de los pobres si los visitaban, y quiénes eran los caballeros que los socorrían; y era de notar que generalmente no equivocaban la dirección de las familias, donde se proponían hacer sus pesquisas. Lo propio llegaron á saber los de Barcelona, y aun cuando hubo la virtud suficiente para sobreponerse al miedo, el resultado definitivo no podía ser más deplorable para el resto de la Sociedad. Además de reducir á estrechísimo círculo la acción benéfica sobre los pobres, alejaba á la casi totalidad de los socios de San Vicente de las prácticas de piedad y de virtud de su precioso Reglamento. ¡Ah! ¡cuántos de ellos, por el solo hecho de haber perdido de vista las edificantes reuniones de la Conferencia, por haberles faltado las enseñanzas de la pobreza, por haberse tenido que alejar de aquellos ejemplares compañeros, fueron arrastrados por la corriente del mundo! No tardaremos en ver la triste demostración, al reorganizarse la Sociedad bajo la salvaguardia de la ley. No llegó tan deseado momento hasta el año 1875.

13. Desde la publicación de la orden del Ministerio-Regencia de 7 de Febrero del citado año, que autorizaba en su regla 5.ª la continuación y la *reconstitución de las Sociedades dedicadas á objetos conocidamente benéficos*, pudo considerarse nuevamente como legal en España nuestra muy amada Sociedad. Empero, como no todos veían perfectamente sancionada la autorización del Gobierno en semejante documento oficial, no se manifestó en su pleno ejercicio la vida de la misma hasta la aparición en la *Gaceta* del 5 de Abril de 1875 la siguiente Real orden:

«Ministerio de Gracia y Justicia.—*Circular.*—Habiéndose suscitado dudas acerca de si están comprendidas en la regla 5.ª de la orden del Ministerio-Regencia de 7 de Febrero de este año las Asociaciones piadosas denominadas Conferencias de San Vicente de Paul, S. M. el Rey (q. D. g.) se ha servido declarar que, siendo benéfico é inspirado en puros sentimientos religiosos el objeto de las referidas Asociaciones, están comprendidas en la citada disposición, que derogó, en cuanto á ella se oponía, el decreto de 19 de Octubre de 1868.

»De Real orden lo digo á V. S. para los efectos consiguientes.—Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 1.º de Abril de 1875.—*Cárdenas.*

»*Señor Gobernador de...*»

El 11 de Abril del propio año 1875, es decir, á los seis días de publicada en la *Gaceta* la referida Real orden, se reunían en un salón de la Real Iglesia de San Isidro, de la Corte, en Junta general los socios de las *diez y ocho Conferencias* que entonces funcionaban en Madrid. Leyóse el acta de la última Junta general celebrada el 19 de Julio de 1868, y el Sr. Tesorero hizo presente que no se podía dar cuenta exacta del estado de la Caja del Consejo, por no haberse encontrado el libro de la misma entre los devueltos por el Gobierno civil, y que no habían sido devueltos los 9634 reales recogidos por el Gobierno de la provincia en Octubre de 1868. En el precioso discurso preparado por el Sr. Presidente del Consejo superior para aquel acto, y leído por un Sr. Vicepresidente, encontramos algunos párrafos muy dignos de figurar en estas páginas, como parte integrante de la reseña histórica que nos hemos impuesto en este último Apéndice. Después de exponer el estado de la Sociedad en España, cuando sobrevino la Revolución, y del cual dejamos anotados los correspondientes datos estadísticos en otras páginas, exclama lleno de amargura: «¡Qué contraste entre aquel estado de prosperidad y el actual abatimiento! ¡No llegan á dos docenas las Conferencias que sabemos funcionan en toda España, inclusas las de Madrid, que son 18! ¡Qué cambio, señores, tan completo! Nuestra humilde Sociedad como que resucita ahora de una larga época de persecución, en la que parecía haber muerto para siempre; semejante á un árbol frondoso, por ignorancia ó malicia podado por las cruces, del cual no se sabe si la savia que el tronco ha conservado bastará para hacer brotar alguna de sus antiguas ramas...

»En ningún país del mundo entero, por todo el cual se ha extendido ya nuestra querida Asociación, había ésta alcanzado un desarrollo como el que llegó á tener en España; y sin embargo, los socios más experimentados no estaban del todo satisfechos. Veían con cierto temor que faltaba á la Sociedad en España el sello característico de todas las obras verdaderamente católicas, la marca indispensable de todo lo bueno: la persecución.

»Esta llegó; pero llegó de tal modo y con tal fuerza, que tampoco ha habido país alguno en el mundo en que la haya sufrido igual, ni aun semejante. Porque, como todos han observado, la persecución en España no se limitó á un decreto de abolición, que ya por sí solo habría bastado para superar á todas las persecuciones sufridas en otros países, puesto que en ninguno ha sido abolida, como se ha dicho y escrito equivocadamente, sino que, además, se la juzgó sin oirla y se la despojó de todo lo que le pertenecía, sin más derecho que la fuerza; y después, en pleno Parlamento, en la Prensa y de todos los modos posibles, se la ha calumniado, escarnecido y difamado sin interrupción en todo el largo período de seis años y tres meses que sus enemigos han permanecido en el poder» (1).

La pena profundísima que había inspirado aquellos párrafos llenos de verdad, no permitía, sin embargo, al socio de San Vicente de Paul olvidar un momento que todas las injurias y todas las persecuciones del mundo no pueden extinguir la caridad de quien ha tomado por modelo á aquel Santo admirable, que amó á sus enemigos con el amor más entrañable, y que, tratado inhumanamente por una mujer iracunda, y hasta golpeado de un modo cruel por ella, supo excusarla de la manera más delicada (2). Siguiendo tan admirables ejemplos, he aquí cómo se explicaba el Sr. Presidente en el mismo documento:

«Por otra parte, la fe y la misma razón nos obligan á perdonar sinceramente á nuestros enemigos, y no sólo á perdonarlos, sino á

(1) Acta de la Junta general celebrada en Madrid el 11 de Abril de 1875, por la Sociedad de San Vicente de Paul, pág. 4.

(2) Véase este pasaje en la pág. 260.

amarlos, puesto que son nuestros prójimos, y, por consiguiente, á pedir para ellos. A esto nos obliga el primer precepto del Decálogo, y luego la misma razón nos puede ayudar mucho al cumplimiento de este deber; porque si nos paramos á reflexionar un poco, hallaremos que la persecución que se nos hace no carece de explicación. Consideremos que para los hombres que no tienen la dicha de creer, lo que nosotros hacemos es sumamente inverosímil. ¿Cómo pueden comprender que gustemos de visitar al pobre, en quien no ven más que la corteza, esto es, el hombre destituído de los bienes de fortuna, y por lo común de educación y maneras que pueden hacer su trato agradable; al pobre, de quien ellos huyen con esmero, y al que, cuando más, se limitan á compadecer? Se figuran, y no es de extrañar, que algún motivo oculto nos mueve á hacer con gusto y espontáneamente lo que ellos no podrían hacer sino por fuerza y á disgusto; y al buscar ese motivo, nacen, naturalmente, las sospechas de que abrigamos miras políticas ó intenciones malvadas, como tantas veces lo han manifestado. Tampoco pueden comprender nuestro modo de obrar respecto á los intereses materiales. Una Sociedad, dicen, que llega á dar á los pobres de 3 á 4 millones, ¿qué fondos no deberá tener? ¿Y cómo han de creer que poco ó nada tiene, por la sencilla razón de que todo lo da? ¿Es esto verosímil? ¿Lo es sobre todo en una época tan materializada como la actual, en la que tanto se calcula el interés que produce el dinero, no sólo en la casa de comercio, sino en todas las sociedades conocidas y hasta en la familia más religiosa y morigerada? Pues bien, de no creer esto resulta forzosamente la idea de que nuestros fondos deben ser cuantiosos; y como no aparecen así en las cuentas que presentamos, natural es sospechar que los ocultamos, y que los empleamos en lo que no nos está permitido. La persecución se explica, pues, y mientras haya hombres de poca ó ninguna fe, no podrá faltarnos; pero tampoco debe faltarnos la caridad, para no atribuir á malicia lo que acaso es efecto de ignorancia, y para perdonar siempre de corazón á nuestros enemigos.»

¡¡Hermosísimas palabras y evangélica enseñanza!! Léanlas nuestros enemigos, antes de juzgarnos, para conocernos bien; leámoslas todos los individuos de la Sociedad, para inspirarnos en

ellas, y á cuantos nos achaquen planes políticos imaginarios, digámosles que nuestra norma de conducta es aquella declaración de nuestro Reglamento: «Nuestra Sociedad es toda caridad y la política es completamente ajena á ella.» A esa norma han ajustado siempre nuestros Superiores sus consejos. El Sr. Gossin, fundador de la Sociedad de San Francisco de Regis, el autor de la preciosa oración compuesta para uso de los socios de las Conferencias (1), y segundo Presidente general, decía ya en su circular de 15 de Agosto de 1844:

«No olvidaremos nunca, al hacer nuestras obras, que debemos desterrar completamente de nuestras reuniones todo lo que pueda parecerse de cerca ó de lejos á la política. En efecto, nos hemos reunido para hacer bien á los pobres y para hacerlo á nosotros mismos, mejorando nuestra mente y nuestro corazón. Pues bien; la política, que con frecuencia ha hecho correr muchas lágrimas, no tiene el secreto de enjugar una sola. Destiérrese, pues, para siempre de entre nosotros. Mientras Dios, por efecto de su misericordia, libre á nuestras reuniones de este inagotable manantial de discordia, la Sociedad de San Vicente de Paul prosperará, y los pobres la bendecirán. Pero, al contrario, el día en que le fuese dado á la política hacer oir entre nosotros uno solo de sus acentos, el pedazo de pan que damos al pobre se convertiría en piedra, y la Sociedad de San Vicente de Paul dejaría de existir» (2).

14. Al amparo ya de la ley, empezó la Sociedad en 1875 á reponerse del tremendo golpe recibido en 1868, ó hablando con más propiedad, empezó á organizarse de nuevo, porque su postración había sido mortal. Fuera de aquellas raras y nobles excepciones de que hablamos más arriba, las Conferencias y Consejos habían cesado en casi todas las comarcas de la Península, y ni siquiera se conservaba en la mayor parte el rescoldo del excelente espíritu que las había animado. No es, pues, extraño que fuese muy lánguido su despertar. Al año de aquella Junta general, celebrábase otra de

(1) La que empieza «Gracias os damos, Señor, por tantas y tantas bendiciones como te has dignado derramar hasta el día de hoy sobre la Sociedad de San Vicente de Paul etc.,» y figura en el Reglamento de la Sociedad.

(2) Acta general antes citada, pág. 8.

Reglamento, en la que, si había motivos de satisfacción al ver hasta cuatro ilustres prelados en la mesa presidencial (1), sonaban todavía los acentos de la tristeza. «Ha transcurrido un año, decía el Sr. Presidente, y si bien es cierto que en él han brotado algunas ramas de nuestro querido árbol, y siguen brotando otras, su número es bastante escaso comparado con el de las que llegó á contar, cuando estaba en toda su lozanía.» Y ciertamente, bastaba hojear los datos estadísticos para adquirir tal convencimiento. La Sociedad constaba sólo, en aquella fecha, de 1 Consejo superior, 1 central, 7 particulares y *56 Conferencias*. La causa de aquella lentitud era *la funesta influencia del mundo en la mayor parte de los que pertenecían á ella cuando fué disuelta (2).*

Durante todo aquel año de 1876 se operó una reacción muy halagüeña. Se agregaron hasta 21 Conferencias más; los gastos excedieron en 204782 reales á los del año precedente y los ingresos en 207307, y los socios llegaron á 1251. Desde entonces el crecimiento progresivo fué en aumento, contribuyendo no poco al saludable movimiento la reaparición del *Boletín* de la Sociedad.

Para no molestar á los lectores con la exposición de las estadísticas anuales que desde aquella fecha han ido publicándose, nos concretaremos á decir que el desenvolvimiento progresivo de las Confencias se ha venido sosteniendo, gracias á Dios, de un modo permanente, hasta alcanzar un estado bastante próspero, que muy en breve rayará á la altura del que tenían en 1868. Así lo patentizan los datos leídos en las últimas Juntas generales celebradas en Madrid. En la de 19 de Julio de 1886 aparecieron ya los siguientes consoladores resultados, correspondientes á Diciembre de 1885:

Consejo superior. . . .	1	Miembros de honor. . . .	1335
Consejos centrales. . . .	2	Activos.	6458
Idem particulares. . . .	36	Aspirantes.	420
Conferencias.	352	Honorarios.	1892
		Suscritores.	2622

(1) El señor Patriarca de las Indias y los señores Obispos de Salamanca, Cuenca y Areópolis, obispo auxiliar de Madrid.

(2) Discurso del Sr. Presidente del Consejo Superior en la Junta de 30 de Abril de 1876.

A fines del pasado año de 1886, el desenvolvimiento había sido ya notable, como puede verse por la comparación de los datos estadísticos anteriores con los que publicó el *Boletín* de Agosto del corriente año y que fueron leídos en la Junta de 19 de Julio último.

Helos aquí:

Consejo superior.	1
Consejos centrales.	2
Consejos particulares.	38
Conferencias.	369

PERSONAL.

Miembros de honor.	1496
Socios activos.	7218
Id. honorarios.	2123
Id. aspirantes.	513
Suscritores.	3370

Bien quisiéramos hacer una reseña particular del estado correspondiente á cada una de las demarcaciones que dependen del Consejo central, y aun anotar el cuadro general de las Conferencias todas de España, para informar al lector con todos sus detalles de la marcha de nuestra benéfica Sociedad. Esto no cabe, sin embargo, en las presentes páginas, so pena de darles desproporcionada latitud. Pagando un tributo de admiración á las Conferencias de Cataluña, donde hemos tenido ocasión de conocer y cobrar cariño á esa obra, y donde tantos y tan preciosos ejemplos hemos podido contemplar por dicha nuestra, trasladaremos algunos datos de los que á fin de 1886 publicó el Consejo central de dicha región.

Siete Consejos contaba entonces la Sociedad de San Vicente de Paul en el Principado, á saber: el *Central* de Cataluña, y los *particulares* de *Barcelona, Gerona, Lérida, Tarragona, Manresa* y *Vich*.

Sesenta y siete Conferencias dependían de los anteriores Consejos, á saber: *veinte* en Barcelona (1), *tres* en Gerona, *cuatro* en

(1) Hoy 21, pues ha sido agregada posteriormente la del Sagrado Corazón.

Lérida, *tres* en Tarragona, *tres* en Manresa, *dos* en San Martín de Provensals y *una* en cada una de las poblaciones siguientes: Alcanar, Arnes, Balaguer, Bañolas, Calella, Capellades, Casá de la Selva, Figueras, Gracia, Granollers, Igualada, La Bisbal, Mataró, Olot, Palafrugell, Reus, Sabadell, San Andrés de Llavaneras, San Andrés de Palomar, San Feliu de Torelló, San Hilario de Secalm, San Lorenzo de Morunys, San Pedro de Torelló, Sans, Seo de Urgel, Tarrasa, Tortosa, Tremp, Valls y Villafranca del Panadés.

Forman el personal de la Sociedad hasta 2.528 socios, de los cuales 1.254 son *activos*, 30 *aspirantes*, 256 *miembros de honor*, 533 *honorarios*, 374 *bienhechores* y 81 suscritores. El número de familias visitadas ascendió á 1.787. Todas las Conferencias referidas han practicado con la mayor asiduidad *la visita domiciliaria*. Son muchas las que sostienen con sus fondos escuelas gratuítas, para contrarrestar la enseñanza impía de las laicas y protestantes, mereciendo particular mención la del Niño Jesús de la capital, que para gastos de instalación y sostenimiento ha invertido ya en el primer año más de 5000 pesetas. Muchas son asímismo las que han patrocinado niños pobres, costeado la educación de algunos, y practicado con las familias adoptadas muy ingeniosas y eficaces obras de misericordia. Es de las más provechosas la de la *Caja de San José*, la cual facilita á las familias pobres, á título de anticipo nominalmente reintegrable, muchas veces no reintegrado, recursos para el establecimiento de pequeñas industrias, adquisición de herramientas, máquinas de coser, compra de libros para estudiantes pobres, etc.

Mención muy especial merece, entre las practicadas por los socios de San Vicente, la de *legitimación de matrimonios*, que ha corrido á cargo de la Conferencia de San Francisco de Regis, de Barcelona. «Exito asombroso», llama la Memoria de donde tomamos estos datos, al obtenido por tal Conferencia; y verdaderamente lo es en tan alto grado el fruto recogido por esos admirables consocios, que habría para tenerles envidia, si tan feo vicio cupiera en el servicio de los pobres, y si no supiéramos que el hombre sin la gracia y asistencia de Dios es incapaz de nada bueno. «Sólo

quince socios, dice la referida Memoria, componían la Conferencia al terminar el año, durante el cual han debido sostener una lucha constante, para inducir á los desgraciados á quienes se acercaban, á unirse ante la faz de nuestra Santa Madre la Iglesia, y para vencer contrariedades de todo género, algunas de ellas completamente inesperadas, que se oponían á la realización de su santo empeño; y poner además de su parte un esfuerzo material é intelectual incesante y un crecidísimo gasto (que se eleva nada menos que á 13.400 pesetas) para procurarse las partidas sacramentales necesarias, instruir y hacer tramitar los expedientes, elevar á la Santa Sede y obtener de ella dispensas de impedimentos de toda clase, inclusos los más delicados y reservados; y facilitar la separación de los contrayentes, mientras se esperaba la licencia del Ordinario, hasta dejar bendecida y santificada su unión bajo la sombra protectora del Crucifijo, regalo de boda con que les obsequia. Tan laudables esfuerzos han sido coronados por éxito asombroso, que sólo se comprende y explica contando con la Divina protección. 301 *familias* visitadas por dicha Conferencia han dado por resultado 216 *matrimonios* efectuados, 15 de ellos *in artículo mortis*, 12 que no han podido regularizarse por obstáculos insuperables y 73 en curso de ultimación, llevando algunos de los contrayentes más de diez y más de veinte años de amancebamiento; 161 hijos legitimados, algunos de ellos de 10 á 20 años de edad, y que recibieron las aguas del bautismo 10, mayores de tres años.» ¡¡Qué mayor elogio para una obra que la enumeración sencilla de tales resultados!! ¡¡Cómo consuela el alma el ver tanta abnegación y tanto celo en los que, viviendo en el siglo y abrumados tal vez de obligaciones ineludibles, saben consagrar á los pobres su tiempo, su dinero, sus sacrificios personales!! Bendiga el Señor sus trabajos y aliente su ejemplo á muchos otros, para que los frutos sean cada día más abundantes. Al presente, esa obra admirable continúa desenvolviéndose en medio de la contradicción y á pesar de los gastos imponentes que la acompañan.

Los trabajos realizados desde principio del presente año hasta fines de Octubre, son los siguientes:

Matrimonios legitimados.	220
Hijos legitimados..	143
Gastos hechos.	10860 ptas.
Expedientes en curso.	50

De los matrimonios enumerados, *diez* fueron legitimados *in artículo mortis*.

Han sido bautizados un hombre de 34 años, y lo serán en breve, Dios mediante, uno de 72 y otro de 15.

Poco trabajo nos costaría demostrar que en las demás regiones de España, sin excluir las Baleares, Canarias, Cuba, Puerto Rico y Filipinas, resplandece también el mismo espíritu de caridad, que acabamos de ver patentizado en la demarcación de Cataluña, y el mismo que informa á los hijos menores de San Vicente de Paul en las cinco partes del mundo. Cada *Boletín* es un capítulo más de esa historia de la caridad, historia que, si no tiene el privilegio de resonar en cátedras y academias, goza el de ser grabada por los ángeles en el libro de los juicios eternos. Entre los casos edificantes, conmovedores y hasta heroicos que sus páginas nos regalan, queremos trasladar, para coronamiento de estos pobres Apéndices, y para solaz y enseñanza de cuantos los leyeren, los tres bellísimos siguientes, de que dió cuenta el *Boletín* español de Agosto último, en la Memoria de la Junta central de Madrid:

«Al subir un consocio nuestro á la buhardilla de una pobre que visitaba, y en ocasión en que hacía la visita solo, oyó una gran disputa en un cuarto de un piso interior, y supo por su visitada que, habiendo fallecido el jefe de aquella familia y dejado en la miseria á su pobre mujer y á varios niños, los sepultureros, que trabajaban allí de balde, y no podían subir la angarilla hasta la habitación por la estrechez de la escalera, querían que la viuda bajase el cadáver hasta el final de ella. No teniendo la viuda valor ni fuerzas para semejante acto, se negaba á ejecutarlo, y de aquí las voces y denuestos que se oían. El socio acabó su visita, bajó la escalera, y entrando luego en aquella triste morada, donde aun seguía la cuestión, se dirigió al sitio donde estaba el cadáver, y cargando con él, lo bajó, lo puso en la angarilla y salió apresuradamente de la casa, dejando suspensos á aquellos hombres tan poco caritativos.»

He aquí otro.

«Seguía su camino por la carretera de un pueblo de provincia un indivi-

duo que iba á sus negocios, cuando de improviso, y desde muy cerca, le dispararon un trabucazo. Dios protegió su vida, pues no sufrió lesión alguna; y al ver que el asesino huía, corrió tras él: cayó éste al suelo, y al llegar á él, le dijo: «Si no fuera socio de San Vicente de Paul, aquí acababas tu »vida, pero levántate y marcha, que te perdono.» Quiso hacerlo el desgraciado, pero en la caída se había fracturado una pierna, y no le fué posible hacerlo, antes bien, sufría agudos dolores; el socio entonces le llevó en brazos hasta su casa, sin decir en ella una palabra de lo ocurrido.»

Veamos el tercero.

«Un pobre socorrido por una Conferencia de provincia se encontraba solo en los últimos días de su vida, víctima de una cruel enfermedad: los socios cuidaban de él con esmero, y habían procurado disponerle para la muerte; uno de ellos se quedaba por las noches acompañándole, cuidándolo con el mayor cariño, consolándolo con ferviente caridad y leyendole libros á propósito para su estado; pero el enfermo, aunque mostraba agradecimiento, permanecía un tanto frío y como receloso de aquellas pruebas de afectuosa caridad. Su fin se acercaba, y en la última noche dijo al socio:—Si V. supiera quién soy, no me mostraría tanto afecto.—¿Por qué?, le contestó el socio; nosotros no distinguimos de personas, no vemos más que á un hermano que sufre, y el deber en que estamos, como socios, de cuidar de nuestros adoptados, sin preguntar quién son, y sin averiguar más que lo que buenamente nos quieran decir.—Pero hay, repuso el enfermo, circunstancias especiales; y si V. supiera quién soy, me abandonaría al momento; muy agradecidos les estoy, principalmente á V.; pero no quiero que preste sus cuidados á un malvado como yo, porque ha de saber V., de mi misma boca para castigo mío, que yo asesiné á su padre. Dicho esto, guardó silencio, tapándose los ojos; á poco los abrió, y viendo al socio á su lado, se quedó atónito.—Tranquilícese V., hermano, porque eso lo sabía yo al venir á visitar á V., fué la respuesta sublime de aquel socio nuestro.»

Sociedad que encierra en su seno tipos tan extraordinarios de caridad cristiana, ha de atraer necesariamente sobre sí las bendiciones de lo alto, y ha de considerarse como un beneficio precioso concedido á la nación en que vive. Protéjanos á todos con su poderosa intercesión el Heroe de la Caridad, para que, siguiendo sus huellas, sean eficaces nuestros humildes servicios en favor de los desvalidos. *Sancte Vincenti a Paulo, ora pro nobis.*

Setiembre de 1887.

B. Feliú y Pérez.

A. M. D. G.

ÍNDICE.

Págs.

INTRODUCCIÓN. V

SAN VICENTE DE PAUL

I.—LA VOCACIÓN.

El hombre y la obra.—El siglo XVI y el protestantismo en Francia.—Estragos causados por las guerras de religión.—Cambios en la sociedad.—Acrecentamiento de la miseria —La obra nueva de la caridad.—San Vicente de Paul.—Su misión. Nacimiento y primeros años.—Educación. 3

La preparación.—Vicente termina sus estudios teológicos y recibe los sagrados órdenes.—Su viaje á Burdeos.—Su cautiverio en Túnez.—Va á Roma.—Su misión cerca de Enrique IV.—El Juez de Sore.—Vicente en el palacio de la reina Margarita.—Comienzos de su vocación —El hospital de la Caridad.—La tentación 22

El apostolado de la caridad.—Las primicias del siglo XVII.—Vicente de Paul y el P. Berulio.—Vicente es nombrado párroco de Clichy.—Sus primeros trabajos.—Su entrada en la casa de Gondi.-Los pobres de las campiñas.-Primera misión en Foleville.—Vicente abandona París, y toma posesión del curato de Chatillón.—Reforma de la parroquia.—Insignes conversiones.—Origen de las Cofradías de caridad.—Vicente vuelve á la familia de Gondi. 43

II.—LAS OBRAS.

Las cofradías de la caridad.—Organización y desarrollo de la Cofradía de la Caridad.—Los dominios del señor de Gondí.—Primera idea de la Congregación de la Misión.—Vicente de Paul llega á ser limosnero real de las galeras y superior de las religiosas de la Visitación.—San Francisco de Sales.—El claustro y el mundo en el siglo XVII —San Vicente en Marsella.—Su ministerio para con los forzados.—Reglamento de la mendicidad en Macón.—Viaje á Guyena.—Última visita de Vicente á sus padres. 67

La Congregación de la Misión.—Fundación de la Misión.—La señora de Gondi.—Vicente de Paul es nombrado superior del colegio de los Buenos Niños.—Los

Págs

fundadores de órdenes.—Objeto de la Congregación de la Misión.—La evangelización de los pobres.—Establecimiento en S. Lázaro.—Primeros trabajos de los misioneros.—Espíritu y reglas de la Congregación. 92

La hermana de la caridad.—La señorita Le-Gras y Vicente de Paul.—Primeras relaciones.—Primeras obras.—Institución de las Hijas de la Caridad, siervas de los pobres.—Una nueva religiosa —Conferencias.—Reglas.—El palacio de Rambouillet y el Hospital general.—Las Damas de la Caridad.—La señora Goussault.—Concurso de las Hijas y de las Damas de la Caridad.—Sus obras múltiples.—La viuda en la primitiva Iglesia y la Dama de Caridad en la sociedad moderna. 117

El hospital.—La caridad en los primeros siglos de la Iglesia.—Instituciones hospitalarias de la Edad Media.—Antigüedad del Cristianismo.—El hospital en los tiempos modernos.—Papel de San Vicente de Paul —Diversas fundaciones del Santo.—El hospital del Nombre de Jesús.—El hospital general.—La Magdalena.—El hospital de los forzados en Marsella.—El hospital de Santa Reina.—La casa de S. Lázaro.—Rasgos de caridad de San Vicente de Paul. 144

III.—LA ACCIÓN.

Las misiones.—San Vicente de Paul misionero.—Organización de las misiones rurales.—Virtudes y cualidades de los misioneros.—La predicación según el Santo.—Su conducta para con los herejes y los infieles.—Los imitadores de Vicente de Paul.—Frutos del nuevo apostolado.—Misiones en la corte y en el ejército —Las misiones en el extranjero: en Italia, en Berbería, en Irlanda, en las Hébridas, en Polonia, en Madagascar. 181

El renacimiento religioso.—El complemento de las misiones.—Estado del clero desde el concilio de Trento.—Necesidad de una reforma.—Los ejercicios de los ordenandos.—San Lázaro.—La conferencia del martes —Bossuet.—Los retiros espirituales —El colegio de los Buenos Hijos.—San Vicente y Olier.—Los seminarios.—Servicios prestados por Vicente á las órdenes religiosas.—Reforma general.—Fundación de comunidades religiosas.—San Cirán y el Jansenismo. . 216

La política y la caridad.—La caridad en el Estado.—La guerra en Lorena.—Vicente de Paul acude al socorro de aquella desgraciada provincia.—Los refugiados loreneses en París.—Vicente de Paul y Richelieu.—Las dos políticas.—Vicente en el lecho de muerte de Luis XIII.—Su ingreso y su conducta en el Consejo de Conciencia.—Los duelos.—Oposición á Mazarino.—La Fronda.—Vicente de Paul interviene por la paz.—Provincias salvadas del hambre por su caridad.—Preparación del reinado de Luis XIV. 246

IV.—EL SANTO.

La Caridad; sus fuentes, sus efectos.—Fe, humildad, dulzura de Vicente de Paul.—Rasgos de sus virtudes.—Los milagros.—La visión de los dos globos —Distribución del día; ocupaciones y austeridades del Santo —Los últimos tiempos de su vida.—Muerte y canonización.—La gloria de San Vicente de Paul. . . . 281

V.—LA POSTERIDAD DE SAN VICENTE DE PAUL.

El incremento.—Extensión de las dos familias de San Vicente de Paul.—Progreso de sus obras.—Las misiones extranjeras y los Seminarios —Los sucesores de

Págs.

San Vicente de Paul.—Congregaciones religiosas fundadas sobre el modelo de la Misión.—Las Hijas de la Caridad en Francia y en el extranjero.—Los niños expósitos.—Los hospitales.—Nuevos institutos de beneficencia. 323

La prueba.—El saqueo de San Lázaro.—Las ideas de la Revolución.—Caridad y filantropía.—Desorganización de los hospitales.—Supresión de las Congregaciones hospitalarias y dedicadas á la enseñanza.—Degüellos de San Fermín.—Destrucción de la obra de San Vicente de Paul.—Plan de reforma humanitaria.—Los sacerdotes de la Misión y las Hijas de la Caridad en el destierro y en el cadalso.— Desarrollo general de la miseria.—Lamentaciones universales.— Los perseguidores y sus víctimas. 345

La restauración.—Resultados de la Revolución —La vuelta de las Hijas de la Caridad.—Restablecimiento de la Congregación de la Misión.—Pruebas y progresos.—La traslación del cuerpo de San Vicente de Paul.—Una era nueva de caridad.—La Sociedad de San Vicente de Paul.—Obras para la juventud.—Obras para las demás edades.—Las Hermanitas de los pobres.—Desarrollo de las dos familias de San Vicente.—Misiones extranjeras.—Difusión de las Hermanas de la Caridad por el mundo.—Conclusión. 364

La Sociedad de San Vicente de Paul.—Sus orígenes, su objeto y su historia. . 399

APÉNDICE DEL AUTOR.

San Vicente de Paul en la literatura. 417

APÉNDICES DEL TRADUCTOR.

APÈNDICE PRIMERO.—De la patria y estudios de San Vicente de Paul.—Grandeza de España por el número y celebridad de sus Santos.—La tradición española reclama á San Vicente como nuestro:—Declaraciones previas.—Movimiento patriótico laudable de personas distinguidas, para llegar á la demostración histórica.—Oscuridad y contradicciones de los biógrafos franceses, para fijar el origen del Santo y el lugar de sus estudios.—Afirmaciones de la tradición española: sus fundamentos.—Hechos históricos comprobantes. 457

APÉNDICE SEGUNDO.—De la Congregación de los sacerdotes de la Misión ó de los Paules en España.—Fundación de la Congregación de las Misiones.—Introducción de ella en España.—El Arcediano Sr. Sent-Just y el Obispo Sr. Sala. Fundación de la Casa de Barcelona.—Primeros trabajos de los Misioneros en Barcelona y su diócesis: simpatías que despiertan en todas las clases.—Nuevas fundaciones: Mallorca, Reus, Guisona, Valencia, Portugal.—Real Cédula de Fernando VII estableciendo el Noviciado en Madrid.—Dispersión de los Paules por los sucesos de 1835.—Fundaciones en Méjico: su prosperidad.—Restauración de la Congregación en España —Crisis de ella.—Revolución de Méjico y expulsión de los Misioneros.—Fundaciones en Filipinas —Estado actual de la Congregación en España, en sus posesiones de Ultramar y en Méjico. 481

APÉNDICE TERCERO.—De la Congregación de las Hijas de la Caridad en España.—El Instituto de las Hijas de la Caridad.—Primeras novicias españolas enviadas á Francia, para hacer su prueba en los hospitales.—Su regreso á España, y entrada en el Hospital general de Barcelona: primera cuestión del traje de las Her-

LAS TINTAS PARA LA IMPRESIÓN DE ESTA OBRA

proceden de la fábrica de

Mr. ALF. PROTHAIX

Calle de las Bellas Artes, núm. 12.

PARÍS